

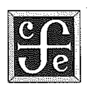

J. G. Droysen

# Alejandro Magno

J. G. DROYSEN

# ALEJANDRO MAGNO

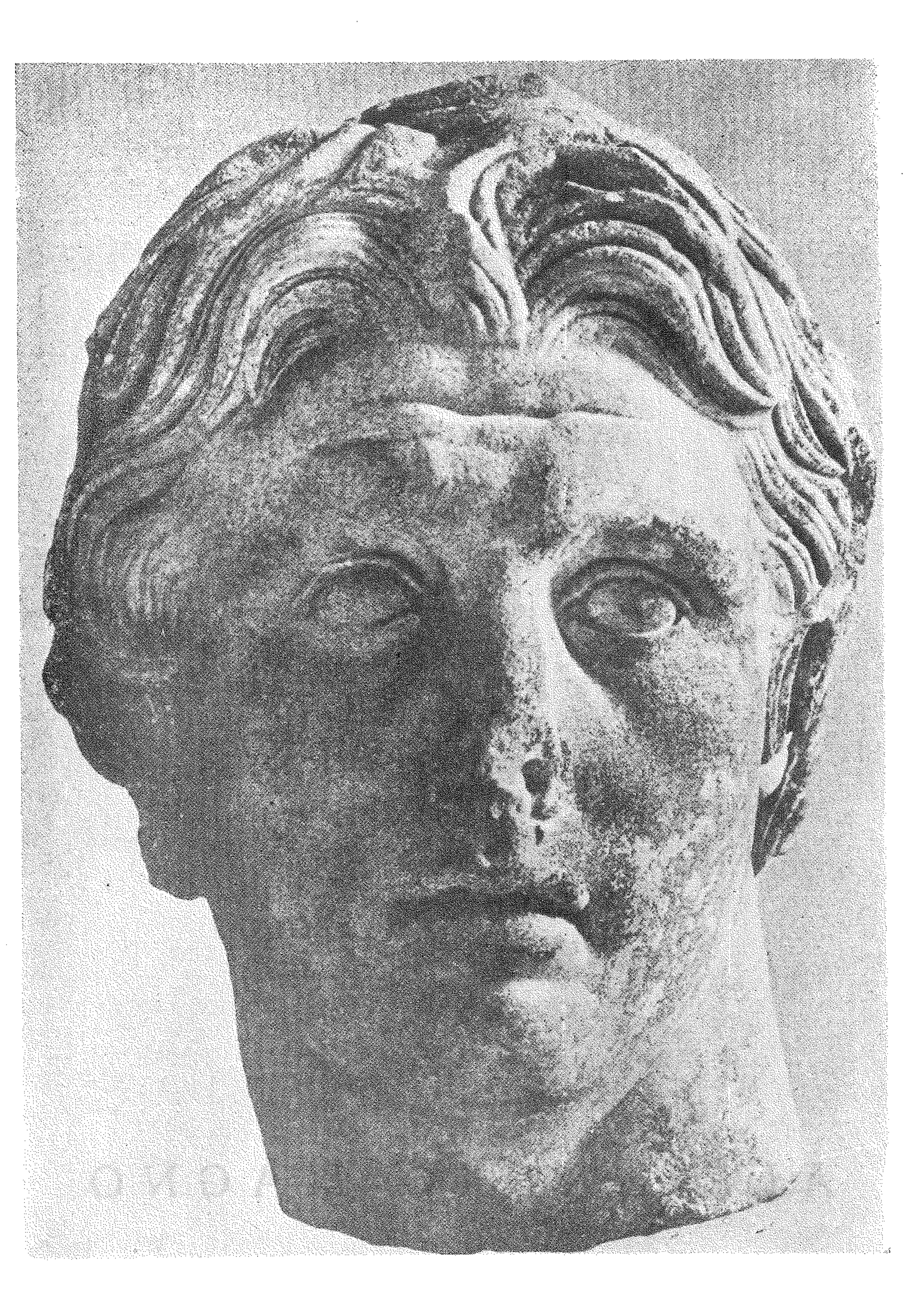
Traducción de
WENCESLAO ROCES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Sección de obras de Historia

# ALEJANDRO MAGNO



Primera edición en alemán, 1883
Decimosegunda edición, 1925
Primera edición en español, 1946
Segunda edición, 1988
Primera reimpresión (FCE España), 2001



Título original:
*Geschichte Alexanders der Grossen*


Avda. de Picacho-Ajusco, 227. 14200 México, D.F.
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.
Vía de los Poblados, 17. 28033 Madrid

I.S.B.N: 84-375-0509-7
Depósito legal: M-36588-2001

Impreso en España

# PRESENTACION

La *Historia de Alejandro Magno*, de Johann Gustav Droysen, está considerada con razón una de las obras clásicas de la historiografía moderna. Su autor escribió este libro llamado a permanecer cuando sólo tenía veinticinco años y aún no había abandonado las aulas universitarias. Este hecho pasmoso no acredita solamente el talento del autor. Detrás de él está la formación de una época saturada de historicismo, en la que alumbran y florecen, lo mismo en Alemania que en Inglaterra, los grandes adalides de la ciencia histórica y sus escuelas. A los veintiséis años era ya Mommsen —sólo una década posterior a Droysen— maestro en su campo de las antigüedades romanas. Y a los veintiocho comenzaba Grote a escribir su extraordinaria *Historia de Grecia*. Para el muchacho criado en el ambiente intelectual universitario de aquella época, la historia era, no pocas veces, lo que para la fantasía del adolescente de hoy el Salgari o el Julio Verne. De Niebuhr se cuenta que se soltó a leer sobre *La Guerra en las Galias* de César. A los quince años, sus temas predilectos de conversación eran Ulises y los héroes homéricos.

Droysen era un hijo descollante de aquel ambiente y aquella época. La gran escuela de su espíritu habían sido la historia y la literatura griegas. Y ya antes de ver la luz *Alejandro Magno* habían llamado la atención sus brillantes traducciones de Aristófanes y Esquilo.

Era discípulo de Hegel, y la filosofía hegeliana de la historia se trasluce claramente en su obra de historiador. Es la suya la proverbial interpretación idealista de la historia. Las grandes fuerzas motrices del mundo, plasmadas en ideas, son las palancas centrales de la historia manejadas por los héroes, por los genios. El héroe hace la historia, construyendo genialmente la materia prima que las fuerzas y las condiciones sociales le ofrecen. La historia es el gran drama y los héroes sus protagonistas. Es todavía, en gran parte, la concepción mitológica, religiosa, de la historia, que tiene como gran artífice a Dios, convertido filosóficamente por Hegel en idea. Droysen no anduvo remiso, por cierto, en proclamar paladinamente esta concepción: "Nuestra fe nos infunde la certeza de que es la mano de Dios la que dirige los acontecimientos; la ciencia de la historia no tiene misión más alta que la de justificar esta fe."

Para justificar su fe juvenil en el dios Alejandro, instrumento del motor central de la Providencia, escribe Droysen este cálido libro y nos lega con él una de las obras maestras de ese tipo de historiografía. Uno de los grandes dramas de la literatura histórico-mitológica. La historiografía idealista inglesa y alemana

continúa así, en torno a la figura de Alejandro, una secular tradición poemática, legendaria. Los unos, como Niebuhr y Grote, blasfeman del dios Alejandro, en quien sólo ven el "bárbaro genial", el gran destructor. Los otros, como Droysen, lo glorifican y adoran.

Pero detrás de esto hay una doble visión más profunda de la trayectoria histórica. Droysen fué, como historiador de la antigüedad, el gran descubridor de la época del *helenismo* y el acuñador de su nombre. Enriqueció así la historia de la antigüedad clásica con un nuevo período. Para el clasicismo tradicional, la verdadera historia de Grecia terminaba con la batalla de Queronea y con Demóstenes: todo lo que viene después era, para él, liquidación y acaso. La historia, presentada de este modo, pasaba sin transición del particularismo griego a las grandes realizaciones universales del imperio romano. Alejandro y las fuerzas conjuradas por el paladín macedonio habían presidido y precipitado, simplemente, la liquidación de un pasado de grandeza. Habían sido los grandes enterradores. "Después de Alejandro —dice Grote— Grecia ya no interesa en lo más mínimo ni influye para nada sobre los destinos del mundo."

Es el mismo tópico de la "decadencia del imperio romano" que lleva al mundo a precipitarse en las "sombras de la Edad Media". Los historiadores de hoy han revisado ya en gran parte y se esfuerzan en arrumbar este tópico montesquieusano. Hace más de un siglo realizó Droysen la misma empresa con la idea fija de la "liquidación de Grecia". Y sus nuevas orientaciones, en lo que a este importante punto concreto se refieren, fueron rápidamente coronadas por el éxito. El "helenismo" y lo "helenístico" son hoy, gracias a él, conceptos fundamentales para el historiador y el hombre culto.

En tres grandes estudios analizó y puso de relieve Droysen los rasgos peculiares y la significación específica que para la historia universal tienen los tres siglos que van desde Alejandro hasta Augusto, englobados por él y desde él ya por casi todos bajo el nombre de época del helenismo. El primero es esta *Historia de Alejandro Magno*. La siguió tres años después, en 1836, su *Historia de los Diádocos* y en 1843 la *Historia de los Epígonos*. En 1877 los tres estudios fueron reunidos bajo el nombre, ya consagrado, de *Historia del Helenismo*. Y es, fundamentalmente, en cuanto artífice y creador de esta gran obra histórica del helenismo como Droysen valora y exalta la figura de Alejandro. Sobre sus rasgos románticos de héroe-conquistador, nada disminuídos por cierto en este brillante mural histórico, descuellan los méritos "providenciales" de quien en doce henchidos años de acción supo cimentar con una concepción grandiosa todo un mundo nuevo, "la primera unidad universal con que nos encontramos en la historia".

Cuadraba plenamente en su concepción idealista de la historia el presentar la gran obra histórica de la confluencia de las culturas helénicas y las orientales como la realización de la idea genial del hombre que la había servido, como la "idea de Alejandro". Sin ver que sólo la apremiante necesidad histórica objetiva de aquella obra puede explicar el "milagro alejandrino". Y también el otro

hecho, de por sí inexplicable, de que aquel puñado de condotieros y militarotes macedonios a que la historia da el nombre de diácocos o sucesores de Alejandro, y sus epígonos, que realizaron en lo territorial y en lo político una empresa de dispersión, no fuesen capaces de echar por tierra la magna unificación cultural que había de ser uno de los más fuertes cimientos del cosmopolitismo romano.

La obra cultural del helenismo, estudiada últimamente, con su historia, en el gran libro de Kaerst, ha sido abocetada certeramente por Eduard Meyer, uno de los más egregios historiadores de la antigüedad: "La cultura helenística se sobrepone, en la medida de lo posible, a las características y a la vida disociada de las nacionalidades y tiende a sustituirla por una humanidad homogénea de elevada cultura, basada esencialmente en el espíritu helénico, pero después de haber hecho perder a éste el carácter nacional para convertirlo en patrimonio humano, de donde salieron más tarde, en el campo religioso, los grandes movimientos universales del cristianismo y el Islam."

A través de la época del helenismo, por encima de sus fronteras nacionales y sobre las ruinas de sus estados políticos, Grecia fecunda con su espíritu la obra universal de Roma y transmite su mensaje de cultura a la posteridad. Es, en el arte, la época de las *Bodas Aldobrandinas,* del *Laocoonte* y el *Toro farnesino,* de la *Venus de Milo* y la *Victoria de Samotracia,* la época de Euclides y Arquímedes, de Teócrito y Menandro, de la *Historia* de Polibio. La gran herencia de la Hélade se expande hacia levante y poniente. Se funde con lo mejor, con lo más universal de las culturas orientales y occidentales y crea nuevos centros de enriquecimiento y expansión junto al Tíber y el Nilo, el Tigris y el Orontes. La fecunda simiente del espíritu y la cultura rompe las envolturas del estado-ciudad, de la nación, y por primera vez en la historia resplandece la idea del sentido humano, del humanismo. Y mientras el romanismo conquista territorios y aglutina geográfica y políticamente, más fuerte en ideas que en hombres, edifica en solar ajeno y trasfunde su espíritu al nuevo cuerpo universal.

Droysen expone el sentido y la obra del helenismo —que son, para él, la gran hazaña de su héroe— en las páginas 252-256, bajo el epígrafe de "La idea de Alejandro y la teoría de Aristóteles", y sobre todo más adelante, en las páginas 414-419. "En los países del helenismo —nos dice (p. 417)— se conservó, incluso cuando se desintegraron, para formar reinos o imperios independientes, la unidad superio rde la cultura, del gusto, de la moda, o como queramos llamar a este nivel constantemente cambiante de ideas convencionales y de costumbres."

También en cuanto a las formas políticas habían de influir poderosamente Alejandro de Macedonia y el helenismo en la posteridad. La conjunción de la teocracia con el absolutismo en la fórmula de la monarquía divina fué traída por Alejandro del oriente, se restaura en la época autocrática del imperio romano y llega, en lejana reminiscencia, hasta las monarquías modernas en que el rey lo es "por la gracia de Dios". En el vasto imperio fundado por el Macedonio la realeza teocrático-militar era la reacción oriental al sentimiento de indepen-

dencia republicana, civil, de las ciudades griegas y, lo mismo que más tarde bajo los romanos, la superestructura absorbente de un estado multinacional. Las conquistas cívicas de la democracia griega quedaron soterradas largos siglos en la historia, esperando a que surgiesen las fuerzas sociales llamadas a sacarlas de nuevo a la luz, con un sentido más profundo y en una sociedad sin esclavos, por lo menos en lo legal.

En su estudio del ejército persa y en la evaluación de sus efectivos, Droysen se atiene a las cifras tradicionales, admitidas en su tiempo con carácter general. Investigaciones posteriores, sobre todo las de Eduardo Meyer y las de Hans Delbrück en su *Historia de la Estrategia,* han rectificado notablemente, en este punto, los datos de la historiografía anterior. Hoy sabemos que el imperio persa, que no conoció el servicio militar obligatorio, como los griegos y macedonios y los estados modernos, jamás dispuso de un ejército de un millón de hombres. Los más recientes biógrafos de Alejandro, como Wilcken, se inclinan a creer que las fuerzas desplegadas por el imperio persa en sus batallas contra el conquistador no debieron de ser considerablemente superiores a las de éste, ni fueron desde luego tan desmedidamente grandes como Droysen las pinta. La leyenda del ejército de millones de los persas es una legendaria tradición popular muy antigua entre los griegos y recogida ya por Herodoto. Los historiadores tradicionales de Alejandro se apoyan en ella, y otro tanto hace Droysen, para magnificar románticamente las proezas del Macedonio. Es cierto que entre la población del imperio persa y la de los pueblos que forman la liga helénica capitaneada por Alejandro mediaba una desproporción enorme, tal vez de diez a uno. Pero no así en cuanto a los efectivos militares de los dos contendientes.

Terminada su gran *Historia del Helenismo,* Droysen se consagró de lleno a la historia de Prusia y fué uno de los más destacados representantes de la llamada escuela histórica prusiana. En sus brillantes conferencias sobre las *Guerras de independencia nacional* contra Napoleón, el biógrafo de Alejandro exalta las ideas de libertad y nacionalidad. Después de publicar una extensa biografía del general York, uno de los caudillos de aquellas guerras de liberación, se entrega a la gran obra —grande, al menos, por sus proporciones: catorce volúmenes— que remata su vida de historiador: la *Historia de la política prusiana.* En ella es ya, como tantos otros historiadores y escritores alemanes de su tiempo, el servidor ideológico de los intereses de Prusia y de la dinastía de los Hohenzollern en la obra de la unificación de Alemania.

La historia ha sido piadosa y a la vez justa con este historiador al llevarlo a la fama de la mano de su primer libro. Libro de juventud, de idealismo y de pasión, que sigue siendo hoy, como cuando se escribiera, por encima de todas las rectificaciones de detalle, la gran obra sobre Alejandro Magno y su época.

WENCESLAO ROCES

# ALEJANDRO MAGNO

# LIBRO PRIMERO

Τάδε μὲν λεύσσεις, φαίδιμ' Ἀχιλλεῦ

# CAPITULO I

*El problema.—Trayectoria histórica de Grecia.—El rey Filipo de Macedonia y su política.—La Liga corintia del año 338.—El reino persa hasta Darío III.*

El nombre de Alejandro Magno marca el fin de una época de la historia del mundo y el comienzo de otra nueva.

Alejandro pone término al período de doscientos años de luchas de los helenos contra los persas —primera gran colisión entre el occidente y el oriente de que nos habla la historia— con la destrucción del imperio persa, la conquista de enormes territorios que llegan hasta los desiertos africanos por el sur, y por el este hasta más allá del Jaxartes y del Indo, con el triunfo de la dominación y la cultura griegas sobre gran número de pueblos de civilizaciones periclitadas y la instauración del helenismo.

## EL PROBLEMA

Estamos ante un acontecimiento verdaderamente pasmoso, sin paralelo en la historia. Jamás, ni antes ni después, vemos a un pueblo tan pequeño destruir con tal rapidez y de un modo tan completo la supremacía de un imperio tan gigantesco, para erigir sobre sus ruinas nuevas formas de vida política y nacional.

¿De dónde sacó aquel microcosmos griego los bríos para acometer tan ambiciosa hazaña, las fuerzas necesarias para triunfar en ella, los recursos para alcanzar tan brillantes resultados? ¿Y cómo explicarse que la monarquía persa, que había sabido conquistar y dominar por espacio de dos siglos tantos reinos y países, que poco tiempo antes había convertido en súbditos suyos, a lo largo de dos generaciones, a los helenos de la costa asiática y a quien nadie disputaba el papel de árbitro sobre las islas y la tierra firme, sucumbiese a la primera acometida de los macedonios?

## TRAYECTORIA HISTÓRICA DE GRECIA

Una parte de la explicación del problema que acabamos de enunciar reside, sin duda, en el contraste, completo por todos conceptos, entre los dos mundos que aquí se enfrentan, constraste preformado ya por los factores geográficos y que va acentuándose más y más en la trayectoria histórica hasta llegar a su sazón, maduro ya para la decisión final, en el momento en que Alejandro se pone en marcha contra Darío.

Los helenos de esta época son, comparados con las naciones de Asia, naciones de vieja cultura, un pueblo joven. El nombre helénico fué aglutinando poco a poco a toda una serie de pueblos dispersos, hermanados por la afinidad de sus lenguas. Su historia se cifra en el logro de su unidad nacional y en el fracaso de su unidad política.

Hasta el momento en que aquel nombre común se impone, todo lo que esos pueblos saben de su pasado —de su prehistoria— son cosas inseguras y legendarias. Se creen moradores autóctonos de aquella accidentada península, rica en montañas y abundante en ensenadas, que se extiende, de norte a sur, desde el Escardo y las fuentes del Axio hasta la punta de Tenaro. Reverencian la memoria de un rey llamado Pelasgo, que reinara en Argos y cuyos dominios abarcaban, además de aquellas tierras, las de Dodona y Tesalia, las estribaciones de la cordillera del Pindo, Peonia y todo el país que se extendía "hasta las claras aguas del Estrimon"; según ellos, toda la Hélade se conocía en aquellos remotos tiempos con el nombre de Pelasgia.

Las tribus del norte de la península vivían aferradas a sus montañas y a sus valles, de la labranza y del pastoreo, fieles a su religión arcaica, que aún no había puesto nombres especiales a sus dioses, a los que llamaba genéricamente "poderes", porque "lo podían todo", y veía en el tránsito de la luz a la sombra, en las vicisitudes de la vida y la muerte, en los acontecimientos de la naturaleza, otros tantos testimonios y ejemplos de su fuerza ineluctable.

Otras tribus viéronse empujadas por la necesidad, dentro de la península, o por el afán de pisar nuevas tierras fuera de ella, junto al mar o más allá del mar, en busca de botín ganado por la guerra o la piratería o lanzadas a la aventura de crearse una nueva patria por los senderos de la intrepidez y la violencia. En estas condiciones, todo se hallaba a merced del vigor personal y la iniciativa propia, que nada refrenaba, y el éxito tenía su clave en la acción y en la segura ganancia. Ante su mente se transformó de un modo radical la imagen de la divinidad; en vez de aquellos dioses tranquilos que vivían y actuaban en la naturaleza, los suyos eran los poderes que henchían y gobernaban su agitada vida, las fuerzas de la robusta voluntad, de la intrepidez y la violencia. Y a la mudanza exterior de su vida correspondió el cambio interior de su modo de ser; estos hombres convirtiéronse en helenos. Los unos contentáronse con descender de las montañas a los llanos de Tesalia, de Beocia y del Peloponeso, para quedarse allí; los otros sintiéronse tentados por el mar Egeo, con sus hermosas islas, y por las costas que se extendían al oriente de ellas, con sus vastas y fértiles llanuras, más allá de las cuales se alzan las montañas que sustentan la meseta del Asia Menor; y nuevas y nuevas oleadas arrastraban consigo a nuevos contingentes.

Mientras que, en las tierras del interior de la península, los "reyes", con el brazo armado de sus "hetairos" o gentes de guerra, se hicieron fuertes en los valles o en los llanos más próximos a sus montañas, expulsaron o sojuzgaron a la población indígena e instauraron la dominación de una casta militar, que no tardó en eliminar o en reducir a un régimen puramente nominal el de la monar-

quía, instaurado inicialmente, para consolidar de un modo rigurosamente cerrado y permanente el mando de una oligarquía noble, más al sur y al otro lado del mar las gentes expulsadas y emigradas encontraron muy pronto, para afianzarse y desarrollarse activamente en tierras extrañas y entre extranjeros, formas más libres que sirvieron de marco al rápido e intrépido florecimiento de su vida. Y pronto sobrepujaron a su país de origen, a las tierras del norte, por su riqueza, su alegría de vivir y su arte radiante y luminoso.

Los cantos de los homéridas son el legado de esta época agitada, de estas emigraciones de pueblos, que enseñaron a los helenos, dentro del marco tan estrecho y, sin embargo, tan fecundo, de su antigua y su nueva patria, los rudimentos de su vida histórica.

Aquel mar, con su profusión de islas, aquellas costas que se extendían en torno, eran ahora su mundo. Cadenas de montañas se extienden desde las cercanías del Helesponto hasta el istmo y desde allí bajando hasta el cabo de Tenarox. Su relieve puede seguirse incluso más allá del mar, a través de las islas de Chipre, Creta y Rodas y a lo largo de las costas de Caria, en una sucesión de alturas imponentes y de ricos valles bañados por ríos, de fértiles planicies y estribaciones montañosas que descienden hasta el mar y que por el norte llegan hasta la cumbre nevada del Ida y hasta el Helesponto.

Este mundo cerrado sirvió de marco, durante varios siglos, a la vida helénica, maravillosamente floreciente sobre todo entre los pueblos que se agrupaban bajo el nombre jónico. "Quien los ve allí —dice el cantor ciego de Quío, hablando de las fiestas de los jonios en Delos—, quien ve a estos esbeltos hombres y a estas mujeres bellamente ceñidas, sus raudas naves y sus inacabables riquezas, podría pensar que se halla ante seres libres de la pesadumbre de la vejez y de la muerte." Con nuevos contingentes desgajados de su seno, salidos unas veces de las tribus establecidas junto al mar y en las islas y otras veces de las que vivían en el interior de la península, fueron floreciendo nuevas y nuevas ciudades helénicas en la Propóntide, en el Ponto Euxino, hasta la misma desembocadura del Tanais, y al pie del Cáucaso; al otro lado, en Sicilia y en el sur de Italia, surgió una nueva Hélade; grupos de helenos colonizaron la costa africana hasta la Sirte; y brotaron también ciudades coloniales helénicas en las playas de los Alpes marítimos, en las mismas estribaciones de los Pirineos. En todas direcciones, hasta donde podían llegar con sus rápidas naves, se extendían estos audaces helenos, como si el mundo fuese suyo, unidos por doquier en pequeñas comunidades cerradas y arreglándoselas siempre para dominar a las poblaciones de los contornos, cualesquiera que fuesen su lengua y su carácter, y para asimilarse o imitar lo que les parecía digno de ser recogido o imitado, en medio de una mezcla abigarrada de dialectos y de cultos, con una actividad incansable y siempre acoplada al lugar y al carácter de sus ciudadanos, en continua rivalidad las unas con las otras y las colonias con la metrópoli, rivalidad que, sin embargo, pasaba a segundo plano cuando los helenos todos, afluyendo desde cerca y desde lejos a las fiestas olímpicas, participaban en los mismos torneos, sacrificaban ante los mis-

mos altares y sentían latir sus pechos de entusiasmo ante los mismos cantos comunes.

Cantos que, en sus innumerables mitos y leyendas, en las hazañas, las emigraciones y las luchas de sus padres, evocaban ante ellos la imagen de lo que eran ellos mismos, sobre todo en las que tenían por las más bellas y más acariciadas de las aventuras: las de sus expediciones hacia tierras de oriente. Aquellos mitos les hacían volver constantemente los ojos anhelantes hacia el cielo oriental. Del oriente rapta Zeus a la hija del rey de Sidón que da su nombre a Europa. Hacia oriente va Io para poder abrazar al dios de los helenos, libre de los celos de Hera, que le impedían acercarse a él en el suelo patrio. Helen quiere llegar al oriente, sobre su carnero del vellocino de oro, para encontrar allí la paz, pero se hunde en el mar antes de alcanzar la cercana orilla. Luego, los argonautas salen para rescatar el vellocino de oro de los bosques de la Cólquida; es la primera gran expedición heroica hacia tierras de oriente, pero con los héroes, a su retorno, viene Medea, la hechicera, que siembra las semillas del odio y del crimen entre las casas reinantes de la Hélade, hasta que huye a refugiarse en su tierra natal, entre los medas, deshonrada y repudiada por el héroe ateniense.

Tras la expedición de los argonautas viene una segunda campaña heroica, la guerra patria contra Tebas, triste presagio del odio y las luchas fratricidas que habían de desgarrar a la Hélade. Layo, llevado de su fatal ofuscación, obra contra el oráculo del dios y engendra un hijo y este hijo, Edipo, ignorante de quiénes son sus padres y su patria, consulta al dios; retorna a su tierra natal, en busca de la extranjera, asesina a su padre, se casa con su propia madre, a la que no conoce, y reina en la ciudad, después de haber descifrado, para desdicha suya, el enigma de la esfinge homicida. Al darse cuenta de su horrendo crimen, se saca los ojos, se maldice a sí mismo y maldice su linaje y su ciudad y el destino se apresura a consumar sus votos: el hermano asesina al hermano, los epígonos vengan la muerte de sus padres y un montón de escombros acaba cubriendo los lugares que fueron escenario de un triple y cuádruple crimen nefando.

De este modo, entre infamias y asesinatos, va acercándose a su fin la época heroica. Los hijos de los príncipes que se han disputado la mano de la hermosa Elena viven placenteramente en su hogar, junto a su esposa y sus hijos, sin luchar ya contra los gigantes y las villanías. Hasta que los heraldos de Agamenón llaman a la expedición guerrera contra el oriente, recordando el juramento hecho en otro tiempo por los pretendientes de Elena: el hijo del rey de Troya, hospitalariamente acogido en su palacio por Menelao, se ha fijado en su esposa, la tan disputada. Los príncipes de Grecia parten de la Aulia para el Asia, y con ellos sus guerreros y sus pueblos. Se suceden varios años de luchas y penalidades; el valientes Aquiles ve caer a Patroclo y no descansa hasta dar muerte a Héctor, su matador, y llegar a los muros de Troya; allí, sucumbe él mismo, mortalmente herido por una flecha de Paris, pero este hecho hace inminente, según el presagio del dios, la caída de Troya. La ciudad vencida paga ahora, con su espantosa destrucción, el crimen del violador de los sagrados deberes de la hospitalidad. Los

expedicionarios han logrado lo que se proponían, pero ya no volverán a gozar de la patria; unos encuentran la muerte entre las olas del mar embravecido, otros son enviados a lejanas tierras bárbaras, otros caen víctimas de la sangrienta perfidia que les aguarda en el suelo patrio. Ha terminado la época de los héroes y comienza el mundo vulgar y cotidiano, el de "los hombres de carne y hueso".

Tales las leyendas, que traen a los helenos, en sus voces, las exhortaciones y las intuiciones del tiempo pasado. Y cuando los cantos de los homéridas enmudecen ante nuevas modalidades de poesía, es precisamente cuando sus predicciones empiezan a cumplirse.

Jamás hasta entonces habían tenido los helenos que medirse con enemigos poderosos. Cada una de sus ciudades había sabido defenderse por su cuenta de los peligros que la amenazaban o se las había arreglado para esquivarlos hábilmente. Aunque se asemejasen en su conjunto a un pueblo unido por su lengua y sus costumbres, sus ritos religiosos, sus juegos y sus fiestas, formaban en lo político un sinnúmero de ciudades y estados coexistentes y desunidos; únicamente los dominadores dóricos de Esparta, después de sojuzgar a los antiguos moradores del valle del Eurotas, conquistaron también las tierras vecinas de Argos y de la Arcadia, convirtieron en ilotas a los dorios de Mesenia y, por último, agruparon a la mayoría de las ciudades del Peloponeso en una confederación dentro de la cual cada ciudad mantenía o renovó una casta señorial análoga a la de los espartanos. Esparta, entronizada ya sobre el Peloponeso, hostil a los incipientes afanes de emancipación de las masas inferiores sojuzgadas, nimbada por la gloria de haber destruído las tiranías engendradas en diversos sitios por aquel movimiento ya iniciado, pasaba por ser la guardadora de las tradiciones auténticamente helénicas y la potencia dirigente de la Hélade.

Por aquel entonces empezó a apuntar un peligro para la expansión cada vez más ambiciosa del mundo helénico. Los cartagineses cerraron el paso a los cirenaicos en la Sirte; ocuparon la isla de Cerdeña y se unieron a los etruscos para expulsar de Córcega a los focenses. Las ciudades de la Jonia, desunidas y debilitadas casi todas ellas por las discordias interiores, no podían hacerse ya fuertes frente al rey de Lidia; una tras otra, fueron pactando con él y convirtiéndose en tributarias suyas por la libertad a medias que se dignaba reconocerles. Allá, en las lejanas tierras del oriente, se elevaba ya la estrella de Ciro, que con su pueblo persa se anexionaba la monarquía de Media y fundaba el reino de los "persas y los medas"; sus tropas salieron vencedoras junto a las aguas del Halys, avanzaron hasta Sardes y sometieron al reino lidio. En vano las ciudades helenas del Asia Menor imploraron la ayuda de Esparta; intentaron ofrecer resistencia a los persas, pero fueron vencidas, una tras otra; también las islas más próximas a la costa se rindieron. Todas ellas quedaron obligadas a pagar tributos y a entregar hombres a los ejércitos del vencedor; en la mayoría de ellas se instauró bajo los auspicios del gran rey una nueva modalidad de tiranía, coexistente con la dominación exterior; en otras, los nobles renovaron su poderío sobre el demos bajo la protección de los persas; todas ellas rivalizaban en su servilismo hacia el

dominador; 600 naves helénicas engrosaron las huestes del gran rey en su expedición contra los escitas, que incorporó a los dominios persas la parte norte de la Propóntide y las costas hasta la desembocadura del Estrimon.

La suerte de estas ciudades jónicas, antes tan orgullosas y felices, no podía ser más mísera. No la soportaron durante mucho tiempo; se sublevaron contra la dominación extranjera, apoyadas tan sólo por los barcos de Eretris y Atenas, que no tardaron en regresar a sus bases. La expedición de los jonios contra Sardes, fracasó; la potencia imperial de Persia avanzaba por tierra y por mar; siguió a estos reveses la derrota infligida a los helenos en el golfo de Mileto, la destrucción de la ciudad de este nombre, el castigo espantoso impuesto a los levantiscos y su completa esclavización.

La tercera parte de la Hélade, la más hermosa de todas, yacía en penosa decadencia, despoblada a fuerza de deportaciones y del éxodo interminable de sus habitantes. Las flotas fenicias del gran rey dominaban el mar Egeo. Los cartagineses empezaron a avanzar desde el extremo occidental de Sicilia, que tenían en su poder; los helenos de Italia no hacían nada por impedir aquello, absorbidos por sus discordias intestinas; la lucha entre Sibaris y Croton terminó con la destrucción de la primera de estas dos ciudades, mientras los etruscos, avanzando hacia el sur, conquistaban también la Campania; la fuerza del helenismo itálico empezaba a paralizarse.

En el mundo helénico sabíase, indudablemente, dónde estaba la raíz del mal. Ya durante la campaña emprendida contra el rey de Lidia había exhortado Tales a la unión de todas las ciudades de Jonia para formar *un solo* estado, en el que cada ciudad quedase convertida en un simple municipio. Y, al comenzar la conquista persa, Bias de Priena aconsejó a los jonios que emigrasen todos juntos, para realizar en las tierras del lejano occidente aquella obra de colonización que en su tiempo preconizara Tales.

Pero toda la trayectoria anterior del mundo helénico, su fuerza más genuina y su florecimiento peculiar habían estado condicionadas por su completa libertad de movimientos y su gran movilidad, que les permitió extenderse en todas direcciones y hacer surgir por todas partes nuevos brotes; por aquel particularismo extraordinariamente vital de las pequeñas y las mínimas comunidades, tan esquivo y vanidoso como atento sólo a lo propio y a lo inmediato y que ahora se revelaba como el más grande de los peligros, como la verdadera "desventura panhelénica".

No era Esparta la llamada a convertirse en la potencia salvadora de Grecia. Por muy eficaces que fuesen las formas a que logró remontarse allí la tiranía, impulsada por el incipiente movimiento de libertad del demos y erigida sobre la violencia contra la casta señorial y el favor de las masas, estas conquistas habían vuelto siempre a desmoronarse.

Sólo en un sitio, en Atenas, fué seguido el derrumbamiento de la tiranía, no por la restauración de la casta señorial, como Esparta esperaba, maniobrando por conseguirlo, sino por una reforma intrépida y liberal, por una constitución

con "derechos iguales para todos" y con una autonomía puramente municipal de las ciudades dentro del estado ático, para que el desarrollo de las fuerzas interiores, apenas iniciado, pudiera hacer frente a los ataques coaligados de los estados señoriales que se desplegaban en torno suyo, encabezados por Esparta. Ahora, Esparta estaba dispuesta incluso a restaurar los tiranos en Atenas; las demás ciudades del Peloponeso se negaron a ello y sólo prosiguieron la lucha los de Egina, que veían en Atenas un rival temible en el mar. Para defenderse contra la flota de los eginetas, más fuerte que la suya, Atenas hubo de ordenar que volvieran a sus puertos las naves enviadas en ayuda de los jonios, ayuda que después de la caída de Mileto, la exponía a la venganza del rey persa.

El ejército de tierra y la flota de los persas avanzaban desde el Helesponto, a lo largo de la costa, sometiendo a su poderío a las ciudades griegas de aquel litoral, a los tracios del interior y al rey de Macedonia. Los nobles de Tesalia procuraban hacerse gratos al invasor y ganar su amistad, y lo mismo las dinastías reinantes en Beocia, llenas de encono contra Atenas. Los heraldos del gran rey recorrían las islas y las ciudades, reclamando para su señor la tierra y el agua; los enviados a Atenas fueron precipitados desde lo alto de una roca. Otro tanto hicieron los espartanos, y esto dió un enemigo común a las dos potencias empeñadas hasta hacía poco en una lucha intestina. Sin embargo, cuando los persas, avanzando hacia Eubea para destruir Eretria, desembarcaron en las costas de Atica, cerca de Maratón, Esparta no se apresuró a escuchar la llamada de auxilio de Atenas. Los únicos helenos que corrieron al lado de los atenienses fueron los plateos. La jornada de Maratón salvó a Atenas y a la Hélade.

Pero aquello sólo era una primera victoria defensiva. Atenas debía estar preparada para afrontar nuevos y más graves peligros. Los caminos que era necesario seguir para salir al paso de ellos fueron señalados por Temístocles, el más grande estadista que jamás tuvo Atenas, tanto por la audacia de sus ideas como por la energía con que sabía ponerlas en práctica.

Sobre todo, y no ya por segunda vez, los bárbaros lograron desencadenar un súbito ataque por mar contra el Atica; todo el porvenir de Atenas, lo mismo que el de Esparta y el Peloponeso, su salvación o su ruina, dependían de que cerrasen a la prepotencia enemiga el camino más corto, que era el del mar. Los estados marítimos de la Hélade, Egina, Corinto, Atenas, no reunían entre todos ellos ni el número de buques de guerra con que los helenos del Asia Menor habían engrosado la flota persa. A propuesta de Temístocles —la plata de las minas láuricas suministró los recursos necesarios para ello— fué triplicada la flota de Atenas, se construyó un sólido puerto de guerra en el Pireo y se levantaron en poco tiempo las largas murallas que unían a la ciudad con su base naval. La disposición por virtud de la cual los ciudadanos pobres no obligados a servir en el ejército como hoplitas fueron incorporados a la flota como remeros, compartiendo así el deber y el honor del servicio militar, vino a reforzar el carácter democrático de la constitución ateniense, a la par que ponía en manos de la democracia la

disciplina de las fuerzas armadas, más rigurosa en el mar que en los ejércitos de tierra.

El segundo peligro era el que amenazaba con los avances del formidable ejército de los persas. El hecho de que, a la par que ocurría esto, se pusieran en marcha los cartagineses en Sicilia debía abrir los ojos del mundo helénico y hacerle ver la magnitud del peligro que sobre él se cernía. Pero por todas partes se hallaba minado por la discordia, el odio y las luchas intestinas, por la dispersión y las tendencias desintegradoras de una vida atomizada y terca. Fué necesario que los tiranos de Siracusa y Acragas se aliasen y que, gracias a ello, se uniesen todas las fuerzas armadas de la Sicilia helénica, para que naciese en aquella isla la esperanza de hacer frente al ataque púnico. ¿Cómo conseguir igual o parecida unificación en la gran Grecia? Atenas, siguiendo los consejos de Temístocles, se sometió a la hegemonía de Esparta; estas dos potencias coaligadas invitaron a todas las ciudades helénicas a formar una liga militar, cuya sede confederal sería Corinto. Esta liga sólo tendría fuerza de obligar para quienes entrasen en ella; pero de lo que se trataba era de dar un paso muy audaz para convertir la comunidad nacional, que hasta entonces sólo había consistido en la lengua, en el culto religioso y en la vida espiritual, en un principio político que sirviera de base a una confederación panhelénica, por lo menos para la lucha contra los bárbaros. Este era el sentido en que se inspiraban los actos y los acuerdos del sinedrio de Corinto; ordenó que se abriese una tregua en todos los pleitos intestinos entre las ciudades griegas entre tanto que los bárbaros, enemigos de todas, fuesen vencidos; declaró como delito de alta traición toda ayuda prestada a los persas de obra o de palabra; todas las ciudades que se entregaran al enemigo sin verse obligadas a ello por la fuerza de las armas serían consagradas al dios de Delfos y diezmadas, caso de lograrse la victoria.

La batalla de Salamina salvó a la Hélade y la victoria de Himera salvó a Sicilia. Pero a la confederación helénica sólo se habían incorporado, dentro de la península, la mayoría de las ciudades del Peloponeso, y de las de la Grecia central y septentrional, aparte de Atenas, solamente Tespias, Platea y Potidea. El resultado victorioso de las batallas libradas junto a Platea y Micala devolvió la libertad a todo el territorio que se extendía hasta más allá del Olimpo, a las islas y a las costas del mar Jónico y, en los años siguientes, incluso al Helesponto y a Bizancio. Por la misma época, el tirano de Siracusa, coaligado con los cumanos, derrotó a los etruscos en la bahía de Nápoles: los tarentinos, a quienes los yapigios habían infligido una grave derrota, salieron victoriosos en nuevos encuentros y convirtiéronse en dueños y señores del mar Adriático.

Pero ni los helenos de Italia ni los de Sicilia se unieron a la liga fundada en el istmo, ni ésta, que se hallaba bajo la hegemonía de Esparta, poco firme y llena de recelos, obligó a incorporarse a ella a las ciudades de Beocia, a las de la cuenca del Esperqueo ni a las de Tesalia. Las ciudades liberadas ofrecieron la hegemonía de las fuerzas navales comunes a los atenienses, que habían logrado reunir en Salamina más barcos que todos los demás confederados juntos, que

habían conseguido, a pesar de la resistencia de Esparta, la liberación de las islas y la de Jonia, y Esparta no tuvo más remedio que resignarse a que sucediera lo que no podía impedir; surgió así una liga dentro de la liga.

Temístocles, en quien los espartanos veían a su más peligroso enemigo, había sucumbido ya en Atenas a los embates de sus adversarios, del partido que buscaba en la alianza con Esparta, al mismo tiempo, un dique contra los avances del movimiento democrático interior. Tal vez, de haber seguido en el poder, habría sabido dar una forma distinta, más sólida, a la confederación marítima dirigida por Atenas; los estadistas que la organizaron contentáronse con formas inconexas, con derechos iguales para todos los estados copartícipes y con un régimen de tolerancia para su particularismo. Los males de una unión así organizada no tardaron en manifestarse; la necesidad de imponer por la fuerza los deberes derivados de la alianza y de castigar la demora, la resistencia y hasta la deserción en su cumplimiento hizo que la ciudad cuyo papel no era otro que el de dirigente de la liga se convirtiese en potencia autoritaria y dominadora y los aliados libres en súbditos, sujetos incluso a la jurisdicción del demos ateniense.

Atenas, dueña y señora de la liga marítima creada para proteger las aguas y luchar contra los bárbaros, tenía bajo su hegemonía las islas del mar Egeo, las ciudades helénicas situadas en las costas septentrionales de este mar hasta Bizancio y el litoral del Asia Menor desde la entrada del Ponto hasta Faselis al sur, en el mar de Panfilia. Bajo el impulso vivificador de este poder, el comercio y la prosperidad helénicos, sintiéndose ampliamente protegidos, cobraron nuevos bríos y Atenas, que marchaba intrépida y creadoramente a la cabeza de todas las direcciones de la vida espiritual, habíase convertido ahora en el eje de un movimiento panhelénico en el pleno sentido de la palabra.

No importa que Esparta siguiese ostentando nominalmente la hegemonía; su importancia dentro de la liga iba decayendo más y más; empezó a sembrar por debajo de cuerda el descontento entre los aliados de Atenas, al paso que Argos, Megara, los aqueos e incluso Mantinea se aliaban a los atenienses. Más tarde, los mesenios, sojuzgados y reducidos a la condición de ilotas, se sublevaron contra sus esclavizadores, los espartanos, y éstos, incapaces para dominarlos por su cuenta, impetraron la ayuda de Atenas; los atenienses se la prestaron y como aquéllos, temerosos de una perfidia y una traición, enviaron a sus casas a las fuerzas de socorro antes de terminar la lucha, se produjo el fatal desenlace. El pueblo ático volvió la espalda a quienes le habían aconsejado que votase el envío de los socorros pedidos, reforzó enérgicamente las instituciones democráticas del estado para eliminar por siempre su influencia, rescindió la liga helénica, poniendo fin con ello a la hegemonía de Esparta, y acordó enviar mensajeros a todas las ciudades de la Hélade no incorporadas ya a la liga marítima para invitarlas a entrar en una unión nueva y de carácter general.

La ruptura era irremediable. Se desató una lucha violentísima cuyo escenario no eran solamente los países helénicos; Egipto, que bajo un descendiente de

los antiguos Faraones había desertado del campo de los persas, invocó la ayuda de Atenas; un Egipto independiente habría representado una amenaza permanente en el flanco del imperio persa, del que se desprenderían del mismo modo las costas de la Siria, Chipre y Cilicia. Atenas, movida por estas consideraciones, envió una flota al Nilo.

Aquella hazaña, la más arriesgada de la política ateniense, fracasó. El Egipto hubo de rendirse a los persas tras las duras pérdidas que éstos le infligieron; por su parte, Atenas, después de una serie de sangrientas batallas, no siempre victoriosas, libradas en las fronteras de la patria, pactó la paz con los espartanos para afilar su espada contra los bárbaros, aun a costa de sacrificar a este designio las ventajas que le reportaba la confederación creada por ella en tierra firme.

El hecho de que Atenas se detuviera en el camino que venía siguiendo no aplacaba la hostilidad de Esparta, ni la reconciliaba tampoco con los estados señoriales ni con el particularismo. Manteniendo más firmemente en la mano las riendas de su hegemonía confederal, hacía que se enconase más aún la furia de las ciudades dominadas, las cuales confiaban ya en que los espartanos y el rey de los persas les prestarían firme apoyo. Sin embargo, Pericles, pese a todo esto y al gran poderío y a los abundantes recursos del tesoro ateniense, prefirió sostener la paz y con ella la supremacía ateniense en el mar dentro de los límites que ésta había alcanzado a la sazón, amparándose solamente en la superioridad de la sabia moderación y en los vínculos rigurosamente mantenidos del derecho contractual, lo que hizo que Atenas perdiese la iniciativa en el exterior y robusteciese en el interior el movimiento de oposición de quienes opinaban que sólo los nuevos progresos de la democracia, la implantación completa de ésta incluso entre los aliados y la extensión de la hegemonía ateniense sobre las ciudades helénicas del Ponto, de Sicilia y de Italia permitirían hacer frente con eficacia al triple peligro que amenazaba a la potencia de Atenas: la rivalidad entre Esparta y los estados señoriales, el odio de los persas, siempre en acecho, y la posible deserción de los aliados.

Tales fueron los elementos de la espantosa guerra que habría de azotar por espacio de treinta años a lo largo de todo el mundo helénico, haciendo estremecerse hasta sus mismos fundamentos y que arrastraría a una decadencia cada vez más profunda, la plétora de bienestar, de cultura y de arte acumulada en Atenas y en otras partes, bajo su protección, y, de rechazo, la superioridad del carácter ético del mundo griego.

Hubo en esta guerra un momento —marcado por Alcibíades y la expedición a Sicilia— en que parecía segura la victoria del poder ateniense y su expansión hasta más allá de los mares occidentales; los cartagineses hallábanse grandemente alarmados ante el temor de "que los atenienses marchasen contra su ciudad". Pero la genial ligereza del caudillo en cuyo escudo de oro campeaba la figura de Eros esgrimiendo el rayo, permitió que las intrigas de sus enemigos oligárquicos y democráticos del interior derribasen al único hombre capaz de llevar a término la empresa iniciada. En vista de ello, Alcibíades se pasó a los

espartanos, les enseñó los caminos por los que podían triunfar sobre Atenas y ganó para su causa a los sátrapas del Asia Menor y el oro del gran rey, aunque faltando para ello a lo convenido por Esparta y bajo la condición de que los persas recobrarían lo que en otro tiempo habían llegado a dominar.

La guerra siguió su curso, con terribles vicisitudes. La flota de Sicilia, pagada con el dinero de los persas, vino a unirse a las de Esparta y Corinto, los aliados de Atenas que desertaron de ella. Es inolvidable el modo cómo luchó en esta guerra el pueblo ateniense, intentando salvar con nuevas y redobladas energías el edificio de su estado, en trance ya de desmonorarse: cómo prosiguió indomablemente la lucha hasta el último soldado y la última corona de oro de su erario. Después de la última victoria conseguida por sus armas, la de las Arginusas, Atenas sucumbió a las luchas de las facciones en el interior, a la traición de sus generales y al azote del hambre; el espartano Lisandro derruyó las largas murallas y entregó la ciudad de Atenas al gobierno de los Treinta.

No fué solamente el poder de Atenas el que salió despedazado. En el curso de esta larga y espantosa guerra habíase transformado la esencia del demos ateniense. Los elementos permanentes que se combinaban para formar su mezcla, tan feliz en otro tiempo, habían desaparecido; con el desencadenamiento de todas las pasiones democráticas, logró imponerse de un modo arrollador aquella fuerza desintegradora de los elementos ilustrados alentados por los oligarcas, que ahora, bajo la constitución de los Treinta, emprendieron ya sin ninguna traba la obra de esclavizar al pueblo agotado y entre los cuales figuraban los restos degenerados de las antiguas grandes familias, cercenadas por la guerra. Pero aún fué más concienzuda la labor de liquidación de la antigua clase campesina de los hoplitas, a la que los asedios del enemigo en territorio ático obligaron a emigrar a la ciudad año tras año durante una larga época, para verse hundida en la miseria, privada de posibilidades de trabajo y, arrastrada por el torbellino de la vida urbana, convertirse en plebe. Es cierto que, a la vuelta del tiempo, estas gentes fugitivas del campo impusieron su retorno a él, arrojaron del poder a los Treinta y restauraron la democracia, pero lo único que con ella restauraron fué el nombre de Atenas, el nombre de la constitución solónica; todo se hallaba empobrecido, sumido en la miseria, carente de vigor y de brío; se veló con redoblado recelo por poner trabas a la autoridad de las funciones públicas, procurando coartar en lo posible y de antemano la influencia de las grandes personalidades y encontrando nuevas formas que cerrasen el paso a cualesquiera posibles restricciones impuestas a las libertades democráticas, con todo lo cual no se logró otra cosa que plasmar esta forma del estado, la más dudosa de todas, en la fase más dudosa de sus vacilaciones: la de la desilusión que sigue al entusiasmo.

Treinta años antes, con la fama de la liberación, Esparta había concentrado contra Atenas todo el odio, todo el miedo y todo el descontento y aglutinado en torno suyo todo el particularismo. Ahora, por fin, triunfaba en toda la línea: Esparta era el ideal de las oligarquías señoriales, restauradas en todas partes, y

Lisandro su héroe, más aún, su dios; en su honor se levantaron altares y se organizaron fiestas solemnes. Parecía como si, por último, el antiguo derecho de Esparta a la hegemonía fuese a servir de nexo de unión del helenismo.

Pero aquélla no era ya la ciudad espartana de los viejos tiempos. El primer postulado de la tan admirada constitución de Licurgo era que todos los ciudadanos carentes de fortuna debían servir como soldados, dentro de una disciplina y una obediencia rigurosas; ahora, con la victoria, se esfumó el nimbo que antes rodeaba el nombre de Esparta; púsose al desnudo que también allí tenían su asiento la codicia, la sensualidad y toda suerte de degeneración, que la pobreza de espíritu reinaba allí al lado de la ambición de mando y la brutalidad junto a la hipocresía y la perfidia. El número de espartanos fué decreciendo constantemente; los nueve o diez mil que existían en los tiempos de las guerras persas quedaron reducidos, en la época siguiente, a unos mil. Y aquellas gentes, acostumbradas a una disciplina rigurosa y a una rígida obediencia, gobernaban ahora del modo más arbitrario y violento en las ciudades de la Hélade, dispuestas a implantar en todas partes el mismo régimen oligárquico que en Esparta había abrazado la tan admirada aristocracia de los tiempos antiguos; los esfuerzos por instaurar este sistema de gobierno y la eliminación del partido derrotado estaban a la orden del día por doquier; todo el mundo helénico se hallaba en constante desasosiego y fermentación bajo la masa agitada de los emigrados políticos y la inquietud de sus proyectos e intentos para retornar por la fuerza a la patria.

Es cierto que Esparta envió en seguida un ejército al Asia, pero era un ejército de mercenarios, puesto al servicio de Ciro, el sublevado, contra su hermano, el gran rey. Y cuando, después de caer Ciro cerca de Babilonia, aquellos 10,000 hombres, invictos en el campo de batalla e invictos también en su larga y sangrienta odisea a través de un mundo extraño, llegaron de nuevo al mar y retornaron a su patria, cuando los sátrapas del gran rey volvieron a posesionarse de las ciudades helénicas del Asia Menor y a reclamar sus tributos, Esparta envió al Asia a su joven rey Agesilao, el cual, como si se tratase de celebrar una guerra nacional de los helenos y él fuese un segundo Agamenón, empezó ofrendando un solemne sacrificio a los dioses en Aulida. Aunque las autoridades de Beocia interrumpieron la ceremonia y expulsaron del templo a los que tomaban parte en ella, ni Tebas, ni Corinto, ni Atenas, ni los demás aliados prestaron la ayuda que como tales se exigía de ellos, y la primera hazaña de Agesilao en el Asia consistió en la celebración de un armisticio con los sátrapas del gran rey.

La indignación suscitada contra Esparta en los países helénicos era ya mayor de lo que jamás había sido la suscitada contra Atenas. Los tebanos habían apoyado a los emigrados atenienses en sus planes para liberar a su ciudad natal; por su parte, los corintios habían tenido que contemplar impasibles cómo en Siracusa, ciudad filial de Corintio, desgarrada por las más feroces luchas entre las facciones y a la que habían enviado a uno de sus mejores ciudadanos para ayudarla a recobrar la paz, la facción apoyada por los espartanos instauraba la

tiranía de Dionisio mediante el asesinato del mediador enviado de Corinto; pero lo más indignante de esto era que los espartanos, para reducir a la obediencia a la Elida, llevasen la guerra al país de la paz de los dioses, asolándolo y desintegrándolo en cantones.

Es cierto que en la ciudadela de Susa, recordando aquella otra expedición griega que había llegado casi hasta Babilonia, se contemplaba con cierta aprensión la marcha de las tropas acaudilladas por Agesilao y que no se escapaba a la atención el peligro todavía mayor que representaba la posibilidad de una nueva sublevación del Egipto, país con el que Esparta se puso en contacto inmediatamente, pero un emigrado ateniense llamado Conon, uno de los diez estrategas de las Arginusas, ofreció inmediatamente un plan eficacísimo de defensa. El sátrapa Farnabazo consiguió el dinero necesario para inducir a los estados más importantes de la Hélade a lanzarse en guerra abierta contra Esparta y crear, al mismo tiempo, una flota que, bajo la dirección del propio Conon, acabaría con el poder marítimo de los espartanos. Tremolando de nuevo la bandera de la liberación y constituídas en liga helénica, Corinto, Tebas, Atenas y Argos se levantaron contra Esparta; su primera victoria fué seguida por el precipitado retorno de Agesilao, el cual, gracias al resultado de la batalla de Coronea, pudo abrir a sus tropas la retirada a través de Beocia. Pero Conon había derrotado ya a los espartanos y destruído la mitad de sus naves. Después de esto, Farnabazo ordenó que su flota se hiciese a la vela hacia Grecia, proclamando por dondequiera que pasaba que su bandera no era la servidumbre, sino la libertad y la independencia; desembarcó con su tropa en Citera, muy cerca de las costas de Laconia, se presentó más tarde en el istmo, ante el consejo confederal de los helenos, exhortando a la necesidad de proseguir ardientemente la lucha y, para poder retornar a su suelo patrio, entregó la mitad de la flota a Conon, quien ahora se apresuró a marchar a Atenas para restaurar con dinero persa las largas murallas, crear una nueva flota ateniense y reclutar un ejército de mercenarios; el arma ligera de los peltastos, inventada y perfeccionada por Ifícrates, superó el arte táctica de los espartanos.

Había llegado la hora de que Esparta hiciese cambiar el curso de las cosas. El medio para ello estaba al alcance de la mano; si dejaba de circular el dinero persa, podía estar segura de que el entusiasmo y el poder de los enemigos de Esparta cesarían. Antálcidas, enviado a Susa por los espartanos, logró triunfar de Conon; el gran rey envió a los helenos la siguiente "orden": "Consideraba justo que fuesen declaradas como de su pertenencia las ciudades de Asia y, entre las islas, las de Chipre y Clazomene y como pertenecientes a los atenienses las de Lemnos, Imbros y Sciros, teniéndose a todas las demás ciudades helénicas, grandes y pequeñas, como autónomas; a quienes no aceptasen esta paz los combatiría por tierra y por mar, ayudando con barcos y con dinero a quienes estuviesen dispuestos a acatarla." Antálcidas surcó las aguas de las Cícladas al mando de una poderosa flota formada por naves que le habían suministrado las ciu-

dades griegas del Asia Menor y el tirano de Siracusa; los buques de los adversarios retiráronse a toda prisa.

Esta paz fué la salvación de Persia; con Chipre en sus manos —aunque le costó varios años asegurarse la posesión de aquella isla, que él mismo se adjudicara—, el gran rey podía confiar en someter al Egipto; Atenas se dió por satisfecha con las tres islas que le fueron adjudicadas; la proclamación de la autonomía sembró la discordia en toda la Hélade, hasta en las comarcas más pequeñas, haciendo imposible toda federación, toda agrupación de carácter regional, toda creación de nuevos poderes de tipo panhelénico, y Esparta quedó convertida en guardián y esbirro de esta política persa sobre Grecia.

Esparta desplegó una gran actividad para aprovechar la disolución de las agrupaciones locales y regionales con arreglo al principio de la autonomía, con la mira de implantar en todo su alcance el sistema de la oligarquía, iniciado ya por Lisandro e interrumpido por la guerra de Corinto. El hecho de que Olinto agrupase a las ciudades de la Calcídica en una federación, obligando por medio de amenazas a incorporarse a ella a las que no quisieron hacerlo de grado, en vista de lo cual las ciudades así amenazadas recabaron la ayuda de Grecia, dió pie para una expedición militar a aquellas tierras, ante la cual Olinto, tras larga resistencia, hubo de someterse y disolver la federación. En su marcha hacia Olinto, los espartanos asaltaron la ciudad de Tebas, instauraron la oligarquía, expulsaron a todos los que no simpatizaban con Esparta y dejaron una guarnición en la ciudad de Cadmea. Fueron aquéllos los años de apogeo del poder de Esparta, entre otras cosas porque, como corresponde a la verdadera naturaleza de un sistema de gobierno basado en la fuerza, todo movimiento producido contra su opresión era un nuevo acicate para reforzarlo todavía más, con lo que la opresión redoblada suscitaba nueva resistencia, la que, a su vez, justificaba el nuevo reforzamiento de la violencia encaminado a aplastarla.

Pero en estos cálculos deslizábase, sin embargo, un pequeño error. Es cierto que Lisandro había quebrantado el poder de Atenas, pero no la cultura que florecía en Atenas, ni el rasgo democrático de la época, estrechamente enlazado con aquélla. Cuanto más violento se hacía el gobierno señorial de los espartanos, más se inclinaban los movimientos de oposición hacia aquella misma democracia que había sido el arma más eficaz de Atenas contra Esparta. Y en esta dirección actuaba también la autonomía que se había ordenado implantar; por todas partes se iban desatando los viejos lazos que unían a las pequeñas ciudades en torno a las ciudades grandes como tributarias de éstas, y las tendencias desintegradoras de la autonomía y la retadora arrogancia de la libertad penetraban hasta en los últimos rincones y valles de la Hélade. El mundo helénico iba desmoronándose cada vez más, reduciéndose a átomos cada vez más pequeños, y el proceso acelerado y ascendente de fermentación de esta vida en pequeño, desencadenada y extraordinariamente agitada, ponía en acción multitud de fuerzas y de formas, de fricciones y elementos explosivos, que pronto la fuerza puramente mecánica y exterior de Esparta no estaría ya en condiciones de dominar.

A esto hay que añadir otra cosa. Mientras el mar Egeo había sido, en la liga marítima ateniense, el centro del mundo helénico, mientras las ciudades helénicas que lo circundaban habían sentido a sus espaldas la potencia de aquella liga, siempre dispuesta a entrar en acción, los bárbaros, lo mismo los del norte que los del oeste, procuraban mantenerse a distancia; cuando las tribus tracias establecidas en la cuenca del Hebro se atrevieron a avanzar, Atenas les cerró el paso a las ciudades helénicas de la costa mediante la fundación de Anfípolis, en las orillas del Estrimon —10,000 colonos fueron enviados para poblar aquella posición avanzada—. La aparición de una flota ateniense en el Ponto había bastado para asegurar también allí las rutas marítimas y las costas; por los días del poder de Atenas, cobró nuevos bríos la helenización de la isla de Chipre; incluso en aguas de Egipto llegó a luchar una flota helénica contra los persas y hasta Cartago temía al poder marítimo de Atenas.

La paz de Antálcidas no abandonó al enemigo solamente las ciudades del litoral asiático; el mar Mediterráneo se perdió para la Hélade, y las islas del mismo, aunque autónomas de nombre, y hasta las bahías y las costas de la misma Grecia quedaron a merced del enemigo. Al mismo tiempo, empezaron a moverse los pueblos septentrionales; las ciudades del litoral, desde el Estrimon hasta Bizancio, salvaguardadas solamente por sus murallas y sus mercenarios, no habrían podido resistir mucho tiempo a los embates de los pueblos tracios; las regiones macedónicas, cuya unión era todavía muy débil y cuyas discordias interiores favorecían ahora a Esparta y a las ciudades de la Calcídica, como en otro tiempo favorecieran a Atenas, se hallaban expuestas constantemente al peligro de verse invadidas por los odrisios al este, los tribalos al norte y los ilirios al oeste; y tras aquellas tribus acechaba y avanzaba ya la emigración de los pueblos celtas remansada entre el Adriático y el Danubio. Los tribalos iniciaron sus expediciones de rapiña, que pronto los llevarían hasta Abdera; los ilirios, por su parte, irrumpieron hasta el Epiro, derrotaron a los epirotas en una gran batalla en la que perecieron asesinados 15,000 de éstos, asolaron todo el país hasta las montañas que lo separan de Tesalia y, a su regreso, se preparaban a invadir las tierras macedónicas a través de los pasos montañosos más practicables que dan acceso a ellas. Para hacer frente a todos estos peligros, había agrupado Olinto las ciudades de la Calcídica en una federación; los espartanos, al destruir ésta, dejaron el norte de la Gran Grecia indefenso frente a la irrupción de los bárbaros.

Pero aún era mayor el peligro que se cernía, por la misma época, sobre los helenos de occidente. Después de quebrantado el poder marítimo de Atenas, los cartagineses habían empezado a ganar de nuevo terreno en Sicilia, sometiendo a su poderío a Himera en el norte, y a Selinunta, Acraga, Gela y Camarina; Dionisio de Siracusa, para no verse arrastrado a la guerra, se resignó a que estas ciudades se convirtiesen en tributarias de los púnicos. Los celtas irrumpieron en Italia por los Alpes, sometieron las tierras etruscas bañadas por el Po, cruzaron el Apenino y pusieron fuego a Roma; los samnitas pusiéronse en campaña contra las ciudades griegas de la Campania y fueron sometiéndolas una tras otra, mien-

tras Dionisio se encargaba de apoderarse de las situadas en la zona de los brecios; la única que logró sostenerse fué Tarento. Por lo menos, el tirano de Siracusa dió señales de actividad y energía; Dionisio, sin dar tregua a sus armas, arrebató a los cartagineses la costa de Sicilia hasta Acragas, derrotó a los piratas etruscos y se apoderó de sus tesoros cerca de Agila, se adueñó de las tierras que se extendían, Italia arriba, hasta la desembocadura del Po, consolidando su dominio en ellas por medio de un grandioso plan de colonización, y se posesionó de las islas del litoral ilírico, imponiendo así su dominación en el mar Adriático. Este príncipe, con su sistema de gobierno bien organizado y su administración atenta a las necesidades de los súbditos, con su enérgico despotismo, que aplastaba lo mismo los excesos democráticos que las "libertades" particularistas, con su ejército formado por mercenarios griegos, celtas, iberos y sabélicos, y una poderosa flota, con su política temeraria, desleal y cínica para con el enemigo y el amigo, parecía ser el último baluarte que le quedaba al helenismo en el occidente; era, en verdad, *un príncipe* del tipo de aquel con que soñaba el gran florentino para salvar a la Italia de su tiempo; por lo demás, no era indiferente a la cultura de su tiempo: atraía a su corte a filósofos, artistas y poetas, y él mismo llegó a componer tragedias. La tiranía de Dionisio y el poder no menos maquiavélico de los espartanos bajo Agesilao son los dos tipos de la política helénica, en estos tiempos tristes y oscuros.

Pero habrían de venir otros más tristes y oscuros aún. De la cultura de que Atenas era centro, de las escuelas de los retóricos y los filósofos surgieron teorías políticas, que, preocupándose lo menos posible de la situación real y las condiciones dadas, desarrollaban las formas y las funciones del estado ideal, del estado como realización de la libertad y la virtud perfectas, el único que podía poner remedio a todos los males y aportar la completa salvación. Al principio, estas doctrinas fueron, sencillamente, un elemento más de confusión en medio de aquella mescolanza caótica de señorío y servidumbre, de despotismo e impotencia, de toda aquella afanosa búsqueda de riquezas y de todas aquellas malas artes para conseguirlas, mezcladas con la envidia tanto más torva de las masas pobres, sobre todo allí donde la democracia daba derechos iguales a todos y ponía la decisión en manos de la mayoría. Si observamos cómo se desarrollaron y ganaron influencia la filosofía, la retórica y la cultura, en las ciudades libres, en los palacios de los reyes y los tiranos, hasta en Sicilia, Chipre y la Heraclea del Ponto, penetrando incluso en las cortes de los sátrapas, veremos cómo fué creándose por estos caminos un nuevo tipo de comunidad superior a todo particularismo y a toda constitución local y elevándose hasta lo que podríamos llamar la soberanía de la cultura, de la que la brutal oligarquía señorial de Esparta quedaba más lejos que ninguna otra.

El cambio decisivo de rumbo no partió, ciertamente, de la teoría, pero ésta lo rodeó, una vez efectuado, con el nimbo de una gran hazaña y le ayudó a robustecer sus efectos; navegando a favor de la corriente, la teoría pudo pensar ya en realizarse.

Tebas soportó durante tres años los harmostas espartanos, la guarnición espartana destacada en la ciudadela de Cadmea, el insolente despotismo de la oligarquía entronizada bajo su protección, nuevas y nuevas ejecuciones y deportaciones. Por fin, los emigrados lanzáronse a la arriesgada empresa de la liberación de su ciudad-patria; la asaltaron bajo el mando de Pelópidas y por medio de una traición venturosamente realizada, asesinaron a los oligarcas y llamaron al pueblo para que les ayudase a defender la democracia y a restaurar el antiguo poder de la ciudad sobre Beocia. Al sumarse a él Epaminondas, aquel estadista noble, de espíritu filosófico y liberal, en cuya mente cobraba vida la bella imagen de un gran porvenir, adquirió el movimiento su impulso ideal. La guarnición de la Cadmea hubo de batirse en retirada, las ciudades de Beocia a las que "la paz del gran rey" otorgara la autonomía fueron obligadas a entrar de nuevo en la federación beocia y a las que se negaron a hacerlo, Orcomenos, Tanagra, Platea y Tespias, se las redujo por la fuerza armada, sus murallas fueron destruídas, sus comunidades disueltas y sus ciudadanos deportados.

En vano intentaron los espartanos crear dificultades. Diéronse perfecta cuenta del peligro, al ver cómo Atenas se iba recuperando y se disponía a crear rápidamente una nueva flota, una nueva simaquia, pero con la divisa de la autonomía. Tebas extendía ya su acción fuera de las fronteras, intentaba obligar a los focenses a ingresar en la nueva liga, y se aliaba con Jasón de Feres, que había sabido arrancar a los dinastas el poder sobre la Tesalia y abrigaba el designio de vincular a su persona el poder militar permanente. Los estrategas atenienses derrotaron a la flota de Esparta cerca de Naxos y la batalla de Leuctra abrió a Tebas el camino hacia el Peloponeso, donde, al desaparecer el miedo a los espartanos, empezaba a manifestarse una vida agitada y ruidosa; bajo la protección de las armas victoriosas de Tebas, fué abatido en todas partes el yugo de la oligarquía, las aldeas dispersas uniéronse para formar comunidades urbanas y hasta los esclavizados mesenios volvieron a conocer la libertad y restauraron su estado.

Esta victoria de Atenas se debió a una rápida y hábil medida financiera, si bien es cierto que esta medida se tradujo también, en el interior, en resultados que apenas dejaron en pie más que la forma y la apariencia de la democracia. Los ciudadanos ricos, divididos en grupos en los que los de mayores fortunas adelantaban los medios y asumían la dirección de la empresa, suministraron, a base de un nuevo censo, los recursos necesarios para construir una nueva flota y enrolar mercenarios para el ejército. El demos no tuvo nada que oponer a esta plutocracia, que no le costaba nada, y la veía con tanta mayor complacencia cuanto que la victoria naval de Naxos sentó las bases para una nueva liga marítima que representaba poder, pagos en dinero y colonias para el día de mañana. Las islas y las ciudades del litoral ingresaron de buen grado en esta liga, que prometía protección y tenía por base, de un modo muy expreso, la autonomía ordenada por el rey persa. De este modo, Atenas intentó crear, a modo de fiel de la balanza, entre el poder de Esparta, que iba declinando, y el

de Tebas, en auge por aquel entonces, una imagen refleja de la autoridad de que gozara en otro tiempo, y pronto estuvo también en condiciones de obligar a los reacios. Tratábase, sobre todo, de hacer que entrase en la liga Anfípolis, colonia fundada en tiempos pasados por Atenas y con ayuda de la cual había dominado las costas tracias; y no tuvo inconveniente en recurrir a la ayuda de los macedonios y de los príncipes tracios para conseguir lo que se proponía. Por su parte, Anfípolis, apoyada por Olinto, resistió a los insistentes ataques de Atenas.

En esta lucha entablada por lograr la hegemonía dentro de la Hélade, aparecía ahora un cuarto poder. El poderoso Jasón de Feres, a quien los tesalienses, siguiendo las viejas normas de su país, habían encomendado el cargo de *tagos* o capitán y que, tras una labor incansable de reclutamiento de tropas y construcción de naves, había logrado poner en pie de guerra un ejército como jamás lo había conocido la Hélade, hizo saber que sus preparativos iban dirigidos contra los bárbaros de oriente y que abrigaba el propósito de enviar una expedición por mar contra el rey de los persas. Cuando, como para consagrar la obra iniciada, se disponía a participar con gran pompa en las fiestas píticas de Delfos, fué asesinado por unos conjurados, siete jóvenes, a quienes el mundo helénico había de glorificar más tarde como "tiranicidas". Tras sangrientas discordias familiares, el resto del poder que aquel hombre había dejado como herencia fué a parar a las manos de su cuñado Alejandro de Feres, a quien sus parientes más próximos asesinaron al cabo de diez años.

De este modo, Tebas consiguió desembarazarse del rival que tenía a sus espaldas, mientras aquel golpe hería a Esparta muy en lo vivo. Con objeto de ganar la delantera a Atenas, en su nuevo auge, Tebas construyó también una flota y empezó a dejarse sentir en los mares. Ahora, la Arcadia unida, apenas liberada de sus opresores, creyó que ya no necesitaba de los tebanos y se hallaba en condiciones de poder conquistar incluso la supremacía en el Peloponeso. Alentados por esta pretensión, los arcadienses acudieron en ayuda de los de Argos para respaldar el ataque dirigido por éstos contra Atenas y Corinto sobre Epidauro, irrumpieron en el valle del Eurotas y se apoderaron de una parte de la Laconia; pero entonces, los espartanos recibieron socorros del tirano Dionisio, 2,000 mercenarios celtas, y los de Arcadia fueron rechazados; en vista de ello, se lanzaron con furia redoblada sobre sus vecinos del oeste; se dirigieron sobre Olimpia para dirigir las próximas fiestas de aquella ciudad sagrada, y en el mismo santuario se libró la batalla en la que los eleos hubieron de abandonar el terreno, y los inmensos tesoros del templo se esfumaron entre sus manos.

Y lo que sucedía aquí, sucedía en todas partes: todos peleaban contra todos. Parecía como si en el helenismo sólo palpitasen ya la fuerza y la pasión necesarias para hacer frente y paralizar a lo que aún se mostraba poderoso, para echar por tierra lo que amenazaba con descollar. En la política helénica quedaba ya muy poco, por no decir que nada, de los sentimientos de gratitud y de lealtad, de las grandes ideas de otros tiempos, de las tareas de orden nacional, y el sistema

de los soldados mercenarios y las masas de emigrados quebrantaban todo orden sólido y desmoralizaban a los hombres.

Ni la misma Tebas se sentía lo bastante fuerte para mantener en pie las cosas nuevas que había creado; temía que Esparta y Atenas denunciasen cerca de la corte persa la fundación de Megalópolis y de Mesenia como una infracción de la paz "ordenada por el gran rey" y pudiesen obtener dinero para desencadenar nuevas luchas. Pelópidas había sido enviado con algunos hombres del Peloponeso a Susa, donde había ya embajadores de Esparta y a donde no tardaron en llegar otros de Atenas. Aquellos hombres helénicos exhibieron ante el gran rey y su corte toda la basura de su patria, pero Pelópidas logró imponerse a los demás. El gran rey ordenó que los mesenios siguiesen siendo autónomos, que los atenienses retirasen sus barcos a tierra y que Anfípolis gozase de autonomía bajo el protectorado del reino persa; quien se resistiese a ejecutar estas órdenes sería combatido por las armas; la ciudad que no quisiera tomar parte en la acción sería la primera en sufrir las consecuencias.

Era la paz de Antálcidas, pero ahora a favor de los tebanos. Acogiéndose a ella, Tebas invitó a los estados de la Hélade a que enviasen allí sus representantes para escuchar la orden del gran rey. Los espartanos se negaron a acatarla, los de Arcadia protestaron contra la invitación de acudir a Tebas, los corintios rehusaron el juramento de fidelidad a la paz decretada por el rey persa y en Atenas los embajadores enviados a Susa fueron ejecutados por traidores, a su regreso.

Más tarde, Pelópidas encontró la muerte en un segundo intento por liberar a Tesalia. Epaminondas púsose en campaña para restaurar el orden en el Peloponeso y derrotó en Mantinea a los espartanos y a sus aliados, los eleos, los mantineos y los aqueos; él mismo pagó la victoria con la muerte en el campo de batalla. El rey de Esparta, el viejo Agesilao, recibió de los éforos la misión de trasladarse al Egipto, reclutó mercenarios pagados con dinero egipcio y suministró al rey Tacjos, que tenía ya 10,000 héroes a sueldo, otros 1,000 para defender contra el gran rey la intentada restauración del régimen de los Faraones.

La derrota de Mantinea puso fin al poder de Tebas, el cual, mantenido o ennoblecido por la personalidad de unos cuantos hombres, no había sabido, al desaparecer éstos, ni retener las ciudades liberadas o recién fundadas, ni defender las ciudades beocias, que fueron destruídas, ni apaciguar a los pueblos vecinos suyos, a los focenses, a los locrenses, a los maliacos y a los eubeos, encadenados a Tebas por la fuerza. Y tras la breve embriaguez de la hegemonía, mal acostumbrada por la arrogancia y la insolencia, la Tebas de la decadencia hízose todavía más insoportable.

La segunda liga marítima de Atenas siguió la suerte de la primera: no llegó a cobrar grandes bríos. Descarriada por el descuido y la codicia y por estadistas que sólo sabían forjar sus obras por medio de la intriga, acostumbrada desde hacía ya mucho tiempo a enviar a los campos de batalla a mercenarios y no a sus ciudadanos, Atenas hacía que sus estrategas se dedicasen a sacar dinero

a enemigos y a amigos en vez de hacer la guerra, destacaba a funcionarios y guarniciones atenienses en las ciudades aliadas, deportaba a sus mismos ciudadanos de los estados federados —como hizo, por ejemplo, con los de Samos— para repartir entre los funcionarios áticos sus casas y sus tierras, pisoteando con tal descaro los derechos y los deberes de la federación instaurada por ella, que los aliados más poderosos aprovecharon la primera ocasión que se les presentó para abandonarla. Ya no fué posible retenerlos a la fuerza: Atenas perdió por segunda vez su poderío marítimo; pero aún conservaba la isla de Samos y algunos otros territorios; y tenía en sus astilleros más de 350 trieras, cifra superior a la de ningún otro estado helénico.

El helenismo occidental parecía seguir la misma curva de decadencia. Hasta su muerte, Dionisio de Siracusa había empuñado el timón con mano firme y enérgica; bajo el gobierno de su hijo, del mismo nombre, la filosofía, representada por Dión, Calipo y el propio Platón, intentó poner en práctica sus ideales en la corte del tirano, hasta que el joven soberano se cansó de aquel juego y empezó a revelar la otra cara de su malcriada pobreza de espíritu. En los lamentables diez años que duró su gobierno y el decenio no menos lamentable que los siguió, pereció su dinastía y se desmoronó el reino que su intrépido padre fundara.

Las creaciones del helenismo en el terreno de la poesía y del arte y en todos los campos de la vida intelectual siguen siendo maravillosas, aun en esta época; basta con consignar los nombres de un Platón y un Aristóteles para señalar las obras del espíritu sumadas por este período a las del anterior. Pero el estado de las cosas públicas y privadas hallábase afectado por una grave enfermedad; la situación era desesperada, si los helenos seguían moviéndose dentro de aquel círculo vicioso.

El mal no estaba solamente en que se hubiesen roto las antiguas formas obligatorias de la fe y de las costumbres, de la vida familiar, del orden del estado y de la sociedad, o en que hubiesen hecho mella en ellas las ideas de la nueva cultura; no estaba solamente en que los cambios políticos acelerados hubiesen venido a destruir la estabilidad de las pequeñas comunidades y en que, a medida que crecía la masa de los emigrados políticos, aumentase más y más el peligro de nuevas y más violentas explosiones; en que el desvergonzado régimen de los soldados mercenarios, organizado ya completamente como una "industria", enviase sus contingentes a lo largo del mundo para luchar en pro o en contra de la libertad, de la tiranía o de la patria, en pro o en contra de los persas, de los cartagineses o de los egipcios, a favor de cualquier causa por la que se les pagara una soldada. Peor que todo ello era que este helenismo de elevada cultura, en sus intentos constantemente renovados por realizar el ideal del estado, no hacía más que multiplicar los mismos daños que se proponía remediar; que, partiendo de falsas premisas, llegaba a conclusiones no menos falsas; que, preocupado solamente por la autonomía de las pequeñas y mínimas comunidades, atento solamente a la libertad personal incondicional y a la intervención incon-

dicional de todos los ciudadanos en el gobierno, no sabía encontrar las formas necesarias para garantizar siquiera la autonomía y la libertad, ni mucho menos la plétora de bienes nacionales que poseía y, sobre todo, para proteger la existencia misma de la nación, ya seriamente amenazada.

No era difícil ver qué era lo que la Hélade necesitaba. "De todos los estados que hasta ahora han tenido la hegemonía —dice Aristóteles—, no ha habido ninguno que no considerase como su interés implantar en las ciudades dependientes de ellos una constitución a tono con la suya propia, unos la democracia y otros la oligarquía, atentos más a su propio provecho que al bien común, de tal modo que jamás o rara vez y en contados casos se instauró el régimen de gobierno del justo medio; y así nos encontramos con que las poblaciones se han habituado, no a querer la libertad, sino a dominar o a ser dominadas." En breves y nítidas palabras señala el gran pensador el estado febril y extenuante a que esto conduce: deportaciones, violencias, regreso de los emigrados, repartos de bienes, cancelaciones de deudas, manumisiones de esclavos para derrocar el orden existente; unas veces, el demos se abalanza sobre los ricos y otras veces éstos ejercen un poder oligárquico sobre el demos; la ley y la constitución no protegen jamás a la minoría contra la mayoría, pues no son, en manos de ésta, otra cosa que un arma contra aquélla; la seguridad jurídica ha desaparecido, la paz interior se ve amenazada a cada paso; las ciudades democráticas brindan todas ellas asilo a los emigrados de ideas democráticas, las oligárquicas a los emigrados de sentimientos oligárquicos, sin que ni unos ni otros rehuyan ni rechacen ningún medio para conseguir su vuelta a la patria y derrocar el estado de cosas reinante en ésta y hacer con los vencidos lo mismo exactamente que éstos hicieron con ellos. Entre los estados helénicos, los pequeños y los de mínimas proporciones, no rige más derecho público que este estado de guerra de los faccionalismos azuzados por las pasiones, y cualesquiera alianzas, apenas pactadas, vuelan hechas añicos tan pronto como cambia en los estados aliados la facción gobernante.

Cada día que pasaba veíase más claro y con fuerza más imperativa que los tiempos de los pequeños estados autónomos y de las federaciones parciales, con o sin hegemonía, habían pasado, que era necesario recurrir a nuevas formas de estado, a formas panhelénicas, tan potenciadas que en ellas se disociasen los conceptos de estado y ciudad, hasta entonces mezclados y confundidos, de modo que la ciudad desempeñase funciones municipales dentro del estado, de lo que existía un precedente en la organización ática por *demes*, como había intentado hacerse en la antigua liga marítima, aunque este principio sólo se había aplicado al estado de la potencia federativa, sin hacerse extensivo, en un plano de igualdad de derechos, a los miembros de la federación. Pero no era sólo esto; en el seno del helenismo, demasiadas fuerzas, pretensiones y rivalidades, demasiadas necesidades y demasiados impulsos habían ido convirtiéndose desde entonces en costumbre, demasiada vida se había trocado en condición de vida para que, confinadas dentro de aquel reducido espacio de la metrópoli, en la que todo lo pequeño parecía grande y pequeño todo lo grande, pudieran saciarse o seguirse

desarrollando con lo que era y tenía un país como aquél. Latían en él inmensos elementos de fermentación, algunos de ellos capaces de transformar un mundo; encerrados en el suelo patrio y aferrados tenazmente al modo de ser de quienes lo habitaban, no podían hacer otra cosa que desgarrarse y destruirse unos a otros, como aquella simiente maldita de Cadmo. La salvación sólo podía estar en que se pusiera fin a sus caóticas discordias intestinas, en que supiera abrirse ante aquellas fuerzas pugnantes entre sí un nuevo y amplio campo de fecundas actividades, capaz de inflamar en grandes pensamientos todas las nobles pasiones, de dar salida, aire y luz a toda aquella plétora de impulsos vitales, cuya esencia manteníase todavía intacta.

Desde que las victorias de Lisandro habían derrocado el antiguo poder de Atenas, el peligro exterior que amenazaba al mundo griego no había hecho más que crecer por todas partes; el helenismo, escindido más que nunca en círculos completamente distintos, fué perdiendo más y más en todas sus fronteras nacionales. Los helenos de Libia hubieron de retroceder, ante los avances de los púnicos, hasta más acá de la Sirte; los de Sicilia viéronse obligados a ceder a los mismos cartagineses la gran mitad occidental de la isla, los de Italia fueron desapareciendo, un eslabón tras otro, ante la acometividad de las tribus del Apenino. Los bárbaros de las tierras bañadas por el Danubio inferior, acosados por los celtas que habían quedado remansados en Italia, empezaban a hacer esfuerzos por abrirse paso hacia el sur. Las ciudades helénicas situadas en las costas occidentales y septentrionales del Ponto defendíanse a duras penas de los tribalos, los getas y los escitas, y entre las de las costas meridionales sólo una, Heraclea, se hacía fuerte en la tiranía instaurada allí por un discípulo de Platón. Las otras ciudades griegas del Asia Menor hallábanse bajo la férula del rey persa, domeñadas y explotadas más o menos despóticamente por sus sátrapas y dinastas y por oligarcas sumisos al dominador extranjero. Y la influencia persa llegaba también a las ricas islas cercanas a la costa; la paz de Antálcidas había puesto en manos de la corte de Susa y de las cortes de los sátrapas la palanca que, explotando hábilmente las discordias intestinas de los estados dirigentes, les permitía ir desintegrando cada vez más el helenismo y atraer todos los elementos aptos para la guerra que se les antojase, puesto que los grandes conflictos políticos eran dirimidos allí por las "órdenes" del gran rey.

La idea de la lucha nacional contra el imperio persa no llegó a borrarse jamás de la conciencia de los helenos; era para éstos lo que durante varios siglos sería para la cristiandad occidental la lucha contra los infieles. Hasta la misma Esparta había procurado, por lo menos durante algún tiempo, encubrir su ambición de mando y su codicia bajo esta larva; y Jasón de Feres trataba de justificar la tiranía instaurada por él con la lucha nacional que se disponía a emprender. Cuanto más claramente se revelaban la impotencia y los trastornos interiores de aquel imperio gigantesco y más fácil y rentable se consideraba la empresa de destruirlo, más se generalizaba y se afianzaba la esperanza, la seguridad de que se haría. No importa que Platón y su escuela se esforzaran en

descubrir y realizar el estado ideal; Isócrates, cuya influencia era más extensa y más popular, llegaba siempre a la misma conclusión: la necesidad de lanzarse a la lucha contra Persia; según él, esta guerra tendría más de cortejo triunfal que de verdadera campaña guerrera. ¿Cómo soportar, dice Isócrates, la afrenta de que aquellos bárbaros fuesen los guardianes de la paz en la Hélade, mientras ésta se hallaba en condiciones de realizar hazañas dignas de rogar a los dioses por ellas? Y Aristóteles dice: los helenos podrían llegar a dominar el mundo, si se uniesen para formar un solo estado.

Ambos pensamientos eran fácilmente asequibles al espíritu, como lo era también el de concebir como *una* obra conjunta las dos empresas, la de unificar a los helenos y la de luchar contra los persas, sin aguardar a que estuviese terminada una para abordar la otra. Ahora bien, ¿cómo poner en práctica semejantes pensamientos?

### EL REY FILIPO DE MACEDONIA Y SU POLÍTICA

El rey Filipo de Macedonia se lanzó a la empresa. Y hasta podríamos decir que no tenía más remedio que lanzarse a ella, si quería instaurar y asegurar para su dinastía aquel precario reino que le había tocado en suerte. La política de Atenas, de Esparta, de Olinto, de Tebas, de los gobernantes tesalienses, no había cesado de atizar las discordias y las rencillas en el seno de la familia real, de proteger las usurpaciones de unos y otros príncipes, de azuzar a los bárbaros situados junto a las fronteras macedónicas para que invadiesen y asolasen el territorio de este reino. No tenían, para proceder de ese modo, más título jurídico que la impotencia de la monarquía macedonia; tan pronto como ésta fuese suficientemente fuerte, los estados del sur podían estar seguros de que no los trataría con mayores cuidados ni miramientos que los empleados por ellos para atentar, siempre que habían podido, contra sus intereses.

Los éxitos de Filipo descansan en la base segura que supo dar a su poder, en el ritmo gradual y mesurado de su política, que contrastaba con los movimientos tan pronto acelerados como mortecinos de los estados helénicos, los cuales se equivocaban siempre en lo tocante a sus medios o a sus fines, y sobre todo en la unidad, en el secreto, en la rapidez y en la consecuencia de sus emprêsas, que aquellos sobre quienes habían de descargarse tenían por imposibles hasta que ya no se hallaban en condiciones de sustraerse a ellas o hacerles frente. Mientras Tesalia se hallaba sumida en el desconcierto con el asesinato de Alejandro, los atenienses tenían concentrada su atención en la guerra de los confederados y los tebanos, en la guerra sagrada con que se trataba de reducir a la obediencia a los focenses, y los espartanos se esforzaban en reconquistar alguna influencia en el Peloponeso, Filipo avanzó sus fronteras por el sur y por el este, apoderándose con Anfípolis del paso a Tracia, con los montes Pangeo de las minas de oro de aquella región, con las costas de Macedonia del golfo Térmico y de la salida al mar y con Metona del camino hacia Tesalia. Más tarde, los tesalienses, seriamente amenazados por los focenses, le llamaron en su

auxilio; Filipo acudió con sus tropas y se encontró con que los ladrones de templos, bien organizados militarmente, le oponían una tenaz resistencia, pero al recibir refuerzos el macedonio, los focenses se batieron en retirada. Filipo hallábase ahora a la entrada de las Termópilas; situó una guarnición macedonia en Pagasas y con ello hízose dueño del puerto tesaliano y de la ruta marítima hacia Eubea. Hasta entonces no abrieron los ojos los atenienses; pusiéronse en pie bajo la dirección de Demóstenes y comenzó así su lucha contra la potencia que, al parecer, ambicionaba implantar su dominación sobre toda la Hélade.

Nadie puede dudar del patriotismo de Demóstenes ni del celo desplegado por él para salvar el honor y el poder de Atenas, y con razón se le considera como el más grande orador de todos los tiempos. Lo que ya no es tan seguro es que su talla de estadista estuviese a la misma altura, que podamos ver en él al gobernante de la política nacional de Grecia. ¿Cuál habría sido la suerte del mundo helénico, si la victoria, en esta lucha, hubiera resultado adversa a las armas macedonias? En el mejor de los casos, la instauración de un poder ático como el que por segunda vez acababa de derrumbarse, bien una federación basada en la autonomía de los estados federados, que no habría sabido cerrar el paso a los bárbaros del norte ni ofrecer una resistencia seria a los bárbaros del este, ni atraerse y proteger a los helenos de occidente, ya en franco declive; bien un régimen de dominación de los atenienses sobre territorios sometidos, al modo del que existía ya en Samos, Lemnos, Imbros y Sciros, bajo formas en parte coloniales, y con vínculos menos fuertes en Ténodos, Proconesos, el Quersoneso y Delos, territorios pertenecientes también a Atenas. A medida que los atenienses hubiesen ido extendiendo su dominación, habrían despertado mayores recelos y habrían tenido que hacer frente a una resistencia más violenta por parte de otros estados rivales, con lo cual no habrían conseguido sino agrandar las divisiones y los desgarramientos del mundo helénico, ya de suyo bastante profundos, y se habrían visto obligados a aceptar de buen grado o incluso a recabar, para poder sostenerse, toda ayuda de fuera, viniera de donde viniese, de los persas o de los tracios, de los bárbaros de la Iliria o de los toranos. ¿O acaso Atenas, de salir triunfante, se proponía tan sólo cerrar el paso a los cambios imprevisibles que el poder macedónico amenazaba con implantar en la Hélade y mantener el estado de cosas existente? Este estado de cosas no podía ser más mísero y vergonzoso, y además iba haciéndose cada vez más insostenible y explosivo a medida que se mantenía dentro de aquella atomización y de aquel proceso de parálisis progresiva, en que el mundo helénico veía cómo iban quedándosele anquilosados un miembro tras otro. Aunque los patriotas atenienses creyeran o dijeran librar la lucha contra Filipo en nombre de la libertad, de la autonomía, de la cultura helénica, del honor nacional, lo cierto es que ninguno de estos bienes se habría asegurado con el triunfo de Atenas, con una nueva hegemonía del demos ático sobre sus aliados o sobre los territorios sometidos, con aquella desgastada y ya agotada democracia hecha de sicofantes, demagogos y tropas mercenarias. Demóstenes se equivocaba —error que tal vez pueda

hacer honor a su corazón, pero que no habla, desde luego, en favor de su inteligencia— cuando creía que con aquellos ciudadanos de Atenas, que no eran ya más que gentes charlatanas, apáticas y vulgares, aunque la fuerza maravillosa de sus discursos los arrastrase a alguna que otra brillante resolución y fuese capaz de galvanizarlas por un momento e impulsarlas a algunas hazañas aisladas, podía desplegar aún una política en gran escala y ofrecer una lucha larga y tenaz; y aún era más grave su error al creer que por medio de alianzas con Tebas, Megalópolis, Argos y cualesquiera otros estados, alianzas urdidas a prisa y corriendo en el momento del peligro, iba a poder hacer frente a la fuerza cada vez más poderosa del rey Filipo, el cual, aunque pudiera derrotársele momentáneamente, volvería a acometer con efectivos redoblados, mientras que las alianzas helénicas habrían saltado hechas añicos al choque con la primera derrota. Demóstenes no podía ignorar lo que significaba el hecho de que no fuese él el héroe guerrero llamado a poner en práctica los planes políticos por él preconizados, el hecho de que estos planes, y con ellos la suerte del estado, tuvieran que confiarse a generales como el tozudo Cares y el libertino Caridemo, los cuales, por lo menos, sabían cómo entendérselas con las bandas de mercenarios y cómo suministrarles el "alimento" necesario. No podía ignorar que en la misma Atenas, a medida que crecía su influencia, iban aglutinándose en contra de él los ricos, los indolentes y los egoístas y que, apoyándose en estos elementos, sus adversarios personales recurrirían a todas las argucias y a todos los recovecos de la constitución para entorpecer sus planes, planes cuyo valor pudo caracterizar un ateniense, después de la batalla de Queronea, con estas amargas palabras: "Si no hubiésemos perdido, estábamos perdidos."

Para poder comprender lo que sigue a esta gran catástrofe, no hay más remedio que describir, en sus rasgos esenciales, el proceso de la lucha entre Atenas y Macedonia, que condujo a tal desenlace.

La gran actividad política de Demóstenes comenzó cuando los éxitos políticos de Filipo contra los focenses, su ingerencia en las luchas faccionales de la Eubea y sus avances hasta más allá de Anfípolis eran ya signos bastante claros del auge de una prepotencia que trascendía de todas las premisas anteriores de la política helénica. Los atenienses, al poner de manifiesto con toda claridad lo que se proponían —a partir de la ocupación de las Termópilas en el año 352, después de los primeros éxitos de Filipo contra los focenses—, señalaron a su enemigo el camino que en lo sucesivo debía seguir. Se hallaban todavía en posesión de su flota, la cual les daba una superioridad en el mar que, de haber sido manejada con rapidez y decisión, habría aplastado la flota macedónica, cuando ésta se hallaba todavía en sus comienzos. Atenas era el enemigo más peligroso con que tenía que vérselas Filipo en la Hélade; para vencerlo, había que proceder paso a paso y con premura.

Cuatro años antes, cuando la lucha giraba todavía en torno a Anfípolis, Olinto, que encabezaba a las ciudades de la Calcídica, nuevamente federadas, habíase aliado a Filipo contra Atenas y había recibido de manos del rey la

ciudad de Potidea, ocupada por colonos áticos; también los de Olinto creían dárselas de listos al procurar lucrarse con lo que ya veían como un peligro para ellos. Ahora, después del primer éxito logrado por Filipo contra los focenses, enviaron mensajeros a los atenienses para proponerles una alianza; Filipo, por su parte, tomó como pretexto el hecho de que se negasen a entregarle al pretendiente de la corona macedónica al que habían dado asilo, para lanzarse a la lucha contra ellos. Y, a pesar de los refuerzos enviados por Atenas, la liga calcídica fué derrotada, Olinto destruída y las demás ciudades de la confederación anexionadas por Macedonia (año 348).

Al tiempo que ocurría esto, los atenienses habían intentado en vano organizar una expedición militar a Eubea. La mayoría de los tiranos que gobernaban las distintas ciudades de la isla estaban de parte de Filipo; éste tenía en sus manos, con ello, una posición que amenazaba de flanco a la península ática. El macedonio se lanzó desde Olinto —ya por tercera vez— contra Quersobleptes, rey de los tracios, quien, estimulado por Atenas, había prestado ayuda a los olinteses. La flota macedónica era ya lo suficientemente fuerte para saquear las islas áticas de Lemnos, Imbros y Sciros y apoderarse de los comerciantes áticos como rehenes; una de las trieras sagradas de Atenas había sido apresada en las playas de Maratón y llevada a Macedonia como trofeo de guerra. Tebas, duramente acosada por los focenses, impetró la asistencia de Filipo y lo invitó a ocupar con sus tropas el paso de las Termópilas. Para evitar que este acto, el más fatal de todos, se consumara, Atenas ofreció la paz a Macedonia; Filipo dió largas a las negociaciones, mientras que Atenas, para salvar las Termópilas y el Helesponto, exigía que fuesen incluídos en la paz los focenses y Quersobleptes, los sacrílegos y los bárbaros, hasta que, por último (en el 346), se mostró dispuesta a sellar la paz aun sin estas condiciones, todo lo cual demostraba cómo había ganado en importancia la causa de Filipo y lo mucho que había perdido la de Atenas. Al mismo tiempo, la crisis final de la guerra sagrada venía a precipitar los acontecimientos.

Los focenses seguían ocupando las Termópilas y en Beocia las ciudades de Orcómenes y Coronea, que se habían separado de Tebas; es cierto que el tesoro del templo de Delfos estaba ya casi agotado, pero los de la Fócida confiaban en Atenas, y Arquídamo, el rey de Esparta, acudió en su socorro con mil hoplitas. Filipo consiguió que fuesen retirados los espartanos, con la intención de que el santuario de Delfos fuese a parar a manos de ellos; por su parte, el caudillo de los focenses, a cambio de que se le permitiese retirarse con sus 8,000 soldados mercenarios, cedió a los macedonios las Termópilas —era por los días en que el demos de Atenas proponía la paz de que hemos hablado más arriba—. Filipo avanzó con sus tropas sobre Beocia; las ciudades de Orcómenes y Coronea se rindieron; Tebas se alegraba de recobrar estas ciudades por medio de Filipo. Este, en unión de los tebanos y los tesalienses, convocó el consejo de los anfictiones, al que Atenas se negó a enviar representantes. Quedó decretada así la suerte de los focenses: se les declaró eliminados de la sagrada liga, sus veintidós

ciudades fueron disueltas, las murallas de éstas derruídas, los vecinos de ellas que se habían ido a la guerra con los mercenarios malditos como sacrílegos y dejados a merced de quien los apresase; lo único que se rechazó fué la propuesta de los oitaos para que fuesen pasados a cuchillo todos los habitantes del país capaces de empuñar las armas. Por un acuerdo ulterior de los anfictiones, se transfirieron a Filipo la voz y el voto de los focenses y encomendáronse al rey de Macedonia la dirección de las fiestas píticas y la protección del santuario de Delfos.

Así fué como Filipo se puso al frente de esta sagrada liga que, gracias a todo lo que acababa de acaecer, asumía una importancia política como jamás la había tenido hasta entonces. La proyección inmediata de estos acuerdos hízose sentir sobre Atenas, la cual no se decidía a reconocer los acuerdos tomados ni las facultades transferidas a Filipo; en vista de ello, se presentó ante los atenienses una embajada anfictiónica, exigiendo el reconocimiento expreso de aquellos acuerdos. Si se negaban a darlo, la asamblea decretaría la proscripción contra Atenas, que la potencia del rey de Macedonia estaba en condiciones de convertir en realidad. El propio Demóstenes aconsejó a los atenienses que no se dejasen arrastrar a una guerra sagrada.

La política de Filipo siguió desarrollándose con paso seguro y firme. Tenía ya en sus manos la monarquía del Epiro; las ciudades del Peloponeso se pasaron a su lado, inducidas por la esperanza de una lucha común contra Esparta; en la Elida, en Sición, en Megara, en la Arcadia, en Mesenia, en Argos, gobernaban hombres afectos a su causa. Luego se estableció en Arcanania, concertó una alianza con los etolios y les cedió el puerto de Naupactos, apetecido por ellos. El poder de Atenas veíase cercado por tierra y punto menos que paralizado. Pero tenían todavía el mar; su flota les aseguraba el Quersoneso, el Helesponto y la Propóntide. Allí era donde Filipo tenía que procurar asestarles el golpe. Sin dejar de renovar, una y otra vez, sus protestas de amistad y sus intenciones pacíficas hacia ellos, se lanzó de nuevo sobre Quersobleptes y los pequeños príncipes tracios emparentados con él, logró someter el territorio situado a ambas márgenes del Hebro, consolidó sus conquistas mediante una serie de ciudades fundadas por él tierra adentro, y las ciudades helénicas situadas en las orillas del Ponto hasta Odesos aceptaron de buen grado la alianza que les propuso. Tan grande era la impresión causada por sus éxitos, que el rey de los getas, establecido en el bajo Danubio, impetró su amistad y le envió a su hija en prueba de afección y de respeto.

Estos éxitos, al mismo tiempo, sembraron el terror entre los enemigos de Filipo en la Gran Grecia. Los atenienses exigieron la reposición de los reyes tracios, aliados suyos y enviaron cleruces al Quersoneso para defenderlo del peligro que sobre él se cernía, negándose la ciudad de Gardia a recibir los suyos; la propuesta de Filipo de someter el litigio a un tribunal arbitral fué rechazada por Atenas y por los estrategas atenienses, al paso que éstos daban ya órdenes

de asaltar y destruir las plazas de los macedonios en la Propóntide: todo lo cual condujo al desencadenamiento de una nueva guerra.

Filipo había concertado alianzas con Bizancio, Perintos y otras ciudades que en la guerra de los confederados se habían desentendido de Atenas y, fundándose en ellas, exigió que le apoyasen en su lucha contra los tracios; no le prestaron la ayuda solicitada, pues temían su creciente poder; en vista de ello, Atenas les brindó su alianza y su apoyo guerrero. Los atenienses habían logrado ya apartar de Filipo a la mayoría de las ciudades de Eubea y concertar alianzas con Corinto, Acarnania, Megara, Acaya y Corcira, estableciendo nuevos lazos con Rodas y Cos; hizo ver a la corte de Susa los peligros que el creciente poder de Filipo representaba para el reino persa y el estratega ático del Quersoneso obtuvo subsidios de los persas; y el entusiasmo del demos ateniense por la salvación de las *libertades helénicas* crecía de día en día.

Después de su victoria sobre los tracios, Filipo se volvió contra Perintos y contra Bizancio, clave del Ponto; si estas dos ciudades caían en su poder, el poder de Atenas sufriría un rudo golpe en sus mismas raíces. Los atenienses contestaron al ultimátum del macedonio declarando que Filipo había violado la paz jurada y enviaron a los bizantinos la flota prometida; llegaron asimismo socorros de Rodas, Cos y Quíos, aliadas de Bizancio; los sátrapas más próximos acudieron también en ayuda de Perintos y enviaron tropas a la Tracia: Filipo no tuvo más remedio que batirse en retirada.

En vista de ello, se lanzó contra los escitas. El rey escita Ateas, establecido del lado de acá de las bocas del Danubio, era un vecino peligroso para sus nuevos dominios de la cuenca del Hebro; le dió la batalla y lo derrotó. Conseguido esto, se dirigió a Macedonia, cruzando por las tierras de los tribalos; era necesario hacer sentir también el peso de su poder a estas inquietas tribus, que habían asaltado no pocas veces las fronteras de Macedonia. Filipo quería tener la espalda bien guardada, para poder lanzar su golpe decisivo contra los atenienses.

Atenas hacía todo lo posible por ayudarle en sus planes. Los atenienses habían renovado en el templo de Delfos sus antiguas ofrendas en acción de gracias por la batalla de Platea, con esta inscripción: "Del botín cogido a los persas y tebanos, unidos en lucha común contra los helenos". En la asamblea de los anfictiones, los locrenses de Anfisia, a instancia de Tebas, formularon su protesta contra aquella inscripción y reclamaron una fuerte multa en dinero; el embajador ático Esquines replicó echándoles en cara que habían labrado tierras pertenecientes al templo délfico; logró apasionar de tal modo a los reunidos, que la asamblea acordó castigar inmediatamente a los autores de aquel robo sacrílego; pero los labradores de Anfisia rechazaron a los anfictiones y a las gentes de Delfos que se presentaron en su compañía. En vista de esta afrenta, se decidió convocar una reunión extraordinaria de los anfictiones, que acordaría lo que fuese procedente para castigar a los culpables. A esta reunión no acudieron los representantes de Atenas ni de Tebas; Esparta había sido eliminada de la anfic-

tionía desde la terminación de la guerra sagrada; los reunidos acordaron organizar una expedición sagrada contra Anfisia, a cargo de las tribus más próximas. El empeño tuvo poco éxito, pues los de Anfisia persistieron en su actitud rebelde. La siguiente asamblea de los anfictiones (celebrada en el otoño del 339) encomendó al rey Filipo el castigo de los sacrílegos, la hegemonía de la guerra sagrada.

Filipo acudió presuroso, pero no sólo para castigar a los labriegos de Anfisia. Atenas había renovado la guerra con él, le había obligado a batirse en retirada ante Bizancio y Perintos; la expedición en desagravio del dios délfico permitíale situar sus fuerzas armadas de tierra cerca de las fronteras áticas, reanudar la guerra en un sitio en que para nada les servía su poder marítimo a los atenienses; el hecho de que ellos mismos hubiesen provocado este incidente de Anfisa y ahora se volviesen en contra del hombre que venía a castigar a los culpables acusados por ellos ponía en evidencia ante los ojos de todo el mundo su falta de razón y las contradicciones internas de su política. Filipo creía poder contar con Tebas, que ahora, sobre todo desde la guerra contra los focenses, encolerizada contra Atenas y obligada a gratitud para con las armas salvadoras de Macedonia, hallábase unida a él por una alianza. Nicaia, ciudad situada en el extremo meridional de las Termópilas, asignada por él a los tesalienses, estaba con él y le abría el camino hacia el sur. Hizo que una parte de su ejército de Heraclea, situado en la entrada norte de las Termópilas, avanzase a través del paso que cruza la comarca de Doris, para seguir el camino más próximo hacia Anfisa, mientras él, al frente de la parte más numerosa de sus tropas, cruzaba por Nicaia, siguiendo el paso que desciende hacia Elatea, en el valle alto del Cefiso, donde este río baña todavía las tierras de la Fócida. En los últimos días del otoño del año 339 llegó a Elatea, donde se atrincheró; tenía ante sí las fronteras abiertas de Beocia y el camino que conducía al Atica, y a sus espaldas los pasos que aseguraban su comunicación con Tesalia y Macedonia.

Envió emisarios a Tebas; prometió a los tebanos, si su ciudad tomaba parte en la marcha sobre Atenas, participación en el botín de la victoria y mejoras de territorio; caso de que no quisieran luchar exigía, por lo menos, paso libre a través de su demarcación. Al mismo tiempo, presentáronse en Tebas los emisarios de Atenas, y Demóstenes consiguió a pesar de todo, gracias a su celo, lo que no se había logrado desde hacía veinte años: concertar una alianza entre los tebanos y los atenienses. Tebas envió un contingente de mercenarios para ayudar a los locrenses de Anfisa y Atenas les facilitó 10,000 hombres reclutados por ella; ambas ciudades invitaron a los focienses desterrados a volver a su patria y les ayudaron a fortificar de nuevo algunas de las plazas más importantes del país. Pero los macedonios se abrieron paso hasta Anfisa, derrotaron a los contingentes mercenarios del enemigo y destruyeron la ciudad. Atenas y Tebas hicieron ardientes preparativos para cerrar el paso a las fuerzas principales de Filipo en la Fócida, poniendo también a sus ciudadanos bajo las armas; el ejército ateniense avanzó hacia Tebas y se unió con el de Beocia. Dos encuentros

afortunados vinieron a robustecer su fe en la victoria; enviaron tropas auxiliares para reforzar sus efectivos Corinto, Megara y otras ciudades aliadas de Atenas.

Pero Filipo no se movió de su sitio. Hizo venir refuerzos de Macedonia, que, unidos a las tropas encabezadas por su hijo Alejandro, formaban un ejército de 30,000 hombres. Probablemente fué por aquellos días cuando el rey envió emisarios a Tebas para abrir negociaciones, pero la enérgica oposición de Demóstenes contrarrestó los deseos de paz del beotarca. Sin embargo, el ejército de los aliados —que superaba en número al de los macedonios y ocupaba posiciones muy firmes en la entrada de la Fócida, junto al Cefiso, no supo tomar a tiempo la iniciativa para la batalla—. Un movimiento de las tropas de Filipo hacia la izquierda lo obligó a retroceder hasta los llanos de Beocia. Filipo tomó contacto con él y lo obligó a combatir cerca de Queronea (agosto de 338). El ataque de la caballería, mandada por Alejandro, decidió la suerte del combate, que había permanecido indecisa por largo tiempo. La victoria de los macedonios no pudo ser más completa; el ejército de los aliados quedó deshecho y destruido. La suerte de Grecia estaba ahora en manos de Filipo.

El vencedor no quiso explotar su victoria humillando al enemigo, ni su política consistía tampoco en convertir a Grecia en una provincia de Macedonia. Los únicos que hubieron de pagar cara su deserción fueron los tebanos. Se les obligó a llamar de nuevo al país a los desterrados y a formar con ellos un nuevo consejo, el cual se encargó de enviar a la muerte o a la deportación a los hombres que venían rigiendo los destinos de la ciudad y la habían llevado al desastre. La liga beocia fué suprimida y restauradas las comunidades de Platea, Orcómenes y Tespias; la ciudad de Oropos, que Tebas arrebatara al Atica veinte años antes, volvió a poder de Atenas; finalmente, se destacó una guarnición macedonia en la Cadmea, posición desde la que podía mantenerse la paz y el orden no sólo sobre Tebas, sino también sobre el Atica y sobre toda la Grecia central.

Todo lo que fué rigor contra Tebas se tornó en indulgencia con respecto a Atenas. En los primeros momentos de excitación que siguieron a la derrota, los atenienses tomaron la decisión de seguir luchando a vida o muerte; pusieron a Caridemo al frente del ejército y se disponían a armar a los esclavos, pero la suerte sufrida por Tebas y las benignas proposiciones del rey macedonio enfriaron el entusiasmo combativo. Aceptaron la paz que el rey les ofreció por medio de un prisionero, el orador Demades: los atenienses recibían todos sus prisioneros sin pagar rescate, retenían en su poder las islas de Delos, Samos, Imbros, Lemnos y Sciros y volvían a entrar en posesión de la ciudad de Oropos, y se dejaba a su arbitrio —tal vez sólo desde un punto de vista formal— el adherirse o no a la paz conjunta que el rey se proponía concertar con los helenos y con el consejo confederal. El demos ateniense votó toda clase de honores para el rey Filipo, les concedió el derecho de ciudadanía a él, a su hijo Alejandro y a sus generales Antipatros y Parmenion, erigió en el ágora una estatua de Filipo "como benefactor de la ciudad" y le honró de otros diversos modos.

Pero no se crea que los atenienses obraban así movidos solamente por el temor de que el rey pretendiese cimentar su obra sobre la Hélade; el partido macedonio con que ya contaba Filipo o que se creó ahora, ante la nueva situación, no estaba integrado solamente, ni mucho menos, por traidores y gentes vendidas al enemigo, como quiere hacernos creer Demóstenes. Es significativo que uno de los partidarios más leales del rey fuese Demaratos de Corinto, amigo de Timoleón y compañero suyo de luchas en la campaña de liberación de Sicilia, entregado como nadie a la gran idea de la lucha nacional contra los persas. Es posible que otros muchos abrazasen también el punto de vista que Aristóteles expresa al sostener que sólo la monarquía era, por su propia naturaleza, capaz de colocarse por encima de los partidos que destrozaban la vida política de Grecia y de instaurar el régimen de gobierno del justo medio, "pues la misión del rey es la del guardián llamado a velar por que los poseedores no sean perjudicados en sus fortunas ni el demos tratado con despotismo ni con arrogancia". La tiranía, tantas veces intentada, no había logrado llevar a cabo esta obra, "porque no descansa, como la monarquía de viejas raíces, en títulos propios, sino sobre el favor del demos o sobre la violencia y el desafuero".

Ahora bien, ¿fué éste, realmente, el sentido que Filipo imprimió a su política?

Sin poner el pie en tierra ática, avanzó con sus tropas al Peloponeso. Ciudades como Megara, Corinto, Epidauro y otras, resueltas a defenderse detrás de sus murallas, apresuráronse a pedir la paz; el rey fué concediéndosela a cada una por separado, a los corintios bajo la condición de que entregasen Acrocorinto a una guarnición macedonia; a estos convenios de paz siguieron otros, a lo largo de la marcha de los macedonios a través del Peloponeso, dándose a todas las ciudades instrucciones para que enviasen sus embajadores a Corinto con plenos poderes para concertar la paz general. Esparta fué la única que se negó a todo acto de sumisión; Filipo cruzó el territorio de Laconia hasta llegar al mar y luego, ateniéndose al fallo de un tribunal arbitral, estableció las fronteras de Esparta con Argos, Tega, Megalópolis y Mesenia, haciendo que los pasos más importantes quedasen en manos de quienes habrían preferido verse libres de todo cuidado para el porvenir con la destrucción del odiado estado espartano.

## LA LIGA CORINTIA DEL AÑO 338

Ya se hallaban reunidos en Corinto los representantes de todos los estados de la Hélade —menos los de Esparta—; en esta asamblea se concertó, tal vez a base de un proyecto presentado por el rey Filipo, del que sabemos con seguridad que no revistió la forma de una orden macedónica, "la paz común y el tratado federal". Las bases de esta federación eran la libertad y autonomía de todas las ciudades helénicas, la posesión libre y sin trabas de sus propiedades, recíprocamente garantizadas, libertad de tráfico y una paz constante entre ellas. Para garantizar estas bases y aplicar las normas que de ellas se derivasen se

instituyó un "consejo federal común", en el que cada estado tendría sus representantes; era función de este sinedrio, sobre todo, velar por "que en ninguno de los estados confederados se decretase ninguna ejecución o deportación contra las leyes vigentes, ni se efectuase ninguna confiscación de bienes, concelación de deudas, reparto de fortunas o manumisión de esclavos con el fin de derrocar el orden existente". Entre los estados confederados y el reino macedonio instituíase una alianza eterna ofensivo-defensiva; ningún heleno podría prestar servicios de guerra contra el rey o ayudar a sus enemigos, bajo pena de destierro y pérdida de todos sus bienes. El tribunal llamado a conocer de los actos de violación del pacto federal era el consejo de los anfictiones. Y, por último, la clave de bóveda de todo el edificio: fué acordada la guerra contra los persas "para vengar las afrentas cometidas por ellos contra los santuarios helénicos" y se nombró como general en jefe para dirigirla por mar y por tierra al rey Filipo, concediéndosele poderes ilimitados para ello.

Filipo se retiró a Macedonia y comenzó a adoptar todos los preparativos necesarios para la gran guerra nacional, que se proponía comenzar en la primavera siguiente. Los socorros enviados por los sátrapas a los tracios, a que nos hemos referido más arriba, le brindaban la justificación jurídica para la guerra contra el gran rey.

Es curioso que por aquella misma época se restableciesen, sólo que por el camino opuesto, los destinos de Sicilia. Los patriotas sicilianos, reducidos a la más deplorable de las situaciones, oprimidos por los tiranos y amenazados por los cartagineses, habían recurrido a Corinto buscando su salvación. Los helenos de la Gran Grecia les enviaron, con poderes limitados, al valiente Timoleón. Después de derrocar al tirano de Siracusa, fué haciendo lo mismo con los de las demás ciudades, uno tras otro, y obligó a los cartagineses a replegarse sobre sus antiguas fronteras, en el rincón occidental de la isla (año 339). Estableció en las ciudades liberadas nuevos colonos helénicos en grandes cantidades y restauró en ellas la libertad y la autonomía democráticas; en Sicilia parecía florecer de nuevo el régimen político que se derrumbaba en la metrópoli. Pero el nuevo estado de cosas sólo sobrevivió por corto tiempo a la muerte del hombre magnífico y altamente ensalzado (año 337) que había ayudado a instaurarlo; antes de que los cartagineses se dispusieran a lanzarse de nuevo al ataque, estas democracias, corroídas por nuevas disensiones intestinas, se hallaban ya otra vez en el camino de la oligarquía o de la tiranía. Ahora, la Gran Grecia era la menos indicada para salvarlas; las ciudades que aún no habían sucumbido viéronse acuciadas por nuevas angustias ante el movimiento de rápido avance de los pueblos itálicos; el rey Arquídamo de Esparta, tomado a su servicio por los tarentinos, encontró la muerte luchando a la cabeza de sus mercenarios contra los mesapios, el mismo día, al parecer, en que Filipo ganó la batalla de Queronea.

El resultado de esta batalla y la constitución de la liga corintia proporcionaron, por lo menos, a la metrópoli de los helenos una unidad que garantizaba la paz interior y, en lo exterior, una política nacional común; una unidad que

no afectaba solamente al derecho de gentes, sino también al derecho constitucional, como la que en su tiempo preconizaran a los jonios Tales y Bías; no una hegemonía como aquella que los atenienses, en los días del apogeo de su fama, quisieron transformar demasiado rápidamente en dominación para poder conservarla y menos aún como aquella que había intentado imponer Esparta con la paz de Antálcidas, en nombre del rey persa y en ejecución de su política, sino una constitución federativa, basada en la existencia de un consejo político y un órgano jurisdiccional sobre los estados federados, en la autonomía municipal de cada uno de ellos, en la paz interior permanente y el libre tráfico entre todos, con la garantía de todos a favor de cada uno, y, finalmente, organizada de tal modo, con vistas a la guerra contra los persas, que las atribuciones esenciales de la soberanía militar y de la política exterior de cada estado se transferían, mediante el juramento confederal, a aquel a quien se confería la hegemonía sobre la liga, al jefe del estado macedónico.

Por muy duras que hubiesen sido las luchas por las que había sido necesario pasar y las medidas que fué indispensable adoptar para llegar a este resultado, el rey de Macedonia se honraba a sí mismo y honraba a los helenos al dar por supuesto que la guerra contra los persas, puesta ahora a la orden del día, la fuerza de aquella causa nacional común a todos, los triunfos exteriores y las ventajas interiores que la obra ya coronada prometía, harían olvidar muy pronto las derrotas y los sacrificios impuestos por la necesidad de llevarla a cabo. No eran sólo las reiteradas declaraciones del monarca y los deberes asumidos por él en el pacto federativo los que garantizaban a los demás que sus armas serían empeñadas en aquella gran lucha nacional; su propio interés le había trazado desde el primer momento esta política encaminada a concentrar las fuerzas de Grecia para poder afrontar la lucha contra el reino persa y, al mismo tiempo, a emprender esta lucha para unificar y fundir con mayor seguridad las energías más o menos sanas que aún se conservaban en los estados helénicos.

El poder de Macedonia, el único que amparaba a la Hélade como una muralla protectora contra los bárbaros del norte, que hacían sentir ya su fuerza sobre Italia, tenía ahora la misión, solemnemente asumida, de ponerse a la cabeza de una Grecia unida para conducirla a la lucha contra los bárbaros del oriente. ¿Qué representaba esto? La liberación de las islas y ciudades helénicas que gemían de nuevo bajo el yugo persa desde la derrota de Atenas, desde la paz de Antálcidas; la apertura de las rutas del Asia para el comercio y la industria libres de la Hélade, para la expansión de la vida helénica en el continente asiático; ancho campo, grandes posibilidades y tentadoras perspectivas para que aquella plétora de elementos inquietos, levantiscos y enconados, que hasta ahora, prendidos en las mallas de una red de pequeños estados, peleaban hasta la muerte los unos contra los otros, corroyendo y destruyendo más y más la vida misma de su nación, pudieran consagrarse por entero, dentro de nuevas condiciones de vida, a nuevas empresas y actividades de gran aliento, curándose en ellas del mortal veneno de la descomposición.

Las tendencias cosmopolitas que habían ido desarrollándose en el helenismo bajo la acción de la ilustración y la cultura, a la par que su tenaz particularismo en el comercio mundial, las masas de refugiados y el sistema de los mercenarios y las cortesanas, necesitaban encontrar por fin, si aquél no quería dilapidar inútilmente lo que aún le quedaba de existencia nacional, una tarea que le permitiera plasmarse adecuadamente, en un movimiento ordenado y con resultados preconcebidos. Esta tarea podía ser, precisamente, la expedición al Asia y la guerra contra los persas.

## EL REINO PERSA HASTA DARÍO III

Mientras que, por parte de Europa, todo estaba preparado, como acabamos de ver, para la decisión final, del lado de Asia nos encontramos con que el gran reino de los persas había llegado también al punto en que los elementos de poder que le habían valido en otro tiempo sus éxitos estaban ya agotados y el imperio sólo parecía mantenerse en pie por la fuerza de la inercia.

Es poco lo que las fuentes nos dicen acerca de la naturaleza y el carácter de este reino persa, y se reduce, además, casi todo ello, a cosas de tipo externo, recogidas y transmitidas, salvo escasas excepciones, por quienes no veían en los persas más que a gentes bárbaras, despreciadas por ellos. Sólo en la gran figura de Darío, tal como la describe en su drama de las guerras persas uno de los hombres que pelearon en Maratón, transpira algo del carácter profundo y poderoso de este noble pueblo.

Tal vez podamos completar y ahondar esta impresión con lo que este mismo pueblo nos cuenta a través de las manifestaciones más directas de su vida interior, a través de su religión y de su historia sagrada. Estas formas revelan la fuerza ética superior con que los persas aparecen ante la historia frente a los demás pueblos del Asia, la profunda y solemne concepción que alentaba en ellos de aquello por lo que viven el individuo y el pueblo.

Pureza en las obras, en las palabras y en los pensamientos: tal es el postulado supremo de esta religión; veracidad, santificación de la vida, cumplimiento del deber hasta llegar a la más completa abnegación: he aquí la ley revelada por Zoroastro, el intérprete de la voluntad divina. Las leyendas de Chemchida y Gustaspo, las luchas contra el Turán proyectan ante este pueblo, de un modo muy distinto que ante los helenos los cantos de Troya, de Tebas y de los argonautas, las imágenes ejemplares de lo que en la vida real debe ser perseguido y evitado.

Las altiplanicies de Demavenda hasta el río Sind estaban pobladas en tiempos inmemoriales por hordas salvajes; hasta que apareció el profeta de la nueva ley, el amparo y refugio de los hombres, Hoama, para proclamar su doctrina al padre Chemchida, y los hombres empezaron a organizarse en comunidades y a labrar la tierra; y cuando Chemchida se convirtió en rey, ordenó la vida de su pueblo y los estamentos de su reino; bajo su égida esplendorosa no morían los animales ni se marchitaban las plantas, jamás escaseaban el agua ni los frutos,

no se conocían el frío ni el calor, la muerte ni las pasiones, y reinaba la paz por doquier. Y el rey proclamaba, lleno de orgullo: "Yo soy quien da la inteligencia a los hombres, ningún rey ha sido coronado como yo; la tierra se ha amoldado a mi voluntad; a mí deben los hombres la comida, el sueño y el gozo; por eso deben honrarme y reverenciarme como al creador del mundo." Hasta que el resplandor divino se apartó de él; entonces cayó bajo la acción de Zohak, el funesto, y comenzó su espantosa dominación; se abrió así una época de desórdenes bestiales, de la que surgió, por fin, Feridún, el héroe; éste y tras él su linaje, el de los "hombres de la primera fe", reinaron sobre el Irán, en incesantes y duras luchas con los malignos turanios, hasta que bajo el sexto de este linaje después de Feridún, el rey Gustaspo, apareció Zoroastro, el mensajero del cielo, encargado de adoctrinar al rey para que pensara, hablara y obrara con arreglo a la ley.

La nueva ley basábase en la eterna lucha entre la luz y las tinieblas, en la lucha de Ormuz y los siete archipríncipes de la luz contra Arimán y los siete archipríncipes de las tinieblas; unos y otros, seguidos de sus legiones, peleando por dominar el mundo; todo lo creado pertenece a la luz, pero las tinieblas toman también parte en esta incesante lucha; sólo el hombre se interpone entre los dos bandos, libre para optar entre ayudar al bien o dejar que prevalezca el mal. Los hijos de la luz, los iranios, libran la gran batalla a favor de Ormuz, luchan por someter el mundo a su imperio, por ordenarlo con arreglo a la imagen luminosa de este dios y mantenerlo en la prosperidad y la pureza.

Tal la fe de este pueblo y tales los impulsos de los que brota su vida histórica; unos, dedicados a la agricultura, otros formando tribus entregadas al pastoreo en aquel país montañoso llamado la Pérsida, entre ellos los linajes nobles, con sus innumerables ciudadelas cuyo recuerdo perdura a través de los siglos y a la cabeza de los cuales figura la tribu de los pasargadas, de cuyo linaje más egregio, el de los aqueménidas, salieron los primeros reyes del pueblo. Ciro, el hijo del rey, contempla en la corte del gran rey, en Ecbatana, un espectáculo tal de soberbia, de relajamiento y de vida despreciable, que considera necesario conquistar el gobierno de aquel reino para su pueblo, mucho más severo. Convoca, según reza la leyenda, a las tribus; un día las hace roturar una extensión de tierra y sentir toda la pesadumbre de su condición de súbditos, y al día siguiente las reúne para celebrar un solemne banquete; las invita a que elijan entre aquella triste vida de siervos de la gleba y la vida magnífica del vencedor; y sus tribus eligen el camino de la lucha y la victoria. Sale al frente de sus hombres a pelear contra los medas, los vence y se hace dueño y señor de su reino, que se extiende hasta las riberas del Halis y del Jajartes. Sigue combatiendo, y somete al reino de Lidia y a todas las tierras hasta el mar de los jaones, y al reino babilónico hasta las fronteras del Egipto. Cambises, el hijo de Ciro, incorpora al imperio el reino de los Faraones; ninguno de los pueblos y reinos de vieja historia es capaz de resistir a los embates de aquel pueblo joven. Pero los medas se aprovechan de la marcha del gran rey hacia el desierto, a través

del Egipto, y de su repentina muerte, para sublevarse; sus sacerdotes, los magos, eligen a uno de ellos para que ostente la corona de gran rey, lo hacen pasar por el hijo menor de Ciro, eximen a los pueblos del servicio militar y del pago de los tributos por un período de tres años; y los pueblos acatan sumisamente el nuevo orden de cosas. Al cabo de un año, se levanta Darío el Aqueménida con los jefes de las otras seis tribus y asesinan al mago impostor y a sus principales partidarios. "El poder que había sido arrebatado a nuestro linaje —dice una inscripción de Darío— fué recobrado por mí; restauré los santuarios y el culto del divino protector del reino; por la gracia de Ormuz, pude recobrar lo que nos había sido arrebatado y devolver al reino, a Persia, la Media y las otras provincias, su felicidad, como en tiempos pasados."

Darío fué el organizador del reino. Como no existía una cultura persa capaz de vencer también interiormente y de transformar a los derrotados por la fuerza, como en otro tiempo la de Babel y la de Asur; como la religión de la luz, que constituía la verdadera fuerza y la gran ventaja del pueblo persa, no podía ni quería convertir a otros, la unidad y la seguridad del imperio hubieron de erigirse sobre la organización del poder que lo había instaurado y estaba llamado a regirlo. Era la antítesis más completa de lo que constituía, en su desarrollo histórico, la esencia del helenismo: aquí, *un* pueblo, dividido y disperso en innumerables pequeñas comunidades regidas por su libre autonomía, diferenciadas y atomizadas por las fuerzas de un dinamismo y una peculiaridad inagotables; allí, entre los persas, muchas naciones, la mayoría de ellas ya caducas e incapaces de modelar su vida con formas propias, aglutinadas por la fuerza de las armas y mantenidas en cohesión por la rígida y orgullosa superioridad del pueblo persa, con el gran rey, el "hombre divino", a su cabeza.

Esta monarquía, cuyos dominios se extienden desde el mar de los griegos hasta el Himalaya, desde el desierto africano hasta el lago de Aral, deja que los pueblos a los que agrupa vivan a su modo, los ampara en aquello "que demanda su derecho", se muestra tolerante con todas las religiones, vela por el comercio y el bienestar de sus pueblos, respeta incluso sus príncipes tribales, con tal de que se sometan al monarca y paguen sus tributos, pero levanta sobre todos ellos la fuerte y estrecha urdimbre de una unidad militar y administrativa cuyos titulares salen de la tribu dominante, la de los "persas y medos". La identidad de religión, una vida ruda y rigurosamente adiestrada en el campo y en los bosques, la educación, en la corte y bajo la mirada atenta del gran rey, de la juventud noble llamada al servicio del estado, el poder guerrero, concentrado en la misma corte, de los diez mil inmortales, los dos mil lanceros y los dos mil jinetes, que afluyen de todas las partes del reino para servir en la ciudadela, los tributos y regalos que van acumulándose en las arcas del imperio, la rigurosa jerarquía de los nobles reunidos en torno a la corte, hasta llegar al rango de los "compañeros de mesa" y los "parientes" del gran rey: todo ello junto, da a la potencia central del imperio la fuerza y el brío necesarios para actuar como el centro aglutinante y dominador. La red de caminos construídos a lo largo de

todo el imperio, las estaciones de posta, con sus estafetas siempre a punto, las fortalezas enclavadas en los pasos y puntos fronterizos más importantes, aseguran los enlaces y la intervención más rápida posible del poder central. Gracias a ello, los correos del rey pueden recorrer la distancia entre Susa y Sardes —350 millas— en menos de diez días, y en cada región hay tropas dispuestas a ejecutar sin pérdida de momento lo que los despachos reales ordenen.

Darío divide el imperio, para fines administrativos, en veinte satrapías. No es una división basada en la nacionalidad ni en razones históricas; trátase, simplemente, de zonas geográficas, deslindadas por fronteras naturales. La relación entre sus habitantes y el reino consiste, sencillamente, en prestarle obediencia, pagar puntualmente sus tributos, cumplir con sus deberes militares cuando la autoridad competente ordene una leva general, sostener a los sátrapas respectivos con su corte y alimentar a las tropas del gran rey destacadas en las ciudades principales y en las fortalezas fronterizas de su demarcación. Los sátrapas —"reyes sometidos solamente al gran rey"— son responsables de la obediencia y el orden dentro de su respectiva satrapía, pudiendo hacer la guerra y concertar la paz por su propia cuenta y sin orden de la corte, siempre que sea para agrandar el territorio y conseguir nuevos tributos. A su vez, ellos encomiendan, probablemente, algunos de los distritos de su jurisdicción a nativos o favoritos suyos, encargados de cobrar los tributos y de regentar el gobierno dentro de las zonas para las que han sido nombrados. Las tropas apostadas dentro de la satrapía están a la disposición del sátrapa, pero al mando de jefes y oficiales nombrados directamente por el rey, dándose el caso de que algunos generales tengan bajo sus órdenes los contingentes de tropas de varias satrapías. La vigilancia y la destreza de las tropas, la lealtad de los sátrapas, la vigilancia constante a que los tiene sometidos el gran rey por medio de sus enlaces y mensajeros, toda esta pirámide jerárquica de una organización monárquica centralizada es la forma que mantiene firmemente unidos a los países y a los pueblos súbditos del imperio persa.

Los nobles y el pueblo de Persia comparten hasta cierto punto la soberanía de su rey mediante ricas dotaciones, abundantes y continuas gracias y honores y los elevados sueldos con que se remunera a los que sirven en el ejército. Esto, unido a la constante y severa vigilancia, a la rígida disciplina, a la jurisdicción penal, despótica y no pocas veces sangrienta, ejercida por el propio rey, mantiene en el temor y en la obediencia a cuantos se hallan al servicio del estado. ¡Ay del sátrapa que vacile siquiera en velar por la agricultura, por el bienestar, por la irrigación de su provincia, cuya provincia se despueble o retroceda en sus cultivos, ay de aquel que oprima a sus súbditos! El rey quiere que todos sus mandatarios sean fieles servidores de la doctrina pura, en su carácter y en sus actos. Todos ellos deben mirar al rey y solamente a él; así como Ormuz, del que es imagen e instrumento, rige el mundo de la luz y lucha contra el funesto y maligno Arimán, el gran rey es omnipotente e infalible, sobre todo y sobre todos.

Tales son los rasgos fundamentales de esta estructura de poder, basada en la esencia más genuina del pueblo persa, en su tradicional y sencilla sumisión al cabeza de la tribu y en la nota orgullosa de la legitimidad, procedentes ambas de la antigua organización gentilicia. Esta grandiosa organización de poder despótico giraba toda ella en torno al principio de que la dignidad y el poder personales de quien lo encarnaba se transmitían a cada uno de sus sucesores, de que la corte y el harén cerca de él y los sátrapas y los jefes militares, más a distancia, se hallaban dirigidos e inspirados por él en todo momento, y de que el pueblo dominante se mantenía fiel a sí mismo y a su disciplina y austeridad tradicionales y a su devoción incondicional al dios-rey.

El poder de los persas alcanzó bajo el primer Darío el máximo florecimiento de que era capaz; hasta los pueblos a él sometidos bendecían su gobierno; incluso en las ciudades griegas había siempre hombres prestigiosos dispuestos a someterse de buen grado y a someter a sus conciudadanos al yugo persa para sustraerse a la tiranía; podemos estar seguros de que ello no acrecentaría precisamente el respeto moral de los nobles persas ante los listos helenos. Después de Darío y después de las derrotas de Salamina y de Micala, empezaron a manifestarse los síntomas de la parálisis y la decadencia a que un imperio como aquél, incapaz de desarrollo interior, tenía necesariamente que verse expuesto tan pronto como dejase de crecer por medio de la victoria y la conquista. Ya a la muerte de Jerjes empezó a advertirse el relajamiento de la energía despótica y a hacerse sentir la influencia de la corte y del harén. Persia había perdido las conquistas logradas en las costas tracias, en el Helesponto y el Bósforo, las islas y ciudades helénicas del litoral del Asia Menor; pronto algunos de los pueblos sometidos intentaron liberarse del yugo persa, y la sublevación del Egipto y los intentos de restauración de la dinastía tradicional eran apoyados desde la Hélade. Y cuanto mayor era la fortuna con que peleaban los sátrapas de las regiones avanzadas y más veían aflojarse la voluntad y la energía personales de su señor, con mayor audacia gobernaban sus territorios en su propio interés y mayor era el descaro con que aspiraban a implantar una autoridad propia y hereditaria en sus satrapías. Sin embargo, la trabazón del imperio era todavía lo bastante fuerte y la disciplina y la lealtad de que seguían dando pruebas la nobleza y el pueblo persas lo suficientemente vivas para poner remedio a los males que apuntaban aquí y allá.

El peligro empezó a revestir caracteres de mayor gravedad cuando, a la muerte de Darío II (424-404), el hijo menor de éste, Ciro, se sublevó contra su hermano mayor, Artajerjes II, que ceñía ya la tiara. Ciro, que no había nacido como su hermano antes de que el padre subiese al trono, sino cuando éste era ya rey, creía tener mejores títulos para reinar que su hermano, por las mismas razones por las que, años atrás, Jerjes había sucedido en el trono a Darío; era el favorito de su madre Parisátile, y su padre, siendo rey, le había enviado al Asia Menor como "caranos", como "señor", confiriéndole, a lo que parece, las satrapías de la Capadocia, la Frigia y la Lidia. Mientras que los dos anterio-

res sátrapas de la costa, Tisafernes y Farnabazos, dejándose llevar de una necia rivalidad ante la dura lucha en que estaban empeñadas Atenas y Esparta, *favorecían tan pronto a la una como a la otra, Ciro tomó rápida y resueltamente* el partido de Esparta, que era, indudablemente, la política certera que el interés del imperio persa exigía. Los mismos testimonios griegos nos presentan a este joven príncipe como un hombre lleno de espíritu y energía, dotado de talento militar y con el carácter austero de su pueblo. Se cuenta de él que enseñó al espartano Lisandro un parque roturado y cultivado en su mayor parte con sus propias manos y que cuando el heleno, no del todo convencido, se quedó mirando a su cadena de oro y a sus arreos y galas, el príncipe juró por Mitra que, al levantarse, no probaba bocado hasta no haber cumplido con su deber en las faenas del campo o en los ejercicios militares. Se había iniciado en el arte y la destreza guerreros de los helenos, que tenía en gran estima. Gracias sobre todo a la ayuda que él le prestó, Lisandro había llegado a dominar a los atenienses; y la caída de Atenas había puesto fin al poder marítimo que hasta entonces representaba un peligro muy grande para el imperio y, además, Esparta habíase comprometido expresamente a devolver a los persas las ciudades griegas del Asia Menor: todo esto hacía que Ciro no sintiese ningún reparo en organizar el ejército con ayuda del cual se proponía tomar posesión del imperio a que se consideraba con derecho a base de 13,000 mercenarios griegos, una mezcla abigarrada de tropas procedentes de todas las ciudades helénicas, reforzados con 700 hoplitas enviados a Isos por Esparta. Tisafernes, sátrapa de Jonia y enemigo personal de Ciro, había advertido a tiempo a Susa lo que se tramaba; Artajerjes se puso en marcha contra el hermano sublevado al frente de un ejército reclutado en todo el imperio y le alcanzó y presentó batalla en Cunaxa, a la entrada de Babilonia. Los griegos quedaron vencedores en su ala y Ciro, al frente de 600 jinetes, se lanzó sobre los 6,000 hombres de caballería que rodeaban al rey, consiguió abrir brecha entre sus filas y se abalanzó contra el rey mismo, al que hirió, cayendo luego muerto bajo los golpes del propio rey y de sus leales. La herida del rey fué curada por su médico, el griego Ctesias. Las tropas reales se apoderaron también del harén de Ciro, del que formaban parte dos griegas que sus padres habían enviado al príncipe, cuando éste se hallaba en Sardes; una de ellas, natural de Mileto, logró ponerse a salvo en el campamento de los helenos; la otra, Milto de Focea, mujer muy hermosa y de gran cultura, fué transferida al harén del gran rey, donde, según cuentan los griegos, llegó a desempeñar un papel importante.

La jornada de Cunaxa consolidó exteriormente el poder del gran rey. Sin embargo, inmediatamente antes de aquella batalla se habían pasado al campo del príncipe sublevado muchos nobles del ejército del imperio, lo cual era un signo de profundo desconcierto. Y tampoco era ningún buen síntoma que aquel puñado de griegos hubiese logrado abrirse paso por entre las masas del ejército imperial, en el campo de batalla, logrando alcanzar las costas del Ponto después de cruzar el territorio del reino, en formación cerrada. ¿Qué se había hecho de

la organización del imperio, si un ejército enemigo tan exiguo podía cruzar impunemente por tres o cuatro satrapías y despreciar sus fortalezas fronterizas? Jamás habría podido el príncipe sublevado cruzar los pasos del Tauro si el sátrapa de Cilicia, descendiente de la vieja tribu de los sieneses, hubiese cumplido con su deber, y si la flota persa, mandada por el egipcio Tamos, hubiera hecho otro tanto. Y sobre todo, el hecho de que Ciro, dotado de excesivos poderes en las satrapías avanzadas, empapadas de elementos helénicos que afluían a ellas desde todas las partes de la costa, hubiese podido reunir en torno suyo una masa tan grande de gentes de guerra de procedencia griega, demostraba que en lo sucesivo era necesario dirigir el gobierno de aquellas satrapías con mayor cautela y rigor que hasta entonces. No había que echar al sistema de las satrapías la culpa de lo ocurrido; la falta era del poder central, que había permitido que los caranos y los sátrapas se acostumbrasen a gobernar por sí y ante sí, a mandar en sus dominios como señores territoriales, a convertir a los tiranos de las ciudades, a los arrendatarios de impuestos y a los favoritos bien remunerados en servidores personales suyos, reuniendo de ese modo el poder suficiente para desafiar al de arriba y oprimir a los de abajo.

Tal vez, sin embargo, no fuese precisamente entonces, sino antes, cuando se procedió a aumentar el número de satrapías del Asia Menor —que en la organización administrativa de Darío I eran solamente cuatro—, desdoblando en tres —la de Frigia en el Helesponto, la de la Gran Frigia y la de la Capadocia— la gran satrapía de Frigia que antes de desintegrarse abarcaba toda la meseta interior, desde la Propóntide hasta el Tauro y las montañas armenias, desglosando de la satrapía de Jonia toda la Caria y las costas meridionales hasta Cilicia y, finalmente, dejando a Cilicia sin sátrapa para ser gobernada directamente, a lo que parece, por el poder central.

Los espartanos, bajo la dirección del rey Agesilao, hallábanse ahora en condiciones de afrontar la lucha contra el imperio en sus territorios avanzados. Tisafernes, reintegrado a su función anterior, no procedió con la necesaria energía ni consiguió todo lo que se esperaba de él, y esto dió a la madre del rey el pretexto que apetecía para vengar la muerte de su hijo favorecido en la persona por ella odiada; Tisafernes fué destituído del mando y se le envió un sucesor, con órdenes de darle muerte.

El levantamiento en armas del Egipto, ocurrido al mismo tiempo, representaba un serio peligro. Todavía en la batalla de Cunaxa habían peleado tropas egipcias en el ejército del gran rey; pero entre los griegos que combatían por Ciro se sabía ya que el Egipto había desertado del campo de los persas; Tamos, el que mandaba la flota persa, había huido a las costas egipcias con sus barcos y Esparta mantenía contacto con Menfis y había recibido de allí subsidios y la promesa de nuevos refuerzos. Había razones sobradas para temer que las ciudades fenicias y Chipre, donde el rey Evágoras fomentaba celosamente el helenismo, siguiesen el ejemplo del Egipto; todo el poder marítimo de Persia estaba en entredicho, al paso que las fuerzas armadas terrestres de Grecia asediaban las

satrapías del Asia Menor; de nuevo se encontraba el imperio, pero en proporciones acrecentadas, ante el peligro con que se había enfrentado en los tiempos de Pericles. ¿Cómo hacerle frente?

El camino que para ello había que seguir lo señaló el ateniense Conon, que había ido a refugiarse a la corte de Evágoras después de la última derrota del poder de Atenas. Siguiendo sus consejos, se ordenó al sátrapa de Frigia en el Helesponto que formase una flota y suministrase a los estados de la Hélade dinero persa para que pudieran organizar la lucha contra Esparta. La victoria obtenida por Conon cerca de Cnidos, el reto guerrero lanzado contra los espartanos por Tebas, Corinto y Atenas, las expediciones marítimas de Farnabazos hasta las costas de Laconia y su aparición ante la asamblea de los aliados en Corinto, obligaron a Agesilao a retornar apresuradamente a Esparta. Los espartanos, viéndose duramente acosados, buscaron ahora el favor y la alianza del gran rey y enviaron a su corte a Antálcidas para concertar aquella paz por la que Esparta hubo de ceder a los persas, además, las ciudades griegas del Asia Menor y la isla de Chipre. Con ello, Persia convertíase, en el terreno diplomático, aunque no en el militar, en dueña y señora de los griegos; favoreciendo tan pronto a los espartanos como a los atenienses o a los tebanos, la corte de Susa tenía a su merced a los estados helénicos, todavía fuertes y combativos, y dejaba que se desgarrasen entre sí.

Lo que ocurría era que estas pugnas intestinas de la Hélade permitían a los poderes sublevados contra el gran rey, a Chipre, el Egipto y las costas sirias, encontrar apoyo entre los griegos; además, los sátrapas del Asia Menor ya no se atenían exclusivamente a las instrucciones del poder central para trazar su política ante los embrollos helénicos. La mano de Artajerjes, hombre harto bondadoso, no era lo suficientemente fuerte para empuñar firmemente las riendas del imperio. Todo lo que consiguió del rey de Chipre, tras diez años de luchas, fué que se prestase a seguir pagando los tributos como antes. Y ya no pudo volver a ser dueño del Egipto, a pesar del ejército de mercenarios helenos enviado a aquellas tierras y a pesar del Ifícrates que lo mandaba. Ni logró tampoco reducir, pese a todos sus esfuerzos, a los cadusios que se levantaron en armas contra su dominación en las montañas que dominaban los pasos del mar Caspio. Los pueblos montañeses enclavados entre Susa, Ecbatana y Persépolis se rebelaron contra el imperio; exigieron y consiguieron que se les pagasen tributos de paso cuando el gran rey y su corte cruzaran por sus dominios. Ya se habían pronunciado contra el poder central algunos de los sátrapas del Asia Menor, como Ariobarzanes en la Frigia del Helesponto, Autofrádates en Lidia, Mausolos y Orontes, y si el gran rey salvó su soberanía sobre la península fué, sencillamente, gracias a la traición de Orontes, a quien los demás habían elegido como jefe de la sublevación.

Y aún era más triste, según la tradición —aunque debe tenerse en cuenta que se trata siempre de la tradición griega—, la actitud de debilidad del anciano Artajerjes, dentro de su corte, donde no era, al parecer, más que un juguete en

manos de su madre, de su harén y de su eunucos. De su hijo Darío, a quien el gran rey, cuando contaba ya noventa años, nombró sucesor suyo con el derecho a ostentar ya desde entonces la tiara, se cuenta que, ofendido porque su padre le negara un favor, organizó una conspiración contra su vida y que, habiendo sido delatada al rey la conspiración, éste ordenó que el hijo fuese ejecutado. El próximo heredero al trono era Ariaspes y tras él venía Arsames; pero, según relatan las fuentes, el tercer hijo, llamado Ojos, indujo al primero al suicidio, trastornándole con falsos rumores de que había caído en desgracia de su padre, e hizo asesinar al segundo por medio de espías a sueldo. Poco después murió Artajerjes II y Ojos ciñó la tiara imperial.

La tradición pinta al nuevo gran rey como un auténtico déspota asiático, sanguinario y astuto, enérgico y sensual, temible por la fría y calculada energía de sus actos; un rey de estas condiciones podía, indudablemente, galvanizar por algún tiempo un imperio como aquél, ya interiormente carcomido, y reanimarlo con una apariencia de fuerza y lozanía, reducir por la fuerza a los pueblos sublevados y a los sátrapas en rebeldía, haciendo que también ellos se acostumbrasen a contemplar en silencio sus caprichos, sus apetitos sanguinarios y sus sensuales locuras. Comenzó su reinado asesinando a su hermano menor y a su séquito; y la corte persa le puso, llena de admiración, el nombre de su padre, cuya única virtud había sido la mansedumbre.

El modo como el nuevo rey subió al trono o tal vez los sangrientos sucesos que precedieron al cambio de monarca, dieron pie o pretexto para nuevas sublevaciones en los satrapías de Asia Menor y alentaron al Egipto a proceder todavía con mayor descaro. Se levantaron en armas Orontes, que tenía bajo su mando a Jonia, y Artabazos, sátrapa de la Frigia en el Helesponto; algunas inscripciones áticas han revelado los contactos de Orontes con Atenas. Artabazos había sabido atraerse a dos rodios, los hermanos Mentor y Memnón, hombres de guerra muy capaces ambos, casándose con su hermana y poniendo bajo sus órdenes a sus mercenarios griegos. Contaba también con el apoyo de los estrategas atenienses Cares, Caridemo y Foción. Otros sátrapas permanecieron, en cambio, leales al rey; principalmente el de Caria, Mausolos, que descendía del antiguo linaje de los dinastas del país; a él se debió la deserción (en el 357) de los aliados de Atenas, encabezados por Rodas, Cos y Quíos. Esto hizo que Atenas pusiera mucho más empeño en sostener la causa de los sátrapas sublevados contra el emperador. El ejército real enviado contra ellos fué derrotado gracias a la ayuda de Cares; los atenienses, al recibir la noticia, la celebraron con el mismo regocijo que si se tratara de un segundo Maratón. Pero los persas enviaron a Atenas una embajada para quejarse de Cares y amenazaron con poner 300 trieras a disposición de sus enemigos, en vista de lo cual los atenienses apresuráronse a aplacar la cólera del gran rey y a concertar la paz con los confederados (año 355). Artabazos siguió peleando contra su rey aun sin la ayuda de los atenienses; su cuñado Memnón emprendió una expedición contra el tirano en el Bósforo cimérico, con el que se hallaba en guerra Heraclea y que era la

ciudad más importante en las costas bitinias del Ponto. Además, Artabazos recibió la ayuda de los tebanos, quienes le enviaron a su general Pamenes, al mando de 5,000 mercenarios; con este refuerzo, derrotó en dos batallas a las tropas del rey. Más tarde, mandó apresar al general tebano, de quien sospechaba que se hallaba en conversaciones con el enemigo; es posible que Pamenes recibiera instrucciones en este sentido de Tebas, a donde el gran rey había hecho llegar grandes sumas de dinero. La fortuna de Artabazos empezó a declinar rápidamente; tuvo que huír (hacia el 351); él y Memnón encontraron asilo en la costa macedonia y Mentor logró trasladarse al Egipto.

El Egipto venía siendo desde hacía mucho tiempo el verdadero centro de la lucha contra el poder persa. Reinando todavía Artajerjes II, Tajos, hijo de Nectanebis, había puesto en pie una gran empresa de guerra contra el imperio; su plan era conquistar la Siria con un ejército de 80,000 egipcios, reforzado por 10,000 mercenarios griegos, a los que Esparta, bajo el viejo Agesilao, sumó otros 1,000, y una flota de 200 naves, cuyo mando asumió el ateniense Chabrias. Pero Tajos, con su desconfianza y retraimiento, ganó la enemistad de Agesilao y sus exacciones le enajenaron las simpatías del pueblo egipcio, a consecuencia de lo cual, mientras él se encontraba en Siria, pudo proclamarse Faraón, aprovechándose de su ausencia, el hijo de su tío, Nectanebos II, y en vista de que Agesilao puso las tropas griegas a disposición del nuevo soberano, no le quedó más camino que huír a Susa e implorar la misericordia del gran rey. En Mendes se levantó contra Nectanebis otro pretendiente, apoyado por multitud de partidarios; las cosas llegaron tan lejos que el Faraón vióse asediado con todos sus griegos y sitiado cada vez más de cerca por las murallas y las trincheras de los sublevados, hasta que vinieron en su ayuda los 100,000 hombres que mandaba el viejo Agesilao, con sus griegos, y dispersaron y pusieron en fuga al tropel de los asaltantes; fué la última hazaña del viejo rey de Esparta, que murió cuando se disponía a hacerse a la vela hacia su patria (año 358).

Las escasas tradiciones de esta época sólo nos cuentan que, reinando todavía Artajerjes II, envió a su hijo Ojos contra el Egipto, que la empresa fracasó y que Ojos, inmediatamente de ser coronado rey, se lanzó a la lucha contra los cadusios, a los que derrotó.

Pocos años después, hacia el 354, reinaba en Atenas viva preocupación ante los grandes preparativos en que se hallaba empeñado el rey Ojos, mayores que ninguno de los que se hicieran desde los tiempos de Jerjes. La opinión dominante era que se lanzaría ante todo contra el Egipto para someterlo y que luego se dirigiría contra la Hélade, pues eso era lo que había hecho Jerjes; todo el mundo, en Atenas, hablaba como si el el enemigo estuviese ya en marcha: decíase que su flota estaba a punto de zarpar para trasladar sus tropas al otro lado del mar, y que su tesoro era transportado por 1,200 camellos; que con su oro lograría enrolar a grandes masas de mercenarios griegos para reforzar su ejército y que Atenas, acordándose de los días de Maratón y de Salamina, debía adelantársele y comenzar la guerra contra él. Pero aquellos temores adelantá-

banse a la realidad, pues la obra de reunir al ejército del imperio no era tan rápida. Además, antes de què se pusiera en marcha, había venido a unirse a la sublevación del Asia Menor, que todavía duraba, la de Fenicia. Los sidonios, al mando de su príncipe Tenes, convencieron en Trípoli a las demás ciudades de que desertasen de los persas; los sublevados aliáronse con Nectanebis, destruyeron los palacios y jardines reales, pegaron fuego a los almacenes y asesinaron a los persas, a quienes sorprendieron en las ciudades; todas ellas y principalmente la de Sidón, famosa por sus riquezas y su inventiva, se preparaban con gran entusiasmo para la guerra, reclutando soldados y construyendo naves. El gran rey, cuyo ejército se había concentrado cerca de Babilonia, ordenó al sátrapa Belesis, de Siria, y a Mazayo, gobernador de Cilicia, que atacasen a Sidón. Pero Tenes, apoyado por 4,000 mercenarios griegos al mando de Memnón, que le había enviado de Egipto Nectanebis, hízose fuerte. Al mismo tiempo, se levantaron las nueve ciudades de Chipre y se aliaron a los egipcios y los fenicios, con el deseo de hacerse independientes bajo sus nueve príncipes. También ellas prepararon sus naves y enrolaron mercenarios griegos. En cuanto a Nectanebis estaba magníficamente preparado; mandaban sus tropas el ateniense Diofanto y el espartano Lamio.

"Ojos —dice un orador ateniense de esta época— no tuvo más remedio que retirarse, cubierto de ignominia." Pero no cejó en su empeño. Preparó una tercera expedición e intimó a los estados helénicos a que le apoyasen; ocurría esto en las últimas fases de la guerra sagrada; Tebas le envió 1,000 soldados al mando de Lácrates y Argos 300, mandados por Nicóstrato; en las ciudades griegas del Asia fueron reclutados 6,000 hombres, puestos bajo el mando del eunuco Bagoa. El gran rey ordenó al sátrapa Idrieo, de Caria, que atacase a Chipre, mientras él se dirigía contra las ciudades fenicias. Estas se amilanaron ante aquella superioridad de fuerzas tan enorme; sólo los sidonios estaban resueltos a resistir hasta el final, e incendiaron sus naves para impedir de antemano toda posible huída. Pero el rey Tenes, aconsejado por Mentor, había entablado ya negociaciones con el enemigo y ambos abandonaron la ciudad; cuando los de Sidón vieron que la ciudadela y las puertas de la ciudad estaban ya en manos del enemigo y que no había salvación posible, pegaron fuego a la ciudad y perecieron entre las llamas; se dice que encontraron la muerte allí 40,000 hombres. Los reyes de Chipre se dejaron ganar por el pánico, y se sometieron.

La caída de Sidón abría a las tropas persas el camino del Egipto. El ejército del gran rey siguió, bordeando la costa, hacia el sur; no sin sufrir considerables pérdidas, logró cruzar el desierto que separa el Asia de Egipto y llegar al pie de las murallas de la fortaleza fronteriza de Pelusion, defendida por 5,000 griegos al mando de Filofrón; los tebanos mandados por Lácrates, afanosos por conservar su fama de guerreros, lanzáronse inmediatamente al asalto y fueron rechazados; sólo la noche, que estaba cayendo ya, los libró de sufrir aún mayores pérdidas. Nectanebis tenía razones para confiar en salir victorioso de la lucha: contaba con 30,000 griegos, un número no menor de libios, 60,000 egipcios y,

además, innumerables barcos en el Nilo para impedir que el enemigo cruzase el río por ninguna parte, aunque lograse tomar los atrincheramientos y obras defensivas levantadas en la margen derecha.

El gran rey dividió sus tropas. El, al frente de una parte de ellas, siguió río arriba hasta colocarse a la altura de Menfis y amagar a esta plaza. Los mercenarios beocios y la infantería persa mandada por Lácrates y el sátrapa de la Lidia, Roisaces, se quedaron atrás con la misión de tomar por asalto la fortaleza de Pelusion; los mercenarios de Argos al mando de Nicóstrato y 1,000 persas escogidos capitaneados por Aristazanes fueron enviados en 80 trieras para que intentasen una operación de desembarco a retaguardia de Pelusion; una cuarta columna, de la que formaban parte los mercenarios de Mentor y los 6,000 griegos de Bagoa, avanzó por el sur de Pelusion, llevando como objetivo cortar las comunicaciones con Menfis. El intrépido Nicóstrato consiguió efectuar el desembarco a la espalda de las líneas enemigas y derrotó a los egipcios allí apostados y a los mercenarios griegos que acudieron precipitadamente en socorro suyo, mandados por Cleinias de Cos. Nectanebis se apresuró a replegar sus tropas sobre Menfis. Tras heroica resistencia, Filofrón no tuvo más remedio que rendir la fortaleza por él defendida, consiguiendo paso libre para sus tropas. Mentor y Bagoa se dirigieron contra Bubastis; la intimación a rendirse y la amenaza de aplicarles, si resistían inútilmente, la misma suerte que había corrido Sidón, sembraron la disensión entre los griegos, dispuestos a defender la plaza a costa de sus vidas, y los cobardes egipcios; los griegos prosiguieron la lucha; por fin, los asaltantes tomaron la ciudad —el asalto habría costado la vida a Bagoa, el favorito del rey, si Mentor no hubiese acudido presuroso a salvarlo—, y tras ella fueron ocupando las demás plazas del bajo Egipto. Ante la avalancha de fuerzas que se le venía encima, Nectanebis no se consideró ya seguro en su capital y huyó con sus tesoros, río arriba, a refugiarse en Etiopía.

Así fué como —hacia el año 344— cayó el Egipto en poder de Artajerjes III. Este hizo sentir su furia al país, que había estado sesenta años separado del imperio. Se repitieron los tiempos de Cambises. Las ejecuciones en masa combinábanse con los más espantosos saqueos; el gran rey abatió por su propia mano al sagrado buey Apis y ordenó que los templos fuesen despojados de sus adornos, de su oro y hasta de sus libros sagrados. En lo sucesivo, el pueblo ya no le conoció por otro nombre que el de "El Puñal". Después de nombrar a Ferendaces sátrapa del Egipto y de repatriar a los mercenarios griegos cargados de regalos, el rey retornó a Susa con un fabuloso botín y cubierto de fama.

Hacía unos diez años, cuando Artajerjes III comenzaba sus preparativos de guerra, los oradores atenienses habían pintado con vivísimos colores el peligro que representaba para la Hélade la reconquista del Egipto por los persas. Pero ahora, a los atenienses sólo parecía preocuparles el creciente poder del rey de Macedonia, cuyas manos se alargaban ya hacia Perinto y Bizancio. Indudablemente, Filipo parecía querer apresurarse antes de que el imperio persa —que contaba con todos los mercenarios griegos y todos los aliados griegos que podía

Las riendas del poder se hallaban ahora en manos de un rey como hacía mucho tiempo que no habían conocido los persas: bello y serio, como los asiáticos gustan de imaginarse a sus soberanos, respetuoso para con todos y de todos venerado, rico en todas las virtudes de sus grandes antepasados y libre de abominables vicios que habían infamado la vida de Ojos haciendo de ella un azote para el imperio, Darío parecía el hombre llamado a curar el reino, heredado por él sin sangre ni culpa, de los grandes males que lo aquejaban. Los primeros tiempos de su reinado no se vieron trastornados por ninguna sublevación; el Egipto había sido restituído al imperio, la Bactriana y la Siria permanecían fieles y obedientes al rey; el Asia, unida bajo el cetro del noble Darío, desde las costas de Jonia hasta las márgenes del Indo, parecía tan segura como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Y, sin embargo, este monarca estaba predestinado a ser el último nieto de Ciro que había de reinar sobre el Asia, como si una cabeza inocente hubiese de pagar por lo que ya no tenía salvación.

Ya se alzaba allá lejos, en el occidente, la nube que desataría la tormenta en la que Persia había de perecer. Ya los sátrapas de los territorios marítimos habían hecho llegar a la corte el mensaje de que el rey de Macedonia había concertado la paz y una alianza con los estados de la Hélade y de que estaba poniendo en pie de guerra un ejército para atacar a las provincias del Asia Menor a la siguiente primavera. Darío deseaba evitar esta guerra a toda costa; tenía, indudablemente, el presentimiento de que aquel inmenso imperio, interiormente deshecho y caduco, sólo necesitaba un golpe descargado desde fuera, para desmoronarse. Y así, vacilando, desaprovechó el último plazo que le quedaba para adelantarse al ataque que tanto temía.

Por los mismos días en que Darío III asumía el mando del reino, enviaba el rey Filipo sus primeras tropas, al mando de Parmenion y Atalo, para que cruzasen el Helesponto y se estableciesen en las ciudades griegas de las satrapías más próximas. Ya los estados de la confederación helénica habían recibido instrucciones para enviar sus contingentes a Macedonia e incorporar sus trieras a la flota del rey Filipo. En cuanto a éste, pensaba ponerse en marcha sin tardanza para colocarse a la cabeza de las fuerzas macedonio-helénicas y comenzar la obra por la que había venido trabajando incansablemente hasta entonces.

# CAPITULO II

*Macedonia; su territorio, su pueblo y su monarquía.—Política interior de Filipo II.—La nobleza; la corte.—Olimpia.—La juventud de Alejandro.—Disensiones en el seno de la familia real. Atalo.—Asesinato de Filipo II.—Alejandro ocupa el trono.*

PERO ¿ACASO Filipo y sus macedonios eran realmente griegos y estaban, como tales, en condiciones de poder afrontar la lucha contra los persas animados por el espíritu del pueblo helénico y de la historia helénica?

Los defensores de la tradicional política particularista y de la "libertad" helénica lo pusieron en duda no pocas veces y su gran portavoz Demóstenes llega, en su celo patriótico, hasta asegurar que Filipo no era heleno ni tenía con los helenos la menor afinidad, sino que se contaba entre aquellos bárbaros que no servían ni siquiera para ser esclavos.

## MACEDONIA; SU TERRITORIO, SU PUEBLO Y SU MONARQUÍA

Pero las tradiciones más antiguas ven la cosa de otro modo. Esquilo pone en labios del rey Pelasgo de Argos que su pueblo, los pelasgos, llamados así por el nombre del rey, se extiende hasta las claras aguas del Estrimon y abarca el país montañoso llamado Dodona, las tierras situadas junto al Pindo y los vastos cantones de la Peonia. Así, pues, según el viejo combatiente de Maratón, los pueblos que habitaban en las cuencas del Axios y del Aliacmon procedían del mismo tronco que la antigua población del país situado entre el Olimpo y la punta de Tenaro y la que moraba en las tierras enclavadas al occidente del Pindo. El espinazo del Pindo, que separa a Tesalia del país montañoso de Dodona y del Epiro, forma en sus estribaciones septentrionales hasta el Char-Dagh, el antiguo Escardo, la línea divisoria entre Macedonia e Iliria; luego, este macizo montañoso tuerce hacia el este, en dirección a las fuentes del Estrimon, y en seguida rumbo al sudoeste, y de su flanco izquierdo se separa un ramal, el Orbelo, que desciende hasta la costa y marca la frontera natural entre el territorio macedonio-peonio y los pueblos tracios que moran en el este y en el norte. Dentro de la comarca así circundada, tres ríos, el Aliacmon, el Axios con sus afluentes y el Estrimon, cortan con sus aguas otros dos macizos montañosos que, concéntricos por decirlo así a la cadena del Pindo, el Escardo y el Orbelos, cierran la planicie más interior del litoral marítimo, la de Pella y Tesalónica, en el golfo Térmico. La doble corona de valles por cuyo fondo corren los tres

citados ríos para desembocar en el mar muy cerca el uno del otro —por lo menos, el Axios y el Aliacmon—, en esta planicie marítima, hace que la población de este país esté destinada como por la misma naturaleza a agruparse en tribus cantonales y que las tierras bajas bañadas por el mar sean su centro común.

Según los relatos de Herodoto, el pueblo que más tarde habría de conocerse con el nombre de los dorios, obligado a abandonar la Tesalia, se desplazó, bordeando el Pindo, hasta el valle del Aliacmon, para recibir allí el nombre de macedonios. Otras leyendas presentan a Argeas, fundador de la tribu macedonia, como descendiente de Argos y obligado a trasladarse a la Oréstida, junto a las fuentes del Aliacmon, explicando así el nombre de argéades, con que, indudablemente, se conoce a los miembros de la familia real macedonia. Según otra tradición, la que había de aclimatarse en el país y convertirse en leyenda nacional, tres hermanos, heráclidas del linaje principesco de Argos, descendiente de Temenos, emigraron hacia el norte, a tierras ilíricas, de donde luego se pasaron a la altiplanicie de Macedonia, para establecerse en Edesa, junto a las potentes cascadas con que las aguas se derraman allí sobre las vastas y fértiles tierras de la costa. En Edesa, llamada también Aigai, Pérdicas, el más joven de los tres hermanos, fundó la monarquía que, poco a poco, fué absorbiendo, reuniendo y gobernando en nombre de los macedonios las comarcas colindantes de Ematía, Migdonia, Bociea, Pieria y Anfaritis.

Todas estas tierras pertenecían a las mismas tribus pelasgas que en otro tiempo se hallaban en posesión de todo el país helénico y algunas de las cuales habían de ser consideradas más tarde por los helenos, cuya cultura se desarrolló más rápidamente, como tribus de bárbaros o semibárbaros. La religión y las costumbres de los macedonios atestiguan esta comunidad de origen; y aunque en los confines fronterizos con la Iliria y la Tracia se revelen mezclas e influencias extrañas, no cabe duda de que la lengua de los macedonios presenta gran afinidad con los antiguos dialectos griegos.

El nombre de *hetairos* se conservó en la organización militar macedonia hasta llegar a los tiempos históricos. Suponiendo que este nombre, lo que a nosotros nos parece indudable, llegase al país con la fundación de la monarquía, habremos de pensar que los heráclidas macedonios compartieron la suerte de sus antepasados en el Peloponeso; es decir, viéronse obligados a erigir su poder y su derecho, en la tierra extraña a que inmigraron, sobre el sojuzgamiento de la población indígena; con la diferencia de que aquí el elemento antiguo se mezcló con el nuevo en mayor proporción que en otros países dóricos, para formar entre ambos un todo en que se conservaba la lozanía, pero también la tosca aspereza de los antepasados, casi podríamos decir que la era heroica en su forma apoética. Manteníanse vigentes allí costumbres antañonas de un carácter bastante singular; así, por ejemplo, quien todavía no hubiese dado muerte a ningún enemigo debía ceñirse la cintura con el ronzal de su caballo; quien aún no hubiese derribado un jabalí en campo abierto, no podía comer en los banquetes tendido, sino sentado; en las ceremonias fúnebres, la hija del muerto debía apagar la

hoguera en que había sido incinerado el cadáver de su padre; y cuenta la leyenda que los trofeos de la primera victoria conseguida por Pérdicas sobre las tribus indígenas fueron arrebatados a la noche siguiente, por voluntad de los dioses, por un león, como queriendo dar a entender que no se había vencido a enemigos, sino que se habían ganado amigos, y desde entonces fué siempre costumbre de los macedonios no erigir trofeos sobre ningún enemigo derrotado por ellos, fuese heleno o bárbaro; ni Filipo después de la batalla de Queronea, ni Alejandro después de sus victorias sobre los persas y los indios se ajustaron a la práctica general de levantar trofeos.

Por los años de las victorias de Alejandro, escribe Aristóteles: en los países helénicos, la monarquía sólo se ha conservado en Esparta, en Molosia y en Macedonia; entre los espartanos y los molosos porque se restringió de tal modo la plenitud de poderes de los reyes, que ya nadie los envidiaba. Mientras que en todos los demás sitios la monarquía, habiendo descuidado el obtener un apoyo en el pueblo bajo, había sucumbido ante el auge de la clase señorial, y mientras que el pueblo bajo, excluído durante largo tiempo de toda participación en el gobierno de la vida pública y mantenido en la opresión, había acabado rebelándose contra esta clase señorial, arrebatando a los linajes nobles sus privilegios y colocándolos en el nivel de igualdad de derechos de la comunidad democrática, Macedonia habíase mantenido fiel a su monarquía tradicional, porque allí no habían llegado a desarrollarse los elementos de fricción y de odio entre las distintas clases; la antigua monarquía, dice Aristóteles, "descuella aquí sobre todos los demás en cuanto a riqueza y en cuanto a honor".

Los peligros que amenazaron a esta monarquía eran de otra clase. El trono pertenecía, en Macedonia, al linaje real; pero el orden de sucesión a la corona no se hallaba regulado con la precisión necesaria para eliminar toda posibilidad de dudas y de querellas. El poder real, por ser más libre que en otras monarquías, exigía de su titular mayores virtudes y capacidad personales; dábase, por ello, con harta frecuencia, el caso de que los menores de edad, los incapaces o los indolentes tuvieran que ceder el paso al hermano o al primo más ambiciosos o mejor preparados para ocupar el trono. Así, después de la muerte de Alejandro I, su hijo menor, Pérdicas II, no descansó hasta que hubo desplazado a sus hermanos mayores Amintas, Filipo y Alcetas; y Arquelao, hijo ilegítimo de Pérdicas, se sobrepuso al legítimo heredero al trono y, antes de que tuviese la edad necesaria para reinar, lo asesinó. En otros casos era la tutela, la forma prescrita de la prostasia, la que servía de instrumento a la usurpación.

Y a esto se añade otra circunstancia. Varios ejemplos demuestran que, a veces, eran cedidas a los hijos menores del rey y también, probablemente, a otras personas partes del territorio nacional en posesión hereditaria, bajo la soberanía del rey, cierto es, pero con facultades principescas tan amplias, que autorizaban a los beneficiados incluso para levantar levas por su cuenta y tener un ejército propio. Así, sabemos que al hermano menor del primer Alejandro, Arridao, se le adjudicó el principado de Elimiotis en la alta Macedonia, que permaneció ya

vinculado a su linaje; y a Filipo, el hermano de Pérdicas, se le asignó por el mismo concepto una zona de territorio en la cuenca del alto Axios. Era evidente que la monarquía no podría llegar a fortalecerse si no obligaba a someterse a estas líneas de príncipes, sobre todo mientras se encontrasen apoyadas por los peonios, los agrianos, los lincestios y otras tribus fronterizas acaudilladas por príncipes independientes. Al parecer, fué Alejandro I, en tiempo de las guerras persas, el primero que obligó a los lincestios, a los paiones, a los orestes y a los tinfaios a reconocer y acatar la soberanía del rey de Macedonia; pero los príncipes encumbrados en aquellos territorios conservaron su rango como tales y, con él, sus dominios principescos.

Es muy poco lo que sabemos acerca de la organización política y administrativa de Macedonia* para poder decir hasta dónde llegaban las atribuciones del rey. No cabe duda de que el poder real incluía facultades muy amplias, pues sabemos que el rey Arquelao, en la última década de la guerra del Peloponeso, creó multitud de instituciones nuevas y que Filipo II reorganizó el régimen monetario de su país, extraordinariamente embrollado hasta entonces, y el hecho de que este mismo monarca pudiera crear, como lo hizo, un ejército completamente nuevo nos lleva a la misma conclusión. Pero no cabe duda de que la costumbre y la práctica dictaban el derecho y llenaban las lagunas de la constitución del reino. Y podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que la monarquía macedonia distaba tanto del despotismo asiático como el pueblo gobernado por ella de la esclavitud y el sometimiento servil; "los macedonios son hombres libres", dice un escritor antiguo, no penestas como la masa del pueblo de Tesalia, ni ilotas como los campesinos espartanos, sino un pueblo dedicado a la labranza, que no carecía, indudablemente, de tierras propias, poseídas en dominio libre y hereditario, y tenía, evidentemente, su propia organización municipal, con sus asambleas locales y su jurisdicción propia, y en que todos los individuos venían obligados a empuñar las armas cuando el rey consideraba oportuno movilizar al país. Todavía en tiempos posteriores se considera al ejército como al pueblo en armas y se le convoca en asambleas populares para deliberar y emitir fallos judiciales.

Dentro de este ejército se destaca claramente una numerosa nobleza conocida con el nombre de hetairos o camaradas de guerra, nombre con que nos encontramos ya en los cantos homéricos. Difícilmente podemos considerar a esta nobleza de las armas como una clase señorial; sus rasgos distintivos reducíanse, probablemente, a esto: mayor fortuna, el recuerdo de una descendencia noble y un contacto más estrecho con la persona del rey, el cual recompensaba con honores y regalos a sus leales servidores. Hasta las mismas familias de la nobleza principesca, que en otro tiempo habían ejercido autoridad propia en las tierras altas y que aun después de incorporarse a la monarquía macedonia, cuando ésta se hizo más fuerte, siguieron conservando la posesión de sus dominios, hubieron de someterse, indudablemente, en unión de sus pueblos, a las condiciones gene-

* Véase nota 1, al final.

rales vigentes en todo el territorio de la monarquía. En este país de campesinos y de nobles no existían grandes ciudades al modo de las helénicas; las situadas en la costa eran colonias griegas, comunidades independientes, en las que vivía la conciencia de su contraste con el interior del país.

Hacia la época de las guerras persas, sobre todo bajo el reinado del primer Alejandro, "el filoheleno", como le llama Píndaro, hiciéronse más vivas e intensas las relaciones entre Grecia y Macedonia. Ya el padre de Alejandro había brindado asilo y fortuna en su país a Hipías, el hijo de Pisístrato. Y el propio Alejandro, obligado a seguir al ejército de los persas a la Hélade, hizo cuanto pudo —baste recordar la batalla de Platea— por ayudar a los helenos; en gracia a su descendencia, comprobada, de los Teménidas de Argos, se le permitió el acceso a los juegos olímpicos, con lo que se reconocía su condición de heleno.

Sus inmediatos sucesores, siguiendo sus huellas, se aplicaron, con mayor o menor habilidad y energía, a poner a su país en contacto directo con el comercio, la vida política y la cultura de los griegos. La proximidad a su territorio de las ricas y comerciales colonias de la Calcídica, los múltiples contactos establecidos a través de ellas con las principales potencias de la Hélade que luchaban por su posesión y buscaban o temían la influencia de Macedonia, las luchas casi ininterrumpidas que se libraban dentro de la misma Grecia y que obligaban a tantos hombres famosos a huír de su patria y a buscar tranquilidad y honores en la rica corte de Pella: todo contribuía a fomentar el progreso de Macedonia.

Una época importante y fructífera para el desarrollo del país fué, sobre todo, la del rey Arquelao. Mientras que el resto de la Hélade se veía embrollado en la guerra del Peloponeso y desgarrado por ella, Macedonia siguió avanzando rápidamente bajo el prudente gobierno de este rey; Arquelao construyó plazas fuertes, de que hasta entonces se hallaba desprovisto el país; abrió caminos; desarrolló la organización del ejército, ya iniciada por sus antecesores; "en conjunto —dice de él Tucídides—, hizo por Macedonia más que los ocho reyes juntos que le habían precedido en el trono". Instituyó juegos por el estilo de los helénicos, cuya sede era Dion, no lejos de la tumba de Orfeo, juegos gímnicos y músicos en honor del Zeus olímpico y de las musas. Su corte, centro de reunión de poetas y artistas de todas clases, y punto de confluencia de la nobleza macedonia, servía de modelo al pueblo y estimulaba su desarrollo progresivo; Arquelao era considerado por sus contemporáneos como el hombre más rico y más feliz del mundo.

Tras él, empezaron a producirse disensiones interiores más fuertes que antes, provocadas o atizadas tal vez por la reacción contra las innovaciones del poder real, con sus tendencias de centralización, y dirigidas al mismo tiempo contra la nueva cultura y las nuevas costumbres por las que abogaba la monarquía; estas corrientes de oposición tenían sus exponentes, como correspondía a la naturaleza del movimiento, en los linajes de los príncipes y en una parte de los hetairos y eran alentadas con todas sus fuerzas por los estados dirigentes de la Hélade,

mientras que la masa del pueblo se mantenía, al parecer, al margen de ellas y las contemplaba con indiferencia.

Ya el rey Arquelao había tenido que afrontar la sublevación armada del príncipe de los lincestios Arrabaio en combinación con Sirras de Elimiotis, tal vez bajo el pretexto de vengar la eliminación del legítimo heredero al trono, tal vez a favor de Amintas, hijo de Arridaio y nieto de aquel otro Amintas desplazado por Pérdicas a pesar de que tenía mejores títulos que él para ceñir la corona. Arquelao apaciguó a los sublevados casando a su hija mayor con Sirras de Elimiotis y a la menor con Amintas. Después de esto, perdió la vida en una expedición de caza, casualmente al parecer. Le sucedió en el trono su hijo menor de edad Orestes, bajo la tutela de Eropo, pero el tutor asesinó a su pupilo para convertirse él mismo en rey. Eropo era, sin duda, hijo de aquel Arrabaio del linaje de príncipes de los lincestos asentado en la frontera con Iliria, que tantas veces ayudaran a sus antepasados a luchar contra los reyes de Macedonia; la obra desarrollada por Eropo y por sus hijos y nietos a lo largo de los siguientes sesenta años los caracteriza como tenaces y constantes adversarios de las nuevas tendencias monárquicas de la casa real y partidarios acérrimos de las antiguas tradiciones de descentralización. Las nuevas sublevaciones y cambios de monarcas que se suceden sin cesar son la mejor prueba de la batalla interna entre el linaje regio y las tendencias particularistas.

Eropo supo mantenerse en el trono; pero al morir él en el año 392 se adueñó del poder Amintas el joven; éste fué asesinado por Derdas en el 391, pasando a ceñir la corona Pausanias, el hijo de Eropo, desplazado, a su vez, por aquel Amintas a que nos referíamos hace poco, el hijo de Arridaio (390-369); con él subía de nuevo al trono la línea más antigua de la familia real.

Los años del reinado de este Amintas fueron años caóticos, que convirtieron a la destrozada Macedonia en blanco fácil para cualquier asalto de fuera. Los ilirios, llamados tal vez por los lincestios, irrumpieron en el país y lo devastaron, derrotaron al ejército del rey y obligaron a éste a fugarse, cruzando la frontera. Ocupó el trono durante dos años Argaio, del que no sabríamos decir si era un miembro de la familia real, un hermano de Pausanias, o un lincestio. Al cabo de ese tiempo volvió a presentarse Amintas, sostenido por los tesalienses, y reconquistó el reino, que encontró en un estado de miseria y postración; las ciudades y las comarcas de la costa hallábanse en poder de los olintios, y hasta Pella cerró sus puertas al rey. Es posible que su matrimonio con Eurídice, emparentada con los dos linajes de príncipes, el de Elimais y el de Lincestis, respondiese al deseo de lograr, por fin, una reconciliación.

Vinieron luego las repercusiones de la paz de Antálcidas, la marcha de los espartanos contra Olinto; Amintas se unió a la expedición y también Derdas, el príncipe de Elimiotis, se sumó a ella con 400 hombres de a caballo. Pero la cosa no era tan fácil; Derdas cayó prisionero. Y cuando, por fin, Olinto se dió por vencida (año 380), se levantó Tebas y siguieron las derrotas sufridas por Esparta en Naxos y Leuctra; Olinto, animado por estos éxitos, renovó la liga calcí-

dica; Jasón de Feres unificó las fuerzas de Tesalia y obligó a entrar en su liga a Alcetas de Epiro y a Amintas III; ya en el umbral de grandes victorias, cayó asesinado (año 370). El débil Amintas no habría sido capaz de sustraerse a su soberanía. Murió poco después de esto y subió al trono de Macedonia el mayor de sus tres hijos, Alejandro II, a quien su madre, la princesa de Elimiotis, preparó un trágico fin. Hacía ya mucho tiempo que ésta vivía en secreto concubinato con Tolemao, el marido de su hija, hombre de desconocido linaje; fué ella la que le persuadió para que se levantase en armas contra Alejandro en los momentos en que, llamado en su socorro por los tesalienses, luchaba con buena fortuna; Tolemao hízose fuerte contra los heimélidas; en seguida, se mezcló en la lucha Tebas, pues había que paralizar a Macedonia antes de que lograse nuevos éxitos en Tesalia; Pelópidas estableció una transacción por virtud de la cual Alejandro entregó como rehenes a treinta jóvenes de la nobleza, concediéndose a Tolemao, a lo que parece, un pequeño principado, del que formaba parte la ciudad de Aloro, que le daba nombre. Este arreglo no debió de tener otra finalidad que la de perder al rey, pues fué asesinado durante un solemne baile: la madre dió su mano al asesino y, con ello, a título de tutor de sus dos hijos menores Pérdicas y Filipo, el trono (368-365). Pausanias —"el de la familia real", pero sin que sepamos de cuál de las líneas de ella descendía— se sublevó contra el usurpador, llamado de la Calcídica, donde se encontraba, y apoyado por muchos macedonios. Su causa hizo rápidos progresos. Eurídice huyó con sus dos hijos; fué a refugiarse con ellos cerca de Ifícrates, quien se hallaba, no lejos de allí, al frente de las tropas enviadas por Atenas y que aplastó la sublevación. Pero no por ello se consolidó la situación de Tolemao; el asesinato de Alejandro había sido una violación del tratado con Tebas; los amigos del rey asesinado apelaron a Pelópidas, el cual acudió con un ejército rápidamente reclutado; pero el oro de Telemao quebrantó su energía; el general tebano se contentó con celebrar un nuevo tratado con él, entregando aquél, en prenda de su lealtad, 50 hetairos y a su hijo Filoxeno; es posible que el traslado de Filipo a Tebas guardase también alguna relación con estos hechos.

Pero Pérdicas III, cuando tuvo edad para ello, vengó el asesinato de su padre con la muerte del usurpador. Para sustraerse a la influencia de Tebas, abrazó el partido de Atenas y, al lado de Timoteo, luchó con gloria contra los olintios. Poco tiempo después, irrumpieron sobre las fronteras del reino los ilirios, en connivencia tal vez con los lincestios; al principio, el rey luchó victoriosamente contra ellos, pero en una gran batalla encontró la muerte con 4,000 de sus hombres. Los ilirios, triunfantes, devastaron gran parte del país, mientras que el norte de Macedonia se veía invadido por los peonios.

En estas condiciones, asumió Filipo el poder en el año 359, en un principio como tutor de Aminta, hijo menor de edad de Pérdicas. Encontrábase ya en el país, probablemente desde los últimos días del reinado de Tolemao; por virtud de una transacción que se dice fué aconsejada a Pérdicas por Platón, le había sido concedido un pequeño principado, y las tropas con que contaba dentro

de él fueron su primer punto de apoyo. El peligro era grande; el país se hallaba invadido por los ilirios y los peonios y los anteriores pretendientes, Argaio y Pausanias, llegaron de Atenas, apoyados por los príncipes tracios; tres hijos bastardos de su padre reclamaban el trono. Filipo, apoyado por la voluntad resuelta de los macedonios, hizo frente a los primeros peligros; a fuerza de prudencia, de habilidad y de energía, salvó al país de los ilirios, los tracios y los peonios, al trono de los diversos pretendientes y a la casa real de nuevos embrollos e intrigas. Y cuando los atenienses, que cometieron la torpeza de volver la espalda a los que hacían causa común contra él, en vista de que Filipo reconocía sus pretensiones sobre Anfípolis, empezaron a inquietarse por sus éxitos y pactaron una alianza ofensivo-defensiva con "Grabos el ilirio, Lipeio el peonio y Cetríporis el tracio y sus hermanos", para aplastar el poder de Macedonia bajo los ataques asestados simultáneamente por los bárbaros en tres partes de la frontera, se encontraron con que Filipo, sin dar tiempo a que pudieran reunir sus fuerzas —después de tomar la ciudad de Anfípolis y de atraerse a sus vecinos—, se plantó en los puntos fronterizos amenazados y los bárbaros, cogidos de improviso, no tuvieron más remedio que someterse.

Hacia el año 356, las fronteras de Macedonia se hallaban, de momento, aseguradas contra las irrupciones de los bárbaros. En poco tiempo, desaparecieron las facciones existentes dentro de la corte; Tolemao y Eurídice, personajes prominentes del bando de los lincestios, habían muerto; uno de los hijos de Eropo, Alejandro, fué ganado para la causa de Macedonia al casarse con la hija del leal Antipatro, y los otros dos, Herómenes y Arrabaio, por medio de otras mercedes; los dos hijos de Arrabaio, Neotolomeo y Amintas, fueron educados ya en la corte; los dos pretendientes, Argaio y Pausanias, desaparecen en los relatos de las fuentes. Finalmente, Filipo asoció a su causa, al casarlo con su hija Cinane, al legítimo heredero al trono, Amintas, el hijo de Pérdicas, en nombre del cual había empezado a gobernar.

### POLÍTICA INTERIOR DE FILIPO II

Macedonia encontróse así en manos de un príncipe que supo, procediendo con arreglo a un plan, con habilidad y con energía, desarrollar, utilizar y acrecentar las fuerzas de su reino hasta poner a éste en condiciones de llegar a realizar la gran empresa: colocarse a la cabeza del helenismo para dar la batalla al poder de los persas. En la tradición histórica, tal como ha llegado a nosotros, los pasmosos resultados conseguidos por Filipo relegan al olvido los factores de poder por medio de los cuales consiguió alcanzarlos; esa tradición observa y sigue paso a paso, en todos y cada uno de sus astutos movimientos, a la mano que va ganando uno tras otro a todos los estados de Grecia, pero no nos dice apenas nada acerca del cuerpo al que esta mano pertenece y que le infunde su vigor y su seguridad; el oro tentador que esta mano enseña y sabe gastar en el momento oportuno es, según las fuentes que tenemos a nuestra disposición, casi el único

elemento o, por lo menos, el recurso esencial manejado por Filipo para construir su obra.

Si nos fijamos de cerca en la vida interna de su estado, vemos destacarse claramente en ella dos momentos que, aunque existentes con anterioridad, no adquirieron su plena significación hasta que se desarrollaron bajo el reinado de Filipo, para convertirse en la verdadera base de su poder.

"Cuando mi padre —dijo Alejandro a los macedonios sublevados el año 324, en Opis, según cuenta Arriano— se hizo cargo de vosotros, al subir al trono, andábais errantes de un lado para otro, sin recursos, la mayoría cubiertos con pieles, apacentando ovejas en las montañas y sumidos en la miseria, obligados a luchar, para proteger vuestros rebaños, con los ilirios, los tracios y los tribalios; fué él quien os hizo vestir la clámide del soldado, quien os hizo descender al llano, quien os enseñó a luchar contra los bárbaros vecinos y a tenerlos a raya." No cabe duda de que, ya antes de reinar él, cuando había guerra todo hombre capaz de empuñar las armas se iba a guerrear, para volver a empuñar el arado o a pastorear el rebaño tan pronto como la campaña terminaba. Pero los peligros que rodeaban al reino cuando Filipo se hizo cargo de él, y sobre todo las luchas con que en los dos primeros años de su reinado hubo de defender a su país amenazado por todas partes, diéronle ocasión para reanudar y desarrollar la obra que ya iniciara el rey Arquelao y que tal vez habían vuelto a destruir los disturbios posteriores. La implantación del servicio militar permitióle crear un ejército nacional, que fué creciendo poco a poco, hasta llegar a encuadrar a unos 40,000 hombres.

Y, además de formar este ejército, supo imprimirle la disciplina necesaria y una formidable capacidad militar. Refieren de él las fuentes que suprimió todo lo que consideraba bagaje innecesario, incluyendo los carros de impedimenta de la infantería, que asignó solamente un caballerizo a cada jinete y que obligaba a sus tropas a marchar con gran frecuencia, incluso en los días más calurosos del verano, hasta 6 y 7 millas, con toda su impedimenta y provisiones para varios días. La disciplina mantenida dentro de este ejército era tan rígida, que en la guerra del año 338 fueron dados de baja dos jefes por llevar al campamento a una tocadora de laúd. Y, con el servicio, implantó el principio férreo de que unas personas estaban llamadas a mandar y otras a obedecer, y una jerarquía de mandos cuyas puertas se hallaban abiertas solamente al mérito y a la competencia reconocida.

Los resultados de esta organización militar no tardaron en presentarse. Como consecuencia de ella, las distintas regiones del país pasaron a formar un todo coherente y los macedonios empezaron a pensar y a sentir como un solo pueblo; los territorios nuevamente conquistados se fundieron en unidad con la antigua Macedonia. Y, sobre todo, esta unidad y la tónica militar predominante a partir de entonces dieron al pueblo macedonio un firme sentimiento de confianza en su propia capacidad guerrera y una gran energía moral basada en el orden y en la disciplina de un estado cuya cabeza visible era el propio rey. La

población campesina del país brindaba al monarca un material dócil y resistente para sus planes, mientras que la nobleza de los hetairos le ofrecía una magnífica cantera para una oficialidad llena de celo y deseosa de distinguirse. Un ejército de estas condiciones tenía que ser, por fuerza, superior en eficiencia a los contingentes de mercenarios e incluso a las tradicionales levas de ciudadanos de los estados helénicos, del mismo modo que un pueblo de esta resistencia y esta lozanía tenía necesariamente que llevar gran ventaja en la lucha a aquel helenismo estragado por los refinamientos de la cultura y sobreexcitado o embotado por la democracia y la vida urbana. Un destino venturoso quiso que este país macedónico conservase su antigua energía y su modo de ser tradicional hasta que la historia le permitió poner a contribución estas energías para la realización de grandes tareas; en la lucha de la monarquía contra la nobleza no salió triunfante aquí, como había ocurrido siglos antes en la Hélade, la tozuda clase señorial, sino la monarquía. Y esta monarquía militar puesta al frente de un pueblo campesino libre y lleno de vigor supo, además, imprimir a este pueblo la forma, la fuerza y la orientación que los mismos demócratas de la Hélade reconocían, indudablemente, como esenciales, pero que no habían sido capaces de mantener y de desarrollar para plasmarlas en organizaciones de carácter permanente.

En cambio, la cultura, el resultado más genuino de la vida helénica, hubo de serle infundida al pueblo macedónico, en su totalidad, desde fuera, obra que habían iniciado ya los príncipes anteriores y que el rey Filipo continuó. En este punto, era de la mayor importancia el ejemplo que representaban para los súbditos el rey y su corte, gracias al cual la nobleza del país se encontró pronto en condiciones de llegar a constituir la parte culta de la nación. En ninguno de los estados griegos más importantes había llegado a desarrollarse esta diferencia de clases, por lo menos con el carácter que presentaba aquí: los espartanos eran todos gentes toscas y todos también de condición señorial frente a los ilotas y periocas de su país; por su parte, los atenienses libres considerábanse, todos ellos sin excepción, hombres extraordinariamente cultos; y en otras partes, si es cierto que la democracia había acabado con la clase señorial, la diferencia entre ricos y pobres había hecho descender de un modo mucho más rotundo el nivel de la vida del espíritu.

### LA NOBLEZA; LA CORTE

Filipo había vivido en Tebas en los días de Epaminondas; Eufraio de Oreo, discípulo de Platón, influyó desde muy temprano en su destino; Isócratos pinta a Filipo como amigo de la literatura y de la cultura en general, y así lo atestigua el hecho de que pusiese la educación de su hijo en manos de Aristóteles. Mediante la organización de cursos y enseñanzas de todas clases, destinadas principalmente a los muchachos nobles que le rodeaban, velaba por la educación y la cultura de los jóvenes de la nobleza, a los que procuraba atraer a la corte, vincularlos a su persona y prepararlos para las funciones de servicio directo del estado. Los nobles tenían sobradas ocasiones para llegar a distinguirse y pres-

tar servicios generosamente remunerados, primero, de adolescentes, en la función de pajes del rey; luego, al entrar en la mocedad, sirviendo en las filas de los hetairos o en la guardia personal del rey (*somotofílaces*), y más tarde, en puestos de jefes de las distintas secciones del ejército o desempeñando las numerosas embajadas cerca de los estados helenos; mas, para ello, tenían que dar, cualesquiera que fuesen sus ambiciones dentro del servicio del reino, pruebas de aquella cultura y de aquellos modales y costumbres atenienses que el propio rey poseía y deseaba ver en los demás. Su más acérrimo enemigo debía confesar que difícilmente habría en Atenas nadie que le superase en cuanto a sociabilidad; y aunque en su corte imperasen, ordinariamente, las toscas costumbres macedónicas, las grandes orgías, la francachela y la embriaguez, al modo de "los centauros y los lestrigones", como dice Teopompo, las ceremonias palaciegas, las recepciones de los embajadores extranjeros, las fiestas de los grandes juegos, caracterizábanse por su brillantez y su gusto helénico, todo en ellas era grandioso y magnífico y nada mezquino ni avaro. Las posesiones del patrimonio real, las contribuciones rústicas del país, los impuestos de aduanas, los beneficios de las minas del Pangeo, que ascendían a unos 1,000 talentos anuales y, sobre todo, el orden y el sentido económico de la administración implantada por Filipo hacían de su monarquía un estado tan próspero, que sólo tenía un precedente en el mundo helénico: el de la Atenas de la época de Pericles.

La corte de Pella, su opulencia, su esplendor militar y la nobleza congregada en torno a ella imponían respeto incluso a los embajadores atenienses. Algunos de estos linajes nobles tenían, como hemos dicho, sangre de príncipes; entre éstos contábanse, por ejemplo, los bacquíadas, que pertenecían a la tribu de los lincestos, los polipercos, cuyo solar eran las tierras de Tinfea, los orontes, a los que pertenecía, al parecer, la comarca de Orestis; a Pérdicas, hijo mayor de de Orontes, le fué entregado el mando de la falange de Orestis, que más tarde, al ser nombrado hiparca, pasó a su hermano Alcetas. El más importante de estos linajes de príncipes, línea colateral de la familia del monarca, era el de los Elimiotis, que descendía de aquel príncipe Derdas de la época de la guerra del Peloponeso a que nos hemos referido más arriba; hacia el año 380, hallábase al frente de este linaje y de sus dominios un segundo Derdas, que tomó parte en la expedición contra Olinto, aliado a Amintas de Macedonia y a los espartanos; más tarde, aparece prisionero de los olintios. Filipo tomó por esposa a su hermana Fila, probablemente para atraérselo más o para arreglar de este modo una disidencia. Dos hermanos de Derdas, Majatas y Harpalo, ocupaban puesto en la corte del rey. No obstante, entre esta familia y el monarca existía una tirantez no siempre recatada y que el rey se esforzaba, probablemente, en alimentar con objeto de mantener a sus miembros un poco alejados e inquietos por medio de desvíos o dudosos favores; sabemos, por ejemplo, que en un litigio dirimido por el rey Majatas no consiguió un fallo favorable para sus intereses y que Filipo aprovechó una transgresión cometida por un miembro de esta familia para humi-

llarla públicamente; las súplicas que un hermano de Majatas hizo llegar al monarca para que la perdonase fueron rechazadas con bastante aspereza.

Entre los numerosos linajes nobles congregados en torno a la corte de Pella hay dos que merecen ser citados, por su especial importancia: los representados por Yolas y por Filotas. Filotas era el padre de Parmenión, aquel leal y experto general a quien Filipo confió repetidas veces el mando de sus expediciones más importantes; a él le debía el rey la victoria conseguida sobre los dardanos en el 356 y a él le encomendó, en el 343, la ocupación de Eubea; dos hermanos de Parmenión llamados Asandro y Agatón y, sobre todo, sus hijos Filotas, Nicanor y Héctor habían de tener, andando el tiempo, una parte muy considerable en la fama del aguerrido general; sus hijas se casaron con los jóvenes más distinguidos del reino: una con Coinos, que tenía el mando de una falange, y la otra con Atalo, tío de una noble que sería más tarde esposa del rey. Y no era menos influyente y honrosa la posición ocupada por el hijo de Yolas, Antípatros, a quien los macedonios llamaban Antipas; la confianza depositada en él por el monarca la revelan elocuentemente estas palabras suyas: "He dormido tranquilo, pues sabía que Antipas velaba"; su bien probada lealtad y la fría claridad con que afrontaba toda situación militar o política, por complicada que ella fuese, capacitábanle de sobra para el alto cargo de consejero del reino, que ocupó desde muy pronto; el enlace matrimonial con su hija parecía el medio más seguro para ganarse la confianza de la encumbrada familia de los lincestios; sus hijos, Casandro, Arquías y Yolas, no adquirieron relieve en la vida pública hasta más adelante.

Tal era la corte y tal la nación moldeadas por Filipo. Y no estará de más añadir que el elemento monárquico ganó una supremacía indiscutible en la vida del estado macedonio tanto por la posición histórica de este estado como por la personalidad de su monarca. Sólo enfocándolos dentro de este panorama general podremos llegar a entender el carácter de Filipo y su conducta. Este rey, situado en una encrucijada de contradicciones y antagonismos del carácter más peculiar, griego con relación a su pueblo y macedonio desde el punto de vista de los griegos, aventajaba a aquél por la astucia y la perfidia helénicas de su espíritu y a éstos por su reciedumbre y su energía macedónicas, y a unos y otros por la claridad con que sabía concebir sus objetivos, por la consecuencia de sus planes para alcanzarlos y por la discreción y la rapidez con que los realizaba. Se las arreglaba para que sus planes fuesen siempre un enigma para sus adversarios, para aparecer ante ellos de otro modo, por otro sitio y en otra dirección que como y por donde le esperaban. Hombre sensual y voluptuoso por naturaleza, sus inclinaciones eran tan desbordadas como inconstantes; muchas veces parecía dejarse arrastrar completamente por sus pasiones y, sin embargo, sabía ser siempre dueño de ellas y tan frío y sobrio como sus objetivos lo exigieran; sería difícil decir dónde se revelaba mejor su verdadero ser, si en sus virtudes o en sus vicios. La cultura de su época, su tersura, su inteligencia, su frivolidad, su combinación de grandes pensamientos y refinada flexibilidad, reflejábanse como en armónica imagen en el temperamento de este rey y de este hombre.

## OLIMPIA

El reverso más completo de él lo tenemos en su esposa, Olimpia,* hija del rey Neotolomeo del Epiro y descendiente de Aquiles. Filipo habíala conocido, siendo joven, en las fiestas de los misterios de Samotracia y la tomó por esposa con el consentimiento de su tío y tutor Aribdas. Bella, retraída, llena de fuego interior, rendía culto secreto a Orfeo y Baco y estaba entregada con el mayor furor a las oscuras artes de brujería de las mujeres tracias; cuéntase de ella que tomaba parte en las bacanales nocturnas, poseída de loco frenesí, y que se la veía correr por las montañas a la cabeza de los demás bacantes, agitando locamente la serpiente y el tirso; sus sueños copiaban las imágenes fantásticas de que estaba llena su cabeza; se dice que en la noche anterior a su boda soñó que una tormenta espantosa la abatía y que un rayo inflamaba su vientre, provocando en él un incendio salvaje, para deshacerse luego en tremendas llamaradas.

Cuenta la tradición que en la noche en que Olimpia trajo al mundo a su hijo Alejandro (año 356) fué destruído por el fuego el templo de Artemisa en Efeso, que era para los helenos, con su *megabyzos* a la cabeza de sus circuncidados y sus hieródulos, un santuario auténticamente oriental, y que el rey Filipo recibió la noticia del nacimiento de su hijo a la par con los mensajes de tres victorias: con ello, la tradición quiere expresar legendariamente el sentido de una vida ricamente heroica y el gran pensamiento de una trabazón sobrenatural que los investigadores se han esforzado vanamente en investigar, aunque los más han pasado sobre ella como sobre algo ajeno a su competencia.

Hablando del rey Filipo, dice Teopompo: "Jamás produjo Europa, bien mirada la cosa, un hombre como el hijo de Amintas." Sin embargo, a este hombre tenaz, calculador, infatigable para el trabajo, le faltó, para llegar a realizar la obra en que veía la meta de su vida, un algo final, que no se encontraba en su camino. Es posible que la gran idea de unificar el mundo helénico, de elevar la mirada de sus macedonios hacia horizontes cada vez más altos, no fuese, en su espíritu, más que un medio para un fin; aquella idea se la trazaba la cultura, la historia del helenismo; fué la fuerza de las condiciones con las que tuvo que luchar tanto y tan duramente la que le empujó hacia esta idea, y no la necesidad y la fuerza irresistible de la idea misma las que le arrastraron a su realización; llega uno a dudar si creía realmente en ella, cuando se le ve vacilar constantemente, entregarse a nuevos y nuevos preparativos, desvíarse del camino para abordar otras tareas; no cabe duda de que estas tareas y estos preparativos eran necesarios, pero no es escalando el Pelión para remontarse de allí a la Osa Mayor como se llega al Olimpo de los dioses. No cabe duda de que veía más allá del mar la tierra prometida de las victorias y del porvenir de Macedonia; pero las nubes empañaron la claridad de su visión y sus planes se nublaron con las formas placenteras de sus deseos. Y este mismo anhelo de la gran obra proyectábase

* Véase nota 2, al final.

a través de él sobre todo lo que le rodeaba, sobre la nobleza y sobre todo el pueblo, y acabó convirtiéndose en la tónica dominante de la vida macedónica, presente en todos sus actos, en el secreto fascinante de su porvenir: los macedonios luchaban contra los tracios y alcanzaban victorias sobre los helenos, pero la gran meta por la que luchaban y por la que vencían era otra, era el oriente.

## LA JUVENTUD DE ALEJANDRO

En este ambiente discurrieron los años de infancia de Alejandro; las leyendas del oriente, del sereno río de oro y de la fuente del sol, de la viña dorada con esmeraldas por uvas, de las praderas de Nisa recorridas por Dionisos, llenarían desde muy pronto, con su luz y sus colores fascinantes, la imaginación del niño. Luego, a medida que fué creciendo, escucharía los relatos de las victorias de Maratón y de Salamina, oiría hablar de los templos y las murallas sagradas destruídos y mancillados por el rey persa con sus ejércitos de esclavos, de cómo su antepasado, el primer Alejandro, se había visto obligado a ofrecer a los persas tierra y agua y a servir en sus filas contra los helenos, y de cómo llegaría el día en que los macedonios fuesen al Asia para vengar a sus abuelos. Cuando llegaban a Pella embajadores de la corte del rey persa, les interrogaba con mucha seriedad sobre los ejércitos y los pueblos de aquel imperio, sobre sus leyes y costumbres, sobre la organización y la vida de sus pueblos; los persas mostraban su asombro ante la curiosidad del muchacho.

Otro hecho de gran importancia fué que Alejandro tuvo por maestro, en los años de su adolescencia (345-344), al más grande pensador de la antigüedad. Cuéntase que Filipo escribió a Aristóteles, poco después de nacer su hijo, rogándole que se encargara de su educación, con estas o parecidas palabras: "No es el hecho de que haya nacido lo que me llena de alegría, sino el que haya nacido en tu tiempo; si tú lo educas y lo instruyes, será digno de nosotros y del destino que está llamado a heredar." El hombre que supo conquistar el mundo con el pensamiento educó al que había de conquistarlo con la espada; de él es la gloria de haber infundido a aquel muchacho apasionado la santidad y la grandeza del pensamiento, el pensamiento de la grandeza que le enseñó a despreciar los goces pequeños y a huir de los placeres, que ennobleció su pasión y dió profundidad y equilibrio a sus fuerzas. Alejandro sentía y conservó siempre la más profunda veneración por su maestro: a su padre le debía solamente la vida; a su maestro el haber sabido vivirla dignamente.

Estas fueron las influencias que formaron su genio y su carácter; aquel joven nacido para grandes hazañas y lleno de sed de gloria debía de contemplar con tristeza las victorias de su padre, que no parecían dejar nada para él. Su prototipo era Aquiles, de cuyo linaje se enorgullecía de descender y a quien ardía en deseos de imitar en la gloria y en el sufrimiento. Como aquél a Patroclo, amaba apasionadamente a Efestión, su amigo y compañero de juventud; y si consideraba afortunado a su gran afortunado mitológico por haber encontrado

un cantor como Homero que transmitiera sus hazañas a la posteridad, la leyenda heroica de los países orientales y occidentales habría de rodear más tarde su propio nombre, el de Alejandro, con el nimbo maravilloso de la grandeza humana y sobrehumana.

Sentía más cariño por su madre que por su padre; tenía de ella el entusiasmo y esa sensibilidad íntima y profundamente sentida que le distinguen entre los héroes de los antiguos y los nuevos tiempos. Y su figura y su porte estaban a tono con ello: su paso firme y seguro, su mirada centelleante, su pelo alborotado, la potencia de su voz, todo en él denotaba al héroe; cuando se hallaba en quietud, quienes le veían se deleitaban con la suavidad de su continente, con el color sonrosado que cubría sus mejillas, con sus ojos dulces, con su cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. En los ejercicios de caballería nadie le aventajaba; ya de muchacho sabía sujetar con su brida un potro salvaje de raza tesaliana llamado "Bucéfalo" que ningún otro se atrevía a montar y que más tarde había de ser su caballo predilecto de batalla en todas sus campañas. Sufrió su bautismo de fuego en una de las acciones emprendidas en el reinado de su padre; cuando Filipo puso sitio a Bizancio, su hijo redujo a los maidos y fundó en su territorio una ciudad a la que dió su nombre; pero aún ganó mayor fama en la batalla de Queronea, cuyo resultado victorioso se debió a su bravura personal. Al año siguiente, derrotó a Pleuras, un príncipe ilirio, en un encuentro muy duro. El padre contemplaba sin envidia, a lo que parece, las hazañas de su hijo, en quien veía el futuro ejecutor de sus vastos planes; después de todas las conmociones que las querellas de la sucesión al trono habían desencadenado sobre el país, ahora podía mirar tranquilo al porvenir de su reino y de su casa, viendo a su lado al heredero capaz de afrontar y resolver las grandes tareas que tenía por delante y para quien, según dijo una vez —o, al menos, así lo cuentan las fuentes—, "Macedonia llegaría a ser demasiado pequeña" y que "no tendría por qué arrepentirse, como él, de muchas cosas a las que ya no era posible poner remedio".

Luego vinieron las dificultades entre el padre y el hijo. A Alejandro le parecía que Filipo tenía abandonada a su madre ante los encantos de las danzarinas tesalienses y de las cortesanas griegas; y su descontento subió de punto cuando el rey tomó una segunda esposa, una de las mujeres nobles del país, Cleopatra, la sobrina de Atalo. Cuentan las fuentes que las bodas se celebraron con gran brillantez y mucho ruido, con arreglo a las costumbres macedonias; corrió el vino y hubo mucha risa y algazara. El vino había surtido ya su efecto en todos los comensales, cuando Atalo, el tío de la joven reina, se puso en pie y pronunció este brindis: "¡Pedid a los dioses, oh macedonios, que se dignen dar un hijo a nuestra reina y un legítimo heredero al trono de nuestro país!" Alejandro estaba presente; al oír aquellas palabras, no pudo contener la cólera y gritó: "¿Quieres decir con eso, oh blasfemo, que yo soy un bastardo?", y arrojó su copa a la cabeza de quien así lo insultaba. El rey saltó furioso de su asiento, desenvainó la espada y se abalanzó sobre su hijo para traspasarlo con ella; el

vino, la ira, la herida de Queronea, aún no cicatrizada, le hicieron vacilar; perdió el equilibrio y dió con su cuerpo en tierra. Los amigos apresuráronse a llevar a Alejandro fuera de la sala. "Mirad, amigos —dijo, al salir de la estancia—, a ese hombre que quiere pasar de Europa al Asia y no es capaz de ir de una mesa a otra sin caerse." Después de aquello, salió de Macedonia con su madre; ella se trasladó a su patria natal, el Epiro, y Alejandro siguió hacia Iliria.

Pasado algún tiempo, Demarato, un huésped corintio, presentóse en Pella; después de cambiarse los primeros saludos, el rey le preguntó cómo marchaban las cosas entre los helenos y si reinaban allí la paz y la concordia. "¡Oh, rey! —cuentan que contestó el huésped, con noble franqueza—. ¿Preguntas si hay paz y concordia entre los helenos, cuando has llenado tu propia casa de discordia y de odio, alejando de ti a quienes debieran serte los seres más caros?" El rey guardó silencio; sabía cuán querido era Alejandro, lo que valía y lo que era; temía dar a los helenos motivo para murmuraciones y tal vez elementos para peligrosos planes. El propio Demarato asumió el papel de mediador entre el padre y el hijo; pronto estuvieron reconciliados, y Alejandro regresó a Macedonia.

### DISENSIONES EN EL SENO DE LA FAMILIA REAL. ATALO

Pero Olimpia no olvidaba las injurias y el repudio de que había sido objeto. Permaneció en el Epiro. No cejaba en el empeño de convencer a su hermano de que se levantase en armas contra Filipo para sacudir su yugo. Y no dejaría tampoco de atizar el descontento y los recelos de su hijo. Los motivos para darles pábulo no faltaban; Atalo y sus amigos seguían ocupando los primeros puestos en todos los negocios del estado. Los temores de Alejandro se acrecentaron; llegó a considerar en peligro sus derechos al trono cuando supo que a los embajadores del dinasta de la Caria, Pixodaro, que habían venido a solicitar una alianza con Filipo y a proponer un enlace matrimonial entre ambas casas reinantes, se les señalaba como marido, para la hija del dinasta cario, a Arridaio, el hijo dado al rey por la tesaliense. Los amigos de Alejandro mostráronse de acuerdo con él: era necesario proceder sin demora y con toda energía para salir al paso de los planes paternos. Un actor llamado Tesalo, confidente de Alejandro, fué enviado al dinasta de la Caria para hacerle saber que no debía entregar su hija a aquel bastardo imbécil y que Alejandro, hijo legítimo del rey y heredero de su trono, estaba dispuesto a ser yerno de un soberano tan poderoso. Cuando Filipo se enteró de la intriga, no pudo contener su furia; en presencia del joven Filotas, uno de los amigos de Alejandro, reprochó a éste su proceder y sus tratos secretos; dijo que un príncipe como él, por su alta alcurnia, por su fortuna y por la misión a que estaba llamado, debía avergonzarse de solicitar en matrimonio a la hija de un cario, a la esclava de un rey bárbaro. Los amigos y consejeros de su hijo, Harpalo, Neraco, Tolemao, el hijo de Lago, los hermanos Erigio y Laomedón, fueron desterrados de la corte y del país y se exigió a los corintios la entrega de Tesalo, el emisario.

Llegó así el año 336. Los preparativos para la guerra contra los persas proseguíanse con la mayor premura, fueron llamados los contingentes que debían aportar los estados federados y se envió al Asia, como descubierta, una cantidad importante de fuerzas armadas al mando de Parmenión y de Atalo, con el encargo de ocupar los puntos situados al otro lado del Helesponto y abrir el camino al gran ejército confederal. Era muy extraño, en verdad, que el rey dividiese de este modo sus fuerzas y doblemente extraño que se prestase a separarse de una parte de ellas —la cual, además, podía no ser lo suficientemente nutrida para hacer frente a todas las contingencias que pudieran presentarse— antes de que estuviese completamente consolidada la situación política dentro del país. No perdía de vista los movimientos que estaban produciéndose en el Epiro; detrás de ellos parecía asomar una guerra, que no sólo amenazaba con demorar todavía más la expedición contra los persas, sino que, aun en caso de que terminase felizmente, no prometía ganancia importante alguna y, en cambio, si llegaba a perderse, podía echar por tierra de golpe la trabajosa obra llevada a cabo por el rey en veinte años de esfuerzos. Había que evitar la guerra a todo trance y no dejar que el molosio continuase en una posición tan insegura con respecto a Macedonia. Filipo le prometió en matrimonio a su hija Cleopatra, cuya madre era Olimpia; las bodas debían celebrarse en el otoño del mismo año, y el rey decidió rodearlas del máximo esplendor y hacer de ellas la fiesta de la reconciliación de los helenos y, al mismo tiempo, la común consagración para la guerra contra los persas. No en vano el oráculo de Delfos había contestado a su pregunta de si vencería al rey de los persas con estas alentadoras palabras: "El toro está ya coronado; termina la obra; el sacerdote está dispuesto para el sacrificio."

## ASESINATO DE FILIPO II

Pausanias era uno de los jóvenes nobles de la corte; distinguíase por su gran belleza y gozaba del favor del rey. Había sido gravemente injuriado en un banquete por Atalo; recurrió al rey para que su ofensor fuese castigado; Filipo censuró la conducta de Atalo, pero en vez de dar satisfacción al ofendido, quiso apaciguarlo con regalos y nombrándolo para prestar servicio en su guardia personal. Después de esto, el rey tomó por esposa a la sobrina de Atalo y éste casó con la hija de Parmenión; Pausanias vió frustradas sus esperanzas de vengarse de la afrenta sufrida; esto hizo que arreciasen su odio y su ira contra el que, debiendo reparar su honor, lo había dejado en entredicho. Y no era él solo, en su familia, quien abrigaba tales sentimientos; sus hermanos, de la rama de los lincestios, no habían olvidado todavía lo que fueran su padre y su hermano; mantenían relaciones secretas con el rey de los persas y eran tanto más peligrosos cuanto menos lo parecían. Por debajo de cuerda iba creciendo y aglutinándose el partido de los descontentos. Hermócrates, el sofista, atizaba el fuego con las malas artes de sus discursos y supo ganarse la confianza de Pausanias. Un día

le preguntó el joven: "¿Cómo se alcanza la suprema fama?" "Asesinando al que ha llegado al puesto supremo", fué la respuesta del sofista.

Llegó el otoño y con él las fiestas de las bodas. Estas debían celebrarse en Aigai, antigua residencia de los reyes, convertida desde que la corte se trasladara a Pella en el lugar de enterramiento de los monarcas. De todas partes afluían los invitados; llegaban de Grecia los teoros, vestidos con gran pompa y portando muchos de ellos coronas de oro para Filipo; llegaban los príncipes de los agranios, de los peonios, de los odrisios, los grandes del reino, la nobleza caballeresca del país, las gentes del pueblo, en cortejo interminable. Así pasó el primer día, entre un júbilo indescriptible, entre embajadas, saludos, recepciones y concesiones de honores, entre banquetes y desfiles triunfales; los heraldos invitaban a la multitud a acudir al teatro al día siguiente, por la mañana. Aún no había despuntado el alba y ya una densa muchedumbre fluía por las calles hacia el teatro; por fin, vióse venir al rey, ricamente ataviado y rodeado por sus pajes nobles y los soldados de su guardia; manda a los que le acompañan que vayan al teatro por delante de él, pues no cree necesitar guardia ni protección en medio de la jubilosa multitud. En este momento, se abalanza sobre él Pausanias, le clava un puñal en el pecho y, mientras el rey cae a tierra, muerto, corre a buscar los caballos que le esperan junto a la puerta de la ciudad; en su huída, tropieza y cae; Pérdicas, Leonato y algunos otros nobles de la guardia real lo alcanzan y lo traspasan con sus espadas.

La multitud se dispersa, abatida y desesperada; la efervescencia es indescriptible. ¿A manos de quién irá a parar el reino, quién lo salvará? Alejandro es el primogénito del rey, pero hay que temer al odio furioso de su madre, despreciada y deshonrada por el muerto. En seguida se presenta en Aigai para asistir a las ceremonias fúnebres de su esposo, como si hubiese presentido o sabido de antemano lo que iba a ocurrir; se dice que ella es la instigadora del regicidio, la que mandó preparar los caballos para la huída del asesino. Se dice también que el propio Alejandro no desconocía lo que se tramaba y no era ajeno a ello, un indicio más de que no era hijo de Filipo, sino que había sido concebido y alumbrado bajo las negras artes de la brujería; de aquí la repugnancia que inspiraba al rey y que sentía también contra su salvaje madre; por eso, sin duda, había tomado a Cleopatra por su segunda esposa. El reino pertenecía al hijo que ésta acababa de darle. ¿Acaso su tío, Atalo, no gozaba de la plena confianza del rey? Nadie más indicado que él para asumir la regencia del reino. Según otros, el trono debía ser ocupado por Amintas, el hijo de Pérdicas, quien siendo niño habíase visto obligado a ceder a Filipo las riendas del reino, amenazado por todas partes; Filipo había sido un usurpador, aunque su gran obra de rey obligase a perdonar la usurpación; según el derecho imprescriptible, Amintas debía asumir ahora el poder, del que se había hecho digno tras largos años de sacrificio. Pero los lincestios y sus partidarios decían: si habían de prevalecer contra los herederos carnales de Filipo los derechos sancionados por el tiempo, antes que Filipo y el padre de Pérdicas, habían poseído el reino su propio

padre y su hermano y no debía seguir despojándoseles de él por un acto de usurpación; además, Alejandro y Amintas eran todavía casi unos muchachos, el segundo había perdido ya desde su infancia el vigor necesario para gobernar y la esperanza de ocupar el trono, y Alejandro, mediatizado por la influencia de su vengativa madre, ensoberbecido y estragado por una mala educación según los gustos del día y por su desprecio contra las buenas costumbres del pasado, era mucho más peligroso para las libertades del país de lo que lo había sido su propio padre, Filipo; ellos, en cambio, eran amigos del reino macedónico y descendían de aquel linaje que se había esforzado en todo tiempo por respetar y mantener en pie las viejas costumbres; nadie como ellos, que habían encanecido entre los macedonios, que conocían de cerca los deseos del pueblo, que eran amigos del gran rey de Susa, podían proteger al país de la cólera de los persas cuando el gran rey viniese a exigirle cuentas por la guerra locamente comenzada por Filipo; por fortuna, el país había sido desembarazado a tiempo todavía, gracias a la mano de un amigo de ellos, de un rey que despreciaba el derecho, el bien del pueblo, la santidad del juramento y la virtud.

### ALEJANDRO OCUPA EL TRONO

Así pensaban las facciones; pero el pueblo odiaba a los regicidas y no temía a la guerra; olvidó pronto al hijo de Cleopatra, pues el representante de su partido estaba lejos; no conocía al hijo de Pérdicas, cuya pasividad abonaba elocuentemente su incapacidad para gobernar. Alejandro tenía de su parte el derecho y la simpatía que despiertan siempre las ofensas inmerecidas y, además, la fama de sus campañas contra los maidos y los ilirios, la gloria de la victoria de Queronea y el prestigio, mucho más hermoso, de su cultura, de su sociabilidad y de su grandeza de alma; incluso había llegado a dirigir con fortuna los negocios del reino. Alejandro poseía, indiscutiblemente, la confianza y el amor del pueblo y estaba seguro, sobre todo, del apoyo del ejército. El otro Alejandro, el lincestio, se dió clara cuenta de que su causa estaba perdida de antemano; corrió hacia el hijo de Olimpia y fué el primero en rendirle pleitesía como a rey de los macedonios.

Los primeros tiempos del reinado de Alejandro no fueron los del hombre "que se limita a recibir una herencia indiscutida e indiscutible"; aquel joven de veinte años tenía que demostrar si poseía las energías y las condiciones necesarias para ocupar el trono. Empuñó con mano firme y segura las riendas del gobierno, y empezó a esfumarse el caos. Siguiendo la costumbre macedonia, convocó al ejército para que le rindiese homenaje de acatamiento: sólo el nombre del rey, dijo a sus tropas, había cambiado; el poder de Macedonia, el orden de las cosas, la esperanza de futuras conquistas, seguían siendo los mismos de antes. Mantuvo en pie el antiguo servicio militar, pero eximiendo a quienes lo prestaban de todas las demás cargas y servicios. Los frecuentes ejercicios y marchas ordenados por él restablecieron entre las tropas el espíritu militar que

pudieran haber relajado los recientes acontecimientos y las convencieron de la firmeza de la mano que ahora las dirigía.

El regicidio perpetrado reclamaba la más severa pena; era, al mismo tiempo, el medio más seguro de consolidar el nuevo régimen. Averiguóse que los hermanos de la rama de los lincestios se habían dejado sobornar por el rey de los persas, temeroso de la guerra desatada por Filipo, y que, incitados por la esperanza de subir al trono con la ayuda del enemigo, habían montado una conspiración de cuyos planes secretos fuera ciego instrumento Pausanias, el regicida; los conspiradores, entre ellos los lincestios Arrabaio y Heromenes, fueron ejecutados el mismo día en que se celebraron las exequias fúnebres de Filipo. A su hermano Alejandro se le hizo gracia de la vida, por haberse sometido al nuevo monarca: Neotolomeo, el hijo de Arrabaio, huyó a refugiarse entre los persas.

## CAPITULO III

*Peligros de fuera.—La expedición a Grecia del año 336.—Es renovada la liga corintia.—Fin de Atalo. Los vecinos del norte.—Las campañas de Tracia; en tierras del Danubio y contra los ilirios.—Segunda expedición a Grecia.—Destrucción de Tebas.—Segunda renovación de la liga de Corinto.*

ALEJANDRO HABÍA empuñado con mano rápida y firme el timón del gobierno, restaurando la paz y el orden en el interior del país. Pero, entre tanto, llegaron de fuera noticias extraordinariamente alarmantes.

### PELIGROS DE FUERA

Atalo, que se hallaba en el Asia Menor al frente de sus tropas, especulando con la fuerza de éstas, a las que había sabido atraerse, concibió el plan de encaramarse en el poder bajo el pretexto de hacer valer los derechos de su sobrino, el hijo de Cleopatra; las fuerzas armadas bajo su mando y, más aún, los contactos que supo establecer con los enemigos de Macedonia hacían de él un enemigo peligroso.

Por si esto fuera poco, empezó a producirse en los países helénicos un movimiento que amenazaba convertirse en una deserción general. Al llegar la noticia de la muerte de Filipo —el primero que tuvo conocimiento de ella fué Demóstenes, por medio de emisarios secretos del estratega Caridemo, apostado probablemente en las cercanías de las costas tracias—, se organizó una jubilosa fiesta y se votó una resolución para honrar la memoria del regicida; el propio Demóstenes la propuso y, en su discurso pronunciado ante el pueblo reunido, llamó a Alejandro un necio que no se atrevería a salir de las fronteras de Macedonia, y lo puso todo en juego para mover a Atenas, a Tebas, a la Tesalia y a toda la Hélade a romper abiertamente con el país macedonio, como si el juramento prestado con el padre para crear la confederación de Corinto no obligase para con el hijo a los estados que lo emitieran. Envió cartas y emisarios a Atalo y negoció con Persia para la concesión de subsidios contra Macedonia. Atenas se preparó para la guerra y dió órdenes a su flota para que estuviese prevenida; Tebas se dispuso a arrojar a la guarnición macedonia de la Cadmea; los etolios, que hasta entonces habían sido amigos de Macedonia, acordaron restituir a sus tierras, por la fuerza de las armas, a los que Filipo arrojara de la Acarnania; los ambraciotas expulsaron de su territorio a la guarnición macedonia destacada en él e instau-

raron la democracia; Argos, la Elida y la Arcadia estaban dispuestas a sacudir el yugo macedonio; por su parte, Esparta jamás se había sometido a él.

En vano envió Alejandro embajadores para asegurar su buena voluntad hacia la Hélade y su respeto hacia las libertades vigentes en sus estados; los helenos sentíanse jubilosos ante la certeza de que, por fin, habían vuelto los viejos tiempos de la gloria y de la libertad; no dudaban ni por un momento de que la victoria sería suya; en Queronea, todo el poder macedónico junto, al mando de Filipo y Parmenión, había vencido a duras fuerzas a los ejércitos de Atenas y Tebas; ahora, en cambio, todos los helenos estaban unidos y sólo tenían en frente a un muchacho que apenas estaba seguro de su trono y que preferiría seguir recibiendo en Pella las enseñanzas de Aristóteles antes que aventurarse a una lucha contra toda la Hélade; el único general seguro de que disponía, Parmenión, estaba en el Asia y con él una parte considerable de su ejército, acosado ya por los sátrapas persas, y otra parte de él, al mando de Atalo, dispuesta a pasarse al lado de los helenos para pelear contra Alejandro; Macedonia no contaba siquiera con los jinetes tesalienses, ni con las fuerzas armadas de los tracios, ni con los peonios, y hasta el camino de la Hélade se cerraría ante Alejandro, si acaso se atrevía a exponer su reino a las embestidas de sus vecinos del norte y a los ataques de Atalo. Y, en realidad, los pueblos del norte y del este amenazaban con levantarse contra el poder macedonio o con irrumpir bandidescamente a través de las fronteras del reino, a la primera ocasión que se les deparase.

La situación de Alejandro era angustiosa y apremiante. Sus amigos —hasta los recientemente desterrados habían vuelto al país— le apremiaban para que cediera antes de que todo estuviera perdido, para que se reconciliara con Atalo y repatriase el ejército enviado al Asia Menor, para que dejase hacer a los helenos hasta que sus primeras furias se aplacasen, para que apaciguase a los tracios, a los getas y a los ilirios por medio de regalos y desarmase con favores y mercedes a los desertores. No cabe duda de que, por este camino, Alejandro habría llegado a consolidarse en Macedonia y a gobernar en paz su país; y tal vez habría podido también ir recobrando poco a poco la misma influencia sobre la Hélade y el mismo poder sobre los bárbaros limítrofes de que en vida disfrutara su padre, e incluso, si las cosas le salían bien, llegar a pensar en una expedición guerrera contra el Asia, como había pensado su padre hasta la misma hora de su muerte. Pero Alejandro estaba hecho de otra pasta; la decisión adoptada por él en aquellos momentos angustiosos nos lo revela en toda la potencia y la audacia de su espíritu. De él puede decirse lo que se dijo de otro héroe de tiempos posteriores: "Su genio lo guiaba."

Tres grandes masas formaban aquel embrollo de peligros: el norte, Asia y la Hélade. Si Alejandro se lanzaba contra los pueblos situados al norte de su reino, Atalo ganaría tiempo para robustecer sus fuerzas y conducirlas tal vez hacia Europa; la alianza de las ciudades helénicas contra Macedonia cobraba bríos, y Alejandro estaba obligado a combatir como un acto de felonía y una sublevación abierta de los estados lo que podía castigarse, además, como la obra de una

facción y la instigación de demagogos criminales y sobornados por el dinero de los persas. Si se dirigía contra la Hélade, bastaría con un número relativamente pequeño de fuerzas armadas para cerrarle el paso por los desfiladeros y tenerle entretenido durante largo tiempo, mientras que Atalo no tropezaba con ningún obstáculo para operar a sus espaldas y unirse con los levantiscos tracios. Pero lo menos aconsejable de todo era marchar contra el mismo Atalo; ello equivaldría a dejar por demasiado tiempo a los estados griegos a merced de ellos mismos, a lanzar a unos macedonios contra otros en una dudosa guerra civil, cuyo resultado decidirían tal vez los sátrapas persas y, finalmente, a tratar a Atalo, que no era más que un vulgar delincuente, como una potencia, a la cual el rey no podía combatir como a tal sin humillarse a los ojos de los helenos y los bárbaros. Si se encontraba el camino para asestar el golpe contra él por otros procedimientos, quedaría rota la cadena y todo lo demás vendría por sus pasos contados.

Atalo fué condenado a muerte como reo de alta traición; uno de los "amigos", Hecateo de Cardia, recibió el encargo de pasar al Asia al frente de un cuerpo de ejército, unirse a las tropas de Parmenión y traer a Atalo a Macedonia, vivo o muerto. Y como lo único que podía temerse de los enemigos del norte, en el peor de los casos, eran unas cuantas irrupciones de pillaje y, por mal que fuesen las cosas, siempre se les podría reducir mediante una expedición posterior, el rey decidió marchar al frente de su ejército sobre la Hélade, sin dar tiempo a que los helenos pudieran enfrentarle una masa importante de tropas.

## LA EXPEDICIÓN A GRECIA DEL AÑO 336

Por aquellos días, llegaron a Pella emisarios de Atalo que calificaron de calumnias los rumores que acerca de él corrían, asegurando al rey, en palabras bien sonantes, la fidelidad de su general y poniendo en sus manos, como prenda de sus honradas intenciones, las cartas que recibiera de Demóstenes acerca de los preparativos de guerra de Atenas. El rey, a quien estos documentos y la maniobra de acercamiento de Atalo hacían pensar que su expedición contra la Hélade no encontraría grandes resistencias, no revocó sus órdenes; sentíase seguro de la lealtad del viejo Parmenión y no le inquietaba el hecho de que Atalo estuviese casado con una hija suya.

Alejandro, al frente de sus tropas, púsose en marcha hacia Tesalia. Cruzó el Peneo junto a la costa, pero encontró fuertemente guarnecidos el paso principal, que era el Tempe, y los pasos laterales de Calipeuce. Era arriesgado intentar tomarlos por las armas y, por otra parte, no había tiempo que perder; en vista de ello, Alejandro se abrió otro camino. Al sur del paso principal se alzan las rocas del Osa, menos cortadas a pico sobre el mar que los acantilados cercanos al Peneo; condujo a sus tropas por aquellos parajes relativamente menos peligrosos, haciéndolas abrir a pico escalones en la roca, donde era necesario, y habiendo cruzado así la montaña, bajó a los llanos de Tesalia y se colocó a

espaldas de las tropas tesalienses que guarnecían los desfiladeros. De este modo, sin desenvainar la espada, se hizo dueño del país al que quería atraerse sin someterlo por la fuerza, pues sabía que necesitaría de los excelentes jinetes de Tesalia para la guerra contra los persas y quería estar seguro de su lealtad. Invitó a los nobles tesalienses a una asamblea; les habló y les recordó que ellos y él descendían del linaje de Aquiles; trajo también a su memoria lo mucho que debían a su padre, quien había liberado al país del yugo del sangriento tirano de Feres y que, por medio de la restauración de la antiquísima tetrarquía de Aleva lo había asegurado para siempre contra las sublevaciones y las tiranías; lo único que exigía de ellos era lo que voluntariamente habían concedido a su padre y el reconocimiento de la hegemonía sobre la Hélade proclamada a su favor en la liga helénica; prometió que, al igual que su padre, dejaría y protegería a las distintas familias y regiones del país en el goce de sus derechos y libertades, que, en las guerras contra los persas, concedería a sus jinetes plena participación en el botín y que honraría con la exención de impuestos a la ciudad de Pitia, patria de su ascendiente común Aquiles. Los tesalienses apresuráronse a aceptar tan favorables y honrosas condiciones, confirmaron a Alejandro, por acuerdo unánime, en los derechos de su padre y le prometieron que, en caso necesario, le acompañarían en su expedición a la Hélade para reprimir los disturbios provocados contra él. Y lo mismo que de los tesalienses consiguió, por idénticos procedimientos, de los enianos, los malios y los dolopios, tribus que tenían voto en el consejo de la anfictionía y con ayuda de las cuales encontraba libre el camino de las Termópilas.

La toma y el apaciguamiento de Tesalia fueron tan rápidos que no dieron a los estados helénicos tiempo para guarnecer los desfiladeros más importantes del macizo montañoso del Oite. No entraba en los designios de Alejandro dar pábulo e importancia por medio de medidas violentas a un movimiento que le convenía hacer aparecer, dentro de lo posible, como la obra desatentada de un partido. Los helenos, aterrorizados ante la proximidad del ejército macedonio, apresuráronse a asumir la apariencia de una profunda paz. Y como las condiciones creadas en otro tiempo por Filipo subsistían aún, Alejandro convocó a los anfictiones en las Termópilas y exigió y obtuvo de ellos, por acuerdo unánime, el reconocimiento de su hegemonía. Y, animado por el mismo propósito, confirmó a los ambraciotas la autonomía proclamada por ellos al expulsar de su suelo a la guarnición macedonia: él mismo, les dijo, tenía la intención de habérsela concedido y al implantarla por sí y ante sí no habían hecho otra cosa que adelantarse a sus deseos.

Ya los tesalienses y el consejo de los anfictriones habían reconocido la hegemonía de Alejandro, pero ni Tebas ni Atenas ni Esparta habían enviado sus representantes a la reunión de las Termópilas. No estaba descartada todavía la posibilidad de que los tebanos se pusieran en pie contra los macedonios; podían contar, para ello, con el asentimiento de muchos estados y tal vez incluso con su apoyo. Es cierto que no se hallaban preparados para guerrear; Esparta no

había conseguido rehacerse desde la época en que Epaminondas había acampado en las márgenes del Eurotas; la ciudadela de Cadmea, la Cálcida, Eubea, Acrocorinto hallábanse todavía ocupadas por tropas macedonias; en Atenas, como de costumbre, se declamaba mucho y se hacía poco; ya se había recibido la noticia de que el rey se encontraba en Tesalia, de que avanzaría sobre la Hélade reforzado por los tesalienses y de que se había manifestado en términos de gran indignación contra la ceguera de los atenienses, y todavía Atenas no empezaba a prepararse seriamente, a pesar de que Demóstenes no dejaba de predicar la guerra ni un solo instante. Si el ejército macedonio avanzaba rápidamente podía salvar a la Hélade de una catástrofe.

Alejandro marchó desde las Termópilas sobre la planicie beocia y acampó cerca de la Cadmea; la resistencia de los tebanos no apareció por ninguna parte. Cuando se supo en Atenas que Tebas había caído en manos de Alejandro y que el enemigo podía llegar a las puertas de la ciudad en término de dos días, hasta los más entusiastas defensores de la libertad sintieron desfallecer su ánimo; se acordó poner las murallas de la ciudad, sin pérdida de momento, en estado de defensa, evacuar el campo abierto y trasladar a Atenas todos los bienes susceptibles de ser transportados, "con lo que la tan admirada y discutida ciudad se convirtió a las pocas horas en un establo lleno de bueyes y de ovejas"; asimismo, se tomó el acuerdo de enviar al rey embajadores encargados de aplacar su furia porque los atenienses no hubiesen reconocido inmediatamente su hegemonía; tal vez fuese posible salvar todavía la posesión de Oropos, arrancado dos años antes de manos de Filipo. Demóstenes, que era uno de los que formaban parte de la embajada nombrada para salir al encuentro del rey, dió la vuelta en el Citerón, bien porque se acordase de la carta que escribiera a Atalo, bien para no poner al descubierto sus relaciones con Persia; que los otros embajadores se encargasen de transmitir al rey las súplicas del demos ático. Alejandro los recibió de buen talante, perdonó lo pasado, renovó los tratados concertados anteriormente con su padre y exigió solamente una cosa: que Atenas enviase a Corinto representantes con plenos poderes para seguir negociando. El demos creyóse en el caso de decretar a la persona del joven rey mayores honores aún de los que fueran otorgados a su padre hacía dos años.

### ES RENOVADA LA LIGA CORINTIA

Alejandro siguió su marcha hacia Corinto, donde había convocado a los plenipotenciarios de los estados helenos. Es probable que fuese invitada también Esparta, pues así parece indicarlo la declaración de los espartanos de que no tenían por costumbre seguir a nadie, sino conducir a otros. Alejandro habría podido reducirlos sin gran esfuerzo, pero no habría sido prudente de su parte, ni valía tampoco la pena: lo único que le interesaba era apaciguar a Grecia en el plazo más corto posible y obtener el reconocimiento de la hegemonía de Macedonia para la guerra contra los persas. En este sentido fué renovada y se

juró en Corinto la fórmula de la liga, por la que Alejandro quedó nombrado estratega de los helenos con plenitud ilimitada de poderes.

Alejandro había conseguido lo que se proponía. Sería interesante conocer el estado de ánimo que ahora imperaba en los estados helénicos en lo tocante a su persona; lo más probable es que no fuese tan enconado ni siquiera tan hipócrita como podría hacer creer el rabioso entusiasmo por la libertad de los oradores áticos o la afectada tiranofobia de los moralistas griegos de la época del imperio romano. El reverso de esta medalla nos lo ofrece la embajada de Delio de Efeso, el discípulo de Platón, enviado por los helenos del Asia y que fué quien "más le apremió y entusiasmó" a la guerra contra los persas. Entre sus amigos más íntimos figuraban dos lesbios, Erigio y Laomedón, que se habían visto obligados a trasladarse a Anfípolis ante las miserias de su patria, dominada por los amigos de los persas: era un triste ejemplo de la autonomía que el gran rey asegurara, por la paz de Antálcidas, a todas las islas situadas entre Rodas y Tenedos; no había salvación para los helenos de aquellas tierras, díjole el emisario, si Alejandro no acudía a ellas y vencía. Dentro de la Gran Grecia sólo Tebas podía lamentar la pérdida, no del todo injusta, de su autonomía; en cuanto a Atenas, el estado de espíritu de la masa más voluble que jamás haya gobernado, se dejaba llevar ligeramente de las últimas impresiones y las próximas esperanzas; y el hosco retraimiento de Esparta demostraba ser más consecuente en la debilidad que en la energía, denotaba más malhumor que auténtico orgullo. No nos equivocaremos mucho si suponemos que la parte más inteligente del pueblo helénico se inclinaba hacia la gran empresa nacional próxima a acometerse y hacia el héroe juvenil que estaba empeñado en sacarla adelante; los días que Alejandro pasó en Corinto parecen confirmar este juicio. De todas partes acudían los artistas, los filósofos, los políticos para ver de cerca al joven rey, al discípulo de Aristóteles; todos se apretujaban para estar cerca de él, para captar una mirada o una palabra suya. El único que no se movió de su tonel, en una de las plazas de los arrabales de la ciudad, fué Diógenes de Sinope. En vista de ello, Alejandro fué a verle; le encontró tendido delante de su tonel, tomando el sol; el rey le saludó y le preguntó si deseaba algo. "Que no me quites el sol", fué la respuesta del filósofo. Y, según cuentan, el rey dijo a los de su séquito, cuando se retiraba: "Por Zeus os digo que, si no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes". Tal vez no fuese todo ello más que una de tantas anécdotas como circulaban acerca de aquel hombre original.

### FIN DE ATALO. LOS VECINOS DEL NORTE

Al aproximarse el invierno, Alejandro regresó a Macedonia para preparar la expedición de castigo contra los pueblos bárbaros fronterizos, que había sido demorada hasta entonces. Ya Atalo no era ningún obstáculo; Hecataio había unido sus tropas con las de Parmenión y, no considerándose lo suficientemente fuertes para apresar al traidor en medio de las tropas a las que había sabido

ganar para su causa, lo mandaron asesinar, con arreglo a las órdenes recibidas; las tropas descarriadas, formadas en parte por macedonios y en parte por mercenarios helenos, al quedarse sin jefe, retornaron a la obediencia.

Así estaban las cosas en el Asia. En cuanto a Macedonia, Olimpia se había aprovechado de la ausencia de su hijo para apurar la voluptuosidad de la venganza hasta la última gota. No cabe duda de que el asesinato del rey, si no había sido obra suya, respondía a sus deseos; pero aún estaban vivos aquellos por culpa de los cuales habían tenido que sufrir afrentas ella y su hijo; era necesario que muriesen también Cleopatra, la joven viuda, y su hijo. Olimpia hizo que aquel niño de pecho fuese asesinado en el mismo regazo de su madre y obligó a ésta a ahorcarse con su propio ceñidor. Dícese que Alejandro se enfadó con su madre por este motivo; pero no podía hacer mucho más, pues la situación no se lo permitía. Todavía los adversarios no se daban por vencidos; descubríanse a cada paso nuevas maquinaciones; en uno de los planes tramados para quitar de en medio al rey apareció complicado Amintas, el hijo de Pérdicas, a quien Filipo diera por esposa a su hija Cinna; Amintas fué ejecutado.

Entre tanto, había ido corriéndose por la costa, hacia el este y el sur, el cuerpo expedicionario enviado al Asia para abrir camino. La ciudad libre de Cícico en la Propóntide protegía su flanco izquierdo, y en el derecho tenía Parmenión en su poder la plaza de Grineón, al sur del Caicos; en Efeso habíase levantado ya el demos y expulsado a la oligarquía, que simpatizaba con los persas, brindando así a Parmenión un importante punto de apoyo para ulteriores avances. No cabe duda de que en todas partes el pueblo, lo mismo el oprimido por los tiranos, como en la isla de Lesbos, que el sojuzgado por los oligarcas, como en Quíos y en Cos, contemplaba con creciente agitación los avances de las tropas macedonias que venían a libertarlo del yugo persa. Y aunque el haberlo enviado por delante hubiera sido un error y hubiese costado grandes quebraderos de cabeza a Alejandro en un principio, ahora este cuerpo expedicionario y la agitación despertada por él en todas partes podía cubrir la espalda a los macedonios, por lo menos para su campaña de Tracia; las posiciones ocupadas por él y la flota macedonia, situada en el Helesponto, cortaban a los persas toda posibilidad de acudir en socorro de los tracios.

Para Alejandro era apremiantemente necesario, sin duda alguna, hacer sentir a los tracios, a los getas, a los tribalos y a los ilirios la superioridad de las armas macedónicas y establecer con ellos relaciones estables antes de lanzarse a la gran empresa asiática. En tiempo de Filipo, estos pueblos, que rodeaban a Macedonia por tres partes, habíanse convertido unos en súbditos y otros en aliados forzosos de la monarquía macedonia y otros, como los ilirios, se habían visto obligados, por lo menos, a renunciar a sus expediciones de rapiña, a fuerza de sufrir reveses en sus encuentros con las tropas del vecino reino. Con la muerte de Filipo parecía haber llegado para ellos la hora de desembarazarse de aquella penosa sumisión para seguir asolando y pillando las tierras de Macedonia

al mando de sus cabecillas con la misma salvaje independencia que habían disfrutado en tiempo de sus padres.

Los primeros que se levantaron en armas fueron los ilirios, acaudillados por su príncipe Clito, el padre del cual, llamado Bardilis, habíase convertido de carbonero en rey y había logrado unificar bajo su mando a los diversos cantones ilíricos para organizar expediciones conjuntas de rapiña, llegando a ocupar ciertas regiones fronterizas de Macedonia en los caóticos tiempos de Amintas y del alorita Tolemao, hasta que, por fin, Filipo, tras enconadas luchas, logró rechazarlos hasta más allá del lago de Licnito. Su actual caudillo, Clito, contaba con poder adueñarse, por lo menos, de los pasos situados al sur de este lago. Los taulantinos y su príncipe Glaucias, que ocupaban las tierras enclavadas al lado y detrás de las de aquéllas, hasta la costa cercana a Apolonia y a Dirraquio, prepaláronse para hacer causa común con los ilirios. Y también los autariates, que desde hacía dos generaciones poblaban los valles del Brongos y del Angros, de lo que hoy es el Morava servio y búlgaro, arrastrados por el movimiento general de rebeldía, se disponían a irrumpir en el territorio macedonio.

Y aún presentaba un cariz más peligroso la actitud de la numerosa tribu tracia de los tribalos, enemigos de los macedonios, enclavada ahora al norte de las montañas del Haimos y a lo largo del Danubio. Ya hacia el año 370, desplazados por los autoriatas de sus tierras de la cuenca del Morava, habían encontrado el modo de descolgarse a través de las montañas y de bajar hasta Abdera, en el mar, para volver cargados de botín hasta las orillas del Danubio, donde desalojaron a los getas de sus posiciones. Las poblaciones expulsadas de aquella comarca retiráronse a los anchos llanos de la margen izquierda del Danubio, de las que antes de ellos se habían posesionado, lo mismo que de las marismas boscosas de las bocas del Danubio y de la estepa de la Dobrudja, los escitas acaudillados por el viejo rey Ateas; éstos viéronse tan acosados por los tribalos, que su rey, sintiéndose ya impotente para cerrarles el paso, invocó por medio de los griegos de Apolonia amigos suyos la ayuda de Filipo, pero antes de que llegasen los refuerzos macedonios ya los escitas habían hecho las paces con los getas y volvieron las armas contra los que venían en su socorro; éstos les infligieron, sin embargo, una dura derrota (año 339). Pero en su camino de vuelta —a través de las tierras ocupadas por los tribalos—, Filipo vióse asaltado alevosamente por aquellos mismos a quienes pensaba intimidar, le arrebataron una parte del botín y en el encuentro salió personalmente herido, viéndose obligado a retirarse a Macedonia sin haber castigado su fechoría. Al invierno siguiente, tuvo que acudir a Grecia para librar la guerra anfictiónica y más tarde le distrajeron con más importantes menesteres la sumisión de Tebas, la organización de la liga corintia y la guerra contra el ilírico Pleurias; y la muerte le sorprendió sin haber podido ajustarles las cuentas a los tribalios. En estas condiciones, era natural que la subida al trono de un joven rey y los conflictos, harto conocidos, desencadenados en la corte de Pella, tentasen a los tribalos con la misma fuerza, por lo menos, que a los ilirios.

Si estas gentes bárbaras se levantaban ahora, podían estar seguras de que las tribus tracias vecinas suyas que moraban en las montañas del Haimos y a las que "incluso los bandoleros temían como a bandoleros", los maidos, los bessos, los corpilas, no sólo no se interpondrían en su camino, sino que, lejos de ello, se les unirían y las harían doblemente temibles; y, asimismo, habrían hecho causa común con los tribalos los llamados tracios libres, situados más al sur, en la región del Rodope, hasta el valle del Nesos, lo mismo que hicieran en otro tiempo, en la marcha de los tribalos sobre Abdera. Tampoco podían sentirse los macedonios, ni mucho menos, seguros de la comarca semisometida situada un poco más al norte, del principado de los peonios, enclavado entre el Estrimón y el Alto Axios, cuya importancia era aún bastante grande;* no podían dejarse engañar por el hecho de que, de momento, permaneciesen quietos. Del mismo modo que no podían fiarse de los tracios de la cuenca del Hebro ni de los que se extendían hasta la Propóntide en el sur y hasta el Ponto en el este, que en otro tiempo formaban muchos pequeños principados dispersos y que juntos representaban un poder digno de ser tenido en cuenta, como había ocurrido mientras estuvieron en la monarquía odrisa —pues todos sus príncipes descendían de la familia real de Teres, del que fuera rey de los odrisios en la época de Pericles—; el rey Filipo había conseguido irlos separando poco a poco, a fuerza de largas y tenaces luchas, y colocarlos bajo su dependencia; como sabemos, la dura guerra del año 340 fué provocada por la exigencia de los atenienses de que Filipo restaurase en su mando a Quersobleptes y al viejo Teres. Es posible que, después de la victoria de Queronea, Filipo se ocupase de ordenar también la situación reinante en la Tracia; no cabe la menor duda de que algunos de estos príncipes conservaron sus territorios, pero como vasallos de Macedonia y soportando a duras penas este yugo; muy a duras penas, ya que las colonias macedónicas situadas junto al Hebro y tal vez un estratega macedonio nombrado gobernador de aquellas regiones los obligaban a mantenerse tranquilos. Ya sin necesidad de que estos pueblos aprovechasen la coyuntura que les brindaba el desconcierto producido por el asesinato de Filipo para lanzarse a una guerra abierta, o para entrar en negociaciones con los conjurados, con Atalo o con los atenienses, era tan grande la preocupación que infundían a los consejeros de Alejandro, que todos ellos consideraban más aconsejable tratarlos con benignidad, aunque llegasen a desertar, que obligarlos por la fuerza a permanecer sometidos y a respetar los pactos existentes. Pero Alejandro comprendió que la transigencia y las medidas a medias lo colocarían a la defensiva y lo expondrían a él y a Macedonia a una humillación, harían que aquellas gentes bárbaras y rapaces se ensoberbecieran y frustrarían tal vez la proyectada guerra contra los persas, puesto que no era posible dejar las fronteras expuestas a sus ataques ni se podía tampoco, llegado el momento, prescindir de ellas como infantería ligera para la expedición contra el Asia.

* Véase nota 3, al final.

## LAS CAMPAÑAS DE TRACIA, EN TIERRAS DEL DANUBIO Y CONTRA LOS ILIRIOS

Ya los peligros por la parte de Grecia habían sido conjurados y la primavera estaba tan avanzada que podía confiarse en cruzar las montañas sin grandes obstáculos. Como aquellos pueblos que, entre los que hemos enumerado, pertenecían a Macedonia no habían dado aún señales manifiestas de rebeldía o, por lo menos desde el retorno de Alejandro a su reino, no parecían pensar en nuevas aventuras y como, por otra parte, era conveniente que se convenciesen sus propios ojos, por decirlo así, de la superioridad de las armas macedónicas y de la decisión de hacerla valer, si necesario fuera, ya que ello los disuadiría de todo deseo de rebelarse contra el orden de cosas establecido, Alejandro decidió emprender una expedición contra los tribalos, en vista de que aún no habían sido castigados por la agresión y el despojo de que hicieran objeto a Filipo a su retorno de las operaciones contra los escitas.

Alejandro podía elegir entre dos caminos para irrumpir por la montaña en las tierras de los tribalos: bordear el curso del Oxos, río arriba, bajando hasta los llanos ocupados por ellos a través de los desfiladeros septentrionales y cruzando por la comarca de los agrianos, que habían permanecido siempre leales, o dirigirse hacia el valle del Hebro en dirección este a través de las tierras de los tracios libres, escalando luego el Haimos para caer sobre los tribalos por su frontera oriental; de los dos caminos, el más aconsejable era el segundo, puesto que pasaba por los territorios de tribus inseguras, sobre todo el de los tracios odrisios. Al mismo tiempo, se pidió a Bizancio que enviase un cierto número de buques de guerra a las bocas del Danubio para facilitar a las tropas el paso de este río. Antipatros quedó en Pella encargado de los asuntos del gobierno.

Desde Anfípolis, Alejandro salió al frente de sus tropas encaminándose primero hacia el este, a través de la zona de los tracios libres, por Filipoi; luego, dejando a la izquierda el Orbelos, subió por el valle del Nesos y cruzó este río. En seguida remontó la cordillera de Rodope para entrar en los desfiladeros del Haimos por la comarca de los odrisios. Según se dice, Alejandro llegó al pie de los Balcanes al cabo de diez días de marcha. El camino, que aquí serpentea por entre las montañas, estrecho y escarpado, se hallaba en poder de enemigos, contingentes de montañeses naturales de la región y de tracios libres, dispuestos al parecer a disputar el terreno a los expedicionarios con todas sus fuerzas. Aquellas gentes, armadas solamente con puñales y jabalinas de caza y cubiertos con monteras de piel de zorro en vez de casco, frente a los macedonios armados hasta los dientes, pretendían deshacer la línea de combate del enemigo, cuando éste se hallaba ya cerca de las cumbres, echando a rodar muchos carros con que tenían ocupadas las alturas, para destrozar a las tropas que avanzaban, sembrar el desconcierto entre ellas y abalanzarse luego sobre sus filas en dispersión. Alejandro, que se dió cuenta del peligro y que había podido convencerse, además, de que no había más paso que aquél, dió instrucciones a su infantería para que,

tan pronto como viese bajar rodando los carros, abriese las filas, donde el terreno lo consintiera, para dejarlos pasar; allí donde los accidentes del terreno no les permitiesen apartarse a un lado, los soldados deberían afirmar bien la rodilla en tierra, y cubrirse fuertemente la cabeza con los escudos para que los carros pasasen rodando por encima de ellos. Y, en efecto, cuando estos artefactos se descolgaron por la montaña, pasaron por las brechas abiertas por la tropa o sobre aquellas tortugas humanas, sin causar daño alguno. Vencido este peligro, los macedonios se lanzaron, entre un gran griterío, contra los tracios; los arqueros del ala derecha hicieron retroceder la densa masa del enemigo, cubriendo así la marcha de las tropas de armamento pesado, montaña arriba; éstas, en formación cerrada, desalojaron fácilmente de sus posiciones a aquellos bárbaros mal armados, y al llegar el ala izquierda, en que venía el rey con los hipaspistas y los agrianos, ya no pudieron hacerle frente y abandonaron sus armas, poniéndose en fuga. Los tracios tuvieron en este encuentro mil quinientos muertos; sus mujeres y sus niños y todo su ajuar cayeron en poder de los macedonios como botín, y todo ello fué enviado, con una escolta mandada por Lisanio y Filotas, a las ciudades de la costa para ser vendido en los mercados.

En seguida, Alejandro descendió al valle de los tribalos por las faldas septentrionales de la montaña, menos escarpadas que las del sur, y cruzó el río Liginos (probablemente el que hoy se llama Yantra, cerca de Tirnovo), que allí dista como unos tres días de marcha del Danubio. Sirmo, el príncipe de los tribalos, al tener noticia de la expedición emprendida por Alejandro, había enviado por delante al Danubio a las mujeres y a los niños de sus gentes, ordenándoles situarse en la isla de Peuce, a donde habían ido a refugiarse ya los tracios, colindantes con los tribalos; el propio Sirmo buscó asilo, con los suyos, en aquella isla; en cambio, la masa de los tribalos habíase ido concentrando sobre el río Liginos, del que Alejandro había partido dos o tres días antes, sin duda con la mira de apoderarse de los desfiladeros situados a retaguardia de las tropas macedonias. Apenas supo esto el rey, volvió rápidamente sobre sus pasos al encuentro de los tribalos, a quienes sorprendió cuando acababan precisamente de acampar; a prisa y corriendo, los bárbaros ocuparon posiciones a lo largo de los linderos del bosque que bordeaba el río. Mientras se acercaban las columnas de la falange, Alejandro ordenó que los arqueros y los honderos hostigasen al enemigo con sus dardos y sus piedras, haciéndolo salir a campo abierto. Los tribalos avanzaron y en el ala derecha sobre todo se aventuraron más de la cuenta; tres escuadrones de jinetes macedonios se lanzaron al galope sobre ellos por la derecha y la izquierda, mientras por el centro avanzaban los otros escuadrones y tras ellos la falange; el enemigo, que hasta entonces había defendido el terreno con bastante bravura, no pudo hacer frente a los jinetes revestidos de corazas ni a la falange cerrada y huyó a través del bosque hacia el río; en la huída perecieron tres mil; los demás se salvaron entre la espesura del bosque y las primeras sombras de la noche.

Alejandro reanudó la marcha interrumpida, para llegar al tercer día a la orilla del Danubio, donde estaban esperándole ya las naves enviadas desde Bizancio; inmediatamente, embarcaron en ellas los arqueros y otras tropas con armamento pesado para atacar la isla en que se habían refugiado los tribalos y tracios; pero la isla estaba bien vigilada; sus orillas eran escarpadas y difíciles de abordar; la corriente del río, que allí discurre encajonado, era muy rápida y las naves pocas; además, los getas de las orillas del norte parecían dispuestos a hacer causa común con los tribalos y los tracios. Alejandro retiró sus naves y decidió atacar inmediatamente a los getas de la otra margen; dueño ya de las dos orillas después de someterlos, la isla del Danubio no podría tampoco sostenerse.

Los getas, como unos cuatro mil hombres a caballo y más de diez mil de a pie, habían tomado posiciones en la margen septentrional del Danubio, delante de una ciudad mal fortificada situada un poco tierra adentro; esperaban, lógicamente, que el enemigo emplearía varios días en remontar el río y que ello les permitiría asaltar y poner en dispersión a los distintos destacamentos que fuesen desembarcando. Era a mediados de mayo y los campos cercanos a la ciudad de los getas estaban cubiertos de trigo lo bastante alto para ocultar a los ojos del enemigo a las tropas de desembarco. Todo el éxito de la operación estribaba en sorprender a los getas con un ataque rápido; en vista de que las naves de Bizancio no podían transportar el suficiente número de tropas, los macedonios juntaron multitud de barquillas de las que usaban los naturales del país para pescar en el río, piratear por aquellos parajes o visitar las aldeas vecinas; además, llenaron de paja las pieles que les servían de tiendas para pernoctar y las ataron bien unas a otras para emplearlas como balsas. Al amparo de la noche, cruzaron el río mil quinientos hombres de a caballo y cuatro mil de a pie, al mando del rey, y desembarcaron por la parte de abajo de la ciudad, resguardados detrás de los grandes campos de trigo. Al despuntar el día, avanzaron por entre los trigales; la infantería, que iba delante, recibió órdenes de abatir el trigo con sus jabalinas largas y de avanzar hasta llegar a los campos no cultivados. Una vez aquí, la caballería, que venía en retaguardia, pasó a formar el ala derecha bajo el mando del rey, mientras por la izquierda, apoyada sobre el río, avanzaba la falange en línea desplegada, mandada por Nicanor. Los getas, aterrados ante la para ellos inconcebible intrepidez de Alejandro, que había sido capaz de cruzar con tanta facilidad y en una sola noche el más grande de los ríos, no se sintieron lo bastante fuertes para enfrentarse a la carga de la caballería ni a la fuerza de la falange y corrieron precipitadamente a la ciudad; y cuando vieron que el enemigo los perseguía hasta allí, huyeron hacia el interior del país, llevando consigo todas las mujeres y los niños que pudieron cargar en sus caballos. El rey entró con sus tropas en la ciudad, la destruyó, envió el botín a Macedonia, escoltado por Filipo y Meleagro, y, cerca del río, sacrificó en acción de gracias a Zeus, su salvador, a Heracles y al mismo río. No entraba en sus planes dilatar los límites de su poder hasta las vastas planicies que se extienden al norte del Danubio; el ancho río era, ahora que ya los getas habían pro-

bado el poder de los macedonios, una frontera más segura, pues no quedaba en las proximidades de ella ninguna tribu capaz de resistir a los vencedores. Después de señalar con aquellos sacrificios a los dioses la meta más septentrional de sus empresas, retornó el mismo día a su campamento, situado en la margen sur del río, tras una expedición triunfante en la que no perdiera ni un solo hombre.

Los pueblos que moraban en las inmediaciones del Danubio, impresionados por la súbita y dura derrota sufrida, enviaron embajadores al campamento del rey, llevando como ofrendas los frutos del país, y le suplicaron que se dignase concederles la paz, a lo que Alejandro accedió de buena gana. Se sometió también a los macedonios Sirmo, el príncipe de los tribalos, convencido ahora, evidentemente, de que sería incapaz de defender la isla del Danubio en que se había refugiado. Presentóse también en el campamento de Alejandro una embajada de celtas que venían desde las montañas situadas junto al mar Adriático y que un testigo ocular pinta como hombres "grandes de cuerpo y con un gran concepto de sí mismos"; enterados de las grandes hazañas del rey, iban a recabar su amistad. Fueron invitados a comer y, en la comida, el rey preguntóles qué era lo que más temían, creyendo sin duda que le contestarían que a él; pero la contestación fué ésta: "A lo único que temían era a que un día el cielo cayera sobre ellos; sin embargo, ponían por encima de todo la amistad de un héroe tan insigne como él." El rey los llamó amigos y aliados y, al despedirlos, los cargó de regalos, pero después que hubieron partido los tildó de fanfarrones.

Después de someter a los tracios libres, reduciendo con ello al orden a los odrisios; de asegurar, con la victoria sobre los tribalos, la soberanía macedónica sobre los pueblos de la margen meridional del Danubio, y de establecer sólidamente, con la derrota de los getos, la frontera danubiana, habiendo alcanzado así, plenamente, la finalidad que esta expedición se proponía, Alejandro se apresuró a regresar a Macedonia por el sur, a través de las tierras de sus aliados, los agrianos (establecidos en la planicie de Sofía). Había recibido ya la noticia de que el rey Clito, al frente de sus ilirios, tenía en su poder el paso de Pelión, de que Glaucias, el príncipe de los taulantinos, se disponía a unir sus contingentes con los de Clito y de que los autariatas, de acuerdo con ellos, se preparaban para agredir al ejército macedonio en su marcha a través de las montañas.

La situación de Alejandro era difícil; situado a más de ocho días de marcha de los desfiladeros de la frontera occidental cruzados por los ilirios, no estaba ya en condiciones de salvar a Pelión, que era la clave de los dos valles del Aliacmon y del Apsos (Devol); si los autariatas le atacaban y conseguían entretenerle aunque sólo fuese dos días, los contingentes coaligados y unidos de los ilirios y los taulantinos serían lo bastante fuertes para llegar por el Pelión al corazón de Macedonia, para ocupar la importante línea estratégica del río Erigón y mantener abierta la comunicación con su propio país por el paso de Pelión, aislando al rey, en cambio, de las tierras meridionales de su reino y de Grecia, donde empezaban a apuntar ya peligrosos movimientos. Y aunque Filotas esta-

ba en la Cadmea con una fuerte guarnición y Antipatros tenía a su disposición bastantes tropas dentro de la misma Macedonia, no podrían hacer gran cosa sin el ejército que acompañaba al rey. Y este ejército encontrábase, indudablemente, en una situación muy apurada; era mucho lo que Alejandro se jugaba en aquel momento; un encuentro desgraciado con el enemigo, y todo el edificio trabajosamente levantado por él y por su padre se vendría a tierra.

Lángaro, el príncipe de los agrianos, que ya en tiempo de Filipo había dado pruebas inequívocas de lealtad a los macedonios y cuyos contingentes habían luchado con gran valentía en la campaña que acababa de terminarse, había venido a reforzar el ejército de Alejandro con sus hipastistas y con las tropas mejores y más aguerridas que tenía bajo su mando; y cuando el rey, preocupado por la acogida que pudieran dispensarle los autariatas, se informó acerca de sus fuerzas y de su armamento, Lángaro le tranquilizó, diciéndole que no tenía por qué inquietarse con aquellas gentes, que eran los peores guerreros de la montaña; él mismo, si el rey le autorizaba, irrumpiría con sus tropas dentro de sus tierras y les quitaría las ganas de hostilizar al ejército expedicionario. Alejandro dió la autorización necesaria y Lángaro saqueó y devastó a placer los valles de los autariatas, sin que éstos molestasen en lo más mínimo a los macedonios en su marcha a través de su país. El rey, para premiar los servicios de su leal aliado, le prometió en matrimonio a su hermanastra Cinna y le invitó a que después de la guerra se trasladara a Pella para celebrar las bodas. Pero el proyecto no pudo llegar a realizarse, pues Lángaro falleció de enfermedad poco después de esta expedición.

En la potente cordillera que divide aguas entre los ríos macedonios y los ilirios se abre, al sudeste del lago Licnitos (hoy, lago Ocrida), una brecha de casi dos millas de ancho, por la que corre hacia el oeste el Apsos (Devol): esta brecha forma el paso natural entre la altiplanicie macedónica y la Iliria. El rey Filipo no había cejado en sus esfuerzos hasta extender sus dominios hasta las aguas de aquel lago; entre las posiciones y los castillos que dominaban los caminos hasta aquel paraje, la mejor y la más importante era la fortaleza de montaña apostada en el desfiladero del Pelión; era como una obra avanzada sobre las estribaciones montañosas de la Iliria, que la rodeaban como un circo, y protegía al mismo tiempo la ruta que por el sur conducía del valle del Erigón al del Aliacmón y a la Macedonia meridional; el camino que llevaba de aquí al Pelión iba bordeando el Apsos, encajonado entre montañas, y era a trechos tan angosto que apenas podía avanzar por él un ejército de cuatro hombres en fondo. Esta importante posición estaba ya en poder del príncipe ilirio; Alejandro recorrió a marchas forzadas la ruta del Erigón, aguas arriba, para reconquistar la fortaleza, a ser posible, antes de que llegasen a ella los taulantinos.

Al llegar delante de la ciudad, levantó un campamento junto al Apsos para lanzar sus tropas al asalto al día siguiente. Clito había ocupado también, ya para entonces, las alturas boscosas en torno a la ciudad, amenazando así la retaguardia del enemigo, si se decidía a atacar; siguiendo la costumbre de su país

bárbaro, sacrificó tres muchachos, tres doncellas y tres carneros negros y, hecho esto, avanzó como si se propusiera luchar contra los macedonios en combate cuerpo a cuerpo; sin embargo, tan pronto como éstos se acercaron a las alturas, los ilirios evacuaron a toda prisa sus magníficas posiciones, abandonando incluso a las víctimas del sacrificio, que cayeron en manos de los atacantes, y se encerraron en la ciudad; Alejandro, en vista de que no había sido posible tomarla por asalto, acampó junto a sus muros para cercarla con murallas y obligarla a rendirse. Pero al día siguiente apareció en las alturas Glaucias, al frente de un poderoso ejército; Alejandro hubo de renunciar a tomar por asalto, con las fuerzas de que entonces disponía, una fortaleza abarrotada de gentes de guerra, teniendo además a su espalda, en las montañas, a un ejército enemigo. Necesitó hacer alarde de una gran prudencia para mantenerse en aquella peligrosa posición. Filotas, enviado a forrajear con un destacamento de hombres de a caballo y las bestias de tiro necesarias, estuvo a punto de caer en manos de los taulantinos; fué necesario que acudiese en su socorro el propio Alejandro, con los hipaspistas, los agrianos y los arqueros y 300 jinetes; gracias a ello, pudo rescatar a Filotas y asegurar aquel convoy, tan importante para los macedonios. La situación del ejército de Alejandro hacíase cada día más peligrosa e insostenible; casi cercado en el llano, el rey no disponía de tropas suficientes para aventurar una acción decisiva contra las fuerzas de los dos príncipes enemigos ni de provisiones bastantes para esperar la llegada de refuerzos. No había más remedio que retirarse, pero la retirada podía resultar doblemente peligrosa; Clito y Glaucias ya daban por seguro, y no sin razón, que tenían a Alejandro en sus manos, cogido en aquella ratonera; las cumbres que dominaban el llano estaban todas ellas en poder del enemigo y cubiertas de numerosa caballería y de una muchedumbre de acontistas, honderos y soldados con armamento pesado que, de un momento a otro, podrían lanzarse sobre el ejército acorralado en aquel estrecho camino y aplastarlo, mientras los ilirios salían de su fortaleza para caer sobre la retaguardia de los macedonios en retirada.

Pero Alejandro, por medio de un audaz movimiento, que sólo un ejército macedonio era capaz de ejecutar, dió al traste con las esperanzas de sus enemigos. Mientras la mayoría de los hombres de a caballo y todas las tropas dotadas de armamento ligero daban la cara al enemigo encerrado en la ciudad, haciendo imposible así todo peligro por este lado, la falange, en formación de 120 hombres en fondo y con los flancos cubiertos por 200 jinetes, avanzó por el llano con el mayor sigilo, de modo que pudieran escucharse rápidamente las voces de mando. El llano estaba rodeado en forma de semicírculo por alturas desde las que los taulantinos amenazaban los flancos de la masa de tropas que avanzaban; pero el cuadrilátero de los macedonios, lanza en ristre, avanzaba sobre las alturas, de pronto viraba en redondo para avanzar en una nueva dirección y lanzarse contra el tropel de enemigos que amenaza el nuevo flanco; y así, maniobrando de este modo y cambiando de posición a cada paso y con la mayor precisión, los macedonios lograron avanzar entre las alturas enemigas y, por último, formáronse a

base del flanco izquierdo "como en cuña", haciendo ademán de romper por entre las filas del enemigo. Los taulantinos, a la vista de aquellas tropas invulnerables y que se movían con un orden y una rapidez tan maravillosos, no se atrevieron a intentar nuevos ataques y retiráronse de las primeras alturas. Y cuando oyeron el grito de batalla de los macedonios y vieron cómo los dardos de los atacantes se clavaban en sus escudos, los bárbaros sintiéronse poseídos de un terror pánico y corrieron por las alturas a refugiarse en la ciudad. Sólo un contingente permaneció apostado en una de las cumbres por las que pasaba el camino; Alejandro ordenó a los hetairos de su guardia personal que arremetiesen contra aquella altura; si el enemigo daba señales de querer resistir, la mitad de ellos deberían echar pie a tierra y luchar como infantes, mezclados con los de a caballo. Pero los bárbaros, tan pronto como vieron la caballería lanzada a la carga contra ellos, se retiraron de la cumbre, dispersándose a derecha e izquierda. El rey ocupó la altura abandonada, ordenó que avanzasen rápidamente los demás escuadrones de caballería, los dos mil arqueros y los agrianos y que, en unión de los hipaspistas y seguidos por las falanges, cruzasen el río y se formasen en orden de batalla en la margen izquierda, al igual que las catapultas y los lanzadardos. Mientras tanto, él permanecía en aquella altura con la retaguardia de sus tropas, observando los movimientos del enemigo, el cual, tan pronto como se dió cuenta del paso del ejército macedonio, avanzó por las montañas para caer sobre los que se habían quedado atrás con Alejandro. Pero los asaltantes retrocedieron, aterrorizados, al ver que el rey cargaba sobre ellos y al oír el grito de combate de la falange como si se dispusiera a volver a cruzar el río en su persecución, con lo cual Alejandro pudo conducir a sus arqueros y agrianos a la otra margen, a toda marcha. Pero al observar, ya desde el otro lado, que su retaguardia estaba acosada por el enemigo, ordenó que las catapultas, ya emplazadas, disparasen sobre él y que los arqueros diesen media vuelta en pleno río, para lanzar una andanada de dardos contra los atacantes; de este modo, evitando que Glaucias se pusiese al alcance de sus proyectiles, pudieron cruzar el río los últimos macedonios, sin que Alejandro perdiese un solo hombre en una operación tan peligrosa como aquélla. El mismo peleó en los puntos más difíciles y recibió dos heridas: una, de un mazazo, en el cuello y otra, de una pedrada, en la cabeza.

Gracias a este movimiento, Alejandro no sólo consiguió salvar a su ejército del peligro manifiesto en que se encontraba, sino que desde la posición que ahora ocupaba en la margen del río podía dominar todos los caminos y seguir todos los movimientos del enemigo y mantenerlo en la inacción, caso de que se viera obligado a recibir refuerzos. Sin embargo, antes de que llegasen éstos, el enemigo le ofreció la coyuntura de ejecutar un golpe de mano que puso rápido fin a la guerra en este sector. En la creencia de que aquel repliegue efectuado por Alejandro era obra del miedo, los ilirios acamparon a lo largo de las murallas de Pelión por la parte de afuera, sin tomar precaución alguna para atrincherarse ni ejercer la menor vigilancia en los puestos avanzados. Alejandro se enteró de ello; a la tercera noche, sin que el enemigo lo advirtiese, cruzó el río con los

hipaspistas, los agrianos, los arqueros y dos falanges y, sin esperar a que llegasen el resto de las columnas, ordenó que avanzasen los arqueros y los agrianos; estas tropas irrumpieron en el campamento enemigo, por donde podían encontrar menos resistencia; sorprendieron al enemigo profundamente dormido, sin mandos y sin valor para resistir y lo pasaron a cuchillo dentro de sus tiendas, en la larga callejuela del campamento y en su atropellada retirada; muchos de los supervivientes fueron hechos prisioneros y los demás se retiraron hasta las montañas defendidas por los taulantinos; los que lograron escapar, salvaron la vida a costa de abandonar las armas. Clito, su príncipe, consiguió entrar en la ciudad, le prendió fuego y, al amparo del incendio, corrió a refugiarse cerca de Glaucias, en las tierras de los taulantinos. Así fué reconquistada la antigua frontera por esta parte; a los príncipes vencidos se les concedió la paz, a lo que parece, bajo la condición de que reconociesen y acatasen la soberanía de Alejandro.

Los rápidos y repetidos golpes descargados por el rey contra los ilirios, no pocas veces en ataques muy audaces, hasta derrotarlos, indican cuán impaciente se hallaba por poner fin a la lucha en este sector. Mientras Alejandro se hallaba ocupado en luchar contra los ilirios, estallaba en el sur un movimiento que, aunque rápidamente aplacado, podía entorpecer todavía durante largo tiempo, o incluso hacerlo imposible para siempre, el gran plan de la expedición contra los persas.

## SEGUNDA EXPEDICIÓN A GRECIA

Aunque los helenos habían reconocido la hegemonía de Alejandro y jurado la alianza con él en el consejo anfictiónico de Corinto, el hombre a quien temían hallábase lejos, con sus fuerzas armadas, y las palabras de quienes exhortaban a luchar en nombre de las antiguas libertades y de la gloria de los viejos tiempos encontraban abiertos no pocos oídos y corazones. Sin embargo, mientras en la corte de Susa no se dieran cuenta del peligro que representaba el joven rey de Macedonia, no había más remedio que maniobrar hábilmente; los atenienses no podían haber olvidado todavía la contestación que no hacía mucho recibieran del gran rey: "No os daré dinero; es inútil que me enviéis súplicas, pues no recibiréis nada." Pero, poco a poco, los persas fueron dándose cuenta de la clase de enemigo que le había surgido al imperio con Alejandro. Memnón —su hermano probablemente no vivía ya —fué enviado con 5,000 mercenarios helenos a luchar contra las tropas macedonias que habían desembarcado ya en el Asia. Pero el movimiento de agitación entre los helenos asiáticos no se las prometía buenas; el mejor camino y el más seguro era el que tantas veces se había seguido: combatir a los enemigos del imperio en la Hélade y por medio de los helenos.

Darío envió a los helenos un mensaje incitándolos a la guerra contra Alejandro; hizo llegar dinero a diversos estados, entre ellos 300 talentos a Atenas, y aunque el demos tuvo todavía el buen sentido necesario para no aceptarlos, se hizo cargo de ellos Demóstenes, para invertirlos en interés del gran rey y en

contra de la paz jurada. Demóstenes mantenía correspondencia con los estrategas del gran rey, correspondencia que no tenía otro objeto, naturalmente, que el de recibir y transmitir informaciones para la lucha contra Alejandro. Mano a mano con Licurgo y con otros dirigentes del pueblo identificados con sus ideas y sentimientos, hizo cuanto estaba de su parte para desencadenar una nueva lucha contra el poder macedónico y, sobre todo, incitó a nuevas aventuras a los emigrados de Tebas, muchos de los cuales habían buscado refugio entre los atenienses. Cuanto más lejos se hallaba Alejandro y más tiempo duraba su alejamiento, más se enardecían el ánimo y el entusiasmo de este partido guerrero; circulaban y encontraban crédito los rumores de una derrota sufrida por Alejandro en tierras de los tribalos. También en la Arcadia, en la Elida, en Mesenia, entre los etolios, renacía el antiguo afán de innovaciones y encendíanse nuevas esperanzas; los que más vivamente sentían el yugo del poder macedonio eran los tebanos; la guarnición apostada en su ciudadela parecía recordarles continuamente la afrenta sufrida por ellos y la pérdida de sus viejas glorias.

En esto, se echó a rodar la especie de que Alejandro había muerto en la campaña contra los tribalos; Demóstenes hizo comparecer ante el pueblo congregado a un hombre que exhibía una herida recibida en la misma batalla en que había visto por sus propios ojos caer sin vida al rey de los macedonios. ¿Cómo dudar de aquello? ¿Cómo no dejarse convencer jubilosamente por quienes predicaban que había llegado la hora de sacudir el yugo de Macedonia, que los tratados concertados con Alejandro habían caducado con su muerte, que el gran rey de los persas, decidido a proteger las libertades de los helenos, había puesto abundantes subsidios en manos de los hombres que, al igual que él, no tenían otra preocupación que el bienestar y la libertad de la Hélade, para apoyar todas las empresas dirigidas contra los macedonios? El hecho de que el incorruptible Licurgo abrazase esta causa, coincidiendo con Demóstenes, le imprimió tanto o más impulso que el dinero de los persas. Lo más importante era obrar sin demora, realizar algo grande que sirviese de eje al levantamiento general.

Se comprende que en aquella ciudad de Tebas, tan duramente castigada, y entre los emigrados tebanos de Atenas y de todas partes existiese la decisión de llegar más allá que nadie. No era ya la primera vez que los refugiados tebanos salían de Atenas a rescatar la ciudadela de la Cadmea; en otra ocasión habían acometido esta misma empresa, conducidos por Pelópidas, y la heroica hazaña había dado por frutos las grandes victorias de Leuctra y Mantinea. Es cierto que en el tratado federal todas las ciudades habían prometido de un modo explícito no consentir que los emigrados acogidos a ellas emprendiesen por la fuerza su regreso a la patria; pero, al fin y al cabo, el rey con quien se firmara aquel tratado estaba muerto. Varios de los emigrados tebanos abandonaron Atenas, no sin contar con el consentimiento de Demóstenes, ciertamente, y tal vez ayudados incluso con una parte del dinero persa manejado por él; al amparo de la noche llegaron a Tebas, donde les esperaban sus amigos. Su primer acto consistió en asesinar a dos dirigentes de la facción macedónica, que salían de la Cadmea sin

sospechar siquiera lo que se estaba tramando. Luego, convocaron a una asamblea a los ciudadanos y deliberaron acerca de lo que ya había acaecido y de lo que debía hacerse; juraron ante el pueblo, por el amado nombre de la libertad y el de sus viejas glorias, que lucharían hasta abatir el yugo de los macedonios y que toda Grecia y el rey persa estaban dispuestos a ayudarles; y cuando aseguraron que ya no era necesario temer a Alejandro, pues había muerto luchando en Iliria, el pueblo congregado acordó restaurar las antiguas libertades, volver a elegir boyotarcas que gobernasen la ciudad, expulsar a la guarnición macedonia de la Cadmea y enviar embajadores para recabar el apoyo de los demás estados.

Todo parecía augurar el más feliz de los éxitos; los élidas habían arrojado ya de su territorio a los partidarios de Alejandro; los etolios estaban en movimiento, Atenas se preparaba para pelear, Demóstenes enviaba armas a los tebanos, los arcadios se disponían a ayudar a Tebas en su lucha. Y cuando se presentaron en el istmo los emisarios de Antipatros para recordar a quienes se habían propasado ya tanto los tratados firmados por ellos y requerirlos a que prestasen la ayuda federal a que se habían comprometido, no se les dió crédito a ellos y sólo se escucharon las súplicas de los embajadores tebanos, quienes, empuñando ramos de olivo envueltos en lana, iban a recabar ayuda para la lucha sagrada emprendida por su ciudad. Los tebanos no descansaban un momento; la ciudadela de la Cadmea fué rodeada de empalizadas y de otras obras para aislarla y evitar que su guarnición recibiese ayuda ni víveres de fuera; los esclavos fueron manumitidos y se les armó, al igual que a los metecos, para la guerra; la ciudad era un inmenso arsenal de armas y provisiones; pronto caería la Cadmea y, entonces, Tebas y toda la Hélade podrían considerarse libres, quedaría lavada la afrenta de Queronea y la liga pactada en Corintio, aquella ficción de independencia y seguridad, se esfumaría ante la luz radiante del nuevo amanecer que parecía despuntar ya sobre Grecia.

De pronto empezó a circular el rumor de que un ejército macedonio avanzaba a marchas forzadas, de que estaba ya a dos millas de distancia solamente, en Onquestos. Los dirigentes aplacaron al pueblo; a su frente vendría Antipatros; puesto que Alejandro estaba muerto, no había por qué temer a los macedonios. Llegaron emisarios diciendo que aquel ejército venía mandado por Alejandro; sus informes fueron mal recibidos; sería Alejandro el lincestio, el hijo de Eropo. Al día siguiente, el rey a quien se daba por muerto presentábase bajo los muros de la ciudad a la cabeza de sus tropas.

Todo, en esta primera guerra de Alejandro, es sorprendente, repentino, nervioso y dinámico, y sobre todo esta marcha hasta Tebas. Catorce días antes descargaba su último golpe en la batalla de Pelión; habíase puesto en marcha ante las noticias de lo que estaba ocurriendo en Tebas y en siete días había cruzado las montañas hasta llegar a Pelineo, en el Peneo superior; siguió marchando sin dilación hasta el Esperqueo y pasó las Termópilas, llegando sin impedimento a Onquestos, a dos millas de distancia de Tebas, después de recorrer casi sesenta millas desde Pelión.

Su súbita aparición trajo como primer resultado el que las tropas auxiliares de la Arcadia no se atreviesen a cruzar el istmo, el que los atenienses acordaran no enviar sus contingentes hasta ver qué giro tomaba la batalla contra Alejandro, el que los orcomenios, los plateos, los terpios, los focenses y otros enemigos de los tebanos, que se creían ya a merced de la furia de sus antiguos opresores, se uniesen a los macedonios con redoblado entusiasmo. No entraba en los designios de Alejandro recurrir inmediatamente a la violencia; condujo a su ejército desde Onquestos hasta las puertas de Tebas y lo hizo acampar delante de las murallas septentrionales de la ciudad, cerca del gimnasio de Yolao; confiaba en que los tebanos, a la vista de su poder, comprendieran la locura de su empresa y buscaran un arreglo pacífico. Pero se equivocaba. A pesar de que toda posibilidad de ayuda era ya muy remota, estaban tan lejos de disponerse a capitular que ordenaron a sus tropas de a caballo y a su infantería ligera que emprendiesen inmediatamente una salida, la cual hizo retroceder a los puestos avanzados del enemigo y puso en situación todavía más apurada a la guarnición de la ciudadela. A pesar de ello, Alejandro seguía sin decidirse a comenzar una lucha que, una vez desencadenada, sería inevitablemente de consecuencias fatales para una ciudad helénica; al segundo día de estar acampado allí con sus tropas avanzó hacia la puerta de la parte sur, de la que salía el camino para Atenas y que tocaba por la parte de adentro con los muros de la Cadmea y estableció allí su campamento para estar más cerca de la guarnición macedonia de la ciudadela y poder ayudarla; pero aún vacilaba en lanzar el ataque. Se dice que hizo saber a los defensores de la ciudad que si le entregaban a Fénix y Protites, los instigadores de su deserción, estaba dispuesto a perdonar y olvidar lo acaecido. Y no faltaban dentro de la ciudad quienes aconsejaran e incluso exigieran que se enviasen mensajeros al rey para pedirle perdón por lo pasado; pero los boytarcas y los emigrados que los habían reinstalado en el poder y que no tenían nada bueno que esperar de Alejandro instigaron a la multitud a una tenaz y desesperada resistencia; parece que llegó a contestarse al rey que si quería la paz les entregase a Antipatros y a Filotas y que se invitó a que se les uniese en la ciudad a todo el que quisiera liberar a la Hélade en unión de ellos, de los tebanos, y del gran rey persa. Entre tanto, Alejandro seguía sin decidirse a lanzar el ataque.

Pero Pérdicas, que cubría con su falange la vanguardia del campamento macedónico y se hallaba muy cerca de las obras exteriores de defensa de la ciudad, consideró tan propicia la ocasión para atacar que, sin aguardar las órdenes de Alejandro, arremetió contra las fortificaciones, abrió brecha en ellas e irrumpió a través de los puestos avanzados del enemigo. Amintas, cuya falange venía inmediatamente detrás de la de Pérdicas, se lanzó tras él al asalto de la segunda muralla. El rey, que observó sus movimientos, temió que aquellas fuerzas lo pasasen mal si se enfrentaban solas al enemigo; dió órdenes para que los arqueros y los agrianos irrumpiesen rápidamente dentro del recinto fortificado y que el agema y los otros hipaspistas avanzasen también, pero deteniéndose ante las murallas exteriores. Pérdicas cayó gravemente herido al atacar la segunda muralla,

mientras las dos falanges, combinadas con los arqueros y los agríanos, asaltaban las defensas e irrumpían por el tunel de la puerta de Electra al interior de la ciudad, llegando hasta el Heracleón, al paso que los tebanos se abalanzaban sobre los macedonios entre un griterío ensordecedor, obligándolos a replegarse sobre los hipaspistas con importantes pérdidas —cayeron, por ejemplo, setenta arqueros, entre ellos su jefe, el cretense Euribotas—. En este momento, Alejandro, que vió cómo los tebanos se lanzaban desordenadamente en su persecución, los atacó vertiginosamente en falange cerrada; los tebanos fueron rechazados y huyeron tan a prisa, que los macedonios pudieron irrumpir tras ellos por la puerta de la ciudad, al mismo tiempo que la muralla, dejada sin defensores por los muchos puestos avanzados colocados fuera de ella, era escalada y ocupada por otras partes y se establecía contacto con la guarnición de la Cadmea. La ciudad no tenía ya salvación, los defensores de la ciudadela se lanzaron con una parte de los atacantes sobre el Anfieón, en la ciudad baja; otras tropas macedonias, mientras tanto, escalaban las murallas y avanzaban a paso de carga sobre el ágora. Los tebanos luchaban con desesperada bravura, pero inútilmente, pues el enemigo irrumpía por todas partes; Alejandro corría de un lado para otro, animando a sus tropas con la palabra y el ejemplo; la caballería tebana, acorralada en las calles, salía despavorida al campo por las puertas que aún encontraba abiertas; de las tropas de a pie, los que podían poníanse a salvo huyendo al campo o refugiándose en las casas y en los templos, llenos de mujeres y de niños, cuyo llanto resonaba bajo las bóvedas.

### DESTRUCCIÓN DE TEBAS

Los macedonios, dejándose llevar de su furia, y con ellos los plateos, los focenses y los demás beocios, procedieron a una verdadera matanza; no escaparon a la muerte ni siquiera las mujeres y los niños; su sangre profanó los altares de los dioses. Sólo las sombras de la noche pusieron fin al saqueo y a la matanza. Los macedonios perdieron, al parecer, 500 hombres; los tebanos pasados a cuchillo fueron unos 6,000, hasta que las órdenes del rey pusieron término a aquella carnicería.

Al día siguiente, Alejandro convocó a una asamblea a los miembros de la liga corintia que habían tomado parte en la lucha y dejó a su arbitrio la decisión sobre la suerte que debía correr la ciudad. Los jueces que habían de fallar sobre el destino de Tebas eran aquellos mismos plateos, orcomenos, focenses y tespios que durante tantos años habían tenido que soportar la espantosa opresión de los tebanos, cuyas ciudades habían sido destruidas en otro tiempo por éstos, cuyos hijos e hijas habían sido deshonrados por ellos y vendidos luego como esclavos. El acuerdo fué que la ciudad quedase reducida a cenizas y su territorio, con excepción de las tierras pertenecientes a los templos, repartido entre los aliados de Alejandro, y todos los tebanos, incluyendo a sus mujeres y sus niños, vendidos como esclavos, concediéndose la libertad solamente a los sacerdotes y sacerdotisas y a quienes hubiesen brindado hospitalidad a Filipo, Alejandro y los macedo-

nios. Alejandro ordenó que fuesen respetados también la casa y los descendientes de Píndaro. Después de esto, se vendieron y repartieron por el mundo entero 30,000 seres de todas las edades y condiciones sociales, se derruyeron las murallas de la ciudad y se desmantelaron y destruyeron sus casas. El pueblo de Epaminondas había dejado de existir, su ciudad no era ya más que un montón de escombros, "el cenotafio de su fama"; una guardia de soldados macedonios apostados en lo alto de la ciudadela ahora solitaria velaba sobre los templos y las "tumbas de los vivos".

La suerte de Tebas no podía ser más trágica; hacía apenas una generación que había tenido la hegemonía de la Hélade, que sus huestes sagradas habían liberado a la Tesalia y habían llevado a sus caballos a abrevar en las aguas del Eurotas; ahora, había sido borrada de la faz de la tierra. Los griegos de todos los campos y partidos son inagotables en sus lamentaciones sobre la suerte que le estaba reservada a Tebas e injustos, no pocas veces, para con Alejandro, en cuyas manos no estaba salvarla. Más adelante, cayeron en su poder como prisioneros de guerra muchos tebanos entre las huestes de mercenarios del Asia, y siempre los trató con magnanimidad; incluso ahora, apenas terminada la feroz lucha, procedió del mismo modo. Cuenta que llevaron ante él a una joven tebana, prisionera y cargada de cadenas; su casa había sido destruida por los tracios del ejército de Alejandro y su persona mancillada por sus cabecillas; después, le habían preguntado, entre feroces amenazas, dónde guardaba sus tesoros; la prisionera llevó a un tracio junto a un pozo escondido entre unos matorrales y le dijo que los había arrojado allí, y cuando el tracio estaba en el fondo del pozo, buscándolos, dejó caer piedras sobre él hasta que lo mató. Los compañeros del muerto la llevaban ahora ante el rey para que éste dijese qué pena había de aplicársele; la joven declaró que era Timoclea, hermana de aquel Teágenes que había muerto en Queronea, luchando como general contra Filipo y en defensa de las libertades de los helenos. Si el relato es digno de crédito, no lo es menos su desenlace: Alejandro ordenó que aquella valerosa mujer fuese perdonada y que tanto a ella como a sus parientes se les otorgase la libertad.

## SEGUNDA RENOVACIÓN DE LA LIGA DE CORINTO

La caída y la destrucción de Tebas no eran precisamente los hechos más apropiados para robustecer el fugaz entusiasmo guerrero de los helenos. Los gobernantes de la Elida apresuráronse a invitar a que retornasen a sus ciudades los partidarios de Alejandro, a quienes habían desterrado; los de la Arcadia ordenaron que regresaran a sus tierras las huestes guerreras detenidas en el istmo y condenaron a muerte a quienes habían propiciado aquella expedición militar contra Alejandro; las tribus etolias enviaron embajadores al rey y le pidieron perdón por sus actos anteriores. Y lo mismo aconteció en otros sitios.

Los atenienses habían dejado que los emigrados tebanos regresasen a su ciudad, a pesar del juramento federal prestado en Corinto, y a propuesta de

Demóstenes habían acordado enviar ayuda a Tebas y mandar la flota en su socorro; pero no habían sabido aprovechar la demora y las vacilaciones de Alejandro para poner en marcha sus tropas contra él; en dos días de marcha habrían podido tomar contacto con los macedonios. Estaban precisamente celebrando las fiestas de los grandes misterios (era a comienzos de septiembre) cuando los fugitivos les llevaron la noticia de que Tebas había caído; las fiestas fueron interrumpidas y, sin pérdida de momento, se retiró de la ciudad al campo el ganado, los ajuares y cuanto era susceptible de transporte; luego se celebró una asamblea, convocada a instancias de Demades, en la que se acordó enviar al rey una embajada de diez personas gratas al rey para darle los parabienes por su feliz regreso del país de los tribalos y de la guerra contra los ilirios y por la represión y el justo castigo de la sublevación de los tebanos y, al mismo tiempo, para rogarle que a la ciudad de Atenas le fuese dispensado el favor de poder dar asilo a los refugiados tebanos en gracia a su antigua fama de ciudad hospitalaria y caritativa. El rey pidió que le fuesen entregadas las personas de Demóstenes, Licurgo y Cardemo, el rabioso enemigo del poder macedónico, que venía a poner término a su lucrativo sistema de hacer las guerras, la de Efíaltes, enviado recientemente a Susa como embajador, y las de otros dirigentes, alegando que aquellos hombres eran no solamente la causa de la derrota infligida a Atenas en Queronea, sino también de todas las tropelías cometidas después de la muerte de Filipo contra la memoria de éste y contra el legítimo heredero del trono macedónico; su responsabilidad por la caída de Tebas no era tampoco menor que la de los propios tebanos instigadores del levantamiento; asimismo debían ser entregadas las personas de éstos refugiadas ahora en Atenas. La reclamación de Alejandro provocó las más violentas discusiones en el seno de la asamblea del pueblo ateniense; Demóstenes exhortó al pueblo para que "no entregasen los mastines del rebaño al lobo, como las ovejas de la fábula". El pueblo, no sabiendo qué camino seguir, esperó hasta oír el parecer del severo Foción; éste aconsejó que se consiguiese a toda costa el perdón del rey, para no añadir a la catástrofe de Tebas, con una resistencia insensata, la ruina de Atenas; las diez personas reclamadas por Alejandro debían dar pruebas de estar dispuestas a realizar el más grande sacrificio por amor a la patria. Sin embargo, Demóstenes convenció al pueblo, con su discurso, de que lo que había que hacer era conseguir que el orador Demades, afecto a la causa de Macedonia, se prestase por cinco talentos, como en efecto lo hizo, a comparecer ante Alejandro y suplicarle que los tribunales del pueblo ateniense se encargaran de juzgar y condenar a quienes fuesen merecedores de castigo.

Alejandro accedió a lo que se le pedía, en parte por el respeto que Atenas le merecía y en parte con la mira puesta en la expedición al Asia, comprendiendo que no era conveniente dejar encendida en Grecia la chispa del descontento; insistió únicamente en la deportación de Caridemo, aquel desvergonzado aventurero al que hasta Demóstenes había despreciado en otro tiempo; Caridemo huyó al Asia, a refugiarse cerca del rey de los persas. Poco después, Efíaltes salió también de Atenas, buscando asilo en el mar.

Después de dejar apaciguada a la Hélade y de atajar dentro de lo posible todo ulterior movimiento mediante la destrucción de Tebas y la guarnición macedonia dejada en la Cadmea, Alejandro levantó su campamento en las puertas de Tebas y regresó a Macedonia en el otoño del año 335. Habíale bastado con un año para consolidar reciamente su monarquía, heredada en medio de tantos peligros; ahora, seguro ya de la obediencia de los pueblos bárbaros situados en sus fronteras, de la paz reinante en la Hélade y de la afección de su pueblo, podía dedicarse por entero, como lo hizo durante toda la primavera siguiente, a preparar la gran empresa que había de decidir de los destinos de Asia y abrir nuevos caminos a los siglos venideros.

Los meses siguientes fueron meses de preparativos para la gran guerra; llegaron a Macedonia contingentes de tropas enviados de Grecia, de Tesalia, de las montañas y los valles de la Tracia; se reclutaron mercenarios, se prepararon los barcos necesarios para dar el salto por mar hasta el Asia. El rey consultaba y deliberaba, esbozando las futuras operaciones de la campaña a base de las informaciones recibidas sobre la situación y las características de los países orientales, sobre la importancia militar de éstas o las otras cuencas, de las montañas, las ciudades y las regiones. Nos gustaría poseer más detalles acerca de todo esto, saber, sobre todo, si en la corte del rey de Macedonia se tenía una idea clara acerca de las condiciones geográficas del imperio que se trataba de atacar, de los territorios que se extendían al otro lado del Tauro y del Tigris. No cabe duda de que se conocería allí la *Anábasis* de Jenofonte, y tal vez se tendría también noticia de la *Historia de Persia* de Ctesias; algunas informaciones se obtendrían a través de los helenos que habían servido en el Asia como mercenarios, de los embajadores persas, de Artabazos y Memnón, que habían vivido durante varios años en la corte macedonia, como emigrados. Pero, por muchos que fuesen los datos recogidos y por muy cuidadosamente que se ordenasen, entre todos ellos se reuniría, a lo sumo, un material bastante inseguro de información para la guerra hasta las riberas del Eúfrates y, cuando más, hasta el Tigris; a buen seguro que no se tenía ni la más remota idea de la estructura de los países situados más al este ni de las distancias que en ellos sería necesario recorrer.

Luego, el rey procedió a organizar los asuntos del país y nombró a Antipatros regente del reino con poderes militares suficientes para velar por el mantenimiento de la paz en Grecia, para salvaguardar las fronteras de Macedonia y mantener en la obediencia a todos los pueblos colindantes. Se invitó a participar personalmente en la guerra a los príncipes de las tribus bárbaras aliadas con Macedonia, para asegurar todavía más al reino contra sorpresas desagradables y, al mismo tiempo, porque las tropas de sus pueblos lucharían más valerosamente bajo su mando. Antipatros y Parmenión, después de resueltos todos los problemas anteriores, plantearon en el consejo de guerra uno más, que a ellos les preocupaba: el de saber cómo se aseguraría la sucesión al trono, en caso de una desgracia imprevista. Exhortaron al rey para que se casara e hiciera todo lo posible por dejar un heredero antes de partir para la guerra. Alejandro rechazó sus propues-

tas: sería, les dijo, indigno de él, de los macedonios y de los helenos, pensar en bodas ni en tálamos nupciales cuando ya el Asia se estaba preparando para la lucha. ¿Acaso querían que esperase cruzado de brazos a que llegasen a sus costas las flotas de los fenicios y de los chipriotas, ya movilizadas, y a que el ejército de tierra del gran rey, que había recibido ya órdenes de disponerse para la guerra, se pusiera en marcha y cruzara el Tauro? No, ya no había tiempo que perder, si se quería conquistar el Asia Menor y, con ella, la base para ulteriores operaciones.

Cuentan las fuentes que Alejandro procedió en todo como si se dispusiera a separarse de Macedonia, su patria, para siempre. Regaló a sus amigos todo lo que le pertenecía dentro del país, sus fincas, sus bosques y sus aldeas, incluso los tributos portuarios y otras rentas, y como Pérdicas, cuando ya lo había repartido casi todo, le preguntase qué dejaba para sí, le contestó: "la esperanza"; al oir lo cual, Pérdicas se negó a aceptar la parte que le había tocado en el reparto y dijo: "Pues déjanos a los que vamos a luchar a tu lado que compartamos también contigo la esperanza", y su ejemplo fué seguido por muchos otros amigos del rey. Es posible que este relato peque de exagerado, pero no cabe duda de que refleja bastante bien el estado de ánimo reinante en la corte antes de partir para la guerra. Alejandro supo poner estas emociones al rojo vivo; el entusiasmo de que él estaba poseído inflamaba a sus generales, a la nobleza caballeresca que le rodeaba, a todo el ejército que había de seguirle. Conducidos por aquel héroe juvenil, sentíanse capaces de retar a la lucha a todo un mundo, y seguros de su victoria.

# LIBRO SEGUNDO

Διός πλαγὰν ἔχουσιν εἰπεῖν

# CAPITULO I

*Preparativos para la guerra.—El sistema monetario.—Orbita de poder de Macedonia.—El ejército de Alejandro.—El imperio persa.—Alejandro cruza el Helesponto.—Batalla del Gránico.—Ocupación de las costas occidentales del Asia Menor.—Conquista de Halicarnaso.—Marcha a través de Licia, Panfilia y Pisidia.—Organización de los nuevos territorios.*

A PRIMERA vista, la empresa acometida por Alejandro parece guardar una enorme desproporción con los recursos de que disponía para llevarla a cabo. En realidad, la derrota del enemigo en el campo de batalla no era más que la mitad y aun menos de la mitad de la obra que se proponía realizar; la parte más importante consistía, sin duda, en asegurar y consolidar duraderamente los éxitos de las armas.

La extensión geográfica del conjunto de países de cuyas fuerzas podía disponer para la conquista del Asia apenas representaba la trigésima parte del imperio persa; y no menos desigual era la proporción numérica de las masas de población de uno y otro lado, así como la de las fuerzas armadas que ambas partes podían movilizar por mar y por tierra. Si a esto añadimos que, al morir Filipo, Alejandro se encontró con que el tesoro del estado macedonio estaba agotado y gravado, además, con una deuda de 500 talentos, mientras que en las arcas del gran rey, en Susa, en Persépolis, en Ecbatana, etc., se acumulaban enormes cantidades de metales preciosos y que Alejandro, al terminar sus preparativos de guerra, para los cuales había tenido que contraer empréstitos por valor de 800 talentos, sólo disponía de 60 talentos para lanzarse a la campaña contra el Asia, se agigantan todavía más las proporciones de su empresa y ésta adquiere a nuestros ojos los caracteres de una aventura temeraria y hasta quimérica.

### PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

El carácter de las fuentes históricas que han llegado a nosotros no nos permite encontrar en ellas la clave para contestar a todos los problemas que en este punto se nos plantean. El mismo razonable Arriano se limita a exponer la marcha de las cosas, casi exclusivamente la trayectoria militar de la campaña, intercalando alguna que otra consideración de orden moral sobre su héroe y citando apenas por sus nombres a quienes le secundaron en ella con el consejo y con la acción; nada nos dice acerca de la administración, las finanzas, la organización política, el servicio de cancillería, el gabinete del rey, ni acerca de las

personas que ejercieron estas funciones bajo el mando y las inspiraciones de Alejandro. No se preocupa de poner en claro ante sí mismo ni de hacer comprender al lector cómo fueron posibles y llegaron a realizarse las hazañas y los triunfos por él narrados, de qué recursos se dispuso para llevarlos a cabo, hasta qué punto se lograron con arreglo a un plan, qué miras y qué puntos de vista prácticos los informaban, en qué medida respondieron a la fuerza de voluntad, a la reflexión o al genio político y militar.

Nos limitaremos a destacar aquí, por el momento, entre el cúmulo de problemas esbozados en las líneas anteriores, los que aparecen como esenciales en los umbrales de esta pasmosa marcha triunfal.

Hay quienes creen hacer justicia al carácter y al genio de Alejandro presentándolo como un hombre de fogosa y desbocada imaginación que marcha al Asia, seguido de un ejército no menos entusiasta que él, para dar la batalla a los persas dónde y cómo los encontrase y dejando que el azar o su buena estrella guiase sus pasos después de cada victoria. Otros entienden que Alejandro se limitó a poner en práctica el pensamiento acariciado siempre por su padre y que le había sido infundido y recomendado constantemente a éste por filósofos, oradores y patriotas y que, en realidad, era un pensamiento concebido y desarrollado ya por la cultura helénica.

El pensamiento, antes de convertirse en hecho, no es más que un sueño, un fantasma, un juego de la ardiente fantasía; sólo en la mente y en los actos de quien lo realiza cobra forma, carne y sangre, se convierte en el impulso de sus propios movimientos, en una realidad actual y viva, y las condicionalidades y fuerzas que lo mueven y lo contrarrestan en el tiempo y en el espacio le imponen nuevos y nuevos límites, le imprimen contornos cada vez más definidos, le infunden vigor y determinan, a la par, sus debilidades y sus limitaciones.

¿Partió Alejandro a su conquista como un aventurero, como un soñador, animado tan sólo por la idea escueta de apoderarse del Asia hasta los confines de los mares desconocidos que circundaban aquellas tierras? ¿O sabía lo que quería y lo que podía querer? ¿Y, sabiéndolo, ajustó a ello sus planes militares y políticos, las reglas a que había de atemperar, en lo posible, su conducta?

No se trata de inferir retroactivamente sus planes a base de la sucesión de sus éxitos, presentando la evidencia como prueba; se trata de saber si existen realmente pruebas de que, antes de acometer la obra, se dibujase ya claramente ante su espíritu lo que esta obra habría de ser.

## EL SISTEMA MONETARIO

Tal vez podamos citar en apoyo de esta hipótesis un hecho, aunque es cierto que nuestras fuentes no hablan de él. Aparte de las escasas inscripciones y obras de arte, los únicos restos directos que nos quedan de aquella época son las monedas; han llegado a nosotros miles de ellas, de oro, de plata y de cobre, con el cuño de Alejandro, testigos mudos a quienes los investigadores han obligado,

por fin, a hablar. Comparadas con las monedas de oro y plata de los reyes persas y de las innumerables ciudades griegas, o con las de los reyes de Macedonia anteriores a Alejandro, estos símbolos monetarios revelan un fenómeno muy singular.

En páginas anteriores hemos dicho que el rey Filipo implantó en sus territorios un nuevo sistema monetario; esta medida fué, al decir de un famoso historiador, algo así como un primer paso lejano hacia la conquista de Persia. La reforma consistió en que, mientras en el mundo helénico regía el patrón plata y en el imperio persa el patrón oro, Filipo mandó acuñar piezas de oro ajustándose a la ley de los dárieos y piezas de plata con la ley más aproximada al valor comercial del oro. Es decir, que instituyó el patrón oro "no en sustitución, sino al lado del patrón plata, que hasta entonces era el único usual en el mundo griego o, lo que es lo mismo, implantó dentro de su reino el patrón monetario doble". Sus monedas de plata se regularon con arreglo a la proporción de valor entre el oro y la plata, que era, en el comercio, de 1:12,51, correspondiendo 15 piezas de plata de 7,24 gramos por cada moneda de oro de 8,60 gramos; era, sobre poco más o menos, el patrón monetario del dinero-plata de Rodas, muy extendido en aquellos tiempos.*

Las monedas de oro de Alejandro conservan el mismo peso y la misma ley de los "filipeos"; en cambio, sus monedas de plata se ajustan a un sistema completamente distinto: son tetradracmas de 17 a 17,20 gramos, con fracciones ajustadas en un todo al sistema ático, en que el oro se valora a razón de 1:12,30. Esta reducción de valor no tenía por mira solamente el abandonar el patrón doble de Filipo para volver al patrón plata de los helenos y convertir, como en lo sucesivo se hizo, el "dracma alejandrino" en la moneda general de pagos a lo largo de todo el reino, sino que —y esto es precisamente lo que, en relación con el problema aquí planteado, nos interesa— observamos que entre la gran masa de dracmas emitidos por Alejandro no se conserva ni una sola pieza acuñada con arreglo al patrón monetario de Filipo.

A nadie se le ocurrirá pensar que esta reforma monetaria se implantó por capricho, sin algún motivo esencial. Cuando Filipo introdujo el patrón doble, lo hizo con la mira de fijar el precio de los dos metales nobles, manteniéndolos así en equilibrio, frente a la baja que el precio del oro experimentaba en el comercio con el mundo griego, donde regía el patrón plata. Si el valor del oro seguía bajando, ello traería como consecuencia que emigrase de Macedonia la plata, como venía ocurriendo ya en Persia, en la medida en que el valor de la plata rebasase el de la cantidad de oro con que aquélla podía comprarse. El nuevo sistema monetario implantado por Alejandro declaraba la guerra al oro persa, por decirlo así; el oro quedaba convertido en simple mercancía, en una mercancía que, cuando llegaran a conquistarse los tesoros del rey de Persia y se devolviera al comercio la enorme masa de oro inmovilizada en ellos, podría seguirse depreciando, sin revolucionar en la misma medida los precios vigentes en el mundo

* Véase nota sobre *Monedas, pesos y medidas*, al final. (Ed.)

griego y que tenían por base el patrón plata. En lo sucesivo, se erigió en medida de valor la plata a base del patrón ateniense, convirtiéndose el tetradracma en el exponente nominal de una unidad monetaria en el que, sobre poco más o menos, podían confluir todos los sistemas monetarios helénicos como otros tantos quebrados en su denominador general. A la vuelta de media generación, el "dracma alejandrino" habíase convertido en moneda universal.

No tenemos elementos de juicio para decir si con esta reforma del sistema monetario macedónico se pretendía, al mismo tiempo, salir al paso de las dificultades financieras momentáneas, si Alejandro y sus consejeros tuvieron en cuenta las consecuencias económicas de esta medida, si llegaron a prever o no la depreciación del oro que necesariamente habría de producirse al ponerse en circulación los tesoros persas. Pero no necesitamos llegar tan lejos; bástenos saber, a la luz de esta reforma de vasto alcance a que nos hemos referido, hasta qué punto llegaron a concebirse y perfilarse los grandes planes, antes de ser puestos en ejecución.

## ÓRBITA DE PODER DE MACEDONIA

Otro problema previo que conviene despejar, en lo posible, es el de las bases con que contaba la empresa a que se lanzaba Alejandro; si era su propósito abandonar su base de partida tan pronto como dejase a sus espaldas el Helesponto o, para emplear la expresión usual, quemar sus naves.

No podemos aceptar esta alternativa, tal como acaba de ser formulada, aunque las razones de ello hayamos de reservarlas para el curso ulterior de nuestra exposición. De momento al menos, lo importante para Alejandro era estar seguro de su base, y sólo en la medida en que lo estuviera, militar y políticamente, podía aventurarse a descargar el primer golpe y confiar en que sus efectos se desarrollasen.

La órbita de poder de Alejandro extendíase desde Bizancio hasta el Eurotas y, tierra adentro, se remontaba sobre el Haimos y el Pindos para llegar hasta el Danubio y el mar Adriático; esta órbita sólo abarcaba, como en ángulo recto, dos de los cuatro lados del mar Egeo, el del norte y el del oeste; el lado del este lo formaban las costas del Asia Menor pertenecientes al imperio persa, pero ocupadas por las ciudades helénicas; la isla de Creta, que cierra este mar por el lado sur, era griega, pero constituía un mundo de por sí, lo mismo que la Gran Grecia y Sicilia, al igual que las ciudades helénicas del norte y el sur del Ponto Euxino.

Alejandro dominaba completamente el territorio situado sobre el vértice de aquel ángulo recto y que era como la piedra angular de su órbita de poder. En este territorio, formado por los países macedónicos, incluyendo la Tinfaia y la Paraunia al oeste y las tierras bañadas por el Estrimon al este, era el rey nato al que obedecían incondicionalmente la nobleza, los campesinos y las ciudades, aun las de origen griego como Anfípolis.

En torno a estos territorios, que formaban el núcleo de su órbita de poder, giraban los demás, que se extendían a derecha e izquierda y a retaguardia de

ellos, a través de múltiples formas políticas que iban desde el completo vasallaje hasta la federación más o menos coherente.

Entre estos territorios tenía especial importancia para la conquista el país tracio, aquella parte de la órbita de poder de Alejandro que se extiende desde la entrada del Helesponto hasta la salida del Bósforo y flanquea muy de cerca las costas del Asia Menor. El reino tracio, que en otro tiempo dominaba la cuenca del Hebro hasta las montañas, había sido destruído por el rey Filipo y aunque, al parecer, siguiese en pie un resto de él bajo la forma de principado de los odrisios, este principado había sido reducido a vasallaje por Macedonia y estaba obligado a suministrarle hombres para sus ejércitos. La Tracia habíase convertido, si vale aplicar aquí, como símil, un concepto tomado del imperio romano, en una provincia del estado macedonio. Para afirmar su dominación sobre él, Macedonia había fundado y colonizado en los puntos más estratégicos del país las ciudades de Filipópolis, Calibe, Alejandrópolis y otras, no como colonias libres al modo de las antiguas colonias helénicas, sino como acantonamientos militares, aunque fuesen también comunidades civiles con autonomía municipal, pobladas con colonos traídos de cerca y de lejos, algunos de ellos a la fuerza. El país tracio se hallaba —por lo menos, desde el año 335 con seguridad— bajo el mando de un estratega macedonio. No podemos saber hasta dónde se extendería su radio de acción más allá de los desfiladeros del Haimos, ni sabemos tampoco si, como hace presumir una noticia insegura del año 331 o del 326, las regiones "del Ponto" estaban encomendadas a otro estratega, o si los pueblos enclavados entre el Haimos y el Danubio, después de la campaña del 335, sólo se hallaban obligados a mantener una vecindad pacífica y tal vez a pagar tributos. Las ciudades griegas situadas en las costas tracias del Ponto, desde Apolonia y Mesembria subiendo hasta Calatis e Istros, mantenían ya relaciones de amistad con Filipo, pero no parece que quedasen sujetas a vínculos más estrechos con Macedonia ni aun después de la campaña del 335. Es cierto que Bizancio envió al Danubio, como sabemos, naves para aquella campaña, pero solamente por virtud de un tratado de carácter naval; podemos afirmarlo con seguridad, pues Bizancio no acuñó jamás monedas alejandrinas ni en la época del propio Alejandro ni en la de los diadocos, lo cual quiere decir que siguió siendo un estado independiente, ni más ni menos que las ciudades griegas de la liga corintia; lo que ya no sabemos es si Bizancio entró en esta liga o si concertó directamente tratados con Macedonia, como estado aparte.

Es un dato muy interesante el de que casi todas las ciudades griegas de las costas meridionales de la Tracia llegaron a acuñar monedas alejandrinas, lo mismo que las ciudades macedónicas, Pella, Anfípolis, Escione, etc.; ello quiere decir que se hallaban regidas por la misma ley monetaria vigente en Macedonia y que habían dejado de ser, al igual que aquéllas, "estados autárquicos", aunque gozasen de autonomía municipal. De estas ciudades tracias, que podemos llamar si queremos ciudades reales, unas, como Abdera y Maronea, se hallaban en el camino al Helesponto; otras, como Cardia, en la entrada del Quersoneso; Critote en la

entrada septentrional del Helesponto, frente a Lamsaco; Sesto y Coile en el punto de paso para Abidos y Perinto, y Selimbria en la Propóntide.

En el norte de Macedonia había dos principados, el de los peonios y un poco más allá el de los agrianos, que se hallaban bajo la soberanía del reino y gozaba del derecho a la vez que estaban sujetos al deber de prestar servicio en el ejército del rey; por lo menos, se han encontrado monedas de los príncipes peonios procedentes de la época inmediatamente posterior a Alejandro, que no se ajustan al pie monetario macedonio ni ostentan el cuño del rey.

Los pueblos situados más al norte de ellos hasta llegar a las costas del Adriático, los tribalos, los autoriatas, los dardanos, los taulantinos y los ilirios de Clito, habían sido pacificados en la campaña del año 335 y obligados a concertar tratados en los que aceptaban a la fuerza la soberanía del reino macedonio; lo que no sabemos es si entre los deberes por ellos contraídos figuraba el de pagar tributos.

Los vínculos entre la monarquía del Epiro y el reino de Macedonia presentan un carácter muy peculiar. Desde que el rey Filipo arrancara este territorio a Aribas para entregárselo a su sobrino Alejandro, el hermano de Olimpia, extendiendo sus dominios hasta el golfo Ambrácico, el Epiro venía siendo como un apoyo natural en el flanco de Macedonia; el matrimonio del joven rey epirota con la hija de Filipo, al convertirlo en una especie de coposesión de la reina Olimpia, pareció que debía vincularlo aún más estrechamente a los intereses macedonios. Sin embargo, es muy extraño que los súbditos del Epiro no tomasen parte en pro de Macedonia en las luchas del año 335 ni participasen tampoco en la gran expedición al Asia; lejos de ello, el rey del Epiro emprendió al año siguiente una expedición propia a Italia "con quince barcos de guerra y numerosas naves destinadas al transporte de tropas y caballos", sin que podamos decir que lo hiciera con el consentimiento de Macedonia. Si fuera posible demostrar esto, tendríamos un elemento de juicio más, harto importante, para comprender los pensamiento políticos de esta época. Pero tal vez no sea del todo inoportuno recordar, a este propósito, que el sistema de gobierno de los molosos no era, ni mucho menos, tan marcadamente monárquico como el de Macedonia, sino que se hallaba condicionado en una proporción considerable por el juramento que el rey venía obligado a prestar al pueblo y éste al rey; probablemente el rey sólo podía disponer libremente de lo que su patrimonio real le reportaba, lo cual querría decir que el rey de Molosia no emprendería expediciones en nombre del estado del Epiro, sino que enviaría a Italia por su cuenta y riesgo el ejército por él reclutado para luchar al servicio de una causa extraña, al modo como lo hiciera más de un rey espartano.

Cuáles eran las relaciones entre los estados griegos y Macedonia lo hemos visto ya más arriba. Sin embargo, hemos de volver aquí sobre este problema para tratar algunos puntos de importancia política, aunque no estemos ya, por falta de elementos de juicio, en condiciones de esclarecerlos todos.

No fué la liga corintia la que anudó los vínculos entre los tesalienses y Alejandro; las cuatro regiones de la Tesalia formaban según su propia constitución

una comunidad unida junto a Macedonia y cuyos recursos militares y financieros se hallaban casi en absoluto a disposición de su rey. Lo que ya no podemos asegurar es si este régimen se extendía también a las tribus montañesas de la Tesalia, a los "cantones incorporados" ya de antiguo a ella, los dolopios, los ainianos, los malios, etc., o estos cantones se hallaban enlazados con Macedonia solamente a través de los vínculos anfictiónicos.

Tampoco los etolios parece que formaban parte de la liga corintia, sino que se limitaron a ratificar sus antiguos tratados especiales con Macedonia, por virtud de los cuales se habían posesionado de Naupactos en el año 338.

La liga corintia abarcaba "la Hélade hasta las Termópilas"; el único estado que no entró en ella fué Esparta. De los artículos de la constitución federativa citados más arriba se desprende que la finalidad de esta liga no era solamente asegurar a la potencia dirigente la hegemonía sobre la Hélade y el suministro de contingentes helénicos para la guerra contra los persas, sino, al mismo tiempo, mantener la paz dentro de los dominios de la liga, garantizar la distribución territorial a base de las normas establecidas en el año 338 y eliminar toda influencia ulterior de la política persa en todos y cada uno de los estados federados. No poseemos datos más precisos sobre la organización de la liga; ignoramos, entre otras cosas, si el sinedrio de Corinto estaba reunido permanentemente o sólo celebraba sesiones de vez en cuando, si Macedonia tenía voz y voto en él o el reino macedonio se hallaba más bien fuera de la liga, reservándose al rey, como "caudillo ilimitado" de la guerra contra los persas, solamente el derecho a disponer de los contingentes militares que los aliados se obligaban a enviarle y a determinar la política exterior de los estados federados. En la liga marítima de la época de Pericles, Atenas tenía un poder efectivo sobre los demás estados confederados, y lo ejercía con tal rigor que abocaba incluso sus procesos ante los tribunales áticos; en la segunda liga marítima ateniense, coexistían ya el estado de Atenas y el conjunto de los estados federados autónomos, de tal modo que el sinedrio de la confederación estaba reunido constantemente en Atenas, deliberaba con el consejo y el pueblo atenienses acerca de las medidas que debían dictarse y el demos de la ciudad, a propuesta del sinedrio, tomaba los acuerdos decisivos. El hecho de que el rey Filipo, al crear la liga corintia, se contentase con una forma menos rígida y de que el propio Alejandro no creyese oportuno exigir o imponer una rigidez mayor, a pesar de habérsele presentado dos ocasiones para ello, sólo puede significar una cosa: que no consideraban necesario o tenían por imposible convertir esta federación de estados de lo que hoy llamaríamos una asociación de derecho internacional simplemente en una asociación de derecho político.

Es esta una circunstancia que debe tenerse en cuenta para apreciar debidamente las consecuencias que de ello habrán de derivarse. El modo como se fundó la liga y como se violaron los tratados que le sirvieron de base, para volver a ratificarse después, demuestra harto claramente que los juramentos prestados no bastaban, ni mucho menos, para garantizar a Alejandro la ayuda de los estados federados en la guerra contra los persas y el mantenimiento consecuente de una

política común. Para dar efectividad a estos acuerdos, no había más remedio que apoyarse en el juego de los partidos tal como funcionaba en casi todas las ciudades helénicas y en las disensiones y los pleitos particularistas de vecindad de unas ciudades con otras; nadie podría reprochar a la política macedónica que procurase dar alas en todas partes a sus partidarios e hiciese lo posible por evitar que empuñasen el timón los amigos reales o eventuales de los persas y los que laboraban, abierta o solapadamente, contra la liga helénica. Otros de los medios de garantizar los acuerdos eran las guarniciones macedonias acantonadas en Acrocorinto, la Cálcida, Eubea y la Cadmea; para respaldar estas fuerzas y no solamente, ni mucho menos, para infundir respeto a las tribus bárbaras del otro lado del Haimos y de Iliria, Alejandro dejó en Macedonia, al salir del país, una parte considerable de su ejército, tal vez la mitad de las fuerzas estrictamente macedonias, que además iban robusteciéndose periódicamente con las reclutas anuales y servían, al mismo tiempo, de base de extracción para el envío de nuevos contingentes de refresco al Asia.

## EL EJÉRCITO DE ALEJANDRO

Aún existía otra desventaja muy esencial. El poder naval de los macedonios no estaba, ni mucho menos, a la altura del de los persas. El gran rey podía poner en acción de inmediato, como luego se vió, 400 naves de guerra; su flota era la de los fenicios y chipriotas, los mejores marineros del mundo antiguo; con las islas de las costas occidentales del Asia Menor, que aunque autónomas desde la paz de Antálcidas, se hallaban gobernadas por tiranos u oligarcas entregados al gran rey, éste era, con sólo quererlo, dueño del mar Egeo. Si los estados de la liga corintia hubiesen unido sus efectivos navales con los de Macedonia —sólo Atenas tenía 350 naves en sus abrigos—, les habría sido fácil asegurarse el dominio de este mar antes de que se pusiera en marcha la potencia marítima de los persas. Sin embargo, la política macedonia no había considerado posible o aconsejable, ni al fundarse la liga de Corinto ni al ser renovada esta federación, exigir de los estados helénicos prestaciones marítimas de importancia. Es indudable que fueron razones de orden político y no razones militares las que indujeron a Macedonia a dar a la lucha contra el poder de los persas, aún en la primera etapa inicial de la guerra, un carácter esencialmente terrestre.

Con sus fuerzas armadas de tierra, Alejandro debía sentirse seguro de su éxito o, más exactamente —y con esto entramos en el tercero de los problemas previos que nos interesaba examinar—, debió calcular la fuerza del ejército de tierra destinado a la expedición del Asia, su armamento, su organización y la proporción de las distintas armas, de tal modo que pudiera considerarse completamente seguro de la victoria.

Ya el rey Filipo había reorganizado las fuerzas armadas de Macedonia, elevando los efectivos de infantería a 30,000 hombres y a 4,000 los de caballería. Y el propio Filipo había dado a su ejército su desarrollo característico y peculiar;

era, sencillamente, la organización militar helénica, ajustada a las condiciones previas de Macedonia y desarrollada a tono con ellas; se tendía, naturalmente, a que las distintas armas, la infantería y la caballería, las tropas ligeras y pesadas, las levas de paisanos y los contingentes mercenarios pudieran utilizarse mediante una instrucción mucho más libre y eficaz que la que hasta entonces se consiguiera por medio de la estrategia y la técnica de los helenos.

Al salir para el Asia, Alejandro dejó a las órdenes de Antipatros, en Macedonia —según datos que han resultado ser, ciertamente, poco fidedignos—, 12,000 hombres de infantería y 1,500 de caballería; estas fuerzas fueron sustituídas por 1,500 jinetes tesalienses, 600 hombres de caballería y 7,000 de infantería de las tropas federales helénicas, 5,000 mercenarios griegos y además infantería tracia y jinetes odrisios y peonios. Los efectivos totales del ejército expedicionario* que partió para el Helesponto se calculan, según los datos más seguros, en "no mucho más de 30,000 hombres de a pie y 500 de a caballo".

Las fuerzas de infantería y de caballería se dividían por armas y, en parte, por unidades regionales, pero no al modo de las legiones romanas o las divisiones de los ejércitos modernos, en las que se combinan las diferentes clases de armas y que son, por tanto, como ejércitos en pequeño. Frente a enemigos como las masas de los pueblos asiáticos, que se concentran sin orden ni arte militar algunos para descargar un golpe decisivo, que lo dan todo por perdido a la primera derrota y cuyas victorias sobre ejércitos organizados no hacen más que exponerlas a nuevos peligros, contra enemigos de esta clase, la agrupación de las tropas por armas y por unidades regionales tiene la ventaja de una forma táctica sencillísima y de una cohesión interior natural; en los mismos lugares en que la falange de Alejandro derrotó a las tropas de Darío, sucumbieron siete legiones romanas a los furiosos ataques de los partos.

El ejército que Alejandro condujo al Asia conservaba como base la organización macedónica; los contingentes de los aliados que se sumaron a él y las nuevas masas de mercenarios que se incorporaron al núcleo de las reclutadas con anterioridad, completaban en lo posible esta organización básica en sus dos elementos: el de la movilidad y el de la permanencia.

En la táctica helénica, la infantería pesada había sido el arma predominante hasta que, al crearse los peltastas, se incorporó a ella una infantería más ligera, que fué la que derrotó a los espartanos. También en el orden de batalla del ejército macedonio constituían estas dos formas de infantería, la falange y los hipaspistas,** la fuerza más importante en lo tocante al número.

La falange se caracterizaba, principalmente, por el armamento de cada soldado y por su agrupación. Los falangitas son lo que los hoplitas de los ejércitos griegos, aunque su armamento no es tan pesado como el de los helénicos; llevan casco, coraza, canilleras y una rodela que cubre a lo ancho todo el cuerpo del hombre; sus armas principales son la sarissa macedonia, una pica de 14 a 16 pies

* Véase nota 4, al final.

** Véase, sobre los términos técnicos del ejército macedonio, el vocabulario que figura al final.

de largo, y la espada griega corta. Estas tropas, destinadas a los combates en masa y cuerpo a cuerpo, debían reunir, fundamentalmente, dos condiciones: poder aguantar a pie firme el empuje del enemigo, por furioso que fuera, y estar seguras de poder romper con su acometida, en cualquier momento, las filas enemigas; formábanse, por regla general, de a dieciséis hombres en fondo, de tal modo que las lanzas enristradas de los primeros cinco hombres sobresalían de la fila formada por ellos, ofreciendo una muralla impenetrable y hasta invulnerable a los ataques del enemigo; las filas posteriores apoyaban sus sarissas sobre los hombros de los soldados delanteros, lo que hacía que las cargas de la falange fuesen verdaderamente irresistibles, tanto por la espantosa fuerza redoblada del golpe como por su movilidad. Cada uno de sus individuos había sido sometido a un entrenamiento gimnástico perfecto, lo que hacía posible la unidad, la precisión y la rapidez con que aquella masa de hombres comprimida en un espacio reducido era capaz de ejecutar los movimientos más complicados; son en la batalla, como dos milenios más tarde habría de decir el tártaro Aga refiriéndose a los batallones cerrados de Brandeburgo, cuadriláteros de piqueros y arcabuceros, una especie de "castillos semovientes". En el ejército expedicionario macedonio figuraban seis taxis o falanges de estos hoplitas macedonios, llamados pecetairas, al mando de los estrategas Pérdicas, Filipo, Coino, Amintas, hijo de Andrómenes, Meleagro, Filipo, hijo de Amintas, y Crátero; estas unidades parece que se reclutaban y formaban por cantones: así, la mandada por Coino era la de Elimiotis, la mandada por Pérdicas la de Orestis y Lincestis, la de Filipo, que pasó más tarde bajo el mando de Poliperco, estaba formada por hombres de la Tinfaia, etc.

La infantería pesada de los helenos, lo mismo los mercenarios que los contingentes de los aliados, tenía sus mandos especiales; el estratega de los aliados era Antígono, el que luego habría de ser rey, y el de los mercenarios Menandro, uno de los hetairos. Parece que en las grandes acciones los aliados y los mercenarios se combinaban con los hoplitas macedonios de tal modo, que tantos o cuantos lojes de una taxis macedonia, los pecetairas, combinados con tantas o cuantas tropas aliadas o mercenarias, formaban la falange de Pérdicas, la de Coino, etc. Podemos calcular que la infantería pesada del ejército de Alejandro ascendería, en total, a unos 18,000 hombres.

Venía en seguida una clase de tropa muy característica del ejército macedonio: los hipaspistas. Ya el ateniense Ifícrates, para disponer de un arma más veloz en el ataque que los hoplitas y más pesada que la infantería ligera, había formado un cuerpo de tropa con cotas de lienzo, escudo más ligero y espada más larga que los de los hoplitas, al que dió el nombre de peltastas. Esta nueva arma se implantó en Macedonia, probablemente, para encuadrar aquellas tropas que, a diferencia de las levas transitorias, se destinaban al servicio militar permanente, como parece indicarlo su nombre de alabarderos o tropas acorazadas (del rey). En la campaña del año 335 nos encontramos con una serie de ejemplos del empleo dado a estas tropas. A veces, las condiciones del terreno impedían maniobrar a la falange; otras veces, y esto era lo más frecuente, hacíase necesario emprender

ataques, operaciones rápidas, golpes de mano de todas clases, para los que no se prestaba la falange, por no ser demasiado rápida en sus movimientos, ni la infantería ligera, por falta de resistencia: cuando se trataba, por ejemplo, de ocupar una altura, de forzar el paso de un río, de apoyar y explotar una carga de caballería, era cuando más indicada estaba la acción de los hipaspistas. Todo este cuerpo de tropa, "los hipaspistas de los hetairos", que era el nombre que se le daba, hallábase bajo el mando de Nicanor, hijo de Parmenión y padre del Filotas que mandaba la caballería de los hetairos. La primera taxis de estas tropas ostentaba el nombre de agema, o sea la escolta real de los hipaspistas.

En la caballería ocupaban el primer rango las ilas o escuadrones de los jinetes macedonios y tesalienses, reclutados entre la nobleza caballeresca de Macedonia y Tesalia. Estos escuadrones de caballería, iguales en un todo en cuanto a armamento, adiestramiento y fama, rivalizaban en bravura y en deseo de distinguirse ante la presencia personal del rey, que generalmente peleaba a la cabeza de ellos. Cuánta importancia tuvo esta arma en la empresa de Alejandro lo demuestran cada una de las grandes batallas reñidas personalmente por él y tal vez aún más las cabalgadas al frente de las cuales se ponía el rey, como la última persecución de Darío y el acoso de Bessos. La caballería de Alejandro, tan temible en las cargas cerradas como en el combate hombre a hombre, era muy superior a la caballería asiática, aunque ésta se presentase en grandes masas, y sus ataques contra la infantería enemiga decidían generalmente la suerte de la batalla. Los jinetes de estas unidades iban guarnecidos con casco, gola, coraza, hombreras y escarceras, y el caballo llevaba también protegidos la frente y el pecho; sus armas eran la lanza y la espada al costado. Mandaba los hetairos macedonios Filotas, el hijo de Parmenión, que ostentaba, a lo que parece, el nombre de hiparca; la denominación oficial de estas tropas era la de "caballería de los hetairos". Formaban ocho ilas o escuadrones, conocidos unas veces por los nombres de sus ilarcas y otras veces por los de regiones macedónicas. En la batalla de Arbela, estos escuadrones se hallaban mandados por Clito, Glaucias, Aristón, Sópolis, Heracleides, Demetrio, Meleagro y Egelojo. El escuadrón de Sópolis llevaba el nombre de Anfípolis en el Estrimon, el de Heracleides el de una región llamada Botiaya, etc. El de Clito conocíase con el nombre de ila real y formaba la agema de caballería. Entre los escuadrones tesalienses, el más fuerte y valeroso era el de Farsalo; Calas, hijo de Harpalo, ostentaba el mando sobre la caballería de Tesalia.

Formaban también parte del ejército tropas de caballería helénica que figuraban entre los contingentes de los aliados; por regla general, se hallaban incorporados a la caballería tesaliense, pero como cuerpos aparte; quedaron bajo las órdenes de Filipo, hijo de Menelao. Hasta las campañas posteriores no aparecen los jinetes mercenarios reclutados en la Hélade.

Finalmente, las tropas ligeras de a pie y de a caballo. Estas tropas proceden, en parte, de la alta Macedonia y en parte de los países de los tracios, los peonios y los agrianos; provistos de armas ofensivas y defensivas que variaban según las características de cada país y bien adiestrados en las cacerías y asaltos a los cami-

nos de sus comarcas y en las innumerables guerras de guerrillas bajo el mando de sus cabecillas locales, estos contingentes prestábanse magníficamente para los combates rápidos, para cubrir las marchas y, en general, para todas aquellas operaciones que a comienzos del siglo XVIII se encomendaban a los panduros, a los húsares, a los ulanos y a los tártaros.

Entre la infantería ligera, las tropas más importantes en cuanto al número eran las tracias, mandadas por Sitalces, que sería probablemente uno de los príncipes de aquella nacionalidad. El hecho de que estas tropas se hallasen agrupadas en varios taxis o regimientos es un indicio de su gran número; recibían el nombre de acontistas o lanzadores de venablos y al parecer llevaban un escudo pequeño como los peltastas, cuyas armas fueron copiadas, en general, de las de los tracios. Venían luego los agrianos, que eran también acontistas y se hallaban al mando de Atalo, probablemente hijo del príncipe Langaro. Finalmente, los arqueros, una parte de los cuales eran macedonios y otra parte tropas mercenarias, reclutadas en su mayoría, a lo que parece, en la isla de Creta. Apenas se daba ninguna batalla en la que estas tropas y los agrianos no figurasen en primera línea. El puesto de taxiarca o coronel de este regimiento hubo de proveerse por tres veces en el transcurso de un año; al comenzar la guerra lo ocupaba Clearco.

La caballería ligera estaba formada por tropas macedonias y por peonios y odrisios, pueblos cuyas cualidades como jinetes eran famosas en la antigüedad; no ha sido posible averiguar, ni siquiera aproximadamente, su número. Los peonios estaban mandados por Aristón y los tracios odrisios por Agatón, hijo de Trimas, ambos probablemente de linaje principesco. Estas fuerzas de caballería y el cuerpo macedonio de los sarissóforos, al mando del lincestio Amintas, se engloban bajo el nombre de los prodomos o tiradores.

Estas tropas ligeras hicieron que adquiriese relieve en el ejército de Alejandro un elemento que hasta entonces no había sido reconocido en todo su valor por la estrategia helénica. En los ejércitos griegos anteriores a Alejandro, las tropas ligeras no habían llegado a tener nunca gran importancia, ni por su número ni por su empleo; por otra parte, estas tropas eran miradas siempre con cierto desdén, pues o bien procedían del pueblo bajo o bien eran mercenarios de extracción bárbara, cuya fuerza consistía en aquellas artes de la agresión pérfida, en aquellos asaltos estrepitosos y en aquellas retiradas aparentemente desordenadas que los guerreros helenos tenían por dudosas y repelentes. El mismo Brasidas, famoso general espartano, confesaba que los ataques de estas tribus, con su horrísono griterío guerrero y su amenazador tremolar de las armas, tenía algo de espantoso y su transición arbitraria e inesperada del ataque a la fuga, del desórden a la persecución, infundía un espanto al que sólo la rígida disciplina de un ejército helénico era capaz de hacer frente. Pues bien, ahora estas tropas ligeras reclutadas entre los pueblos bárbaros eran parte esencial del ejército macedonio; encuadradas dentro de él, podían desplegar en la acción las características peculiares de sus métodos nacionales de lucha y, al mismo tiempo, hallábanse sujetas

a la rígida disciplina que reinaba en las filas de este ejército, lo que, lejos de mermar su eficacia, la acrecentaba.

No poseemos datos importantes acerca del orden de marcha de este ejército ni acerca de la forma en que acampaba. En las grandes acciones, vemos que se repite en lo esencial el mismo esquema de colocación de las tropas, que señalaremos aquí en sus puntos más característicos para evitar repeticiones en el curso de nuestra exposición. El centro de la columna estaba formado por la infantería pesada, turnándose por lo general las seis falanges en el orden de formación, cada una de ellas al mando de su estratega. A la derecha de las falanges marchaban las taxis de los hipaspistas y junto a éstas los ocho escuadrones de la caballería macedónica, cuyo orden variaba, por regla general; las tropas ligeras del ala derecha, las ilas de los sarissóforos y las de los peonios, al igual que los agrianos y los arqueros empleábanse, según las circunstancias, como tiradores, para el ataque inicial, para cubrir los flancos de la punta del ala, etc. Al ala izquierda se unían ante todo, si no se los empleaba para otros fines, por ejemplo, para cubrir el campamento, los tracios de Sitalces, que ocupaban aquí, como peltastas, el puesto de los hipaspistas en el ala derecha; luego venían los contingentes helénicos de a caballo, en seguida la caballería tesaliense y, finalmente, las tropas ligeras de este ala, los jinetes odrisios de Agatón, reforzados en los siguientes años de la guerra por un segundo destacamento de arqueros. La línea de combate tenía su centro entre la tercera y la cuarta falange y desde él se calculaban las dos "alas", de las cuales la derecha, destinada por regla general al ataque, se hallaba mandada por el rey, mientras que la izquierda estaba al mando de Parmenión.

Dos son las principales características que pueden apreciarse en el ejército de Alejandro.

En los ejércitos griegos, la caballería formaba siempre un contingente reducido; así, en las batallas de Epaminondas, la proporción entre la infantería y la caballería era de 10 a 1. En el ejército de Alejandro, las fuerzas de caballería aparecen casi duplicadas, en la proporción de 6 a 1. Ya en Queronea vimos cómo Alejandro decidió una batalla ya casi perdida lanzándose contra el enemigo a la cabeza de la masa de caballería del ala izquierda. Y para estar en condiciones de vencer a los ejércitos del gran rey, cuya fuerza principal eran los pueblos de jinetes del Asia, reforzó precisamente esta arma, a la que asignó la verdadera función ofensiva; se trataba de asestar el golpe al enemigo en lo que constituía precisamente su gran fuerza.

Un dato que merece ser tenido en cuenta es que ni los griegos ni los macedonios conocían el estribo para montar ni la herradura; como no los conocían tampoco, evidentemente, los pueblos de jinetes del Asia, pues de otro modo habrían tenido, en este punto, una superioridad indiscutible sobre sus contrincantes. Cuando leemos los relatos de las inmensas penalidades, las largas marchas de los días de invierno sobre el hielo de los caminos y senderos de las montañas que Alejandro hizo sufrir, en las campañas posteriores, a las bestias de su caba-

llería, hay que tener presente siempre que aquellos caballos no estaban herrados. Y, en cuanto a los jinetes, imaginémonos cómo contribuiría a aumentar sus molestias y penalidades el hecho de que montasen sin silla y sin estribos, simplemente sobre una manta colocada sobre el lomo y sujeta con la cincha. La falta de estribos entorpecía al jinete en el combate hasta un punto que difícilmente podemos imaginarnos hoy; no podía apoyar los pies en nada para asestar el golpe o descargar el mandoble, lo cual hacía que sólo dispusiera de sus fuerzas de cintura para arriba y que se hallase, asimismo, más expuesto a la vehemencia de la masa cerrada que se lanzaba como una tromba sobre el enemigo para romper sus filas. Parece que, a tono con esto, el adiestramiento del jinete tendría que ir enderezado especialmente al objetivo de acostumbrarlo a moverse con la mayor libertad posible sobre su caballo, como todavía hoy podemos descubrir, hasta cierto punto, en las pinturas y esculturas de aquella época.

Un rasgo extraordinariamente característico de la caballería de Alejandro es que esta arma no tenía solamente oficiales, sino un verdadero cuerpo de oficialidad. La sómatofilacia, el cuerpo de los "jóvenes del rey", era algo parecido a lo que habría de ser, al correr de los siglos, el *Gymnasium illustre* de la caballería fundado por Gustavo Adolfo de Suecia: una verdadera "academia de ejercicios hípicos", la escuela previa por la que pasaban los jóvenes de la nobleza macedonia; de ella salían los "hetairos" de la caballería, los oficiales de los hipaspistas, de los pecetairos, de los sarissóforos, etc., para ir ascendiendo a puestos cada vez más altos, con arreglo a una jerarquía de que han quedado huellas en múltiples ejemplos. El puesto supremo o, por lo menos, el más cercano al rey, era el de los siete sómatofílaces y, al parecer, el de los llamados "hetairos" en sentido estricto; tanto unos como otros se hallaban constantemente a las órdenes del rey para dar su consejo cuando les fuera solicitado, para actos de servicio y para desempeñar mandos en comisiones temporales. El jefe supremo después del rey era el viejo Parmenión en las fuerzas expedicionarias y dentro del reino Antipatros, ignorándose si ostentaban o no un título especial. Venían luego —no sabemos en qué orden jerárquico— los hiparcas de los distintos cuerpos de caballería, los estrategas de las falanges, de los hipaspistas, de las tropas de los aliados helénicos y de los mercenarios; en seguida, probablemente, los ilarcas de la caballería, los ciliarcas de los hipaspistas, los taxiarcas de los pecetairos, etc. De vez en cuando, son convocados también a los consejos de guerra los "hegemonos" de las tropas aliadas y de los mercenarios, aludiendo con ello, sin duda, a jefes como Sitalces, que mandaba a los acontistas tracios; como Atalo, que tenía el mando de los agrianos; como Agatón y Aristón, que estaban al frente de los jinetes odrisios y peonios, y tal vez también a los mandos de los contingentes helénicos y de los lojes de los mercenarios griegos. Nos salen al paso aquí multitud de problemas de orden técnico a los que no se encuentra contestación en las fuentes de que disponemos; pero no estará de más apuntarlos, aunque sólo sea para tener presentes las lagunas de que adolecen en este punto nuestros conocimientos. Los relatos de la batalla de Pelión, de que hemos hablado más atrás, demuestran que

el ejército de Alejandro disponía de una especie de artillería de campaña. La necesidad de bestias de tiro para arrastrar estas piezas y los carros de impedimenta y provisiones aumentaban la masa de caballos de que era necesario cuidar; además, según una norma dictada por el rey Filipo, cada jinete sólo podía llevar con él a un caballerizo o asistente, el cual, naturalmente, tenía que ir también montado. Si, a base de las raciones actuales, calculamos que cada caballo consumía cuatro celemines diarios de avena o de cebada y que el ejército debía llevar consigo forraje para tres días —cuando menos en la marcha hacia el interior del Asia fué necesario contar con el doble—, es evidente que el caballo auxiliar no podría cargar, además del asistente, 24 celemines de grano, lo cual quiere decir que haría falta otro caballo de ronzal (bestia de carga), que transportaría, además, el bagaje del hetairo. No cabe duda de que este sistema se aplicaba tanto en la caballería tesaliana como en la macedonia; por consiguiente, los 3,000 jinetes combatientes de ambos grupos suponían ya 9,000 caballos. No sabemos cómo se las arreglarían los jinetes helénicos, los sarissóforos y los peonios. Según otro decreto de Filipo, se autorizaba un cargador por cada diez falangitas, y probablemente regía la misma norma para las tropas aliadas y las mercenarias. Como es natural, en el cuartel general del rey tenía que haber oficinas, un servicio de intendencia, un servicio de tesorería, etc. Las fuentes nos informan incidentalmente de que Arpalo, uno de los amigos de Alejandro deportados en el año 337, fué destinado a regentar la caja del rey por no ser apto para el servicio de guerra y que a otra de las personas de este círculo, el mitileno Laomedón, se le encargó de la vigilancia de los prisioneros de guerra bárbaros, por conocer la lengua de éstos. Y en el transcurso de la campaña en la Bactriana se narra un episodio que arroja cierta luz sobre la sanidad de guerra de los macedonios.

Tal era el ejército de Alejandro. Este ejército era, en gran parte, obra de su padre, quien lo había organizado, le había infundido una severa disciplina, lo había adiestrado en numerosas campañas y lo había dotado, gracias a la sólida unión de los jinetes tesalienses con los macedonios, de un arma de caballería como jamás la había tenido ningún ejército helénico. Pero Filipo no había logrado dar todavía a su ejército la plena eficiencia de su superioridad militar, la utilización libre y plena de su potencialidad, la conciencia de su propia fuerza, por decirlo así. En Queronea, donde Filipo mandaba a la caballería macedonia del ala derecha, no había logrado romper la línea ofensiva del enemigo y hasta la falange tuvo que retroceder, aunque ordenadamente; lo que decidió el resultado de la batalla fué el hecho de que Alejandro, al frente de la caballería tesaliense del ala izquierda, se lanzase a la carga contra la línea del enemigo, que presionaba fuertemente. Ya entonces y más aún en los combates del año 335, demostró Alejandro que sabía utilizar mejor, de un modo más audaz, más rápido y siempre decisivo, la irresistible fuerza ofensiva de este ejército y, al mismo tiempo, que era el general y a la par el primer soldado de su ejército, su paladín, en el pleno y auténtico sentido de la palabra. Nada más eficaz para inflamar el celo

de sus oficiales y de sus tropas que el modo como su rey se empeñaba personalmente en la lucha y encabezaba siempre el golpe decisivo contra el enemigo, en lo más álgido de la batalla. Todo esto hacía que su ejército, aun siendo inferior en número al del adversario, por su estructura orgánica, por el adiestramiento táctico de las diversas armas, por sus mandos y por el hombre que lo dirigía, pudiera ponerse en marcha con la conciencia de su plena superioridad moral y sentirse seguro de la victoria.

### EL IMPERIO PERSA

El imperio persa no estaba en condiciones de poder hacer frente a este ejército. La extensión de su territorio, las relaciones entre los pueblos dominados por él y la defectuosa organización de su administración y de sus fuerzas armadas llevaban ya implícita la necesidad de su caída.

Si nos fijamos en el estado del imperio persa en el momento en que Darío III subió al trono, nos damos cuenta en seguida de que todo él estaba abocado a un proceso de ruina y desintegración. La causa de ello no se hallaba en la corrupción de las costumbres de la corte, de la casta dominante y de los pueblos dominados; la corrupción de las costumbres, satélite inevitable del despotismo, no socava jamás el poder despótico, el cual, como lo demostró durante bastante tiempo el imperio otomano, puede sostenerse entre las más desenfrenadas francachelas de la corte y del harén, entre las intrigas y las ignominias más desvergonzadas por parte de los grandes del reino, entre violentos cambios de monarca y bajo la más feroz crueldad contra el partido poco tiempo antes omnipotente, y además obtener nuevos y nuevos triunfos diplomáticos y militares en todas las direcciones. La causa de las desdichas de Persia hay que buscarla en la serie de soberanos que se sucedieron en el trono, débiles e incapaces de empuñar las riendas del gobierno con la firmeza que exigía el interés del imperio; ello explica que fuese desapareciendo, poco a poco, el temor de los pueblos, la obediencia de los sátrapas y la única unidad del imperio que aseguraba la cohesión de éste. En los pueblos sojuzgados, que conservaban en todas partes su antigua religión, sus leyes y sus costumbres, y algunos de los cuales tenían a su frente a príncipes de su propia nacionalidad, fué ganando terreno el deseo de independencia; en los sátrapas, poderosos gobernadores de grandes y alejados territorios, la sed de un poder propio y soberano, y en el pueblo dominante, el que se hallaba en posesión del poder y acostumbrado a ejercerlo y que había olvidado ya las condiciones en que se basa este poder y que aseguran su duración, la indiferencia frente al gran rey y el linaje de los aqueménidas. En los cien años de inacción casi completa que siguieron a la campaña guerrera de Jerjes contra Europa, había ido desarrollándose en los países griegos un arte de la guerra nuevo y peculiar, con el que Asia evitaba medirse, hasta que, a fuerza de evitarlo, no supo ya hacerlo. La expedición de los Diez mil había venido a poner de manifiesto que la estrategia de los griegos era más poderosa que los inmensos ejércitos de los pueblos de Persia; a ella se confiaban los sátrapas cuando se sublevaban contra el gran rey y a ella se encomendó

también el rey Artajerjes Ojos cuando se puso en campaña para aplastar la insurrección del Egipto; por donde una monarquía fundada sobre los triunfos de las armas persas veíase obligada a recurrir, para sostenerse, a los servicios de los mercenarios griegos.

Es cierto que Artajerjes III Ojos había sabido restablecer todavía, al exterior, la unidad del imperio e imponer su poder con ese rigor sangriento que es condición inexcusable del despotismo; pero era ya demasiado tarde y él mismo se hundió en la inacción y la debilidad, mientras los sátrapas conservaban sus posiciones omnipotentes y los pueblos, sobre todo los de las satrapías occidentales, no olvidaban, a pesar de la redoblada opresión, que estaba cercana la hora en que sacudirían aquel yugo. Por fin, tras nuevos y espantosos desvaríos, fué a parar el trono a manos de Darío III. Para poder salvar el imperio, este soberano habría tenido que ser enérgico en vez de virtuoso, implacable en vez de magnánimo, déspota en vez de benigno; los persas lo adoraban y los sátrapas le eran leales, pero esto no le salvó; era amado, pero no temido, y pronto había de demostrarse cuántos grandes del imperio anteponían su propio beneficio a la voluntad y a los favores de su señor, en el que podían admirarlo todo, menos una cosa: la voluntad y la grandeza de mando.

El imperio de Darío extendíase desde el Indo hasta el mar helénico, desde el Jaxartes hasta el desierto de Libia. Su dominación o, mejor dicho, la de sus sátrapas no difería con arreglo al carácter de los distintos pueblos dominados; esta dominación no era en parte alguna popular, no se hallaba asegurada en ninguna parte por medio de una organización surgida del propio país y cuyas raíces estuviesen profundamente soterradas en él; limitábase a una serie de actos de momentánea arbitrariedad, a un sistema de constantes depredaciones y a una especie de continuidad hereditaria de los poderes públicos completamente contraria al sentido del régimen monárquico y que había ido aclimatándose en los períodos de desmadejamiento del poder, de tal modo que el gran rey apenas tenía ya sobre ellos más autoridad que la de las armas o la que les impusieran las conveniencias personales de someterse a su soberano.

El estado en que se hallaba el pueblo en todos los países dominados por el imperio persa hacía al coloso de los pies de arcilla todavía más incapaz para defenderse. Es cierto que los pueblos del Irán, de Ariana, de la Bactriana, eran pueblos guerreros, que se sentían satisfechos con cualquier clase de gobierno, con tal de que éste los condujese a la guerra y al botín; y los jinetes de la Hircania, los bactrianos y los sogdianos formaban los ejércitos permanentes de los sátrapas en la mayoría de las provincias; pero no había que buscar en ellos el más leve sentimiento de adhesión personal a la monarquía, y a pesar de lo temibles que estos jinetes habían sido en otro tiempo para el ataque, en los ejércitos reclutados entre sus pueblos por Ciro, Cambises y Darío, no había que esperar de tales tropas una defensa seria y tenaz, sobre todo si tenían que enfrentarse con la pericia guerrera y la bravura de los griegos. Y no digamos los pueblos del occidente del imperio, mantenidos siempre en la sumisión con gran esfuerzo y

no pocas veces mediante la violencia y la sangre: éstos desertarían del campo persa tan pronto como un enemigo victorioso cruzase sus fronteras. Los griegos de las costas del Asia Menor eran retenidos a duras penas en vasallaje por oligarcas o por tiranos cuya existencia dependía del poder de los sátrapas y del imperio, y los pueblos del interior de la península, continuamente oprimidos por espacio de dos siglos, no tenían ni fuerzas ni interés para levantarse a favor de Persia; ni siquiera habían tomado parte en las anteriores sublevaciones de los sátrapas del Asia Menor; eran pueblos embotados, indolentes, sin el menor recuerdo de su pasado. Y otro tanto ocurría con las dos Sirias, la de aquende y la de allende el mar; largos siglos de servidumbre habían doblado la cerviz de estos pueblos, que estaban dispuestos a contemplar impasibles todo lo que el destino les reservase. Sólo en las costas de Fenicia se mantenía la vida ágil y activa de los viejos tiempos, que envolvía más peligros que lealtad para Persia, y lo único que podía hacer que los fenicios permaneciesen leales a los persas era sus celos contra Sidón y sus propias conveniencias. Finalmente, el Egipto no había renegado jamás de su odio contra los extranjeros opresores de su país, y las tropelías cometidas por Artajerjes Ojos para recobrar su dominación podrían, si acaso, haber paralizado las fuerzas, pero jamás habrían ganado las simpatías. Todos estos países, conquistados por el imperio persa para desgracia suya, se desprenderían irremediablemente de él tan pronto como se descargase un golpe audaz desde el occidente.

He aquí por qué la política persa no tenía, desde hacía mucho tiempo, preocupación más alta que la de atizar los recelos y las discordias entre los estados helenos, debilitando a los poderosos y azuzando y apoyando a los débiles y procurando frustrar por debajo de cuerda y por medio de un sistema muy complicado de corrupción y de intrigas una acción conjunta de los helenos que, de producirse, no estarían en condiciones de poder resistir. Y, en efecto, esta política habíales dado buenos resultados a los persas durante mucho tiempo; pero ahora la monarquía macedonia, avanzando con paso rápido y firme, amenazaba dar al traste con los frutos de todos estos esfuerzos. Después de la victoria de Queronea y de la consiguiente fundación de la liga helénica, los que dirigían el imperio persa desde la corte de Susa no podían ignorar ya lo que se avecinaba.

Hasta que subió al trono Darío —por los mismos días aproximadamente en que fué asesinado Filipo—, no se tomaron medidas para hacer frente a las tropas invasoras, que cruzaban ya el Helesponto. Darío III encargó al rodio Memnón, hermano de Mentor, que se pusiera al frente de todos los mercenarios griegos que pudiera reunir, con órdenes de cerrar el paso a los macedonios y proteger las fronteras del imperio. No era difícil comprender que con estos procedimientos lograría hacerse frente, si acaso, a un cuerpo del ejército invasor, pero jamás a todo el ejército macedonio-heleno de que aquel cuerpo era la vanguardia y que se preparaba ya para dirigirse al Asia. Tampoco era posible poner en pie de guerra y enviar al Asia Menor un ejército persa antes de que las nuevas tropas de invasión desembarcasen; no había, materialmente, tiempo para ello; por eso, lo mejor

y lo más fácil era matar el peligro mismo en su raíz. Para ello, estableciéronse contactos con la corte macedonia y el rey Filipo —según había de declarar más tarde Alejandro, en un mensaje dirigido al gran rey— fué asesinado con su conocimiento y por su voluntad. En efecto, aquel golpe parecía haber hecho abortar la temida empresa, y los disturbios que a poco estallaron en Tesalia, en toda la Hélade, en la Tracia y en Iliria disiparon hasta la última preocupación que pudiera quedar; y cuando Atalo, a la cabeza de sus tropas y en connivencia con los estadistas dirigentes de Atenas, se pronunciaba en contra de la subida al trono de Alejandro, parecía que las intrigas políticas iban a triunfar una vez más. Ya Memnón había atacado a Magnesia, ocupada por Parmenión y Atalo, infligiéndoles sensibles pérdidas por medio de hábiles maniobras. Sin embargo, todas aquellas esperanzas resultaron fallidas. Alejandro había logrado poner en orden los asuntos de Macedonia y pacificar Grecia; Atalo fué eliminado y sus tropas reducidas rápidamente a la obediencia. Parmenión había ocupado con una parte de su ejército el Grineón para volverse luego contra Pitane, mientras Calas, hijo de Harpalo, al frente del resto de las tropas, se establecía en el interior de la región de Tróade. La campaña del rey macedonio contra los tracios, los tribalos y los ilirios daba a la corte persa un nuevo respiro; lo aprovechó, es verdad, para movilizar el ejército de tierra y la potencia naval de las costas marítimas; pero, a pesar de todo, seguía especulando con la deserción y la sublevación de los estados de la Hélade, seguía esperando a ver hasta dónde llegaba Memnón con su pequeño contingente de tropas.

El punto más importante para proteger a Persia contra una invasión por el Helesponto era Cícico; esta ciudad libre y densamente poblada, construída sobre una isla separada del continente por un brazo de mar fácilmente vadeable, fuertemente amurallada en los últimos decenios, dotada de abrigos para 200 trieras, aseguraba a quien la tuviese en sus manos o la ganase para su causa una posición que dominaba la Propóntide, la costa asiática hasta Lampsaco y la entrada oriental del Helesponto. Para el cuerpo expedicionario macedonio que operaba en el Asia era de la mayor importancia que esta ciudad volviese la espalda a los persas. Memnón intentó tomarla por medio de un golpe de mano; al frente de 5,000 mercenarios griegos, salió de las posiciones que ocupaba en la Bitinia occidental y fué acercándose a marchas forzadas; estuvo a punto de apoderarse de la ciudad, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, en la creencia de que el ejército que se acercaba era el de Calas; en vista de que no había logrado su propósito, Memnón asoló los campos que rodeaban la ciudad y se dirigió velozmente a la Eólida, donde Parmenión tenía sitiada la plaza de Pitane; al aparecer las tropas de Memnón, fué levantando el cerco. Sin pérdida de momento, marchó hacia la Tróade —la ciudad de Lampsaco estaba también en su poder—, donde se le había adelantado ya considerablemente Calas; Lampsaco ofrecía un excelente punto de apoyo para los mercenarios al servicio de los persas; las tropas de Memmón, superiores en número, salieron victoriosas en una batalla y Calas

vióse obligado a replegarse sobre el Helesponto y a hacerse fuerte en la posición fortificada de Roiteón.

No es posible saber si Calas logró retener, por lo menos, esta última posición; lo que desde luego se sabe es que Parmenión se presentó poco después en la corte de Pella. Tal vez lo llamase el rey, puesto que después de la terminación de la campaña en el norte ya sólo interesaba conservar como cabeza de puente los puntos que cubrían el paso del estrecho para cruzar de Europa al Asia y, para ello, teniendo la flota al lado, bastaba con retener un reducido número de tropas en Roiteón y tal vez en Abidos. Por eso es mucho más sorprendente que Memnón, que era un excelente general, no se aprovechase de las circunstancias para limpiar rápidamente de enemigos toda la costa; más tarde, los sátrapas le echaron en cara que procuraba alargar todo lo posible la guerra para hacerse indispensable; bien fuese esto, bien porque los recelos de los sátrapas le privaban de los medios necesarios para hacer más, lo cierto es que no lo hizo.

## ALEJANDRO CRUZA EL HELESPONTO

En la primavera del 334, la flota del gran rey estaba lista para hacerse a la vela; se ordenó a los sátrapas y gobernadores del Asia Menor que avanzasen con sus tropas hacia la costa e hiciesen frente a los macedonios en el momento mismo de pisar tierra de Asia. En los llanos de Zelea se concentró el ejército de los defensores de Persia, formado por unos 20,000 jinetes persas, bactrianos, medos, hircanos y paflagonios y otros tantos mercenarios griegos; un ejército que, como pronto habría de demostrarse, era lo suficientemente valiente y numeroso para cerrar el paso al enemigo si hubiera tenido buenos mandos. Pero el gran rey no había creído oportuno nombrar un general en jefe que se pusiera al frente de él; ordenó que los jefes, reunidos en consejo, tomasen las decisiones necesarias a medida que fueran desarrollándose las operaciones; estos jefes eran, además de Memnón; Arsites, hiparca de la Frigia del Helesponto, el país más directamente amenazado por la invasión; Espitrídates, sátrapa de Lidia y Jonia; Atizíes, sátrapa de la Gran Frigia; Mitrobuzanes, hiparca de la Capadocia; el persa Omares y otros príncipes de Persia. No cabe duda de que el general más capaz que había entre ellos, si no el único, era Memnón; pero, por ser griego y favorito del rey, concitaba contra él los odios de todos y esto hacía que tuviese en el consejo de guerra de los persas menos influencia de lo que habría sido deseable para la causa del imperio asiático.

Mientras todo esto sucedía en el Asia Menor, Alejandro estaba ya tan avanzado en sus preparativos, que pudo ponerse en marcha con sus tropas a comienzos de la primavera del año 334. Bajó hacia el mar por Anfípolis sobre el Esrimón y siguió a lo largo de la costa, por Abdera, Maronea y Cardia; al vigésimo día de marcha estaba en Sestos. Su flota se hallaba ya en el Helesponto. Parmenión recibió la orden de conducir a la caballería y a la mayor parte de la infantería hasta Anidos. El rey, con la otra parte de la infantería, se dirigió a Elaio, frente

a las playas de la Tróade, para sacrificar a los dioses sobre la colina funeraria de Protesilao, el primer héroe caído en la guerra contra Troya, implorando de ellos un desenlace más feliz que el que aquel desventurado héroe tuviera en su expedición contra el oriente. Tras esto, fué embarcado el ejército; 160 trieras y muchos barcos de carga surcaron aquellos días las aguas que bañan las hermosas playas del Helesponto, adornadas con las galas de la primavera, entre las costas de aquella tierra que un día subyugara y flagelara Jerjes; el propio Alejandro, empuñando el timón de su nave real, dejó atrás la tumba de Protesilao y puso proa a la bahía que desde los tiempo de Aquiles y Agamenón venía llamándose el Puerto de los Acayos y junto a la cual se levantaban los túmulos funerarios de Ayax, Aquileo y Patroclo. A la altura del Helesponto, sacrificó a Poseidón y ofrendó sus dones a las Nereidas en un cuenco de oro. Luego, las naves expedicionarias se acercaron a la playa, la triera de Alejandro fué la primera en tocar tierra; desde la proa, el rey arrojó su lanza a la tierra enemiga y saltó a la playa, el primero de todos, revestido de todas sus armas. Ordenó que se levantasen altares para señalar aquel sitio ante la posteridad. Después, se trasladó con sus estrategas y escoltado por los hipaspistas, a las ruinas de Ilión, sacrificó en el templo de la Atenea iliónica, le ofrendó sus armas y tomó en vez de ellas otras de las que se custodiaban en el templo, principalmente el escudo sagrado que se consideraba como el de Aquiles. Sacrificó también ante el altar del Zeus protector de los hogares en honor a la sombra de Príamo para aplacar su cólera contra el linaje de Aquiles, puesto que el hijo de Aquileo había dado muerte al anciano rey en el hogar sagrado. Y sobre todo, honró la memoria de su gran antepasado Aquiles, coronó y ungió la tumba del héroe y su amigo Efaistón hizo lo mismo con la de Patroclo. Luego, organizáronse torneos de todas clases. Acudieron muchas gentes, naturales del país y helenos, llevando al rey coronas de oro, entre otros el ateniense Cares, señor de Sigeón, el mismo cuya entrega exigiera Alejandro un año antes del demos de Atenas. Al terminar las fiestas, el rey ordenó que fuese reconstruída Ilión, concedió la autonomía y exención de impuestos a los vecinos de la nueva ciudad y les prometió que seguiría acordándose de ellos.

## BATALLA DEL GRÁNICO

Terminados estos preliminares religiosos, marchó hacia el llano de Arisbe, donde había acampado el resto del ejército conducido por Parmenión, después de desembarcar cerca de Abidos. Sin pérdida de momento, las tropas pusiéronse en marcha para salir al encuentro del enemigo, del que se sabía que se hallaba apostado en Zelea, como unas quince millas al este de allí. Pasaron por Percota hacia Lampsaco, la ciudad de Memnón; los vecinos de esta ciudad enviaron una embajada suplicando la gracia del rey; iba al frente de ella Anaxímenes, hombre de ciencia bastante conocido y por quien Filipo había sentido cierta simpatía; ante sus súplicas, Alejandro perdonó a la ciudad.

Desde Lampsaco, el ejército siguió avanzando sin separarse mucho de la costa, llevando en vanguardia al lincestio Amintas con un escuadrón de caballería, el de Apolonia, y cuatro escuadrones de sarissóforos. Al acercarse, se les rindió la ciudad de Príapos, en la Propóntide, no lejos de la desembocadura del Gránico; las circunstancias en que se encontraba aquella plaza, que dominaba la llanura de Adrastea, bañada por el Gránico, eran de importancia, pues según los informes de Amintas el ejército persa había avanzado hasta las orillas del Gránico, razón por la cual era de esperar que se produjese allí el primer encuentro con el enemigo.

Era evidente que Alejandro deseaba descargar cuanto antes el primer golpe; razón de más para que los persas hubieran procurado rehuirlo. En el consejo de guerra celebrado en Zelea, Memnón había querido disuadir a los demás de comenzar una lucha que difícilmente prometía una victoria y que, aun en caso de vencer, no reportaría ninguna ventaja; alegó, en apoyo de su criterio, que los macedonios eran muy superiores a los persas en cuanto a infantería y doblemente peligrosos, puesto que combatirían al mando de su rey, mientras que Darío estaba lejos de sus tropas; aun suponiendo que los persas resultasen victoriosos de esta batalla, los macedonios tendrían la espalda cubierta y su pérdida se reduciría a la de un ataque frustrado; en cambio, los persas, si salían derrotados, perderían el país que estaban obligados a defender: en aquellas condiciones, todo aconsejaba rehuir la batalla decisiva. Alejandro, seguía argumentando Memnón, sólo tenía provisiones para poco tiempo; lo que había que hacer era irse retirando lentamente hasta dejar a sus espaldas un desierto en el que el enemigo no encontrase refugio, ganado ni techo; entonces, Alejandro se daría por vencido sin necesidad de presentarle batalla y con un daño relativamente pequeño se evitaría un mal mayor e incalculable. El parecer de Memnón no encontró la menor acogida en el consejo de guerra de los generales persas; fué considerado indigno de la soberanía de un país como Persia; se opuso a él, sobre todo, el hiparca Arsites de la Frigia helespóntica, alegando que no permitiría que en su satrapía se pegase fuego a una sola casa. Los demás persas votaron con él en pro de la batalla, tanto por ganas de pelear como por aversión contra aquel intruso griego, a quien el rey guardaba ya demasiadas consideraciones y que parecía querer alargar la guerra para seguir haciéndose poderoso a la sombra del rey. Ordenaron que el ejército persa saliese al encuentro de los macedonios hasta las orillas del Gránico y acordaron cortar los avances de Alejandro en las escarpadas márgenes de aquel río. Y emplazaron a sus tropas en la ribera derecha, haciendo que la orilla fuese cubierta por la caballería persa y el terreno pendiente, a alguna distancia del río, por los mercenarios griegos.

Mientras tanto, Alejandro avanzaba por los llanos de Adrastea hacia el Gránico,* la infantería pesada repartida entre las dos columnas de las alas derecha e izquierda, en el flanco derecho la caballería macedonia y en el izquierdo la tesaliense y la griega; las bestias de carga, con la mayor parte de la infantería

* Véase nota 5, al final.

ligera, detrás de estas dos columnas; en vanguardia iban los sarissóforos y como unos quinientos hombres de infantería ligera, al mando de Egelojo. Ya iba acercándose al Gránico el grueso del ejército cuando algunos de los sarissóforos volvieron atrás, corriendo, para avisar que el enemigo se hallaba apostado en orden de batalla al otro lado del río, la caballería desplegada en línea a lo largo de la ribera escarpada y lodosa, y la infantería un trecho más atrás. Alejandro dióse cuenta en seguida de los graves errores cometidos en la disposición de las fuerzas enemigas, que destinaba al arma del ataque impetuoso a defender un terreno difícil y condenaba a los excelentes mercenarios griegos a ser ociosos espectadores de un combate que sólo ellos podían reñir eficazmente; una carga audaz de la caballería bastaría para ganar la orilla de enfrente y con ella la batalla, cuyos resultados se encargarían de asegurar y extender los hipaspistas y las falanges. Hizo que las tropas de marcha a derecha e izquierda avanzasen y se formasen en orden de batalla. Estando en esto, Parmenión se presentó ante Alejandro para disuadirle de que emprendiese la batalla; según él, lo aconsejable era acampar, por el momento, a la orilla del río; el enemigo, más débil en infantería, no se atrevería a pernoctar tan cerca de los macedonios, se replegaría y ello permitiría cruzar tranquilamente el río a la mañana siguiente, antes de que los persas estuviesen lejos y formados en orden de batalla; en cambio, ahora el paso del río no estaba exento de peligros: el día iba declinando y la corriente del río era, en algunos puntos, profunda y rápida y la margen del otro lado escarpada; no sería posible cruzar en línea, sino en columnas; la caballería enemiga cogería a éstas de flanco y la acuchillaría antes de darle tiempo a desplegarse en combate; y había que tener en cuenta, además, que el primer revés no era sensible solamente de por sí, sino de resultados muy lamentables, además, en cuanto al resultado de la guerra. A lo que el rey contestó: "No dejo de darme cuenta de lo que me dices; pero me avergonzaría de haber cruzado tan fácilmente el Helesponto y de que este miserable brazo de agua me impidiese pasar al otro lado; además, ello no cuadraría bien ni con la fama de los macedonios ni con mi manera de afrontar los peligros; creo que los persas cobrarían ánimos y se sentirían capaces de medirse con nosotros al ver que no les sucedía inmediatamente lo que están temiendo." Con estas palabras, envió a Parmenión al ala izquierda, a cuyo frente debía colocarse, mientras él mismo cabalgaba para tomar el mando de los escuadrones del ala derecha.

Por el brillo de sus armas y las plumas blancas de su casco, y por las muestras de reverencia de los que le rodeaban, conocieron los persas apostados al otro lado del río que Alejandro se hallaba al frente del ala izquierda y que era allí de donde había que esperar el ataque principal; apresuráronse a colocar el núcleo de su caballería, en filas compactas, más cerca de la orilla y frente a aquel lado; allí ocupaban sus puestos Memnón con sus hijos y Arsames con sus propios jinetes; venían luego, en línea de batalla, el hiparca frigio Aristes, el sátrapa lidio Espitrídates con los jinetes hircanios y cuarenta nobles persas que formaban su escolta, a continuación las demás tropas de caballería del centro y, finalmente, las del ala de-

recha, al mando de Reomitres. Durante unos instantes, los dos ejércitos se enfrentaron silenciosos, en una espera llena de tensión: los persas preparados para lanzarse sobre el enemigo tan pronto como, después de cruzar el río, se dispusiera a subir por la escarpada orilla y sin darle tiempo a ordenar sus filas; Alejandro, por su parte, acechando con rápida mirada cómo y por dónde sería mejor atacar. Luego, montó sobre su caballo de batalla, exhortó a las tropas a que le siguieran y a que combatiesen como hombres y dió la orden de avanzar. Iba delante Amintas, el lincestio, con los sarissóforos y los peonios y una taxis (de hipaspistas) y le seguía la ila de Apolonia, mandada por Tolomeo, hijo de Filipo, que en aquella jornada ocupaba el primer lugar entre los escuadrones de caballería y tenía, por tanto, el honor de encabezar el primer ataque. Tan pronto como empezaron a vadear el río, les siguió el rey a la cabeza de las demás ilas de los "hetairos", entre los toques de las trompetas y el estrépito de los cantos de combate; su intención era, mientras Tolomeo atraía con su ataque el ala de la extrema izquierda del enemigo, avanzando por la derecha con sus siete escuadrones, apoyado en Tolomeo y por la izquierda en la línea de la infantería que venía tras él, irrumpir sobre el centro del enemigo y romper por allí sus filas. Mientras tanto, Parmenión, con el ala izquierda, siguiendo el río en diagonal, se encargaría de paralizar el ala derecha del enemigo.

La batalla comenzó tan pronto como Amintas y Tolomeo se acercaron a la orilla enemiga. Los persas, conducidos en aquella parte por Memnón y sus hijos, intentaron con todas sus fuerzas impedirles subir por la orilla, lanzándoles sus jabalinas desde lo alto de ella y bajando directamente hasta el río para hacerlos retroceder; los macedonios, a los que el limo resbaladizo de la orilla entorpecía en sus movimientos, veíanse en grave aprieto y sufrían duras pérdidas, sobre todo los de la extrema derecha, pues los de la izquierda tenían ya un punto de apoyo. En efecto, el rey con su agema había cruzado el río y arremetía ya contra el punto de la orilla de en frente defendido por la masa más compacta del enemigo y por los jefes de su ejército. Inmediatamente empezó a librarse aquí, en torno a la persona del rey, el más violento combate, al que fueron sumándose, una tras otra, las demás ilas, una vez cruzado el río; un combate de caballería que, por su tenacidad, su persistencia y su furia, nada tenía que envidiar a un combate cuerpo a cuerpo de tropas de infantería; trabados caballo contra caballo y hombre contra hombre, los macedonios blandían sus lanzas y los persas sus jabalinas ligeras y sus alfanjes, aquéllos empeñados en hacer retroceder a los persas de la orilla al campo abierto, éstos en rechazar a los macedonios al otro lado del río. En medio de aquella densa masa de hombres y caballos revueltos veíase el penacho blanco del casco de Alejandro; en lo más álgido de la batalla se le astilló la lanza y llamó a su caballerizo para que le diese otra; pero también a él se le había roto la suya y seguía peleando con la contera; apenas Desmarato de Corinto había alargado su lanza al rey, se acercó al galope un nuevo escuadrón de jinetes persas escogidos; su jefe, Mitrídates, se abalanzó a la cabeza de ellos sobre Alejandro y su jabalina hirió al rey en un hombro; inmediatamente, una lanzada de Alejan-

dro derribaba al príncipe persa, muerto. En el mismo instante, el hermano del caído, Roisaces, arremetió contra Alejandro y de un mandoble le partió el casco, haciéndole un rasguño con el sable en la frente; Alejandro le atravesó con la lanza la coraza, se la clavó en el pecho y Roisaces cayó del caballo, de espaldas. Al mismo tiempo, Espitrídates, el sátrapa libio, había saltado hasta cerca de Alejandro; ya su alfange iba a abaairse sobre la espada del rey en mortal golpe, cuando se colocó frente a él el negro Clito y, de un tajo, separó el brazo del sátrapa de su tronco y luego le dió el golpe de gracia. El combate iba cobrando proporciones cada vez mayores de ferocidad; los persas luchaban con enorme bravura para vengar la muerte de su príncipe, mientras del bando contrario cruzaban el río nuevas y nuevas fuerzas, lanzándose a la lucha y segando a cuantos se oponían a su paso; en vano intentaron Nifates, Petines, Mitrobuzanes oponer resistencia; en vano se esforzaron Farnaces, cuñado de Darío, y Arbupales, nieto de Artajerjes, por mantener juntas a sus tropas, que empezaban ya a dispersarse; pronto quedaron tendidos todos ellos en el campo de batalla. El centro de las líneas persas estaba roto y la fuga de sus tropas se generalizó. Cayeron allí según unos mil y según otros dos mil quinientos persas; los demás abandonaron el campo en rápida fuga, completamente quebrantados. Alejandro no los persiguió hasta muy lejos, porque todavía las alturas seguían ocupadas por la masa íntegra de la infantería enemiga, mandada por Omares y dispuesta a defender la fama de los mercenarios griegos contra las armas macedonias. Era lo único que había quedado del ejército enemigo; aquellas fuerzas, espectadoras ociosas de un combate sangriento que su cooperación habría decidido tal vez en favor suyo, sin órdenes concretas para el caso, imprevisto por el orgullo de los príncipes persas, de que las cosas fuesen mal, seguían allí, clavados en sus alturas, que, por lo menos, habrían podido asegurarles una retirada honrosa; la fuga ciega de los escuadrones de caballería había dejado a aquellos hombres abandonados; entregados a sus propias fuerzas, esperaban el ataque del enemigo victorioso y su propia destrucción, decididos a vender caras sus vidas. Alejandro ordenó a la falange avanzar sobre ellos, a la vez que cargaba sobre sus posiciones toda la caballería, incluso la tesaliense y la helénica del ala izquierda. Tras un breve y espantoso combate, en el que el rey vió cómo caía entre sus piernas el caballo que montaba, fueron dominados los mercenarios; pocos lograron salvarse, únicamente los que se escondieron debajo de los cadáveres; fueron tomados prisioneros como unos dos mil.

Las pérdidas de Alejandro fueron relativamente pequeñas; en el primer ataque cayeron veinticinco jinetes de la ila de Apolonia; quedaron, además, en el campo como unos sesenta hombres de caballería y unos treinta de infantería. Fueron enterrados al día siguiente, con su armamento completo y con todos los honores militares; el rey ordenó que sus padres y sus hijos, en Macedonia, quedaran exentos para siempre de impuestos. Alejandro se cuidó personalmente de los heridos, acudió a donde estaban, hizo que le enseñasen sus heridas y que cada cual le contase cómo y dónde las había recibido. Ordenó que fuesen sepultados también los jefes persas caídos en la batalla y los mercenarios griegos que habían

encontrado la muerte al servicio del enemigo; en cambio, los prisioneros helenos fueron cargados de cadenas y enviados a Macedonia para que se les destinase a trabajos forzados en las obras públicas, por haber peleado en contra del acuerdo común de la Hélade y a favor de los persas enemigos de Grecia; sólo fueron perdonados los tebanos. El rico campamento persa cayó en manos de Alejandro; éste compartió el botín de la victoria con sus aliados y envió a Olimpia, su madre, algunos de los cálices de oro, de los tapices de púrpura y de otros objetos valiosos que se encontraron en las tiendas de los príncipes persas; en memoria de los primeros veinticinco caballeros caídos en la lucha, ordenó que el escultor Lisipo fundiese otras tantas estatuas de bronce para ser expuestas en Dion. Y envió a Atenas trescientas armaduras completas como ofrenda a Palas Atenea, con esta inscripción: "Alejandro, hijo de Filipo, y los helenos, con excepción de los lacedemonios, de los bárbaros del Asia".

La victoria del Gránico puso fin a la dominación de Persia del lado de acá del Tauro, destrozó y abatió de tal modo el poder combatiente de las satrapías colocadas como avanzada del imperio, que ya no se atreverían a volver a enfrentarse en campo abierto con los macedonios; podían darse también por vencidas las guarniciones persas de las grandes ciudades de esta parte del imperio, demasiado reducidas para poder hacer frente a un ejército victorioso. Añádase a esto que muchos caudillos de los persas, entre los que descollaba sobre todo el sátrapa libio, habían caído en la batalla; que Aristes, el hiparca de la Frigia helespóntica, se quitó la vida poco después de la acción del Gránico, por vergüenza y por miedo a la responsabilidad, y, finalmente, que aquellas importantes costas caerían con mayor facilidad en poder de los macedonios porque en las ricas ciudades griegas del litoral quedaban todavía hombres de sentimientos democráticos a quienes ahora se les brindaba la ocasión de liberarse del yugo persa y de los oligarcas afectos a la causa del imperio.

## OCUPACIÓN DE LAS COSTAS OCCIDENTALES DEL ASIA MENOR

Alejandro no podía dudar ni un momento del rumbo que debía tomar ahora, para explotar del modo más ventajoso y potenciar las consecuencias de su victoria. Un rápido avance sobre las tierras del interior del Asia Menor habríale permitido conquistar vastos territorios, un gran botín y nutridos contingentes humanos; pero la finalidad por él perseguida era, sencillamente, destruir el poder del gran rey; ya operaba en el mar Egeo una flota persa que, si Alejandro se hubiese internado por el país, habría podido maniobrar a espaldas suyas, apoderarse de las costas y establecer contacto con la Hélade. Tiempo había de seguir avanzando tierra adentro; para ello necesitaba contar con una base de operaciones lo más ancha y segura que fuese posible; si sólo se apoyaba en el Helesponto para seguir su marcha hacia el oriente, las satrapías bañadas por el mar Egeo seguirían en manos del enemigo, el cual podría, desde ellas, hostilizar su flanco. Era necesario, antes de seguir adelante, ocupar toda la costa occidental y meridional

del Asia Menor, para luego poder cruzar tranquilamente el Tauro. Aquellas costas, cubiertas de ciudades helénicas o helenizadas, serían más fácil y más seguramente ganadas para la causa del helenismo triunfante cuanto antes se aprovechase la impresión causada por la reciente victoria.

Alejandro confió la satrapía de la Frigia helespóntica a Calas, hijo de Harpalo, persona que, por haber residido dos años en aquella región, era conocida y parecía el más adecuado para administrar un territorio tan extraordinariamente importante como aquél desde el punto de vista militar; fuera de esto, no se introdujo cambio alguno en la administración del país, y siguieron percibiéndose los mismos impuestos que antes se pagaban al gran rey. Los habitantes no griegos del interior del país acudieron, en su mayor parte, a someterse de grado a la nueva autoridad y se les envió de nuevo a sus casas, sin más requisitos. Los de Zelea, que habían sido reclutados para luchar con el ejército persa en el Gránico, fueron perdonados, teniendo en cuenta que se habían visto obligados a pelear por la fuerza. Parmenión fué destacado a Dasquilión, residencia del sátrapa frigio; sin inconveniente alguno, tomó la ciudad, previamente evacuada por la guarnición persa. Por el momento, no era necesario seguir avanzando hacia el este, puesto que la plaza de Dasquilión bastaba para proteger la espalda de los macedonios en su marcha hacia el sur.

Por su parte, Alejandro se dirigió hacia el sur, para detenerse en Sardes, residencia de la satrapía de Lidia. La ciudad de Sardes era famosa por su antigua ciudadela, emplazada sobre un cerro rocoso que, desde el Tmolos, dominaba la llanura como un vigía; en esta fortaleza, rodeada de una triple muralla y considerada como inexpugnable, custodiábanse los tesoros de la rica satrapía, lo que tal vez habría inducido al gobernador de la ciudad a reforzar la guarnición, ya muy importante de suyo; aparte de que Sardes, si hubiera sido posible defender esta plaza con fuerzas suficientes, habría constituido el mejor punto de apoyo para el poder marítimo de los persas. Alejandro, que no había dejado de hacerse todas estas consideraciones, se alegró mucho cuando, como unas dos millas antes de llegar a la plaza, vió salir a su encuentro a una diputación de la que formaban parte Mitrines, el jefe persa que mandaba la guarnición, y los vecinos más prestigiosos, para entregarle éstos la ciudad y aquél la ciudadela, con sus tesoros. El rey destacó a Amintas, hijo de Andrómenes, para que ocupase la fortaleza, mientras él se detenía a descansar unos instantes antes de proseguir la marcha; en lo sucesivo, retuvo a su lado al persa Mitrines, haciéndole objeto de toda clase de distinciones, tanto seguramente para recompensar su sumisión como para hacer ver a los demás cómo sabía premiar a quienes acataban su poder. Restituyó a los sardenses y a todos los lidios la libertad y la constitución de sus padres, de que se habían visto privados durante dos siglos bajo la opresión de los sátrapas persas. Y, para honrar a la ciudad, decidió adornar la ciudadela con un templo del Zeus olímpico; en el preciso instante en que estaba inspeccionando los terrenos de la acrópolis para buscar el lugar más adecuado, estalló un tormenta y, entre rayos y truenos, descargó una lluvia torrencial sobre el sitio en que en otro tiempo se

alzara el palacio del rey de Lidia; aquél fué el lugar escogido por Alejandro para la edificación del templo que de allí en adelante habría de embellecer la alta ciudadela del tan festejado Creso.

Sardes se convirtió en el segundo punto importante de la línea de operaciones de Alejandro, en la puerta para el interior del Asia Menor, al que conducían los grandes caminos, partiendo de este centro comercial de las costas asiáticas. El gobierno de Lidia fué confiado a Asandro, hermano de Parmenión; fueron puestos a sus órdenes, como guarnición de la satrapía, un destacamento de caballería y cierto número de tropas de infantería ligera; quedáronse en Sardes, al lado de Asandro, Nicias y Pausanias, del grupo de los "hetairos", el segundo como comandante en jefe de la ciudadela y de su guarnición, para la que se destinó el contingente de Argos, y el primero como encargado de repartir y percibir los tributos. Otro cuerpo de ejército, formado por los contingentes de los peloponesios y por los demás helenos fué enviado a la comarca perteneciente al rodio Memnón bajo el mando de Calas y del Alejandro lincestio, que había sustituído a aquél en la jefatura de la caballería tesaliense. Después de la caída de Sardes, podía reputarse necesario proseguir también la ocupación por el flanco izquierdo y apoderarse del resto de las costas de la Propóntide y del camino que conducía al interior del país por el río Sangario. Finalmente después de la batalla del Gránico, la flota —mandada por Nicanor— debió de recibir órdenes de hacerse a la vela rumbo a Lesmos y a Mileto; la aparición de los barcos sería, probablemente, la que decidiría a Mitilene a unirse a la liga macedónica.

Alejandro se encaminó, al frente de las fuerzas principales de su ejército, de Sardes a la Jonia, cuyas ciudades venían soportando desde hacía largos años el yugo de guarniciones persas o de oligarcas afectos a la causa del imperio y que, por mucho que se hubiesen doblegado a la larga servidumbre, no dejaban de sentir la nostalgia de su antigua libertad, que ahora parecía que iba a serles restituida como por un milagro de los dioses. No se piense, sin embargo, que este estado de espíritu se manifestaba en todas partes; allí donde la facción oligárquica era lo suficientemente fuerte, el demos no podía alzar la voz; pero no cabía la menor duda de que, cuando fuese acercándose el poder libertador, la democracia se impondría; y luego, al modo helénico, una alegría jubilosa y desenfrenada y un odio pasional contra los opresores marcarían los comienzos de la nueva era de libertad.

Efeso, la reina de las ciudades jónicas, adelantóse a las demás con un gran ejemplo. El demos de esta ciudad había conquistado su libertad todavía en tiempo de Filipo, tal vez a consecuencia de los acuerdos tomados en Corinto en el año 338. Autofrádates había avanzado con un ejército hasta las puertas de la ciudad, para castigar aquella insolencia; ordenó a las autoridades que saliesen a conferenciar con él y, mientras estaban deliberando, sus tropas atacaron a la población de la ciudad, ajena a todo peligro, tomando prisioneros a muchos y matando a gran número de vecinos. Desde entonces, Efeso volvía a estar bajo la férula de una guarnición persa y el poder de la ciudad se hallaba en manos de Sirfax y de su linaje.

Entre los personajes que habían abandonado la corte de Pella a la muerte de Filipo estaba Amintas, hijo de Antíoco, cuyo hermano Heráclides mandaba la *ila* de caballería de Botiaia; aunque Alejandro lo había tratado siempre bien, huyó de Macedonia, bien porque se sintiese culpable de algo, bien porque abrigase secretos designios, y fué a refugiarse a Efeso, donde la oligarquía le colmó de honores. Después de la batalla del Gránico, Memnón huyó con algunos restos de las tropas derrotadas hacia las costas Jonias y se refugió también en Efeso. La noticia de la derrota de los persas había producido en esta ciudad la más intensa emoción; el pueblo confiaba en reconquistar la democracia y la oligarquía veíase en un grave peligro. En estos momentos, apareció ante la ciudad Memnón; la facción de Sirfax apresuróse a abrirle las puertas y, en connivencia con las tropas persas, empezó a atropellar brutalmente a la facción del pueblo; el sepulcro de Herofto, el libertador de Efeso, fué pisoteado y profanado, el tesoro sagrado del gran templo de Artemisa saqueado, la estatua del rey Filipo que se levantaba en el templo derribada; en una palabra, cometíanse todas aquellas tropelías que suelen deshonrar los últimos días de la tiranía más todavía que los primeros. Entre tanto, el ejército victorioso de Alejandro estaba cada vez más cerca; Memnón habíase trasladado ya a Halicarnaso para tomar allí las medidas defensivas más enérgicas que la situación le consintiese y Amintas, que no se sentía muy seguro ante la excitación del pueblo ni consideraba tampoco posible defender la ciudad contra los macedonios, se apoderó, en unión de los mercenarios que andaban por allí, de dos trieras surtas en el puerto y huyó a refugiarse cerca de la flota presa, la cual se había presentado ya en el mar Egeo, con una fuerza de unas cuatrocientas velas. Apenas el pueblo se vió libre de las fuerzas armadas, se levantó en un movimiento general de indignación contra el partido oligárquico; Sirfax, su hijo y los hijos de sus hermanos se refugiaron en el templo, pero el pueblo, furioso, los arrancó de junto a los altares y los lapidó; luego, fué en busca de sus partidarios, para aplicarles el mismo castigo. En aquel momento, un día después de la huida de Memnón, entró en la ciudad Alejandro, puso fin a la matanza, ordenó que los desterrados regresaran y que la democracia quedase implantada ya para siempre; mandó que se destinaran al templo de Artemisa los tributos que venían pagándose a los persas y extendió el derecho de asilo del templo hasta un estadio más allá de sus escaleras. Es posible que este nuevo deslinde de los dominios del templo respondiese, entre otras cosas, al deseo de prevenir los futuros litigios entre el templo y la comunidad política; lo cierto es que la mediación del rey puso fin a las discordias en el seno de la comunidad, "y si algo redunda en gloria suya —dice Arriano—, es precisamente lo que entonces hizo en Efeso".

Estando todavía en Efeso, llegaron diputaciones de Trales y de Magnesia sobre el Meandro para hacerle entrega de estas dos ciudades, las más importantes de la Caria septentrional; Parmenión fué enviado con un cuerpo de tropa de 5,000 hombres de infantería y 200 de caballería a tomar posesión de aquellas plazas. Al mismo tiempo, se destacó hacia el norte, hacia las ciudades eólicas y

jónicas, a Alcímaco, hermano de Lisímaco, con una cantidad igual o aproximada de tropas y la orden de derrocar en todas partes a la oligarquía, restaurar el régimen del pueblo, poner en vigor de nuevo las antiguas leyes y eximir a las ciudades de los tributos que venían pagando a los persas. Sin duda como repercusión de estas expediciones, fué derribada también en Quíos la oligarquía, al frente de la cual se hallaba Apolónides; en la isla de Lesbos fué derrocada la tiranía en Antisa y Eresos y Mitilene se aseguró por medio de una guarnición macedonia.

Alejandro permaneció todavía algún tiempo en Efeso, estancia que debió de hacerle doblemente gustosa el trato con Apeles, el más grande de los pintores de aquella época; fué entonces cuando se pintó el cuadro de Alejandro con el rayo en la mano, que decoró durante mucho tiempo el templo de Artemisa. Bullían en su cabeza toda una serie de planes encaminados a favorecer las ciudades en que habían florecido las artes griegas; ante todo, ordenó que fuese restaurada la ciudad de Esmirna, destrozada desde la época de la destrucción llevada a cabo por los reyes lídicos, que se construyese un muelle para unir a la ciudad de Clazomene con la isla que le servía de puerto y que se horadase la lengua de tierra que separaba a Clazomene de Teos, para que los barcos no tuviesen que dar un rodeo tan grande por el cabo Negro. Esta obra de ingeniería no llegó a realizarse, pero mucho tiempo después seguían celebrándose en aquel istmo, en un bosquecillo consagrado al rey Alejandro, los torneos organizados por la "liga de los jonios" a la memoria de su libertador.

Después de sacrificar una vez más en el templo de Artemisa y de pasar revista a sus tropas, equipadas con todas sus armas y dispuestas en orden de batalla, partió al día siguiente al frente de su ejército, formado por cuatro ilas de jinetes macedonios, la caballería tracia, los agrianos, los arqueros y como unos 12,000 hoplitas e hipaspistas, por el camino de Mileto. Esta ciudad, dotada de un espacioso puerto, tenía enorme importancia para la flota persa, al acercarse la estación tardía del año, si es que estaba decidida a defender el mar Egeo. El comandante de la guarnición persa de Mileto, el griego Egesístrato, había dirigido un mensaje a Alejandro ofreciéndole entregarle la ciudad, pero, informado de la proximidad de la gran flota persa, lo había pensado mejor y había decidido conservar para los persas aquella importante ciudad portuaria. Razón de más para que Alejandro estuviese resuelto a conquistarla a toda costa.

Mileto estaba situada en un istmo al sur del golfo Látmico, como unas tres millas más abajo de la punta de Micale y a cuatro de la isla de Samos, que se ve emerger en el horizonte sobre el mar; la ciudad misma, dividida en los barrios exteriores y el núcleo interior, defendido por fuertes murallas y profundos fosos, se desplegaba sobre el mar, con cuatro puertos naturales, el mayor y más importante de los cuales era el de la isla de Lade, un poco alejado de la costa; este puerto, lo suficientemente grande para albergar a toda una flota, dió más de una vez motivo a que se librasen combates navales en sus inmediaciones y a que fuesen decididos con su ocupación; los puertos más próximos a la ciudad estaban

separados por pequeños islotes de roca, eran muy cómodos para el comercio, pero poco espaciosos, y hallábanse dominados por la rada de la isla de Lade. Aquella rica ciudad comercial no había sido precisamente oprimida por los persas, quienes habían respetado su democracia; es posible que abrigase la esperanza de poder mantenerse neutral entre las dos potencias beligerantes; había enviado emisarios para recabar la ayuda de los atenienses.

Nicanor, que mandaba la "flota helénica", ganó la altura de Mileto antes de que se presentase la escuadra persa, superior a ella, y ancló delante de la isla con sus ciento sesenta trieras. Al mismo tiempo, Alejandro se presentó ante los muros de la ciudad, se apoderó de los barrios exteriores, puso sitio a la parte interior, mandó a los tracios y como a unos 4,000 mercenarios que pasasen a la isla para reforzar aquella importante posición y ordenó a su flota que bloquease con el mayor cuidado la entrada a Mileto por el mar. Tres días después presentóse la flota enemiga; los persas, al encontrarse la bahía ocupada por las naves de los helenos, viraron hacia el norte y fueron a anclar con sus cuatrocientas velas al abrigo de la punta de Micale.

La proximidad de las fuerzas navales de los helenos y los persas parecía augurar como algo inevitable un combate decisivo en el mar; muchos estrategas de Alejandro lo deseaban; la victoria parecía segura, puesto que hasta el viejo y precavido Parmenión aconsejaba la lucha: en la orilla —según le hace decir Arriano— habíase visto a un águila sentada junto a la sombra de la nave de Alejandro; los griegos habían vencido siempre a los bárbaros en el mar, y aquel signo, el águila, no dejaba la menor duda acerca de cuál era la voluntad de los dioses; un combate naval victorioso sería de una utilidad extraordinaria para la empresa que tenían por delante y, en cambio, si la batalla se perdía no se perdería sino lo que ya no se tenía, pues, al fin y al cabo, con sus cuatrocientas velas, los persas eran los dueños del mar; el propio Parmenión estaba dispuesto a saltar a bordo y tomar parte en el combate. Pero Alejandro rechazó la propuesta: aventurar un combate naval en las condiciones actuales, dijo, sería tan inútil como peligroso y, además, una locura pretender hacer frente con ciento sesenta naves a la superioridad de la flota enemiga y mandar a sus marinos poco avezados a que se estrellasen contra los chipriotas y los fenicios; los macedonios, invencibles por tierra, no podían ser abandonados a merced del mar, elemento extraño para ellos y donde, además, podían suceder mil contingencias imprevistas; la pérdida del combate no sólo causaría gran quebranto a las esperanzas puestas en su empresa, sino que daría a los helenos la señal para la deserción; por otra parte, los resultados de una victoria, suponiendo que pudiera lograrse, serían muy pequeños, ya que la marcha de sus operaciones por tierra se encargaría de destruir o dispersar por sí misma a la flota persa; y así había que interpretar también el presagio invocado; el hecho de que el águila estuviera posada en tierra quería decir que ellos vencerían por tierra al poder naval de los persas; no bastaba con no perder nada; el no ganar era ya una pérdida. La flota no se movió de su fondeadero en la rada de Lade.

Glaucipo, un milesio de nota, presentóse en el campamento del rey a declarar, en nombre del pueblo y de las tropas mercenarias en cuyas manos se hallaba la ciudad, que Mileto estaba dispuesto a abrir sus puertas y sus puertos por igual a macedonios y a persas si Alejandro levantaba el sitio a la ciudad. Alejandro contestó a aquella embajada que no había venido al Asia para contentarse con lo que tuvieran a bien ofrecerle y que sabría imponer su voluntad; que, llegada la hora, sería él quien decretaría el castigo o el perdón para la felonía que había movido a la ciudad a ofrecer una resistencia tan punible como infructuosa; y que Glaucipo se volviese cuanto antes a la ciudad y anunciase a los milesios que debían prepararse para un ataque. A la mañana siguiente entraron en acción los arietes y las máquinas quebranta-murallas, abriendo en seguida una brecha en éstas. Los macedonios irrumpieron en la ciudad, mientras su flota, al darse cuenta desde su fondeadero de que había comenzado el asalto, remaron hacia el puerto y bloquearon su entrada, de tal modo que las trieras, bien apretadas unas contra otras y con sus espolones mirando hacia el mar, impedían a la flota enemiga prestar ayuda a la ciudad y a los milesios salir de ella para ir a refugiarse a los barcos persas. Los milesios y los mercenarios encerrados en la ciudad, acosados por todas partes y sin perspectiva de salvación, la buscaban en la huída; unos fueron nadando en sus escudos hacia los islotes de la salida del puerto, otros intentaban deslizarse en botes por entre las trieras macedonio-helénicas; la mayoría perecieron dentro de la ciudad misma. Ya dueños de la ciudad, los macedonios, conducidos por el mismo Alejandro, se dirigieron hacia el islote para tomarlo, y ya se habían lanzado desde las trieras las escalas de cuerda sobre las escarpadas rocas de la orilla para saltar a ella, cuando el rey, sintiendo compasión hacia aquellos valientes, que aun allí se disponían a defenderse o a morir con gloria, ordenó que se les perdonase la vida a condición de que se enrolasen en su ejército; así fueron salvados unos trescientos mercenarios griegos. Además, Alejandro concedió la vida y la libertad a todos los milesios que no habían perecido en el asalto.

La escuadra persa había contemplado, impasible, la caída de Mileto desde su abrigo de Micale, sin hacer o intentar hacer lo más mínimo por ayudar a la ciudad. Día tras día, salía a buscar a la flota helénica, con la esperanza de tentarla a combatir y todas las tardes regresaba, sin haber conseguido nada, a la rada que le servía de fondeadero, punto de anclaje extraordinariamente incómodo, pues por la noche tenían que ir a buscar agua potable hasta el río Meandro, como a unas tres millas de allí. El rey maquinó el modo de desalojarla de su posición, sin necesidad de que su propia flota abandonase el lugar seguro que ocupaba y desde el que protegía, además, a la ciudad; envió a la caballería y a tres taxis de infantería, al mando de Filotas, hacia la punta de Micale, siguiendo la costa, con orden de que impidiesen todo desembarco del enemigo; las naves persas, bloqueadas por tierra y privadas completamente de agua y de víveres, viéronse obligadas a cruzar hasta la isla de Samos para proveerse de lo más indispensable. Logrado esto, regresaron y formáronse en orden de combate, retando al enemigo

a la lucha; en vista de que la flota helénica no estaba quieta en su sitio, enviaron cinco barcos hacia el puerto que, situado entre el campamento macedonio y los islotes, separaba al ejército de la flota, con la esperanza de encontrar las naves enemigas sin tripulación, ya que era sabido que, por regla general, la marinería desembarcaba a ciertas horas para recoger leña y provisiones. Tan pronto como Alejandro vió venir aquellos cinco barcos, ordenó que la marinería que estaba a mano embarcase en diez trieras y se hiciese a la mar para dar caza al enemigo. Pero, antes de que sus perseguidores estuviesen cerca, las naves persas viraron en redondo, a toda marcha, para ir a unirse a su flota; uno de ellos, que navegaba mal, cayó en manos de los macedonios y fué traído a puerto; resultó ser de Jaoos, un puerto de la Caria. La escuadra persa se retiró a Samos sin haber intentado ninguna otra acción contra Mileto.

Los últimos acontecimientos habían acabado de convencer a Alejandro de que la flota de los persas no representaba ya ningún obstáculo importante para los movimientos de sus fuerzas de tierra y que, a medida que fuese progresando la ocupación de las costas por su ejército, aquellos barcos, sin comunicación alguna con tierra, renunciarían a toda acción decisiva y se limitarían a buscar abrigo en las islas. Entregado de lleno a las operaciones en tierra firme y en toda la fuerza de su ofensiva, Alejandro llegó a la conclusión de que su poder naval, en la imposibilidad de mantener el dominio del mar contra una fuerza tres veces mayor, se hallaba condenado a estar a la defensiva. Su flota habíale prestado importantes servicios al comienzo de la campaña y para cubrir las primeras operaciones de su ejército de tierra, pero ahora, desde que el poder persa había sucumbido en el Asia Menor, no tenía para él una gran utilidad y, en cambio, originaba gastos extraordinarios; ciento sesenta trieras suponían una dotación de unos treinta mil marineros y epibates, casi tantos hombres como los enrolados en el ejército que había de dar al traste con el imperio persa; costaban, al mes, más de cincuenta talentos en soldadas y tal vez otro tanto en provisiones, sin que, a diferencia del ejército de tierra, que no costaba mucho más caro sostener, aportasen diariamente nuevas conquistas y nuevo botín. Las arcas de Alejandro estaban exhaustas y no podían esperar, por el momento, ningún ingreso importante, porque a las ciudades griegas, a medida que iban siendo liberadas, se les condonaban los impuestos y a las del interior del país no se las quería flagelar ni saquear, sino, sencillamente, seguir percibiendo de ellas los tributos antiguos, que eran bastante reducidos. Tales fueron las razones que movieron al rey a disolver su flota, en el otoño del año 334; conservó solamente unos cuantos barcos para el transporte a lo largo de la costa, entre ellos veinte suministrados por Atenas, bien para honrar de este modo a los atenienses o para tener en ellos una prenda de su lealtad, caso de que la flota enemiga, como era de suponer, se dirigiese hacia la Hélade.

## CONQUISTA DE HALICARNASO

Ahora, después de la disolución de la flota, era doblemente importante para Alejandro ocupar todas las regiones de la costa, todas las ciudades marítimas, todos los puertos, con objeto de llevar a cabo el bloqueo continental con el que esperaba contrarrestar el poder naval de los persas. En las costas del mar Egeo aún quedaba por ocupar la Caria y en ella la ciudad de Halicarnaso, importantísima por la posición que ocupaba a la entrada de aquel mar y por el hecho de haberse concentrado en aquella ciudad fortificadísima, dispuestos a hacer resistencia, los últimos restos del poder persa en el Asia Menor.

La Caria había caído hacía como unos cincuenta años, en tiempo de Artajerjès II, bajo la dominación del dinasta Hecatomnos de Halicarnaso, que aunque era nominalmente un sátrapa persa, ejercía poco menos que un poder independiente y estaba dispuesto a hacer valer esta independencia por las armas, a la primera ocasión que se le presentase; había trasladado su residencia al interior del país, a la ciudad de Milasa, y se las había arreglado para extender considerablemente su dominación desde allí. Su hijo y sucesor en el poder, Mausolo, prosiguió los planes de su padre y acrecentó su poderío y sus riquezas por todos los medios a su alcance; habiéndosele encomendado también la Licia, dominaba dos importantes provincias marítimas del Asia Menor; esto hizo que pusiese todo su empeño en seguir desarrollando su poder marítimo —ya su padre había luchado contra Chipre, siendo nauarca persa—; Mausolo volvió a trasladar su residencia a la ciudad marítima de Halicarnaso, que agrandó mediante la fusión de seis pequeños lugares; fué él quien provocó la guerra de los confederados contra Atenas, para debilitar el poder naval de este estado; ambicionaba quedarse incluso con la ciudad de Mileto. Después de morir su hermana y esposa Artemisa, que les había sucedido en el poder según la costumbre caria, se hizo cargo del gobierno el segundo hermano, llamado Idrieo; favorecido por las circunstancias, logró mantener su dominio sobre las islas de Quíos, Cos y Rodas. Le siguió su hermana y esposa Ada, pero a los cuatro años le fué arrebatado el poder por su hermano menor Pixodaro, el cual sólo dejó en sus manos la fortaleza de Alinda, situada en las montañas de la Caria. Pixodaro abrigaba la intención de prepararse para luchar por la independencia de su país mediante una alianza con el reino de Macedonia, cuyos planes con respecto al Asia no eran ya un secreto para nadie. Llegó a acuñar oro con su propio nombre, derecho que —según la opinión general— no competía a ningún sátrapa, y esto demuestra cuán seguro se consideraba ya en la realización de sus designios. Las disensiones surgidas en la corte de Filipo vinieron a entorpecer sus planes, y en vista de ello accedió a los deseos del rey de los persas y casó a su hija con el noble persa Otontopates, el cual pasó a ser regente de la dinastía caria a la muerte de Pixodaro, ocurrida en el año 335.

Tan pronto como Alejandro puso el pie en la Caria, salió a su encuentro la princesa Ada, la dinasta destronada, quien le prometió ayudarle por todos los medios a conquistar el país, augurándole que su solo nombre —el de ella— le atraería muchos amigos; le aseguró que las personas pudientes, descontentas por los nuevos vínculos contraídos con Persia, optarían en seguida por ella, pues sabían que, al igual que su hermano, había sido siempre enemiga de los persas y partidaria de los griegos; y rogó al rey que, como prenda de sus sentimientos de afección, la adoptase por hija. Alejandro no rechazó de plano la sugestión y la dejó dueña de Alinda. Los carios rivalizaban en pruebas de sumisión hacia él, principalmente las ciudades griegas; por donde pasaba, iba restaurando su democracia, concediendo la autonomía a las ciudades y eximiéndolas del pago de tributos.

La única que quedaba por someter era Halicarnaso, a donde se había retirado Otontopates; también se había refugiado en ella Memnón con los restos del ejército derrotado en el Gránico, después de haberse retirado de Efeso y Mileto, por no encontrar la situación propicia ni el tiempo suficiente para organizar una resistencia eficaz; habiendo unido sus fuerzas a las del sátrapa cario, estaba dispuesto a defender aquella posición, que era la última importante de las costas del Asia Menor.

La ciudad estaba rodeada de potentes murallas por tres partes; la cuarta, la del sur, daba hacia el mar. Tenía tres ciudadelas, la acrópolis, que se elevaba sobre las colinas de la parte norte, la Salmácide, emplazada en el ángulo sudoeste, sobre el mar, en el cuello de la península que cierra hacia el oeste la bahía de Halicarnaso, y finalmente la fortaleza del rey, situada en una pequeña isla a la entrada del puerto natural que forma el fondo de la bahía. Memnón mandó a su mujer y a su hijo junto al gran rey, en apariencia para sustraerlos a todo peligro, pero en realidad para poner en sus manos una prenda de su lealtad, ya que su origen griego había dado pábulo no pocas veces a recelos y sospechas. Para hacer honor a aquella devoción y, al mismo tiempo, abrir ancho campo a su talento reconocido y muchas veces probado de general, el rey de los persas le entregó el alto mando sobre todo el poder naval persa y sobre las costas; si aún era posible salvar algo para Persia, Memnón parecía el hombre más indicado para salvarlo. Desplegando una actividad extraordinaria, reforzó las fortificaciones de la ciudad con nuevas obras de defensa, principalmente con un foso ancho y profundo, aumentó la guarnición, formada por persas y mercenarios, hizo que sus barcos de guerra entraran en el puerto de la ciudad para que sirvieran de punto de apoyo a la defensa y pudieran proveerla de víveres en caso de un sitio prolongado; mandó fortificar la isla de Arconesos, que dominaba la bahía por el este, envió guarniciones a Mindos, Caunos, Tera y Calípolis; en suma, hizo cuanto podía hacerse para convertir a la ciudad de Halicarnaso en centro de una serie de movimientos eficaces de defensa y en un baluarte contra los avances de los macedonios. Esto atrajo a Halicarnaso desde la Hélade a no pocos de los representantes del partido antimacedonio derrotado en sus estados, entre ellos los atenien-

ses Efíaltes y Trasíbulo; también afluyeron allí algunos de los lincestios que habían huído de Macedonia con motivo del asesinato del rey Filipo; y asimismo parece que logró llegar a Halicarnaso con los mercenarios huídos de Efeso el Amintas hijo de Antíoco. Si se conseguía cerrar el paso al poder macedonio en aquella fuerte posición, quedaría aislado de su patria —pues la flota persa dominaba el mar— y no sería difícil conseguir que la Hélade se pusiera de nuevo en pie de guerra al grito de la libertad.

Alejandro avanzó con sus tropas y acampó, convencido de que estaría allí bastante tiempo y de que la lucha sería dura, a unos mil pasos de las murallas de la ciudad. Fueron los persas quienes rompieron las hostilidades por medio de una salida contra los macedonios, en el momento en que éstos avanzaban, pero la agresión fué rechazada sin gran esfuerzo. Pocos días después, el rey, acompañado de una parte considerable de su ejército, dió la vuelta a la ciudad en dirección noroeste, no sólo para inspeccionar las murallas que la rodeaban, sino también y sobre todo para ocupar desde allí la cercana ciudad de Mindos, pues su guarnición le había prometido que se la entregaría si se presentaba por la noche ante las puertas de la plaza. Presentóse en el punto convenido, pero nadie le abrió. El rey, que no había ordenado llevar máquinas ni escalas de asalto, pues no preveía aquella contingencia, encolerizado ante el engaño de que había sido víctima, ordenó que sus tropas pesadas se acercasen a las murallas y empezasen a minarlas inmediatamente. Se derrumbó una torre, pero sin abrir una brecha bastante ancha por la que pudiera atacarse con éxito. Al despuntar el día, los de Halicarnaso advirtieron la ausencia de los macedonios y, sin pérdida de momento, enviaron a los de Mindos refuerzos por mar. Alejandro tuvo que volver a su posición delante de Halicarnaso sin haber conseguido su propósito.

Comenzó el asedio de la ciudad. Lo primero que hicieron los sitiadores fué, bajo la protección de varios techos de los llamados de tortuga, rellenar el foso, que tenía cuarenta y cinco pies de ancho y casi la mitad de esta distancia de profundidad, para poder acercar a las murallas las torres que solían emplearse para limpiarlas de defensores y las máquinas destinadas a abrir brecha en los muros. Ya estaban las torres cerca de las murallas, cuando los sitiados se aventuraron a hacer una salida nocturna para pegarles fuego; el ruido se extendió rápidamente por el campamento; los macedonios, arrancados al sueño, corrieron en ayuda de sus puestos avanzados y, tras breve combate librado a la luz de las hogueras del campamento, los sitiados retornaron a la ciudad sin haber conseguido su objetivo. Entre los ciento setenta y un cadáveres abandonados por el enemigo apareció el del lincestio Neotolomeo. Los macedonios no tuvieron más que diez muertos, pero les hicieron trescientos heridos, pues en medio de la oscuridad de la noche no habían podido parapetarse bien.

Las máquinas rompedoras entraron en acción; pronto quedaron reducidas a escombros dos torres del lado nordeste y la muralla situada entre ellas; otra torre resultó grandemente dañada, bastando con que se la minase ligeramente para que se hundiera. Una tarde, dos macedonios de la falange de Pérdicas, sentados en su

tienda junto al jarro de vino, estaban fanfarroneando a propósito de sus hazañas y de sus personas, jurando que conquistarían toda la ciudad de Halicarnaso a punta de lanza; de pronto, animados por el vino y sin encomendarse a nadie, cogieron sus escudos y sus picas y se fueron hacia las murallas, donde se pusieron a tremolar sus armas y a gritar hacia lo alto de las almenas; los defensores de aquel sector, viéndolos y oyéndolos desde arriba, hicieron una salida contra los dos soldados, pero éstos no se movieron del sitio; el que se acercaba demasiado a ellos era derribado a lanzadas y el que retrocedía corría la misma suerte. Sin embargo, el número de enemigos crecía a cada paso y ya los dos macedonios, que, además, estaban en terreno más bajo, iban a sucumbir ante la superioridad arrolladora del adversario. Pero sus camaradas, que habían visto desde el campamento aquella extraña refriega, corrieron en su ayuda; acudieron también en tropel los defensores de la ciudad y la escaramuza fué convirtiéndose en un reñido combate al pie de las murallas. Pronto llevaron las de ganar los macedonios, rechazaron al enemigo dentro de la ciudad, y en vista de que las murallas, por esta parte, estaban, por el momento, casi desguarnecidas de defensores y, además, derruídas por uno de los puntos, parecía que lo único que faltaba para lanzarse al asalto general era la orden del rey. Pero éste no la dió; le habría gustado conservar la ciudad intacta, confiando en que capitularía.

Sin embargo, los defensores habían construído detrás de aquella brecha abierta por los sitiadores un nuevo muro en forma de media luna que iba de una torre a otra. El rey ordenó que todos los demás trabajos se concentrasen en este punto; se levantaron paredes protectoras hechas de ramas entretejidas; altas torres de madera y techos de tortuga con quebranta-murallas fueron colocados en aquel ángulo de la muralla, que se había limpiado ya de escombros y se había terraplenado para comenzar los nuevos trabajos de demolición. El enemigo volvió a intentar una salida para incendiar las máquinas de asedio, mientras que los defensores de las dos torres y de la muralla apoyaban intensamente su intento; ya estaban ardiendo varias paredes de ramas e incluso una de las torres y los macedonios destacados allí para defenderlas, al mando de Filotas, apenas eran capaces de proteger las restantes, cuando apareció Alejandro con algunos refuerzos; los enemigos, al verle, arrojaron las teas y las armas y corrieron a esconderse detrás de las murallas, desde donde, cogiendo de flanco y en parte de espaldas a los atacantes, arrojaban contra ellos sus proyectiles y les causaban bastante daño.

Ante una resistencia tan tenaz como aquélla, Alejandro no podía seguir pensando en una capitulación. Puso a trabajar de nuevo los artefactos de demolición, con ardor redoblado; él mismo presenciaba los trabajos y los dirigía. Entonces Memnón —según se cuenta, apremiado por Efíaltes para que no aguardase a que las cosas se pusieran peor— ordenó una salida general. Una parte de la guarnición, al mando de Efíaltes, irrumpió por el lugar de la muralla que se hallaba más en peligro, mientras que el resto salía por otra puerta, el Tripilón, por donde menos prevenido se hallaba el enemigo, en dirección al campamento de los sitiadores. Efíaltes peleó con el mayor arrojo, sus hombres lanzaron teas incen-

diarias y bolas de pez sobre las máquinas demoledoras, pero un fuerte ataque de Alejandro, apoyado desde lo alto de las torres de asedio con una granizada de proyectiles y de piedras de gran tamaño, obligó a los enemigos a retirarse después de una tenaz lucha; muchos de ellos, entre otros Efíaltes, quedaron en el sitio y otros, en mayor número aún, sucumbieron al intentar huir saltando sobre los escombros de la muralla derruída y entrar a la ciudad por las angostas puertas. Entre tanto, por el otro lado, habían corrido al encuentro del enemigo dos regimientos de hipaspistas y alguna infantería ligera, al mando del oficial de la guardia Tolomeo; el combate fué largo y duro; ya habían quedado fuera de combate el propio Tolomeo, el ciliarca de los hipaspistas Adaio, Clearco, el jefe de los arqueros, y algunos otros macedonios importantes cuando, por fin, se logró rechazar al enemigo; bajo el peso de aquella enorme masa de gentes que se retiraban desordenadamente, se derrumbó el estrecho puente tendido sobre el foso, en el fondo del cual encontraron la muerte muchos de los defensores de la ciudad, unos aplastados por los que cayeron encima y otros rematados por los proyectiles de los macedonios. Ante aquella desbandada general, los que habían quedado dentro de la ciudad cerraron a toda prisa las puertas para que con los que venían huyendo no penetrasen en ella los macedonios; grandes racimos de fugitivos agolpábanse a las puertas, sin armas, sin moral y sin salvación, a merced de los sitiadores; fueron pasados todos a cuchillo. Los sitiados creían ver ya, llenos de espanto, cómo los macedonios, inflamados de entusiasmo ante tan enormes éxitos, se disponían a forzar las puertas y a irrumpir en la plaza; grande fué su asombro cuando, en vez de esto, oyeron que las trompetas tocaban a retirada. Todavía el rey se obstinaba en salvar la ciudad; confiaba en que después de aquella jornada, que a él sólo le había costado cuarenta muertos y en la que el enemigo había perdido más de mil hombres y que había demostrado bien a las claras que un nuevo ataque significaría la caída de la plaza, los defensores de ésta le enviarían sus parlamentarios, cuya llegada esperaba ansiosamente para poner fin a aquella lucha monstruosa de griegos contra una ciudad griega.

Mientras tanto, dentro de la ciudad los dos comandantes en jefe, Memnón y Otontopates, deliberaban acerca de las medidas que debían tomarse; no se les escapaba que, en aquellas circunstancias, con una parte de la muralla ya derruída y otra a punto de derrumbarse y con una guarnición debilitada por las muchas bajas sufridas, el sitio no duraría ya mucho tiempo. Y, al fin y al cabo, ¿a qué conducía el defender enconadamente aquella ciudad, la única, cuando ya todo el país había caído? El puerto, que tenía gran importancia para la flota y que debía ser defendido, podía ser asegurado sobradamente mediante la ocupación de la Salmácida y la fortaleza del rey, situada delante de él, y manteniendo sus tropas en las plazas fuertes de la bahía cárica. Decidieron, pues, abandonar la plaza a los sitiadores. Como a media noche, los centinelas macedonios vieron las llamas de un enorme incendio subir por encima de las murallas; los fugitivos que salieron de la ciudad incendiada corriendo hacia el campo, informaron a los puestos macedonios que estaban ardiendo la gran torre dirigida contra las máquinas de los

atacantes, el arsenal y los barrios adosados a las murallas; se vió cómo un fuerte viento iba barriendo el fuego hacia la ciudad; se supo que los habitantes favorecían por todos los medios la extensión del incendio. A pesar de que era de noche, Alejandro ordenó que todo el mundo se pusiera en pie y en marcha para ocupar la ciudad en llamas. Todo el que fué encontrado ayudando a la obra del fuego, pagó con la vida. No se encontró resistencia en parte alguna; a los vecinos a quienes se encontró en sus casas se les respetó. Por fin, despuntó el nuevo día: se vió que la ciudad había sido evacuada por las tropas enemigas y que éstas se habían retirado a la Salmácida y a la isla del rey, desde donde dominaban el puerto y podían hostilizar, casi sin el menor peligro, el montón de escombros que habían dejado en manos de los macedonios.

El rey se dió perfecta cuenta de la situación. Para no entretenerse con un asedio a la ciudadela, que en aquellas circunstancias no podría reportarle ya resultados decisivos, y después de enterrar a los caídos durante la noche, hizo que el tren de sus máquinas de sitio fuese trasladado a Trales para destruir de raíz todo lo que quedaba de la ciudad que tan obstinadamente había resistido a la causa común de los helenos, pues la proximidad de los persas, apostados en la Salmácida y en Arconesos, hacía que aquellos restos de Halicarnaso fuesen todavía más peligrosos; los vecinos fueron divididos entre las seis zonas que, cuarenta años antes, refundiera el dinasta Mausolo para formar su residencia. A la princesa Ada le fué restituída la satrapía de la Caria, concediéndose a las ciudades griegas enclavadas en ella autonomía y exención de tributos. Las rentas del país fueron concedidas a la princesa; Alejandro dejó en la Caria, para protegerla a ella y a su territorio, 3,000 mercenarios y unos doscientos hombres de caballería al mando de Tolomeo, con órdenes de que éste, para acabar de desalojar al enemigo de los lugares de la costa que aún tenía en su poder, se entendiese con el comandante de la Lidia y emprendiese cuanto antes el asedio de la Salmácida.

La estación del invierno se echaba encima. Con la caída de Halicarnaso, Alejandro podía dar por terminada la conquista de las costas occidentales del Asia Menor; la libertad restaurada en las ciudades griegas del litoral y las guarniciones macedonias dejadas en la Frigia helespóntica, en Lidia y en Caria aseguraban a estas comarcas contra nuevos ataques de la flota persa. La finalidad de las siguientes operaciones debía ser bloquear también a esta flota las costas del sur del Asia Menor y someter los territorios del interior de esta península. Y como era de prever que no se encontraría gran resistencia, ni en las ciudades de la costa, que, dada la estación del año, no podrían recibir gran ayuda desde el mar, ni en el interior del país, evacuado ya, prácticamente, por los persas desde hacía mucho tiempo, era inútil que todo el ejército tomase parte en una expedición tan fatigosa como aquélla; además, para las grandes operaciones que habrían de iniciar la campaña del año siguiente, sería necesario reforzar el ejército con tropas de refresco traídas de la patria. Había en él muchos guerreros que se habían casado recientemente; se les dió licencia para que fuesen a sus países a pasar el invierno junto a su familia. Marcharon al frente de ellos tres jefes recién casa-

dos: Tolomeo, hijo de Seleuco, uno de los oficiales de la guardia del rey; Coíno, yerno del viejo Parmenión, y Meleagro, ambos estrategas de la falange; los tres recibieron órdenes de volver al Asia trayendo, con los que partían en uso de licencia, la mayor cantidad posible de tropas frescas, para reunirse en la primavera con el gran ejército en Gordión. Ya podemos imaginarnos la alegría con que los interesados recibieron aquella licencia, el júbilo con que serían acogidos al llegar a sus casas y el interés y el entusiasmo con que se les escucharía cuando narrasen sus hazañas y hablasen de su rey, del botín y de las hermosas tierras del Asia; parecía como si el Asia y Macedonia empezasen a ser ya países extraños y remotos el uno para el otro.

## MARCHA A TRAVÉS DE LICIA, PANFILIA Y PISIDIA

Con las tropas móviles que habían permanecido en el Asia (menos los millares de hombres destinados a las diversas guarniciones) formó Alejandro dos columnas expedicionarias; la más pequeña de las dos, al mando de Parmenión, formada por la caballería macedonia y tesaliense, las tropas de los aliados y el tren de los carros y las máquinas, se dirigió por Trales hacia Sardes para pasar el invierno en las llanuras de la Lidia y trasladarse a Gordión en cuanto comenzase la primavera; la mayor de las dos columnas, formadas por los hipaspistas, los regimientos de la falange, los agrianos, los arqueros y los tracios, se puso en marcha al mando del propio Alejandro para atravesar y ocupar las costas y los territorios interiores del Asia Menor.

Los expedicionarios, después de pasar por la plaza fronteriza fortificada de Hiparna, cuya guarnición, formada por mercenarios griegos, entregó la ciudadela a cambio de que la dejasen retirarse en libertad, entraron en territorio de Licia. Licia había sido incorporada al imperio persa en tiempo de Ciro, pero no sólo había conservado su constitución federativa, sino que, además, había recobrado muy pronto su independencia con la única obligación de pagar un tributo a Susa, hasta que el sátrapa de la Caria, como más arriba hemos dicho, incorporó también a sus dominios esta demarcación. En los últimos años, el rey de los persas había adjudicado a la Licia la región montañosa de Milias, situada en la frontera con Frigia. En Licia no había guarnición persa; Alejandro no tropezó con ningún obstáculo para la ocupación de esta provincia, rica en ciudades y con excelentes puertos de mar. Rindiéronse a los macedonios, sin lucha, Telmisos y, más allá del río Jantos, Pinara, Jantos Patara y cerca de treinta pequeñas localidades situadas en la Licia superior; luego, Alejandro —era ya a mediados del invierno— se remontó hasta las fuentes del Jantos, en la región de Milias; allí recibió a una embajada de los faselitas que, siguiendo la costumbre helénica, le ofrendaron una corona de honor, de oro, y a los embajadores de varias ciudades de la Licia inferior que iban a ofrecerle, al igual que aquéllos, la paz y su amistad. A los faselitas —de su ciudad, Faselis, era el poeta Teódectes, amigo suyo, que había muerto hacía poco en Atenas y cuyo padre vivía aún— les prometió que visitaría dentro

de poco su ciudad y se detendría allí algunos días, a descansar. A los embajadores licios, recibidos también con grandes muestras de amistad, les pidió que entregasen sus ciudades a quienes él enviara a hacerse cargo de ellas. Inmediatamente, nombró a uno de sus íntimos, Nearco de Anfípolis, natural de Creta, sátrapa de la Licia y de las costas que lindaban al este con esta región. De los sucesos posteriores se desprende que los licios tenían en la flota de los persas un cierto número de barcos suyos; hay que suponer que Alejandro daría por supuesto que estos barcos serían retirados como una obligación implícita en los acuerdos pactados con él o que lo impondría expresamente por condición. Pues no cabe duda de que los licios, los termeles, como ellos se llamaban, conservaron intacta su antigua y bien concebida constitución federativa: veintitrés ciudades formaban su territorio, cada cual con su consejo y su asamblea popular, con un "estratega" a la cabeza de su gobierno, al que se conocería tal vez por el nombre licio de "rey" de la ciudad y una asamblea de las ciudades que abarcaba todo el territorio de la federación, en la que las seis ciudades más importantes tenían tres votos cada una, las medianas dos y las pequeñas uno; con arreglo a la misma proporción se hallaba el "liciarca", que ostentaría también, probablemente, el nombre de "rey"; lo mismo éste que las demás autoridades federativas obtenían sus puestos por elección de la asamblea federal.

De allí siguió el rey a Faselis. Esta ciudad, dórica por su origen y lo bastante importante para poder mantenerse como ciudad helénica en medio del territorio licio que la circundaba, hallábase muy favorablemente emplazada en la bahía de Panfilia y junto a tres puertos naturales, a los que debía su riqueza; por la parte del oeste, las montañas van subiendo de nivel en forma de terrazas hasta alcanzar una altura de siete mil pies y se extienden como en arco hasta Perge, tan próximas al mar que en varios sitios el camino sólo se halla a cubierto de la rompiente del mar y de las inundaciones cuando el viento norte sopla en dirección contraria; si no se quiere seguir este camino, hay que recorrer otro mucho más largo y fatigoso a través de las montañas, el cual se hallaba, precisamente por aquel entonces, bloqueado por una tribu pisidia que había construído un castillo roquero a la entrada de los desfiladeros, desde el cual descendía de vez en cuando a Faselis para saquear la ciudad. Alejandro, en combinación con los faselitas, atacó aquel nido de bandoleros y lo destruyó. Varios banquetes festejaron aquel feliz acontecimiento, que venía a librar a la ciudad de los salteadores que tantas veces la atemorizaran, y la victoria de las armas macedónicas; era acaso la primera vez que, desde las victorias de Cimón en el Eurimedón, veía aquella ciudad un ejército griego. También Alejandro parece que estaba aquellos días de buen humor; después de uno de los banquetes se le vió desfilar en solemne y alegre cortejo con sus leales hacia el ágora, donde había una estatua del poeta Teódectes, para adornarla con coronas de flores en memoria de aquel hombre al que había querido.

Fué precisamente por aquellos días cuando se descubrió un plan infame, doblemente infame porque había sido urdido por uno de los más distinguidos

generales del ejército macedonio, al que Alejandro había perdonado y elevado a grandes puestos. El rey había sido prevenido muchas veces; no hacía mucho que Olimpia, en una carta, exhortaba a su hijo a no confiar demasiado en quienes, habiendo sido antes enemigos suyos, eran tenidos ahora por él como sus amigos.

El traidor era Alejandro, el lincestio, en quien las equívocas pretensiones de su familia al trono de Macedonia habían encontrado un defensor tan pérfido como tenaz. A pesar de que había sospechas muy vehementes de que también él había participado en la conspiración para asesinar al rey Filipo por la que fueron condenados a muerte dos hermanos suyos, no sólo se le había dejado impune, teniendo en cuenta que se había sometido en seguida al hijo del rey asesinado y le había rendido pleitesía como monarca, sino que se le habían confiado importantes puestos de mando, entre otros, últimamente, el de jefe de la caballería tesaliense en la expedición contra el país de Memnón y a las tierras de Bitinia. Pero la confianza depositada en él por el rey no fué bastante para hacer cambiar los sentimientos de aquel hombre torvo; la conciencia de un crimen inútil, pero del que no se había arrepentido, el impotente orgullo, doblemente irritado por la magnanimidad de un rey joven y mimado por la fortuna, el recuerdo de sus dos hermanos, que habían derramado su sangre al servicio del plan común, una sed de dominación tanto más violenta cuanto más desesperada, en suma, la envidia, el odio, la ambición y el miedo fueron, sin duda, los resortes que llevaron al lincestio a reanudar o tal vez a no romper los contactos con la corte persa; aquel Neotolomeo que había encontrado la muerte en Halicarnaso, luchando junto con los persas, era sobrino suyo; por medio de Amintas, el hijo de Antíoco, que, habiendo huído de Macedonia, al acercarse el ejército de Alejandro había salido de Efeso para refugiarse en Halicarnaso, consiguiendo arribar después a la corte de los persas, el lincestio había hecho llegar al gran rey, de palabra y por escrito, ciertos ofrecimientos, y Sísines, uno de los confidentes de Darío, vino al Asia Menor, al parecer para transmitir órdenes a Aticíes, el sátrapa de la Gran Frigia, pero en realidad con encargos secretos muy importantes y esforzándose sobre todo por deslizarse en los acantonamientos de la caballería tesaliense. Descubierto y apresado por Parmenión, confesó la misión que le había llevado a Faselis, disfrazado, para prometer al lincestio, en nombre del gran rey, la suma de mil talentos y el reino de Macedonia si asesinaba a Alejandro.

El rey convocó inmediatamente a sus amigos para que diesen su parecer acerca de la conducta que debía seguirse con el inculpado. Los amigos opinaron que Alejandro no había hecho bien en confiar a un hombre tan equívoco como aquél el mando de las fuerzas más importantes de caballería de su ejército; por ello, era ahora mucho más necesario quitarlo de en medio cuanto antes, para que no siguiese atrayéndose a la caballería tesaliense e intentando arrastrarla con él a la traición. Sin pérdida de momento, fué enviado a entrevistarse con Parmenión uno de los oficiales de más confianza, Anfóterox, hermano de Crátero; vestido con ropas del país, para que nadie le conociese, y acompañado por algunos pergenses, consiguió llegar de incógnito a su lugar de destino; después de

comunicar a Parmenión el encargo que llevaba —pues el rey no había querido confiar cosas tan importantes a una carta, que podía haber caído fácilmente en manos extrañas—, el lincestio fué apresado sin armar el menor ruido. Pero el rey no se decidió, a pesar de lo ocurrido, a ejecutar el castigo sobre el prisionero, en parte pensando en Antipatro, de quien el traidor era yerno, y en parte y sobre todo para no provocar rumores inquietantes en el seno del ejército y en Grecia.

Tras aquellos días de estancia en Faselis, Alejandro reanudó su marcha para llegar a Panfilia y al lugar más importante del país, que era Perge. A una parte del ejército la mandó por el largo y fatigoso camino de la montaña, que había sido previamente arreglado por los tracios de modo que fuese practicable, al menos, para la infantería, mientras él, acompañado por la caballería y una parte de la infantería pesada, seguía el camino de la costa; era, en verdad una empresa arriesgada, pues en aquella época del invierno el camino estaba inundado por el mar; pasaron un día entero chapoteando en el agua, que en algunos sitios les llegaba hasta la cintura; pero el ejemplo y la presencia del rey, que no conocía la palabra "imposible", hizo que las tropas rivalizasen en vencer con perseverancia y alegría todas las penalidades; y cuando, por fin, llegaron al término de aquel viaje y volvieron la vista atrás, sobre aquel camino inundado por el agua y lleno de obstáculos, les parecía un milagro lo que habían hecho bajo la heroica dirección del hombre que los guiaba. La noticia de esta arriesgada expedición se difundió entre los helenos, adornada por rasgos legendarios: contábase que el rey, a pesar del fuerte viento sur que soplaba y que azotaba el agua del mar contra las montañas, había bajado a la playa y que inmediatamente el viento había cambiado de dirección, se había levantado el norte y había hecho retroceder las aguas; y el peripatético Calístenes, el primero que escribió la historia de estas campañas, en las que él mismo tomó parte, llega a decir, en una frase muy retórica, que el mar quiso rendir homenaje de pleitesía al rey y se postró de hinojos ante él; la palabra empleada por él es la de *prosquinesis,* con que los helenos designaban la costumbre persa de prosternarse ante el gran rey. En cuanto a Alejandro, describió la penosa marcha, en una carta —suponiendo que sea auténtica—, con estas sencillas palabras: quise abrir un camino por la escalera de Panfilia, como llamaban allí a las estribaciones de las montañas, y seguí por él desde Faselis.

De este modo, llegó Alejandro, con su ejército, a la faja marítima de la Pisidia a que se da el nombre de Panfilia; esta región de la costa se extiende desde la cordillera del Tauro por el norte hasta más allá de la ciudad de Side, donde la montaña vuelve a descender hasta el mismo mar, y llega por el nordeste hasta la Cilicia, el primer territorio enclavado al otro lado del Tauro, de tal modo que, con la ocupación de la Panfilia, podía darse por terminada la sumisión de las costas del lado de acá de la cordillera. La ciudad de Perge, llave para el paso por la montaña al norte y al oeste, saliendo al interior del país, se rindió; otra ciudad, Aspendos, envió embajadores al rey para ofrecer su rendición y, al mismo tiempo, para rogarle que no dejase en ella una guarnición macedo-

nia, súplica a que el rey accedió bajo la condición de que la ciudad, además de entregar determinado número de caballos, los que sostenía para el rey de Persia en vez de pagarle un tributo, contribuyera con cincuenta talentos para la soldada de sus tropas. Alejandro se dirigió a Side, ciudad fronteriza de Panfilia, de la que se decía que había sido fundada por emigrantes de Cime, en la Eólida; la lengua de estos helenos —que habían olvidado la de su patria sin aprender la del país— era muy singular. Alejandro dejó en esta ciudad una guarnición, que quedó, al igual que toda la costa de la bahía de Panfilia, al mando de Nearco.

Después de esto, retrocedió hacia Perge; no logró arrollar por sorpresa la fortaleza roquera de Silión, defendida por una guarnición de tropas indígenas y de mercenarios extranjeros; dió a su gobernador el encargo de que la tomara, pues había recibido ya noticias de que los aspendenses se negaban a entregar los caballos que habían prometido y los cincuenta talentos que se habían obligado a pagar y se preparaban para ofrecer una seria resistencia. Avanzó sobre Aspendos, ocupó la ciudad baja, abandonada por sus vecinos y, sin dejarse intimidar por la fortaleza de la ciudadela en que se habían refugiado los aspendenses ni por la carencia de máquinas para atacarla, mandó a los embajadores, que los vecinos, aterrados por la proximidad del ejército macedonio, le enviaron para ofrecer la rendición a base del pacto anterior, que volviesen a la ciudad con sus condiciones, las cuales eran que la ciudad habría de pagar, además de los caballos prometidos y los cincuenta talentos, otros cincuenta talentos y entregar como rehenes a los vecinos más prestigiosos, someterse a un fallo judicial en lo tocante al territorio que se les acusaba de haber arrebatado a sus vecinos, obedecer al gobernador del rey en esta comarca y rendir un tributo anual. La gallardía de los aspendienses no duró mucho; todas las condiciones del rey fueron aceptadas.

Alejandro se dirigió de nuevo hacia Perge, para marchar desde allí hacia la Frigia a través de las ásperas montañas de los pisidios. No podía entrar en sus designios detenerse ahora a someter valle por valle a aquel pueblo montañés, dividido en numerosas tribus, no pocas de las cuales se hallaban en guerra las unas con las otras. El camino serpentea por una escarpada montaña, sobre la que al otro lado descuella otra no menos escarpada; abajo, en una silla que forman las dos, aparece la ciudad. El rey encontró las dos montañas ocupadas por tal número de bárbaros —pues todos los habitantes de Termesos se habían puesto en pie—, que prefirió acampar delante de los desfiladeros, convencido de que los enemigos, cuando viesen a los macedonios descansar, no considerarían el peligro tan apremiante, se limitarían a guardar los pasos con unas cuantas guardias y regresarían a la ciudad. Y así ocurrió, en efecto; la multitud se retiró, dejando en las alturas solamente unos cuantos puestos de vigilancia; el rey reanudó inmediatamente la marcha con tropas de infantería ligera, los puestos fueron obligados a retirarse, los macedonios ocuparon las alturas y el ejército expedicionario pudo cruzar sin ningún contratiempo por los desfiladeros y acampar delante de la ciudad. Se presentaron en el campamento varios embajadores de los selgios, tribu pisidia como los termesios, pero en guerra constante con éstos, a ofrecer

un pacto de alianza y amistad a los enemigos de sus enemigos, al cual se mantuvieron fieles en lo sucesivo. La toma de Termesos habría requerido bastante tiempo; Alejandro reanudó su marcha sin demorarse más.

Marchó contra la ciudad de Sagalasos, poblada por la tribu más aguerrida de todos los pisidios, situada al pie de la más alta montaña de los Alpes de Pisidia y que defiende la entrada a la altiplanicie frigia. La altura que domina el lado sur de la ciudad aparecía ocupada por los sagaleses que, unidos a los termesios, bloqueaban el camino por el que tenían que pasar los macedonios. Alejandro hizo formar inmediatamente su línea de ataque; en el ala derecha iban los arqueros y los agrianos, seguidos por los hipaspistas y los regimientos de la falange; los tracios de Sitalces formaban la punta del ala izquierda. El mando de este ala izquierda fué entregado, cosa harto significativa, al lincestio Amintas, mientras el propio Alejandro tomaba bajo su mando el ala derecha. Ya habían avanzado los macedonios hasta la parte más escarpada de la montaña, cuando de pronto los bárbaros se abalanzaron en tropel sobre las dos alas del ejército enemigo, con doble éxito, pues que corrían, pendiente abajo, contra los que iban escalando la montaña. Los arqueros del ala derecha hubieron de sufrir la acometida más violenta, su comandante cayó y las tropas a su mando no tuvieron más remedio que retroceder; los agrianos aguantaron el embate; detrás venía la infantería pesada, con Alejandro a la cabeza; las violentísimas arremetidas de los bárbaros estrelláronse contra la masa compacta de las tropas acorazadas y, en la refriega, los pisidios, con sus armas ligeras, sucumbieron ante las armas más pesadas de los macedonios; quedaron tendidos en tierra como unos quinientos; los demás huyeron y lograron ponerse a salvo, gracias a su conocimiento del terreno. Alejandro avanzó con su ejército por el camino principal y tomó la ciudad.

Después de la caída de Sagalasos, las demás plazas de la Pisidia que no capitularon fueron reducidas por la fuerza. Con ello, quedaba abierto el camino hacia la meseta en que comienza el territorio de Frigia más allá de las montañas de Sagalasos. En una depresión, al este de esta meseta, se halla el lago de Egerdir, que tiene, aproximadamente, el tamaño del lago de Constanza, circundado de potentes montañas por el sur y por el este; como a ocho millas al oeste de este lago se encuentra otro más pequeño, el de Ascania, y a unas tres millas de su punta septentrional corre la cadena de montañas en cuyas estribaciones, por la parte del norte, nace el río Meandro. En los desfiladeros que conducen al valle del Meandro se halla enclavada la antigua ciudad de Celene, donde en otro tiempo construyera Jerjes, después de sus derrotas en la Hélade y en el mar, una potente ciudadela para contener los avances de los helenos desde las costas libertadas. Desde entonces, Celene era el centro de la satrapía frigia y la residencia del sátrapa.

Hacia allí se dirigió Alejandro desde Sagalasos; pasando por delante del lago de Ascania, llegó a la ciudad en cinco días de marcha. Encontró la ciudadela —el sátrapa Aticíes había huído— en manos de 1,000 soldados carios y 100

mercenarios griegos: la guarnición se ofreció a entregar la ciudad y la ciudadela si los refuerzos persas no llegaban para el día —indicado por ellos— que se les había prometido. Alejandro aceptó la propuesta; el tomar la ciudadela combatiendo le habría costado bastante tiempo; y si lograba llegar pronto a Gordión y unirse allí al resto de su ejército, que tenía órdenes de esperarle en aquella plaza, para avanzar en unión de él hacia el Tauro, impediría que la ciudad fuese rescatada por el enemigo. Dejó en Celene un mando de unos 1,500 hombres. Confió la satrapía de la Frigia a Antígono, hijo de Filipo, que hasta entonces había mandado los contingentes de las tropas aliadas, y nombró estratega suyo a Balacro, hijo de Amintas.

Después de detenerse diez días en Celene, siguió su marcha hacia Gordión sobre el Sangarios, de donde parte la gran calzada que conduce a Susa, cruzando el Halis y las tierras de la Capadocia.

## ORGANIZACIÓN DE LOS NUEVOS TERRITORIOS

Considerado en cuanto a la extensión, no era mucho lo que Alejandro había conseguido en este primer año de guerra, y los estadistas y estrategas de la Hélade fruncirían el ceño al saber que la tan ensalzada victoria del Gránico no había aportado otra cosa que la conquista de las costas occidentales y de la mitad de las costas meridionales del Asia Menor, conquistas que Memnón, con prudente cálculo, había permitido que el macedonio realizara para, entre tanto, hacerse él dueño del mar y de las islas y cortar así las comunicaciones de Alejandro con su reino.

Los motivos que indujeron a Alejandro a proceder de este modo son harto claros. Nada más lejos de su intención que ocupar más y más territorios, internarse más y más por el Asia Menor, mientras el poder naval de los persas se mantuviese indemne, dominase el mar y pudiese provocar en la Hélade complicaciones imprevisibles. No era poco si, gracias a las consecuencias obtenidas de la primera gran batalla reñida y ganada por él, lograba alejar completamente a ese poder de las costas y de los puertos, desde los cuales habría podido descargar golpes peligrosos sobre sus espaldas al avanzar más a fondo hacia el oriente, en su segunda campaña.

Es cierto que el modo como avanzaba Alejandro se distinguía profundamente de las tradiciones helénicas. El poder ateniense, en los tiempos de Cimón y de Pericles, apenas se había atrevido a internarse por el país, separándose de las ciudades del litoral; los espartanos, en los días de Tibrón y Agesilao, y sobre todo Cares y Caridemo, cuando se hallaban al frente de las fuerzas armadas de la segunda liga marítima ateniense, habían avanzado más hacia el interior, pero para retornar en seguida a sus bases, después de unas cuantas expediciones de saqueo y de castigo. Las medidas militares de Alejandro, en cambio, iban encaminadas a la ocupación definitiva de los territorios conquistados, a la instauración de un estado de cosas permanente.

¿Correspondían realmente a estos fines las instituciones políticas implantadas por él?

No cabe duda de que lo que sabemos que hizo en este respecto, por lo que se refiere a esta primera campaña, procuraba plegarse siempre a las formas vigentes con anterioridad, pero de tal modo que su contenido, sujeto a modificaciones esenciales, cambiaba de significación. Es cierto que dejó subsistente la institución de la satrapía en Frigia, en el Helesponto, en Lidia y en Caria; pero en Lidia instituyó, al lado del sátrapa, un funcionario especial encargado del reparto y la percepción de los tributos; en la Caria entregó la satrapía a la princesa Ada, pero la fuerte guarnición apostada en esta provincia quedó al mando de un estratega macedonio; también en la Lidia dejó —probablemente con el mismo nombre de estratega— a un jefe encargado exclusivamente del mando de las fuerzas militares. Y es posible que la administración financiera de la satrapía se organizase también aquí en relación directa con la tesorería general, dirigida —no sabemos si a partir de esta época o desde antes— por Harpalo, el hijo de Majatas.

Que la órbita de atribuciones del sátrapa se hallaba mucho más clara y nítidamente deslindada que en el imperio persa y que estas autoridades no se nombraban para que actuasen como soberanos dentro de un territorio propio, sino como funcionarios del rey, lo demuestra el hecho de que no se ha conservado ninguna moneda acuñada por los sátrapas de Alejandro antes del año 306, mientras que en el imperio persa los sátrapas ejercían el derecho de acuñación de moneda ya bajo Darío I, fundador del sistema administrativo del imperio. Cuadra muy bien con el régimen implantado por Alejandro una inscripción procedente de la época de los diadocos en que se clasifican las distintas funciones administrativas de la competencia de los reyes, de los sátrapas, de las ciudades y de los particulares, asignándose a la competencia real, como ramas principales, la política monetaria, la reglamentación de las exportaciones y las importaciones y la organización de la corte y adjudicándose a los sátrapas el impuesto territorial, las rentas de las minas, las de los emporios, las obtenidas de los rendimientos de los campos y del tráfico comercial, las de los rebaños y, finalmente, las del impuesto de capacitación y las de las contribuciones industriales.

Además, Alejandro —cosa no menos importante— reguló la situación política de las poblaciones. En este terreno, parece que su idea central fué respetar la libertad y autonomía municipales en todos aquellos sitios en que existiesen o hubiesen existido alguna vez comunidades organizadas. En este sentido, no sólo se restauró la autonomía de las ciudades helénicas del Asia, garantizándola mediante la implantación o el restablecimiento de la democracia, sino que se dejó también subsistente en todo su vigor, como tenemos razones para suponer, el tradicional régimen federativo de los licios, claro está que bajo la condición, expresa o tácita, de que fuese retirado el contingente de los diez barcos de guerra licios que prestaban servicio en la flota persa. Y los lidios, según rezan nuestras fuentes, "vieron sus leyes restauradas y se convirtieron en hombres libres". Cualquiera que fuese el carácter de estas leyes de los lidios —pues no poseemos detalles

acerca de este punto—, su restablecimiento demuestra, desde luego, que se quería que en estos territorios volviesen a regir las leyes y no la arbitrariedad y el derecho de la fuerza de los conquistadores, como hasta entonces había sucedido; demuestra que este pueblo de Creso, antes tan valiente, tan laborioso y tan culto, quedaba libre del yugo de la dominación extranjera, bajo el que tanto había degenerado, para volver a desarrollarse y a progresar con arreglo a sus características nacionales propias y por un camino de unidad.

En cuanto a las poblaciones que —como ocurría con los "bárbaros" de las montañas de la Pequeña Frigia— carecían de comunidades organizadas, sólo se les impuso, siempre y cuando que se rindieran voluntariamente al nuevo poder, el pago "del tributo que venían entregando hasta entonces". Y no es menos significativo el hecho de que a los de Efeso se les ordenase pagar en lo sucesivo al templo de Artemisa el tributo que anteriormente pagaban al gran rey, mientras que a Eritrea, según atestigua una inscripción, a Ilión, que Alejandro restauró en sus derechos de ciudad, y del mismo modo, indudablemente, a las demás ciudades griegas de la costa, se les concedió, a la par que la autonomía, la exención de impuestos. En cambio, las ciudades de Panfilia, que no tenían de griego más que el nombre, sobre todo Aspendos —después de su intento de engañar al rey, faltando al trato establecido—, fueron obligadas al pago de tributos y colocadas bajo el gobierno de un sátrapa. La ciudadela de Halicarnaso y varias islas del litoral siguieron todavía por algún tiempo en poder de los persas; la comunidad de Halicarnaso, después del incendio de la ciudad por sus defensores, fué disgregada de nuevo en las varias localidades aglutinadas por el dinasta cario para formar su residencia; a las islas —más adelante veremos que en algunas de ellas el demos se levantó a favor de Alejandro— se les aplicó, probablemente, el mismo régimen que a las ciudades griegas de tierra firme.

Que estas ciudades no sólo recobraron sus libertades municipales, sino que volvieron a convertirse en verdaderos estados libres como lo habían sido antes de la paz de Antálcidas, lo demuestran sus monedas procedentes de esta época; en ellas no aparece el cuño del rey, sino el cuño autónomo de la ciudad que las emite; y no se ajustan siquiera al régimen monetario introducido por Alejandro, sino que muchas de ellas se atienen a sus propias normas tradicionales. Todavía al cabo de un siglo los seléucidas hablan de las ciudades de la Eólida como de ciudades que pertenecen "a nuestra confederación", con lo cual no hacen más que repetir, evidentemente, una fórmula procedente de Alejandro.

Cabría preguntarse si estas *policias* liberadas y restauradas de las islas y de las costas asiáticas se incorporaron a la federación de los estados helénicos, representada por el sinedrio de Corinto. De la isla de Tenedos sabemos positivamente que sí, por un testimonio muy concreto; el hecho de que la expresión empleada en este caso no se repita con respecto a otras ciudades, como Mitilene de Lesbos y tantas más, permite llegar, sin duda, a la conclusión de que no ocurría lo mismo con ellas. No tendría nada de particular que el propio Alejandro estuviese interesado en que estas ciudades helénicas liberadas se mantuviesen al margen de la

liga de Corinto como contrapeso a la federación de los estados que en gran parte habían sido obligados a aliarse con Macedonia por la fuerza de las armas y que distaban mucho de ser aliados leales; además, hay que tener en cuenta que la "liga de los helenos dentro de las Termópilas" no se había creado exclusivamente para hacer la guerra contra los persas, sino también para mantener la paz, el derecho y el orden dentro de los territorios de la confederación; desde este punto de vista, el sinedrio de Corinto habríase encontrado demasiado lejos de las islas y las ciudades del Asia y no habría sido el órgano adecuado para adoptar decisiones regulares.

Podemos dar por supuesto como bastante probable —pues no existen datos concretos acerca de ello— que Alejandro obligó también a estas ciudades griegas, aún al margen de la confederación, a reconocer sus poderes ilimitados como estratega y a contribuir con determinadas prestaciones para la gran guerra contra el enemigo común. El estado actual de las fuentes no nos permite, desgraciadamente, llegar a conclusiones concretas acerca de este punto, saber si estableció pactos especiales con cada una de ellas en este sentido o si las impulsó a concertar entre sí federaciones análogas a las de la Hélade —por ejemplo, la de los eólicos, la de los jonios, etc.— con este fin y para el aseguramiento de la paz territorial. Tenemos, por lo menos, noticias documentales de una de estas agrupaciones de ciudades, noticias procedentes de la época de Antígonas (hacia el año 306); se trata de un "*coinon* de las ciudades" * de la región de las montañas del Ida, agrupadas en torno al culto de la Atenea de Ilión, con un sinedrio que tomaba acuerdos en nombre de las ciudades; en la inscripción de que proceden estos datos se mencionan como copartícipes de esta liga de ciudades la de Gárgara en el golfo Adramiténico y la de Lampsaco en el Helesponto.

Hemos visto lo bien dispuesto que estaba Alejandro a fomentar por todos los medios el auge de estas antiguas ciudades griegas. Habiéndoles entregado a manos llenas prerrogativas y libertades, tenía derecho a confiar que se vinculasen al nuevo orden de cosas con mayor celo y entusiasmo que los estados de la Hélade, que olvidasen y superasen aquella política mezquina y rastrera a que se habían acostumbrado durante los largos años de dominación de los persas, para aprovecharse inteligentemente de los inmensos beneficios de su nueva situación de ciudades libres, protegidas por un poderoso libertador.

Los helenos establecidos en estos países asiáticos, desde la Propóntide hasta el mar de Chipre, no podían por menos de sentir con gran fuerza un contraste tan clamoroso entre su situación actual y la anterior; pareceríales, seguramente, como si de pronto les hubiesen devuelto la luz y el aire.

* Véase nota 6, al final.

# CAPITULO II

*En el campo de los persas.—Alejandro cruza el Tauro.—Ocupación de Cilicia.—Batalla de Isos.—La carta-manifiesto.—Agitación en la Hélade.—Acción de Alejandro después de la victoria de Isos.—Las ciudades fenicias.—Sitio de Tiro. Conquista de Gaza.—Ocupación del Egipto.*

## EN EL CAMPO DE LOS PERSAS

La noticia de la batalla del Gránico produjo, en el campo persa, más enojo que preocupación. Seguramente no se comprendía aún el verdadero alcance del ataque iniciado ni, por tanto, el verdadero peligro que amenazaba al imperio; seguramente se creía que los éxitos de Alejandro eran, sencillamente, los golpes de fortuna de un loco o de un temerario, acrecentados y facilitados por los errores cometidos; bastaría con evitar en lo sucesivo estos errores para atajar ulteriores peligros y dar al traste con la buena estrella del aventurero macedonio. La desgracia del Gránico parecía deberse, principalmente, a la falta de unidad y de plan para la dirección del ejército persa; ahora se reconocía que Memnón estaba en lo cierto y que la jefatura del ejército habría debido ponerse desde el principio en sus manos. En lo sucesivo se le confirió, por lo menos, el mando exclusivo y omnímodo sobre las fuerzas persas de mar y tierra en las satrapías del Asia Menor.

Y, en efecto, todo parecía indicar que el rey macedonio había encontrado en este heleno un enemigo peligroso. Ya la defensa tenaz y denodada de Halicarnaso había revelado su talento y su energía; alejado luego de la costa, salvo en unos cuantos puntos, y alentado por la disolución de la escuadra macedonia, concibió el ambicioso plan de cortar las comunicaciones de Alejandro con Europa, de llevar la guerra a la Hélade y, desde allí, en connivencia con los numerosos enemigos helénicos de Macedonia, destruir la fuerza de Alejandro en su propia raíz. Disponía de una poderosa flota de barcos chipriotas y fenicios, en la que figuraban además diez naves licias, diez de Rodas y tres de las ciudades cilicias de Malos y Soloi; aún estaba en su poder la ciudadela marítima de Halicarnaso; hacían causa común con él las islas de Rodas, Cos y todas las Sporadas, así como también, probablemente, los colonos atenienses establecidos en Samos; los oligarcas y tiranos de Quíos y Lesbos aguardaban ansiosamente su apoyo para poner fin a la democracia y a todo contacto con Macedonia; y los patriotas de la Hélade esperaban de él la restauración de las libertades helénicas.

De la rada de Halicarnaso, Memnón se dirigió con su flota hacia Quíos. Logró apoderarse de la isla, gracias a la traición de los oligarcas que antes la habían gobernado y al frente de los cuales figuraba Apolónides; lo primero que hizo

fué restaurar la oligarquía, que le garantizaba la posesión de aquel territorio insular. Luego, hízose a la vela hacia Lesbos, cuyas playas abordara poco tiempo antes Cares de Sigeón con mercenarios y barcos para expulsar al tirano Aristónico de Metimna; este Cares era aquel mismo ateniense que tan respetuosamente había saludado a Alejandro al desembarcar éste en Sigeón. Pidió a Memnón que no le estorbase en su empresa; pero Memnón iba a Lesbos como "paternal amigo y huésped" del tirano de la isla y arrojó de ella sin gran esfuerzo al antiguo estratega ateniense. Ya se le habían rendido las demás ciudades insulares, pero la más importante de todas, Mitilene, rechazó sus intimaciones, fiel a la alianza concertada con Alejandro y confiada en la guarnición macedonia que la defendía. Memnón empezó a sitiarla y la acosó del modo más duro. La ciudad, cercada por tierra mediante una muralla y cinco campamentos y bloqueada por mar, con una escuadra que taponaba la entrada al puerto y otra que patrullaba las rutas hacia la Hélade, sin perspectiva ninguna de ayuda, hallábase al borde de la desesperación. Ya empezaba a recibir Memnón embajadores de otras islas; las ciudades de Eubea, que simpatizaban con los macedonios, proyectaban enviarle sus emisarios dentro de poco tiempo; los espartanos estaban dispuestos a levantarse. En esto, cayó enfermo Memnón y, después de transferir sus poderes provisionalmente a su sobrino Farnabazos, hijo de Artabazos, mientras el gran rey dispusiera lo que había de hacerse, encontró una muerte prematura, si no para su gloria, por lo menos para las esperanzas de Darío, el señor a quien servía.

Cuéntase que cuando Darío recibió el mensaje de la muerte de Memnón convocó a un consejo de guerra, indeciso sobre si debería entregar al enemigo, que avanzaba sin descanso, las satrapías más cercanas o, por el contrario, ponerse a la cabeza del ejército imperial y presentarle batalla. Los persas le aconsejaron que se colocara personalmente al frente del ejército del imperio, ya congregado, pues la presencia del rey de reyes daría ánimo a sus soldados y los llevaría a la victoria y al triunfo, ya que bastaría con una batalla victoriosa para destruir a Alejandro. Pero el ateniense Caridemo, que, huyendo de Alejandro, había ido a refugiarse cerca del gran rey, quien le recibió con los brazos abiertos, opinó, y no dejó de encontrar eco en otros consejeros, que debía procederse con cautela y no jugarlo todo a una carta, no abandonar al Asia en la entrada misma de ella, reservar la leva general y la presencia del gran rey al frente de sus tropas para la hora del peligro supremo, hora que no llegaría si sabían enfrentarse al temerario macedonio con habilidad y prudencia; él se comprometía a aplastar al enemigo si ponían bajo su mando un ejército de cien mil hombres, la tercera parte de los cuales fuesen griegos. Los orgullosos persas rebatieron violentamente aquel consejo: los planes propuestos, decían, eran indignos del buen nombre de los persas y envolvían un reproche injusto contra la bravura de este pueblo; aceptarlos sería dar pruebas de la más triste desconfianza y confesar la impotencia, siendo así que la presencia del gran rey al frente de sus tropas no encontraría por todas partes más que entusiasmo y devoción; y exhortaron a su rey, vacilante, para que no confiase también la dirección de la última batalla a un extranjero, ansioso

de colocarse a la cabeza del ejército para poder traicionar al imperio de Ciro. Caridemo, al oir aquello, no supo contener la ira y replicó acusando a sus detractores de ceguera, de cobardía y de egoísmo: les dijo que no se daban cuenta de su impotencia y del espantoso poderío de los griegos, y que arrastrarían a la catástrofe al imperio de Ciro si la sabiduría del gran rey no le daba la razón y seguía sus consejos. El rey de los persas, falto de fe en sí mismo y doblemente receloso por ello de los demás, herido en sus sentimientos de soberano persa, tocó el cinturón del extranjero y sus alabarderos, atentos a aquella señal, sacaron al heleno a rastras, para ahorcarlo; dícese que sus últimas palabras al rey fueron éstas: "Tu arrepentimiento será la mejor prueba de mi valor; el que ha de vengarme no está ya lejos". El consejo de guerra acordó presentar batalla a los macedonios cuando entrasen en la alta Asia, oponiéndole todo el ejército del imperio al mando del gran rey, y reforzar el ejército de tierra con el mayor número posible de mercenarios griegos sacados de la flota, que Farnabazos se encargaría de desembarcar sin pérdida de momento en el puerto de Trípoli de la costa fenicia. Timondas, hijo de Mentor, fué enviado a Trípoli con el encargo de recibir aquellos contingentes e incorporarlos al ejército del imperio. Asimismo se acordó confirmar a Farnabazos en el ejercicio de todos los poderes que le estaban conferidos a Memnón.

Entre tanto, Farnabazos y Autofrádates habían proseguido y llevado a feliz término el sitio de Mitilene; la ciudad habíase rendido bajo la condición de que, a cambio de llamar a los desterrados y destruir el documento de alianza con Alejandro, la guarnición macedonia pudiera evacuar libremente y la ciudad volviera a ser confederada de Persia con arreglo a las normas de la paz de Antálcidas. Pero, tan pronto como los dos persas se vieron en posesión de la plaza, no hicieron el menor caso de las condiciones por ellos aceptadas; apostaron una guarnición en la ciudad bajo el mando del rodio Licomedes e instauraron como tirano a uno de los antiguos desterrados, llamado Diógenes; hicieron sentir a Mitilene el pesado yugo de la opresión persa mediante un sistema de gravosas contribuciones, impuestas unas a los particulares y otras a la ciudad en su conjunto. Hecho esto, Farnabazos se apresuró a llevar a la Siria los mercenarios que le pedían; allí le fué comunicado el nombramiento para ejercer el mando supremo en sustitución de Memnón, cuyos planes sufrían, sin embargo, un golpe mortal con la entrega de aquellos mercenarios; la rápida y eficaz ofensiva que habría de inflamar y poner en pie de guerra a Esparta, Atenas y toda la Gran Grecia, era ya imposible.

Sin embargo, Farnabazos y Autofrádates no renunciaron del todo a aquellos planes. Enviaron a las Cícladas al persa Datames con diez trieras, mientras ellos salían para Tenedos al mando de cien barcos; desembarcaron en esta isla, que se había adherido a la causa helénica, y la obligaron —pues también se aplicó esta fórmula— a retornar al régimen de la paz de Antálcidas. Al parecer, la mira era ocupar el Helesponto.

Alejandro, para asegurar por lo menos las comunicaciones con Macedonia por medio de una flota, había enviado ya a Egelojo a la Propóntide para que la

reuniese, con órdenes para detener y poner en condiciones de prestar servicio como barcos de guerra a todas las naves que saliesen del Ponto. Antímaco, por su parte, fué enviado a Atenas para pedir a los atenienses que suministrasen su contingente federal de barcos y pusieran sus puertos a disposición de la flota macedonia para armar y preparar sus naves; la petición fué denegada. Antipatro, por medio de Proteas, hizo que se reuniese la mayor cantidad posible de barcos en Eubea y el Peloponeso para observar los movimientos de la escuadra de Datames, anclada ya en la isla de Sifnos, precaución ésta extraordinariamente necesaria, pues los atenienses habían vuelto a enviar embajadores al rey de Persia y no sólo esto, sino que al saber que sus barcos trigueros eran detenidos en la boca del Ponto y se trataba de emplearlos para luchar contra la escuadra persa, acordaron que se hiciese a la mar una flota de cien velas al mando de Menesteo, hijo de Ifícrates; en estas condiciones, Egelojo creyó conveniente soltar los barcos atenienses retenidos por él, con objeto de no dar a los de Atenas pretexto para incorporar sus cien trieras a la flota de los persas. Razón de más para alegrarse de que Proteas, con su flotilla de quince naves, no sólo mantuviera inmovilizada a la escuadra persa anclada delante de Sifnos, sino que, además, por medio de una hábil maniobra, lograra sorprenderla, apoderándose de ocho barcos con toda su dotación, mientras los demás se daban a la fuga y, conducidos por Datames, iban a unirse al resto de su flota, ocupada en patrullar las aguas entre Quíos y Mileto y en saquear esta parte de la costa.

Con esto quedaba eliminado el primer peligro, seguramente el mayor de los que envolvían los planes de Memnón; el rápido y audaz ataque de Proteas había evitado, seguramente, una deserción de los griegos. ¿Pero, acaso estos mismos éxitos no venían a demostrar que Alejandro había obrado precipitadamente al disolver una flota que, seis meses después, se vería obligado a reconstruir? Alejandro tenía una idea muy clara del volumen de energía e inteligencia que podía esperarse de los dirigentes persas y el juicio que se formaba de sus aliados helenos fué confirmado más tarde por la realidad; aunque se sintiesen inclinados a desertar de su causa y a unir sus barcos a la flota de los persas, Antipatros sería capaz de tenerlos a raya en tierra firme; finalmente, no era tan difícil, ni mucho menos, reunir a toda prisa una nueva flota para salvaguardar las costas contra un enemigo incapaz de asestar el golpe en el punto decisivo. Alejandro podía proseguir sus planes bélicos sin preocuparse gran cosa de la guerra por mar, tanto más cuanto que cada uno de sus avances ponía en peligro la misma existencia de la flota enemiga, al privarla de las costas de su propia patria. El lograr esto fué precisamente el objetivo que Alejandro asignó a la siguiente campaña.

## ALEJANDRO CRUZA EL TAURO

En la primavera del año 333 uniéronse en Gordión los distintos contingentes del ejército macedonio; las tropas que habían hecho la campaña de invierno con Alejandro avanzaron desde el sur, desde Celene; Parmenión había conducido

allí, desde Sardes, a la caballería y al tren del gran ejército; los recién casados regresaron de Macedonia, terminada su licencia, con una cantidad considerable de tropas de refresco, a saber: 3,000 macedonios de a pie y 300 de a caballo, 200 jinetes tesalienses y 150 de la Elida, lo que hacía que Alejandro contase ahora, a pesar de las guarniciones que había dejado en distintos sitios, con los mismos efectivos, sobre poco más o menos, que en el Gránico. En cuanto a la moral de estas tropas, podemos imaginárnosla a juzgar por los éxitos ya logrados y por los que esperaban alcanzar como fruto de sus futuras luchas; aquellos hombres, seguros de nuevos triunfos, de los que eran prenda los anteriormente conquistados, veían ya en el Asia su botín; ellos mismos, su rey y los dioses les garantizaban firmemente el éxito.

Presentáronse también en Gordión embajadores de Atenas para suplicar al rey que pusiera en libertad a los atenienses que habían sido hechos prisioneros en la batalla del Gránico y enviados a Macedonia bajo cadenas. ¿Basábase acaso esta petición en los acuerdos tomados en Corinto y en el cumplimiento fiel de ellos? La contestación que se les dió fué que volviesen cuando hubiese terminado felizmente la siguiente campaña, la que estaba a punto de iniciarse.

La ciudad de Gordión, residencia antiquísima de los reyes frigios, conservaba en su ciudadela los palacios de Gordio y Midas y el carro por el cual Midas fuera reconocido en otro tiempo como el hombre elegido por los dioses para reinar sobre la Frigia; el yugo estaba unido al carro tan maravillosamente por medio de un nudo hecho de corteza de árbol, que no había manera de saber dónde empezaba y dónde terminaba la unión; había un oráculo según el cual el que deshiciese aquel nudo sería dueño del Asia. Alejandro hizo que le enseñasen la ciudadela, el palacio y el famoso carro, le refirieron el oráculo y decidió someterse a él, deshaciendo el nudo gordiano; todo se volvía buscar el cabo, sin descubrirlo, y los circunstantes contemplaban, llenos de perplejidad, sus vanos esfuerzos; por fin, Alejandro desenvainó la espada y cortó el nudo de un tajo; el oráculo, después de todo, quedaba cumplido.

El ejército se puso en marcha al día siguiente, encaminándose hacia Ancira por las estribaciones meridionales de las montañas fronterizas de la Paflagonia; en Ancira salió a su encuentro una embajada de paflagonios para ofrecer al rey la sumisión de su país, bajo la condición de que no fuesen apostadas allí tropas macedonias. El rey accedió a lo que se le pedía; la Paflagonia siguió gobernada por los dinastas del país, tal vez bajo la jurisdicción del gobernador de la Frigia y el Helesponto.

El ejército expedicionario siguió su marcha hacia la Capadocia, al otro lado del Halis, a través de las tierras de esta gran satrapía que se extiende hasta el Iris, sin encontrar en ellas la menor resistencia; y aunque no hubo tiempo a ocupar los territorios de la parte norte, fué convertida en satrapía macedonia y su mando entregado a Sabictas. Hay, por lo menos, un ejemplo demostrativo de que en las ciudades griegas del Ponto el partido democrático confiaba en que Alejandro les devolviese sus libertades. Sin embargo, en ellas siguió en posesión del

poder la facción persa —como en Sinope— o la tiranía —como en Heraclea—. Y es que Alejandro no podía demorar los asuntos más importantes y desviarse de su ruta para ocupar las lejanas costas del Ponto Euxino; el objetivo de su expedición eran las costas del mar Mediterráneo. La ruta que llevaba pasaba por las estribaciones septentrionales del Tauro y trasponía las puertas cilicias, situadas más arriba de Tíana, las mismas que hacía unos setenta años cruzara Ciro el joven con sus diez mil griegos.

Alejandro encontró las alturas tomadas por fuertes retenes; mandó que el resto de su ejército acampara, mientras él mismo se preparaba con sus hipaspistas, los arqueros y los agrianos para ponerse en marcha como a la hora de la primera guardia nocturna y sorprender al enemigo bajo las sombras de la noche. Apenas los puestos de vigilancia enemigos le sintieron acercarse, abandonaron en rápida fuga los pasos, que habrían podido bloquear a poca costa, si no se hubiesen considerado perdidos. Al parecer, Arsames, el sátrapa cilicio, sólo los había colocado allí, en aquellos puestos avanzados, para ganar tiempo, poder saquear y devastar el país y, de este modo, dejando a sus espaldas un desierto, replegarse más seguramente sobre el ejército de Darío, que avanzaba ya desde el Eufrates. Pero Alejandro cruzó a toda marcha los desfiladeros y cayó sobre Tarso con su caballería y las tropas más rápidas de su infantería ligera, a tal velocidad que Arsames, que no creía que el enemigo estuviese tan cerca ni fuese tan rápido, vióse sorprendido y hubo de salir corriendo sin poder saquear la ciudad ni el campo, salvando así su vida para una pronta muerte.

Alejandro, fatigado por las guardias nocturnas, las marchas forzadas y el sol de mediodía de una calurosa jornada del tardío verano, llegó con sus tropas a las riberas del Cidnos, río serrano de aguas claras y frías que corre en rápido curso hacia Tarso. Ansioso de bañarse, se despojó a toda prisa del casco, la coraza y las ropas y corrió a meterse en el río; vióse acometido por unos escalofríos de fiebre que le agarrotaban; le sacaron del agua medio muerto, desvanecido, y le llevaron a la tienda. Las convulsiones y una fiebre altísima parecían anunciar que su vida se iba por momentos; todos los médicos desconfiaban de salvarle; recobró la conciencia, pero ésta convirtióse en un nuevo tormento; el insomnio y la rabia impotente ante la muerte que se acercaba consumían sus últimas fuerzas. Los amigos casi le lloraban ya y el ejército sentíase desesperado; el enemigo estaba cerca y nadie sabía qué hacer. Por fin, un médico acarnanio llamado Filipo, que conocía al rey desde su infancia, se ofreció a preparar un bebedizo, asegurando que le curaría; todo lo que Alejandro pedía era que le curasen pronto; Filipo le prometió que, con su medicina, se pondría rápidamente bueno. En aquellos momentos, llegó a manos de Alejandro una carta de Parmenión previniéndole contra Filipo: le decía que el médico había recibido de Darío mil talentos y la promesa de que se casaría con una hija del gran rey si envenenaba a Alejandro. Este entregó la carta a su médico y, mientras la leía, vació la copa con el bebedizo. El médico leyó sin inmutarse aquel papel acusador, pues su conciencia no le acusaba de nada; rogó al rey que tuviese confianza en él y le aseguró

que pronto volvería a sentirse sano y fuerte; habló con él de la patria, de su madre y de sus hermanas, de las próximas victorias y de los maravillosos países del oriente; sus cuidados y su lealtad viéronse recompensados por la pronta curación del rey; Alejandro volvió a ponerse al frente de sus macedonios.

### OCUPACIÓN DE CILICIA

Las operaciones bélicas reanudáronse con redoblado entusiasmo. Cilicia era, en la cadena de las satrapías persas, el eslabón que unía al Asia Menor con la meseta asiática. Al apoderarse de los desfiladeros del Tauro, Alejandro había dominado en un momento la más fuerte posición defensiva del imperio persa contra el occidente; ahora necesitaba asegurarse toda la región que se extendía al sur de aquella cordillera, para poder conquistar y mantener la segunda puerta, la de los montes Amanos, que abrían el camino a la Siria. Mientras Parmenión, con los mercenarios y las tropas federales, con los escuadrones tesalienses y los tracios de Sitalces, avanzaba en dirección este para ocupar los pasos hacia la alta Asia, Alejandro marchó rumbo al oeste, para apoderarse del camino que conducía a Laranda e Iconión, de las tierras de la llamada Cilicia agreste, cuyos habitantes, pueblos montañeses de bandoleros libres como sus vecinos de la Pisidia, podían estorbar fácilmente las comunicaciones con el Asia Menor.

Se dirigió desde Tarso a la ciudad de Anquiale, fundada por Sardanápalo y en que se levantaba una estatua de este rey asirio, con la siguiente curiosa inscripción :"Anquiale y Tarso fueron fundadas por Sardanápalo en un día; pero tú, ¡oh extranjero!, come, bebe y ama, pues todo lo demás que le ha sido dado al hombre no vale siquiera la pena de mentarlo". Desde allí se trasladó a Soloi, la tierra de los "solecismos", que, aunque era ciudad de origen griego, sentía tal devoción por los persas, que Alejandro no sólo dejó en ella una guarnición, sino que le impuso, además, una multa de 200 talentos de plata. Al frente de tres falanges, hizo una correría por las tierras de la Cilicia agreste; en siete días llevó a cabo la sumisión, en parte de grado y en parte por fuerza, de aquellas tribus montañesas, asegurando así sus comunicaciones con las provincias occidentales. Regresó a Soloi, donde recibió la noticia, enviada por sus jefes militares de la Caria, de que Otontopates, que aún tenía en sus manos la ciudadela marítima de Halicarnaso, había sido derrotado en un reñido combate y se le habían hecho más de 1,000 prisioneros.

Para celebrar la iniciación de una lucha que comenzaba bajo tan buenos auspicios y el restablecimiento de la salud de Alejandro, diéronse en Soloi varias fiestas: un gran sacrificio ofrendado a Esculapio, un desfile solemne de todo el ejército, un desfile de antorchas, torneos gímnicos y literarios, fiestas y celebraciones que despertarían en los vecinos de Soloi, ya casi perdidos para las costumbres helénicas, el recuerdo de la patria y de sus antepasados; los tiempos de los bárbaros se habían desvanecido; la vida helénica, brillante y luminosa, se abría paso en los países durante tanto tiempo esclavizados; la sangre helénica, antes despre-

ciada y olvidada en medio de la barbarie asiática, convertíase ahora en una prerrogativa y un orgullo. Alejandro dió a los solios una constitución democrática; pocas semanas después, a raíz de la decisiva victoria ganada por sus armas, cursó las órdenes necesarias para que se les condonara la contribución de guerra y les fueran devueltos los rehenes.

De regreso en Tarso, mandó que la caballería, al mando de Filotas, avanzase hacia los campos de Aleya, bañados por el río Píramo, mientras él, a la cabeza del resto del ejército, seguía por la costa, pasando por Magarsos, hasta Malos, dos ciudades en que se conservaban recuerdos helénicos que servirían de punto de apoyo a las tropas expedicionarias. En Malos, el pueblo habíase levantado contra sus opresores antes ya de que llegasen los macedonios; esta lucha sangrienta librada entre la facción persa y el partido del pueblo no se decidió y aplacó hasta la llegada de Alejandro; éste eximió a la ciudad, que descendía de Argos lo mismo que la casa real de Macedonia, del tributo que venía pagando al gran rey, le restituyó la libertad y celebró la memoria de su fundador, Anfílocos de Argos, con una fiesta heroica.

## BATALLA DE ISOS

Estando en Malos, recibió Alejandro la noticia de que el rey Darío avanzaba con un enorme ejército desde el Eufrates y llevaba ya algún tiempo detenido en la ciudad siria de Sojoi, a dos días de marcha de los desfiladeros. Alejandro convocó inmediatamente a consejo de guerra; todos fueron de parecer que debían ponerse en marcha sin demora, cruzar los desfiladeros y atacar a los persas donde los encontrasen. El rey ordenó que el ejército se pusiera en camino a la mañana siguiente. La dirección era la ciudad de Isos, bordeando la profunda bahía que allí forma el mar.

De Isos parten dos caminos hacia la Siria; uno de ellos, más penoso, sale primero hacia el norte (hacia Topra Calesi) y luego dobla hacia el este, por barrancos y desfiladeros, cruzando los montes Amanos; Alejandro no quiso seguir esta ruta, para evitar que sus soldados, con los cambios de valles y montañas y la intransitabilidad de la comarca, llegasen doblemente fatigados frente al enemigo; además, no quería alejarse de las costas de aquel golfo hasta que estuviesen completamente en su poder y bloqueadas para los barcos enemigos. Dejando atrás a los enfermos, que iban más seguros en la retaguardia del ejército, salió de Isos por el camino más transitado y que los griegos conocían bien a través de la descripción de Jenofonte: este camino parte hacia el sur, costeando, por los llamados pasos de la playa, hacia la ciudad marítima de Miriandro, no lejos de la entrada de los pasos principales de Siria (pasos de Bailan); su intención era llegar a la mañana siguiente a los llanos de Siria y Sojoi. Por la noche se desató una furiosa tormenta, pues corrían los primeros días de noviembre; el viento y la lluvia impedían la marcha; el ejército permaneció acampado en Miriandro, a unas tres millas al sur de los pasos de la playa; en término de pocos días esperaban encontrar al enemigo en los llanos de Sojoi para presentarle la batalla decisiva.

En efecto, el inminente encuentro entre los dos ejércitos tenía que ser, necesariamente, decisivo. Los contingentes encuadrados en el ejército persa contábanse por cientos de miles, entre ellos una gran masa de mercenarios griegos que, engrosados por los que recientemente habían desembarcado al mando del acarnaneiense Banor y del tesaliense Aristómedes, no sumarían menos de 30,000; y entre las masas de las gentes de guerra asiáticas figuraban como 100,000 hombres de infantería pesada (los *cardacos*) y los jinetes persas acorazados. Darío tenía puesta toda su confianza en aquel enorme poderío, en la justicia de su causa, en su fama guerrera; creía ciegamente en las seguridades que le daban sus príncipes y —según se cuenta— en un sueño que había tenido poco antes de partir de Babilonia y que los caldeos le habían descifrado de un modo muy halagüeño; en este sueño había visto el campamento de los macedonios al resplandor de un enorme incendio y al rey macedonio cabalgar, vestido de príncipe persa, por los caminos de Babilonia, hasta que caballo y jinete se perdieron entre las sombras. Seguro así del porvenir, había cruzado el Eufrates a la cabeza de su gigantesco ejército y acampó cerca de Sojoi, rodeado de toda la pompa guerrera de un "rey de reyes", acompañado por toda su corte y su harén y los harenes de los sátrapas y príncipes persas, por un tropel de eunucos y de mudos, por cientos de miles de hombres de armas, por una caravana interminable de carros lujosamente adornados y cubiertos por ricos baldaquines y por todo su copioso bagaje; allí, en aquellos vastos llanos que le ofrecían espacio para desplegar la superioridad aplastante de su ejército y, sobre todo, para emplear eficazmente sus grandes masas de caballería, esperaría al enemigo para destruírlo.

Parece que fué Arsames, el fugitivo de la Cilicia, el que llevó al campamento de Darío las primeras noticias de que Alejandro estaba cerca y marchaba hacia allí. Según aquellos informes, el enemigo parecía querer cruzar por los desfiladeros de los montes Amanos; todos los días se esperaba ver las nubes de polvo levantarse por el oeste. Pasó un día, y otro, y otro, hasta que por fin los que aguardaban acabaron por mostrarse indiferentes ante el peligro que no acababa de llegar; ya nadie se acordaba de todo lo que habían perdido; burlábanse del enemigo, que no se atrevía a salir de la angosta zona de la costa, sospechando sin duda que las pezuñas de los caballos persas bastarían para aplastar su poder. Darío prestaba gustoso el oído a las palabras arrogantes de los grandes de su imperio: el macedonio, intimidado ante la proximidad de los persas, no se atrevería a pasar de Tarso; habría que ir en su busca y atacarlo; su destrucción era ya cosa de días. En vano el macedonio Amintas les ponía en guardia contra aquella alegría prematura, queriendo hacerles ver que aquella demora presagiaba doble peligro; que por nada del mundo debían aventurarse a entrar en los estrechos valles de la Cilicia, que los llanos de Sojoi eran el campo de batalla adecuado para el ejército persa, que allí era donde una muchedumbre como aquélla podía vencer o retirarse, si era vencida. Paro Darío, desconfiando de aquel extranjero que había traicionado a su rey, seducido por los discursos aduladores de sus grandes y por sus propios deseos y, finalmente, espoleado por la intranquilidad del débil y por su

funesta estrella, ordenó abandonar la posición de Sojoi e ir en busca del enemigo que no se atrevía a venir a donde él se hallaba. Toda la impedimenta inútil, los harenes y la mayor parte del tesoro, todo lo que pudiera embarazar la marcha, fué enviado a Damasco bajo las órdenes de Cofenes, hermano de Farnabazos, mientras el rey, para evitar el rodeo por Miriandros, cruzaba con sus tropas los desfiladeros de los montes Amianos y llegaba a Isos, precisamente el mismo día en que Alejandro había partido para Miriandros. Los persas encontraron en Isos a los enfermos que el ejército macedonio había dejado en retaguardia y los degollaron a todos entre tormentos espantosos; sentíanse jubilosos, seguros de que Alejandro huía ante ellos; daban por cierto que sus comunicaciones con Macedonia estaban cortadas y que su ruina era segura. Sin poder contener su impaciencia, pusiéronse en marcha para dar alcance a los fugitivos.

Y, en realidad, Alejandro tenía sus comunicaciones cortadas; se le ha acusado de imprudencia por no haber ocupado los pasos de los montes Amanos y por no haber dejado una guarnición en Isos, abandonando a sus enfermos rezagados a un enemigo feroz; y se dice que todo su ejército habría perecido miserablemente, *sin apelación, si los persas, rehuyendo la batalla, hubiesen bloqueado el* mar con su flota y la línea de retirada de Alejandro con una tenaz defensiva, a la par que hostilizaban todos los avances del enemigo con sus escuadrones y los hacían doblemente peligrosos mediante las devastaciones aconsejadas en otro tiempo por Memnón. Pero Alejandro conocía bien la pobreza del poder militar de los persas; sabía que, a la larga, sería imposible para ellos aprovisionar a aquellos cientos de miles de hombres en su ruta de marcha y, además, en las angostas tierras de la Cilicia; sabía que aquel ejército distaba mucho de formar un todo militar capaz de cogerle en sus mallas por medio de una serie de movimientos combinados y que, en el peor de los casos, una serie de rápidas y audaces marchas de sus tropas obligarían a aquella masa densa, pero torpe, a batirse en retirada, presa del desconcierto, dispersa y blanco fácil de cualquier ataque. ¿Y cómo podía esperar que los persas abandonasen un terreno tan favorable para sus maniobras y tuviesen incluso la locura de avanzar hasta la estrecha zona costera bañada por el Pinaros?

Así lo había hecho, en efecto, Darío. Informado por unos campesinos fugitivos de que Alejandro estaba a pocas horas de camino de allí, al otro lado de los pasos de la playa, y no presentaba, ni mucho menos, trazas de ir huyendo, no tuvo más remedio, en vista de que ya no podía volver rápidamente atrás a aquel enorme ejército ni se atrevía a empujarlo hacia las Termópilas de Cilicia, que prepararse en aquel angosto llano en que se encontraba para una batalla en que todas las ventajas del ataque estarían ya de parte del enemigo. En realidad, si hubiese habido alguna estratagema capaz de hacer abandonar al gran rey la llanura de Sojoi y de hacerlo bajar hasta las costas de Cilicia, Alejandro la habría empleado gustosamente, aunque hubiese representado para él una pérdida mayor que la de su hospital de campaña de Isos. Cuando llegaron a sus oídos los primeros rumores de que Darío se encontraba cerca le parecieron tan inverosímiles, que envió a

unos cuantos oficiales a recorrer la costa para convencerse de que realmente el enemigo estaba allí.

Muy distinta fué la impresión que este mismo rumor produjo a las tropas de Alejandro; ellas habían esperado encontrar al enemigo algunos días más tarde y en campo abierto; ahora todo era inesperado y precipitado; los persas estaban a su espalda y la batalla se produciría al día siguiente; había que arrancar al enemigo, decían las tropas, en dura batalla, lo que ya se había conquistado y pagar con sangre cada paso dado hacia atrás; tal vez los desfiladeros se hallasen ya tomados y bloqueados, tal vez fuese necesario abrirse paso, como lo hicieran en otro tiempo los Diez mil, a través de las tierras interiores del Asia Menor, para llevar a la patria, en vez de la gloria y el botín, la vida escueta, el que lograse salvarla; y todo por no haber avanzado con precauciones; lo que ocurría era que no se estimaba en nada la vida del soldado raso y, cuando caía herido o enfermo, se le dejaba atrás, abandonado a su suerte y a la ferocidad del enemigo. Eso, y cosas todavía peores, gruñían los soldados, mientras limpiaban sus armas y aguzaban sus picas, no tanto por cobardía como porque las cosas habían sucedido de otro modo a como ellos esperaban, y también para desahogar un poco, con maldiciones en voz alta, ese sentimiento de desazón que se apodera hasta del soldado más valiente en vísperas de una decisión largamente esperada.

Alejandro conocía el estado de sus tropas, pero no le inquietaba aquel desembarazo que la guerra crea y exige. Tan pronto como sus oficiales exploradores le informaron de lo que habían visto, a saber: de que el llano de la desembocadura del Pínaro, cerca de Isos, estaba cubierto de tiendas de campaña, de que Darío se hallaba cerca, reunió a sus estrategas, a sus ilarcas y a los altos jefes de las tropas aliadas, les comunicó los informes que acababa de recibir y les hizo ver que, de todas las posibilidades imaginables, ninguna prometía éxito más seguro que la posición en que el enemigo había ido a colocarse; la apariencia de estar cercados —así lo hace decir, por lo menos, Arriano— no les engañaría; habían peleado gloriosamente demasiadas veces para que su ánimo flaqueara ante un peligro aparente: ellos, siempre vencedores, se enfrentarían a un ejército siempre vencido; macedonios contra medos y persas; guerreros avezados, encanecidos bajo las armas, frente a las gentes afeminadas del Asia, que hacía mucho tiempo que no sabían lo que era guerrear; hombres libres contra esclavos; helenos conscientes que luchaban voluntariamente por sus dioses y su patria contra helenos degenerados que traicionaban a su patria y la gloria de sus antepasados por una mísera soldada; los más combativos y más libres hombres autóctonos de Europa contra las más despreciables tribus del oriente; en suma, el vigor contra la degeneración, la suprema voluntad contra la más profunda impotencia, todas las ventajas del terreno, de la estrategia y de la bravura contra las hordas persas: ¿podía, en tales circunstancias, ser dudoso el resultado de la lucha? Y el premio de esta victoria no sería ya, como el de la anterior, una o dos satrapías simplemente, sino el reino persa: no se disponían a vencer a los escuadrones de jinetes y al tropel de mercenarios del Gránico, sino al ejército imperial del Asia;

no a los sátrapas persas, sino al gran rey en persona; después de esta victoria, ya no tendrían otra cosa que hacer sino posesionarse del Asia y resarcirse de todas las penalidades a que habían sabido hacer frente todos juntos. Les recordó todo lo que habían llevado a cabo estrechamente unidos, cómo cada uno de ellos se había distinguido en las acciones anteriores, llamando a cada cual por su nombre. Todo esto y mucho más, todo lo que en vísperas de una batalla inflama a los hombres valientes cuando lo escuchan de labios de otro valiente, fué dicho entonces por Alejandro, con aquella majestad y aquel entusiasmo con que él sabía hacerlo. Ninguno de los presentes dejó de sentir emoción ante las palabras del joven héroe que los mandaba; todos se agolparon junto a él para estrechar su mano y asegurarle que harían honor a su jefe. El deseo de ponerse en orden de batalla y pelear cuanto antes era unánime. Alejandro los despidió con órdenes de que, ante todo, preparasen convenientemente a las tropas, de que enviasen por delante algunos jinetes y arqueros a los pasos de la playa y de que estuviesen dispuestos con sus hombres para ponerse en marcha al atardecer.

A la caída de la tarde púsose en movimiento el ejército de Alejandro, llegó como a la media noche a los pasos y detúvose junto a las rocas para descansar un poco, mientras se distribuían convenientemente los puestos de avanzada. Al amanecer, el ejército se puso en marcha de nuevo para salir al llano de la costa a través de los pasos.

Este llano se extiende desde los pasos de la playa, cosa de unas cinco millas al norte, hasta la ciudad de Isos;* linda al oeste con el mar, al este con las montañas, en algunos puntos muy altas, y va ensanchándose a medida que se sale de los pasos y se avanza hacia la ciudad. Por el centro, donde alcanza una altura como de media milla, lo cruza en dirección sudoeste un pequeño río que baja de las montañas, el Pinaro (hoy, Deli-chai), cuya margen septentrional es, a trechos, escarpada; viene de las montañas del nordeste, las cuales, siguiendo el curso del río, destacan sobre el llano, en su orilla meridional, una colina bastante alta, por lo que la corriente del Pinaro hace que el llano se extienda un poco hacia los montes. Al norte del río y a cierta distancia de él empezaba el campamento de los persas.

Tan pronto como Darío fué informado de que Alejandro, volviendo sobre sus pasos, estaba a poca distancia de allí, dispuesto a presentar batalla y avanzando ya hacia el río, la masa del ejército persa se formó en orden de combate lo más a prisa y lo mejor que pudo. Y aunque el terreno, muy angosto, no era propicio para que los persas pudieran desplegar su gran superioridad numérica de fuerzas, parecía prestarse, en cambio, muy bien para una tenaz defensiva; el Pinaro, con sus márgenes escarpadas, hacía las veces de una muralla y un foso, detrás de las cuales era necesario ordenar la masa del ejército. Para poder hacerlo sin contratiempo alguno, Darío ordenó que 30,000 jinetes y 20,000 hombres de infantería ligera pasasen el río, con órdenes de replegarse inmediatamente a derecha e izquierda sobre las dos alas de la línea. En seguida, se formó la línea de la infan-

* Véase nota 7, al final.

tería, poniendo a los 30,000 mercenarios helenos, al mando de Timondas, en el ala derecha y en la izquierda a los 60,000 cardacos; otros 20,000 soldados de éstos fueron situados más a la izquierda, corridos hacia las alturas, con la misión de amagar el ala derecha de Alejandro. Tan pronto como los macedonios avanzaran sobre el río para atacar, tendrían a su espalda, en el ala derecha, a una parte por lo menos de aquellas tropas. El poco sitio disponible sólo consentía a los persas destinar directamente a la batalla, por el momento, las tropas mencionadas; la mayoría de sus contingentes, formados por infantería ligera y pesada, formáronse en columna detrás de la línea de combate, de modo que pudieran lanzarse a la lucha nuevos y nuevos refuerzos. Cuando todas las tropas estuvieron en orden, dióse orden de repliegue a los escuadrones de caballería enviados en descubierta, los cuales se repartieron a derecha e izquierda, entre las dos alas; pero el terreno, por la parte de la izquierda, parecía inapropiado para los movimientos de la caballería, por lo cual hubieron de trasladarse también al ala derecha los jinetes destinados a aquella parte, con lo que toda la caballería, que era la verdadera fuerza del ejército persa, se concentraba del lado del mar, al mando de Nabarzanes. Darío, siguiendo la costumbre persa, se colocó dentro de su carro-dormitorio en el centro de la línea, rodeado por un destacamento de jinetes, los más nobles de la caballería persa, con su hermano Oxatres a la cabeza. El plan de batalla consistía en que la infantería mantuviese una posición detrás del Pinaro, a cuyo efecto los puntos menos escarpados de la orilla se cubrieron con obras defensivas, mientras la caballería persa del ala derecha arremetía con toda la violencia posible contra el ala izquierda de los macedonios y las tropas apostadas en las alturas caían sobre la espalda del enemigo.

Alejandro, una vez que llegó a terreno más despejado, formó su columna de marcha, en la que venían por este orden la infantería pesada, la caballería y las tropas de armamento ligero; con la infantería pesada repartida a derecha e izquierda, formó a su ejército en línea de combate de dieciséis hombres en fondo; conforme avanzaban, iba abriéndose más y más el terreno, lo que permitió a la caballería ocupar también sus puestos en la línea, a la izquierda la de los aliados helénicos y los jinetes reclutados en la Elida y a la derecha, que era la que, como de costumbre, había de atacar, la tesaliense y la macedónica. Ya se veía a lo lejos la larga línea del ejército persa; las alturas de la derecha aparecían cubiertas de infantería enemiga y se observó que del ala izquierda del adversario se movían grandes masas de caballería a lo largo de la línea de batalla para unirse al ala derecha, donde el terreno era más despejado, con el propósito, al parecer, de lanzar desde allí una gran carga de caballería. Alejandro ordenó a las ilas tesalienses que, detrás del frente para que el enemigo no se diese cuenta de la maniobra, se desplazasen al ala izquierda y se incorporasen, de momento, a los arqueros cretenses y a los tracios de Sitalces, que en aquel preciso momento avanzaban para formar en las falanges; y dió órdenes a Parmenión, que mandaba el ala izquierda, para que, con los jinetes reclutados en la Elida, que seguían ahora a los tesalienses por la izquierda, marchasen lo más cerca posible del mar

para evitar que la línea de combate se viese rodeada por aquel lado. En el ala derecha colocó e hizo avanzar a la diestra de la caballería macedónica a las ilas de los sarissóforos, mandados por Protomajo, a los peonios, al mando de Aristón, y a los arqueros, con Antíoco a la cabeza. Contra los cardacos que ocupaban las alturas de la derecha desplegó, con los agrianos, mandados por Atalo, una parte de los arqueros y algunos jinetes, un segundo frente que formaba ángulo recto con la línea de combate.

A medida que los macedonios iban acercándose al río, dábanse más clara cuenta de la gran extensión de las líneas enemigas, que sobresalían considerablemente del ala derecha de su propio ejército; Alejandro consideró necesario hacer que dos de las ilas macedonias, la de Peroidas y la de Pantordano, se deslizasen detrás del frente hacia la extrema ala derecha; ya podía colocar en la línea de combate, en vez de aquellos escuadrones, a los agrianos, los arqueros y los jinetes del cuerpo lateral, pues un violento ataque descargado por ellos sobre el enemigo de enfrente había hecho que éste se dispersase y se viese obligado a refugiarse en las alturas, con lo cual aquellos trescientos hetairos podían considerarse suficientes para mantenerlos alejados y asegurar por este lado los movimientos de la línea de combate.

Con este despliegue de fuerzas, que fué operándose sin prisas y con pequeñas pausas para que las tropas descansasen, Alejandro no sólo había conseguido empujar bastante hacia un lado a aquel cuerpo de flanco del enemigo que avanzaba sobre su derecha, sino que, al mismo tiempo, había logrado, con los movimientos de las tropas ligeras de a pie y de a caballo, que su línea sobresaliese sobre el ala izquierda del enemigo para que pudiese cubrir el golpe que pensaba descargar con los hetairos y tener entretenida a la punta de lanza de la izquierda del enemigo hasta que él se hubiese lanzado contra el centro de su línea, teniendo a la izquierda a los hipaspistas y a su espalda, inmediatamente detrás de él, a las primeras falanges. Una vez roto el centro del enemigo, confiaba en poder abordar y destruir, con sus ilas en el flanco y sus hipaspistas en el frente, el ala derecha de los persas, la cual, con los mercenarios helenos y las masas de caballería, presentaba una decidida superioridad sobre el ala de Parmenión. Podía prever que su primera embestida tendría un éxito tanto más decisivo cuanto que el gran rey no se encontraba con la caballería, del ala derecha, que habría podido descargar el golpe principal, sino en el centro de la línea defensiva, que, aunque parapetado detrás de las orillas escarpadas del río y de las defensas artificiales, no parecía capaz de resistir una acometida fuerte.

Alejandro hizo que su línea avanzase lentamente, para poder arremeter contra el enemigo con el mayor orden y formando una masa lo más compacta posible. Cabalgaba a lo largo del frente, hablaba a los distintos destacamentos, gritaba a este o el otro de sus jefes, llamándoles por su nombre y recordando todas las hazañas que ya tenían en su haber; por todas partes se veía aclamado jubilosamente por las tropas, que le incitaban a no esperar más, a iniciar sin demora el ataque. Cuando ya toda la línea, en formación cerrada, se hallaba a tiro de arco

del enemigo, Alejandro, entre el griterío de combate de su ejército, se lanzó con su caballería al río. Ganaron la otra orilla sin sufrir grandes pérdidas bajo la granizada de dardos del adversario y se abalanzaron con tal furia sobre la línea enemiga, que ésta, tras breve e inútil resistencia, empezó a desintegrarse y a ceder. Alejandro veía ya el carro del rey persa y pugnaba por llegar hasta él; se entabló un ferocísimo combate entre los nobles persas, que defendían a su rey, y los jinetes macedonios, conducidos por el suyo; en este encuentro cayeron Arsames, Reomitres, Aticíes y el sátrapa egipcio Sabaces; el propio Alejandro recibió una herida en un muslo; aquello hizo que los macedonios peleasen con furia redoblada; Darío se salió con su carro del tumulto, seguido por las filas más próximas a él y por las que llegaban por la parte de la izquierda hasta la montaña; pronto la dispersión y la fuga de los persas se generalizaron. Los peonios, los agranios, los dos escuadrones de la extrema ala derecha de los macedonios abalanzáronse sobre aquella enorme muchedumbre de tropas desconcertadas y remataron la victoria en este sector.

La infantería pesada del centro no había podido guardar la línea ante el violento avance de Alejandro con la caballería; esto hizo que se produjesen en esta parte algunos vacíos, que la prisa por avanzar, al encontrarse ya con los obstáculos del río, no hacía más que ensanchar; cuando ya Alejandro peleaba furiosamente en el centro del enemigo y su línea izquierda vacilaba, los helenos del ejército persa apresuráronse a lanzarse contra los hoplitas macedonios, con los que estaban seguros de poder medirse en cuanto a bravura, armamento y pericia guerrera, por el sitio en que el vacío abierto en su línea era mayor. Trataban a todo trance de recobrar la victoria que tenían ya perdida; si conseguían rechazar a los macedonios de la escarpada orilla y obligarlos a repasar el río, Alejandro veríase desamparado por el flanco y estaría punto menos que perdido. Precisamente este peligro espoleaba a los pecetairos a luchar todavía con mayor denuedo; sabían que si retrocedían darían al traste con la victoria ganada ya por Alejandro. El viejo odio reconcentrado entre helenos y macedonios hacía que fuese todavía más sangrienta aquella lucha entablada entre fuerzas iguales y bravuras iguales; la furia era mayor, porque el enemigo entendía las maldiciones y los suspiros de muerte del enemigo. Ya habían caído Tolomeo, hijo de Seleuco, que mandaba la penúltima taxis, y numerosos oficiales macedonios; los combatientes de Alejandro sostenían ya a duras penas, en un supremo esfuerzo, este combate que se libraba cerca del mar y que parecía que iba a decidirse a favor de los persas.

Narbazanes, con sus jinetes persas, estaba apostado junto al río y se había lanzado con tal furia sobre la caballería tesaliense, que puso en dispersión a una de las ilas, mientras que las otras sólo conseguían sostenerse gracias a la destreza de sus caballos, concentrándose una y otra vez y adelantándose al enemigo con nuevos ataques, tan pronto por un lado como por otro; parecía imposible que, a la larga, pudieran resistir a la superioridad y al arrojo de los jinetes persas. Pero el ala izquierda de los persas estaba ya rota y Darío, en vez de refugiarse

en la misma batalla y cerca de sus leales, buscaba su salvación en la fuga. Alejandro vió a sus falanges en peligro y corrió a salvarlas antes de emprender la persecución del rey fugitivo; hizo que sus hipaspistas se desplazasen hacia la izquierda para caer de flanco sobre los mercenarios griegos, mientras los hoplitas de la falange presionaban de nuevo sobre ellos; los mercenarios, incapaces de resistir al doble ataque, eran rechazados, puestos en dispersión y abatidos. Las masas concentradas a su espalda, que habrían debido servir de reserva y ocupar ahora su puesto en la lucha, habíanse dado a la fuga detrás del gran rey. El grito de "¡El rey huye!", llegó hasta la caballería de Narbazanes, que se hallaba aún en lo más álgido del combate y ganando terreno; desmoralizados ante aquel grito, los jinetes empezaron a flaquear, a dispersarse, a huir; salieron al galope por el llano, perseguidos por los tesalienses. Los persas precipitábanse en tropel a las montañas; las barrancas se llenaron de tropas en derrota; el tumulto de todas las armas y naciones, el ruido de los cascos de los caballos que huían atropellándolo todo, los gritos de hombres desesperados, la furia homicida de sus angustias de muerte bajo las espadas y las lanzas de los macedonios que los acosaban y pasaban a cuchillo, el griterío jubiloso de los vencedores: así terminó aquella memorable jornada de Isos.

Las pérdidas de los persas habían sido inmensas; el campo de batalla quedó cubierto de cadáveres y agonizantes, las gargantas de la montaña bloqueadas por los cuerpos de los muertos; aquella muralla de cuerpos sin vida protegía la huída del gran rey.

Darío, que tan pronto como vió que triunfaba el primer ataque de Alejandro, había retirado del lugar de la lucha a su cuadriga, corrió por el llano a todo el galope de sus caballos, hasta llegar a las faldas de la montaña; allí, como el accidentado terreno ponía freno a su prisa, saltó del carro, desembarazóse del manto, del arco y del escudo y saltó sobre una yegua que salió veloz hacia la retaguardia, pues las ganas de llegar a la pesebrera de su establo ponían en sus cascos toda la prisa que Darío necesitaba. Alejandro lo persiguió afanosamente mientras fué de día; era necesario que la captura del gran rey coronase a todo trance aquella jornada victoriosa; encontró en una barranca su carro-dormitorio, su escudo, su manto y su arco; a falta de la persona del rey, volvió con estos trofeos al campamento de los persas, que sus gentes habían ocupado sin lucha y acondicionado para el bien merecido descanso de la noche.

El botín cogido al enemigo, fuera de la suntuosa pompa del campamento y de las preciosas armas de los grandes persas no fué grande, en lo tocante a dinero y a otros valores, pues los tesoros, los utensilios de campaña y todo el tren de la corte habían sido enviados a Damasco. En cambio, cayeron en manos del vencedor, con el campamento, donde habían quedado olvidadas ante la prisa de la fuga, la reina madre Sisigambis, la esposa de Darío y sus hijos. Cuando Alejandro, después de regresar de su cabalgada en persecución del gran rey, comía por la noche en la tienda de campaña de Darío, acompañado de sus oficiales, oyó los lamentos de voces femeninas cerca de allí y supo que eran las damas

reales que daban a Darío por muerto, pues habían visto cómo eran paseados en triunfo por el campamento su carro, su arco y su manto real. Inmediatamente, envió a Leonato, uno de sus amigos, a tranquilizarlas, asegurándoles que Darío estaba vivo y que no tenían nada que temer de él, pues no era su enemigo personal ni de Darío; lo que se ventilaba en aquella honrosa lucha era la posesión del Asia, y su rango y su desgracia serían respetados. Y no faltó a su palabra. No sólo se les dispensaron los cuidados que se debían al infortunio, sino que se les guardaron también los miramientos a que estaban acostumbradas de días más felices y se las siguió sirviendo, como antes, a la usanza persa. Alejandro no quiso que se las tratase como a prisioneras de guerra, sino como a reinas, pues entendía que la majestad de aquellas personas de sangre real debía estar por encima de toda diferencia entre griegos y bárbaros. Por vez primera se traslució aquí cómo pensaba modelar sus relaciones con el país vencido. En circunstancias iguales, los atenienses o los espartanos habrían dejado que su odio o su codicia dictasen la suerte de las princesas enemigas; la conducta de Alejandro, a la par que acreditaba su magnanimidad, era una prueba de su política más libre o, por lo menos, de más largo alcance. Sus contemporáneos ensalzaron la primera porque no comprendían o mientras no comprendieron la segunda; casi ninguna hazaña de Alejandro fué tan admirada por ellos como esta benignidad ejercida por él allí donde habría podido comportarse como un vencedor lleno de orgullo, esta prueba de respeto allí donde habría podido revelarse en él el griego y el rey. Lo más admirable de todo se les antojaba el que Alejandro, más grande en esto que su gran prototipo Aquiles, renunciase a hacer valer sus derechos de vencedor sobre la esposa del vencido, que pasaba por ser la más hermosa de las mujeres asiáticas; prohibió que se hablase siquiera de su belleza delante o cerca de él, para que ni siquiera una palabra aumentase el dolor de aquella mujer, digna de respeto en su desgracia. Contábase más tarde que el rey, acompañado solamente por su favorito Efestión, habíase presentado en la tienda de las princesas y que la reina-madre, no sabiendo cuál de aquellos dos hombres, cuyos brillantes arreos no se diferenciaban en nada, era el rey, se prosternó ante Efestión, el más alto de los dos, para adorarlo a la usanza persa; pero al ver que Efestión daba un paso atrás, comprendió que se había equivocado y ya estaba segura de que aquel error, cometido por la gran turbación en que se encontraba, le costaría la vida, cuando Alejandro, sonriendo, le dijo: "No, no te has equivocado, pues también él es Alejandro", y que luego tomó en sus brazos a uno de los hijos de Darío, de seis años, y lo acarició y lo besó.

Las pérdidas del ejército macedonio en esta batalla se calculan en 300 hombres de infantería y 150 jinetes. El mismo rey había sido herido en un muslo. No obstante, visitó a sus heridos al día siguiente de la batalla. Hizo que se diese sepultura a los caídos con los máximos honores, ordenando que todo el ejército desfilase en orden de combate. Tres altares erigidos junto al Pinaro fueron su monumento y la ciudad de Alejandro, fundada a la entrada de los

pasos de Siria, el monumento a la gran jornada de Isos, que había destruído con un solo golpe el poder persa.

Del ejército persa se dice que cayeron unos 100,000 hombres, de ellos 10,000 de caballería. El hecho de que el primer golpe se descargase sobre su ala izquierda y de que se desplegase hacia el mar había puesto en total dispersión a los restos de este ejército. La masa de sus efectivos huyó por las montañas hacia el Eufrates; otros grupos escaparon por el norte, se refugiaron en las montañas cilicias y pasaron de allí a la Capadocia, la Licaonia y la Paflagonia; a unos los redujo Antígono, en la Frigia, a otros Calas en la Frigia menor. De los mercenarios helenos, lograron huir del campo de batalla unos 8,000, pasando a la Siria por los montes Amanos y, capitaneados por Amintas, el fugitivo macedonio, llegaron en una retirada bastante ordenada a las playas de Trípoli, donde encontraron todavía las trieras de las que habían desembarcado; apartaron las que necesitaban para su huída, quemaron las demás para que no cayeran en manos del enemigo y cruzaron el mar hacia Chipre. Es posible que otros llegasen a la costa por diversos caminos y pasasen de allí al Tenaro, en busca de nuevos señores a quienes alquilar sus servicios. Amintas, al frente de los de Chipre, se dirigió a Pelusión, para posesionarse del puesto del sátrapa Sabaces, caído en Isos, con el que había sido investido ya el persa Mazaces. Ya había logrado llegar hasta las puertas de Menfis y adueñarse de la parte más importante del Egipto, cuando sus mercenarios, odiados de todos por sus insolentes saqueos y dispersados por el país para seguir saqueándolo, fueron atacados por los egipcios, puestos en pie de guerra por el sátrapa, y pasados todos a cuchillo, sin exceptuar a Amintas.

## LA CARTA-MANIFIESTO

En cuanto a Darío, logró reunir en su éxodo hasta Onjai a los restos de su pueblo persa y como a 4,000 mercenarios helenos, con los que continuó sin cejar en la prisa que lo espoleaba su camino hacia Tapsacos, hasta que, habiendo puesto al Eufrates de por medio, se consideró seguro de todo peligro. Es posible que más que la pérdida de la batalla y de algunas satrapías le doliese la de su madre, su mujer y sus hijos; más que la vergüenza de la derrota y la de la huída, la infamia a que había expuesto a su esposa, la más hermosa de las persas, al abandonarla en manos del orgulloso enemigo. Y, olvidando ante su desgracia doméstica y su pena los peligros y la impotencia de su imperio, pero no su elevado rango, creyó, sin duda, hacer una cosa grande al dirigir al vencedor, en un acto de magnánima condescendencia, una primera carta. Poco después de la batalla envió a Alejandro embajadores con un mensaje en el que le decía cómo Filipo, su padre, había vivido en amistad y en alianza con Artajerjes, el gran rey, hasta que, a la muerte de éste, sin que Persia hubiese dado para ello el menor pretexto, habían comenzado las hostilidades contra el gran rey Arses y cómo después, al efectuarse el nuevo cambio de trono en Persia, el propio Alejandro no se había dignado enviar embajadores ante él, ante el rey Darío, para renovar la antigua

amistad y alianza, sino que, lejos de ello, había venido al Asia con su ejército, para desencadenar sobre los persas muchas y tremendas desgracias; por eso él, el gran rey, no había tenido más remedio que reunir a sus pueblos y dirigirlos contra el invasor; y como la suerte del combate le había sido adversa, él, el rey, le pedía a quien también lo era que le devolviese a su madre, su mujer y sus hijos, prisioneros de guerra suyos; se ofrecía a sellar con él la amistad y una alianza y le invitaba a hacer acompañar a los portadores de aquel mensaje, Menico y Arsimas, a su vuelta, de representantes suyos con plenos poderes para dar y recibir las garantías necesarias.

A esta carta y a las manifestaciones y ofrecimientos verbales de los embajadores del gran rey contestó Alejandro con un mensaje que entregó a su embajador Tresipo, enviado con aquéllos a la corte de Darío, ordenándole hacerlo llegar a su destino sin comprometerse con ninguna otra declaración ni negociación de palabra. El mensaje de Alejandro dice así:

"Vuestros antepasados fueron a Macedonia y al resto de la Hélade y, sin que los helenos diesen el menor motivo para ello, acarrearon sobre nosotros una serie de infortunios. Yo, nombrado como general en jefe de los helenos y dispuesto a hacer pagar a los persas lo que habían hecho con nosotros, he venido al Asia después que vosotros habíais roto las hostilidades. Pues vosotros ayudásteis a los perintios, que habían injuriado a mi padre, y Ojos envió fuerzas armadas a la Tracia, que se halla bajo nuestro poder; mi padre fué asesinado por conspiradores que, como vosotros mismos habéis dicho en cartas dirigidas a todo el mundo, obedecían a vuestras instigaciones; tú mismo, en unión de Bagoas, asesinaste al rey Arses y te apoderaste del trono persa ilegítimamente, no con arreglo a las tradiciones y usos de los persas, sino mediante la violación de sus derechos más sagrados; has hecho llegar a los helenos acerca de mí cartas que no tenían nada de amistosas para incitarlos a la guerra contra mí; has enviado a los espartanos y a algunos otros griegos dinero que, aunque ningún otro estado quiso aceptar, sí fué aceptado por los lacedemonios; finalmente, has querido seducir a mis amigos por medio de tus agentes y perturbar la paz dada por mí a los helenos. Por todas estas razones me he puesto en guerra contra ti, después que tú mismo habías roto las hostilidades. Vencedor en justa lucha, primero contra tus generales y sátrapas y ahora contra ti y el ejército por ti mandado, soy por la gracia de los dioses inmortales dueño del país que llamas tuyo. Velo por todos aquellos que, habiendo luchado junto a ti, no han caído en combate, y se han puesto bajo mí tutela y protección; ninguno está conmigo mal de su grado, sino que se colocan de buena gana y voluntariamente bajo mis órdenes. Y puesto que soy dueño y señor del Asia, te pido que también tú vengas conmigo; si crees tener motivos para temer que te trate mal, envía a algunos de tus nobles para recibir las prendas necesarias. Cuando estés junto a mí, podrás pedirme que te devuelva a tu madre, a tu esposa y a tus hijos, en la seguridad de que en mí habrás de encontrar oído atento a esa súplica y a cualesquiera otras que quieras hacerme. Y para lo sucesivo, si te diriges de nuevo a mí, debes

hacerlo como al rey de Asia, no como si te dirigieses a un igual tuyo, sino exponiendo tus deseos al dueño y señor de cuanto antes era tuyo con la debida reverencia, ya que en caso contrario me veré obligado a tratarte como a quien ofende a mi real majestad. Y si opinas de otro modo en lo tocante a la posesión de este reino, aguárdame para medir de nuevo tus armas conmigo en campo abierto, pero sin huir; yo, por mi parte, te aseguro que te buscaré donde quiera que te escondas."

Suponiendo que esta carta fuese enviada tal y como ha llegado a nosotros, no cabe duda de que no había sido redactada solamente para que la leyera su destinatario, sino como un manifiesto que el vencedor dirigía a la par a los pueblos de Asia y a los helenos.

## AGITACIÓN EN LA HÉLADE

También a los helenos. La flota de los persas se encontraba todavía en el mar Egeo y su proximidad daba pábulo a la agitación en los estados de la Hélade. Una victoria cualquiera lograda por aquellos barcos, un desembarco un poco audaz en el istmo o en Eubea, es indudable que habría puesto en pie de guerra a los helenos y acarreado consecuencias incalculables, exponiendo a Macedonia a peligros muy serios. Esto parece que fué la causa de que Alejandro tardase tanto en partir de Gordión; desde allí, en caso necesario, habría podido llegar al Helesponto en quince días de marcha. Es posible que fuese la noticia del envío a Trípoli de los mercenarios helenos arrancados a la flota lo que le decidió a ponerse en camino; sabía que, después de aquella sangría, los movimientos de la escuadra persa, privada, además, de los buques estacionados en Trípoli, no podrían pasar de mera ostentación.

Pero no era así, ni mucho menos, como pensaban los patriotas de la Hélade. Su ánimo sentiríase crecido al ver cómo Egelojo, asustado ante la valiente decisión de los atenienses de enviar al mar cien trieras, dejaba en libertad a los barcos de Atenas retenidos en el Helesponto; y mucho más al saber que la guarnición macedonia de Mitilene se había visto obligada a capitular, que toda la isla retornaba a la paz de Antálcidas, que Tenedos no había tenido más remedio que abandonar los tratados concertados con Alejandro y con la liga corintia para acogerse de nuevo a aquella paz. La gloriosa paz de Antálcidas era para el patriotismo de los helenos el principio salvador, la bandera bajo la cual soñaban con enterrar la vergüenza de la liga corintia. En la tribuna de los oradores de Atenas había llegado a pedirse sin el menor recato la ruptura con Alejandro a pesar de los tratados vigentes; "en ellos se dice —exclamó el orador— si queremos participar de la paz común; eso significa que podemos también querer lo contrario".

La flota persa seguía dominando el mar Egeo, a pesar de los pequeños descalabros sufridos por Datames. Después de la toma de Tenedos, los almirantes persas habían enviado al Helesponto una escuadra al mando de Aristómenes con

el encargo de apoderarse de aquellas costas, mientras ellos, con sus barcos, se dirigían a Quíos, saqueando y castigando a su paso las costas jónicas. Olvidáronse, sin embargo, de algo tan esencial como era el proteger aquella importante posición de Halicarnaso, donde Otontopates tenía aún en sus manos la ciudadela marítima; por fin, esta fortaleza —la noticia fué recibida por Alejandro estando en Soloi— cayó en poder de los macedonios; las grandes pérdidas de tropas experimentadas por los persas obligáronles a abandonar también los puntos en que se defendían en tierra firme, tales como Mindos, Caunos y el Triopión; siguieron en manos de los persas únicamente Cos, Rodas y Calimna, islas que dominaban la entrada a la bahía de Halicarnaso. Sabían que Darío había cruzado el Eufrates al frente de un ejército en que solamente los mercenarios griegos rebasaban el total de los efectivos de Alejandro y con una superioridad inmensa de fuerzas de caballería.

No se ve claramente cuáles pudieron ser los móviles que determinaron la conducta ulterior de los almirantes a cuyo mando se hallaba la flota persa, si los avances de Egelojo, quien, con arreglo a las instrucciones recibidas de Alejandro, había vuelto a formar una flota en el Helesponto, la cual logró derrotar en Tenedos a la escuadra de Aristómenes, o el propósito de encender la insurrección general en la Hélade, coincidiendo con la derrota de Alejandro, ya que ésta dábase por segura. Lo cierto es que, dejando una guarnición en Quíos y algunos barcos en Halicarnaso y en Cos, salieron con las cien naves más marineras hacia la isla de Sifnos, del grupo de las Cícladas. Aquí les prestó eficaz ayuda el rey Agis, pues aunque sólo les facilitó una triera, desarrolló ante ellos un gran plan para enviar al Peloponeso la mayor cantidad posible de barcos y tropas, que él se encargaría de mandar; el rey les pidió además dinero para reclutar nuevos elementos de lucha. Los atenienses hallábanse también enormemente excitados o, por lo menos, los patriotas esforzábanse por todos los medios en atizar su excitación; "cuando Alejandro —dice Esquines tres años más tarde, en un discurso contra Demóstenes— se hallaba cercado en Cilicia, según tú decías, privado de todo y expuesto, tales eran tus palabras, a que la caballería persa lo aplastase, el pueblo no dió crédito a tus impertinencias ni a las cartas que empuñabas en tus manos mientras ibas de un lado para otro, a pesar de que les enseñabas mi rostro y te esforzabas en hacerles ver cuán abatido y desencajado estaba, presentándome, además, como la bestia destinada al sacrificio tan pronto como Alejandro sufriera alguna derrota". Y, sin embargo, el propio Esquines dice que Demóstenes seguía aconsejando una prudente espera; en cambio, Hipereides, Moirocles y Calístenes predicaban ardientemente la alianza inmediata con los estados helénicos, que sólo parecían estar esperando la señal para pronunciarse en contra de la causa de Antipáter y Macedonia. No tendría nada de particular, aunque no disponemos de elementos de juicio concluyentes en este sentido, que hubiesen tomado contacto también con Harpalo, el tesorero de Alejandro, que se había trasladado hacía poco a la Gran Grecia —y bien podemos asegurar que no con las manos vacías—, hallándose a la sazón en Megara.

Pero he aquí que lo que llegaba a Cilicia no era precisamente la tan esperada noticia de la victoria del gran rey, sino, por el contrario, la de su completa derrota, la de la destrucción completa y desastrosa del ejército de los persas. Los atenienses podrían dar gracias a los dioses de no haber hecho aún nada que les obligase a seguir marchando por el camino emprendido. Los almirantes de la flota persa apresuráronse a salvar lo poco que aún tenía salvación. Farnabazos se hizo a la vela, con doce trieras y 1,500 mercenarios, hacia la isla de Quíos, que tenía razones para esperar que no habría de permanecer quieta ante las noticias recibidas, mientras Autofrádates se dirigía hacia Halicarnaso con la mayor parte de la flota, a la que se unieron los barcos de Tiro, al mando del rey Acemilco. Al rey Agis le fueron suministrados, en vez de los grandes contingentes de fuerzas de mar y de tierra que había solicitado, treinta talentos y diez naves; se las envió a Tenaro a su hermano Agesilao con el encargo de que pagase a los marineros todas sus soldadas y los mandase a Creta para apoderarse de la isla; en cuanto a Agis, después de permanecer algún tiempo en las Cícladas, se fué a Halicarnaso junto a Autofrádates. Ya no era posible seguir pensando en empresas marítimas, pues los barcos fenicios —al comprobarse que Alejandro no tenía el propósito de marchar sobre el Eufrates— no esperaban más que a la estación propicia del año para navegar hacia sus costas, las que tal vez se hallarían ya en manos de los macedonios. También los reyes chipriotas creían tener razones para temer la suerte que pudiera correr la isla tan pronto como las costas fenicias cayeran en poder de Alejandro.

### ACCIÓN DE ALEJANDRO DESPUÉS DE LA VICTORIA DE ISOS

Algunos modernos historiadores encuentran extraño y han llegado a calificar de absurdo que Alejandro, después de la batalla de Isos, no se lanzase inmediatamente en persecución de los persas, cruzando el Eufrates. Habría sido, sencillamente, una necedad y un palo en el aire, no teniendo, como no tenía aún, la espalda bien cubierta. La marcha de los mercenarios helénicos evadidos de Isos sobre Pelusión llamaría la atención de Alejandro, seguramente, hacia el hecho de que necesitaba asegurarse la posesión del Egipto, si quería tener bases seguras para su expedición al interior del Asia. El fruto de la victoria conquistada en Isos no eran precisamente Babilonia y Susa, sino la posibilidad de marchar triunfalmente por las costas del mar Mediterráneo hasta el desierto de la Sirte, la necesidad a que se veía abocada, ante todo, la Fenicia, este inagotable arsenal del imperio persa, lo mismo si se sometía que si decidía defenderse, de retirar su flota de los mares griegos, lo que obligaría a Esparta, privada de todo apoyo por parte de Persia, a desistir inmediatamente del movimiento por ella iniciado; finalmente, la ocupación del país del Nilo, que ahora no tropezaba ya con ningún obstáculo esencial, ensancharía y consolidaría plenamente la base de operaciones para la campaña hacia el interior del oriente.

La trayectoria de los acontecimientos posteriores debía ajustarse, necesariamente, a estas ideas. Alejandro envió a Parmenión, con la caballería tesaliense y otras tropas, siguiendo el valle del Orontes, río arriba, hasta la ciudad de Damasco, capital de la Celesiria, a donde habían sido enviados, desde Sojoi, la caja de guerra, los instrumentos de campaña, todos los valiosos ornamentos de corte del gran rey, y las mujeres, los niños y los tesoros de los grandes del imperio. La traición del sátrapa sirio, pretextando querer huir con los tesoros y la caravana de tantas nobles persas y sus hijos, hizo que estos tesoros, la caravana y la ciudad cayesen en manos de Parmenión. El botín era extraordinariamente grande; entre los muchos miles de prisioneros figuraban los embajadores de Atenas, Esparta y Tebas que habían llegado ante Darío poco antes de que se librase la batalla de Isos. Según el informe que de esta expedición hizo Parmenión, Alejandro ordenó que todo lo que hubiese caído en sus manos, personas y cosas, fuese llevado de nuevo a Damasco y puesto bajo vigilancia, menos los embajadores griegos, que debían serle enviados inmediatamente. Tan pronto como estuvieron ante su presencia, apresuróse a despedir hacia su patria, sin más trámites, a los dos tebanos, en parte por consideración a sus personas, pues uno de ellos, Tesalisco, era hijo del noble Ismenias, y el otro, Dionisodoro, un vencedor olímpico, y en parte por compasión hacia su desventurada ciudad natal, cuyo infortunio explicaba sobradamente el odio de los tebanos contra los macedonios; al ateniense Ifícrates, hijo del general del mismo nombre, le tributó grandes honores personales, no sólo por respeto hacia su padre, sino también para dar a los atenienses una prueba de su indulgencia para con ellos; en cambio, el embajador espartano Euticles, cuya patria se había lanzado ya a la guerra abierta contra Alejandro, fué retenido como prisionero sin ninguna clase de consideraciones; más adelante, se le envió a su ciudad natal, cuando los triunfos cada vez más considerables de las armas macedonias permitieron a Alejandro cambiar de actitud hacia Esparta.

Mientras Parmenión llevaba a cabo su expedición a Damasco, Alejandro aprovechaba el tiempo para ordenar la situación en la Cilicia. Poco es lo que sabemos acerca de esto, pero este poco es harto significativo. Era necesario reducir y dejar en manos seguras esta región, más importante que cualquier otra desde el punto de vista militar, y que tenía en las tribus del Tauro, libres y muy valientes, unos vecinos bastante peligrosos. El rey entregó el gobierno de este territorio a uno de los siete oficiales de la guardia, Balacro, hijo de Nicanor; parece que se le nombró estratega al mismo tiempo que sátrapa; poco después, nos encontramos con referencias a las luchas de Balacro contra los isaurios. Entre las monedas de viejo tipo emitidas por Alejandro se ha creído encontrar un número considerable de piezas de cuño cilicio. La satrapía de la parte de Siria ocupada por Parmenión fué entregada a Memnón, hijo de Cerdimas. De Fenicia no era posible disponer todavía, pues allí esperaban a Alejandro no pocas dificultades.

## LAS CIUDADES FENICIAS

La situación política de las ciudades fenicias en el reino persa era muy peculiar, resultado a la par de su emplazamiento geográfico y de sus condiciones internas. Estas ciudades, poderosas por el mar desde hacía varios siglos, carecían, sin embargo, de las ventajas de la situación insular, casi indispensables para las potencias marítimas; habían sido, por turno, presa de los asirios, de los babilonios y de los persas. Pero, aisladas casi del interior del país por la alta cordillera del Líbano y emplazadas, además, muchas de ellas, en lugares de la costa difícilmente asequibles a la influencia directa y permanente de los poderes dominantes en tierra firme, estas ciudades lograron mantener su propia constitución y su antigua independencia, contentándose los reyes persas con ejercer sobre ellas la alta soberanía y el derecho a disponer de la flota fenicia. Desde la bancarrota de la antigua liga marítima ateniense, las ciudades fenicias habíanse sobrepuesto a la rivalidad, en otro tiempo peligrosísima, que les oponían los griegos en los terrenos de la navegación comercial, la industria y el poder naval; y tal vez nunca, ni en los tiempos de plena independencia de estas ciudades, llegaron las mismas a alcanzar una actividad y un bienestar tan grandes como ahora, bajo la dominación de los persas, que brindaba a su comercio un inmenso territorio en la retaguardia. Mientras que en los demás países anexionados al imperio persa la antigua civilización nacional había degenerado o caído en el olvido, en Fenicia seguían vivos el antiguo espíritu comercial y el tipo de libertad que exige el desarrollo del comercio. Tampoco entre los fenicios habían dejado de producirse intentos encaminados a desembarazarse del poder del gran rey; pero todos estos intentos resultaron fallidos, a pesar de la debilitación experimentada por la dominación persa, y la causa de ello hay que buscarla en la organización interior de estas ciudades y, más aún, en el marcado particularismo de sus intereses y en los celos y las discordias de unas contra otras. Cuando, en tiempo del rey Ojos, Sidón invitó en el consejo federal de la Trípoli a las otras dos ciudades principales de la liga, Tiro y Arados, a que tomasen también parte en la sublevación, éstas prometieron que prestarían la ayuda que de ellas se solicitaba, pero se cruzaron de brazos y esperaron pasivamente el final de una empresa que, si prosperaba, las liberaría también a ellas y que, caso de fracasar, aumentaría su poder y su comercio a costa de las pérdidas experimentadas por Sidón. Sidón pereció, fué incendiada, perdió su antigua constitución y su independencia y, a lo que parece, pasó a ocupar su lugar en el consejo federal de la Trípoli la ciudad de Biblos o, por lo menos, empezó a prosperar considerablemente a partir de esta época, lo que le permitió desempeñar en lo sucesivo un papel importante junto a Arados y Tiro.

Las nueve ciudades de Chipre, cuyas relaciones con el reino persa eran bastante parecidas a las de las ciudades fenicias, pero a las que sus orígenes, en parte helénicos, y su situación más favorable les hacían sentir mayor impaciencia,

habíanse sublevado al mismo tiempo que Sidón, con el rey Pnitágoras de Salamina a su cabeza, pero poco después de la caída de Sidón fueron reducidas a la obediencia bajo el mando de Euágoras, hermano de Pnitágoras; es cierto que éste recobró al cabo de algún tiempo el mando sobre Salamina, pero la condición bajo la cual volvió a ser lo que antes era, el primero de los pequeños príncipes de Chipre, fué su sumisión completa e incondicional al reino persa.

Cuando Alejandro comenzó su guerra contra Persia habían transcurrido veinte años desde aquella sublevación. Los barcos de los fenicios al mando de sus "reyes", los de Tiro mandados por Acémilco, los de Arado por Geróstrato, los de Biblos por Enilo y, sumados a ellos, los de Sidón, los de Chipre al mando de Pnitágoras y los otros príncipes de la isla, situáronse en las aguas helénicas a las órdenes del rey de los persas e hicieron la guerra en aquellos mares, aunque es cierto que sin gran entusiamo y con poco éxito. La batalla de Isos vino a cambiar radicalmente la situación de las cosas para las ciudades fenicias. Si estas ciudades hubiesen hecho causa común, si hubiesen unido sus fuerzas navales para defender solidariamente todos y cada uno de los puntos sobre que se hubiese lanzado el enemigo, si los almirantes del gran rey hubiesen abandonado ahora las aguas helénicas y una ofensiva que no tenía ya sentido alguno, para limitarse a defender los puertos fenicios, no sabemos si la potencia puramente continental del vencedor habría sido capaz de dar al traste con la defensa marítima de estas ciudades, tan consolidadas y tan populosas. Pero las ciudades fenicias, pese a la liga concertada entre ellas, distaban mucho de hallarse unidas, y menos que nunca después de la conducta seguida por ellas mismas con Sidón. Podemos estar seguros de que los sidonios aclamarían jubilosamente la victoria de Isos, animados por la esperanza de que Alejandro les restituyera lo que habían perdido en la lucha contra el déspota persa. Biblos, que debía su prosperidad a la caída de Sidón, sentiría una inquietud no menos grande de perder todo lo ganado hasta entonces, ya que, emplazada como se hallaba en tierra firme, no podría oponer la menor resistencia al ejército victorioso de Alejandro; en cambio, Arados y Tiro estaban bañadas por el mar; sin embargo, Arados, cuyo poder no se debía tanto al desarrollo de su comercio como a sus posesiones en tierra firme, tenía más que perder con los avances de las tropas de Alejandro que la ciudad de Tiro, la cual podía considerarse segura en su isla con los 80 barcos que aún tenía anclados en el puerto.

Cuando Alejandro, abandonando la cuenca del Orontes, se acercó a la zona de las ciudades fenicias, vió que salía a su encuentro Estratón, hijo del príncipe de Arado, Geróstrato, a entregarle en nombre de su padre una corona de oro y a rendirle su territorio, que ocupaba la parte norte de las costas fenicias y se extendía como a una jornada de viaje tierra adentro, hasta la ciudad de Mariamne; la gran ciudad de Maratos, en la que Alejandro se detuvo algunos días, pertenecía también al territorio de Arados. Un poco más adelante, la ciudad de Biblos le fué entregada mediante un pacto de capitulación. Los sidonios apresuráronse a someterse al vencedor del odiado poder persa; Alejandro, res-

pondiendo a su respetuosa invitación, tomó posesión de la ciudad, a la que restituyó su antiguo territorio y su antigua constitución, poniendo al frente de ella a Abdolónimo, un descendiente de los reyes de Sidón que vivía en la mayor pobreza; después de lo cual se puso en marcha hacia Tiro.

## SITIO DE TIRO

Camino de esta ciudad, le saludó una diputación de los más ricos y prestigiosos vecinos de Tiro, encabezados por el hijo del príncipe Acémilco; los comisionados declararon que los tirios estaban dispuestos a hacer lo que Alejandro ordenara. El rey les dió las gracias y elogió a su ciudad; les anunció que se proponía ir a Tiro para hacer un solemne sacrificio ante el altar del Heracles tirio.

Aquello era precisamente lo que los tirios no querían: los dirigentes de la ciudad estaban de acuerdo en que, bajo las circunstancias presentes, debía mantener su neutralidad y su independencia de un modo tan estricto y con un éxito tan seguro como en la época del levantamiento de Sidón, para beneficiarse con el resultado de la guerra, cualquiera que él fuese. Y podía, además, hacerlo, puesto que las fuerzas navales de la ciudad, a pesar de la escuadra enviada al mar Egeo, eran suficientemente grandes para infundir respeto a los acuerdos adoptados; el poder marítimo persa tenía superioridad en todos los mares y Darío ocupábase ya en reclutar un nuevo ejército para impedir los nuevos progresos de los macedonios; si vencía, recompensaría la lealtad de los tirios con tanta mayor generosidad cuanto que las demás ciudades fenicias habían traicionado ya la causa persa; si salía derrotado, Alejandro, carente de fuerzas navales, desahogaría inútilmente su cólera contra Tiro por el mar y la ciudad, por su parte, apoyada en su flota, en sus aliados de Chipre, el Peloponeso y Libia, en sus propios recursos y en su posición inexpugnable, tenía tiempo de negociar con Alejandro las condiciones que convinieran a sus intereses. Convencidos de haber encontrado una solución a la par hábil, exenta de peligros y provechosa, los tirios comunicaron al rey de Macedonia su decisión: se sentirían muy honrados si se dignaba sacrificar ante su dios nacional en el templo de la vieja Tiro, en tierra firme; estaban dispuestos a concederle cualquiera otra cosa que les pidiera, pero su isla no debería ser pisada ni por los macedonios ni por los persas.

Alejandro cortó inmediatamente toda otra negociación, dispuesto a arrancar a la fuerza lo que consideraba indispensable para la buena marcha de sus operaciones. Dejar a sus espaldas a una ciudad neutral tan poderosa por mar como Tiro equivaldría a dar un eje y un punto de apoyo a toda la malevolencia y a la deserción de los países helenos, a la lucha ya iniciada del rey Agis, cuyo hermano había conseguido apoderarse de Creta. Alejandro convocó inmediatamente a los estrategas, ilarcas y taxiarcas y a los jefes de las tropas aliadas de su ejército, puso en su conocimiento lo que ocurría y expuso y razonó su propósito de tomar Tiro a toda costa; no era posible aventurar la marcha sobre Egipto mientras los persas conservasen un poder naval, ni perseguir al rey Darío dejando a la espalda a la

ciudad de Tiro, con sus intenciones manifiestamente hostiles, y al Egipto y a Chipre, en manos de los persas todavía; y menos aún desde el punto de vista de los asuntos persas: con ayuda de los tirios, los persas podrían adueñarse nuevamente del poder en los mares y, mientras ellos avanzaban sobre Babilonia, trasplantar la guerra a la Hélade con fuerzas armadas más numerosas, teniendo en cuenta que los espartanos se habían puesto ya en marcha y que los atenienses, hasta ahora, se habían abstenido de hacerlo más por miedo que por buena voluntad hacia Macedonia; en cambio, una vez conquistada la ciudad de Tiro, tendrían en sus manos toda la Fenicia, y la flota de los fenicios, la mayor y la mejor parte de la escuadra persa, veríase obligada a hacer causa común con Macedonia, pues ni los marineros ni el resto de la dotación de estos barcos se prestarían a combatir por mar mientras sus propias ciudades estuviesen en manos de otros; y, por su parte, la isla de Chipre tendría que decidirse a seguir también el camino de las costas, si no quería caer inmediatamente en poder de la flota macedonio-fenicia. Una vez conseguidas estas fuerzas navales coaligadas, a las que en seguida se sumarían forzosamente los barcos chipriotas, el poder de Macedonia por mar sería decisivo y la expedición al Egipto segura y de éxito indiscutible; una vez sometido el Egipto, no habría para qué preocuparse ya de lo que ocurriera en la Hélade; y entonces podría emprenderse con esperanzas mucho más fundadas la marcha sobre Babilonia, sin preocupación alguna sobre las condiciones interiores de los propios países y seguro de que los persas habían quedado cortados del mar y de todos los territorios del lado de acá del Eufrates. Los reunidos quedaron convencidos de que era necesario someter a la orgullosa ciudad marítima, ¿pero cómo llegar a conquistarla sin disponer de una flota? La empresa parecía irrealizable, por lo menos a primera vista; pero si se llegaba a la conclusión de que era necesaria, no había más remedio que buscar el modo de realizarla; habituado a poner en práctica planes muy audaces por medios más audaces aún, Alejandro decidió unir a la ciudad insular con la tierra firme, para luego ponerle sitio.

La nueva Tiro, emplazada en una isla de media milla de longitud y menor latitud aún, hallábase separada de la costa por un canal de unos mil pies de ancho, que por la parte de la isla tendría como tres brazas de profundidad, pero que por la parte de la costa era un brazo de agua lodosa y poco profunda. Alejandro decidió tender un dique entre la isla y tierra firme; los materiales para el relleno los suministrarían los edificios de la antigua Tiro, abandonados por sus habitantes, y los cedros del Líbano; en aquel fondo blando era fácil clavar estacas, y el légamo serviría para ensamblar las distintas partes de la obra. Esta desarrollábase con el mayor entusiasmo, en presencia y bajo la dirección personal del rey, no pocas veces; las alabanzas y los regalos aliviaban el duro trabajo de la tropa.

Hasta ahora, los tirios, confiados en sus barcos y en la fuerza y la altura de sus murallas, habían contemplado aquello sin inmutarse; pero había llegado la hora de hacer comprender al insolente enemigo la necedad de su intento y la su-

perioridad de una antigua maestría en el arte de las máquinas. El dique llegaba ya al canal navegable; los tirios emplazaron en la parte de sus altas murallas que miraba a tierra la mayor cantidad posible de artillería y empezaron a descargar una granizada de dardos y piedras contra los obreros que trabajaban en el dique sin protección alguna, mientras que las trieras de los tirios les hostilizaban duramente por ambos lados. Alejandro mandó levantar al extremo del dique dos torres revestidas con tabiques protectores y con pieles y provistas de lanzadardos, con lo que los obreros quedaron a cubierto de los proyectiles de la ciudad y de los ataques de las trieras; las obras del dique avanzaban día por día, aunque ahora con mayor lentitud, por ser mucho más profundo el canal. Los tirios, para salir al paso del peligro, decidieron construir un brulote, del modo siguiente. Llenaron de leña bien seca y otras materias fácilmente inflamables un barco de carga, sujetaron al galeón dos mástiles y ensancharon todo lo posible sus bordas, coronadas de paja y de teas incendiarias; además ataron a los mástiles dos vergas, de las cuales colgaban unas calderas llenas de materias rápidamente inflamables; finalmente, se lastró todo lo posible la parte de atrás del barco, para que la proa y la parte delantera emergieran mucho del agua. En cuanto sopló viento favorable, los tirios echaron al mar el brulote; algunas trieras se encargaron de remolcarlo hacia el dique; luego, los hombres que iban a bordo de él prendieron fuego al barco y a sus mástiles y corrieron nadando hacia las trieras, que con todas sus fuerzas empujaban hacia la punta del dique aquella gran hoguera flotante. El brulote, favorecido por un fuerte viento noroeste, cumplió plenamente su cometido; pocos momentos después, se vió arder las torres, los tabiques protectores, y las casas de ramas que se alzaban al extremo del dique, al paso que las trieras, al abrigo del dique o ancladas delante de él para defenderse del viento, frustraban con su artillería todos los intentos del enemigo para extinguir el incendio. Al mismo tiempo, los tirios hicieron una salida, vinieron remando en una muchedumbre de botes a lo largo de la bahía y, en unos instantes, destruyeron toda la empalizada que había delante del dique y pegaron fuego a las máquinas que aún quedaban en pie. Esta obra de demolición dejó desamparada a la parte del dique todavía no terminada y expuesta a los embates cada vez más furiosos de las olas, lo que hizo que en unos momentos se viese arrancada y arrastrada por el oleaje toda la parte delantera de la obra.

Se ha dicho que, después de este revés, que, además de haberle costado gran número de hombres y todas las máquinas, le demostró la imposibilidad de dominar la ciudad de Tiro desde tierra, debió renunciar a su intento de sitio, aceptar el pacto que los tirios le habían propuesto y seguir su marcha hacia el Egipto. Pero esto, dados su carácter y sus planes, habría sido algo todavía más imposible que la conquista de la isla. Cuanta más poderosa e independiente se alzase Tiro frente a sus fuerzas armadas de tierra, más necesario era humillar a la orgullosa ciudad; cuanto más dudoso pudiera parecer el resultado del asedio a las personas de espíritu pusilánime, con mayor fuerza tenía que triunfar en el empeño Alejandro; *un* paso hacia atrás, *un* plan fracasado, *una* medida a medias

lo habrían puesto todo en peligro. Fué probablemente por aquel entonces cuando llegaron nuevos embajadores de Darío ofreciendo a Alejandro un rescate de diez mil talentos por la madre, la esposa y los hijos del gran rey, la posesión de los territorios situados del lado acá del Eufrates y la mano de su hija, como prueba de amistad y de alianza. Alejandro reunió a sus generales para comunicarles las proposiciones del rey persa. Las opiniones estaban muy divididas; Parmenión, sobre todo, manifestó que, en las circunstancias actuales, si él fuese Alejandro, aceptaría aquellas condiciones y no seguiría exponiéndose a la suerte incierta de la guerra. A lo que Alejandro contestó que también él obraría de aquel modo si fuese Parmenión, pero que era Alejandro, por lo cual su respuesta al gran rey estaría concebida así: que ni necesitaba dinero de Darío ni aceptaría una parte del país, sino la totalidad de él; que todo lo que tenía Darío, su país y sus súbditos, su dinero y su hacienda, era de él, de Alejandro, y que si le pluguiese casarse con su hija, podía hacerlo sin necesidad de que Darío se la ofreciera; y que si él, Darío, deseaba suplicarle algo, debía presentarse en persona para pedírselo.

Reanudáronse las obras del sitio con redoblado celo, rehaciéndose el dique desde tierra y dándole mayor anchura, tanto para asegurar la solidez de la construcción como para dejar más sitio a las torres y a las máquinas. Al mismo tiempo, los ingenieros militares recibieron órdenes de construir nuevas máquinas, no sólo para las obras del dique, sino también para el asalto contra las poderosas murallas. El propio Alejandro se trasladó durante estos trabajos preparatorios a Sidón, acompañado de los hipaspistas y los agrianos, para reunir allí una flota con que bloquear Tiro por mar al mismo tiempo que la atacaba por tierra. Era precisamente por los días —tal vez a comienzos de primavera— en que los barcos de Arado, Biblios y Sidón regresaban de las aguas helénicas, donde, al llegar las noticias de la batalla de Isos, se habían separado de la flota de Autofrádates y se habían hecho a la vela para volver a sus puertos, tan pronto como la estación del año se lo había permitido; eran, en total, unas ochenta trieras al mando de Geróstrato y Enilo de Biblos; la ciudad de Rodas, que había abrazado desde hacía poco la causa de Alejandro, envió otras diez naves; y poco después, entró también en el puerto de Sidón la hermosa escuadra de los reyes chipriotas, formada por unas ciento veinte velas; contando además algunos barcos de la Licia y la Cilicia e incluso una nave macedonia, mandada por Proteas, sobrino del negro Cleito, que se había distinguido por su ataque a la isla de Sifnos, Alejandro llegó a reunir un poder naval de unos 250 barcos, entre los que figuraban algunos cuatrirremes y quinquerremes.

Mientras la flota se preparaba para las operaciones que había de emprender y se terminaba la construcción de las máquinas, Alejandro inició una correría contra las tribus arábigas del Antilíbano, cuya sumisión era tanto más importante cuanto que dominaban los caminos que llevan del valle del Orontes a la costa y podían asaltar desde sus castillos roqueros las caravanas de Calibón y Damasco. Acompañado por algunos escuadrones de caballería, los hipaspistas,

los agrianos y los arqueros, el rey cruzó los hermosos valles enclavados en la cordillera del Líbano; algunas ciudadelas de los árabes fueron asaltadas, otras rindiéronse voluntariamente y todas ellas reconocieron la soberanía del rey macedonio, que a los once días regresaba de nuevo a Sidón, a donde acababan de arribar, oportunísimamente, cuatro mil mercenarios griegos, reclutados por Clenadro. Los preparativos para poner sitio a Tiro en toda regla estaban tan adelantados que Alejandro, después de haber reforzado la dotación de sus naves con hipaspistas para tener una superioridad decidida sobre los tirios en el combate naval abierto y, sobre todo, en el abordaje, pudo hacerse a la mar, saliendo de la rada de Sidón. Puso proa a la ciudad de Tiro en orden completo de combate, en el ala izquierda Crpatero y Pnitágoras y él mismo, con los reyes chipriotas y fenicios, en la derecha; su plan era desplazar inmediatamente del mar, a ser posible, mediante una batalla, a la flota tiria, obligando luego a la ciudad a rendirse, por medio de un asalto o de un bloqueo.

La ciudad tiene dos puertos naturales, los dos situados en la parte de la isla que mira a tierra, el sidonio a la derecha del dique construído por los macedonios y el egipcio a la izquierda, al abrigo del mar abierto por la puerta avanzada que forma la parte meridional de la isla. Los tirios, hasta que supieron que Alejandro tenía a su disposición las escuadras chipriota y fenicia, tenían intenciones de presentarle batalla en el mar; pero desistieron de su propósito al ver dibujarse en el horizonte la línea de la flota enemiga, que tenía varias millas de largo y a cuyos barcos, tres veces más numerosos que los suyos, no podían ellos enfrentarse, sobre todo teniendo en cuenta que debían defender sus dos puertos contra un ataque del enemigo, el cual, si se realizaba y tenía éxito, mermaría todavía más sus fuerzas navales. Contentáronse, pues, con bloquear la estrecha boca del puerto norte con una apretada fila de trieras cuyos espolones miraban hacia el mar, haciendo imposible toda tentativa de ruptura de la línea defensiva. Alejandro, una vez que su escuadra estuvo a la altura de Tiro, esperó a que la flota enemiga saliese a presentarle batalla y cuando vió que no aparecía ningún barco tirio, ordenó remar a toda marcha hacia la ciudad, tal vez con la esperanza de conquistar el puerto por medio de una acometida violenta. Pero la apretada fila de trieras que cerraba la estrecha bocana le obligó a desistir de aquel empeño; sólo se logró echar a pique tres barcos enemigos, los que se habían aventurado más lejos del puerto; sus tripulaciones se salvaron nadando hasta la cercana orilla.

Alejandro ordenó a la flota estacionarse junto a la costa, no lejos del dique, donde estaba al abrigo del viento. A la mañana siguiente comenzó el bloqueo de la ciudad. Los barcos chipriotas, al mando del almirante Andrómaco y de sus propios reyes, bloqueaban el puerto norte, mientras que los fenicios, en los que seguía el propio Alejandro, se situaba delante del puerto egipcio. Ahora tratábase de acercar las máquinas y las torres a las murallas lo bastante para abrir brecha en ellas o apoyar puentes de asalto sobre sus almenas. El extremo del dique hallábase cubierto por multitud de máquinas y, además, habíanse utili-

zado gran número de barcos de carga y todas las trieras que no estaban en buenas condiciones de navegabilidad para artillarlos, algunos de ellos del modo más ingenioso, con arietes, catapultas y toda otra clase de máquinas. Pero las máquinas del dique no eran lo bastante fuertes para romper aquella sólida muralla construída de piedras sillares, cuya altura de ciento cincuenta pies, reforzada además por las torres de madera levantadas sobre las almenas, resistía a todos los intentos de tender sobre ella puentes para el asalto desde las torres de los macedonios. Cuando los barcos armados de máquinas se acercaban a las murallas a derecha e izquierda del dique, los recibía ya desde lejos una granizada de proyectiles, de piedras y de dardos incendiarios; y cuando por fin se acercaban remando para atracar, se encontraban con multitud de piedras hincadas que les impedían hacerlo. Las dotaciones de las naves empezaban a quitar las piedras, trabajo fatigoso ya de suyo para hecho desde barcos vacilantes y que se veía duplicado y no pocas veces incluso frustrado por el hecho de que los buques tirios, protegidos contra proyectiles, lograban apoderarse del cable de anclaje de las naves sitiadoras y las dejaban a merced de la corriente y del viento. Alejandro hizo que se interpusieran ante los barcos anclados otros acondicionados al igual que los tirios, para proteger las anclas, pero los tirios buscaban hasta llegar cerca de los barcos enemigos anclados y cortaban los cables, hasta que, para evitarlo, las anclas se largaban con cadenas. Ahora, los barcos macedonios podían trabajar ya sin peligro y las masas de piedras fueron alejadas para que los barcos armados de máquinas pudieran atracar. El ejército estaba lleno de ardor combativo y de rabía; los tirios habían llevado a unos macedonios que tomaran prisioneros a lo alto de las murallas, donde —a la vista de sus camaradas, que lo contemplaban todo desde el campamento— los degollaron, arrojando sus cadáveres al mar.

Los tirios no podían menos de darse cuenta de que con cada día que pasaba aumentaba el peligro en que se encontraba su ciudad y que ésta se hallaba perdida sin remisión, desde el momento en que ya no dominaba en el mar. Habían confiado en recibir refuerzos, sobre todo de Cartago; nunca creyeron que los chipriotas se lanzaran a la lucha contra ellos. Pero las dos esperanzas les salieron fallidas, pues por fin llegó el barco sagrado de la solemne embajada de los cartagineses con el mensaje de que no podían prestar ayuda alguna a su metrópoli. Ya se encontraban punto menos que bloqueados, puesto que la salida del puerto norte estaba cerrada por la flota chipriota y la del puerto egipcio por los barcos fenicios, lo que no les permitía siquiera recurrir a su única posibilidad de salvación, que habría consistido en reunir todas sus naves para intentar una salida. En vista de ello, con la mayor cautela, desplegando las velas de sus barcos para ocultar lo que estaban tramando, prepararon en el puerto norte una escuadra formada por tres quinquerremes, otros tantos cuatrirremes y siete trieras, dotando a todas estas naves de una tripulación escogida; habían decidido, en la paz del mediodía, hora en que Alejandro solía retirarse a descansar en su tienda, en tierra firme, y la marinería de la mayor parte de los barcos saltaba a tierra para recoger agua fresca y víveres, intentar una salida desesperada. Salieron del

puerto sin que nadie lo advirtiera y, cuando estaban ya cerca de las naves de los príncipes chipriotas, fondeados en la parte norte y casi sin vigilancia, los embistieron entre un gran griterío de combate y, en su primera acometida, echaron a pique la pentera de Pnitágoras, la de Androcles de Amatos y la de Pasícrates de Curión, empujando a los otros barcos hacia la playa y empezando a destruirlos. Entre tanto, Alejandro, que aquel día había retornado a sus barcos de la parte sur más temprano que de costumbre y que había observado en seguida todo el movimiento que se advertía delante del puerto, al otro lado de la ciudad, había ordenado que las tripulaciones subiesen a bordo, que se hiciesen cargo de sus buques cuanto antes y que la mayor parte de ellos se situaran inmediatamente delante del puerto sur para prevenir una salida de los tirios por este lado; después de lo cual, con cinco trieras y todos los quinquerremes de su escuadra, fué costeando toda la isla para salir al encuentro de los barcos tirios, victoriosos ya en su empeño. Cuando éstos estaban delante de las murallas de la ciudad, diéronse cuenta de la proximidad de la escuadra mandada por Alejandro; los que desde lo alto de las murallas veían lo que estaba ocurriendo les hicieron toda clase de señas y les gritaron para que viraran en redondo, pero el ruido del combate, que proseguía, les impidió oír hasta que las naves de Alejandro estaban ya encima; los barcos tirios viraron y remaron a toda prisa hacia el puerto, pero fueron pocos ya los que lograron llegar a él; la mayoría de ellos fueron echados a pique o salieron del encuentro tan deteriorados que quedaron inservibles para futuros combates; ya casi en la misma boca del puerto, cayeron en manos de los macedonios un quinquerreme y un cuatrirreme, mientras sus tripulaciones lograban salvarse a nado.

El resultado de esta jornada tuvo desastrosas consecuencias para la suerte de la ciudad sitiada; con el mar, había perdido, en cierto modo, la explanada de la fortificación. Ahora las naves tirias se hallaban inmovilizadas, muertas, en sus dos puertos, que, estrictamente vigilados por los barcos enemigos, habían sido bloqueados por los defensores de la ciudad, cerrando las bocanas con cadenas, para prevenir un asalto por mar. Comenzó así el último acto del sitio, en que ambas partes rivalizaron febrilmente en invenciones, recursos mecánicos y arte técnica, superando cuanto se había conseguido hasta entonces, tanto por parte de los helenos como del lado de los bárbaros. Si es cierto que los tirios, reconocidos como los más grandes técnicos y constructores de máquinas del mundo de aquel entonces, desplegaron la inventiva más sorprendente para su defensa, no lo es menos que los ingenieros del campo de Alejandro, entre ellos Diades y Carias, procedentes de la escuela de Polieides, dieron pruebas de un ingenio igualmente fecundo para contrarrestar las artes de los defensores de la ciudad. Ahora, después de tener, con el dique, un punto firme de apoyo para el ataque y, además, un sitio de anclaje bastante seguro para los buques atacantes, después de limpiar el fondo del mar y de abrir paso a las máquinas demoledoras para que pudieran acercarse a las murallas, era cuando comenzaba, para Alejandro, la parte más trabajosa y más difícil del asedio: lo único que le quedaba por hacer

era, en efecto, escalar o romper las murallas para lanzar sus tropas al asalto de la ciudad. La furia de los tirios crecía a medida que aumentaba el peligro y su fanatismo se desbordaba conforme iban acercándose a la catástrofe.

Las murallas que daban frente al dique eran demasiado altas y gruesas para poder ser rotas o escaladas; tampoco consiguieron gran cosa las máquinas situadas por la parte norte; la potencia de aquellas piedras sillares trabadas con argamasa parecía desafiar impunemente a las más violentas acometidas. Esto movió a Alejandro a desarrollar con redoblada tenacidad el plan que se había trazado: puso las máquinas a trabajar por la parte sur de la ciudad, sin concederles punto de reposo hasta que la muralla, ya considerablemente deteriorada y minada, se derrumbó abriendo una brecha. El combate que se desencadenó en torno a ella fué reñidísimo, y los macedonios no tuvieron más remedio que ceder ante la furia de los defensores, ante su lluvia de proyectiles, ante las masas encoraginadas y rabiosas que los descargaban y ante las máquinas defensivas puestas en acción por ellos; Alejandro renunció a aquella brecha, demasiado pequeña, que los tirios taponaron a toda prisa con otra muralla.

En estas condiciones se comprende fácilmente que empezara a flaquear la seguridad del ejército atacante. Ello hacía, naturalmente, que arreciase la impaciencia del hombre que lo dirigía; aquella primera brecha había demostrado por dónde había que atacar a la obstinada ciudad; sólo aguardaba a que se calmase el mar para volver a la carga con redoblada furia. Tres días después del ataque frustrado —corría el mes de agosto—, estaba el mar en calma, el aire era claro y el horizonte estaba limpio de nubes; todo como lo exigían los planes del rey. Este convocó a los jefes de las tropas que habían de tomar parte en el asalto y les transmitió las instrucciones necesarias. Después ordenó que los más poderosos de sus barcos armados de máquinas se acercasen a las murallas por la parte sur y se pusieran a trabajar, mientras otros dos barcos, uno con los hipaspistas de Admeto y otro con los falangitas de Coino, estaban preparados para lanzarse al asalto por dondequiera que fuese posible; Alejandro embarcó con los primeros. Al mismo tiempo hizo que todas las naves saliesen al mar y que una parte de las trieras se situasen delante de los puertos, tal vez para romper las cadenas de la entrada durante el asalto y penetrar en los muelles; los demás buques, los que tenían a bordo arqueros, honderos, balistas, catapultas, arietes u otras máquinas parecidas, se repartieron alrededor de la isla, con órdenes de que las tropas que iban a bordo de ellos desembarcasen, donde fuese posible hacerlo, o anclasen junto a las murallas dentro del radio de sus proyectiles. El plan era asaltar a los tirios por todas partes para que ellos, perplejos ante tantos ataques simultáneos y sin saber dónde era mayor el peligro y dónde podían encontrar mejor defensa, sucumbiesen más fácilmente al asalto.

Las máquinas empezaron a trabajar, por todas partes volaban los proyectiles y las piedras sobre las almenas y la ciudad parecía amenazada por todos sus puntos cuando, de pronto, la muralla se derrumbó en la parte que había previsto Alejandro, abriéndose una brecha bastante grande. Los dos barcos cargados de

fuerzas armadas atracaron inmediatamente en el mismo sitio que antes ocuparon las naves equipadas con máquinas fueron tendidos los puentes para el asalto, por los que se apresuraron a lanzarse los hipaspistas; Admeto, su jefe, el primero en saltar, fué también el primero que cayó; encolerizados por la muerte de su comandante y bajo la mirada del rey, que venía detrás con la agema, los hipaspistas presionaban con todas sus fuerzas; pronto los tirios fueron desalojados de la brecha, los asaltantes conquistaron primero una torre y luego otra, ocuparon la muralla y limpiaron el camino hacia la ciudadela, que Alejandro mandó tomar, pues desde allí era más fácil descender sobre la ciudad.

Mientras tanto, los barcos de Sidón, Biblos y Arado habían conseguido penetrar al puerto sur, después de romper las cadenas de la entrada y habían echado a pique u obligado a alejarse hacia la orilla a las naves surtas en los muelles; otro tanto habían hecho los barcos chipriotas en el puerto norte, habiendo ocupado ya el baluarte y los puntos más cercanos de la ciudad. Los tirios habían ido replegándose de todas partes delante del Agenorión, donde se disponían a defenderse como una masa compacta. Pero desde lo alto de la ciudadela se lanzó, contra este último contingente de los tirios que aún se defendía un poco en orden, Alejandro al frente de sus hipaspistas, mientras por el lado del puerto irrumpía Coino con sus falangitas; tras breve y enconadísimo combate, esta masa de tirios fué vencida también y acuchillada. Ocho mil tirios se calcula que encontraron la muerte en el sitio y toma de la ciudad. Los demás habitantes que no lograron huir, cerca de unos treinta mil, fueron vendidos como esclavos. Alejandro ordenó que fuesen indultados los que habían buscando refugio en el templo de Heracles, el rey Acémilco, los más altos funcionarios de la ciudad y algunos mensajeros cartagineses.

Es posible que los sidonios y otros fenicios escondiesen y salvasen en sus barcos a miles de sus connacionales tirios; como lo es también que una parte de la antigua población permaneciese en su sitio o volviese luego a él. Alejandro tenía razones sobradas para conservar y favorecer aquella ciudad, con su magnífico puerto, que era, tal vez, el mejor punto de arribada para una flota en toda la costa siria, aunque sólo fuese para asegurarse una posición dominante en medio de otras ciudades marítimas, en estas costas que seguían teniendo sus flotas y sus príncipes, aunque colocados ahora bajo la soberanía de los macedonios. Pero la antigua comunidad tiria y, a lo que parece, su monarquía se terminaron. Tiros pasó a ser la plaza de armas de Macedonia en estas costas y, según cabe presumir, una de las bases permanentes de la flota.

La fiesta de la victoria de Alejandro consistió en celebrar en el Heracleón de la ciudad insular el sacrificio al dios Heracles que los tirios le habían rehusado; el ejército desfiló con todo su armamento y la flota pasó formada solemnemente por delante de la isla; la máquina que había roto la muralla fué paseada entre exhibiciones gimnásticas y un desfile de antorchas por las calles de la ciudad y emplazada en el Heracleón, y ante el altar del dios se ofrendó también el barco de Heracles de los tirios, que había caído ya antes en poder de Alejandro.

La noticia de lo sucedido en Tiro debió de causar una impresión enorme; como la jornada de Isos para el oriente, y tal vez más aún, la caída de Tiro necesariamente llevaría la fama de la pujanza arrolladora de aquel príncipe macedonio de la guerra a lo largo de todas las costas occidentales, hasta las columnas mismas de Hércules. La poderosa ciudad insular, su arrogante flota, su floreciente navegación comercial, la riqueza de aquella ciudad, famosa en el mundo entero: todo había terminado; la cólera del nuevo Aquiles, vencedor en todas sus batallas, lo había barrido de la faz de la tierra.

## CONQUISTA DE GAZA

Aún debía esperar nuevas resistencias en el sur de Siria. Desde Tiro había invitado a los judíos, en la persona de su alto sacerdote Jadua, a someterse al nuevo poder; pero, con el pretexto de que se hallaban vinculados por el juramento de súbditos prestado al rey de Persia, rehusaron los abastecimientos y otras prestaciones que Alejandro reclamaba de ellos. En cambio, Sambalat, a quien la corte de Susa había confiado la satrapía de Samaria, se puso del lado del vencedor.

Mayores cuidados había de causar la fortaleza fronteriza de Gaza. Era, con mucho, la ciudad más importante de la Siria palestina, situada en la ruta comercial del Mar Rojo a Tiro y de Damasco al Egipto; erigida como fortaleza fronteriza contra la satrapía egipcia, tan frecuentemente soliviantada, había sido siempre objeto de cuidadosa atención por parte de los reyes persas y Darío había puesto al frente de ella a un grupo de sus más leales servidores. El eunuco Batis, suficientemente intrépido para soñar con cerrar el paso al ejército victorioso de Alejandro, había reforzado la guarnición persa de la ciudad, ya bastante numerosa de suyo, mediante tropas reclutadas entre las tribus árabes, que se extendían hasta las costas del sur de Gaza; y había acumulado provisiones en previsión de un largo sitio, convencido de que si ahora lograba contener al enemigo la rica satrapía del Egipto permanecería en la obediencia y el gran rey ganaría tiempo para llevar a término sus nuevos preparativos de guerra en la alta Asia, para descender sobre las satrapías bajas al frente de un ejército arrollador y expulsar al osado macedonio hasta más allá del Tauro, del Halis y del Helesponto. La larga resistencia que le opusiera Tiro enardecía al eunuco en vez de desanimarle, pues sabía que Alejandro no podría emplear delante de Gaza la flota gracias a la cual había conseguido tomar la ciudad insular, pues la ciudad fortaleza por él defendida quedaba un poco retirada de la costa, como a media milla, y además sus playas, bloqueadas por bancos de arena y grandes extensiones de aguas bajas, no podían ser abordadas por una flota; desde la costa se extendía, tierra adentro, una superficie arenosa bastante hundida, que llegaba hasta el pie de la colina en que se levantaba Gaza. La ciudad era bastante extensa y estaba circundada por una muralla alta y potente, que parecía poder resistir todos los golpes de ariete y todos los proyectiles que se descargaran sobre ella.

Alejandro púsose en marcha desde Tiro hacia comienzos del año 332; avanzó sin haber encontrado resistencia en la ciudad fortificada de Ace, que cierra la entrada a la Siria palestina, y llegó delante de las murallas de Gaza, acampando en el lado sur, donde más fácilmente vulnerable parecían aquéllas; inmediatamente ordenó construir y emplazar las máquinas necesarias para el asalto. Pero los ingenieros militares declararon que la altura de la colina en que estaba emplazada la ciudad impedía montar máquinas capaces de llegar a ella y quebrantarla. Sin embargo, Alejandro no podía dejar aquella fortaleza intacta por nada del mundo; cuanto más insoluble encontraban el problema sus colaboradores, más ardía él en deseos de resolverlo, de convertir también aquí lo imposible en una realidad. Para ello ordenó construir por la parte sur, la más asequible de todas, un terraplén que llegase a la altura de la colina sobre la que se alzaban las murallas. Este trabajo fué ejecutado con una rapidez sorprendente; una vez terminado, las máquinas se adosaron a la muralla y entraron en acción al amanecer del día siguiente. Mientras tanto, Alejandro, coronado y con sus arreos de guerra, sacrificaba a los dioses y esperaba un presagio; de pronto —así cuentan las fuentes— voló sobre el altar un pájaro de presa y dejó caer una piedrecilla sobre la cabeza del rey, quedando luego apresado entre el cordaje de una de las máquinas; un adivino llamado Aristandro interpretó aquel presagio en el sentido de que el rey conquistaría la ciudad, pero debiendo guardarse de algo malo en aquel día. Alejandro permaneció cerca de las máquinas, que trabajaban bastante eficazmente por quebrantar las murallas de la ciudad. De pronto, los sitiados hicieron una salida con una violencia enorme, arrojando fuego sobre los techos protectores y las máquinas, disparando desde la alta muralla sobre los macedonios que trabajaban en las máquinas y pugnaban por extinguir el fuego, y acosándolos de tal modo que empezaban a retirarse ya del terraplén. Alejandro, no pudiendo ya contenerse, avanzó a la cabeza de sus hipaspistas, cubrió los sitios donde mayor era el peligro y lanzó de nuevo a la lucha a sus macedonios, consiguiendo, por lo menos, que no quedase totalmente desamparado el terraplén; en esto cayó sobre él un dardo lanzado por una catapulta y, atravesándole la coraza, se le clavó en el hombro. El rey fué derribado por el golpe, los enemigos, llenos de alborozo, presionaron más y más y los macedonios retiráronse del terraplén.

La herida del rey era dolorosa, pero no peligrosa; la mitad del presagio había resultado cierta; ahora faltaba que se cumpliese también la parte agradable del mismo. Las máquinas que habían roto las murallas de Tiro acababan de llegar, embarcadas, al cercano puerto de Mayuma; para poder emplearlas, Alejandro ordenó que se construyesen concéntricamente a los muros de la ciudad terraplenes de mil doscientos pies de ancho por doscientos cincuenta de alto; al mismo tiempo, fueron minadas las murallas, las cuales se derrumbaron en algunos sitios por su propio peso y en otros por efecto de los golpes de ariete descargados sobre ellas. Los sitiadores lanzáronse al asalto por las brechas abiertas; fueron rechazados y repitieron el intento por segunda y por tercera vez; finalmente, al cuarto asalto, cuando las falanges avanzaban por todas partes, se derrumbaban nuevos y nuevos

sectores de los muros y las máquinas demoledoras seguían trabajando incansablemente, y cuando ya los valientes árabes contaban demasiados muertos y heridos para poder seguir ofreciendo la resistencia necesaria en todos los sectores, los hipaspistas lograron tender puentes de asalto sobre las brechas abiertas y sobre los escombros de los muros derrumbados, abrir las puertas de par en par y dar entrada en la ciudad al ejército entero. En las calles de la ciudad comenzó una lucha todavía más enconada; los valientes vecinos defendían sus puestos hasta la muerte. Una espantosa sangría puso fin a esta terrible jornada, en la que se dice que perecieron unos diez mil defensores de la ciudad; sus mujeres y sus niños fueron vendidos como esclavos. El vencedor se apoderó de un rico botín, compuesto principalmente de especias árabes, pues la ciudad de Gaza era un arsenal de estos valiosos productos. Alejandro concentró en esta ciudad la población de las localidades filisteas y arábigas circundantes; situó en ella una guarnición permanente y la convirtió en una plaza de armas tan importante para la Siria como para el Egipto.

Según las tradiciones judaicas,* Alejandro, después de la caída de Gaza, emprendió una expedición a las regiones judía y samaritana; según rezan estas fuentes a que nos referimos, en las cercanías de Jerusalén salieron a recibirle el alto sacerdote acompañado de los sacerdotes y de mucha gente vestida de fiesta y le saludaron como al hombre que, según estaba escrito en los libros sagrados, acabaría con la dominación de los persas. Alejandro, siempre según las mismas fuentes, se mostró en todo atento y respetuoso con ellos, no tocó para nada a sus leyes, les concedió libertad de censo una vez cada siete años y elevó un solemne sacrificio ante el altar de Jehová, siguiendo las instrucciones del alto sacerdote. Se cuentan, además, otras cosas, contradictorias algunas de ellas, del paso de Alejandro por Jerusalén.

Permítasenos decir aún algunas palabras acerca de la estancia de Alejandro en Siria. Las escasas noticias que las fuentes antiguas nos transmiten sobre el nuevo orden de cosas implantado en estos territorios no nos dan, ni remotamente, una idea clara de ello, ni nos permiten siquiera llegar a comprender si en este país se procedió del mismo modo y con arreglo al mismo esquema que en las satrapías del Asia Menor.

Sin embargo, tenemos un elemento complementario de juicio: el que nos ofrecen las monedas. Como sabemos, las monedas de plata acuñadas en el Asia Menor hasta el Tauro y que ostentan el conocido cuño de Alejandro, pertenecen en su totalidad a las clases de monedas alejandrinas acuñadas en la época de los diadocos y con posterioridad a ella; entre estas ciudades hay algunas de las que podemos demostrar que ya en época de Alejandro y durante los años en que su imperio subsistía en cuanto a la forma (hasta el año 306) acuñaron monedas de cuño propio; de donde podemos llegar a la conclusión de que las ciudades griegas del Asia Menor, al igual que las de la liga licia, fueron convertidas por Alejandro en estados libres, aliados a él, que dentro de su independencia como estados ejer-

* Véase nota 8, al final.

cían el derecho monetario con la misma soberanía que Atenas y Argos y los demás estados de la liga corintia. Pero al otro lado del Tauro cambia la cosa; las numerosas monedas de plata con el cuño de Alejandro que han llegado a nosotros procedentes de las ciudades cilicias pertenecen todas ellas a las clases antiguas, y lo mismo ocurre con las de Comagene, Damasco, Arado, Sidón, Ace y Ascalón; además, se da la particularidad de que las inscripciones de estas monedas llaman casi siempre a Alejandro rey, cosa que no ocurre, por regla general, con las acuñadas por la misma época en Macedonia, Tracia y Tesalia.

Esto quiere decir, evidentemente, que si bien Alejandro dejó subsistente en Cilicia, Siria, Celesiria y Fenicia el régimen de las comunidades urbanas, estas ciudades no son ya estados autónomos, como lo eran las ciudades griegas del Asia Menor; sus monedas demuestran que fueron acuñadas por orden del rey y bajo su propia responsabilidad, o bien que sólo podían acuñar moneda ateniéndose al sistema monetario implantado por Alejandro y a sus tipos, es decir, que sólo podían acuñar dinero real.

En 1863 se descubrió cerca de Sidón, al cavar un huerto, un tesoro formado por 3,000 monedas de oro, que no se diseminó como había ocurrido con los hallazgos de 1829 y 1852, sino que pudo ser catalogado e investigado, por lo menos en su mayor parte, por competentes numismáticos. Entre las 1,531 estáteras así descritas abundaban especialmente las de Ace, Sidón y Arado; de Cilicia había algunas monedas; entre las ciudades de Macedonia, Tracia y Tesalia estaban representadas bastantes en esta colección, con uno o varios tipos de monedas; apenas había algún cuño de la Hélade; en cuanto al Asia Menor, se encontraron los cuños especiales de Quíos, Clazomene (?), Pergamón y Rodas, al igual que el del rey Pnitágoras de la Salamina chipriota. "Estas monedas —dice uno de los informes de los numismáticos— eran casi completamente nuevas; una parte considerable de ellas, sobre todo las acuñadas en Sidón, estaban todavía ásperas, como recién salidas del troquel". El hecho de que entre estas monedas no se encontrase ninguna de los diadocos, que asumieron el título de reyes en el año 306, y de que tres de la de Aceo ostentasen los números de años 23 y 24, permitió llegar con seguridad a la conclusión de que este tesoro había sido enterrado antes del año 306 y poco después del 310, es decir, en una época en que aún subsistía formalmente la monarquía de Alejandro y la organización del imperio creada por él.

Es notable que entre tantas monedas de oro no figurase ni una sola de Tiro; puede que se tratase de una simple casualidad, aunque también cabría conjeturar que, a raíz de su conquista, la condición política de esta ciudad era inferior a la de las demás ciudades fenicias. Tienen especial interés las cifras correspondientes a los años grabadas en las monedas de Ace; encontramos en ellas los números conocidos ya por las monedas de Arado, desde el 21 hasta el 76; sabemos, por la historia de los diadocos, que los Seléucidas dieron a la ciudad de Arado, en el año 258, su completa independencia, iniciándose así una nueva era para ella; esto quiere decir que tanto Arado como Ace habían conocido una era anterior, que databa del momento de la liberación del yugo persa, cabiendo únicamente la duda

de si se tomaba como punto de partida la victoria del Gránico o la de la batalla de Isos.

De estas monedas, por lo menos, no se deduce que también las demás ciudades implantasen esta nueva era, pero no cabe la menor duda de que aquellas dos ciudades consideraban la victoria de Alejandro como su liberación y como un nuevo punto de partida.

## OCUPACIÓN DEL EGIPTO

La resistencia de Tiro primero y luego de Gaza había demorado bastante la expedición de Alejandro al Egipto. Por fin, al cumplirse el primer aniversario de la batalla de Isos, en los primeros días de diciembre del año 332, el rey salió de Gaza al frente de su ejército. Se trataba de arrebatar al gran rey la última provincia que le quedaba en el Mediterraneo y que, si hubiese sido leal o se hubiese hallado en manos leales, habría podido ofrecer larga y tenaz resistencia, por virtud de su situación geográfica. Pero ¿cómo era posible que el pueblo egipcio estuviera dispuesto a luchar por la causa de un rey al que sólo se sentía encadenado por los vínculos de una dominación impotente y, por tanto, doblemente odiosa? Aparte de que los egipcios eran, por naturaleza, más aficionados a la paz que a la guerra, gentes más pacientes y laboriosas que dotadas de espíritu y de energía; es cierto que, durante los doscientos años que duró la dominación extranjera, los egipcios intentaron repetidas veces sacudir el yugo de los persas, pero el pueblo en su conjunto no tomó una parte muy considerable en estos intentos, pues desde la emigración de la casta guerrera nacional estaba acostumbrado a ver a los mercenarios extranjeros, sobre todo a los helenos, luchar por el Egipto, seguidos si acaso de unos cuantos miles de indígenas que marchaban tras ellos en tropel o como siervos para arrastrar su bagaje. El estado de Egipto, en aquel entonces, era, en todos y cada uno de sus aspectos, el del estancamiento más completo; sus condiciones interiores de vida, supervivencia de los tiempos de los Faraones, sepultados desde hacía ya tantos siglos, se hallaban en la más flagrante contradicción con cada uno de los muchos cambios históricos por los que había pasado el país desde el derrocamiento de la monarquía teocrática; los intentos de los reyes de la dinastía de los Saítas para reanimar a su pueblo mediante el comercio y el contacto con pueblos extranjeros no hicieron ni podían hacer otra cosa que embrollar y paralizar todavía más el carácter nacional. La dominación persa, ante la que sucumbió aquella dinastía, hubo de enfrentarse repetidas veces a la repugnancia sorda y sin cesar creciente que suscitaban aquellos extranjeros impuros y luchar contra una serie de sublevaciones de quienes se jactaban de ser de sangre faraónica, pero el Egipto como tal jamás llegó a levantarse ni a ponerse en movimiento. Los egipcios, encerrados dentro de sí mismos, en una indolencia y una sensualidad verdaderamente africanas, tarados con todos los inconvenientes y toda la superstición de un régimen de castas del que los siglos sólo habían dejado en pie la forma caduca, y a los que la extraordinaria fertilidad de su país, a la que no daba valor ni estímulo un comercio libre e intenso con el exterior, se hallaban más necesitados que ningún otro

pueblo de un renacimiento, de un nuevo y vitalizador proceso de fermentación, que sólo podían recibir de la alta tensión del helenismo.

El Egipto, apenas Alejandro se acercó a él, se hallaba perdido para el rey de los persas; su sátrapa Masaces, sucesor de aquel Sabaces que había encontrado la muerte en la batalla de Isos, había hecho acuchillar, ya fuese por envidia o por un exceso de celo mal entendido, a los mercenarios griegos que desembarcaran al mando de Amintas, en vez de tomarlos a sueldo para la defensa del país. Ahora, después de la caída de Tiro y de Gaza, cuando la ocupación enemiga, que llegaba hasta las tribus árabes del desierto, había cortado completamente las comunicaciones entre el Egipto y el Asia alta, y la flota procedente de Tiro estaba situada ya delante de Pelusión, era evidente que lo único que podían hacer el sátrapa y los persas que le rodeaban era someterse cuanto antes, sin pérdida de momento, al vencedor.

Y así, cuando Alejandro llegó a Pelusión a los siete días de haber salido de Gaza, se encontró con que Masaces le entregaba el Egipto, sin oponerle la menor resistencia. Después de enviar a su flota río arriba, por el brazo pelusíaco del Nilo, Alejandro se dirigió por Heliópolis a Menfis, para encontrarse allí con ella. Todas las ciudades por las que iba pasando se le entregaban sin resistencia; sin encontrar el menor obstáculo, ocupó Menfis, la gran capital del país del Nilo, cuya sumisión podía darse así por terminada.

Pero Alejandro no había ido allí solamente a someter; los pueblos con los que se ponía en contacto debían darse clara cuenta de que la misión que allí le llevaba era la de liberarlos y ponerlos en pie, que honraba lo que ellos tenían por sagrado y respetaba y dejaba en vigor lo que correspondía a su carácter nacional. Nada había afectado tan profundamente a los egipcios como el hecho de que el rey Ojos hubiese degollado en Menfis al buey sagrado. Alejandro sacrificó a todos los dioses de los egipcios, entre ellos al Apis del templo de Phtha, en Menfis; e hizo que un grupo de artistas helénicos organizase en aquel templo juegos gímnicos y poéticos, como queriendo dar a entender con ello que, en lo sucesivo, lo de fuera tendría también aquí su hogar y que las tradiciones del país serían respetadas y veneradas igualmente por los extranjeros. El respeto con que trataba a los sacerdotes egipcios tenía que ganarle por fuerza las simpatías de esta casta, a la que la intolerancia no pocas veces fanática de los dominadores persas había tratado con el más profundo desprecio.

Con la ocupación del Egipto, Alejandro había dado cima a la conquista de las costas del Mediterráneo que se hallaban bajo la dominación persa. No sólo se había realizado, sino que se había superado el más intrépido de los pensamientos de la política de Pericles: coronar y asegurar permanentemente la dominación marítima y comercial de Atenas mediante la liberación de Egipto; la cuenca oriental del mar Mediterráneo estaba en manos del mundo helénico y la dominación sobre el Egipto ponía también en su poder la cercana bahía de la que partían las rutas marítimas hacia Etiopía y la India legendaria. La posesión del Egipto abría ante el helenismo perspectivas inmensas.

Cómo Alejandro se hizo cargo de ellas y pensaba realizarlas lo revelan las cosas que emprendió inmediatamente desde Menfis.

Dejó una fuerte guarnición en la plaza de Pelusión, situada en la punta oriental del delta del Nilo, de donde, a la primavera siguiente, saldría la expedición hacia las tierras interiores del Asia. Desde Menfis, salió con los hipaspistas, la agema de la caballería macedonia, los agrianos y los arqueros, siguiendo el brazo occidental del Nilo, hacia Canope, y desde aquí, costeando, hasta un lugar llamado Rakotis, antiguo puesto fronterizo entre el Egipto y Libia. Era un lugar situado en una lengua de tierra de ocho millas de largo que separa del mar la laguna de Mareotis y delante de la cual, como a siete estadios de la costa, se alza la isla de Faros, la isla de los perros marinos de los cantos homéricos. El rey dióse cuenta de lo extraordinariamente adecuado que era aquella faja de tierra situada entre la laguna y el mar para fundar una ciudad y aquella ensenada para establecer un gran puerto, al abrigo de casi todos los vientos.

Cuenta la tradición que Alejandro quiso trazar inmediatamente a Deinócrates, su arquitecto, el plano de la ciudad, las calles y las plazas, el emplazamiento de los templos para los dioses helénicos y la Isis egipcia. Y, no teniendo a mano otros materiales, hizo que sus macedonios fuesen dibujando sobre el suelo, con harina, las líneas del plano; a la vista de la harina, acudieron volando de todas partes innumerables pájaros, signo que el prudente Aristandro interpretó en seguida como presagio de la futura prosperidad y del vasto comercio de la ciudad que acababa de fundarse. Sabido es en qué proporciones tan extraordinarias se cumplieron este presagio y la idea que inspirara a Alejandro; la población de la nueva ciudad creció con una rapidez increíble, su comercio unió en seguida al mundo occidental con el continente de la India, recién abierto al mundo, y Alejandría, la ciudad de Alejandro, se convirtió en el centro de la vida helénica durante los siglos siguientes, en la patria de la cultura y la literatura universales que afluían de oriente y occidente y en el más hermoso y duradero de los monumentos elevados a su gran fundador.

## CAPITULO III

*Preparativos persas.—Final de la flota persa.—Alejandro en el oasis de Ammón.—Marcha de Alejandro a través de Siria, por el Eufrates y sobre el Tigris.—Batalla de Gaugamela.—Alejandro en Babilonia.—Ocupación de Susa.—Expedición a Persépolis.*

EL ORGULLOSO derecho de la victoria representa siempre la victoria de un derecho superior, del derecho que confiere una tensión más alta de energías, un desarrollo más elevado, la fuerza propulsora de una nueva idea preñada de porvenir. Esta clase de victorias envuelven de suyo la crítica de lo que, habiendo existido y regido hasta entonces, no es ya capaz de seguir desarrollándose, de lo que parecía fuerte y seguro de sí, pero era, en realidad, enfermo y precario. Al llegar estos momentos, ni la tradición ni el derecho heredado, ni el amor a la paz ni la virtud ni ningún otro valor personal pueden contener la potencia arrolladora de lo que tiene ya inscrito sobre su frente el destino de la grandeza histórica. Los hombres que la representan, victoriosos mientras encuentran campo para osar, para luchar, para derribar a sus adversarios, construyen destruyendo, crean un mundo nuevo, pero de entre las ruinas, de entre el montón de escombros de sus destrucciones. Y sus victorias y sus destrucciones constructivas les sobreviven en su obra.

### PREPARATIVOS PERSAS

Las tradiciones de la historia de Alejandro subrayan con mayor empeño el contraste entre él y Darío, entre el héroe de la acción y el héroe de la pasión. Pintan a Darío como a un rey dulce, noble, leal, prototipo de respeto hacia su madre y de amor y de cariño para con su esposa y sus hijos, venerado por los persas gracias a su espíritu justiciero, a su bravura caballeresca, a su sentido de la majestad. Y es posible que en otros tiempos, en tiempos de paz, hubiese sido un rey como rara vez lo habría visto el trono de Persia; pero este hombre, arrastrado por un torbellino de acontecimientos, a los que tal vez un Cambises o un Artajerjes Ojos habrían sabido hacer frente, no reparó en recurrir incluso a planes indignos y hasta criminales para salvarse y salvar su imperio, sin haber conseguido con ello otra cosa que la dolorosa conciencia de no estar ya del todo libre de culpa en aquello contra lo que luchaba en vano. Y a medida que crecía el peligro, aumentaban también el desconcierto, la falta de firmeza y el desafuero

en todo lo que Darío hacía o intentaba hacer; el porvenir de la monarquía persa y de su justa causa iba entenebreciéndose cada vez más; ya estaban abiertas las puertas del Asia, ya eran presa del vencedor las ricas satrapías de la costa, ya los firmes cimientos del imperio de los Aqueménidas se estremecían. Y si el gran rey, dejándose llevar por la blandura de su carácter, hubiese renunciado de buen grado a lo ya perdido y hubiera estado dispuesto a hacer sacrificios todavía mayores por la paz, no cabe duda de que a un hombre como él, más apegado a su mujer y a sus hijos que al trono y al imperio, la gran medida del dolor que experimentaba tenía que hacerle sentir la magnitud de su caída.

Este motivo es el que pintan con más vivos colores aquellas tradiciones a que aludimos. No cesan de señalar que Alejandro tenía en su poder, como prisioneros, a Sisigambis, la madre del gran rey, a sus hijos y a su esposa, la más bella de las mujeres de Asia y doblemente querida para él porque llevaba un hijo suyo en sus entrañas. Darío ofrece al enemigo la mitad de su imperio e inmensos tesoros por el rescate de los prisioneros, pero el orgulloso vencedor sólo quiere una cosa: la sumisión o una nueva batalla. El eunuco Tireo, servidor de la reina presa, huye del campo enemigo y se presenta ante Darío con el triste mensaje de que la reina ha muerto en el parto. Darío se azota la frente y llora entre amargas lamentaciones la muerte de Estateira, su esposa, y el dolor de que la reina de los persas no pueda gozar siquiera del honor de su sepultura. Pero el eunuco le consuela diciendo que ni en la vida ni en la muerte se olvidó el rey macedonio de que era la esposa de un rey, que siempre le dispensó los más altos honores a ella, a su madre y a sus hijos, que enterró a la reina muerta con todo esplendor, a la usanza persa y derramando lágrimas en su memoria. Darío, conmovido, le pregunta si permaneció casta, si le fué fiel hasta su muerte, si Alejandro no la obligó a entregársele en contra de su voluntad. El fiel eunuco se postra a los pies de su señor y le suplica que no mancille la memoria de su noble soberana ni se prive, en su infinito dolor, del último consuelo, el de haber sido vencido por un enemigo que no parece ser un simple mortal; y le jura por lo más sagrado que Estateira le permaneció fiel y casta hasta la muerte y que la virtud de Alejandro era tan grande como su valentía. Darío, entonces, levantando los brazos al cielo, pide a los dioses: "¡Si es vuestra voluntad conservarme el imperio, ayudadme a ponerlo de nuevo en pie para que, como vencedor, pueda pagar a Alejandro lo que ha hecho a los míos; pero si está dispuesto que yo no siga siendo dueño y señor del Asia, no entreguéis la tiara del gran Ciro a otro que no sea él".

Ya el llamamiento del rey para que sus pueblos se levantasen en armas había llegado a todas las satrapías del imperio, menos a los territorios que se hallaban en poder del enemigo, los cuales, aunque grandes, no eran, sin embargo, muy considerables en proporción a la extensión total del imperio persa. Aún se hallaban intactos todo el Irán, la Ariana y la Bactriana, todas las inmensas tierras que llegaban hasta las fuentes del Eufrates. Eran los pueblos más valientes y más leales del Asia, y sólo aguardaban las órdenes del rey para ponerse en campaña. ¿Qué valían el Egipto, la Siria, el Asia Menor, en comparación con aquella in-

mensa extensión de tierras que abarcaban desde el Tauro hasta el Indo, desde el Eufrates hasta el Jaxartes? ¿Qué reprepresentaba la pérdida de aquellos pueblos de la costa, siempre inseguros, al lado de estos leales medos y persas, al lado de las nubes de jinetes de las llanuras bactrianas y de los valientes pueblos montañeses de las sierras del Caspio y del Curdán? Al fin y al cabo, las costas ahora perdidas y los esfuerzos por lograr una dominación marítima, impuestos por ellas, habían sido poco menos que los únicos territorios que habían traido el peligro y el desastre sobre el imperio de Ciro desde los tiempos de Darío I, envolviendo a los persas, para su mal, en las eternas discordias de los helenos. Lo importante, ahora, era salvar el interior del oriente, defender la gran ciudadela del Irán, que dominaba toda el Asia; el rey de los reyes llamaba ahora a los nobles de su linaje, a los nietos de los siete príncipes, a sus fieles satrapías a luchar a la cabeza de sus pueblos por la gloria y el poder de Persia; en sus manos ponía los destinos de su imperio y de su rey; esta vez no habría mercenarios griegos, generales helénicos ni tránsfugas macedonios que despertasen los celos ni la desconfianza de los suyos; los pocos miles de extranjeros que habían huido con él de Isos habían sido fundidos con los hijos del Asia por el infortunio común; el ejército de Europa se enfrentaría delante de las montañas del Irán con un ejército auténticamente asiático.

El gran ejército de los pueblos se fué concentrando en la llanura de Babilonia. Besos, el sátrapa bactriano, vino desde el fondo del Asia capitaneando a los de la Bactriana, a los sogdianos y a los combativos pueblos indios de las regiones montañosas del Cáucaso índico; habían hecho causa común con él el pueblo de jinetes de los saces del Turquestán, conducidos por Mauaces, y los daos, pueblo de las estepas del lago de Aral. Los pueblos de la Arajosia y de la Drangiana y los montañeses indios del Paraveti se enrolaron bajo el mando de su sátrapa Barsaentes, sus vecinos occidentales de Aria bajo el del sátrapa Satibárzanes, los contingentes de jinetes persas, hircanios y tapúricos de Jorasán, el país iranio de la espada, formaron al mando de Fratafernes y de sus hijos. Vinieron asimismo los medos, en un tiempo dueños y señores del Asia, cuyo sátrapa Atrópates acaudillaba al mismo tiempo a los cadusios, a los sacasenios y a los albanos de los valles del Cur y del Araxes y de las orillas del lago de Urmea. Desde el sur, desde las orillas del Golfo Pérsico, acudieron los pueblos de la Gedrosia y la Carmania, mandados por Ocontóbates y Ariobarzanes, hijo de Artabazo, y los persas, al mando de Orxines, del linaje de los siete príncipes. Los uxianos y los de Susa los conducía Oxatres, hijo de Abulites, el sátrapa de Susa; los contingentes de Babilonia formaban bajo las órdenes de Bupales, los de Armenia bajo las de Orontes y Mitraustes, los de las dos Sirias bajo el mando de Mazaio; hasta de la Capadocia, cuyas tierras occidentales habían sido recorridas de pasada por las tropas macedonias, llegó un contingente de guerreros al mando de su dinasta Ariarates.

Y así, en la primavera del año 331, se había congregado en Babilonia el ejército imperial del rey de Persia, formado por unos cuarenta mil hombres a

caballo y varios cientos de miles de hombres, reforzados por doscientos carros con hoces y quince elefantes, traídos del Indo. Se dice que, contra lo que los reyes tenían por costumbre, esta vez Darío había velado por el armamento del ejército, principalmente el de la caballería. Lo más importante era trazar un plan estratégico que permitiera al ejército persa descargar eficazmente todo el peso de sus grandes masas y la acometividad de sus formidables fuerzas de caballería.

Dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris, cortan en sentido diagonal la llanura que se extiende al pie de la cadena de montañas del Irán; los caminos que suben de las costas del mar Mediterráneo hasta la altiplanicie asiática cruzan las aguas de estos dos ríos. Era muy lógico pensar en presentar batalla al enemigo en las orillas de uno de estos cursos de agua y, concretamente, en las del Tigris, ya que este río era más difícil de cruzar y teniendo en cuenta, además, que una batalla perdida en las orillas del Eufrates habría empujado al enemigo sobre la Armenia y le habría entregado a Babilonia y, con ella, los grandes caminos tendidos hacia la Persia y la Media, mientras que si el gran ejército persa se apostaba detrás del Tigris cubriría la ciudad de Babilonia y, ganándose la batalla, el enemigo podría ser fácilmente perseguido en las llanuras desérticas de la Mesopotamia, mientras que si se perdía quedaría abierto el camino de retirada hacia las satrapías orientales. Darío limitóse a destacar sobre el Eufrates una avanzada formada por unos cuantos miles de hombres al mando de Maceo, para que vigilasen los pasos del río. El mismo se situó con una parte de sus tropas saliendo de Babilonia, en la región de Arbela, punto importante de la gran calzada militar que lleva, al otro lado del Licos, hasta la gran llanura de Nínive, la cual se extiende por el oeste hasta la orilla izquierda del impetuoso Tigris y por el norte hasta las estribaciones de los montes Zagros; su plan era hacer frente allí a las tropas de Alejandro, apoyándose sobre el río, y cerrarle el paso.

### FINAL DE LA FLOTA PERSA

Mientras el rey Darío se disponía a luchar de este modo por salvar la mitad oriental de su imperio, en el umbral de ella y movilizando todas las fuerzas de que podía disponer, en el lejano occidente se hundían los últimos restos del poder persa.

Mucho podía haber hecho la flota persa en los mares helénicos, si hubiese sabido actuar a su debido tiempo y apoyar con todas sus fuerzas el movimiento iniciado por el rey Agis en el Peloponeso. Pero sus mandos, vacilantes, sin planes y sin decisión, habían dejado pasar, en el verano del año 333, el momento de una ofensiva que pudo ser decisiva; más tarde, ya debilitada por el envío de los barcos que condujeron los mercenarios a Trípolis y aún después de la batalla de Isos y cuando ya las costas fenicias se hallaban amenazadas por el enemigo, permaneció en aquellas bases occidentales que sólo tenían razón de ser para desencadenar una ofensiva, en vez de volar hacia Fenicia, apoyar la resistencia de los tirios y mantener unidos a los contingentes inseguros de la flota. En la

primavera del año 332, las naves fenicias y chipriotas se retiraron a sus puertos, a pesar de lo cual Farnabazo y Autofrádates siguieron en el mar Egeo con los restos de su escuadra, tan débil ya que sólo podían mantenerse en posesión de Tenedos, Lesbos, Quíos y Cos con gran esfuerzo y gracias a la ayuda que recibían de los tiranos instituídos o favorecidos por ellos. Sólo mantenían contacto directo con el rey Agis, pues la prudencia y firme actitud de Antipáter les había privado de toda influencia en el resto de la Hélade; pero el movimiento que aquel rey confiaba desencadenar en el Peloponeso, con ayuda de ellos, había fracasado también al irse disolviendo, poco a poco, el poder marítimo de los persas, y lo único que Agis logró fué la ocupación de Creta por su hermano Agesilao.

Entretanto, la flota macedónica, al mando de los nauarcas Egelojo y Anfótero, había ido adquiriendo tal superioridad en las aguas griegas que en el año 332 los de Tenedos, que sólo a la fuerza habían trocado la alianza con Alejandro por el yugo persa, abrieron a los macedonios sus puertos y proclamaron de nuevo la alianza que a ellos les unía. Siguieron su ejemplo los de Quíos, quienes, tan pronto como se presentó en su rada la flota macedonia, se levantaron en armas contra los tiranos y la guarnición persa y abrieron las puertas de la ciudad. El almirante persa Farnabazo, que se encontraba en el puerto de Quíos con quince trieras, y los tiranos de la isla cayeron en manos de los macedonios; y durante la noche, cuando Aristónico, el tirano de Metimna en Lesbos, apareció con unas cuantas naves piratas delante del puerto, creyendo que se hallaba aún en poder de los persas, la guardia macedonia del puerto le dejó entrar y, una vez dentro, pasó a cuchillo a la dotación de las trieras y llevó al tirano a la ciudadela, como prisionero. El prestigio de los persas y de sus partidarios iba decreciendo cada vez más; Rodas había enviado ya diez trieras a la flota macedonia delante de Tiro; ahora los de Cos desertaron también de la causa persa; y mientras Anfótero se dirigía hacia aquella isla con sesenta naves, Egelojo se trasladaba a Lesbos con el resto de la flota. En esta isla, Cares, que en el año anterior fracasara en su golpe sobre Metimna, había logrado reunir 2,000 mercenarios, ocupando la ciudad de Mitilene y jugando al señor en nombre de Darío; el viejo estratega ateniense, cuyo propósito no era lanzarse a grandes empresas, capituló bajo la condición de que le dejasen retirarse con sus tropas, en unión de las cuales se trasladó a la isla ateniense de Imbros y de allí a Tenaro, el gran mercado de mercenarios. La entrega de Mitilene infundió también a las otras ciudades de la isla el deseo de recobrar la libertad; todas ellas renovaron su constitución democrática. Tras esto, Egelojo se hizo a la vela hacia la isla de Cos, que se hallaba ya en manos de Anfótero. La única que seguía en poder de los espartanos era la de Creta; Anfótero se encargó de reducirla y se dirigió hacia sus costas con una parte de la flota, mientras Egelojo se trasladaba al Egipto con los otros barcos, para comunicar personalmente el resultado de la lucha victoriosa contra el poder marítimo de los persas y, al mismo tiempo, entregar a los prisioneros, menos a Farnabazo que había huido en la isla de Cos. Alejandro ordenó que los tiranos fuesen devueltos a las comunidades sojuzgadas por ellos, para que los juzgaran; únicamente

los que habían entregado a Memnón la isla de Quíos, por una traición, fueron enviados con una fuerte escolta a la isla del Nilo llamada Elefantina, el puesto fronterizo más meridional del imperio, para que pereciesen en la miseria.

Así fué como, hacia fines del año 332, se hundió el último resto del poder naval de los persas, que pudo poner en grave aprieto la retaguardia del ejército macedonio e impedir sus movimientos. Ahora, toda la cadena de plazas de armas que se extendía desde el Bósforo tracio, pasando por las costas del Asia Menor y la Siria, hasta la recién fundada Alejandría, además de servir para asegurar de un modo perfecto la obediencia de los países sometidos, ofrecía una extensa base de operaciones para ulteriores avances hacia el Oriente.

### ALEJANDRO EN EL OASIS DE AMMÓN

La nueva campaña llevaría a los vencedores a un mundo nuevo y extraño, entre pueblos que desconocían en absoluto las maneras helénicas y para quienes las relaciones libres entre los macedonios y su príncipe eran incomprensibles, pues ellos veían en el rey un ser superior. Alejandro no podía desconocer que todos aquellos pueblos que se proponía unir formando un imperio sólo podrían sentirse unidos, por el momento, a través de su persona. El escudo sagrado de Ilión lo caracterizaba como al héroe helénico, los pueblos del Asia Menor reconocían en el hombre que había sabido resolver el problema del nudo gordiano al caudillo llamado a vencer al Asia y a reinar sobre ella y en el sacrificio hecho ante el altar de Heracles, en Tiro, y en la fiesta celebrada en el templo de Phtha, en Menfis, el extranjero victorioso habíase reconciliado con los pueblos vencidos y con sus costumbres más sagradas; pero ahora, que se disponía a penetrar en el interior del oriente, era necesario que le acompañase una unción más secreta, una consagración más alta, en la que los pueblos le reconocieran como a rey de reyes, como al elegido para dueño y señor de todos aquellos territorios, desde el oriente hasta el poniente.

En el vasto desierto de Libia, en cuya entrada se yerguen la cara de roca de la esfinge vigilante, carcomida por las tormentas, y las pirámides de los Faraones, medio hundidas en la arena, en este desierto solitario, en el que reina un silencio de muerte, y que se extiende desde los bordes del valle del Nilo hasta perderse en el infinito, por el occidente y en el que el viento ardiente del mediodía borra con sus arenas el rastro trabajoso del camello, emerge como un islote verde en medio del mar, sombreado por altas palmeras, bañado por fuentes, por arroyos y por el rocío del cielo, como el último soplo de vida en medio de aquella naturaleza muerta circundante, como el último lugar de descanso para el caminante que se aventura por el desierto, un oasis bajo cuyas palmeras se alza el templo del dios misterioso que un dia ya muy lejano vino en una barca sagrada desde el país de los etíopes hasta la Tebas de las cien puertas y que desde allí había cruzado el desierto para descansar en este oasis y revelarse bajo una forma misteriosa al hijo que le buscaba. Un linaje de devotos sacerdotes moraba en torno al centro del

dios, lejos del mundo, en aquella soledad sagrada cercana al Zeus Ammon, el dios de la vida; aquellos sacerdotes vivían para su culto y para la proclamación de sus oráculos, que los pueblos de cerca y de lejos enviaban a escuchar por medio de mensajeros sagrados, acompañados de regalos para el dios. Pues bien, Alejandro decidió trasladarse a aquel templo perdido del desierto para consultar al gran dios acerca de grandes cosas.

¿Qué era lo que se proponía consultar? Sus macedonios relatábanse unos a otros historias maravillosas de tiempos pasados; estas historias, que por aquel entonces pocos creían, de las que muchos se reían y que eran conocidas de todos, cobraban ahora nuevo pábulo ante esta expedición; recordábanse las orgías nocturnas celebradas por Olimpia en las montañas de su tierra natal; recordábanse sus brujerías; las que habían movido al rey Filipo a repudiarla; decíase que un día se había parado a escuchar en su dormitorio y había visto un dragón en su regazo; los confidentes enviados por él a Idelfos habíanle llevado la respuesta del dios: que sacrificase al Zeus Ammon y le honrase por encima de todos los dioses. También a Heracles se le consideraba hijo de una madre mortal; y creía saberse que Olimpia, camino del Helesponto, había confiado a su hijo el secreto de su nacimiento. Otros entendían que el rey deseaba consultar al dios acerca de su expedición futura, como lo hicieran Heracles al salir a luchar contra el gigante Anteo, y Perseo antes de emprender su viaje al país de las gorgonas; tanto uno como otro eran antepasados de Alejandro, cuyo ejemplo gustaba éste de imitar. En realidad nadie sabía lo que se proponía hacer el rey; sólo unas cuantas tropas le seguirían en aquella breve expedición.

De Alejandría la columna se dirigió por la costa hacia Paretonion, primera localidad de los cirenaicos, quienes enviaron al rey embajadores y regalos —300 corceles de guerra y cinco cuadrigas—, solicitando una alianza, que les fué concedida. Desde Paretonion, los expedicionarios tomaron el rumbo del sur a través de grandes arenales en cuyo monótono horizonte no se divisaba un sólo árbol ni una sola colina; todo el día soplaba un aire caliente cargado de arena fina, y el piso de arena era tan suelto que el paso por él se hacía inseguro; por ninguna parte se veía un lugar con alguna vegetación para decansar, una fuente o un pozo donde poder saciar la abrasadora sed; los viajeros pudieron aliviarse un poco de sus fatigas gracias a algunas nubes que dejaron caer sobre ellos unas gotas de agua, regalo de aquella época del año, aunque consideradas como un don milagroso del dios del desierto. La marcha seguía sin interrupción; ningún rastro marcaba el camino, y las dunas bajas de aquel mar de arena, que cambiaban de lugar y de forma según la dirección en que soplaba el viento, no hacían más que aumentar la confusión de los guías, incapaces ya para encontrar el camino hacia el oasis; de pronto aparecieron en el cielo, a la cabeza de la expedición, dos o tres cuervos, y Alejandro, considerándolos como mensajeros del dios, ordenó que se siguiera la ruta trazada por ellos. Las aves volaban entre graznidos, posábanse en el suelo cuando los expedicionarios descansaban y desplegaban de nuevo sus alas

cuando aquéllos reanudaban la marcha. Por fin viéronse verdear las copas de las palmeras, y el bello oasis de Ammón recibió al rey y a sus acompañantes.

Alejandro quedóse sorprendido ante la alegría de aquel lugar sagrado, en el que abundaban las aceitunas y los dátiles, las sales cristalinas y las fuentes balsámicas, como si la propia naturaleza lo hubiese destinado al culto de un dios y a la vida tranquila y apacible de sus sacerdotes. Cuando poco después, según cuenta la tradición, el rey pidió que le llevasen a escuchar el oráculo, el más viejo de los sacerdotes le saludó en el atrio del templo, ordenó a sus acompañantes que se quedaran fuera y condujo a Alejandro a la cámara del dios; pocos momentos después, regresó Alejandro con rostro alegre y aseguró que la respuesta recibida era en un todo favorable a sus deseos; se dice que lo mismo le confió a su madre, comunicándole que cuando volviera a verla, a su regreso, le contaría el oráculo secreto que el dios le anunciara. Después de colmar de regalos al templo y a los hospitalarios moradores del oasis, regresó a Menfis.

El hecho de que Alejandro silenciase la respuesta del dios no hacía más que aumentar el interés o la curiosidad de sus macedonios; quienes le habían acompañado en su visita al templo de Ammón contaban cosas maravillosas de aquellos días; decían haber oído el primer saludo que el gran sacerdote le dirigiera, en estos términos: "¡Bendito seas, oh hijo!", a lo que el rey había contestado: "¡Así sea, oh padres; concédeme el reino del mundo y seré tu hijo!" Otros se reían de estos cuentos; decían que el sacerdote, queriendo hablar en griego, se había dirigido al rey, por error de pronunciación, con la fórmula de "paidios", en vez de "paidion", lo que equivalía, probablemente, a dar al rey el título de "hijo de Zeus". Por último, se consideró como la interpretación más segura de aquel acontecimiento la de que Alejandro había ido a consultar al dios si todos los culpables de la muerte de su padre estaban ya castigados y que el dios le había contestado que debía sopesar mejor sus palabras, pues jamás ningún mortal se atrevería a herir a su progenitor; y que todos los asesinos de Filipo, rey de Macedonia, estaban castigados. Y que Alejandro, preguntando por segunda vez, le había consultado si vencería a sus enemigos, a lo que el dios había contestado que estaba destinado a reinar sobre el mundo y que vencería mientras fuese llamado de nuevo al mundo de los dioses. Estos relatos y otros parecidos, que Alejandro no corroboraba ni negaba, servían para circundarle de un halo misterioso que prestaba encanto y certidumbre a su persona y a su misión, y que para un heleno culto no tenía por qué resultar más extraño que la frase de Heráclito según la cual los dioses eran hombres inmortales y los hombres dioses mortales o que el culto a los héroes de los fundadores en las nuevas y las antiguas colonias, o los altares y las fiestas religiosas dedicados hacía unas dos generaciones al espartano Lisandro.

Muy bien podríamos formular aquí otra pregunta, con la que daríamos, indudablemente, en el blanco del problema. ¿Cómo concibió Alejandro la finalidad de aquella visita al templo de Ammón y los hechos misteriosos que dentro de él se desarrollaron? ¿Proponíase, acaso, engañar al mundo? ¿O creía él lo que preten-

día hacer creer a los demás? ¿Acaso un hombre como él, de mente tan clara y tan libre, tan seguro de su voluntad y de su capacidad, tuvo también momentos de zozobra interior, en que su espíritu buscaba un asidero, un punto de apoyo en lo supraterrenal? Como se ve, este problema se refiere a las premisas religiosas y morales bajo las que se hallaba la voluntad y la conducta de aquel carácter apasionado, a la esencia más íntima de su personalidad, a lo que podríamos llamar su conciencia. En rigor, sólo se le podría comprender partiendo de este punto nuclear de su personalidad, al lado del cual todo lo que hace y crea no es más que la periferia, trozos de periferia, de los que además sólo han llegado a nosotros algunos fragmentos sueltos a través de la tradición. Dejemos que el poeta conciba los caracteres de la acción por él representada de tal modo que, partiendo de ellos, se explique lo que hacen y lo que padecen. La investigación histórica se rige por una ley muy distinta que la de la poesía; también ella procura formarse una idea lo más clara y profunda posible de las figuras cuyo alcance histórico está llamada a estudiar; observa, siempre y cuando que disponga de datos para ello, sus actos, sus dotes, sus tendencias; pero no penetra jamás hasta el lugar recóndito en que todos estos momentos tienen su fuente, su impulso y su norma. El historiador no dispone de métodos ni tiene competencia para descubrir el secreto íntimo y profundo del alma ni, por tanto, para determinar en un plano de enjuiciamiento el valor moral, que vale tanto como decir el valor íntegro de la personalidad. Hace ya bastante si busca una especie de recurso para colmar las lagunas a que eso da lugar, enfocando a las personalidades históricas en un plano distinto de aquél en que reside su valor moral, en el plano de su relación con los grandes desarrollos históricos, de su participación en las realizaciones y creaciones perdurables, en su fuerza o en su debilidad, en sus planes y en sus obras, en su talento y en su energía para llevarlas a cabo; clasificándolas así, con arreglo a estas cualidades, el historiador ejerce la justicia que a él le compete y transmite una idea que no es más profunda, pero sí más amplia y más libre, que aquella otra puramente psicológica.

Tocaremos aquí, por lo menos, un punto en el que parecen entrecruzarse una serie de líneas importantes.

Desde aquella notable sentencia de Heráclito y desde la frase de Esquilo: "*una* forma bajo muchos nombres", los poetas y los pensadores del mundo helénico afanáronse incesantemente en buscar bajo las muchas figuras de dioses y los muchos mitos que formaban su religión el sentido profundo y, en él, la justificación de su fe. Sabido es hasta qué punto ahondó Aristóteles en estos problemas. Alejandro no sólo leería el diálogo popular en que el filósofo describe cómo bastaría mirar a la magnificencia del mundo y al eterno movimiento de los astros para convencer a quien por vez primera lo viese de "que existen realmente dioses y de que aquel espectáculo maravilloso es obra suya". Las lecciones del gran pensador le llevarían también al convencimiento de que los tiempos prehistóricos veían en el cielo y en los astros que se movían dentro de sus órbitas eternas otras tantas divinidades, cuyos actos aparecían bajo una "forma mítica" y que "para

convencer a los más, al mismo tiempo que en gracias a las leyes y al uso" habíanse conservado aquellos antiguos mitos, e incluso se habían desarrollado, añadiéndoles rasgos maravillosos, pero que la verdadera divinidad, el "motor inmóvil", lo "que no había sido creado por ninguna otra cosa fuera de sí mismo", existía sin materia, sin partes y sin pluralidad, era forma pura, espíritu puro, algo que se concebía a sí mismo, algo que movía a otras cosas sin actuar y sin plasmar, algo hacia lo que todo se movía "por puro anhelo", como hacia lo eternamente bueno, hacia el supremo fin.

¿Y si Alejandro se hubiese encontrado en el templo de Ammón con una doctrina de la divinidad, con un simbolismo que, ahondando en iguales o parecidas especulaciones, articulase en un grande y coherente sistema, a la par, la certeza del más allá, de su justicia y de sus transfiguraciones, y los deberes y la ordenación de la vida del más acá, concebida solamente como preparación para aquélla, la esencia del sacerdocio y de la monarquía? Ya algunos monumentos de la antigua época de los Faraones hablan del dios que se ha hecho dios a sí mismo, que existe por sí mismo, el único creador no creado en el cielo y en la tierra, señor de los seres que existen y de los que no existen". Y una inscripción muy notable de la época de Darío II y en honor suyo demuestra que estas ideas se conservaban en toda la plenitud de su vida y hasta tal vez habían sido más desarrolladas aún; en ella aparece Ammón-Ra, el dios que se ha creado a sí mismo, que se revela en cuanto existe, que existía desde el comienzo mismo de la creación y que es lo permanente en cuanto tiene existencia; los demás dioses son algo así como predicados suyos, como actividades o funciones de él: "Son los dioses que hay en tus manos y los hombres postrados a tus pies; tú eres el cielo, tú eres lo profundo; los hombres te ensalzan como al que incansablemente vela por ellos; sus obras están consagradas a ti". Y luego viene la plegaria por el rey: "Haz que tu hijo sentado en tu trono sea feliz, haz que sea igual a tí y que reine como soberano revestido de toda tu dignidad; y como tu forma es fuente de bienaventuranza cuando te levantas como Ra, así es también la conducta de tu hijo, Darío, que viva eternamente, como tú lo deseas; que el miedo ante él, el respeto por él, el brillo de su gloria vivan en los corazones de todos los hombres de todos los países, como el miedo a ti y el respeto hacia ti viven en los corazones de los hombres y de los dioses".

Si los sacerdotes de Ammón saludaron a Alejandro como a hijo de Ammón-Ra, como a Zeus-Helios, lo hicieron con la plena veracidad de sus convicciones religiosas y del profundo simbolismo con que concebían su doctrina de la divinidad. Dícese que Alejandro escuchó con gran atención las explicaciones de Psammon, el "filósofo", según las cuales todo hombre se halla gobernado por un dios (βασιλεύονται ὑπὸ θεοῦ), pues lo que domina y manda en cada cual es lo divino; a lo que Alejandro había replicado que no cabía duda de que dios (τὸν θεόν) era el padre común de todos los hombres, aunque elegía como hijos predilectos a los mejores.

### MARCHA DE ALEJANDRO A TRAVÉS DE SIRIA, POR EL ÉUFRATES Y SOBRE EL TIGRIS

Volvamos, con esto, al relato de los sucesos históricos, de la nueva serie importante de ellos que se inicia con la primavera del año 331.

De vuelta en Menfis, Alejandro se encontró con numerosas embajadas de los países helénicos, ninguna de las cuales regresó a su patria sin haber sido atentamente escuchada y sin que sus peticiones fuesen, dentro de lo posible, atendidas. Al mismo tiempo que ellas, habían llegado a Menfis nuevas tropas, entre las que se destacaban, principalmente, cuatrocientos mercenarios griegos al mando de Ménidas y quinientos jinetes tracios mandados por Asclepiodoro; figuraban además entre ellas, al parecer, unos cuantos miles de hombres de infantería, incorporados inmediatamente al ejército, el cual hacía ya sus preparativos para ponerse en marcha. Alejandro ordenó lo necesario para la administración y el gobierno del país egipcio, poniendo especial cuidado en evitar, por medio de la división de las facultades de mando, que se concentrase una autoridad demasiado grande en una sola mano, cosa que podía ser peligrosa, dada la importancia militar de esta gran satrapía y de los copiosos elementos de poder existentes en ella. Peucestas, hijo de Macartato, y Balacro, hijo de Amintas, fueron nombrados estrategas de Egipto y obtuvieron el mando de las tropas acantonadas en el país, incluyendo las guarniciones de Menfis y Pelusión, como unos 4,000 hombres en total; el mando de la flota, formada por treinta trieras, fué conferido al nauarca Polemón. Los griegos residentes en el Egipto o que inmigrasen al país fueron colocados en conjunto bajo una autoridad especial; los distritos egipcios o *nomos* conservaron sus antiguos *nomarcas*, con órdenes de seguir pagando sus tributos a éstos con arreglo a las tasas anteriores; la alta inspección sobre todos los distritos puramente egipcios se encomendó primero a dos egipcios y luego a uno solamente, y la de los distritos libios a un griego. Al administrador de los distritos árabes, Cleómanes, griego de la colonia de Naucratis, en el Egipto, que conocía la lengua y las costumbres del país, se le concedieron, además, poderes para recibir los tributos reunidos por los nomarcas de todos los distritos, y se le encargó también, muy especialmente, de velar por la construcción de la ciudad de Alejandría.

Después de tomar todas estas medidas y proceder a una serie de ascensos en el ejército, habiéndose celebrado en Menfis nuevas fiestas y un sacrificio solemne elevado a Zeus, Alejandro partió hacia la Fenicia en la primavera del año 331; la flota arribó al puerto de Tiro al mismo tiempo que él. El poco tiempo que el rey pasó en esta ciudad se invirtió en celebrar grandes y fastuosas solemnidades a la usanza helénica; los sacrificios ofrendados en el templo de Heracles fueron acompañados por torneos de todas clases celebrados por el ejército; fueron convocados los actores más famosos de las ciudades griegas para solemnizar aquellos días, y los reyes chipriotas, que, siguiendo la costumbre griega, suministraron y adornaron los coros, rivalizaron en esplendor y en buen gusto. Luego

entró en el puerto de la ciudad la tetrera ateniense *Paralia*, que jamás se hacía a la mar no siendo con una misión sagrada o especialmente importante; los embajadores transportados por ella presentáronse ante Alejandro para darle sus parabienes y asegurarle la lealtad inquebrantable de Atenas, cortesía a la que Alejandro correspondió poniendo en libertad a los atenienses que habían sido hechos prisioneros en la batalla del Gránico.

Era necesario preocuparse de regular la situación de los países occidentales para una larga ausencia. En la Hélade, con excepción de Esparta y Creta, todo estaba en paz; lo único que turbaba todavía la tranquilidad de los mares eran los numerosos piratas, repercusión de las empresas marítimas de los persas. Anfótero recibió órdenes de acelerar la expulsión de las guarniciones espartanas y persas que aún quedaban en Creta, para dar luego la batida a los piratas y prestar ayuda y protección a los peloponesios acosados tal vez por los espartanos; se dió instrucciones a los chipriotas y fenicios para que le enviasen cien naves al Peloponeso.

Al mismo tiempo se introdujeron algunos cambios en el gobierno y la administración de los países ya sometidos; a la Lidia fué enviado, en vez del sátrapa Asandro, a quien se había comisionado para reclutar gente en Grecia, el magnesio Menandro, de los "hetairos", en lugar del cual se encomendó a Clearco el mando sobre las tropas extranjeras; la satrapía de Siria pasó de manos de Memnón, quien no había cuidado con la necesaria diligencia de cubrir las necesidades del ejército a su paso por su provincia, a manos del recién llegado Asclepiodoro, a quien se entregó también el mando inmediato sobre el país del Jordán, confiándosele asimismo el castigo de los samaritanos, que habían asesinado a su anterior comandante, Andrómaco. Finalmente, la administración de las finanzas se organizó de modo que la caja general, que hasta ahora había formado una unidad con la caja de la guerra, se desglosara de ella y se convirtiera en una caja aparte para la Siria y el Asia Menor hasta el Tauro, como se había hecho ya anteriormente para el Egipto. El cargo de cajero general para las satrapías situadas al oeste del Tauro fué confiado a Filoxeno y para los países sirios, incluyendo las ciudades fenicias, a Coirano; de regentar la caja de la guerra se encargó al arrepentido Harpalo, a quien el rey, fuera por su antigua amistad o por razones políticas, creyó oportuno perdonar lo que había hecho.

Por fin el ejército abandonó la ciudad de Tiro y, siguiendo la gran calzada militar que bordea el Orontes, río abajo, reforzado tal vez a su paso por algunos contingentes suministrados por las guarniciones de las ciudades del Asia Menor, marchó en dirección al Eufrates; este ejército, formado por unos 40,000 hombres de a pie y unos 7,000 de a caballo, llegó a comienzos de agosto a Tapsaco, que era el punto por el que solía cruzarse el río. Alejandro había enviado por delante a un destacamento de macedonios con la misión de tender dos puentes sobre el Eufrates; estos puentes aún no estaban del todo terminados cuando llegó el grueso del ejército, pues el persa Maceo, enviado del otro lado para cubrir el río al mando de unos 10,000 hombres, había tenido ocupada

hasta entonces la otra margen, lo que hacía que fuese demasiado arriesgado para un contingente tan reducido como la descubierta macedonia continuar los puentes hasta la orilla del otro lado. Al acercarse el grueso del ejército, Maceo se retiró apresuradamente con sus tropas; demasiado débil para haber mantenido la posición contra la aplastante superioridad de fuerzas de Alejandro, lo único que habría podido hacer, sacrificando a su gente, era demorar en algo el avance del ejército enemigo, lo que para el gran rey, cuyos preparativos estaban ya terminados, no habría representado ninguna ventaja considerable.

Alejandro hizo que se terminase inmediatamente la construcción de los dos puentes, por los que su ejército pasó a la orilla oriental del Eufrates. Aun cuando sospechaba que el ejército persa se encontraba en la llanura de Babilonia, en la que se había concentrado, dispuesto a presentar batalla y a defender la capital del imperio, no podía seguir el camino del Eufrates, que setenta años antes siguieran los Diez mil en su famosa expedición. Los desiertos por los que corre este río en aquellos parajes habrían sido doblemente fatigosos en plena canícula, y el abastecimiento de un ejército tan importante habríale ocasionado las mayores dificultades de haber seguido aquel camino. Por eso eligió la gran calzada septentrional que parte de allí en dirección nordeste y, pasando por Nísibis, cruza la región montañosa, fría y rica en pastos, a que los macedonios darían más tarde el nombre de Migdonia, para atravesar el Tigris y bajar luego, por la margen izquierda del río, hasta la llanura de Babilonia.

Un día fueron conducidos ante el rey, prisioneros, algunos jinetes enemigos que cabalgaban por aquella región, quienes declararon que Darío había levantado ya sus reales de Babilonia y se hallaba apostado con todo su ejército en la orilla izquierda del Tigris, resuelto a emplear todas sus fuerzas para cerrar a su adversario el paso del río; los prisioneros informaron también que los efectivos del ejército persa eran ahora mucho mayores que en Isos y que ellos habían sido enviados en servicio de exploración, para que el ejército de Darío pudiera enfrentarse a los macedonios, al otro lado del Tigris, en el momento y el lugar oportunos.

Alejandro no podía exponerse a tener que cruzar un río tan ancho y de tan rápida corriente como el Tigris bajo los dardos del enemigo; Darío no podía por menos de tener en su poder la región de Nínive, donde cruzaba el río la calzada militar ordinaria; lo más importante, en aquellas condiciones, era colocarse lo antes posible del mismo lado del río en que se encontraba el enemigo; para ello, había que procurar a todo trance cruzar el Tigris sin que el enemigo se diese cuenta. Alejandro varió inmediatamente el plan de marcha y, mientras Darío le esperaba en la vasta llanura en que se alzaban las ruinas de Nínive, ordenó a sus tropas avanzar a marchas forzadas en dirección nordeste, hacia Bedsabdé. No había por allí ni por las inmediaciones ningún enemigo; el ejército empezó a vadear la corriente, bastante impetuosa, y logró ganar la orilla oriental con gran esfuerzo, aunque sin ninguna pérdida. Una vez allí, Alejandro concedió un día de descanso a sus agotadas tropas; acamparon a lo largo de la orilla montañosa del río.

Era el 20 de septiembre. Llegó la noche y ya los primeros centinelas nocturnos habían salido para cubrir sus puestos de vigilancia junto al río y en las montañas; la luna iluminaba el paisaje, que a muchos antojábaseles parecido a las regiones montañosas de Macedonia; de pronto empezó a oscurecerse la luz de la luna llena; pocos momentos después el luminoso disco había quedado completamente envuelto en sombras. No cabía duda: aquello era un gran presagio de los dioses; los guerreros salían de sus tiendas, llenos de angustia; muchos temían haber enfurecido a los dioses; otros recordaban que cuando Jerjes salió a conquistar la Gran Grecia sus magos interpretaron el eclipse de sol que el rey persa vió en Sardes diciendo que el sol era el astro de los helenos y la luna el de los persas; ahora, los dioses oscurecían el astro de los persas, claro indicio de su próxima catástrofe. El adivino Aristandro interpretó aquel presagio al mismo rey, diciéndole que era favorable para él y que no pasaría el mes sin que se produjese la batalla. Luego, Alejandro sacrificó a la luna, al sol y a la tierra, y los signos del sacrificio presagiaron también su victoria. Al amanecer, el ejército púsose en marcha, al encuentro de las tropas persas.

## BATALLA DE GAUGAMELA

El ejército macedonio siguió avanzando hacia el sur, teniendo a su izquierda las estribaciones de los montes Gordienos y a su derecha la corriente impetuosa del Tigris, sin topar ni con rastro de enemigo. Por fin, el día 24 la vanguardia anunció que se veía caballería enemiga a campo raso, sin que pudiera saberse en qué cantidad. El ejército se ordenó rápidamente y avanzó ya en orden de batalla. Poco después recibiéronse nuevos informes: el número de enemigos podía calcularse en unos mil caballos. Alejandro ordenó montar a la ila real y a otra ila de "hetairos" y de la caballería ligera (los tiradores), a los peonios y salió al galope con ellos al encuentro del enemigo, ordenando que el resto de su ejército avanzara lentamente tras él. Tan pronto como los persas le vieron venir a todo correr, huyeron a rienda desplegada; Alejandro corrió tras ellos, la mayoría de los jinetes enemigos lograron escapar, pero algunos fueron despedidos por sus caballos y acuchillados o hechos prisioneros. Llevados ante Alejandro, declararon que Darío se encontraba con sus tropas no muy al sur, cerca de Gaugamela, junto al río Bumodos, en un terreno llano en todas direcciones; que su ejército ascendería probablemente a un millón de hombres y más de cuarenta mil caballos y que a ellos les habían enviado a explorar, al mando de Maceo. Alejandro ordenó inmediatamente a sus tropas que hiciesen alto; en el lugar más favorable se levantó un campo cuidadosamente atrincherado; teniendo tan cerca a un enemigo cuya superioridad numérica era tan arrolladora, toda precaución resultaba poca; cuatro días de descanso concedidos a la tropa bastaron para prepararlo todo con vistas a la batalla decisiva.

Como durante todo este tiempo no volvió a presentarse ninguna fuerza enemiga, era de suponer que Darío se hallaría emplazado en una posición favorable

para sus fuerzas y que no estaba dispuesto a dejarse arrastrar como en Isos, por la tardanza del enemigo y su propia impaciencia, a un terreno desfavorable. Por tanto, Alejandro decidió ir a su encuentro. Todo el bagaje inútil y las gentes no aptas para la lucha se quedaron en el campamento, de donde el ejército partió en la noche del 29 al 30 de septiembre, como a la hora de la segunda guardia. Hacia el amanecer, las tropas llegaron a las últimas colinas; estaban a unos sesenta estadios de distancia del enemigo, pero los cerros delanteros lo ocultaban a la vista. Treinta estadios más allá, cuando su ejército había cruzado aquellos cerros, Alejandro vió en la vasta llanura, como a una hora de distancia, las oscuras masas de las líneas enemigas. Mandó a sus columnas hacer alto, convocó a los amigos, a los estrategas, a los ilarcas y a los jefes de las tropas aliadas y de los mercenarios para pedirles su parecer sobre si se debía atacar inmediatamente o acampar y atrincherarse en aquel sitio, para reconocer previamente el campo de batalla. La mayoría fué de opinión de que se lanzase inmediatamente contra el enemigo a sus tropas, que ardían en deseos de pelear; Parmenión, en cambio, aconsejó el camino de la prudencia: dijo que las tropas estaban fatigadas por la marcha y que los persas, que llevaban tanto tiempo emplazados en aquella posición favorable no habrían perdido ocasión para prepararla a su favor por todos los medios posibles; ¡quién sabe si incluso habrían llenado el campo de batalla de empalizadas o de trincheras secretas; las reglas estratégicas exigían orientarse y acampar antes de dar la batalla. La opinión del viejo general acabó imponiéndose; Alejandro ordenó que las tropas acampasen en las colinas a la vista del enemigo (cerca de Bertela) en el mismo orden en que habrían de lanzarse al combate. Esto ocurría el 30 de septiembre, por la mañana.

Por su parte, Darío, aunque llevaba ya largo tiempo esperando la llegada de los macedonios y había hecho retirar de la vasta llanura todos los obstáculos que pudieran entorpecer los ataques en tromba de sus escuadrones de caballería o la marcha de sus carros armados de hoces, hasta los arbustos y las pequeñas colinas de arena, sentíase bastante inquieto ante la noticia de la proximidad de Alejandro y de la rapidísima retirada de sus puestos avanzados al mando de Maceo; sin embargo, ante las orgullosas seguridades que le daban sus sátrapas, no importunados ahora por las amonestaciones de ningún extranjero, ante las filas interminables de su ejército, que ahora ningún Caridemo ni ningún Amintas se atrevía a menospreciar para dar la preferencia a aquel puñado de macedonios que aguardaba en las colinas, y finalmente ante la voz del propio deseo, que tanto gusta de considerar su ceguera como prudencia llena de fuerza y de escuchar las palabras de halago de los aduladores con preferencia a las serias y amargas advertencias de un pasado harto próximo, el rey de los persas no tardó en aquietarse y en recobrar la confianza en sí mismo. A sus grandes no les fué difícil convencerlo de que en Isos no había sido derrotado precisamente por el enemigo, sino por la falta de espacio para mover sus fuerzas; ahora disponía de campo sobrado para la combatividad de sus cientos de miles de hombres, para las hoces de sus carros de guerra y para sus elefantes indios; había llegado, por fin, la

hora de hacer ver al macedonio de lo que era capaz el ejército imperial de los persas. En la mañana del 30 se vió cómo en la cadena de colinas del norte se movía el ejército macedonio y cómo avanzaba en orden de batalla. Todo el mundo esperaba que se lanzase inmediatamente al ataque; los pueblos persas formáronse también en orden de combate a lo largo y a lo ancho de la extensa llanura.

Pero no se produjo ningún ataque; vióse cómo acampaba el enemigo; sólo un escuadrón de caballería, mezclado con algunos contingentes de infantería ligera, bajó de las colinas a la llanura y, sin acercarse a la línea de los persas, se retiró de nuevo al campamento. Caía la noche; ¿acaso maquinaba el enemigo desencadenar un ataque nocturno? El campamento persa, carente de murallas y trincheras, no habría ofrecido protección en caso de asalto; los pueblos persas recibieron órdenes de permanecer toda la noche sobre las armas y en orden de batalla, con los caballos ensillados junto a los vivaques. El propio Darío cabalgó durante la noche a lo largo de las líneas, para animar a las tropas con su rostro y su saludo. En la extrema ala izquierda aparecían los pueblos de Bessos, los bactrianos, los daos y los sogdianos; delante de ellos cien carros de guerra con hoces, y a su izquierda, destinados a cubrir su flanco, mil jinetes bactrianos y los escitas masagetas, hombres y caballos provistos de coraza. A la derecha de los de Bessos seguían los arajosios y los parapanísados; en seguida venía una masa de persas en que se entremezclaban la caballería y la infantería, y luego las tropas de Susa y de Cadusio, incorporadas al centro de las líneas. El centro se hallaba formado, en primer lugar, por los contingentes persas más nobles, por los llamados parientes del rey y por la guardia real de los portadores de la manzana; a ambos lados, los mercenarios helénicos que aún se hallaban al servicio del rey; formaban también parte del centro los indios con sus elefantes, los llamados carios, descendientes de los deportados en otro tiempo a las satrapías del Asia alta, y los arqueros mardos; delante de ellos, cincuenta carros de guerra con hoces. Para reforzar el centro, que tan pronto había sido roto por el enemigo en la batalla del Pinaro, habíanse colocado detrás de él los uxios, los babilonios, los pueblos de las costas del Golfo Pérsico y los sitacios: así reforzado, con dos y hasta con tres cinturones de tropas, el centro parecía ser ahora lo bastante resistente para llevar al rey en medio. En el ala izquierda ocupaban sus puestos al lado de los mardios, que eran los primeros, los albanos y los sacasenios; luego venían Fratafernes con sus partos, hircanos, tapurios y sacios y Atrópates con las tropas medas; tras ellos, las gentes de las dos Sirias y finalmente, en la extrema ala izquierda, la caballería capadocia y armenia, con cincuenta carros de guerra con hoces por delante.

La noche transcurrió en calma. Alejandro, cuando hubo regresado de reconocer el campo de batalla con su escuadrón de caballería macedonia y sus tropas de infantería ligera, reunió a sus guerreros y les anunció que se proponía atacar al enemigo al día siguiente. Díjoles que conocía su bravura y la de sus tropas, probada ya en más de una batalla; que tal vez sería necesario más bien

frenarla que espolearla; que recordasen a sus hombres la conveniencia de acercarse silenciosamente, para lanzar los gritos de combate con mayor furia al desencadenar el ataque y que ellos mismos deberían poner especial cuidado en percibir rápidamente sus señales y en ejecutarlas sin demora, para que todos los movimientos se efectuásen con premura y con toda precisión; podían estar seguros de que la victoria, en aquella gran batalla, dependía del comportamiento de cada uno de ellos; ahora lo que se ventilaba no era ya la Siria ni el Egipto, sino todo el oriente; allí se decidiría quién habría de gobernarlo. Sus oficiales le contestaron con vivas y exclamaciones entusiastas; el rey los despidió y ordenó que las tropas comiesen y se retirasen a descansar. Alejandro estaba en su tienda acompañado por algunos de sus íntimos cuando, según se cuenta, entró en ella Parmenión a informar, no sin mostrar cierta preocupación, de la multitud interminable de vivaques que se veían en el campamento persa y del sordo rumor que resonaba a través de la noche, como si viniese de un mar humano: la superioridad de las fuerzas enemigas, dijo Parmenión, era demasiado grande para poder medirse con ellas en pleno día y en combate abierto; él aconsejaba que se las atacase entonces mismo, de noche, pues las sombras de ésta y sus terrores se encargarían de aumentar la imprevisión y el desconcierto producido por el asalto. Alejandro contestó, según reza la tradición, que no era su designio robar la victoria, sino ganarla. Dícese que, poco después de esto, se tendió a descansar y que durmió tranquilamente el resto de la noche; ya había amanecido y todo estaba preparado para ponerse en marcha, sin que faltase más que el rey; por fin, el viejo Parmenión, ya impaciente, decidióse a entrar en su tienda y le llamó tres veces por su nombre, hasta que por último Alejandro, saliendo de su profundo sueño, se puso en pie y se armó rápidamente.

En la mañana del 1º de octubre, el ejército macedonio abandonó su campamento en las colinas, quedando algunas tropas de infantería tracia a cargo de la impedimenta. Poco después, avanzaba por la llanura en orden de batalla. En el centro de las seis taxis de la falange, llevando a su derecha a los hipaspistas y un poco más allá a las ocho ilas de la caballería macedonia; a la izquierda de la falange, el regimiento de Crátero; a continuación, los jinetes de los aliados helénicos y después la caballería tesaliense. Mandaba el ala izquierda Parmenión, que formaba la punta del ala con la ila de Farsalia, la unidad más fuerte de la caballería tesaliense. En la punta del ala izquierda, con la que Alejandro se proponía atacar, marchaban la ila real con una parte de los agrianos y de los arqueros, y Balacro con los acontistas.

Como, dada la inmensa superioridad numérica del enemigo, era inevitable que las alas de éste envolvieran a las fuerzas de Alejandro y, sin embargo, sólo debían restarse al golpe demoledor de la ofensiva, que había de decidir la batalla, las fuerzas estrictamente necesarias para cubrir la retaguardia y los flancos de la línea atacante, Alejandro mandó formar detrás de las alas de su línea, a derecha e izquierda, un segundo cordón, el cual, si el enemigo amenazaba a la línea por detrás, daría media vuelta y formaría así un segundo frente, mientras que si

aquél se abalanzaba contra el flanco, con un cuarto de vuelta se uniría a la línea en forma de ángulo. Como reserva del ala izquierda, avanzaban la infantería tracia, una parte de los jinetes aliados al mando de Coirano, la caballería odrisia al mando de Agatón y, en la extrema izquierda, los jinetes mercenarios, mandados por Andrómaco; en el ala derecha, Cleandro con los antiguos mercenarios, la mitad de los arqueros al mando de Brisón, los agrianos conducidos por Atalo, Aretes con los sarissóforos y Aristón con la caballería peonia; en el ala derecha ocupaban su puesto, al mando de Ménidas, los jinetes helénicos últimamente reclutados, que habrían de demostrar hoy de lo que eran capaces, en uno de los puntos más peligrosos.

Los ejércitos empezaron a avanzar. Alejandro, con la caballería macedonia y el ala derecha de sus tropas, enfrentábase al centro del enemigo, a los elefantes de los hindúes, al núcleo del ejército persa y a una doble línea de batalla, rebasado por toda el ala izquierda del ejército de Darío. Hizo que el flanco derecho de sus tropas avanzase en correcta formación, un destacamento tras otro, primero la ila de Clito y las tropas ligeras que marchaban a su diestra, luego la segunda ila, en seguida la tercera, los hipaspistas, etc.; estos movimientos fueron ejecutados en medio del mayor silencio y con el mayor orden, mientras el enemigo, embarazado por sus grandes masas, intentaba llevar a cabo, no sin bastante desconcierto, una contramaniobra de su flanco izquierdo. Su línea seguía rebasando considerablemente la de los macedonios y los jinetes escitas de la extrema ala izquierda trotaban ya al ataque contra las tropas ligeras del flanco de Alejandro, estaban ya muy cerca de ellas. Alejandro, sin dejarse impresionar por esta maniobra, siguió desarrollando su movimiento de avance sobre la derecha; un poco más, y habría logrado rebasar el terreno preparado especialmente para el empleo de los carros de guerra con hoces. El rey persa había puesto grandes esperanzas en la acción destructora de estos artefactos, y había apostado aquí cien de ellos; ordenó a los jinetes escitas y a los mil hombres de la caballería bactriana que envolvieran el ala enemiga e impidieran con ello que las tropas de Alejandro prosiguieran su avance. Alejandro ve impasible cómo descarga el golpe sobre la caballería helénica de Ménidas; estos jinetes son pocos y resultan arrollados. Los movimientos de la línea principal requieren aquí una resistencia lo más sólida posible; los jinetes peonios, al mando de Aristón, son enviados en socorro de la caballería de Ménidas; unos y otros cargan con tal violencia que los escitas y los mil bactrianos no tienen más remedio que retroceder. Pero ya la gran masa de los otros jinetes bactrianos rebasa como una tromba el ala de Alejandro, las fuerzas que habían sido rechazadas se rehacen y una avalancha de tropas de a pie y de a caballo se lanza sobre Aristón y Ménidas; el encuentro es durísimo; los escitas, hombre y caballo revestidos de coraza, arremeten contra los peonios y los veteranos, derribando a muchos; pero éstos no retroceden, van resistiendo a la embestida ila tras ila y rechazan, por el momento, el ataque de un enemigo tan superior en número.

Entre tanto, el frente macedonio ha seguido avanzando en línea diagonal; ahora, las ilas macedonias y los hipaspistas se hallan en frente de los cien carros de guerra del ala izquierda; de pronto éstos se ponen en marcha y se lanzan contra la línea enemiga, con intención de romperla. Pero los agrianos y los arqueros los reciben entre un griterío ensordecedor y bajo una granizada de dardos, piedras y jabalinas; muchos de los carros son detenidos allí mismo, agarrando de las riendas a los caballos, cortando las correas y derribando al suelo a quienes los conducen; los demás, que corren hacia los hipaspistas, se estrellan contra una muralla de escudos y un campo de picas erizadas o pasan a toda velocidad por las brechas que abren las tropas, sin que nadie los toque y sin hacer daño a nadie, para caer detrás de las líneas en manos de los caballerizos que allí los aguardan.

Ahora, toda la línea de masas del ejército persa, que hasta aquí había ido desplazándose hacia la izquierda, empieza a avanzar como para lanzarse al ataque, mientras que en el flanco de Alejandro los jinetes de Aristón y Ménidas sostienen a duras penas el enconado combate de caballería. En este momento, hallándose tal vez al alcance de los dardos del enemigo, Alejandro ordena avanzar a ritmo más rápido y, al mismo tiempo, que Aretas acuda con sus sarissóforos —la última caballería de su segundo cordón— en ayuda de los jinetes de Ménidas y Aristón, que se hallan en situación muy apurada. Al observarse este movimiento en las líneas de los persas, las masas de caballería más próximas del ala corren al galope en ayuda de los bactrianos, abriéndose así una brecha en su ala izquierda. Ha llegado el momento que Alejandro esperaba. Da la señal para lanzarse al ataque, que él mismo encabeza a todo galope, al frente de la ila de Clito, mientras las otras ilas y los hipaspistas siguen entre ¡alalás! y a paso de carga. Este ataque en forma de cuña pone en completa dispersión a la línea enemiga. Ya están allí las primeras falanges, con Coino y Pérdicas al frente, lanzándose pica en ristre sobre las masas de los susianos, los cadusios y las tropas que rodean el carro de Darío y haciendo entre ellas una verdadera carnicería. Ya no hay quien contenga el pánico y la desbandada. Darío, con el enfurecido enemigo al alcance de la mano, en medio del desconcierto más súbito, más salvaje y más ruidoso, perplejo e impotente ante el peligro que se cierne sobre su persona y que siente crecer por momentos, lo da todo por perdido y se da a la fuga. Tras breve y valerosa resistencia, los persas corren a proteger la evasión de su rey. La huída y el desconcierto arrastran también a las tropas de la segunda línea. El centro del enemigo ha sido aplastado.

La enorme violencia con que Aretas ha irrumpido en las masas enemigas ha decidido, al mismo tiempo, la batalla en la retaguardia de la línea; los jinetes escitas, bactrianos, persas, perseguidos de un modo violentísimo por los sarissóforos y por la caballería helénica y peonia, se ponen también a salvo. El ala izquierda de los persas ha sido liquidada.

No ocurrió así con el ala derecha. Las tropas pesadas de Alejandro sólo con gran esfuerzo pudieron seguir los rápidos movimientos del ataque y no pudieron guardar su formación compacta; se abrió una brecha entre la última taxis,

que era la de Crátero, y la que la seguía a su derecha, mandada por Simías; éste ordenó hacer alto, en vista de que Crátero y toda el ala de Parmenión se hallaban en grave peligro. Una parte de los indios y de la caballería persa del centro enemigo aprovechó rápidamente aquella brecha abierta en las filas macedonias y, sin que el segundo cordón de tropas le cerrase el paso, se lanzó sobre el campamento de Alejandro; los pocos tracios que lo guardaban, mal armados y no prevenidos contra un ataque, luchaban para contener a duras penas a los atacantes en las puertas del campamento; de pronto logran evadirse los prisioneros y caen sobre las espaldas de los defensores, en pleno combate; los tracios son arrollados y los bárbaros, dando gritos de júbilo, se arrojan sobre el campamento, dando rienda suelta a su sed de matanza y de robo. Tan pronto como los mandos de la segunda línea de la izquierda, Sitalces, Coirano, el odrisio Agatón y Andrómaco, se percatan de lo que ocurre, dan media vuelta, llevan a sus tropas con la mayor rapidez posible al campamento, se abalanzán sobre el enemigo, entregado ya al saqueo, y logran dominarlo tras breve combate; muchos bárbaros son abatidos y los demás se retiran en desorden y vuelven al campo de batalla, para estrellarse contra las ilas macedonias.

Parmenión —al ver que, al mismo tiempo que el enemigo rompía sus líneas, los demás contingentes hindúes y persas, entre ellos jinetes partos, cogían de flanco a la caballería tesaliense— envió a Alejandro un mensaje diciéndole que se hallaba en grave peligro y que si no recibía refuerzos, todo se habría perdido. Dicen que la respuesta del rey fué esta: Parmenión está loco si espera que nadie le ayude en estos momentos; que se las arregle como pueda y que venza o perezca con la espada en la mano. Sin embargo, Alejandro, que había comenzado ya a perseguir al enemigo, suspende la persecución para prestar la ayuda que se le pedía; corre hacia el ala derecha de los persas con todas las tropas que puede reunir. Choca ante todo con los contingentes de persas, hindúes y partos que venían rechazados del campamento y que se concentran rápidamente para recibirle en formación cerrada. Se empeña un combate de caballería de una violencia espantosa y que permanece indeciso por largo tiempo; pelean hombre contra hombre, los persas por su vida; perecen allí como sesenta "hetairos" y caen gravemente heridos otros muchos, entre ellos Efestión y Ménidas; por último, los macedonios arrancan también la victoria en este sector y los enemigos que logran salvarse y abrirse paso se dan inmediatamente a la fuga.

Antes de que Alejandro, luchando de este modo, consiguiese llegar hasta el ala derecha de los persas, ya la caballería tesaliense, a pesar de lo duramente acosada que se hallaba por Maceo, había logrado reanudar el combate y rechazar a las masas de jinetes capadocios, medos y sirios; cuando Alejandro llegó allí, los tesalienses estaban ya en la fase de la persecución del enemigo. En vista de que ya no tenía nada que hacer allí, Alejandro volvió atrás al galope, cruzando el campo de batalla en la dirección que parecía haber seguido el gran rey; lo persiguió mientras fué de día. Mientras Parmenión se apoderaba del campamento enemigo en las orillas del Bumodos, de los elefantes y camellos, de los carros y

acémilas y del inmenso bagaje de los persas, Alejandro llegó hasta el río Licos, a cuatro horas de distancia del campo de batalla. Encontró allí un caos espantoso de enemigos que huían; las primeras sombras del anochecer, la matanza, que había vuelto a arreciar, el derrumbamiento de los puentes sobre el río, bajo el peso de la avalancha que pretendía cruzarlo, acentuaban el horror de aquellas escenas; el miedo no tardó en dejar el camino libre a los perseguidores del rey, pero Alejandro hubo de dejar descansar unas horas a caballos y jinetes, agotados por los esfuerzos de la terrible jornada. Como a media noche, cuando la luna estaba ya alta, Alejandro y su patrulla de persecución pusiéronse de nuevo en camino hacia Arbela, donde esperaban encontrar a Darío y a sus tesoros. Llegaron a aquella plaza durante el día, pero Darío ya no estaba allí; cayeron en manos de Alejandro, en cambio, sus tesoros, su carro, su arco y su escudo, los objetos de campaña de sus grandes y un enorme botín.

Esta gran victoria lograda en los llanos de Gaugamela* sólo costó a la caballería macedonia, según Arriano, sesenta muertos; perecieron en ella más de 1,000 caballos, la mitad de ellos macedonios; según los cálculos más altos, los macedonios perdieron 500 hombres, cifras verdaderamente insignificantes al lado de las pérdidas del enemigo, calculadas en 30,000 y hasta en 90,000 hombres; para comprender esta enorme desproporción, hay que tener en cuenta dos cosas: en primer lugar, que dado el excelente armamento de los macedonios, eran pocos los que caían mortalmente heridos en el combate; y, en segundo lugar, que la verdadera carnicería empezaba en el momento de la persecución, cuando el enemigo se daba a la fuga. Todas las batallas, no sólo las de la Antigüedad, demuestran que las pérdidas del enemigo que huye son incomparablemente mayores que las de las tropas combatientes.

Esta batalla dió al traste con el poder de Darío. Sólo logró rehacerse y reagruparse una parte muy pequeña de su ejército destrozado: unos cuantos miles de jinetes bactrianos, los restos de los mercenarios helénicos, como unos 2,000 hombres al mando del etolio Glaucias y del focense Patrón, los melóforos y tropas afines, en total un pequeño ejército de unos 3,000 hombres de a caballo y 3,000 de a pie. Darío, al frente de estas fuerzas en derrota, huyó sin detenerse un momento en dirección nordeste, por los pasos de la Media, hacia Ecbatana. Allí confiaba en estar, al menos por el momento, a salvo del temible enemigo y esperaría hasta ver si Alejandro, satisfecho con las riquezas de Susa y Babilonia, le dejaba seguir en posesión de las tierras de la antigua Persia, separadas por poderosas cadenas de montañas de las tierras bajas del Aram. Si, a pesar de todo, el insaciable conquistador se atrevía a subir hasta la alta ciudadela del Irán, el plan del gran rey era huir por las estribaciones septentrionales de la altiplanicie, devastándolo todo a lo largo y a lo ancho, hasta Bactra, último refugio de su imperio, tan vasto en otro tiempo.

Otros 25,000 hombres —según algunos, 40,000— procedentes del gran ejército en derrota, huyeron hacia el sur, en dirección de Susa y de Persia y, bajo el

* Véase nota 9, al final.

mando del sátrapa persa Ariobarzanes, hijo de Farnabazo, ocuparon los pasos persas y se atrincheraron cuidadosamente en ellos. Si el imperio persa podía salvarse todavía en alguna parte, era precisamente allí; y tal vez se habría salvado aún si Darío, por buscar el camino más corto en su huída hacia las estribaciones septentrionales del Irán, no hubiese abandonado las satrapías del sur a su propia suerte y a la lealtad de los sátrapas. Y no todos ellos estaban, ni mucho menos, animados por los mismos sentimientos de lucha que Ariobarzanes; en aquella situación tan tentadora como difícil en que se encontraban, la mayoría de ellos olvidaban de buen grado al soberano en fuga para confiarse a la esperanza de llegar a obtener una independencia anhelada tal vez desde hacía mucho tiempo, o de ganar con su sumisión voluntaria al magnánimo vencedor más de lo que perdían con la huída de su rey. Los mismos pueblos que si Darío se hubiese decidido a luchar por su monarquía en las puertas mismas de Persia, se habrían ido concentrando de nuevo alrededor de su rey para afrontar la nueva batalla y habrían defendido tal vez con éxito la frontera natural de su país, que tantas veces se ha hecho fuerte a lo largo de la historia, aquellos pueblos de jinetes y de guerreros, algunos de los cuales sólo fueron reducidos por Alejandro tarde y con gran esfuerzo, mientras que a otros no se atrevió a atacarlos jamás, quedaron confiados a sí mismos por la huída de Darío y situados en puestos perdidos, sin que su bravura aprovechara en lo más mínimo a la causa del rey. De este modo, la victoria de Gaugamela, por el inconcebible desconcierto en que iba hundiéndose cada vez más Darío, en su afán de salvar lo poco que aún pudiera salvarse, fué creciendo en sus efectos como una avalancha y arrastrando tras ella hasta los últimos restos del poder persa.

### ALEJANDRO EN BABILONIA

Alejandro no siguió al gran rey en su huída por los desfiladeros de las montañas, ni salió tampoco en persecución de los que huían por el camino hacia Susa. Por las estribaciones de las montañas que circundan el Irán, buscó el camino de Babilonia, la reina de las vastas tierras bajas arameas y capital del imperio persa desde la época de Histaspis, padre de Darío; la posesión de esta ciudad, famosa en el mundo, era el premio más importante de la victoria de Gaugamela. Alejandro esperaba encontrar alguna resistencia; sabía cuán enormes eran las "murallas de Semíramis", qué red tan grande de canales las rodeaba, cuánto tiempo había resistido la ciudad el sitio de Ciro y el de Darío. Supo que Maceo, el que más tiempo y con mayor fortuna había peleado en Gaugamela, había salido con algunas tropas para Babilonia; era de temer que se repitiesen allí, en el interior de Persia, las escenas de Halicarnaso y Tiro. Alejandro, al írse acercando a la ciudad, ordenó que su ejército avanzase en orden de batalla; pero las puertas de la ciudad abriéronse de par en par ante él y salieron a su encuentro los babilonios, con coronas de flores y ricos regalos, los caldeos, los hombres más viejos de la ciudad, con los funcionarios persas a la cabeza; Maceo entregó la

ciudad, la ciudadela y los tesoros, y el rey de occidente entró sin el menor estorbo en la sede de Semíramis.

Una vez en Babilonia, Alejandro concedió a sus tropas un largo y merecido descanso. Era la primera gran ciudad verdaderamente oriental que veían; inmensa por su extensión y llena de las más asombrosas construcciones: las gigantescas murallas y los pensiles de Semíramis, la torre de Belo, en forma de dado, contra cuyas recias paredes se decía que había querido estrellarse Jerjes, loco de rabia por la vergüenza de Salamina; la muchedumbre interminable de gentes que afluían allí desde Arabia y Armenia, desde Persia y Siria, el esplendor y la sensualidad de la vida de aquella ciudad, el cambio incesante de la voluptuosidad más refinada y de los placeres más escogidos: todos aquellos encantos verdaderamente legendarios y capaces de aturdir los sentidos con el vértigo oriental aguardaban allí a los hijos de occidente, como premio a tantas fatigas y victorias. El vigoroso macedonio, el salvaje tracio, el griego de sangre ardorosa, podían beber allí a grandes tragos el goce de triunfar y de vivir, tenderse sobre tapices mullidos y perfumados, celebrar sus festines babilonios entre cánticos jubilosos y cálices de oro, mientras su ansia desbordante hacía crecer el goce, los nuevos goces atizaban los ardientes deseos y unos y otros encendían en ellos la sed abrasadora de nuevas hazañas y nuevas victorias. Así comenzó el ejército de Alejandro a aficionarse a la vida asiática y a reconciliarse y fundirse con aquellos a quienes los prejuicios seculares odiaban, despreciaban y tildaban de bárbaros; así empezaron a entrelazarse el oriente y el occidente, preparando un porvenir en el que ambos se unirían y confundirían.

Llamémoslo como queramos: conciencia clara, afortunada casualidad o consecuencia necesaria de las circunstancias, lo cierto es que Alejandro acertó en las medidas dictadas por él, escogiendo las únicas posibles y las certeras. Aquí, en Babilonia, las fuerzas nacionales eran más poderosas, más naturales y más completas a su modo que en ninguno de los países dominados hasta entonces; el Asia Menor hallábase mucho más cerca de la vida helénica, el Egipto y Siria eran asequibles a esa vida y se comunicaban con ella por medio del mar común, en Fenicia las costumbres griegas habíanse introducido desde hacía ya mucho tiempo en las casas de los comerciantes ricos y de muchos príncipes, y en el país del delta del Nilo estas costumbres eran conocidas y habíanse aclimatado ya desde el tiempo de los Faraones, gracias a las colonias griegas, la vecindad de la Cirenaica y las múltiples relaciones que los egipcios mantenían con los estados de la Hélade; en cambio, Babilonia se hallaba al margen de todo contacto con el occidente, tierra adentro y encerrada entre los dos ríos del Aram, país que tanto por la naturaleza como por el comercio, las costumbres, la religión y la historia de muchos siglos, apuntaba más bien hacia la India y la Arabia que hacia Europa. Los babilonios seguían viviendo en medio de una cultura antiquísima, seguían escribiendo, como desde hacía siglos y siglos, en rasgos cuneiformes sobre placas de barro, seguían observando y calculando el curso de los astros, contaban y medían con arreglo a un sistema métrico consumado, seguían siendo los maestros

todavía insuperados en todo lo tocante a la cultura técnica. Esta era la vida exótica, abigarrada, cerrada dentro de sí misma a que ahora se incorporaban los primeros elementos helénicos, insignificantes al lado de la inmensa masa de lo indígena y superiores a ella solamente por su capacidad para adaptarse.

Pero había, además, otra cosa. No cabía duda de que el poder persa había sido derrotado en el campo de batalla; pero ello no quería decir, ni mucho menos, que hubiese quedado destruído, exterminado. Si Alejandro sólo se proponía reinar como macedonio y heleno en lugar del gran rey, había ido ya demasiado allá al traspasar las fronteras de la vecindad occidental, al prolongar su conquista hasta el otro lado del desierto sirio. Si lo que se proponía era, simplemente, hacer que los pueblos de Asia cambiasen el nombre de la servidumbre a que vivían sujetos, hacerles sentir la opresión para ellos más dura y más humillante de una cultura espiritual superior o, por lo menos, más audaz, apenas si en el momento fugaz de la victoria habría podido sentirse seguro de su obediencia, y una explosión de ira de la masa popular, una epidemia, un éxito dudoso habrían bastado para echar por tierra la quimera de una conquista basada en el egoísmo. El poder de Alejandro, incomparablemente pequeño en relación con la masa de los territorios y los pueblos asiáticos, tenía que encontrar su justificación en los beneficios que aportase a los vencidos, tenía que encontrar en el sentimiento de éstos su punto de apoyo y su porvenir; tenía que basarse necesariamente en el reconocimiento de todo lo que había de nacional en las costumbres, en las leyes y en la religión de aquellos pueblos, siempre y cuando que fuese compatible con la existencia del imperio que Alejandro se proponía crear. Si hasta entonces los persas habían vivido bajo la opresión, dejándose llevar de su indolencia y su incuria, en una situación de hecho, pero no de derecho, en lo sucesivo habrían de vivir de un modo libre, manteniendo libremente y con propia capacidad creadora sus características nacionales, para poder entrelazarse y fundirse libremente y a base de ellas con la vida helénica. ¿Acaso no había sido esa la trayectoria que había seguido, desde hacía varios siglos, el maravilloso desarrollo colonial de los helenos? ¿No había sido, lo mismo entre los escitas de la Táurida que entre los africanos de la Sirte, lo mismo en Cilicia que en las tierras celtas de la desembocadura del Ródano, su proverbial talento para comprender y reconocer lo peculiar del extranjero, para entenderse y fundirse con ello, lo que había creado aquella multitud de formas nuevas y llenas de vida, que, en un plano de helenización, habían sabido potenciar más y más, en cuanto a extensión y a intensidad, la esencia misma de lo helénico? Que las ideas de Alejandro se habían orientado siempre en esta dirección lo demuestra el hecho de que, lo mismo en Menfis que en Tiro y en Jerusalén, se había ajustado a las costumbres y a los ritos del país para celebrar sus fiestas, y otro tanto hizo ahora en Babilonia, al ordenar que fuesen adornados de nuevo los santuarios saqueados en otro tiempo por Jerjes, que se restaurara la torre de Belo y que volviera a rendirse culto a los dioses babilonios, libremente y con todo fasto, como en los tiempos de Nabucodonosor. Así iba atrayéndose a los pueblos, a la par que los restituía a sí mismos

y a su propia vida nacional; así iba capacitándolos para entrar a formar parte, de un modo activo y directo, de la gran cohesión del imperio que proyectaba levantar, un imperio en que las diferencias de oriente y occidente, de helenos y bárbaros, que hasta entonces venían dominando la historia, desaparecerían dentro de la gran unidad de una monarquía universal.

¿Pero cómo había de organizarse y administrarse aquel imperio, cómo había de realizarse, en el terreno de las formas políticas y militares, la idea que daba la pauta en lo civil y en lo eclesiástico? Si en lo sucesivo las satrapías, los cargos palatinos, los puestos de los grandes del imperio, los mandos del ejército, habían de estar desempeñados exclusivamente por macedonios y helenos, aquella unificación no pasaría de ser una ficción o una idea ilusoria, la nacionalidad no se reconocería, sino que se toleraría sencillamente, el pasado sólo estaría unido al porvenir por el infortunio y los recuerdos dolorosos, y en vez de la dominación asiática, que, por lo menos, había brotado en aquellas mismas tierras, se impondría al Asia un yugo extranjero, antinatural y doblemente duro.

La respuesta a estas preguntas señala la catástrofe de la vida heroica de Alejandro; es el gusano que roe la raíz de su grandeza, la fatalidad de sus victorias, que acaba venciéndole.

Mientras que el rey de Persia anda errante por los últimos caminos de su huída, Alejandro empieza a revestirse con el esplendor de la monarquía persa, a congregar en torno suyo a los grandes del imperio, a reconciliarse con el nombre al que había combatido y humillado, a incorporar a la nobleza macedonia una nobleza oriental.

Ya desde el otoño del 334 ocupaba puestos y gozaba de honores junto a él Mitrines de Sardes, lo mismo que más tarde, desde la caída de Tiro y de Gaza, Masaces y Aminaces de Egipto. La jornada de Gaugamela echó por tierra el orgullo y la confianza en sí mismos de los príncipes persas, les enseñó a ver las cosas con otros ojos a como las habían visto hasta entonces. Los tránsfugas van en aumento, sobre todo a partir del momento en que es conferida a Mitrines la satrapía de Armenia, tenida como siempre en alta consideración, y en que Maceo, que luchó contra Alejandro tan valientemente como el que más, fué investido con la rica satrapía de Babilonia. La nobleza persa, por lo menos una buena parte de ella, da por perdida la causa del Aqueménida huído de su país y se pasa al campo del vencedor.

Como es lógico, Alejandro recibe con los brazos abiertos, no habiendo razones poderosas en contra, a los que se pasan a él. Pero también es lógico que, cuando confiere a un persa una satrapía o le deja al frente de la que gobierna, ponga a su lado tropas macedonias o entregue el mando de las fuerzas armadas a un macedonio; y lo es también que desglose las finanzas de las satrapías del radio de atribuciones del sátrapa y ponga la cobranza de los tributos en manos de macedonios.

Tal es lo que hace ahora en la satrapía babilonia. Asclepiodoro es designado para percibir los tributos, al lado del sátrapa Maceo; en la ciudad de Babilonia se

acantona una fuerte guarnición, instalada en la ciudadela y mandada por Agatón, hermano de Parmenión, nombrándose a Apolodoro de Anfípolis estratega de las tropas que se dejan al lado del sátrapa; además, Meno, uno de los siete somatofílaces, es nombrado hiparca para Siria, Fenicia y Cilicia y se ponen bajo sus órdenes las tropas necesarias para asegurar las comunicaciones entre Babilonia y la costa y los transportes entre el oriente y Europa, y viceversa, institución que hacía doblemente necesaria la rapacidad de las tribus de beduínos que poblaban el desierto. El primer transporte estaba formado por unos tres mil talentos de plata, una parte de los cuales se destinaban a Antipáter para que pudiera librar con toda energía la guerra contra Esparta, iniciada precisamente ahora, y el resto a reclutar la mayor cantidad posible de tropas para el gran ejército.

## OCUPACIÓN DE SUSA

Durante los treinta días que duró aproximadamente la estancia en Babilonia, se logró ganar por vía pacífica la ciudad de Susa, residencia de la corte y centro de los tesoros del rey. Ya desde Arbela había mandado Alejandro por delante a Filóxeno, mandando al parecer un cuerpo de tropa ligera, para que se apoderase de la ciudad y de los tesoros reales; estando en Babilonia, fué informado de que Susa se había entregado sin lucha, de que los tesoros estaban a salvo y de que el sátrapa Abulites se encomendaba a la gracia de Alejandro. Este llegó a Susa veinte días después de salir de Babilonia; tomó inmediatamente posesión de los fabulosos tesoros acumulados desde los tiempos de los primeros reyes de Persia en la alta ciudadela, el Menonión císico de los poetas griegos; solamente en oro y plata se encontraron allí cincuenta mil talentos, y además unas cantidades enormes de púrpura, de sustancias olorosas, piedras preciosas, todo el riquísimo ajuar de la más fastuosa de las cortes y numerosos objetos traídos de Grecia, como botín, por las tropas de Jerjes, entre ellos las estatuas de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, que Alejandro devolvió a los atenienses.

Mientras el ejército permanecía en Susa y en las orillas del Choaspes, llegó con las nuevas tropas el estratega Amantas, que hacía un año había sido enviado desde Gaza en busca de refuerzos. La incorporación de estas nuevas tropas a las distintas unidades del ejército fué, al mismo tiempo, el punto de partida para una nueva organización militar* que habría de desarrollarse en el transcurso del año siguiente y con arreglo a los nuevos puntos de vista relacionados con la continuación de la guerra en las satrapías altas; el primer paso consistió en desdoblar en dos lojes las ilas de la caballería macedonia, lo que equivalía, hasta cierto punto, a duplicar tácticamente sus efectivos.

Más adelante volveremos a tratar de esta reorganización. Es ella la que inicia la gran transformación que, cualquiera que sea el juicio que nos merezca la actitud adoptada por Alejandro ante ella, se desprendía consecuentemente y

* Véase nota 10, al final.

por modo necesario de la obra por él emprendida y de las condiciones impuestas por su triunfo.

### EXPEDICIÓN A PERSÉPOLIS

Alejandro proponíase ponerse en marcha cuanto antes —era hacia mediados de diciembre— para ir a ocupar las ciudades reales de la Persia, cuya posesión llevaba inseparablemente unida, según la fe de aquellos pueblos, la dominación sobre el Asia; hasta que no le viesen sentado en el trono de los grandes reyes, ocupando los palacios de Ciro, de Darío y de Jerjes, no existiría para ellos una prueba tangible de que la dinastía de los Aqueménidas había sido derrocada. Apresuróse, por ello, a poner en orden los asuntos de la satrapía cuya capital era Susa. Confirmó en su cargo al sátrapa Abulites, y entregó el mando de la ciudadela a Mazaro y la jefatura militar de la satrapía, con un cuerpo de tres mil hombres, a Arquelao; asignó los palacios de Susa, como futura residencia suya, a la madre y a los hijos del rey, que hasta entonces habían estado siempre a su lado, y los rodeó de toda la pompa que correspondía a su condición real; se dice que, al partir, dejó a algunos sabios griegos en la corte de las princesas, expresando el deseo de que aprendiesen el griego con ellos. Ultimados todos estos preparativos, salió hacia Persia al frente de su ejército.

Entre las múltiples dificultades de orden militar que hacen famosas las campañas de Alejandro, no es la menor la que suponía el orientarse en medio de países completamente desconocidos para él y para sus tropas. Ahora el ejército de Alejandro tenía que encontrar el camino para subir desde las tierras bajas hasta el alto Irán, para internarse en un país acerca de cuya estructura, de cuya extensión, de cuyos recursos, de cuyos caminos y de cuyas condiciones climatológicas no tenía el mundo helénico, hasta entonces, ni la más remota idea. Claro está que Alejandro procuraría formarse una idea aproximada de las condiciones geográficas de los territorios a que se dirigía a base de los informes recogidos entre los persas que le rodeaban, que eran ya muchos; por lo demás, las circunstancias mismas y las informaciones recogidas sobre el terreno se encargarían de sugerirle la solución concreta en cada caso.

Por el momento lo que le interesaba era llegar desde los llanos de Susiana, a través de desfiladeros extraordinariamente difíciles, hasta las ciudades reales de la alta Persia. El camino que Alejandro tenía que seguir o, mejor dicho, el camino que tenía que abrirse para él y sus tropas era el que solían seguir las expediciones de la corte persa entre Susa y Persépolis. Este camino atravesaba las ricas llanuras de Susiana, cruzaba los ríos Copratas (Disful) y Euleos (Karun, cerca de Chúster), que se unían un poco más abajo en el Pasitigris (Pequeño Tigris) para verter sus aguas juntas en el mar Eritreo; atravesaba luego otros dos ríos cuyos nombres antiguos han perdido, el Yerahí, cerca de Ram Hormus, y el Tab (¿Arosis?). Entre ambos queda enclavado un paso que conduce de la llanura a las montañas y al que los antiguos daban, al parecer, el nombre de paso de los uxios. Los uxios moraban unos en la llanura y otros en las montañas, hacia el nordeste;

sólo los primeros se hallaban sometidos al gran rey; los uxios montañeses exigían que la corte les pagase ricos tributos por utilizar aquel paso que se hallaba en sus manos. La misma cordillera que delimita las tierras del alto Irán y que baja cerca de Nínive hasta las aguas del Tigris, cierra en dirección sudeste las llanuras de los susianos y de los uxios, remontándose poco a poco hasta alcanzar la altura de las nieves perpetuas; más hacia el sudeste, donde en vez de la llanura y continuándola, en cierto modo, penetra profundamente en la tierra el mar Eritreo, el número de montañas que van subiendo poco a poco desde el mar aumenta hasta alcanzar el número de ocho o nueve cadenas montañosas, sobre las que descuella, como a unas veinte millas de distancia del golfo pérsico, como macizo central, la cumbre nevada del Koh-i-Dena. Por este laberinto de montañas, de ríos serranos, de pequeños llanos y de pasos abiertos entre unos y otros, discurría el "camino" que llevaban los expedicionarios; después de cruzar los desfiladeros de los uxios, salía a Bahabán, luego doblaba al sureste por la llanura de los lastios, seguía al este para alcanzar la de Basht y se internaba en el valle de Fahiyán, circundado por poderosas montañas que sólo dejaban pasar los rayos del sol por la mañana, condenándolo el resto del día a la sombra. Este valle tendido hacia el este muere en las rocas de Kala-Safid, coronadas por un castillo que bloquea completamente el camino. Tales son los llamados pasos persas, enclavados entre Schira y Persépolis; quien desea evitarlos toma desde Fahiyán por el sur y, por Kasrán, "subiendo y bajando malos caminos y senderos", llega a Schira. Pero aquellos pasos podían esquivarse también yendo por el norte y atajando desde Tab, como lo demuestra la expedición de Alejandro. Al salir de Bahabán puede tomarse un camino a la izquierda en dirección nordeste, que escala cerca de Tang-i-Tebak la montaña más baja y que parece desembocar junto a Basht en el camino principal; y cerca de Fahiyán aparece indicada otra vereda que, saliendo en dirección norte, se interna en la montaña y desciende más allá de Kala-Sefid al pequeño valle que se abre detrás del castillo.

Tales eran los caminos que Alejandro debía seguir para llegar a Persépolis y Pasargadas; la estación del año distaba mucho de ser favorable; las montañas debían de estar ya cubiertas de nieve, la escasez de poblados y la necesidad de pasar las frías noches vivaqueando harían todavía más difícil una expedición como aquélla, ya de suyo penosa; a esto se añadía el que había razones muy fundadas para esperar que se encontraría resistencia por parte de los uxios y más aún por parte de Ariobarzanes, parapetado con fuerzas importantes en los pasos superiores. Pero Alejandro trasladábase a Persia a toda prisa y desafiando todas aquellas penalidades y aquellos peligros, no sólo para apoderarse del país, de los tesoros de Persépolis y de Pasargadas y del camino hacia el interior del Irán, sino también, y muy principalmente, para no dar tiempo a que el rey de los persas pudiera reunir gran número de tropas y presentarse en aquellas tierras desde la Media, dispuesto a defender la cuna de la monarquía persa y la dorada puerta de los Aqueménidas detrás de los difíciles desfiladeros de aquella región.

Alejandro, acicateado por estos pensamientos, recorrió con su ejército las llanuras de Susiana, cruzó en pocos días el Pasitigris y pisó los dominios de los uxios de tierra llana, sometidos ya al rey persa y obedientes de buen grado a la autoridad del sátrapa de Susa. En cambio, los uxios de las montañas le enviaron mensajeros con la comunicación de que no le dejarían cruzar por sus dominios a menos que les pagase los mismos tributos que siempre les habían abonado los reyes persas. Aquellos pasos que comunicaban las tierras bajas con la altiplanicie eran demasiado importantes para que Alejandro se resignase a dejarlos en manos de un levantisco pueblo montañés; les mandó, pues, a decir que le esperasen en los desfiladeros y que allí les pagaría en su moneda.

A la cabeza de la agema y de los otros hipaspistas, con unos ocho mil hombres más, tropas ligeras en su mayoría, y guiado por susianos, se dirigió por la noche a otro paso muy difícil de montaña, que los uxios no se habían cuidado de ocupar; al amanecer, llegó a los poblados de aquellos levantiscos montañeses; la mayor parte de los que fueron sorprendidos en sus casas encontraron la muerte allí mismo y sus viviendas fueron saqueadas y entregadas a las llamas. En seguida el ejército corrió a los desfiladeros donde se habían concentrado los uxios de todos aquellos contornos. Alejandro envió a Crátero con una parte del ejército a que ocupase las alturas detrás de los pasos guardados por los uxios, mientras él mismo avanzaba hacia los desfiladeros a toda prisa; y así, los bárbaros, cercados y aterrados ante la rapidez del enemigo, despojados de todas las ventajas que habría podido procurarles la posesión de los desfiladeros, salieron huyendo velozmente al ver a las tropas de Alejandro avanzar en formación cerrada; muchos rodaron al abismo y muchos encontraron la muerte bajo las armas de los macedonios que salieron en su persecución y, sobre todo, bajo las de las tropas de Crátero que ocupaban las alturas a que corrieron a refugiarse. Al principio Alejandro quería alejar de aquellos sitios a toda la tribu de los uxios montañeses, pero Sisigambis, la reina madre, intercedió por ellos; decíase que su caudillo era Madates, casado con una sobrina suya. Accediendo a las súplicas de la reina, Alejandro dejó que aquellas tribus de pastores siguiesen habitando esta parte de las montañas, pero les impuso un tributo anual de mil caballos, quinientas cabezas de ganado de tiro y treinta mil ovejas; aquellas gentes no conocían el dinero ni las tierras labrantías.

Quedaba, pues, abierta la entrada a las altas montañas, y mientras Parmenión, con la mitad del ejército, formada por la infantería pesada, la caballería tesaliense y el tren militar, seguía por la calzada principal, Alejandro, acompañado por la infantería macedonia, el resto de la caballería, los sarissóforos, los agrianos y los arqueros, tomaba una vereda más corta, pero mucho más penosa, para llegar a los pasos persas. Al quinto día, avanzando a marchas forzadas, consiguió llegar a ellos, pero encontró la entrada bloqueada por poderosas murallas: decíase que el sátrapa Ariobarzanes se hallaba detrás de aquellas murallas con cuarenta mil hombres de a pie y setecientos de a caballo, en un campo atrincherado, dispuesto a defender a toda costa aquel paso tan importante. Alejandro

acampó allí; a la mañana siguiente, se aventuró a internarse en los estrechos desfiladeros, flanqueados por enormes rocas, para atacar las murallas que cerraban el paso a su tropa; fué recibido por una granizada de piedras lanzadas con honda y de dardos, mientras grandes rocas se desprendían de las alturas; un enemigo enfurecido le acosaba por tres partes; en vano intentaban algunos escalar las rocas: la posición del enemigo era inexpugnable. En vista de ello, Alejandro se retiró a su campamento, situado a una hora del paso.

Su situación no era fácil. Aquel paso era el único que conducía a Persépolis; había que tomarlo, costara lo que costara, si no se quería que se produjese una peligrosa interrupción; pero todo parecía indicar que contra aquellas paredes de roca se estrellarían los supremos esfuerzos del arte y del valor. Y, sin embargo, todo dependía de la conquista de aquel desfiladero. Alejandro se informó por los prisioneros de que aquellas montañas estaban cubiertas en su mayor parte de espesos bosques, que sólo había unas pocas veredas peligrosísimas que condujesen al otro lado, doblemente difíciles de pasar ahora por la nieve que cubría las montañas, pero que, sin embargo, sólo por ellas era posible evitar el paso por el desfiladero y llegar al terreno ocupado por Ariobarzanes. Alejandro optó por emprender esta expedición, tal vez la más arriesgada de toda su vida.

Crátero quedóse en el campamento con su falange y la de Meleagro, con una parte de los arqueros y quinientos hombres de caballería, aleccionado para que, por medio de los fuegos de los vivaques y de todos los modos posibles, distrajese la atención del enemigo y le impidiese darse cuenta de que había sido desdoblado el ejército; cuando oyese sonar las trompetas de los macedonios al otro lado de la montaña, debería lanzarse con todas sus fuerzas al asalto contra las murallas que cerraban el desfiladero. Por su parte, Alejandro, a la cabeza de las falanges de Amintas, de Pérdicas y Coino, de los hipaspistas y de los agrianos, con una parte de los arqueros y la mayor parte de la caballería al mando de Filotas, abandonó el campamento por la noche y, tras una marcha penosísima de más de dos millas, escaló la montaña, cubierta de nieve. A la mañana siguiente estaba al otro lado; tenía a su derecha la cadena montañosa que terminaba en el desfiladero y flanqueaba el campamento del enemigo, a su frente el valle que se abre para formar los llanos del Araxes, por los que cruza el camino hacia Persépolis, a su espalda las montañas que habían atravesado con tanto esfuerzo y que, caso de sufrir un descalabro, harían tal vez imposible la retirada y la salvación de su ejército. Tras un breve descanso, dividió en dos partes sus tropas; mandó a Amintas, Coino y Filotas descender al llano con su cuerpo de ejército, tanto para tender un puente sobre el río en el camino hacia Persépolis como para cortar a los persas la retirada sobre esta ciudad, una vez que fuesen dominados; mientras tanto, él, con sus hipaspistas, con la taxis de Pérdicas, la escolta de la caballería y una tetrarquía de ésta, los arqueros y los agrianos, marchó hacia la derecha, en dirección al desfiladero; todo contribuía a hacer aquella marcha penosísima: los tupidos bosques de la montaña, una tormenta violentísima, las sombras de la noche. Al amanecer sorprendieron a los primeros

puestos avanzados de los persas, que fueron abatidos; los de la segunda línea de puestos corrieron hacia la tercera, de donde, unidos a los de ésta, huyeron, no hacia el campamento, sino hacia la montaña.

En el campamento de los persas no sospechaban siquiera lo que estaba sucediendo; creían a los macedonios abajo, delante del valle; permanecían en sus tiendas, guarecidos contra el temporal de invierno, seguros de que la tormenta y la nieve hacían imposible todo asalto. De pronto, en las primeras horas de la madrugada, la paz y el silencio del campamento viéronse rotos por los toques estridentes de las trompetas macedonias en las alturas de la derecha, a la par que desde las cumbres y desde el fondo del valle resonaban los gritos de combate de los macedonios atacantes. Ya se había situado Alejandro a la espalda de los persas cuando Crátero, desde el valle, desencadenaba su ataque y arrollaba fácilmente las entradas del desfiladero, mal defendidas; los que huían de aquel lado iban a estrellarse contra las armas de las tropas que, acaudilladas por Alejandro, avanzaban por la parte de enfrente; al lanzarse de nuevo sobre la posición abandonada, la encontraron ocupada ya por otro tercer contingente de tropas enemigas, pues Tolomeo había quedado atrás con 3,000 hombres para irrumpir desde uno de los lados. El campamento vióse, pues, atacado por macedonios que se lanzaban sobre él desde todas partes. La matanza fué atroz. Los que huían, despavoridos, iban a clavarse ellos mismos en las espadas de los macedonios, muchos se precipitaban al abismo; todo estaba perdido para ellos. Ariobarzanes logró abrirse paso; huyó con unos cuantos jinetes a la montaña y de allí, por caminos secretos, salió por el norte a las tierras de la Media.

Tras breve descanso, Alejandro se puso de nuevo en marcha hacia Persépolis; dícese que por el camino recibió un mensaje de Tirídates, el guardián de los tesoros del rey, pidiéndole que se diese prisa, para evitar que los tesoros fuesen saqueados. Para llegar antes a la ciudad, dejó atrás a la infantería y salió al galope con la caballería solamente; al romper el día llegaba al puente tendido ya por la vanguardia de su ejército. Su llegada imprevista —casi se había adelantado a la noticia de la batalla— hizo imposibles toda resistencia y todo desorden dentro de la ciudad; ésta, los palacios y los tesoros pasaron inmediatamente a su poder. No menos rápidamente, cayó también en manos del vencedor Pasargadas, con nuevos y grandes tesoros; encontráronse aquí, en grandes montones, muchos miles de talentos de oro y plata, incontables telas preciosas y grandes depósitos de objetos de valor de todas clases; se dice que fueron necesarios diez mil pares de mulas y tres mil camellos para mover todas aquellas riquezas.

Pero más importante que la conquista de estas riquezas, con las que Alejandro arrebataba al enemigo su recurso de poder más importante y que su largueza arrancó de aquellas bóvedas muertas en que yacían inactivas desde hacía tanto tiempo para devolverlas al tráfico de los pueblos, era la posesión del país mismo verdadera patria de la monarquía persa. En el valle de Pasargadas había derrotado Ciro la dominación persa, erigiendo allí, en recuerdo de la gran vic-

toria, su corte, sus palacios y su sepulcro, una sencilla cripta en las rocas, entre los monumentos de la pompa terrenal, en la que sacrificaban y oraban diariamente los devotos magos. Pero aún era más rica en fastuosos edificios la llanura de Persépolis, de la que partían hacia el oeste y el este los valles del Araxes y del Medos. Darío, hijo de Histaspes, el primero que había reclamado a los helenos tierra y agua y había convertido al filoheleno Alejandro, rey de Macedonia, en un sátrapa persa, había sido proclamado aquí gran rey, después del falso Smerdes, y aquí había construído su palacio, su columnata y su sepulcro; el valle rocoso del Bendemir había sido enriquecido por muchos de sus sucesores con nuevos y fastuosos edificios, con cotos de caza y parques de placer, con palacios y tumbas de reyes; la puerta real de las cuarenta "columnas", el orgulloso edificio tallado en la roca sobre una triple terraza, las estatuas colosales de caballos y de toros que adornaban su entrada, un plan gigantesco de construcciones de la máxima suntuosidad y de la más solemne grandeza adornaba aquella tierra sagrada, que los pueblos del Asia veneraban como el lugar en que eran consagrados y adorados los reyes, como el solar y el centro del poderoso imperio. Pues bien, este orgulloso imperio había sido derribado; Alejandro sentábase ahora en el trono de aquel Jerjes que en otro tiempo clavara su lujosa tienda de campaña en las playas del golfo de Salamina y cuya mano criminal incendiara la Acrópolis de Atenas y destruyera los templos de los dioses y las tumbas de los muertos. El rey de Macedonia, el general en jefe de los aliados helenos, era ahora dueño y señor de estas ciudades reales y de estos palacios. Parecía que había llegado la hora de vengar los viejos desafueros y de apaciguar a los dioses y a las sombras del Hades; aquí, en este solar de la grandeza persa, iba a ejercerse el derecho de la venganza y a expiarse la vieja culpa, pues era necesario que los pueblos del Asia tuvieran una prueba palpable, elocuente, de que el poder que hasta ahora los había esclavizado había terminado, se había extinguido para siempre. Alejandro ordenó que fuese aplicada la tea incendiaria a las paredes de cedro del palacio del rey, y existen pruebas sobradas de que, al proceder así, no se dejaba llevar de un arrebato pasajero, sino que ponía en práctica una resolución largamente meditada. Parmenión fué de opinión contraria; aconsejó a Alejandro que no destruyese aquel hermoso edificio, propiedad suya, ni humillase a los persas en los monumentos de su pasada grandeza; pero su opinión no prevaleció. El rey insistió en que la medida ordenada por él era conveniente y necesaria. Una parte del palacio de Persépolis fué pasto de las llamas. Conseguido esto, Alejandro ordenó que el incendio fuese extinguido.

Es posible que este incendio del palacio real estuviese relacionado con una especie de ceremonia de entronización que parece haber celebrado Alejandro en aquella ciudad. Refieren las fuentes que el corintio Demarato, cuando vió a Alejandro sentado en el trono de los grandes reyes, bajo el baldaquín dorado, exclamó: ¿Qué dicha tan grande se pierden los que no han tenido la suerte de llegar a vivir este día!

Tal vez sea éste el momento oportuno de decir algo que no deja de tener importancia en lo tocante a la concepción total de Alejandro y a su modo de proceder.

Si lo ocurrido en Persépolis representaba la solemne condena a muerte del poder de los Aqueménidas y la toma de posesión formal de un imperio declarado vacante, cabe preguntarse si era aquél, precisamente, el instante de poner en práctica con tan enérgico simbolismo el irrevocable acuerdo, de ejecutar la sentencia inapelable. Si la batalla de Gaugamela había dado al traste definitivamente con el poder de los persas, ¿por qué Alejandro había tardado medio año en dar este paso, para el que se habrían prestado exactamente igual la ciudad de Babilonia, famosa en el mundo, o la ciudadela real de Susa? Y si lo aplazó porque no creyera haber ganado todavía bastante con aquella victoria y con la ocupación de Babilonia y Susa, ¿por qué atribuía tanta importancia militar y política a la conquista de la Persia, cuando todavía la Media, con su capital, Ecbatana, estaba en manos de Darío, y con ella los vastos territorios del norte y el este del imperio, el camino más corto hacia el Tigris y la gran calzada real desde Susa hasta Sardes y, con ella, para un ejército que pudiera levantarse en la Media con las grandes masas de caballería de las tierras del este, la posibilidad de romper la larga y tenue línea militar que unía a Alejandro con las satrapías occidentales y con Europa?

Las tradiciones que tenemos a nuestra disposición no son tales que podamos dar por supuesto que en ellas se encuentra relatado todo lo esencial. Son harto elocuentes cuando se trata de emitir un juicio moral sobre Alejandro; nos dicen, en lo que a sus acciones militares se refiere, lo estrictamente indispensable para comprender de un modo sumario cómo se desarrolló la trayectoria de sus campañas; pero nada o poco más que nada nos dicen acerca de su conducta política, acerca de los motivos en que ésta se inspira y de los objetivos perseguidos por él, y así se explica que, a base de tales informaciones, haya podido parecer justificada la idea de que Alejandro cruzó el Helesponto con el plan puro y simple de llegar hasta las márgenes del Ganges, río desconocido hasta entonces, y de marchar hacia el mar, también desconocido, en que iban a verterse sus aguas.

La respuesta dada por él después de la batalla de Isos a las proposiciones, tan pobres como altaneras, del gran rey demuestra que Alejandro creía posible llegar a concertar una paz y nos indica, además, en qué forma y sobre qué bases la concebía él. Las exigencias formuladas por Alejandro en aquella carta derivábanse de la situación y de la suma de los hechos históricos que la habían precedido. En otro tiempo los antepasados de Darío habían obligado al rey de Macedonia a someterse a su soberanía, a convertir su reino en una satrapía del imperio persa; habían reclamado a los estados helenos agua y tierra, no habían dejado de considerarse como señores natos de los helenos y los bárbaros de Europa y, con la paz de Antálcidas, y a base de ella, habían dictado "órdenes" a los estados helénicos para que éstos las acatasen; cuando el rey Filipo luchaba

contra Perinto y Bizancio, habían enviado tropas contra él por sí y ante sí, como si ellos fuesen quiénes para intervenir en los asuntos del mundo helénico cuando y como se les antojase. Si el carácter de Persia como "monarquía del Asia" llevaba realmente implícito este título de soberanía sobre el mundo griego, la finalidad de la guerra para la que Alejandro se había puesto a la cabeza de los macedonios y los helenos no podía ser otra que poner término de una vez y para siempre a aquella arrogante pretensión del gran rey. Después de la batalla de Isos, Alejandro sólo había opuesto a las propuestas de Darío una exigencia, solamente una: la de que reconociese que ya no era él, Darío, sino Alejandro el dueño y señor del Asia; a cambio de este reconocimiento estaba dispuesto a hacer concesiones al adversario vencido, a concederle —así dice, sobre poco más o menos, la carta— todo aquello de cuya justicia pudiese convencer al vencedor. Si no estaba dispuesto a reconocer lo que le pedía no tenía más que un camino: enfrentarse nuevamente a él en batalla. Colocado ante esta alternativa, Darío había optado por seguir luchando; había aventurado la segunda gran batalla y con ella había perdido los grandes territorios que se extendían desde las costas hasta las montañas del Irán. ¿No tenía que darse cuenta ahora, mal que le pesara, de que no tenía fuerzas bastantes para medirse con el poder de Alejandro? ¿No revelaba cada una de las marchas emprendidas por éste que era real y verdaderamente lo que exigía que los demás reconociesen que era, el señor del Asia, y de que no existía poder capaz de impedirle hacer lo que quisiera? ¿Acaso Darío podía dudar aún de que debía rendirse, someterse al vencedor si quería salvar todavía algo, si quería recobrar aquellas prendas tan caras para él que retenía en sus manos el conquistador?

Es posible que Alejandro, después de la batalla de Gaugamela, esperase que Darío se dirigiera a él, le formulase proposiciones más aceptables que las que siguieron a la jornada de Isos, se rindiera a la fuerza aplastante de los hechos. Es posible que, no pareciéndole oportuno en modo alguno tomar él la iniciativa, hiciera saber a la reina madre —no olvidemos que perdonó a los levantiscos uxios a instancias suyas— que estaba dispuesto a estudiar con la mejor disposición de ánimo las propuestas de paz que su hijo le hiciese llegar. No está fuera de lo posible que, aún ahora, se inclinase a conceder al adversario vencido, siempre y cuando que éste reconociera el cambio de poder irrevocablemente efectuado, una paz que le dejase seguir reinando sobre sus países y sus súbditos y le devolviese a su madre y a sus hijos. Lo que Alejandro tenía ya en su poder, los extensos territorios desde el mar hasta las estribaciones de las montañas fronterizas del Irán, formaba un gran todo coherente, bastante homogéneo incluso desde el punto de vista nacional, un conjunto de territorios harto grandes y ricos para unirse en un imperio con Macedonia y la Hélade y convertirse así en el poder dominante dentro de Asia, bastante próximo al occidente a través de sus costas para poder ejercer la hegemonía sobre el mar Mediterráneo, para la que la fundación de la Alejandría egipcia había puesto el cimiento y la piedra angular. Una

paz concertada en este sentido habría coronado y sellado la obra de las armas victoriosas con el reconocimiento del poder derrotado.

Tal la línea hipotética que hemos creído oportuno trazar para colmar la laguna que existe en nuestras fuentes; lo ocurrido en Persépolis adquiere mayor sentido si colmamos hipotéticamente la laguna de este modo. Si Alejandro deseaba realmente que se le formulasen proposiciones de paz, si realmente estuvo esperando meses y meses que esas proposiciones llegaran a sus manos y las propuestas esperadas no llegaron ni después de la caída de Susa, ni después de haber forzado los pasos persas, ni después de haber ocupado las antiguas ciudades reales, tenía razones para renunciar por fin a la esperanza de que aquella campaña llegase a su término con un tratado de paz, y ello explicará el acto simbólico con que declaró extinguido el poder de los Aqueménidas y tomó posesión de la monarquía reinante sobre el Asia.

Tal era la sentencia que las operaciones militares ulteriores tendrían por misión ejecutar.

## CAPITULO IV

*Partida de Persépolis.—Darío se retira de Ecbatana.—Asesinato de Darío.—Alejandro en Partia.—Movimiento antimacedónico en la Hélade.—Sublevación de la Tracia.—El rey Agis se lanza a la guerra y es derrotado.—Pacificación de Grecia.*

CUATRO MESES permaneció Alejandro en las ciudades reales del país persa. No sólo para dejar que el ejército descansara; seguramente es exacto lo que cuentan las fuentes menos buenas: que aprovechó estos meses del invierno para sentar la mano a los levantiscos y rapaces moradores de las montañas vecinas y asegurar al país para siempre contra sus irrupciones. Sobre todo a los mardios, que poblaban las montañas del sur y que, a semejanza de los uxios, habían vivido hasta entonces en un estado casi absoluto de independencia. Tras varias expediciones muy penosas a los valles de aquellas montañas cubiertas de nieve, Alejandro consiguió reducirlos a la obediencia. En una de estas expediciones, Alejandro acercóse a la satrapía de Carmania, la cual se sometió a su poder, siendo confirmado en su cargo el sátrapa Aspastes. La satrapía de la Persia había sido confiada ya al noble Frasaortes, hijo de aquel Reomitres que pereciera en la batalla de Isos. No existen testimonios bastante seguros en las fuentes de que Alejandro dejara en Persépolis una guarnición de 3,000 hombres; ni tampoco de que, antes de partir o por el camino, recibiera un nuevo refuerzo de 5,000 hombres de infantería y de 1,000 jinetes.

### PARTIDA DE PERSÉPOLIS

Por fin —tal vez en los últimos días de abril—, Alejandro se puso en marcha hacia la Media, a donde Darío había ido a refugiarse con los restos de sus tropas en derrota, después de la batalla librada cerca de Arbela.

Después de perder aquella batalla, Darío habíase retirado por las montañas medas hacia Ecbatana con intención de esperar allí hasta ver qué hacía Alejandro para luego, si le perseguía en aquellas tierras, huir hacia el norte de su imperio, devastando cuanto dejase atrás para que el vencedor no pudiera seguirle. Con objeto de llevar a cabo este plan, había enviado la caravana de su harén, sus tesoros y sus objetos de valor por los pasos del Caspio hasta Ragai, para no verse entorpecido por toda aquella impedimenta si se veía en la necesidad de emprender una rápida fuga. Pero, pasaron varios meses sin que en los desfiladeros de los montes Zagros o en las fronteras interiores de la Media apareciese

una sola patrulla enemiga de reconocimiento. Luego llegó a Ecbatana Ariobarzanes, el heroico defensor de las puertas montañosas de Persia. Ahora todos los días se esperaba ver aparecer a los macedonios por el sudeste; pero el enemigo no se dejaba ver. ¿Acaso los tesoros de Persépolis y Pasargadas le agradaban más que el aventurarse a una nueva batalla? Darío veíase todavía rodeado de tropas leales y de príncipes persas de elevado espíritu, dispuestos a combatir. Estaba todavía a su lado la flor y nata de la nobleza persa, la ciliarquía, representada por Nabarzanes, Atrópates de Media, Autofrádates de Tapuria, Fratafernes de Hircania y Partia, Satibarzanes de Asia, Barsaentes de Arajosia y Drangiana, el intrépido bactriano Bessos, pariente del gran rey, y con él tres mil jinetes de su satrapía, que habían conseguido ponerse a salvo con su príncipe después de la última batalla; estaban también allí Oxatres, el hermano del gran rey, y sobre todo el anciano Artabazos, probadísimo amigo de Darío, tal vez el más digno de todos los persas, y con él sus hijos, Bistanes, hijo del gran rey Ojos, y Artabelos, hijo del tránsfuga Maceo de Babilonia. Aún conservaba Darío, asimismo, un resto de sus contingentes de mercenarios griegos, al mando del focense Patrón. Esperaba la llegada a Ecbatana de varios miles de cadusios y escitas. Todavía era posible llamar bajo las armas, en aquella capital, a los pueblos del Turán y de Ariana para que, bajo el mando de sus sátrapas, se congregasen en torno a la persona del rey y defendieran los territorios orientales del imperio. Las tierras medas ofrecían sobradas posiciones desde las que era posible defenderse, sobre todo la de los pasos caspios, que guardaban la entrada a las satrapías orientales y septentrionales y que podían mantenerse y bloquearse permanentemente incluso contra un enemigo muy superior en número. Darío decidió probar una vez más la suerte de las armas e impedir los ulteriores avances del enemigo con el ejército que pudiera reunir hasta la llegada de Alejandro. Tal vez averiguase a través de los embajadores de Esparta y Atenas que se encontraban en su corte cuán profunda había sido la impresión causada en la Hélade por la noticia de la batalla de Gaugamela y la buena disposición en que el partido antimacedonio se encontraba, cómo muchos estados se habían coaligado ya abiertamente con Esparta o sólo aguardaban a que el rey Agis obtuviera el primer éxito para abandonar la liga corintia, lo que quería decir que en Grecia se estaba preparando un cambio radical de cosas que, de producirse, obligaría a los macedonios a regresar a prisa y corriendo del Asia. Darío tenía razones para pensar, para esperar que el término de sus desgracias no estaba ya lejos.

### DARÍO SE RETIRA DE ECBATANA

Alejandro estaba ya cerca. Paraitacene, región enclavada entre la Persia y la Media, habíase sometido al vencedor, quien puso al frente de su satrapía a Oxatres, hijo del sátrapa de Susa, Abulites. Al enterarse de que Darío se hallaba acampado delante de las murallas de Ecbatana, donde aguardaba su ataque al frente de un importante ejército de bactrianos, griegos, escitas y cadusios. Ale-

jandro apresuró su marcha, para medir cuanto antes sus fuerzas con las del enemigo. Para avanzar más rápidamente dejó atrás el bagaje con las tropas de cobertura y llegó a la Media al cabo de doce días de marcha. Allí se enteró de que no habían llegado al campamento de Darío ni los cadusios ni los escitas a quienes esperaba y que el rey persa, para demorar el encuentro decisivo, se disponía a retirarse a los pasos caspios, habiendo enviado ya por delante a las mujeres, a los niños y el material de campaña. Alejandro, en vista de ello, redobló la marcha, decidido a apoderarse de la persona de Darío con objeto de poner fin de una vez a las luchas en torno al trono de Persia. Tres jornadas de viaje antes de llegar a Ecbatana, se presentó en el campamento macedonio Bistanes, hijo del rey Ojos, uno de los que habían permanecido fieles hasta entonces al gran rey, quien confirmó el rumor de que Darío había huído de Ecbatana hacía cinco días, llevando consigo los tesoros de la Media y unos siete mil talentos y acompañado por un ejército de seis mil hombres de infantería y tres mil de caballería.

Alejandro corrió hacia Ecbatana. Una vez aquí, puso rápidamente en orden todos los asuntos. Los tesalienses y las demás tropas aliadas que no quisieron permanecer voluntariamente en el servicio fueron licenciados y enviados a sus casas con la soldada íntegra y un regalo de dos mil talentos; pero fueron muchos los que se quedaron. El persa Oxidates, a quien Darío había condenado en Susa a prisión perpetua, fué puesto en libertad por Alejandro y, considerándosele doblemente merecedor de confianza por este hecho, se le nombró sátrapa de la Media en sustitución de Atrópates, ya que éste se hallaba con Darío. Parmenión quedó encargado de trasladar los tesoros de Persia a la ciudadela de Ecbatana y de entregárselos a Harpalo, nombrado para administrarlos y vigilarlos, al frente de una guardia de seis mil macedonios, con la caballería y las tropas ligeras necesarias; después de cumplido este encargo, Parmenión debería marchar con las tropas mercenarias, los tracios, etc., a las tierras de Hircania, pasando por el país de los cadusios. Clito, que se había quedado en Susa, enfermo, recibió la orden de trasladarse a Partia, tan pronto como recobrase su salud, en unión de los seis mil hombres que quedaban provisionalmente a las órdenes de Harpalo, para unirse allí al gran ejército. Alejandro, mientras tanto, salió en persecución de Darío con las demás falanges, la caballería macedonia, los contingentes de mercenarios de Erigio, los sarissóforos, los agrianos y los arqueros. En doce días de marchas forzadas y penosísimas, en las que quedaron tendidos por el camino muchos caballos y muchos hombres, llegaron a Ragai, desde donde, para la prisa que llevaba Alejandro, había todavía una marcha muy dura de ocho millas hasta la entrada de los pasos caspios. Pero, al recibir la noticia de que Darío estaba ya al otro lado del desfiladero y de que llevaba una delantera considerable en el camino hacia Bactra, Alejandro, teniendo en cuenta lo agotadas que iban sus tropas, decidió descansar en Ragai unos cuantos días.

Mientras tanto, Darío acampaba con su ejército a pocos días de marcha al este de los pasos caspios. Apenas llevaba veinte millas de ventaja a sus perseguido-

res. Y no tenía más remedio que darse cuenta, por una parte, de que, dada la rapidez vertiginosa con que Alejandro le seguía, jamás podría alcanzar en su fuga las tierras de la Bactriana y, por otra parte, de que si quería poder presentar batalla al enemigo, tenía que aminorar todo lo posible la marcha, para que sus tropas pudieran enfrentarse un poco descansadas a las fuerzas macedonias, agotadas por la vertiginosa persecución. Algunos de los de la columna persa habíanse pasado ya a las filas de Alejandro y, si el éxito continuaba, era de temer que se produjesen deserciones. Darío reunió a los grandes que seguían a su lado y les comunicó su intención de no demorar más el encuentro con los macedonios y de probar por última vez, cuanto antes, la suerte de las armas. Esta declaración del rey produjo una impresión profunda a quienes la escucharon; la desgracia había abatido los ánimos de la mayoría de ellos, y pensaban con horror en una nueva lucha; pocos estaban dispuestos a sacrificar todo a su rey; entre estos pocos contábase Artabazos. Nabarzanes, el ciliarca, pronuncióse en contra de él: Las circunstancias —dijo— obligábanle a ser sincero: presentar batalla allí sería el camino más seguro para ir al desastre total; lo que había que hacer era seguir huyendo hacia el este, para reclutar en aquellas tierras nuevos ejércitos; pero los pueblos ya no tenían confianza en la estrella del rey; no había más que un camino para salvarse: Bessos gozaba de gran prestigio entre los pueblos del este del imperio, los escitas y los indios eran aliados suyos y él pariente de la casa real: ¿por qué el rey no le cedía la tiara hasta que se lograra dominar al enemigo? El gran rey sacó su puñal del cinto; Nabarzanes escapó con vida a duras penas y corrió a separarse del campamento del rey con sus huestes persas; Bessos se unió a él con los contingentes bactrianos. Ambos obraban de mutuo acuerdo y con arreglo a un plan largamente madurado; Barsaentes, el de Drangiana y Arajosia, fué ganado fácilmente para su causa; las demás satrapías de las provincias orientales, si no se habían adherido formalmente a la conspiración, se inclinaban más a sus conveniencias que a su deber. Teniendo todo esto en cuenta, Artabazos exhortó al rey para que no se dejase llevar de la cólera, pues los conspiradores disponían de la mayor parte de las fuerzas armadas y sin ellos su causa estaría perdida; era necesario volverlos de nuevo a la lealtad o a un simulacro de obediencia por medio de un perdón al que no eran, ni mucho menos, acreedores. Mientras tanto, Bessos había intentado convencer a las huestes persas de la conveniencia de partir hacia la Bactriana; pero aquellos hombres temblaban todavía ante la idea de una traición ostensible; no quisieron huir sin el rey. El plan de Bessos parecía haber fracasado. Sin embargo, aquel aparente fracaso no hacía más que espolear la tenacidad del conspirador; pintó a sus tropas el peligro hacia el que las arrastraba el gran rey y fué habituándolas a pensar en la posibilidad de un crimen, como en lo único que podía salvarlas. En esto apareció Artabazos con el mensaje de que el rey perdonaba las palabras imprudentes de Nabarzanes y el acto de Bessos al separarse por sí y ante sí del campamento real.

Al día siguiente, aquel ejército en derrota y minado por la traición siguió avanzando por el camino de Thara; el silencio sordo y la recelosa inquietud que

flotaban por todas partes denotaban más bien un peligro inminente que un peligro vencido. El jefe de los mercenarios griegos esforzábase en colocarse cerca del rey, cuyo carro rodeaban Bessos y sus jinetes. Por fin, el leal extranjero logró su propósito: comunicó al rey cuáles eran sus temores y le suplicó que se confiase a la protección de las tropas griegas, pues sólo junto a ellas estaba su vida segura. Bessos no comprendía la lengua, pero no se le escapó el significado de los gestos y ademanes del heleno; y dióse cuenta de que no había tiempo que perder. Al anochecer llegaron a Thara. Las tropas acamparon allí, instalándose los bactrianos cerca de la tienda real. En medio del silencio de la noche, Bessos, Nabarzanes, Barsaentes y algunos otros conjurados entraron en la tienda del rey, se apoderaron de éste, lo ataron y lo arrastraron al carro en que se proponían llevarlo prisionero a Bactra, para comprar la paz a cambio de la entrega de su persona al enemigo. La noticia de lo que ocurría se extendió rápidamente por el campamento, que se levantó en medio de un desorden y una agitación espantosas. Los bactrianos emprendieron la marcha hacia el este, seguidos a regañadientes por la mayoría de las tropas persas. Artabazos y sus hijos abandonaron a su suerte al desventurado rey, por el cual ya no podían hacer nada y, en unión de los mercenarios griegos y de los embajadores de la Hélade, retiráronse hacia el norte, a las montañas de los tapurios; mientras tanto, otras fuerzas persas, principalmente las mandadas por Artabelos, hijo de Maceo, y por Bagistanes de Babilonia, corrieron hacia atrás para rendirse ante Alejandro y encomendarse a su merced.

## ASESINATO DE DARÍO

Alejandro había concedido a sus tropas algunos días de descanso en Ragai. Reanudó la marcha en la mañana del sexto; y aquel mismo día llegó, a buen paso, a la entrada occidental del desfiladero de los pasos caspios (Aivan-i-Kaif); al siguiente cruzó este desfiladero que por espacio de tres horas entorpeció bastante su marcha, salió a la llanura, bastante bien cultivada, de Coarene (Khuar) y recorrió toda la distancia que le era posible cubrir en un día, hasta llegar a los confines de la estepa por la que cruza, en dirección este, el camino hacia la capital parta, Hecatómpilos, centro en el que convergen las calzadas militares que van a la Hircania, a Bactra y a la Ariana. Mientras el ejército acampaba y algunas tropas se dispersaban por la comarca para explorar los caminos a través de la estepa, presentáronse en el campamento Bagistanes y Artabelos para rendirse a Alejandro; declararon que Bessos y Nabarzanes se habían apoderado de la persona del gran rey y marchaban a toda prisa hacia Bactra; ignoraban lo que hubiese podido ocurrir después.

En vista de ello, Alejandro decidió salir a toda velocidad en persecución de los fugitivos. Dejó atrás a la mayor parte de las tropas, al mando de Crátero y con órdenes de seguir lentamente, mientras él mismo salía a toda marcha acompañado por la caballería, los tiradores y la infantería más ligera y más vigorosa. Estuvieron marchando toda la noche y hasta el mediodía siguiente; tras unas cuantas

horas de descanso, reanudaron la marcha y siguieron andando toda la noche, la segunda; a la salida del sol llegaron a Thara, donde cuatro días antes había sido apresado Darío por los amotinados contra él. Allí, Alejandro se enteró por los informes de Melon, el intérprete del gran rey, que había quedado atrás, enfermo, de que Artabazos y los griegos se habían retirado hacia el norte, a las montañas tapurias, de que Bessos ejercía ahora el poder en vez de Darío, habiendo sido reconocido como soberano por los bactrianos y los persas, y de que el plan de los conjurados era retirarse a las provincias orientales y ofrecer al rey Alejandro la entrega de la persona de Darío a cambio de que les reconociera la posesión plena e independiente del oriente persa y, si el macedonio seguía avanzando, reunir un ejército lo más poderoso posible y defender conjuntamente la posesión de las provincias que tenían en sus manos; por el momento, todos estaban de acuerdo en dejar a Bessos la dirección de todos los asuntos, probablemente por razón de su parentesco con la familia real y por su derecho preferente a ocupar el trono.

No había tiempo que perder. Alejandro apenas descansó durante el ardoroso día; al anochecer reanudó la marcha y anduvo sin detenerse durante toda la noche; hombres y caballos apenas podían sostenerse ya en pie; a mediodía llegó a una aldea (tal vez Bakchabad), en la que los amotinados habían acampado el día antes, saliendo de allí al anochecer para marchar, según decían, toda la noche; no podían estar ya muy lejos, pero los caballos estaban agotados, los hombres rendidos de fatiga y el día calurosísimo; Alejandro se informó cerca de los naturales del país de si no había un camino más corto para dar alcance a los fugitivos; dijéronle que sí, pero que era muy penoso y sin agua. Este camino fué el que Alejandro decidió seguir. Escogió los 500 caballos más frescos, los oficiales que habían de montarlos y los hombres más bravos de la infantería, ordenándoles ponerse en pie de marcha con sus armas; los agrianos quedáronse atrás al mando de Atalo, con instrucciones para que siguiesen por la calzada militar con la mayor premura posible, mientras el resto de las tropas, bajo las órdenes de Nicanor, iban detrás de ellos, en marcha normal. Hecho esto, a la caída de la tarde partió con sus "dobles combatientes" por el atajo sin agua. Muchos se quedaron por el camino, sin poder resistir aquella fatiga sobrehumana y la sed abrasadora. Al despuntar el alba, alcanzaron a ver la caravana de los amotinados, dispersa y sin defensa alguna; Alejandro, seguido de sus tropas, lanzóse hacia ella a todo galope. La sorpresa y el terror sembraron el desconcierto en la larga columna de los persas, que se dispersaron entre un griterío salvaje; los pocos que intentaron hacer resistencia no tardaron en sucumbir; los demás huían despavoridos, llevando en medio el carro de Darío, junto al que galopaban los conjurados. Alejandro estaba ya cerca; no había más que un recurso para salir de aquella situación: Bessos y Barsaentes atravesaron al rey atado con sus espadas y salieron corriendo en distintas direcciones. Darío expiró a los pocos momentos. Los macedonios encontraron su cadáver y Alejandro, según se cuenta, lo cubrió con su púrpura.

Así acabó sus días el último gran rey de la dinastía de los Aqueménidas. No murió precisamente a manos de aquél contra quien había intentado en vano defender su imperio; las batallas perdidas por él le habían costado más que los territorios y el poder real: le habían costado la fe y la lealtad de su pueblo persa y de sus grandes; terminó sus días como un fugitivo entre traidores, como un rey encadenado, y cayó atravesado por los puñales de sus sátrapas, parientes suyos de sangre. Murió con la gloria de no haber comprado su vida a cambio de la tiara, de no haber concedido al crimen un derecho sobre la monarquía de su linaje; no puede discutírsele la gloria de haber muerto como rey. Y Alejandro le rindió honores reales; mandó el cadáver a Persépolis para que recibiera sepultura en los sepulcros donde descansaban sus antecesores; Sigambis, la reina madre, enterró a su hijo.

Alejandro había conseguido más de lo que él mismo hubiese podido esperar. Tras las dos batallas ganadas había dejado huir al rey derrotado. Pero desde que, dueño de las ciudades reales del imperio, se había sentado en el trono de Ciro y había recibido los homenajes de pleitesía de los grandes, a la usanza persa, desde que se consideraba y tenía razones para considerarse rey y señor de los pueblos de Asia, no podía tolerar que el rey fugitivo siguiese tremolando por los vastos países del oriente el nombre de su grandeza perdida como bandera para nuevos levantamientos y choques armados. La decisión y la necesidad de apresar al enemigo convirtióse, al calor de la naturaleza heroica de Alejandro, en una pasión personal, en un impulso de cólera aquileica. Se lanzó en persecución de su presa con una furia que rayaba ya en lo monstruoso, que costó la vida a muchos de sus valientes y que le habría expuesto al justo reproche de ser un déspota implacable, si él mismo no hubiese compartido con sus hombres el esfuerzo y la fatiga, el calor y la sed, si no hubiese ido él mismo a la cabeza de sus tropas en la batida salvaje de aquellas cuatro noches, sosteniéndose en pie hasta el último límite del agotamiento. Cuéntase que, uno de aquellos días, le presentaron un poco de agua en un casco; Alejandro, muerto de sed, iba a beber, cuando vió las miradas tristes de sus gentes clavadas en él, y devolvió el casco con el agua: "Si bebiese yo sólo —dicen que dijo—, mis hombres sentiríanse abatidos; prefiero no beber". Y que al ver aquello, los macedonios no pudieron contenerse y gritaron: "¡Llévanos a donde quieras y por los caminos que quieras! ¡No estamos cansados, tampoco nosotros tenemos sed; mientras tú seas nuestro rey, nos sentimos inmortales!" Y, espoleando sus caballos, siguieron galopando detrás de Alejandro hasta que divisaron al enemigo y descubrieron el cadáver del gran rey.

Se ha querido ver una prueba más de la fortuna de Alejandro en el hecho de que encontrase a su enemigo muerto y de que no cayese vivo en sus manos; la persona del rey, viva, habría sido siempre motivo de grandes preocupaciones para Alejandro y, para los persas, causa de peligrosos deseos y planes, y a la postre el camino hacia la posesión pacífica del Asia tenía que pasar necesariamente sobre el cadáver del gran rey. Alejandro, dicen quienes así piensan, pudo considerarse afortunado al recoger el fruto del asesinato sin que sus manos ni su con-

ciencia estuviesen manchadas de culpa en él, pues ello le permitió congraciarse con los persas mediante la actitud de deplorar la muerte de su rey. Y tal vez Alejandro, como haría más tarde el gran romano, se olvidase de alegrarse de las ventajas que suponía para él la muerte del rey ante los sentimientos que le causara el ver caer asesinado a su enemigo, pues los grandes espíritus siéntense unidos a sus enemigos por un vínculo especial, casi nos atreveríamos a decir que por el nexo de la necesidad, del mismo modo que la fuerza del golpe se mide por la resistencia del objeto sobre el que se descarga. Si tenemos en cuenta cómo acogió y trató Alejandro a la reina madre, a la esposa y a los hijos de Darío, cómo se esforzó siempre en honrar y mitigar su desgracia, no puede cabernos duda acerca del trato que habría dado al rey prisionero, si hubiese caido vivo en sus manos; su vida, en poder del enemigo, habría estado más segura que en manos de persas y parientes suyos de sangre.

Hay, en estos sucesos, otro punto en el que cabe ver la suerte de Alejandro; su suerte o su fatalidad. Si Darío hubiese llegado vivo a sus manos, tal vez hubiese conseguido su renuncia a los países que ya le habían sido arrebatados y su reconocimiento del nuevo poder instaurado en el Asia a cambio de respetarle las satrapías orientales; habría hecho tal vez con él lo mismo que habría de hacer más tarde en la India con el rey Poros: habría dejado subsistente en las fronteras de su imperio una monarquía sujeta por vínculos más o menos estrictos de vasallaje a su soberanía de emperador. El asesinato de Darío cerraba el camino a toda posibilidad de arreglo en este sentido; si realmente Alejandro había admitido esa posibilidad, si realmente había pensado en no seguir adelante, el crimen que había segado la vida de su adversario le empujaba a continuar, hacia lo imprevisto. Los asesinos arrogábanse ahora el poder y el título que el rey legítimo no había sido capaz de defender; eran usurpadores con respecto a Alejandro, como habían sido traidores con respecto a Darío. El legado natural del rey asesinado convertía al hombre que lo había vencido en vengador suyo para con sus asesinos; la majestad de la monarquía persa, conquistada por el derecho de la espada, tornábase ahora, en mano de Alejandro, en la espada del derecho y de la venganza; aquella monarquía ya no tenía más enemigo que los últimos representantes suyos, ni más representante que su enemigo victorioso.

Los espantosos sucesos de aquellos últimos días habían hecho cambiar radicalmente la actitud de los príncipes persas. Los que no habían abandonado a su rey después de la batalla de Gaugamela, sátrapas de las provincias orientales la mayoría de ellos, habían defendido su propia causa al agruparse en torno a la persona del rey. Eran muy pocos los que compartían, por considerarla llena de peligros y sin ningún provecho, aquella actitud de abnegación y devoción conmovedora de Artabazos, que en otro tiempo había sido un huésped grato en la corte de Pella, cuando reinaba en ella Filipo, y que ahora podía estar seguro de ser recibido por Alejandro con todos los honores, si se pasaba a él. Tan pronto como la desgracia del gran rey puso en peligro sus ventajas e incluso la existencia misma de su poder, empezaron a conspirar para poner a salvo sus ventajas y sus pre-

tensiones, aun a costa de aquel rey cuya ceguera y cuyas debilidades les había permitido a ellos llevar a la ruina al imperio de los persas. Ahora, la eterna huída de Darío, después de perder tantos y tan hermosos países, ponía en peligro sus propias satrapías; parecíales más justo salir ganando algo que perderlo todo, salvar lo poco que aún quedaba del imperio persa que sacrificar también este último remanente por una causa ya perdida. Ahora, Darío sólo podía ser ıey gracias a ellos: ¿por qué no iban a poder ellos hacerse fuertes en su propia dominación, sin necesidad de la persona de Darío?

Habían tomado a su rey prisionero; el súbito ataque de Alejandro los empujó a asesinarlo para desembarazarse de él y poder ponerse a salvo; salieron huyendo en dos grupos para entorpecer la persecución; Bessos siguió el camino de Corasán hacia la Bactriana; Nabarzanes, con los restos de su ciliarquía y acompañado por el sátrapa parto, huyó hacia Hircania, para desde allí seguir a la Bactriana y unirse a Bessos. Su plan era mantener en pie la monarquía persa, por lo menos en el oriente, y elegir luego de entre ellos un nuevo rey de reyes, como se hiciera en otro tiempo después del asesinato de Smerdes. Sin embargo, era evidente que si Fratafernes de Partia, Satibarzanes de Arie y Barsaentes de Drangiana se concentraban con sus tropas en la Bactriana, como se había convenido, para luchar bajo el mando de Bessos, entregarían sus satrapías al enemigo y sacrificarían sus países a un porvenir muy remoto. Eso fué lo que movió a Fratafernes a permanecer en Hircania, y Nabarzanes se unió a él. Satibarzanes se trasladó a Aria y Barsaentes a Drangiana, para adoptar las medidas más convenientes a la gobernación de sus provincias, mediante negociaciones con Alejandro. El mismo egoísmo que los había aglutinado para asesinar a su rey desarticulaba ahora el último poder que aún habría podido oponerse al enemigo común; cada cual atendía solamente a su propio interés y ello haría que fuesen cayendo uno por uno, muy fácilmente, bajo la espada del vencedor.

### ALEJANDRO EN PARTIA

Alejandro, después de aquel desenlace y con sus gentes totalmente agotadas, no estaba en condiciones de perseguir a los asesinos de Darío, que habían huído en todas direcciones. Se detuvo a descansar en la llanura de Hecatómpile y esperó a que se le reuniesen allí las tropas rezagadas, para poner en orden los asuntos de la satrapía parta. Fué nombrado sátrapa el parto Amínapes, que se había sometido a Alejandro, en unión de Masaces, a su entrada en el Egipto, poniéndose a su lado a Tleopolemo, del cuerpo de los hetairos.

Al norte de Hecatómpile comienzan las estribaciones de la cordillera de Elburz, poblada por los tapurios; esta cordillera, cortada por algunos desfiladeros, deslinda las tierras de la Partia al sur y de la Hircania al norte, que más allá se encuentran en las rocas del macizo de Corasán. La posesión de los pasos entre el Irán y el Turán, importantísimos como medio de comunicación entre el mar Caspio y el interior del país, era, por el momento, doblemente necesaria para

Alejandro, por dos razones: primero, porque los mercenarios griegos se habían retirado de Thara a las montañas de los tapurios y, segundo, porque Nabarzanes y Fratafernes se encontraban en Hircania, al otro lado de aquellos montes. Alejandro se desvió del camino de Corasán, por el que había huído Bessos, para apoderarse de aquellos importantes desfiladeros. Zadracarta, una de las principales ciudades de Hircania, situada en las estribaciones septentrionales de las cordilleras, había sido escogida como punto de reunión de los tres destacamentos del ejército con que Alejandro había decidido trasladarse a Hircania. Erigio, acompañado por algunas tropas de caballería, marchó por el camino más largo, pero más cómodo, con el bagaje y los carros; Crátero, con su falange y la de Amintas, seiscientos arqueros y otros tantos jinetes, marchó hacia las montañas de los tapurios, para reducir a aquellas tribus y, al mismo tiempo, dar la batalla a los mercenarios griegos, si los encontraba; por su parte, Alejandro, con el resto del ejército, siguió el camino más corto y más difícil, que, saliendo por el noroeste de Hecatómpile, se interna en la montaña. Las columnas avanzaban con grandes precauciones, en cabeza el rey con los hipaspistas, las tropas más ligeras de los falangitas y una parte de los arqueros, dejando puestos de vigilancia en las alturas de ambas vertientes de la montaña para asegurar la marcha de los que venían detrás y contra los que estaban dispuestos a lanzarse, de un momento a otro, las rapaces y salvajes tribus de aquellas inmediaciones; pero el darles la batida habría costado demasiado tiempo e incluso habría sido, tal vez, completamente ineficaz. Alejandro, que se había adelantado a toda marcha con los arqueros, llegando a un llano que hay por el lado norte de la montaña, hizo alto junto a un río poco importante, para esperar allí a los que venían detrás. Todos confluyeron allí desde lo alto de las montañas, siendo los últimos los agrianos, que formaban la retaguardia de la columna y que se habían visto obligados a librar algunos combates sueltos con los bárbaros. Después, Alejandro avanzó hacia Zadracarta, a donde poco después llegaron también Crátero y Erigio, el primero con informes de que no se había encontrado con los mercenarios griegos, pero que había sometido por la fuerza a algunos tapurios, mientras que otros se le habían rendido voluntariamente.

Ya estando acampado junto al río recibió Alejandro mensajeros del ciliarca Nabarzanes, quien se mostraba dispuesto a abandonar la causa de Bessos para rendirse al rey macedonio; y más adelante se presentaron ante él, para sometérsele, el sátrapa Fratafernes y algunos de los persas más prestigiosos que habían permanecido fieles al gran rey. El ciliarca, uno de los que habían atado a Darío, hubo de contentarse con que su felonía quedase impune; su nombre, que había sido uno de los más altos del imperio, no volvió a sonar. En cambio, Fratafernes y sus dos hijos Farismanes y Sisines no tardaron en ganar la confianza de Alejandro, de la que habrían de mostrarse dignos en más de una situación peligrosa; al padre le fueron devueltas sus satrapías de Partia e Hircania. Más tarde, presentáronse también Artabazos y tres de sus tres hijos, Arsames, Cofenes y Ariobárzanes, el defensor de los pasos persas; Alejandro los recibió con todos los honores

que eran debidos a su lealtad para con Darío; a Artabazos lo conocía desde los tiempos en que había encontrado asilo en la corte de Pella, en unión de su cuñado, el rodio Memnón; aquel grande persa hallábase, desde entonces, bastante familiarizado con el carácter occidental; Artabazos y sus hijos pasaron a ocupar puestos muy honrosos al lado de Alejandro, junto a los macedonios más distinguidos. Con ellos había venido a presentarse a Alejandro, Autofrádates, el sátrapa de los tapurios; se le recibió también dignamente y se le confirmó en su satrapía. A la par que Artabazos, llegó una embajada de los mercenarios griegos que habían peleado al lado de Darío, con plenos poderes para capitular ante el rey en nombre de todas las tropas de su unidad; ante la respuesta recibida de que el crimen cometido por quienes, rebelándose contra la voluntad de toda la Hélade, habían luchado a favor de los bárbaros era demasiado grande para que pudiera admitirse capitulaciones con ellos y que lo que tenían que hacer era rendirse a discreción o buscar el modo de salvarse como mejor pudieran, los plenipotenciarios declararon que estaban dispuestos a rendirse y que Alejandro enviara con ellos a alguien bajo cuya dirección pudieran venir todos, seguros, a su campamento. Alejandro designó para el desempeño de esta comisión a Artabazos, su guía en la retirada de Thara, y a Andrónico, uno de los macedonios más prestigiosos, cuñado del negro Clito.

No ignoraba Alejandro la extraordinaria importancia que tenía la satrapía de Hircania, el valor estratégico de sus desfiladeros y de sus costas, ricas en puertos y abrigos, la utilidad de sus magníficos bosques para la construcción de navíos. Ya por aquel entonces ocupaba su espíritu el gran plan de una flota en el mar Caspio, de líneas comerciales entre estas costas y las del oriente de Asia, de un viaje de exploración por aquel mar, y más aún que esto, la necesidad de encontrar medios fáciles de comunicación entre las anteriores conquistas y las futuras expediciones militares requería la ocupación perfecta de aquella región montañosa rica en pasos que domina las márgenes meridionales del mar Caspio. Alejandro habíase asegurado inmediatamente la posesión de los desfiladeros situados en la región de los tapurios; a Parmenión se le encomendó la misión de que, con el cuerpo de ejército que había quedado en la Media, penetrase en el país de los caducios por la Media septentrional y los pasos caspios occidentales, bajando por allí hasta el mar, para abrir un camino que comunicase la Armenia y la Media con el valle del Cur y el mar Caspio. Desde allí debía seguir a lo largo de la costa hasta Hircania, incorporándose más adelante al gran ejército. Los mardios, tribus que probablemente daban nombre al río Amardos, no se habían sometido aún; el rey decidió salir a darles la batalla sin más demora. La gran masa del ejército se quedó en el campamento, mientras él, al frente de los hipaspistas, de las falanges de Coino y de Amintas, de la mitad de las fuerzas de caballería y de la unidad recién formada de los acontistas de a caballo, marchaba a lo largo de la costa hacia el oeste. Los mardios, en cuyos bosques jamás había puesto la planta un enemigo, considerábanse completamente seguros y creían que el conquistador venido del occidente se hallaba ya camino de la Bactriana. Grande

fué su sorpresa cuando vieron a Alejandro avanzar con sus tropas desde la llanura; los primeros poblados fueron tomados y sus moradores huyeron a los bosques de la montaña. Los macedonios iban abriéndose paso a costa de indecibles esfuerzos por entre aquellos espantosos bosques, muy tupidos y llenos de vegetación; no pocas veces tenían que abrirse paso con la espada a través de la espesura, viéndose asaltados aquí y allá por grupos sueltos de mardios o recibidos por una lluvia de dardos que les lanzaba un enemigo invisible. Pero, al darse cuenta de que Alejandro no cejaba en su empeño, de que seguía avanzando sin cesar y apretando las alturas en un cinturón cada vez más estrecho, con sus marchas y sus puestos de vigilancia, los mardios enviaron emisarios y se sometieron en unión de sus tierras a merced del conquistador. Alejandro les tomó rehenes, pero fuera de esto los dejó en la libre posesión de sus tierras, bajo la satrapía de Autofrádates de Tapuria.

De vuelta en su campamento de Zadracarta, Alejandro se encontró con los mercenarios griegos que se le habían rendido, mil quinientos en total, y con ellos los embajadores de Esparta, Atenas, Calcedonia y Sinope que, habiendo sido acreditados cerca de Darío, se habían retirado con los mercenarios helenos después de la traición de Bessos. Alejandro ordenó que de los mercenarios griegos fuesen puestos inmediatamente en libertad los que estuviesen a sueldo de los persas desde antes del tratado de Corinto y que a los otros se les concediese una amnistía bajo la condición de que se enrolaran en el ejército macedonio; fueron puestos bajo las órdenes de Andrónico, quien había intercedido en favor suyo. En cuanto a los embajadores, el rey resolvió lo siguiente: el de Sinope debía ser puesto inmediatamente en libertad, puesto que su ciudad no se hallaba dentro de la liga helénica y porque, además, no podía reprochársele que hubiese enviado un embajador al rey persa, que era su soberano, y otro tanto se haría con el de Calcedonia; en cambio, los de Esparta y Atenas, que indudablemente habían mantenido relaciones de traición con el enemigo común de los helenos, deberían ser retenidos en custodia hasta nueva orden.

Después de esto, Alejandro se trasladó del campamento a la residencia de la satrapía de Hircania, para emprender, tras breve descanso, ulteriores operaciones.

## MOVIMIENTO ANTIMACEDÓNICO EN LA HÉLADE

Mientras todo esto ocurría en el Asia, la suerte de las armas macedonias habría de sufrir todavía una peligrosa prueba en Europa. La decisión del litigio era muy importante, pues se trataba de dar la batalla a Esparta, el estado más prestigioso de la Hélade después de la derrota de Atenas y la caída de Tebas, que figuraba ahora a la cabeza del movimiento antimacedonio.

Como hemos visto, a fines del año 333 y a pesar de las noticias que acababan de recibirse de la batalla de Isos, el rey Agis habíase puesto en acción, de acuerdo con las fuerzas navales persas situadas aún delante de Sifnos, y había hecho que su hermano Agesilao ocupase la isla de Creta. Si entonces Atenas se

hubiese decidido a incorporarse al movimiento, tal vez —pues ello habría significado la salida del Pireo de cien trieras— habrían podido conseguirse éxitos importantes. Pero la indecisión de Atenas hizo que tampoco los otros miembros de la liga helénica se atreviesen a violar los tratados jurados por ellos, y el apoyo de algunos de los tiranos y oligarcas de las islas no habría dado al poder marítimo persa fuerza bastante para hacer frente a la flota de Anfótero y Egelojo. En la primavera del 332, con el sitio de Tiro, el poder naval de los persas deshízose completamente y hasta fines de aquel año quedaron libres todas las islas del mar Egeo, incluyendo Creta. Sin embargo, en la Hélade no se había restablecido la paz; ni las victorias de Alejandro en el oriente ni la proximidad del importante ejército que el regente del reino macedonio tenía sobre las armas determinaban a los patriotas a renunciar a sus planes y a sus esperanzas. Descontentos con cuanto había sucedido y seguía sucediendo, dejándose llevar todavía de la quimera de que, a pesar de la liga jurada y de la gran superioridad de fuerzas de los macedonios, era posible y lícito seguir haciendo una política particularista a la antigua que reverdeciera los laureles de la vieja libertad de los pequeños estados, aprovechaban cuantas ocasiones se les ofrecían para infundir a la masa, crédula y ligera de pensamientos, el descontento, el recelo y el despecho. El desastroso y trágico final de Tebas era fuente inagotable de declamaciones y el congreso federal de Corinto no había sido, según ellos, otra cosa que una mal calculada ilusión; todo lo que venía de los macedonios, incluso los honores y los regalos, era sospechoso o constituía una afrenta para los helenos libres: Alejandro no tenía más designio que convertir el sinedrio y a cada uno de sus miembros en instrumentos del despotismo macedónico; para lograr la unidad de los helenos era mejor camino el odio contra los mecedonios que la lucha contra los persas; en realidad, las victorias conseguidas sobre Persia no eran, para Macedonia, más que uno de tantos medios para aplastar las libertades de la Hélade. La tribuna de oradores de Atenas era, naturalmente, el lugar más indicado para hacer alarde de este descontento, en debates agitados e interminables; en ninguna otra parte se enfrentaban con tal furia las dos facciones contendientes; y el pueblo, dejándose llevar unas veces por Demóstenes, Licurgo e Hipereides y otras veces por Foción, Damades y Esquines, caía con frecuencia en contradicción consigo mismo y con sus soberanas resoluciones; de una parte, rivalizando con el sinedrio de la liga, enviábanse parabienes y coronas de oro a Alejandro por sus victorias y, de otra parte se sostenía, aun después de la batalla de Gaugamela, un embajador ateniense cerca de la corte del rey de Persia; y mientras Atenas mantenía de este modo relaciones que, después del tratado de la liga, constituían una franca traición, los oradores atenienses se desfogaban hablando de las nuevas violaciones de los tratados de que se hacía culpable Macedonia. Sin embargo, los atenienses no querían exponerse a ningún peligro; contentábanse con abrigar sombríos pensamientos y pronunciar grandilocuentes palabras.

El rey Agis era el único que no renunciaba a proseguir la acción ya iniciada, a pesar de que ya su hermano había sido expulsado de Creta por Anfótero y

la flota macedonia. Había logrado enrolar bajo sus banderas a una cantidad considerable de los mercenarios puestos en dispersión por la derrota de Isos; el centro de reclutamiento de Tenaro le suministraba todas las gentes de armas que tuviera dinero para enrolar; había entablado con los patriotas, especialmente con los de las ciudades del Peloponeso, relaciones que auguraban un resultado muy halagüeño; la meticulosidad y la audacia con que sabía acrecentar sus fuerzas y sus partidarios infundía a los adversarios de Macedonia, cerca y lejos, la esperanza de que estaba próxima su salvación.

### SUBLEVACIÓN DE LA TRACIA

Fué por aquel entonces, precisamente, cuando tuvo triste fin una empresa iniciada con grandes esperanzas. No sabemos si la expedición a Italia de Alejandro el epirota se realizó de acuerdo con el rey macedonio o en contra de él; lo cierto es que hubo un momento en que parecía que sus victorias iban a hacer que el helenismo de Italia se alzase más poderoso que nunca. Pero los tarentinos, que no estaban dispuestos a permitir que fuese más que un audaz condotiero lanzado contra los pueblos itálicos de las montañas, empezaron a temer a sus exaltados planes y las ciudades helénicas estaban de acuerdo con ellos en que era necesario cortarle las alas, antes de que llegase a ser un peligro para su libertad. Ante aquella conjura, paralizáronse los éxitos de sus armas, un buen día cayó asesinado por un fugitivo de la Lucania y su ejército fué aniquilado por los sabelios cerca de Pandosia. Su muerte fué seguida de desórdenes y trastornos en la Molosia en torno a su sucesión; su heredero al trono era un niño, menor de edad aún, que le había dado la Cleopatra macedonia, hermana de Alejandro; pero Olimpia —que vivía, al parecer, en el Epiro— intrigaba para arrebatar a la viuda, su hija, la corona epirota: "El país de los molosos me pertenece", escribía a los atenienses, que en Dodona habían hecho adornar una imagen de Dioné, como si no pudiera apropiárselo sin su consentimiento. Estas disensiones que comenzaban a producirse en el seno de la familia real macedonia alentaban, como era natural, las esperanzas de los patriotas de la Hélade.

En la primavera del 331, cuando Alejandro se encontraba en Tiro disponiéndose a marchar hacia el Eufrates, tenía ya noticias de los manejos del rey Agis; por entonces se contentó con ofrecer a Antipáter cien naves fenicias y sirias que habrían de unirse a las fuerzas de Anfótero para proteger las ciudades del Peloponeso fieles a Macedonia. Honró a los embajadores atenienses que fueron a cumplimentarle en Tiro con los parabienes y las coronas de oro de su ciudad y puso en libertad a los atenienses prisioneros desde la batalla del Gránico, para corresponder a los honores que Atenas le tributaba. Parecía querer esforzarse en evitar que se produjese una lucha abierta entre las armas macedonias y las espartanas, la cual, dado el estado de espíritu que reinaba en los países helénicos —hasta en la misma Tesalia comenzaban a vacilar los ánimos—, podría traer consecuencias muy lamentables; en aquellos momentos, en que se disponía a

descargar un nuevo y decisivo golpe contra Darío, confiaba en que la impresión que causara su nueva victoria aplacaría la excitación imperante en la Hélade.

Y así, durante el año 331, Antipáter hubo de contemplar impasible los preparativos de guerra del rey de los espartanos y su creciente influencia en el Peloponeso, contentándose con interponer la autoridad de Macedonia cerca de los estados de la liga, en la medida en que ello era posible, y a observar, por lo demás, cuidadosamente y siempre en guardia y preparado para la guerra, los movimientos de la facción enemiga; no le era dado valerse de los trastornos provocados por la muerte del rey del Epiro para reforzar los vínculos de dependencia de este país con respecto a Macedonia, ya bastante relajados al parecer, y hasta tuvo que soportar pacientemente la furia y los amargos reproches de la reina Olimpia, empeñada en que las armas del estado macedonio apoyasen sus pretensiones al trono de Molosia.

Entre tanto, el movimiento antimacedonio de la Hélade había tomado un giro muy serio. La noticia de la victoria de Gaugamela, que debió recibirse en Atenas al final del año 331, obligaba a los adversarios de Macedonia a someterse o a realizar sin pérdida de momento el esfuerzo final. El alejamiento de Alejandro, las disensiones del Epiro y el creciente descontento que, según se sabía, existía en los países tracios, aconsejaban y favorecían el aventurarse a un rápido ataque contra Macedonia. Pronto se supo a traves de Sinope que el gran rey, aunque derrotado, se había puesto a salvo y había ido a refugiarse en la Media, y que había convocado a los pueblos de sus satrapías orientales para que en la primavera se concentraran en Ecbatana con todas sus armas, pues estaba decidido a proseguir la lucha contra el macedonio. Todavía podía esperarse de él, por lo menos, el envío de subsidios. ¿Y cómo Alejandro, cuya expedición a Susa, a la alta Persia, debía de conocerse ya, iba a atreverse a debilitar con envíos de tropas a Macedonia y a los frentes de lucha contra los helenos un ejército como el suyo, que apenas bastaba para ocupar y asegurar aquellas líneas interminables que llegaban desde la Persia hasta el Helesponto? En cambio, si los adversarios de Macedonia seguían perdiendo el tiempo en vacilaciones, se derrumbaría lo que aún quedaba en pie del poder persa y ya sólo cabría esperar que un día Alejandro, a la cabeza de un ejército inmenso, inundase la Hélade como un segundo Jerjes y la convirtiese en una satrapía más de su imperio. La excitabilidad del espíritu popular, las declamaciones encendidas de los oradores patrióticos, la tendencia a lo exagerado y a lo increíble propia de la época y, algo que pesaba todavía mucho, el viejo nimbo del poder espartano, puesto de nuevo en pie tan gloriosamente: todo se conjuraba para provocar una explosión que podía llegar a ser de consecuencias fatales para Macedonia.

Vienen ahora una serie de sucesos extraordinariamente notables acerca de los cuales sólo poseemos, cierto es, unas cuantas referencias sueltas cuya cohesión, e incluso cuya sucesión en el tiempo, no estamos ya en condiciones de poder determinar.

Se ha descubierto recientemente la parte superior de una inscripción ática * con un relieve del que aún se conservan los vestigios de dos caballos, un hombre de himatión que sostiene en su diestra un cuenco para ofrendas y una Atenea que tiende, al parecer, su mano hacia él, y debajo estas palabras: "Rébulas, hijo de Seutes, hermano de Cotis..." Luego viene un acuerdo del pueblo, del que sólo ha podido descifrarse la fecha, correspondiente sobre poco más o menos al 10 de junio del 330. ¿Qué podía haber llevado a Atenas al hijo de Seutes, para que los atenienses le honrasen con un decreto honorífico tan ricamente ornamentado?

La historia de Arriano no nos dice nada acerca de los acontecimientos de este año en la Hélade, en Macedonia y en Tracia, pero encontramos algunas noticias acerca de ellos en las tradiciones históricas que se remontan hasta Clitarco. Diodoro dice acerca de esto: "Memnón, el estratega macedonio de la Tracia, que tenía tropas bajo su mando y era un hombre lleno de orgullo, puso en conmoción a los bárbaros y, cuando se sintió bastante fuerte, recurrió a las armas, por lo cual Antipáter vióse obligado a movilizar su ejército y a correr a la Tracia para luchar contra él". En Justino encontramos más detalles; después de narrar el final de Darío, prosigue: "Mientras ocurría esto, Alejandro recibió cartas de Antipáter desde Macedonia en que le informaba de la guerra del rey de los espartanos Agis en Grecia, de la del rey de los molosos en Italia y de la guerra de su estratega Zopirión en Escitia". Y más adelante: "Zopirión, nombrado por Alejandro estratega del Ponto, incapaz de estarse ocioso, sin emprender algo, marchó contra los escitas con un ejército de treinta mil hombres y sucumbió allí con todo su poder".

Es cierto que Curcio, cuyo relato se basa, esencialmente, en la misma fuente, habla de Zopirión y de la sublevación de los tracios en términos a juzgar por los cuales estos sucesos se produjeron cuatro años más tarde, pero, cualquiera que fuese la fecha, los acontecimientos fueron, indudablemente, los mismos: "Alejandro, al volver de India a Persia, recibió informes sobre lo que durante su ausencia había ocurrido en Asia y Europa; que Zopirión, al emprender una guerra contra los getas, había perecido con todo su ejército a consecuencia de una tormenta que se había levantado repentinamente y que, al recibir la noticia de este descalabro, Seutes había convencido a los odrisios, sus connacionales, de que desertaran, que los macedonios casi habían llegado a perder la Tracia y que ni siquiera Grecia...": al llegar aquí aparece una gran laguna en el texto de Curcio.

Por tanto, según el modo de ver de Curcio, fué el revés sufrido por Zopirión el que inspiró al príncipe tracio Seutes la idea de sublevarse contra Macedonia; según Diodoro, el instigador de este movimiento subversivo fué Memnón, el estratega de la Tracia macedónica; según otra noticia, que procede al parecer del círculo de la misma tradición de Clitarco, se echó a rodar al mismo tiempo el rumor de la muerte de Alejandro; y según otra referencia del mismo origen, Antipáter hubo de ponerse en campaña contra los "cuatro países" de las estriba-

* Véase nota 11, al final.

ciones del Haemos hasta Rodope, obligándolos a volver a la obediencia por medio de un ardid de guerra.

Poniendo en relación todas estas referencias, es fácil darse cuenta, aproximadamente, de cómo ocurrieron las cosas. Al final del otoño del año 331 Alejandro había enviado a Menes desde Susa hasta la costa con tres mil talentos, con órdenes para que de este dinero hiciera llegar a Antipáter la cantidad que necesitara para la guerra contra Agis. Suponiendo que Zopirión, el estratega del Ponto, sin instrucciones de Alejandro, evidentemente, y también sin la autorización de Antipáter, emprendiera su desastrosa expedición contra los escitas en el otoño del año 331, no cabe duda de que la destrucción de su ejército fué un golpe tan rudo contra el poder macedonio que Memnón, el estratega de la Tracia, se sintió tentado, ante aquella circunstancia favorable, a dar el golpe para hacerse independiente de Macedonia; el príncipe odrisio Seutes prestaríase muy gustoso a levantarse en armas y los pueblos tracios de la montaña, aquellos bessos a quienes, como sabemos, temían por su crueldad de foragidos los propios foragidos, se echarían al campo contra los macedonios; todo el país al norte y al sur del Haimos se hallaría en pie de guerra contra Macedonia.

## EL REY AGIS SE LANZA A LA GUERRA Y ES DERROTADO

Este debió de ser, sin duda alguna, el gran mensaje que en la primavera del año 330 llevó Rébula, hijo de Seutes, a Atenas, indudablemente con el encargo de renovar contra Alejandro las alianzas que los atenienses habían sellado contra el rey Filipo con tantos de sus antepasados, principalmente con Cetríporis y con Quersobleptes.

Ya se habían roto las hostilidades en el Peloponeso. El rey Agis había atacado y aniquilado a un contingente de mercenarios macedonios al mando de Corrago. Desde Esparta se enviaron proclamas a los helenos llamándolos a hacer causa común con la ciudad de Licurgo en pro de la libertad. Se pusieron en pie de guerra los elios, todos los de la Arcadia, con excepción de Megalópolis, y todos los aqueos, con la única excepción de Pelene. Agis se apresuró a cercar la ciudad de Megalópolis, que le cerraba el paso hacia el norte: "Día tras día se esperaba la caída de la ciudad; Alejandro encontrábase más allá de los confines del mundo y Antipáter empezaba a concentrar su ejército; no se veía claro cuál sería el desenlace": así se expresaba Esquines, algunas semanas después.

Ya la hoguera de la insurrección ardía también en la Hélade central y hasta más allá de las Termópilas; los etolios asaltaron la ciudad acarnania de Eniade y la destruyeron; levantáronse los tesalienses y los de la Perrebia. Si Atenas se sumaba ahora al movimiento con todo su poder, ¡quién sabe hasta dónde podría llegar la sublevación de la Hélade!

Aun los pocos restos que de aquellos días se conservan en las fuentes nos permiten inferir cuán violentamente se discutía en Atenas en torno a este asunto. Sabemos, por una inscripción, de un ciudadano de Platea que aportó una suma

considerable "para la guerra", y el decreto honorífico dándole las gracias fué votado a propuesta del venerable Licurgo. El mismo Licurgo llevó ante los tribunales como reo de alta traición a Leócrates, uno de los ricos que había huído de Atenas después de la batalla de Queronea y que había amasado una fortuna primero en Rodas y luego en Megara; pero el acusado encontró voces de apoyo entre muchas personas ricas y prestigiosas y en el tribunal dividiéronse por partes iguales los votos condenatorios y los absolutorios. Como si quisiera contestar a este golpe con otro, Esquines puso de nuevo en marcha la vieja denuncia contra Ctesifón, que no había vuelto a moverse desde el año 337; tratábase de condenar como ilegal la propuesta formulada por él en otro tiempo para que se concediera una corona de honor a Demóstenes; el proceso se ventiló unas cuantas semanas más tarde, cuando ya todo estaba resuelto; en el discurso pronunciado por Esquines con este motivo habla de las grandes frases pronunciadas por Demóstenes, como si hubiese ciertas personas que "castraban a la ciudad, le chupaban la savia y mataban el tuétano de sus huesos", y dice que llegó a declarar desde la tribuna de los oradores: "Confieso haber apoyado la política de Esparta y haber inducido a la deserción a los tesalienses y a los de Perrebia". De ser cierto esto, resulta que Demóstenes podía vanagloriarse —allá por la primavera del 330— de sus méritos como uno de los inductores de la sublevación contra Macedonia. Y por muy activamente que laboraran Esquines, Demades y Foción para contrarrestar aquellas corrientes, no cabe duda de que el estado de ánimo de la ciudad empujaba a la guerra; fué presentada una propuesta para que se armara la flota y se ayudara con ella a los que habían desertado de Alejandro. Entonces Demades, que era a la sazón administrador de los fondos para las fiestas, echó mano, según se relata, del último recurso: es cierto, declaró, que existen los medios financieros necesarios para la expedición propuesta; ya se había preocupado él de velar por que hubiera en la "caja teórica" dinero bastante para pagar media mina a cada ciudadano en las próximas fiestas de los coeas; ahora, que los atenienses decidieran si el dinero que les estaba destinado debía invertirse más bien en armamentos y en guerras. Los atenienses votaron contra los preparativos guerreros, y seguramente que no lo harían en gracia a las fiestas mismas. En la primavera del 331 había recibido Anfótero, como refuerzo, cien naves chipriotas y fenicias; cruzando con su flota entre la isla de Egina y el cabo Sunion, podía impedir que la escuadra ateniense se hiciese a la vela.

Mientras tanto, el rey Agis seguía delante de Megalópolis con sus fuerzas, pues la ciudad defendíase tenazmente; el hecho de que no hubiese caído con la rapidez que se esperaba enfrió, seguramente, el entusiasmo de los que tal vez se habrían levantado de buena gana si Agis hubiese avanzado con sus tropas hasta el istmo y aun más allá, cubriendo sus posiciones. En esto llegó la noticia de que Antipáter avanzaba desde Macedonia, al frente de su ejército.

Tan pronto como hubo dominado el movimiento encabezado por Memnón en tierras tracias, púsose en marcha hacia el sur; después de sofocar a su paso, rápidamente, la sublevación de Tesalia y de engrosar su ejército sobre la marcha

con los contingentes de los aliados más seguros, atravesó el istmo con un importante ejército —40,000 hombres, según los cálculos—; era lo suficientemente fuerte para permitirse el lujo de agradecer los refuerzos que le brindaban quienes ahora aparentaban haber movilizado sus tropas al servicio del rey de Macedonia. Agis, cuyo ejército parece que no excedía de 20,000 hombres de infantería y 2,000 de caballería, levantó el sitio de Megalópolis para esperar el ataque del enemigo un poco más atrás en el camino de Esparta, sobre un terreno más favorable, donde confiaba poder resistir la embestida del ejército macedonio. Prodújose allí una batalla extraordinariamente sangrienta, en que los espartanos y sus aliados realizaron, según rezan los informes, verdaderas proezas de bravura, hasta que el rey Agis, cubierto de heridas y acosado por todas partes, sucumbió ante la pujanza del enemigo y encontró la muerte que buscaba. Antipáter había vencido en toda la línea, aunque sufrió también pérdidas de importancia.

## PACIFICACIÓN DE GRECIA

La derrota de Megalópolis dió al traste con las esperanzas de los patriotas helenos y con la tentativa de restaurar la hegemonía de Esparta. Eudamidas, hermano menor y sucesor del rey muerto, el cual no había dejado hijos, había sido contrario a esta guerra desde el primer momento y, a pesar de que los aliados se habían replegado con los de Esparta sobre esta ciudad, aconsejó que se pusiera fin a la resistencia; fueron enviados embajadores a Antipáter en petición de paz. Antipáter pidió cincuenta muchachos espartanos como rehenes; se le ofrecieron otros tantos hombres, y el vencedor se avino a ello; el pleito de la violación de la paz fué llevado ante el sinedrio, convocado en Corinto; tras largas deliberaciones, el sinedrio acordó poner la decisión en manos de Alejandro, tras lo cual se enviaron embajadores espartanos al lejano oriente. La decisión dictada por Alejandro no podía ser más indulgente: perdonaba lo pasado, aunque imponiendo a los elios y a los acayos —que eran verdaderos miembros de la liga helénica, mientras que Esparta no formaba parte de ella— una obligación de pagar 120 talentos a Megalópolis en concepto de indemnización. Es de suponer que Esparta se vería obligada ahora a ingresar en la liga; pero la constitución del viejo estado heráclido no fué modificada en lo más mínimo ni su territorio sufrió ninguna nueva merma.

La tensión de espíritu reinante en Atenas cedería bastante ante lo ocurrido, aunque los atenienses seguirían, naturalmente, refunfuñando y protestando contra la situación. Poco tiempo después de la derrota de Agis en Megalópolis ventilábase ante los jueces de Atenas el proceso contra Ctesifón. "Tened en cuenta —dice Esquines en su discurso a los jueces— los momentos en que vais a emitir vuestro fallo. Dentro de pocos días se celebrarán las fiestas píticas y se reunirá el sinedrio de los helenos; en los tiempos que corren, la política de Demóstenes no le es reprochada a él, sino a su ciudad; si le concedéis la corona propuesta por Ctesifón, podrá pensarse fundadamente que estáis de acuerdo con los que han violado la paz común." Los atenienses considerarían, sin duda, como una gran

hazaña política el hecho de que Esquines no obtuviese ni siquiera una quinta parte de los votos. Aquel fallo suponía para Esquines una multa de mil dracmas; pero no los pagó; abandonó la ciudad de Atenas para trasladarse a Efeso, y a las siguientes fiestas dionisíacas le era entregada a Demóstenes la corona de oro que, habiéndole sido adjudicada después de la batalla de Queronea, significaba en estos momentos la aprobación de su política de entonces y de ahora.

Sin embargo, estas demostraciones no podían alterar ya la situación general reinante en la Hélade; desde el desastroso final del levantamiento espartano esta situación había quedado relegada a un plano secundario.

# LIBRO TERCERO

Αἴλινον, αἴλινον εἰπὲ, τὸ δ'εὖ νικάτω

## CAPITULO I

*Persecución de Bessos.—Sublevación en Aria.—Marcha del ejército hacia el sur, por Aria, Drangiana y Arajosia, hasta las estribaciones meridionales del Cáucaso índico.—La idea de Alejandro y la teoría de Aristóteles.—Descontento en el ejército. Conspiración contra la vida de Alejandro.—Reorganización del ejército.*

Por los días en que se produjo la derrota de Esparta hallábase Alejandro en Hircania, en la vertiente septentrional de la cordillera que separa al Irán del Turán, y tenía ante sí los caminos que conducían hacia la Bactriana y la India, hacia el mar ignoto con que tal vez esperaba encontrarse más allá de aquellos dos países como fronteras de su imperio, y a su espalda la mitad del imperio persa y allá lejos, a cientos de millas de distancia, la patria helénica. Estaba informado de la política de guerra de Agis, de su creciente influencia en el Peloponeso, del estado de opinión tan inseguro que reinaba en el resto de Grecia y que hacía doblemente peligrosas las alternativas de la suerte de las armas; conocía lo temible que era aquel enemigo, su prudencia, su tenacidad, su dinamismo. Y, sin embargo, seguía avanzando más y más hacia el oriente, sin preocuparse de enviar tropas a Antipáter ni siquiera de esperar a recibir noticias favorables de la marcha de los asuntos en la Hélade. ¿Y si Agis hubiese quedado vencedor? ¿O acaso Alejandro estaba seguro de su estrella? ¿Acaso despreciaba los peligros a que él mismo no podía hacer frente? Para salvar a Grecia, lanzóse en persecución de los asesinos del rey con la mitad de las tropas que le habían bastado para vencer en Gaugamela y en Isos.

Es cierto que en otro tiempo la paz de Grecia y su reconocimiento de la hegemonía macedonia había sido la premisa esencial de su poder y de sus victorias; pero ahora las condiciones se habían invertido: sus victorias le garantizaban la paz de Grecia y la posesión del Asia la persistencia de aquella hegemonía que habría sido más necio que peligroso disputarle. Si Antipáter salía derrotado, sus sátrapas de Lidia y de Frigia, de la Siria y del Egipto, estarían dispuestos a exigir en nombre de su rey, no tierra y agua, pero sí una satisfacción por la traición y la felonía. Pero aquel amor por la libertad de los descontentos, aquel equívoco heroísmo hecho de frases, de intrigas y de soborno no había encontrado su Maratón.

Alejandro podía, sin preocuparse de lo que sucediera a su espalda, proseguir los planes que el crimen de Bessos y sus cofrades le imponían o facilitaban. La posesión de los pasos caspios, las guarniciones que había dejado a la entrada de

los pasos medas para el Tigris, cerca de Ecbatana, la columna móvil que dominaba la línea del Eufrates asegurábanle, aunque separado por una doble cadena de montañas de las tierras bajas de Siria, la comunicación con las provincias occidentales de su imperio, y esta seguridad permitíale convertir aquella gran frontera de países y de pueblos que eran las montañas de Hircania en punto de partida para nuevas empresas.

## PERSECUCIÓN DE BESSOS

Después de conceder algún descanso a su ejército, de haber organizado fiestas y torneos a la usanza helénica y de haber sacrificado a los dioses, partió de la residencia de los sátrapas hircanos. Tenía junto a él, por el momento, unos 20,000 hombres de infantería y 3,000 de caballería, a saber: los hipaspistas, cuyo acreditado estratega Nicanor, hijo de Parmenión, habría de morir poco después, prematuramente, víctima de una enfermedad; la mayor parte de los falangitas y, finalmente, toda la caballería macedonia al mando de Filotas, cuyo padre, Parmenión, había quedado al frente del puesto más importante en Ecbatana. En cuanto a tropas ligeras, Alejandro tenía ahora en su ejército a los arqueros y a los agrianos. Sobre la marcha habrían de irse incorporando poco a poco a él los demás cuerpos, sobre todo los 6,000 falangitas que Clito trasladaría de Ecbatana a la Partia y las tropas ligeras y los jinetes que se habían quedado con Parmenión y que éste se encargaría de desplazar hasta la Hircania.

Sabemos a ciencia cierta que el propósito de Alejandro era marchar hacia Bactra, capital de la gran satrapía bactriana. Sabía que Bessos se había retirado con los suyos hacia aquellas tierras y que allí habían sido convocados todos los que aún se obstinaban en mantener la causa de la antigua Persia, para enfrentarse al conquistador macedonio cuando éste se atreviese a cruzar en aquella dirección las fronteras de Hircania. Alejandro tenía razones para esperar que, marchando rápidamente, encontraría y aplastaría en las márgenes del Oxos la última fuerza militar un poco importante con que aún había que contar, antes de que tuvieran tiempo de unírsele los refuerzos procedentes de la Ariana. Y aunque, por el momento, su marcha hubiera de dejar a la derecha aquellas satrapías arianas, era de esperar que también ellas se le someterían antes de descargar el golpe sobre los asesinos del rey.

Siguió el gran camino que, desde Hircania, pasa por la vertiente septentrional de la montaña y que, atravesando las tierras de la Partia y la Aria próximas al desierto del Turán, conduce hacia la Bactriana. Después de cruzar la frontera de la Aria salió a su encuentro en Susia, primera ciudad de esta provincia, el sátrapa del país, Satibárzanes, para someter a él su persona y su país y comunicarle, al mismo tiempo, importantes noticias sobre el paradero de Bessos. Alejandro dejó a Satibárzanes en posesión de su satrapía; Anaxipo, oficial de los hetairos, con 60 acontistas de a caballo, fué designado para quedarse vigilando militarmente la plaza y recibir a las columnas que fueran llegando, disposiciones de las que se infiere que Alejandro, bajo la forma cortés de una alta autoridad que

significaba muy poco, quería, por el momento, tener inactivo a aquel poderoso sátrapa en el flanco de sus operaciones, para poder continuar con mayor seguridad la rápida marcha emprendida. Pues, para aquel entonces, según le había informado Satibárzanes y corroboraron algunos de los persas que llegaron a Susia procedentes de Bactra, ya Bessos ceñía la tiara y había adoptado el título de rey del Asia y el nombre real de Artajerjes, había congregado en torno suyo a gran número de persas fugitivos y a muchos bactrianos y esperaba que los territorios escitas cercanos le enviasen ejércitos auxiliares.

Alejandro iba avanzando, pues, por el camino hacia Bactra; ya se habían incorporado al ejército expedicionario la caballería aliada que Filipo había conducido hasta allí desde Ecbatana, los jinetes mercenarios y los tesalienses reenganchados en el ejército macedonio. El rey podía esperar fundadamente que, con aquellos refuerzos y con la rapidez de movimientos característica en él, lograría derrotar en poco tiempo al usurpador.

### SUBLEVACIÓN EN ARIA

Estaba en plena marcha cuando recibió noticias altamente inquietantes de Aria: Satibárzanes, traicioneramente, había atacado al puesto macedonio de vigilancia y, después de dar muerte a todos sus componentes y a su jefe Anaxipo, había llamado al pueblo de su satrapía a las armas; decíase que Artacoana, residencia de la satrapía, era el punto de concentración de los sublevados y que, tan pronto como Alejandro cruzase la frontera de Aria hacia la Drangiana, el sátrapa felón se uniría allí con Bessos y atacaría a los macedonios dondequiera que los encontrase, después de fundir sus fuerzas con las del nuevo rey Artajerjes. A Alejandro no podía ocultársele que aquel movimiento insurreccional en el flanco de su ruta representaba un peligro muy serio; desde Aria podían cortar completamente sus comunicaciones y prestar una ayuda muy eficaz al usurpador. Y había que tener en cuenta que el sátrapa de las dos provincias limítrofes con Aria, Drangiana y Arajosia, era Barsaentes, uno de los regicidas; podía darse por descartado que se uniría a la sublevación. En aquellas condiciones habría sido una locura proseguir la expedición hacia Bactra; aun a riesgo de dejar al usurpador ganar tiempo para ulteriores preparativos, no tenía más remedio que reparar rápida y resueltamente el error táctico cometido al confiar todo el flanco de sus operaciones a un aliado muy sospechoso, sometiendo todo el territorio del flanco antes de seguir adelante. Así, pues, relegó a segundo plano, por el momento, la persecución de Bessos y la ocupación de la Bactriana, para asegurarse la posesión plena de Aria y de los demás territorios arianos y poder reanudar desde allí, con redoblada seguridad, las operaciones interrumpidas contra el usurpador.

Alejandro partió sin pérdida de momento contra el sátrapa sublevado, llevando consigo a dos falanges, los arqueros y los agrianos, la caballería macedonia y los acontistas de a caballo, mientras el resto del ejército, al mando de Crátero, acampaba en el sitio en que se encontraba a la sazón. Después de dos fatigosísi-

mas jornadas de marcha, llegó Alejandro delante de Artacona; en la ciudad reinaban la agitación y el desconcierto; Satibárzanes, aturdido ante el súbito ataque y abandonado por sus aterrorizadas gentes de armas, huyó por la montaña para ir a reunirse con las tropas de Bessos; los moradores de la Aria abandonaron sus poblados y fueron a esconderse en los montes. Alejandro se abalanzó sobre ellos, los cercó y dió muerte o redujo a esclavitud, en aquella batida por las montañas, a unos trece mil hombres. Estos métodos expeditivos y severos sometieron rápidamente a la provincia, cuya satrapía fué confiada al persa Arsames.

La Aria es uno de los territorios más importantes de Persia, el paso obligado entre el Irán, el Turán y la Ariana; allí donde el Ario tuerce su curso en ángulo recto hacia el norte, se cruzan las grandes calzadas militares de Hircania y la Partia, de Margiana y Bactriana, los caminos que vienen de las fértiles tierras de Seistán y del valle alto del Cabul; en este punto estratégico fué fundada una colonia macedonia, Alejandría de Aria, y entre los habitantes de Herat perdura todavía hoy el recuerdo de Alejandro, fundador de su rica ciudad.

### MARCHA HACIA EL SUR, POR ARIA, DRANGIANA Y ARAJOSIA, HASTA LAS ESTRIBACIONES MERIDIONALES DEL CÁUCASO ÍNDICO

A través de los informes recogidos para modificar su plan de marcha, Alejandro se formaría, seguramente, una idea bastante clara de la situación reinante en las satrapías iranesas situadas en la ruta de la Bactriana y la India, de las montañas y los ríos que dan su fisonomía a estos países, de los caminos y los pasos que los unían entre sí. Fué entonces, probablemente, cuando consideró necesario proceder a la ocupación de todo el flanco sur de la Bactriana antes de emprender las operaciones decisivas contra el usurpador apostado con sus fuerzas en aquel territorio, cortarle los suministros y las posibles ayudas que le llegaran de los países de la Ariana y la India, bloquearle describiendo alrededor de sus dominios un amplio arco para acabar asestando el golpe sobre el ala extrema de las posiciones enemigas con arreglo al mismo sistema estratégico seguido en las batallas del Gránico, de Isos y de Gaugamela. La operación inicial de este movimiento envolvente, cuyas siguientes etapas serían la Drangiana y la Arajosia, fué la marcha sobre la Aria. Tan pronto como las tropas de Crátero se reunieron con las suyas, Alejandro se dirigió hacia el sur para someter los diversos distritos de aquellos territorios, entonces ricos y densamente poblados. Barsaentes no esperó su llegada y se apresuró a huir por la frontera oriental de su satrapía a las tierras de los hindúes, quienes más tarde lo entregaron. Alejandro siguió avanzando y entró en el valle del Adrescan, que desemboca en el lago de Area (hoy, Hareva), en las tierras de los drangios o sarangios, cuya capital, Proftasia, se le entregó sin la menor resistencia.

Al sur de los drangios moraban, en las fértiles llanuras del Seistán meridional, que por aquel entonces no se hallaban aún cubiertas de arena, los ariaspes, a que los griegos daban el nombre de euergetes, un pueblo pacífico que vivía de la agricultura y que, aclimatado desde tiempos muy antiguos en este "país prima-

veral" llevaba aquella vida tranquila, laboriosa y ordenada que pinta y ensalza la doctrina de Zoroastro. Alejandro hizo honor, de diversos modos, a la hospitalidad con que aquellas gentes le recibieron; no cabe duda de que tenía gran importancia, para sus planes, el que aquel pequeño país próspero y floreciente situado en medio de las montañas y los desiertos de la Ariana le acogiese con simpatía. Una estancia un poco prolongada entre estas tribus, una pequeña ampliación de su territorio, anhelada por ellas desde hacía largo tiempo, la conservación de sus antiguas leyes y costumbres y de su organización política, la cual no parecía desmerecer en nada de la de las ciudades griegas y, finalmente, su relación con el imperio, más independiente desde luego que la de las otras satrapías: tales fueron, sobre poco más o menos, los medios de que se valió Alejandro para incorporar al nuevo orden de cosas instaurado por él a aquel notable pueblo de los ariaspes, sin necesidad de crear colonias en su territorio ni de recurrir a medidas de violencia.

Las tribus de los gedrosios, cuyo cantón tocó a su paso, le recibieron también pacíficamente. Sus vecinos septentrionales, los arajosios, se sometieron sin lucha; sus territorios extendíanse hasta los pasos que conducen a las tierras regadas por los ríos que desembocan en el Indo; teniendo en cuenta esta razón estratégica, Alejandro entregó la satrapía de la Arajosia al macedonio Menón, puso a sus órdenes 4,000 soldados de infantería y 600 de caballería y ordenó que fuese fundada aquella Alejandría de Arajosia (Candahar), estratégicamente situada a la entrada de los desfiladeros y que sigue siendo todavía hoy una de las ciudades más florecientes de la región y conservando bajo su nombre moderno el recuerdo de su fundador. Saliendo del país de los arajosios, el ejército macedonio, entre grandes penalidades —pues estaban declinando las pléyades, era hacia fines de noviembre y aquellas regiones montañosas se hallaban cubiertas de nieve—, se internó en la zona de los parapanísades, la primera tribu hindú que encontraba a su paso; al norte de esta región se yergue la cordillera del Cáucaso índico, los montes Parapanisos o Indu-Kuch, que era necesario atravesar para salir al país ocupado por Bessos.

Tales fueron, muy a grandes rasgos, las marchas con que Alejandro, en los últimos meses del 330, condujo a su ejército desde los confines septentrionales de Jorasán hasta las faldas del Cáucaso índico. Este período de la campaña, rico en penalidades y pobre en glorias guerreras, habría de adquirir una triste celebridad a consecuencia de una criminal conspiración: los conjurados habíanse propuesto eliminar a Alejandro como en el campo de enfrente se había hecho con Darío, y el plan contaba con la aquiescencia del ejército, cansado ya, al parecer, de aquellas marchas durísimas e interminables.

Huelga decir que muchas de las cosas que el rey hacía o dejaba hacer decepcionaban no pocas esperanzas, alimentaban hartos recelos y parecían justificar bastantes descontentos, y no podía ser menos, dado el ritmo arrollador de la conquista, la celeridad de las transformaciones provocadas por ella y la orientación que Alejandro creía obligado darles.

Un moderno investigador ha llegado en su juicio histórico sobre la obra de Alejandro a la conclusión de que "su apetito devorador no fué otra cosa que conquista, conquista hacia el este y el oeste, hacia el norte y el sur", explicación que, ciertamente, no es complicada ni difícil de comprender. Pero, si Alejandro vencía y lograba éxitos tan arrolladores como aquéllos, si destruía el poder que hasta entonces había mantenido en cohesión a los pueblos del Asia y si, al mismo tiempo, concebía el derrocamiento del poder anterior como la instauración de un poder nuevo, forzosamente debía estar de antemano seguro del plan con arreglo al cual pretendía edificar su obra, de la idea que había de orientar los primeros pasos de la obra y darles una pauta y una medida.

### LA IDEA DE ALEJANDRO Y LA TEORÍA DE ARISTÓTELES

El más profundo de los pensadores de la antigüedad y profesor de Alejandro, Aristóteles, le asesoró más de una vez en este importante problema, aconsejándole mantenerse ante los helenos en un plano de hegemonía y ante los bárbaros en un plano de soberanía, tratar a los primeros como amigos y hermanos de raza y a los segundos como a bestias y plantas. A su modo de ver, la misma naturaleza justificaba esta distinción, pues, para decirlo con sus propias palabras, "los pueblos de las regiones frías de Europa son pueblos valientes, pero incapaces de desarrollar un trabajo espiritual ni de demostrar ningún talento para el arte; por eso, aunque la mayoría de ellos viven libres, no muestran aptitudes para una vida política ni para dominar a otros pueblos; los de Asia son pueblos de espíritu ágil y diestros en las artes, pero carentes de valentía; por eso viven bajo la férula de dominadores y reducidos a esclavitud; el pueblo de los helenos, que ocupa un lugar intermedio entre unos y otros, comparte las características de ambos grupos: es un pueblo valiente y, al mismo tiempo, fuerte por su pensamiento; por eso goza de libertad y de la mejor vida política conocida y es capaz de dominar a todo el mundo estando reunido en un solo estado". Reflexión que sería acertada si la vida de los pueblos estuviera forzosamente destinada a ser y a seguir siendo por siempre lo que la naturaleza ha dispuesto. Pero, aun cuando la historia —de la que Aristóteles hace poco caso— no se encargase de desarrollar nuevas fuerzas y condiciones, ateniéndonos solamente a los problemas que al vencedor se le planteaban en el Asia, es evidente que el consejo del profundo pensador pecaba de doctrinario, era inservible para hacer frente a las necesidades prácticas inmediatas y apremiantes y mucho más inadecuado todavía para crear un estado de cosas viable y más aún para instaurar un régimen moralmente justificado. El filósofo proponíase simplemente conservar y continuar la suma de lo existente; Alejandro, en cambio, veía en la inmensa transformación que se estaba operando, en aquella revolución que era, a la par, el resultado y la crítica de lo existente, los elementos de una nueva estructura que trascendían del esquematismo en que las supuestas necesidades impuestas por la naturaleza habían de ser superadas por la fuerza de la historia, en su desarrollo progresivo.

Si el hundimiento del poder persa era una prueba de que ese poder y su vitalidad habían llegado a la fase de su completo agotamiento, ¿acaso el helenismo, con su libertad y la imagen engañosa de la mejor constitución, se hallaba en mejores condiciones? ¿Acaso se había sentido lo bastante fuerte para sobreponerse a la vergonzosa mediatización de la política persa, para defenderse de las inminentes invasiones de los bárbaros del norte, mientras cada ciudad helénica había vivido exclusivamente para sus libertades y para el gozo de sentirse dueña y señora de otros? Y, viniendo a los propios macedonios, ¿acaso habían tenido ninguna importancia como pueblo ni se habían sentido siquiera seguros de sus propias fronteras hasta el momento en que su monarquía, alzándose decidida y fuerte, los enseñó y los obligó a algo más que a seguir siendo lo que durante tanto tiempo habían sido? Cuando Alejandro leyera la *Política* de su maestro se encontraría en ella con un pasaje muy importante: el discurso sobre la igualdad de los derechos y deberes de los miembros del estado, con la tesis de que en ella residía la esencia de la mejor organización política concebible: "Pero si alguien se distingue por capacidades tan descollantes que las dotes y el poder político de los otros no sean conciliables con las de aquél, no podrá considerársele ya como parte del todo; al hombre que descollase de tal modo sobre los demás por sus capacidades y su poder se le trataría injustamente considerándolo como igual a los otros; pues sería como un dios entre los hombres: de aquí se deduce que también la legislación se circunscribe necesariamente a quienes son iguales por su nacimiento y su poder; para aquellos otros, en cambio, no existe ley, pues ellos mismos son ley; quien pretendiese dictar leyes para ellos caería en el ridículo; recibiría tal vez la respuesta que, según Antístenes, dió el león cuando, en una asamblea de animales, la liebre pronunció un discurso sosteniendo que todos debieran obtener la misma parte en el botín".

Tales eran las concepciones de Aristóteles. No cabe duda de que el filósofo no había querido deslizar en ellas ninguna alusión personal, pero ¿quién que las leyera no pensaría inmediatamente en Alejandro? "Todo el mundo —dice Polibio— está de acuerdo en que el espíritu de este monarca descuella por su grandeza sobre la medida común de los humanos". De su fuerza de voluntad, de su amplia y profunda visión, de su superioridad intelectual son testimonio irrefutable sus hazañas y la severa y hasta rígida consecuencia que les sirve de hilo de engarce. Su mira, el modo como él mismo concebía su obra —único criterio que un enjuiciador justo puede aplicar— sólo podemos descubrirlo hoy de un modo más o menos aproximado y por vía indirecta, a base de lo que a él mismo le fué dado realizar. Alejandro era un hombre que se hallaba a la altura de la cultura, de los conocimientos de su época; no tendría de la misión de un rey una idea menos grandiosa que la del "maestro de cuantos piensan". Pero podemos estar seguros de que no se dejaba llevar por la consecuencia rígida de la idea de la monarquía y de la "misión tutelar del monarca", como su gran maestro, hasta el punto de creerse obligado a tratar a los bárbaros como a bestias y plantas, ni creía que los macedonios habían sido educados por su padre en el manejo de las armas para

convertirse en "señores sobre aquellos que han nacido para ser esclavos", ni, menos aún, pensaba que primero su padre y luego él habían impuesto a los helenos la federación corintia para poder explotar y devorar al Asia, después de reducirla militarmente a la impotencia, con refinado egoísmo e insolente arrogancia.

Alejandro había descargado un golpe terrible sobre el Asia; seguramente se acordaría de la lanza de su antepasado Aquiles y asignaría a su lanza de rey la misión carismática de curar la herida abierta por ella. La destrucción del antiguo reino persa y el final de Darío habían hecho de él el heredero del poder sobre innumerables pueblos tratados hasta entonces como esclavos. ¿Qué misión más digna de un monarca como él que la de libertarlos, en la medida en que supiesen o pudiesen ser libres, conservar y estimular lo que hubiera en ellos de sano y de plausible y honrar y embellecer lo que tuvieran de sagrado y de peculiar? Si quería hacer de ellos copartícipes del imperio que en lo sucesivo habría de fundirlos con el mundo helénico, no tenía más camino que atraérselos y seguir con ellos una política conciliatoria; en esta nueva monarquía, una vez conseguida la victoria, no debía hablarse de vencedores y vencidos, debía olvidarse en absoluto la diferencia entre bárbaros y helenos. Si lograba fundir a los habitantes de este vasto imperio occidental-oriental en un gran todo en que se complementasen y compensasen mutuamente las dotes y los recursos de los diversos pueblos que lo componían, si conseguía asegurar su paz interior y darles normas de vida y de gobierno firmes y sólidas, enseñarles "las artes de las musas" sin que por ello perdieran "su temple acerado, como el hierro", podía estar seguro de haber realizado aquella "obra beneficiosa" que, según Aristóteles "es requisito necesario en la verdadera instauración de una monarquía". Y si su ambición, su premio como vencedor, su entusiasmo se cifraban en instaurar un imperio occidental-oriental de tipo helénico, en "trasplantar la monarquía de los persas a los helenos", como habría de formularlo una época posterior con arreglo a la visión del profeta, la necesidad de las cosas le trazaba de un modo más claro y más imperativo con cada día que pasaba los caminos que debía seguir para llevar a cabo la obra iniciada.

En estos caminos interponíanse dificultades inmensas, arbitrariedades, violencias, fuerzas contrarias a la naturaleza que parecían hacer imposible la realización de lo ya comenzado. Pero estos obstáculos no le hacían vacilar; lejos de hacer flaquear su ánimo, espoleaban su fuerza de voluntad y la indomable seguridad en sí mismo que animaba todos sus actos. La obra iniciada por él en el entusiasmo de sus años mozos lo dominaba por completo; le arrastraba con ritmo de avalancha, y la destrucción, la devastación y campos inmensos de cadáveres marcaban su camino; y con el mundo por él vencido iban transformándose también su ejército, el ambiente que le rodeaba, él mismo. Pero Alejandro seguía adelante a paso de carga, con la vista clavada en su meta, sin alcanzar a divisar otra cosa y viendo en ella su propia justificación.

Tal vez pensase que la necesidad imperativa de aquello que quería se derivaba por sí misma de lo que estaba acaeciendo y se impondría con plena fuerza

de convicción aun a quienes no se sintieran movidos por la misma voluntad. No importa que, por el momento, su imperio se diferenciara poco, en cuanto a la forma, del de los Aqueménidas: la diferencia sustancial y de consecuencias imprevisibles estribaba en la nueva fuerza que supo infundir a la vida asiática; pudo confiar tranquilamente al espíritu profundo, ilustrado, dinámico y sin cesar fluyente del helenismo, seguro de que sabría coronarla, la obra comenzada por la victoria de las armas. Por el momento, lo interesante era aproximar y enlazar mutuamente a los elementos que habían de mezclarse y hacerse fermentar entre sí. El carácter asiático era más vivo, más receloso, más torpe y estancado en su masa; de la cautela con que se lo tratara, de la comprensión de su peculiaridad e incluso de sus prejuicios, de su gran flexibilidad dependía, en esta primera etapa, la existencia del nuevo imperio. También ellos, los asiáticos, debían ver en Alejandro a su rey; él y sólo él representaba, de momento, la unidad del vasto imperio, el núcleo en torno al cual debía cristalizar la nueva formación. Y del mismo modo que sacrificaba ante los altares de sus dioses y celebraba sus fiestas nacionales, quería hacer ostensible en las personas y en el ambiente que le rodeaban y en las fiestas de su corte que también él formaba parte del mundo asiático. Desde el final de Darío, empezó a recibir a los asiáticos que acudían ante él vestido a la usanza y con el ceremonial de los monarcas del Asia, trocando la sobria sencillez del campamento macedonio por la fascinadora pompa de las cortes orientales; pero, a la mañana siguiente, volvía a vérsele a la cabeza de sus macedonios, el primero en el combate, incansable en las fatigas, atento a las necesidades de sus tropas, asequible a todos y afable con todos.

El carácter macedónico no se había distinguido nunca por su adaptabilidad; la guerra y los fabulosos éxitos conseguidos en ella no habían hecho más que exacerbar el carácter duro y orgulloso de estos hetairos. No todos comprendían como Efestión las intenciones y la política de Alejandro o sentían, como Crátero, la devoción y la abnegación necesarias para apoyar aquella política simplemente por lealtad hacia quien la mantenía; la mayoría de los jefes macedonios no acertaban a comprender y desaprobaban lo que el rey hacía o dejaba de hacer. Mientras que Alejandro no escatimaba esfuerzo para atraerse a los vencidos y hacerles olvidar que los macedonios eran sus vencedores, muchos de los que ostentaban mando bajo su égida, en su soberbia y en su egoísmo, consideraban indispensable como base de todas las instituciones una actitud de completa sumisión por parte de los asiáticos y agregaban a la plenitud despótica de poderes de los antiguos sátrapas, como algo evidente por sí mismo, el cruel derecho de la fuerza del conquistador. Mientras que Alejandro aceptaba la prosternación de los grandes persas y la adoración que los orientales se creían obligados a rendirle con la misma devoción que las embajadas honoríficas que los griegos le enviaban y el grito militar de saludo de sus falanges o sus hetairos, como iguales de su rey, les habría gustado ver a todos los demás humillados ante ellos entre el polvo de su servil sumisión; y aquellos hombres que, en la medida en que se lo consentían la vida de campamento y la presencia o la proximidad de su rey y las constantes y enérgicas

protestas de éste, se entregaban de lleno a la sensualidad y al desenfreno de la vida asiática sin más finalidad que la de halagar sus sentidos exacerbados, veían con malos ojos que el rey se vistiera a la usanza de los monarcas medos y se rodeara del brillo de la corte persa, en que los millones de asiáticos lo reconocían y lo adoraban como a su rey. De este modo, muchos de los príncipes macedonios fueron convirtiéndose en asiáticos en el peor sentido de la palabra y la proclividad asiática al despotismo, a la intriga y a la disipación hermanábase en ellos a un exceso verdaderamente macedónico de violencia y de infatuación, que en la lucha, afanosa como se hallaba todavía de gloria, era capaz de hacer de ellos hombres valientes y dispuestos a las más grandes osadías.

### DESCONTENTO EN EL EJÉRCITO. CONSPIRACIÓN CONTRA LA VIDA DE ALEJANDRO

Tan pronto como Alejandro empezó a incorporar a su corte elementos de vida oriental y a reunir en torno suyo a los grandes de la monarquía persa, atrayéndoselos con las mismas pruebas de devoción y la misma liberalidad con que colmaba a los macedonios, distinguiéndolos con la misma confianza y honrándolos con las mismas misiones importantes, confiriéndoles satrapías y otros altos puestos, los grandes macedonios, como era natural, sintiéronse traicionados y humillados y empezaron a mostrar su repugnancia hacia aquellos elementos asiáticos a quienes el rey favorecía y a considerarse, frente a ellos, como los representantes del antiguo y auténtico carácter macedónico. Muchos, principalmente los generales más viejos, procedentes de la época de Filipo, no se recataban para manifestar su antipatía contra los persas y su desconfianza con respecto a Alejandro; y se respaldaban y estimulaban los unos a los otros ante el miedo de verse postergados y tratados con ingratitud por quien se lo debía todo; habían tenido que luchar —así pensaban ellos— largos y duros años para ver ahora cómo los frutos de su victoria pasaban a manos de los vencidos; pronto el rey, que ahora se atrevía ya a elevar a los grandes persas al mismo rango que a ellos, trataría a los macedonios como a los antiguos esclavos del reino persa; Alejandro olvidaba a los macedonios y era necesario ponerse en guardia ante lo que pudiera ocurrir.

Alejandro no ignoraba aquellas corrientes de descontento; cuéntase que su madre le había precavido repetidas veces y exhortado a mostrarse cauteloso con respecto a sus grandes y reprochándole su exceso de confianza y de mercedes para con aquella antigua nobleza macedonia, la excesiva liberalidad con que convertía a los súbditos en reyes y les permitía rodearse de amigos y seguidores, a costa de arrebatarle los suyos propios. Alejandro no podía desconocer que, incluso entre los que estaban más cerca de él, había muchos que seguían sus pasos con recelo y reprobación; por lo que a Parmenión se refiere, estaba acostumbrado a ver constantemente en él un censor y crítico de sus actos; y en cuanto a Filotas, hijo de Parmenión, sabía sobradamente que no se recataba para censurar sus medidas de gobierno y que hasta se permitía manifestarse en términos bastante despectivos con respecto a su persona; pero lo atribuía al carácter hosco y som-

brío del hiparca, a quien, por lo demás, tenía en gran estima y consideraba como a hombre celoso, valiente e incansable en el servicio; le dolía mucho más que un hombre tan leal y de tan recio corazón como Crátero, a quien estimaba más que a nadie, no estuviese siempre de acuerdo con lo que sucedía y que hasta Clito, que tenía a su mando la agema de la caballería, fuese distanciándose más y más de él. Iba marcándose entre los generales macedonios, cada vez más claramente, una división que, aunque por el momento no tuviese consecuencias graves, agriaba los espíritus y provocaba a veces, en los mismos consejos de guerra, explosiones muy desagradables de irritación; los más violentos querían ver la guerra terminada, el ejército licenciado y el botín repartido; y en las propias filas del ejército, tal vez sin que deje de andar en ello su mano, comenzaba a cobrar cuerpo, cada vez más amenazadoramente, el deseo de volver a la patria.

Así iba creciendo el descontento, que ya el rey no podía dominar con mercedes, con indulgencia y con confianza. Las cosas no podían ni debían seguir mucho tiempo así; la disciplina del ejército y el deber de obediencia y acatamiento de sus oficiales eran condiciones primordiales, no sólo para el triunfo de las empresas militares presentes y futuras, sino también para la conservación de lo ya conseguido y para la seguridad del ejército mismo, y aunque Alejandro no podía desear sorprender a hombres como Crátero, Clito, Filotas y Parmenión ni a ninguno de los hetairos embarcados en una aventura criminal, sí debía de apetecer, aunque sólo fuese por dar un escarmiento y disipar de una vez aquel estado inseguro de espíritu reinante en el ejército, que se produjera una crisis en que se le ofreciera la coyuntura que enfrentara abiertamente con él a la facción y le permitiera aplastarla.

Alejandro pasó el otoño del 330 descansando con su ejército en la capital del país con los drangianos. Crátero con sus tropas había venido a reunirse con el grueso de las fuerzas desde el camino de Bactra; hallábanse también en el campamento del rey: Coino, Pérdicas y Amintas con sus falanges, la caballería macedonia de Filotas y los hipaspistas; el jefe de éstos, Nicanor, hermano de Filotas, había muerto hacía poco y su muerte había sido una pérdida dolorosa para Alejandro, quien mandó a su hermano hacerle unas solemnes exequias. Su padre, Parmenión, habíase quedado con la mayoría de las otras tropas en la lejana Media, con la misión de guardar los caminos que conducían a la patria y los ricos tesoros del imperio persa; tenía el mandato de incorporarse al gran ejército a la primavera siguiente: "En esto, fué denunciada a Alejandro la traición de Filotas", dice Arriano y pasa a relatar sumariamente cómo procedió contra ella el rey. Más detallado, aunque no sabemos si conforme a la verdad, es el relato de la fuente en que se inspiran Diodoro, Curcio y Plutarco. La narración es, en sus rasgos esenciales, la siguiente:

Entre los descontentos que rodeaban al rey encontrábase un tal Dimnos de Calestra, en la Macedonia. Este confió a Nicómaco, con quien sostenía relaciones sexuales, que había sido herido en su honor por el rey y que estaba dispuesto a vengar la ofensa recibida; que había personajes de alta alcurnia de acuerdo con

él y que, en general, todo el mundo deseaba que cambiaran las cosas; que era necesario quitar de en medio al rey, odiado de todos, y que antes de tres días tenía que morir. Nicómaco, temiendo por la vida del rey pero sintiéndose demasiado tímido para hacer llegar a él, directamente, una noticia tan grave, reveló el infame plan a su hermano Cebalino y le exhortó a que lo denunciara cuanto antes. El hermano se traslada al palacio en que mora el rey; para no llamar la atención, aguarda a la puerta a que salga uno de los estrategas a quien pueda poner en antecedentes del peligro que corre Alejandro. El primero a quien ve es Filotas; le comunica lo que acaba de averiguar y le hace responsable de la inmediata transmisión del importante mensaje y de la vida del rey. Filotas vuelve junto a éste y le habla de una serie de cosas indiferentes, sin aludir para nada al peligro inminente que le amenaza. Por la noche le visita Cebalino para informarse de lo hecho por él, y Filotas le comunica que no ha podido hacer nada, pero que lo hará al día siguiente, pues hay tiempo. Pero al día siguiente, Filotas sigue callando la importante noticia, a pesar de que ve a solas al rey varias veces en el transcurso del día. Cebalino empieza a sospechar, se dirige a Metrón, uno de los pajes del rey, le cuenta lo que ha averiguado y le insta a que le consiga una entrevista secreta con Alejandro. Metrón le conduce al cuarto de armas del rey, cuenta a éste durante el baño lo que Cebalino le ha denunciado y lleva al mismo denunciante a su presencia. Cebalino confirma y completa el informe, le dice que no debe culpársele a él del retraso en la transmisión de la denuncia y que, en vista de la extraña conducta de Filotas y del peligro de una nueva demora, se había atrevido a dirigirse personalmente al rey. Alejandro le escucha con profunda emoción y ordena que inmediatamente sea detenido Dimnos. Este, viendo que la conjura ha sido descubierta y que sus planes han fracasado, se suicida. En seguida es traído a presencia del rey Filotas, el cual asegura que no dió importancia al asunto, por creer que se trataba de una bravata de Dimnos sin el menor alcance; confiesa que le sorprende el suicidio de éste y añade que el rey sabe sobradamente cuáles son sus sentimientos de lealtad. Alejandro le despide sin exteriorizar la menor duda acerca de estos sentimientos y le exhorta a que no deje de sentarse a su mesa, como los demás días. Convoca a un consejo de guerra secreto y da cuenta en él de lo sucedido. La preocupación de los amigos leales hace que aumenten las sospechas del rey en cuanto a la trabazón de todo aquello y su extrañeza ante la sorprendente conducta seguida por Filotas; ordena que se guarde el mayor sigilo acerca de lo tratado y que Efestión y Crátero, Coino y Erigio, Pérdicas y Leonato se presenten ante él a media noche para recibir otras consignas. A la hora de la comida se sientan a la mesa del rey sus íntimos, entre ellos Filotas; los comensales se separan ya bien entrada la noche. A media noche, se presentan en la cámara regia aquellos generales, acompañados de pocas gentes de armas; el rey ordena que se refuercen las guardias de palacio y se pongan retenes en las puertas de la ciudad, sobre todo en las que dan al camino de Ecbatana; destaca a unos cuantos mandos especiales para detener secretamente a los que han sido denunciados como complicados en la conspiración y, final-

mente, envía a trescientos hombres armados al barrio de la ciudad en que vive Filotas con la orden de acordonar la casa, penetrar en ella, detener al hiparca y traerlo a palacio. Así transcurre la noche.

A la mañana siguiente es reunido todo el ejército en asamblea. Nadie sospecha lo que ocurre ni las medidas tomadas durante la noche que acaba de transcurrir. Aparece el rey y anuncia que, siguiendo la costumbre macedónica, ha congregado al ejército para que conozca y juzgue como tribunal un plan de alta traición contra su propia vida, que acaba de ser descubierto. Nicómaco, Cebalino y Metrón declaran como testigos y el cadaver de Dimnos sirve de prueba de convicción de sus testimonios. En seguida el rey denuncia a los cabecillas de la conjura: dice que la primera denuncia de que se trataba de asesinar al rey en término de tres días fué hecha a Filotas, el cual, a pesar de visitar el palacio real dos veces al día, no creyó oportuno comunicar al rey nada de lo que sabía de tan grave asunto, ni el primer día ni el segundo; luego pone de manifiesto varias cartas de Parmenión, en que el padre aconseja a sus hijos Filotas y Nicanor en estos términos: "Velad primero por vosotros mismos, luego por los vuestros y alcanzaremos lo que nos proponemos"; agrega que estas intenciones aparecen corroboradas con una serie de hechos y palabras y atestiguan el propósito decidido de cometer el más infame de los crímenes; no puede olvidarse —dice Alejandro— que ya al morir asesinado el rey Filipo, Filotas se mostró partidario de la exaltación al trono del pretendiente Amintas, ni que su hermana era la esposa de aquel Atalo que durante tanto tiempo les persiguiera a él y a su madre Olimpia y que, por último, al ser enviado al Asia con Parmenión, se había sublevado al frente de sus tropas; todo ello no había sido obstáculo para que él, Alejandro, hubiese honrado a esta familia con toda clase de distinciones y de pruebas de confianza; ya en el Egipto había tenido noticia de las insolentes y amenazadoras manifestaciones hechas reiteradamente por Filotas contra el hetairo Antígono, pero habíalas atribuido a su carácter violento e impulsivo; ello no había hecho mas que exacerbar las ambiciones y la arrogancia de Filotas; su dudosa liberalidad, su desenfrendada disipación y su insensata soberbia habían llegado a inquietar a su mismo padre y a dar motivo a que éste le amonestase frecuentemente para que no fuese a delatarse antes de tiempo; hacía ya mucho tiempo que no servían lealmente al rey, y nadie habría olvidado que la batalla de Gaugamela había estado a punto de perderse por culpa de Parmenión; desde la muerte de Darío habían ido madurando sus planes de traición y, mientras él seguía otorgándoles toda su confianza, estaban tan avanzados en la criminal conjura, que ya habían señalado el día en que había de morir y habían escogido a los asesinos y preparado el derrocamiento de todo lo existente. Los macedonios, cuenta la narración de los hechos que estamos siguiendo, escucharon las palabras del rey con muestras de profunda indignación; pero ello no fué obstáculo para que les moviera a compasión el ver cómo era llevado a su presencia Filotas, con las manos atadas. El estratega Amintas toma la palabra contra el culpable que, de haber llevado a cabo su nefando plan, habría destruído con la vida del rey las esperanzas

de todos de retornar a su patria. Interviene luego, en tono de mayor violencia aún, el estratega Coino, cuñado de Filotas; ya tiene en sus manos la piedra con que se dispone a emitir el fallo, con arreglo a la costumbre macedónica; pero el rey le retiene, diciéndole que antes debe dejarse a Filotas que se defienda de la acusación; y Alejandro se retira de la asamblea, para no embarazar con su presencia la libertad de defensa del acusado. Filotas niega toda veracidad a las acusaciones; invoca los leales servicios prestados al rey por él, por su padre y por su hermano; confiesa que silenció la denuncia de Cebalino, pero explica que lo hizo para no pasar por un admonitor inútil y molesto como lo había sido su padre en Tarso, cuando previno a Alejandro contra el brebaje del médico acarniano; lo que ocurre, añadió, era que el déspota sentíase siempre atenazado por el odio y el miedo, y eso y no otra cosa era lo que todos deploraban. Los macedonios, presa de gran indignación, declaran a Filotas y a los demás acusados convictos del delito de alta traición y los condenan a morir. El rey suspende el juicio hasta el día siguiente.

Falta todavía la confesión de Filotas, que aclarará al mismo tiempo la culpabilidad de su padre y de los demás encartados en la conspiración. El rey convoca a un consejo de guerra secreto; la mayoría de los reunidos votan por que la pena de muerte se ejecute sin más demora; Efestión, Crátero, Coino, aconsejan que, antes de ejecutar al reo, se le arranque la confesión, y este parecer obtiene la mayoría de votos; los tres estrategas mencionados reciben órdenes de estar presentes cuando se dé tormento al acusado. Bajo el martirio, Filotas confiesa que él y su padre llegaron a hablar de dar muerte a Alejandro, pero que no se atrevieron a ejecutar este propósito mientras vivía Darío, pues no se habrían beneficiado ellos mismos, sino los persas, con el hecho de que él, Filotas, se hubiese apresurado a ejecutar aquella decisión antes de que su padre hubiera sido arrancado al plan común por la muerte, a la que se acercaba ya su larga vida, y que esta conspiración de ahora había sido tramada por él sin conocimiento de su padre. A la mañana siguiente, el rey se presenta ante la asamblea del ejército con esta confesión del reo; Filotas es llevado ante el ejército en armas y muere atravesado por las lanzas de los macedonios.

Las mejores fuentes, inspiradas en Arriano, Tolomeo y Aristóbulo, corroboran que, ya estando en el Egipto, se habían denunciado al rey los planes de alta traición de Filotas y que aquél se había resistido a creerlos, cegado por la amistad que le unía a la persona denunciada y la alta estima que sentía por su padre, Parmenión. Tolomeo confirma que el propio rey pronunció el discurso de acusación ante el ejército reunido, que Filotas hizo su defensa y que el hecho delictivo que se le imputaba era el de haber silenciado la denuncia llegada a sus oídos. No hace referencia al tormento.

También Parmenión fué declarado culpable y condenado a muerte. Consideróse necesario ejecutar el fallo a la mayor brevedad, teniendo en cuenta que se hallaba al frente de una parte considerable del ejército y que el gran prestigio de que gozaba entre la tropa y los tesoros confiados a su custodia, cuyo valor

ascendía a muchos miles de talentos, podían arrastrarle fácilmente a medidas extremas y desesperadas; aunque personalmente no hubiese tomado parte directa en la traición de su hijo, no era posible seguir confiando en él, después de la ejecución de éste. Se hallaba en Ecbatana, a treinta o cuarenta días de marcha; si se sublevaba a tan gran distancia, podía llegar a crear una situación muy comprometida. En circunstancias tales, el rey no podía hacer uso de su derecho de indulto, ni podía tampoco aventurar el paso de hacer detener al general abiertamente y en medio de sus tropas, tan afectas a él; Polidamas, del círculo de los hetairos, fué enviado a Ecbatana para que transmitiera a Sitalces, Ménidas y Cleandro la orden escrita y secreta del rey de eliminar por debajo de cuerda a Parmenión. Cabalgando sobre veloces dromedarios y acompañado por dos árabes, Polidamas llegó a Ecbatana a la duodécima noche; el príncipe tracio y los dos generales macedonios cumplieron rápidamente el encargo recibido del rey.

En Proftasia proseguían, mientras tanto, las investigaciones. Fué apresado también Demetrio, uno de los siete oficiales de la guardia, sospechoso de connivencia con Filotas; le sustituyó en su puesto Tolomeo, hijo de Lago. Los hijos del tinfeo Andrómenes habían sido muy amigos de Filotas, y Polemón, el menor de los hermanos, que servía en una de las ilas de caballería, habíase dado a la fuga, poseído de un terror pánico, tan pronto como llegó a sus oídos la noticia de la detención de Filotas, su hiparca; esto no hizo sino dar mayor verosimilitud aún a la especie de que él y su hermano estaban comprometidos en la conspiración. Amintas, Simias y Atalo, estrategas de los falangitas los tres, viéronse envueltos también en el proceso, y contra Amintas especialmente se presentó toda una serie de acusaciones. Pero su propia defensa y la de sus hermanos fué tan convincente que los macedonios le absolvieron de toda culpa; luego pidió que le fuese concedido el favor de buscar a su hermano huído y traerlo de nuevo al campamento; autorizado por el rey, partió el mismo día y retornó poco después con el evadido; este hecho y la gloriosa muerte que Amintas encontró en el campo de batalla a poco de ocurrir estos sucesos disiparon en el rey la última sospecha que pudiera abrigar contra los hermanos, a quienes de allí en adelante colmó de honores.

Un detalle digno de mención es que estas investigaciones pusieron de nuevo sobre el tapete la causa del lincestio Alejandro, convicto de haber querido atentar contra la vida del rey cuatro años antes, estando en el Asia Menor, y a quien a raíz de los hechos, por orden expresa del rey, no se había impuesto más pena que la de prisión, en la que se hallaba desde entonces. Sea o no cierto que el ejército pidió su ejecución, no cabe duda de que el rey, en aquellas condiciones, tenía que considerar necesario entregar en manos de los ejecutores al hombre que venía escapando a su justo castigo gracias a su parentesco con el regente del reino en Macedonia. No está fuera de lo probable que existiesen nuevos motivos para revivir precisamente ahora su causa; desgraciadamente, nuestras fuentes no dan ningún detalle acerca de esto. Pero si Filotas había confesado que la finalidad de la conspiración era asesinar al rey, el primer punto que había que resolver

de antemano era el de quién debía ceñir la diadema después de la muerte de Alejandro; la persona con más derechos era Arrídaio, hijo del rey Filipo; pero, aunque mandaba un ejército, a nadie podía ocurrírsele entregar el poder a un hombre que era casi un idiota; y menos aún poner la diadema sobre la frente de personas completamente incapaces de gobernar una monarquía, como el propio Parmenión o su hijo u otro cualquiera de los generales de Alejandro; en cambio, los conjurados podían reputar al lincestio tanto más adecuado para subir al trono cuanto que con ello esperarían tal vez ganar para su causa a su suegro Antipáter, a quien, indudablemente, había que tratar con especiales consideraciones, por el puesto que ocupaba. Acaso no esté de más señalar aquí que Antipáter, tan pronto tuvo noticia de lo ocurrido en Proftasia y Ecbatana, dió, a lo que parece, ciertos pasos que habrían sido inconcebibles si no hubiese estado comprometido en estos planes a que nos venimos refiriendo; se dice, en efecto, que entabló relaciones secretas con los etolios, a quienes Alejandro había ordenado castigar severamente por haber destruído la ciudad de Oiniade, amiga de los macedonios; esta providencia no tuvo, por el momento, mayores consecuencias, pero no pasó desapercibida para el rey y alimentó, según se cree, sus recelos en unos términos que habían de dar sus frutos a la vuelta de algunos años.

Así terminó este lamentable episodio; lamentable en verdad, aun suponiendo que la ejecución de Filotas fuera justa y que el asesinato de Parmenión respondiese, en rigor, a una necesidad política. Y lo ocurrido no resulta más plausible por el hecho de que, según todas las tradiciones concordantes, Filotas, hombre personalmente valiente y muy capaz como guerrero, fuese una persona violenta, egoísta y llena de perfidia y de que su padre le hubiese aconsejado, de ser cierto este dato, que obrase con mayor prudencia y menos arrogancia; y aún menos por el hecho de que Parmenión atrajera sobre sí, repetidas veces, en sus actos de servicio, las censuras del rey. Bien estaba que el rey creyera necesario exigir de sus más altos jefes la obediencia más severa y empuñar las riendas de la disciplina con doble vigor en medio de la guerra; pero el solo hecho de que creyera haber descubierto cosas merecedoras de castigo entre los altos mandos y de que considerara indispensable castigarlas era un síntoma harto dudoso del estado en que se encontraba su ejército y la primera mella grave que se manifestaba en el instrumento de su poder, hasta entonces tan sólido y coherente y que constituía la única garantía de sus éxitos y de su obra.

### REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

No cabe duda de que su energía y su espíritu expeditivo sabrían atajar los efectos desastrosos de estas medidas y volver a empuñar firmemente, en poco tiempo y de un modo completo, las riendas de las agitadas tropas. Pero la ausencia en este ejército de hombres como Filotas y Parmenión representaba un daño irreparable y una pérdida permanente.

No es posible saber si entre las disposiciones adoptadas por Alejandro con este motivo figurarían también los cambios introducidos en la organización militar, algunos de los cuales, por lo menos, fueron implantados durante esta tregua invernal de las operaciones, o si estas reformas serían aconsejadas más bien por los nuevos problemas de orden militar que se planteaban.

Desde el final de Darío, no existía en los países que hasta entonces habían sido persas ninguna fuerza armada organizada en manos del enemigo; había masas de hombres movilizados y lanzados al campo aquí y allá, pero no conservaban ya ninguna de aquellas características del ejército del imperio persa que Alejandro había tenido en cuenta al principio de la campaña para organizar su ejército expedicionario: ni las que consistían en el grueso de las tropas de los grandes reyes y en los cardacos, ni la que suponía la existencia de un núcleo de mercenarios helénicos y su adiestramiento táctico. En adelante, la guerra tenía que ir enderezada, esencialmente, a la lucha contra masas sueltas, a su dispersión y persecución, en una palabra, a todas las modalidades de la guerra de guerrillas. Para ello, era necesario formar los cuerpos de tropa de tal modo que pudieran convertirse fácilmente en pequeños ejércitos; tenían que adquirir mayor movilidad y ser aún más agresivos que antes en cuanto a su táctica y las tropas ligeras debían constituir un contingente todavía mayor. Finalmente, era necesario encuadrar dentro del nuevo ejército las levas de reclutas asiáticos, entre otras cosas, para aumentar los efectivos del ejército y procurarse refuerzos sobre el mismo terreno a medida que iba alejándose la posibilidad de recibirlos de Macedonia.

Ya en el invierno anterior se habían desdoblado las ocho ilas de la caballería en dos lojes cada una, mandados por su correspondiente lojagos; ahora, estos lojes se agruparon en dos hiparquías, ocho en cada una, de tal modo que, en lo sucesivo, si vale emplear expresiones militares modernas, dos regimientos de esta caballería pesada encuadraban ocho escuadrones, más débiles desde luego. Una de las dos hiparquías fué confiada a Clito, hijo de Drópidas, el "negro Clito", que hasta entonces había mandado la ila real de la caballería; la otra a Efestión. Pero el número de hiparcas se multiplicó ya en la campaña del año siguiente.

Y en iguales o parecidos términos se aumentaron los jinetes de las tropas mercenarias, que en el año 331 se habían incorporado al ejército en número de cuatrocientos hombres al mando de Ménidas, pasando a formar ahora más de una hiparquía.

Ya se había introducido también, como arma nueva, la de los acontistas de a caballo, cuyo número resulta imposible calcular.

Las reformas no menos importantes introducidas en la formación de las fuerzas de infantería y que se ponen de manifiesto en la campaña índica no parece que fueron implantadas sino después del gran reforzamiento que el ejército experimentó en la Bactriana.

Ya estando en Persépolis, el rey había girado órdenes a las satrapías para que reclutasen tropas jóvenes con un total de 30,000 hombres, que habían de ser

adiestrados para el servicio de las armas según los métodos macedónicos e incorporarse luego al ejército como "epígonos". Pero, sin esperar a los resultados de aquellas levas y aprovechando su estancia de dos años en la Bactriana, encuadró en las filas de su ejército a contingentes bactrianos, sogdianos, parapanísades, etc., sobre todo para que sirvieran como jinetes.

En una palabra, el ejército de Alejandro, que hasta ahora estaba formado por macedonios, helenos y bárbaros europeos, empezó a desarrollarse con arreglo al carácter helénico que Alejandro se proponía imprimir a su imperio; y mientras que en los puntos centrales de todas las satrapías se dejaban guarniciones macedonio-helénicas más o menos fuertes que, al convertirse en colonias permanentes, se transformaban de organizaciones puramente militares en comunidades civiles, en *policías* al modo helénico, los asiáticos enrolados al ejército expedicionario iban helenizándose por medio de la comunidad y la disciplina militares.

Sin embargo, este ejército expedicionario era algo más que un organismo puramente militar; encuadraba, además, a otros elementos y ejercía otras funciones; formaba un mundo aparte, con características extraordinariamente peculiares. El campamento de las tropas en campaña era, al mismo tiempo, la corte y centralizaba los servicios administrativos de aquel inmenso imperio, las funciones civiles supremas, la tesorería y los servicios de intendencia, la dirección de los suministros de armas, municiones y vestuario para el ejército, la de los abastos y bestias de silla, tiro y carga y la sanidad de campaña. Además, en torno al ejército y a la zaga de él desplazábase toda una nube de vivanderos, traficantes, técnicos, proveedores y especuladores de todas clases, y no pocas gentes de letras, que no tenían solamente por misión administrar enseñanzas a los hijos de la nobleza; y además, los huéspedes, helénicos y asiáticos, profanos y sacerdotes; el séquito de mujeres sería también considerable; y si el lincestio Alejandro siguió al ejército como prisionero desde los sucesos de la Pisidia, hay que suponer que tampoco quedaría atrás el idiota Arridaio, el bastardo de Filipo. En suma, este campamento y esta corte en campaña eran, al mismo tiempo, la residencia ambulante del imperio, su poderoso y palpitante eje y centro de gravedad, que se desplazaba de país en país y hacía sentir, lo mismo cuando se plantaba en un sitio que cuando se hallaba en marcha, el peso de su poder.

Por último, tocaremos aquí un punto relacionado con los anteriores. Las tropas expedicionarias de Alejandro habíanse puesto en campaña con las prendas de vestir que correspondían al clima y a las costumbres nacionales de Macedonia; pero este vestuario no era, indudablemente, el más adecuado para las condiciones de países como el Irán, el Turán y la India, para las fatigas de aquellas marchas interminables, para los cambios inevitablemente bruscos de la alimentación, del sol abrasador, las tormentas de invierno de la alta montaña y los meses de lluvia del trópico. Los encargados de velar por la salud de las tropas no tenían más remedio que preocuparse de preservar su cuerpo del frío con vestidos calientes, de proteger su cabeza contra los rayos ardorosos del sol, de envolver sus piernas, de

calzar sus pies con algo mejor que con sandalias o zapatos bajos, ateniéndose a los usos de los pueblos por cuyos territorios iban pasando. ¿No obedecería tal vez a esto, principalmente, la introducción del traje asiático que con tanta dureza se reprochaba al rey? Cierto es que la pobreza de nuestra información deja sin respuesta esta pregunta, al igual que tantas otras.

## CAPITULO II

*Marcha de Alejandro hacia Bactra. El paso del Indukuch.—Persecución de Bessos y su entrega.—Expedición contra los escitas del Jaxartes.—Sublevación en la Sogdiana.—Descanso invernal en Zariaspa.—Segunda sublevación de los sogdianos.—Descanso en Maracanda. Asesinato de Clito.—Los escitas irrumpen en Zariaspa.—Descanso invernal en Nautaca.—Las ciudadelas de los hiparcas.—Alejandro se casa con Roxana. El imperio y la corte de Alejandro.—Conspiración de los pajes de la nobleza y castigo de Calístenes.*

LA META de la próxima campaña eran las tierras bañadas por el Oxo. Allí tenía su centro Bessos, quien, habiendo asumido la tiara de gran rey y el nombre de Artajerjes, se preparaba celosamente y sin descanso para cerrar el paso a los ulteriores avances de los macedonios. Además de las tropas que seguían a su lado después del asesinato del gran rey, había conseguido agrupar en torno suyo como a unos 7,000 jinetes y unos cuantos miles de dahos. Tenía junto a sí a varios grandes del antiguo imperio, radicados en aquellas tierras y otras colindantes, a Datafernes y Oxiartes de Bactriana, a Espitamenes de Sogdiana, a Catanes y Paretácene; asimismo había huído a la Bactriana Satibárzanes, después del fracaso de su sublevación en la retaguardia de Alejandro, episodio que parecía llevar aparejada para Bessos la gran ventaja de que Alejandro, una vez que se había desviado de la gran calzada que conducía a Bactra, rehuyera tal vez los difíciles pasos del Cáucaso índico y renunciase totalmente a la expedición contra la Bactriana o dejase a su enemigo, por lo menos, el tiempo necesario para nuevos y mayores preparativos guerreros, distrayéndose acaso en una incursión a la cercana India, en cuyo caso no sería difícil organizar a sus espaldas un levantamiento general en los países recién sometidos a su dominación.

### MARCHA DE ALEJANDRO HACIA BACTRA. EL PASO DEL INDUKUCH

Bessos hizo que fuesen devastadas las tierras situadas en las estribaciones septentrionales de la cordillera en una extensión de varios días de marcha, para hacer imposible así la irrupción de todo ejército enemigo; y confió a Satibárzanes, que podía contar con la lealtad de sus antiguos súbditos, el mando de unos dos mil hombres de caballería para que organizase en la retaguardia de las tropas macedonias una maniobra diversiva que, de triunfar, habría cortado totalmente al enemigo del resto del país. Los habitantes de la Aria levantáronse contra Alejandro al aparecer su antiguo señor y hasta el sátrapa Arsames, nombrado por

los macedonios, parece que alentó la sublevación. Bessos envió también a la Partia a uno de sus leales, Bárzanes, para que fomentase allí un levantamiento favorable a la restauración del antiguo imperio persa.

Alejandro recibió la noticia de la nueva insurrección de la Aria encontrándose en Arajosia; inmediatamente, envió contra los insurgentes a la caballería de los aliados, unos seiscientos hombres en total, al mando de sus jefes Erigio y Carano, y a los mercenarios griegos mandados por Artabazo, un contingente de seis mil hombres, del que formaban parte los que se habían pasado al campo macedonio en los pasos del Caspio y a cuyo frente se encontraba Andrónico; al mismo tiempo, ordenó a Fratafernes, sátrapa de Hircania y Partia, que se uniese con sus jinetes a aquellas tropas.

Adoptadas estas medidas, Alejandro partió de la Arajosia y, en medio del rigor del invierno, se dirigió a los ásperos pasos que separan el país de los arajosios del de los parapanísades. Se encontró con una altiplanicie densamente poblada y con numerosas aldeas que le recibieron amistosamente y que, a pesar de la espesa nieve que cubría los campos, se hallaban abundantemente abastecidas. Sin perder mucho tiempo, corrió hacia las tierras más despejadas del valle del alto Cabul y, cruzándolo, llegó a las faldas de la elevada cordillera del Indukuch, el Cáucaso índico, al otro lado de la cual se extendía la Bactriana. Una vez allí, se detuvo a invernar con sus tropas.

El país de Cabul, situado sobre poco más o menos en el mismo grado de latitud que Chipre y Creta, es un valle alto, que queda a unos 6,300 pies sobre el nivel del mar, es decir, como 500 pies sobre la elevación de St. Moritz y Silvaplana en el alto Engadina. De allí parten siete desfiladeros que, cruzando el Indukuch, salen al valle del Oxo; tres de ellos se remontan sobre las fuentes del Pundchir; el situado más al este de los tres es el de Khewak, el paso del Tul, que alcanza una altura de 13,200 pies y conduce a Inderab; éste y más aún los otros tres más próximos, que llevan al nacimiento del Surcab, están cubiertos de nieve y son casi inaccesibles durante cuatro o cinco meses del año; cuando estos pasos están cerrados, hay que seguir el situado más al oeste de todos, el de Bamihán, por el que se llega de Cabul a Balch después de recorrer unas sesenta millas; este camino cruza varios ramales montañosos situados a uno y otro lado del espinazo central de la cordillera, y los valles enclavados entre ellos eran ricos en fuentes, pastos y rebaños y estaban poblados por pacíficas tribus dedicadas al pastoreo. Un viajero moderno que siguió el último de los pasos mencionados, escribe: "Marchamos durante cuatro días (era en el mes de mayo) bajo rocas escarpadas y murallones naturales que ocultaban el sol de nuestra vista y se alzaban sobre nuestras cabezas hasta una altura de dos a tres mil pies; en aquel paso se me heló la nariz y casi me cegaron los glaciares; sólo podíamos avanzar por las mañanas, cuando la nieve estaba muy helada; estas montañas están casi deshabitadas y nuestro campamento era, durante el día, el lecho del río serrano."

Alejandro acampó, con la alta montaña "a su izquierda", en un lugar en que los durísimos pasos del este, concretamente el que conduce a Inderab, que-

daban más próximos que el paso del oeste, más accesible. Había que suponer que Bessos le esperaría por éste y adoptaría en consecuencia sus medidas defensivas. Lo indicado era elegir uno de los pasos más cercanos y conceder al ejército, para compensar la fatiga de la ascensión, un descanso más largo, tanto más cuanto que los caballos estaban muy agotados por las largas marchas invernales. A esto se añadía otra circunstancia que abonaba aquella decisión: todo lo que el rey veía y escuchaba en el país de Cabul llevábale a la conclusión de que se hallaba a las puertas de un mundo nuevo, lleno de pequeños y grandes estados y de belicosas tribus en las que la noticia de la proximidad del conquistador provocaría, indudablemente, cierta conmoción y, tal vez, incluso medidas encaminadas a bloquearle el retorno por los pasos ante los que ahora se encontraba, cuando hubiese avanzado hacia el norte. Para asegurar la posición en que se hallaba acampado el ejército, se estableció allí mismo (sobre poco más o menos, en el sitio donde ahora se halla Begram) una ciudad a que se dió el nombre de Alejandría del Cáucaso, dejando en ella una fuerte guarnición; el persa Proexes fué designado sátrapa del país y el hetairo Neiloxeno epíscopo.

Apenas hubieron pasado los fríos más rigurosos del invierno, Alejandro levantó su campamento para dejar sentado en la historia el primer ejemplo de la marcha a través de una cordillera realizada con una audacia tan pasmosa, que sólo tiene paralelo en las arriesgadas aventuras que más tarde había de coronar Aníbal. Las condiciones en que Alejandro se veía obligado a realizar su marcha entorpecían considerablemente su empresa; la montaña hallábase aún cubierta de nieve, el aire era frío y los caminos casi intransitables; es cierto que los expedicionarios encontraban a su paso numerosas aldeas, habitadas por gentes pacíficas y dispuestas a entregar a las tropas cuanto tenían, pero lo único que tenían eran sus rebaños; las montañas, desnudas de bosques y cubiertas solamente, aquí y allá, de terebintáceas, no ofrecían a las tropas leña para calentarse; su alimento consistía en carne cruda, sin pan, y aderezada solamente con algunas hierbas que crecían en los montes. Catorce días duró esta penosísima marcha a través de la montaña; a medida que iba acercándose el ejército a las estribaciones septentrionales, hacíase más angustiosa la penuria; los expedicionarios encontraron las tierras de los valles asoladas, los caseríos incendiados, los rebaños alejados hacia otros lugares; durante esta etapa, las tropas hubieron de alimentarse de hierbas y fué necesario sacrificar las bestias de tiro que arrastraban la impedimenta. Por fin, al décimo quinto día, tras indecibles esfuerzos, terriblemente castigado por el mal tiempo y por el hambre, habiendo perdido muchos caballos y formando un tristísimo cortejo, llegó el ejército a la primera ciudad de la Bactriana, Drapsaca o Adrapsa (probablemente la que hoy es Inderab), situada todavía a un nivel bastante alto.

Alejandro hallábase a las puertas de un país muy distinto de aquellos que hasta entonces había sometido con relativa facilidad. La Bactriana y la Sogdiana eran tierras en que había tenido su asiento una antiquísima civilización, habían formado en otro tiempo un reino aparte y eran tal vez la patria de Zoroastro y de la doctrina que luego se extendiera por todo el Irán. Este país, sometido más

tarde a los asirios, a los medos y a los persas, flanqueado al norte y al oeste por los pueblos turanios y siempre bajo la amenaza de sus irrupciones, tenía gran importancia estratégica, pues era un territorio de avanzada esencial para la protección del Irán y organizado para la defensa militar del gran imperio situado a sus espaldas. En la batalla de Arbela, Bessos, el "sátrapa del país de los bactrianos", encabezaba no sólo a los sogdianos y a los indios colindantes con la Bactriana, sino también a los saces escitas, pero no como a súbditos, sino como a "aliados del gran rey": este dato permitía esperar allí una unidad de mando militar y una cooperación de las tribus escitas, que harían tal vez doblemente difícil la sumisión del país.

Y no estaba descartada la posibilidad de que la súbita aparición del ejército macedonio viniese a fortalecer inesperadamente aquella unidad. Tras un breve descanso, Alejandro cruzó en rápidas marchas los pasos de la vertiente norte y descendió a Aornos y de allí, por las fértiles llanuras de la Bactriana, a Bactra, capital del país, sin encontrar resistencia en parte alguna.

### PERSECUCIÓN DE BESSOS Y SU ENTREGA

Bessos, que mientras el enemigo estaba lejos había abrigado la confianza y la ilusión de que las montañas y las devastaciones con que había mandado asolar sus estribaciones septentrionales se encargarían de proteger aquel país, huyó a toda prisa de Bactra tan pronto como supo que Alejandro se acercaba, cruzó el Oxo y, después de incendiar las barcas que le habían ayudado a pasar el río con sus huestes, replegóse con éstas a Nautaca, ciudad enclavada ya en el país de los sogdianos. Tenía todavía con él a unos cuantos miles de sogdianos al mando de Espitámenes y Oxiartes y a los dahos de la Tanaida; los jinetes bactrianos habíanse separado de él para dispersarse por sus tierras, al ver que su país era abandonado, y esto hizo que Alejandro pudiera someter fácilmente todo el territorio que se extendía hasta el Oxo. Al mismo tiempo, reincorporáronse al ejército macedonio las fuerzas de Artabazo y Erigio, procedentes de la Aria; Satibárzanes había sido vencido tras breve combate y el valiente Erigio habíale dado muerte por su propia mano; después de esto, sus huestes rindieron las armas y se sometieron al vencedor. Alejandro envió a aquella región al solio Estasánor con órdenes de detener al sátrapa Arsames, cuya conducta ante la insurrección había sido harto equívoca, y hacerse cargo de la satrapía en lugar de él. La rica satrapía de la Bactriana fué entregada al anciano Artabazo, lo que, indudablemente, contribuyó a sosegar los espíritus de los habitantes del país, resignados a su suerte. Aornos, ciudad situada en la entrada norte de los pasos de la montaña, fué convertida en plaza de armas; los veteranos no aptos ya para seguir bajo las armas y los voluntarios tesalienses que habían cumplido su tiempo de servicio fueron desmovilizados y enviados a su patria.

Y así, en la primavera del año 329 estaba todo dispuesto para abordar la sumisión del país transoxiano. No cabe duda de que las peculiares condiciones de

este país habrían permitido, si los que tenían que hacerlo hubieran sabido aprovecharlas, una larga y tal vez venturosa resistencia. Las fértiles y densamente pobladas tierras del valle de Maracanda, protegidas al oeste por vastos desiertos y al sur, el este y el norte por cadenas de montañas con pasos muy difíciles algunas de ellas, no sólo eran fáciles de defender contra cualquier ataque, sino que se hallaban, además, favorablemente situadas para poder hostilizar constantemente desde ellas a los ocupantes de la Aria, la Partia y la Hircania. El poner en pie de guerra a contingentes importantes de tropa era empresa fácil en aquel país; las huestes de los dahos y los masagetas, que dominaban los desiertos occidentales y las hordas escitas del otro lado del Jaxartes, estaban siempre dispuestas a lanzarse a expediciones de rapiña; había incluso algunos príncipes índicos que se mostraban propicios a participar en una guerra contra Alejandro. Y aunque los macedonios saliesen victoriosos del empeño, los desiertos del oeste y los castillos roqueros de las montañas brindaban seguro asilo y buenos puntos de apoyo para futuros levantamientos.

Todo esto hacía que fuese mucho más importante, para Alejandro, apoderarse de la persona de Bessos antes de que su usurpación del título de rey sirviese de señal para un levantamiento general. Lo primero que hizo, pues, fué partir de Bactra en persecución del usurpador. Después de una fatigosa marcha a través de las desoladas tierras que se interponían entre la fértil comarca de Bactra y el Oxo, los perseguidores llegaron a las márgenes de aquel caudaloso y rápido río. Por ninguna parte se veían embarcaciones en que poder cruzarlo, la posibilidad de hacerlo a nado o de vadearlo quedaba excluída por su anchura, por su profundidad y por lo rápido de la corriente, y el tender un puente habría llevado demasiado tiempo, ya que no había madera bastante en aquellos parajes y, además, el blando lecho de arena y la rapidez de la corriente oponían grandes dificultades al clavado de estacas. En vista de ello, Alejandro recurrió a los mismos medios que con tanto éxito había empleado, años atrás, para cruzar el Danubio: hizo rellenar de paja y coser fuertemente las pieles bajo las que pernoctaban sus tropas y, atándolas, echarlas al agua como pontones, que fueron cubiertos con vigas y tablas para formar un puente flotante sobre el cual pasó a la otra orilla todo el ejército en término de cinco días. Después de pasar el río, Alejandro tomó sin detenerse el camino de Nautaca.

Entre tanto, la suerte de Bessos había tomado un giro digno de su crimen y de su impotencia. Aquel hombre, que no hacía más que huir ante Alejandro y se mostraba incapaz de toda voluntad y de toda acción, defraudó completamente a los grandes que le rodeaban y dió al traste con sus últimas esperanzas de salvación. Aun en condiciones tan humillantes como aquéllas seguía ejerciendo cierta tentación, naturalmente, el nombre y la apariencia del poder y, además, contra un regicida considerábase lícito todo desafuero. El sogdiano Espitámenes, informado de la proximidad del ejército enemigo, creyó llegada la hora de ganarse la voluntad de Alejandro traicionando al traidor. Confió su plan a los príncipes Datafernes, Catanes y Oxiartes, quienes se pusieron de acuerdo con él inmedia-

tamente; apoderándose entre todos de la persona del "rey Artajerjes" y mandaron decir a Alejandro que si les enviaba un pequeño destacamento de tropas estaban dispuestos a entregarle a Bessos, el cual se encontraba en su poder. Al recibir la noticia, Alejandro concedió algún descanso a su ejército y, mientras él y el resto de las tropas seguían a pequeñas marchas, mandó por delante al lágida Tolomeo, de la guardia, al frente de seis mil hombres, número que se consideró suficiente para asegurar la captura, aun en previsión de la contingencia de que el ejército enemigo se resistiera a entregar al prisionero. Este cuerpo de ejército cubrió en cuatro días un trayecto de diez de marcha normal y llegó al lugar en que habían estado acampados hasta hacía poco Espitámenes y su gente. Allí se supo que los dos caudillos de la traición, Espitámenes y Datafernes, vacilaban todavía en cuanto a la entrega de Bessos; en vista de ello, Tolomeo ordenó a la infantería que siguiera sin apresurarse, mientras él galopaba hacia adelante con la caballería. Pronto llegaron delante de las murallas de una pequeña plaza en la que se encontraba Bessos con el puñado de tropas que le quedaba, después de abandonado por Espitámenes y los otros cabecillas; al final, los príncipes habían sentido vergüenza de entregarlo por su propia mano. Tolomeo cercó la plaza e invitó a los que estaban dentro, por medio de un heraldo, a entregarle a Bessos, prometiéndoles que, de hacerlo, sus vidas serían respetadas. Se abrieron las puertas, entraron los macedonios, apoderáronse de la persona de Bessos y se retiraron, con su presa, en columna cerrada para ir a reunirse con Alejandro; pero antes, Tolomeo consultó cómo ordenaba Alejandro que el regicida compareciese ante él. Alejandro ordenó que se le exhibiera desnudo y con cadenas al cuello a la derecha del camino por donde él habría de pasar con sus tropas. Así se hizo; al encontrarse frente a él y verlo, desnudo y encadenado, Alejandro mandó parar su carro y le preguntó por qué había apresado, arrastrado con él preso y, por fin, asesinado a Darío. Bessos le contestó que no lo había hecho por sí y ante sí, sino de acuerdo con todos los que entonces rodeaban a Darío y con la esperanza de congraciarse así con el rey, es decir, con Alejandro. Este mandó que fuese azotado y que el heraldo anunciase lo que había declarado el regicida. Bessos fué conducido a Bactra, para ser juzgado allí.

Así es como Tolomeo refiere este episodio, mientras que según Aristóbulo fueron Espitámenes y Datafernes quienes entregaron a Bessos, encadenado. Esto parece brindar un punto de apoyo a la tradición de Clitarco, en que se hace resaltar con mayor relieve aún que Espitámenes, Datafernes, Catanes y Oxiartes obtuvieron el perdón de Alejandro y fueron mantenidos, tal vez, en sus posesiones. Alejandro pensaría, tal vez, que lo ocurrido le aseguraba la sumisión de aquel país. Es cierto que siguió marchando desde Nautaca sobre Maracanda, capital de la Sogdiana, y que, dejando aquí una guarnición, avanzó hacia las márgenes del Jaxartes; pero nuestras fuentes no dicen que nombrase a nadie para encargarse de la satrapía de los sogdianos ni que dictase ninguna otra medida relacionada con la sumisión del país; al parecer, limitóse a exigir una fuerte contribución de

caballos, para reponer las grandes pérdidas sufridas en las altas montañas y en la marcha posterior hasta allí.

Por eso resulta mucho más sorprendente la noticia incidental contenida en nuestras fuentes según la cual Alejandro convocó en Zariaspa a los "hiparcas del país bactriano" * para una reunión que se designa con la palabra que los griegos suelen emplear para designar las revistas anuales de fuerzas, usuales en el imperio persa. Sin embargo, aunque Alejandro se hubiese limitado a convocar a los hiparcas de la Bactriana para pasarles revista con el fin de incorporar sus huestes al ejército macedonio, da la coincidencia de que, hasta entonces, no había hecho semejante cosa en ninguno de los territorios de la monarquía persa ocupados por él. ¿Acaso se proponía imponer a estas tierras bañadas por el Oxo una relación con su imperio distinta de la de los otros territorios, una organización propia y especial? Más adelante, veremos que más tarde nombró a uno de los príncipes de la Sogdiana "rey" del país, que tomó por esposa a la hija de otro, que a otro de estos príncipes —a quien las fuentes dan, expresamente, el nombre de hiparca—, después de obligarlo a capitular en su castillo roquero, le respetó su ciudadela y sus dominios y que, por último, a otro que se hallaba en el mismo caso lo perdonó también y aun le abrió la perspectiva de agrandar sus dominios. Los numerosos señores de la nobleza que había en este país, con sus castillos y sus dominios y de que hablan las fuentes con el nombre de "hiparcas" eran, al parecer, una especie de príncipes vasallos, de señores territoriales sometidos a la soberanía del imperio, como los *pehlevanes* que reinaban en nombre del sha. Existían, indudablemente, los elementos para implantar una institución muy a tono con la situación especial de este país, y es posible que el nombramiento de Artabazo se inspirase en este espíritu. Pero más adelante tendremos ocasión de volver sobre este problema.

### EXPEDICIÓN CONTRA LOS ESCITAS DEL JAXARTES

Su marcha hasta Maracanda había dado a Alejandro, indudablemente, una idea aproximada de cuál era la estructura característica del país transoxiano. Al cruzar el Oxo en Kelif camino de Nautaca (Karchi), había dejado a la izquierda el gran desierto, teniendo a su derecha las estribaciones, algunas de ellas hasta de 3,000 pies de altura, de una cordillera cuya cumbre nevada (el Hasreti-Sultan) divisaría como a diez millas al este cuando cruzara el paso de Karatube en una etapa ulterior de su marcha, la de Nautaca a Sehrisebz, bordeando el río Kachka. Luego descendió al valle del Sogd, el Zarafchán, que los griegos llamaban Polimeto, *bajando a Samarcanda*, ciudad situada todavía a 2,150 pies ingleses sobre el nivel del mar, casi en el mismo meridiano que Balch (Bactra), que la confluencia del Derbent con el Oxo, a unos 300 pies sobre el nivel del mar, que Sehrisebz, en el valle del Kachka, y que aquel paso de Karatube de que hablábamos hace poco, emplazado a unos 3,000 pies de altura. El valle alto del Zaraf-

* Véase nota 12, al final.

chán (Polimeto) está cerrado al norte por nuevas cadenas de montañas que corren en dirección este-oeste y en las que se abren, por el nordeste, los pasos hacia el Jaxartes, río que, viniendo desde el este, al llegar a Jodchent dobla bruscamente hacia el norte; en este lugar bajan hasta cerca del río las montañas del sur y las del norte, más altas que aquéllas, separando así el rico valle del Jaxartes central, la Ferghana, del bajo Jaxartes, a cuya izquierda se extiende el vasto desierto. Jodchent se halla a unas 30 millas de distancia de Samarcanda en línea recta, y Balch (Bactra) dista de Samarcanda como 42 millas y unas 60 de Jodchent, el doble que Milán de Basilea.

Otro rasgo más queremos destacar en la estructura geográfica de este extenso país. Inderab o Adrapsa, el sitio en que Alejandro había acampado para descansar con sus tropas en los primeros meses del año, se halla situado, sobre poco más o menos, en el mismo meridiano que el recodo que forma el Jaxartes cerca de Jodchent, a una distancia como de 65 millas en línea recta un punto del otro. Al bajar de Inderab, en dirección a Kunduz según parece, Alejandro encontrábase a pocas millas de distancia del lugar en que desembocan en el Oxo los dos caudalosos ríos Kochka y Abi-Pandcha, el primero de los cuales desciende de la alta cordillera índica y el segundo de la gigantesca altiplanicie de Pamir, el "techo del mundo". Por debajo de este punto, aquel poderoso río recibe las aguas de una serie de afluentes que vienen de las altas montañas nevadas del norte que discurren paralelos al Jaxartes y separados de él por varias cadenas de montañas situadas a unas quince o veinte millas de distancia por el sur, forman todos aquellos valles más o menos angostos que se abren hacia el Oxo y sólo se comunican entre sí por medio de penosos desfiladeros. Sólo a partir del cuarto de estos afluentes, el Derbent, el situado más al oeste de todos, cambia la fisonomía del paisaje; el macizo montañoso que, con sus cimas nevadas, se yergue entre las fuentes del Derbent y el Sogd, cerca de Samarcanda, envía sus aguas en forma de abanico hacia el oeste, el sudoeste y el sur; todos estos ríos van a desembocar al Kachka, que fluye por delante de Karchi (Nautaca) para perderse luego en el desierto. También el Sogd, describiendo un amplio arco desde el oeste hasta el sur, y pasando por delante de Bujara, corre en dirección al Oxo, pero se derrama en una laguna de la estepa antes de llegar a él.

Los datos geográficos más importantes, en lo que a la estructuración política del país se refiere, parecen ser el de que la ancha depresión que se abre después del Oxo vuelve la espalda, por decirlo así, al curso del Jaxartes; el de que el valle del Sogd, separado por altas y nevadas montañas del resto de la cuenca hidrográfica del Oxo, viene a ser, simplemente, una especie de avanzada, una barrera que se alza entre este río y el Jaxartes y las tierras desérticas del oeste; el de que la cadena montañosa que se cruza por el paso de la Puerta de Hierro forma la frontera natural entre estas tierras de avanzada y la Bactriana, país rico en valles, y el de que este país tiene en la altiplanicie de Pamir un baluarte natural contra las altas tierras del Asia interior.

Esta ojeada geográfica nos permitirá comprender más fácilmente, por lo

menos, las líneas generales de las operaciones militares desarrolladas por Alejandro en estos territorios.

Salió de Maracanda en dirección nordeste, para alcanzar las márgenes del Tanais, al que los naturales del país llamaban el Jaxartes, el gran río. La calzada militar de Maracanda a Ciròpolis, la última ciudad del imperio, situada casi en la margen meridional del Tanais, pasa por los desfiladeros de las montañas oxianas, habitadas en aquel entonces por tribus de salteadores, por las tierras de Uratube. Fué aquí donde algunos destacamentos de macedonios, habiéndose perdido en las montañas en que se internaron en busca de forraje para las bestias, se vieron asaltados por los bárbaros y pasados a cuchillo o tomados prisioneros. Alejandro salió inmediatamente en su persecución, al frente de sus tropas ligeras. Los bárbaros, como unos 30,000 hombres armados, habíanse replegado sobre sus montañas, escarpadas y provistas de castillos, desde las que rechazaron con dardos y piedras los violentos y repetidos ataques de los macedonios; entre los muchos heridos contábase el propio Alejandro, a quien un flechazo fracturó la tibia; encolerizadas ante este hecho, sus tropas ligeras lograron, por fin, conquistar la disputada altura. La mayoría de los bárbaros fueron degollados; otros precipitáronse desde lo alto de las escarpadas rocas para estrellarse en el abismo; sólo quedaron con vida unos 8,000, quienes se sometieron al vencedor.

En seguida, Alejandro avanzó de aquella región montañosa hacia el norte, sin encontrar resistencia. La peculiar fisonomía de esta región, la Ferghana, la ha convertido en todo tiempo en una importante frontera de pueblos y en baluarte de la cultura oriental contra las hordas de las estepas turquestanas. Flanqueada al sur y al este por potentes montañas y al norte por el gran río y los macizos montañosos que acrecientan el caudal de éste con sus aguas, sólo es asequible a las irrupciones extranjeras por el oeste y el noroeste. Claro está que por este lado se halla bajo el acecho de las vastas estepas que se extienden a ambos lados del Jaxartes inferior, pobladas en la antigüedad por las hordas nómadas de todo el conjunto de tribus que los antiguos solían agrupar bajo el nombre común de escitas; son los turanios de la antigua leyenda persa, contra cuyas invasiones se levantaron ya en tiempos muy remotos aquella serie de recias ciudadelas fronterizas que, a través de nuevas y nuevas situaciones étnicas, han conservado su importancia hasta llegar a nuestros días. Alejandro se encontró con siete plazas fortificadas de éstas, situadas a pocas millas de distancia las unas de las otras, en el "borde de la estepa"; la más importante de todas era la de Ciròpolis, mayor y más reciamente fortificada que las otras y que pasaba por ser la fortaleza principal del país. Alejandro situó en aquellos desfiladeros guarniciones macedonias, mientras él, acompañado de su ejército, acampaba a unas cuantas horas de allí, hacia el nordeste, en el lugar en que el río, virando bruscamente hacia el norte, forma las últimas barrancas, para buscar luego su camino a través de la estepa arenosa. Alejandro dióse perfecta cuenta de la importancia estratégica de aquel lugar, fortaleza natural fronteriza contra las hordas rapaces del desierto; desde allí era fácil hacer frente a los ataques de los escitas en el norte y en el oeste; aquel punto

brindaba un punto de partida excelente para desarrollar una campaña en el territorio poblado por los atacantes. Alejandro confiaba, además, en que el lugar donde había acampado llegaría a convertirse en un punto no menos importante para el comercio pacífico entre los pueblos; y si ya en aquel entonces existían, como hay que suponer que existirían, relaciones comerciales entre las tierras bajas y las tierras altas del interior del Asia, el único camino de montaña que venía del país de la seda, el de Kachgar, después de remontar la gigantesca muralla de montañas del Tian Chan, que llegaba hasta 25,000 pies de altura, descendía pasando por Osch, hasta este lugar, extraordinariamente bien situado, por tanto, para servir de mercado a los pueblos circundantes.

En realidad, las relaciones de los macedonios con los vecinos escitas parecía que iban a desarrollarse amistosamente; el curioso pueblo de los abios y los "escitas de Europa" enviaron embajadas al rey para concertar con él pactos de alianza y amistad; Alejandro hizo que estos escitas, al regresar a sus tierras, fuesen acompañados por algunos de sus hetairos con el pretexto de sellar, en su nombre, la amistad con su rey, pero en realidad para que le trajesen informaciones seguras acerca del país de los escitas, del volumen de su población, de su tipo de vida, de la contextura física y del sistema de guerra de aquel pueblo.

### SUBLEVACIÓN EN LA SOGDIANA

Entre tanto, empezaba a desarrollarse en la retaguardia de Alejandro un movimiento que iba extendiéndose con una violencia extraordinaria. El odio contra el conquistador extranjero, unido al sentido de salvaje independencia que siempre había caracterizado a la clase dominante de la población de aquel país, estaban aguardando solamente el impulso y el caudillo para estallar en una furiosa insurrección. Y Espitámenes, que se creía defraudado en sus arrogantes esperanzas, apresuróse a explotar al servicio de su ambición aquel estado de ánimo de la población, la confianza depositada en él por Alejandro y el hecho de que éste se hallase lejos. Los sogdianos que habían tomado parte con él en la huída y el secuestro de Bessos formaban el núcleo de este alzamiento, cuyo primer impulso y tal vez la señal previamente convenida partieron de la población de las siete ciudades fortificadas; las guarniciones que Alejandro dejara en ellas fueron abatidas por sus habitantes. En seguida, la insurrección prendió con gran fuerza en el valle del Sogd; la guarnición de Maracanda, que no era grande, parecía que no acertaría a reprimir el movimiento y que seguiría la misma suerte de las otras. Los masagetas, los dahos, los saces del desierto, antiguos camaradas de lucha de Espitámenes, no menos amenazados por los macedonios que los sogdianos y animados fácilmente a cualquier campaña por el espejuelo del asesinato y el saqueo, apresuráronse a sumarse a la insurrección. En las tierras de la Bactriana se corrió la voz de que la reunión de los hiparcas convocada en Zariaspa por Alejandro tenía como finalidad deshacerse de todos los jefes del pueblo de una vez; por tanto, era necesario salir al paso de aquel peligro y asegurarse antes de que las cosas no tuviesen remedio. Oxiartes, Catanes, Jorienes, Haustanes y muchos otros

siguieron el ejemplo de los sogdianos. La noticia de lo que ocurría se difundió hasta más allá del Jaxartes, por las estepas de los escitas asiáticos; las hordas, inflamadas por el deseo de robar y asesinar, afluyeron hacia las márgenes del gran río, esperando a recibir la noticia del primer éxito logrado por los sogdianos para cruzar a nado y caer sobre los macedonios. De golpe y porrazo, Alejandro veíase cercado por inmensos peligros; el más pequeño revés o la menor demora los arrastrarían al desastre a él y a su ejército. Hacían falta toda su energía y toda su intrepidez para encontrar rápida y seguramente la salida a aquella peligrosísima situación.

Sin perder un solo instante, se dirigió a Gaza, la más próxima de las siete fortalezas, a la par que enviaba a Crátero contra Cirópolis, donde se habían concentrado la mayoría de los contingentes bárbaros de los contornos, con orden de poner sitio a la ciudad con murallas y trincheras y de construir máquinas de asalto. Tan pronto llegó delante de Gaza, ordenó comenzar el ataque contra los muros de tierra de la ciudad, que no eran demasiado altos; mientras los honderos, los arqueros y las máquinas barrían las paredes con una granizada de proyectiles, la infantería pesada tomaba sus posiciones para el asalto por todas las partes de la ciudad, tendía las escalas, escalaba los muros y, momentos después, los macedonios eran dueños de la ciudadela. Alejandro ordenó expresamente que todos los hombres cayeran bajo el filo de la espada; las mujeres, los niños, todos los bienes de la ciudad fueron entregados a los soldados como botín y la ciudad misma fué pasto de las llamas. En el mismo día fué atacada y tomada también por asalto la segunda fortaleza, cuyos habitantes corrieron la misma suerte. A la mañana siguiente atacaban las falanges la tercera ciudadela, que cayó también al primer embate. Los moradores de las dos primeras fortalezas vieron subir al cielo las columnas de humo de la ciudad conquistada; algunos fugitivos llevaron a ellas las noticias del espantoso fin de la ciudad; los habitantes de las dos plazas que aún quedaban en pie lo dieron todo por perdido y se precipitaron a las puertas en tropel para huir a las montañas. Pero Alejandro, esperando que ocurriese aquello, había mandado por delante a la caballería, ya por la noche, con órdenes de que bloqueasen los caminos de salida de las dos ciudades; y así, los bárbaros fugitivos iban a estrellarse a ciegas contra las filas compactas de los macedonios, donde la mayoría de ellos encontraron la muerte, después de lo cual fueron ocupadas y destruídas las dos últimas plazas rebeldes.

Después de reducidas en dos días las cinco fortalezas más cercanas, Alejandro se dirigió a Cirópolis, cercada ya por Crátero y sus tropas. Esta ciudad era mayor que las anteriormente conquistadas, se hallaba rodeada de fuertes murallas, tenía una ciudadela y estaba defendida, aproximadamente, por quince mil hombres, los bárbaros más combativos de aquellos contornos. Alejandro ordenó que fuesen emplazadas inmediatamente las máquinas de asalto y empezasen a trabajar sobre las murallas para abrir brecha en ellas y que las tropas pudieran lanzarse al asalto cuanto antes. Y, mientras la atención de los sitiados se concentraba en los puntos amenazados de demolición, observó que la abertura abierta en la muralla por la que penetraba en la ciudad el río, cuyo cauce estaba ahora

seco, era un magnífico portillo para deslizarse dentro. Mandó a los hipaspistas, los agrianos y los arqueros situarse cerca de la puerta más próxima, mientras él mismo, acompañado de unos pocos, se deslizaba dentro de la ciudad por el cauce del río, corría a la puerta convenida, la abría por dentro y daba entrada a sus tropas. Los bárbaros, aun dándose cuenta de que ya todo estaba perdido, lanzáronse sobre Alejandro con una furia salvaje; en la sangrienta refriega fueron heridos el propio Alejandro, Crátero y muchos de los oficiales, pero aquello no hizo más que exacerbar la violencia del ataque macedonio; mientras aquel primer grupo de atacantes llegaba a la plaza de la ciudad, los demás habían escalado ya los muros. Los defensores de la ciudad, viéndose cercados por todas partes, fueron a refugiarse en la ciudadela; para entonces habían tenido ya unos ocho mil muertos. Alejandro mandó sitiar la ciudadela inmediatamente; poco tiempo después y sin gran lucha, los sitiados se rendían por falta de agua.

Después de la caída de esta ciudad no había que esperar una gran resistencia por parte de la séptima y última fortaleza que no se había rendido aún. Según el relato de Tolomeo, se entregó a merced del vencedor sin esperar siquiera a que se la atacase; según otras fuentes, también ella hubo de ser tomada por asalto y su población fué acuchillada. Como quiera que fuese, no cabe duda de que Alejandro tenía que proceder contra los insurgentes de esta región con tanta mayor severidad cuanto mayor era la importancia estratégica del territorio cuya posesión se ventilaba; tenía que asegurar y hacer respetar a toda costa la ocupación de aquellas tierras que eran paso obligado y sin las cuales no cabía ni pensar en afirmar la dominación de la Sogdiana; la sangre del tenaz adversario y la destrucción de lo viejo eran el precio pagado por la introducción de las nuevas corrientes que habían de transformar por siglos la vida de la Transoxiana.

Con la sumisión de las siete plazas fortificadas, de las que salió bajo cadenas la parte de la población superviviente para ser asentada en la nueva ciudad de Alejandría, fundada en las orillas del Tanais, Alejandro había conquistado la libre retirada hacia la Sogdiana; era ya hora de acudir en ayuda de la guarnición apostada en Maracanda y sitiada por Espitámenes. Pero las hordas escitas, estimuladas por la sublevación de las siete ciudades, habíanse concentrado ya en la margen septentrional del río, dispuestas a asaltar al ejército en retirada; y si Alejandro no quería renunciar a todas las ventajas conseguidas en el Tanais y a un porvenir de nuevo poder y nueva gloria, no tenía más remedio que consolidar ahora del modo más completo las posiciones ganadas junto al río y hacer desistir a los escitas, de una vez para siempre, de su afición por las invasiones, antes de retirarse a la Sogdiana; por el momento, bastaría con enviar unos cuantos miles de hombres a levantar el cerco de Maracanda. En término de unos veinte días estaban listas las obras de la nueva ciudad para las necesidades más urgentes y levantadas las viviendas más indispensables para los primeros colonos; un número de veteranos macedonios, una parte de los mercenarios griegos, todos los bárbaros de los contornos que quisieron y las familias llevadas allí a la fuerza de las fortalezas destruídas formaron la primera población de esta ciudad, a la que el

rey, con los ritos y sacrificios, torneos y fiestas usuales en estos casos, dió el nombre de Alejandría.

Mientras tanto, las hordas escitas seguían acampadas al otro lado del río; disparaban sus dardos contra los macedonios, como incitándolos a la lucha; gritaban jactanciosamente que el enemigo no se atrevería a medirse con ellos y que, si lo hacía, se convencería de la diferencia que había entre los hijos del desierto y los afeminados persas; Alejandro decidió pasar el río y atacarlos, pero los sacrificios no presagiaban nada bueno; además, no se sentía aún bastante restablecido de la herida recibida en la toma de Cirópolis para poder tomar personalmente parte en la expedición. Sin embargo, viendo que los escitas se mostraban cada vez más insolentes y que las noticias recibidas de la Sogdiana eran cada vez más amenazadoras, Alejandro hizo que su sacerdote Aristandro sacrificase por segunda vez y consultase de nuevo la voluntad de los dioses; y otra vez fueron malos los presagios y anunciaron que se cernía un peligro personal sobre el rey. Pero Alejandro, declarando que prefería exponerse al mayor de los peligros que servir de befa a aquellos bárbaros, ordenó que las tropas avanzasen sobre la orilla, que fuesen montadas las catapultas y que se prepararan las pieles de las tiendas de campaña convertidas en pontones para cruzar el río. Así se hizo; y mientras en la otra orilla los escitas, cabalgando en sus corceles, corrían de un lado para otro entre gran algazara, las tropas macedonias formáronse en perfecto orden en la otra margen al abrigo de las catapultas, que de pronto empezaron a soltar andanadas de proyectiles sobre el lado opuesto del río. Los escitas, gentes medio salvajes, al ver semejante cosa, abandonaron la orilla, desconcertados y en gran desorden, mientras las tropas de Alejandro empezaban a cruzar el río entre el estrépito de las trompetas. Los arqueros y los honderos, los primeros que pasaron al otro lado, protegieron el paso de la caballería, que venía detrás. Tan pronto como ésta hubo pasado, los sarissóforos y la caballería griega pesada, unos mil doscientos hombres en total, abrieron el combate. Los escitas, tan veloces en la retirada como feroces en el ataque, los rodearon en seguida como una nube por todas partes, los asaetearon con una granizada de dardos y castigaban duramente a los macedonios, sin hacer frente a ninguno de sus ataques. Pero, en esto, abalanzáronse sobre el enemigo los arqueros y los agrianos con toda la infantería ligera, que acababa de cruzar el río; en distintos puntos habíase estabilizado ya una enconadísima lucha; para decidirla, el rey ordenó a tres hiparquías de hetairos y a los acontistas de a caballo lanzarse a la carga; él mismo cargó sobre el flanco del enemigo a la cabeza de los demás escuadrones, que seguían en profundas columnas; los escitas, viéndose atacados por todas partes e imposibilitados ya para dispersarse y luchar con su táctica de combates volantes, empezaron a retroceder en todos los puntos. Los macedonios los acosaban del modo más furioso. Aquella carrera salvaje, unida al calor sofocante y a una sed abrasadora, hacía extraordinariamente dura la persecución; el propio Alejandro, al límite ya del agotamiento, bebió sin desmontar unos tragos del agua estancada de la estepa, y los efectos de aquella funesta bebida presentáronse rápidamente y con gran

violencia; sin embargo, siguió en persecución del enemigo unas cuantas millas más hasta que, por fin, lo abandonaron sus fuerzas, se puso fin a la persecución y el rey fué conducido a su campamento, seriamente enfermo; con su vida estaba todo puesto sobre el tapete.

Pero pronto se sintió de nuevo sano. La ofensiva desplegada contra los escitas daba los efectos apetecidos; no tardaron en presentarse unos embajadores de su rey a dar excusas por lo ocurrido: la nación no tenía nada que ver con aquellas fechorías cometidas por un puñado de gentes irresponsables y ávidas de botín; su rey deploraba los trastornos causados por aquellos insensatos y estaba dispuesto a someterse a los mandatos del gran rey. Alejandro devolvió a los embajadores los prisioneros hechos en el combate, unos ciento cincuenta, sin exigir por ellos rescate alguno, magnanimidad que no dejó de producir su impresión sobre el espíritu de los bárbaros y que, unida a sus pasmosos hechos de armas, rodearon su nombre de aquel nimbo de grandeza sobrehumana que la simpleza de los pueblos primitivos suele inclinarse más bien a creer que a poner en duda. Y, lo mismo que siete años antes, junto al Danubio, habían ido a rendirle pleitesía pueblos no vencidos por él, ahora presentáronse ante Alejandro los embajadores de los escitas saces para ofrecerle la paz y su amistad. Con ello todos los pueblos situados en la vecindad de la nueva Alejandría quedaban apaciguados y unidos al imperio con vínculos con los que, por el momento, tenía que darse por satisfecho Alejandro para trasladarse a la Sogdiana lo antes posible.

No cabe duda de que las cosas, en la Sogdiana, presentaban un cariz feísimo; la población, conocida como pacífica y laboriosa, habíase sumado, tal vez más por miedo que por inclinación, al levantamiento provocado por Espitámenes y sus secuaces. La guarnición de Maracanda, cercada y considerablemente asediada, había hecho una salida, rechazando al enemigo y retirándose luego sin bajas a la ciudadela; esto ocurría, sobre poco más o menos, por los días en que Alejandro les enviaba refuerzos después de la rápida sumisión de las siete plazas fuertes. Al recibir esta noticia, Espitámenes había levantado el cerco de la ciudadela y habíase retirado en dirección al oeste. Mientras tanto, habían llegado a Maracanda las tropas enviadas por Alejandro después de la caída de Cirópolis, 66 jinetes macedonios, 800 mercenarios griegos de a caballo y 1,500 hombres de infantería pesada; iban al frente de la expedición Andrómaco, Carano y Menedemo y, con ellos, el licio Farnuces, conocedor de la lengua del país, al que Alejandro había entregado el mando de la columna, convencido de que bastaría con que se presentase en la ciudad un cuerpo de su ejército para que los sublevados se diesen a la fuga y que lo principal, después de conseguido esto, sería entenderse con la masa de la población, pacífica y tratable. Los macedonios, al ver que Espitámenes había evacuado ya la zona de Maracanda, apresuráronse a ir en su persecución; al acercarse las tropas expedicionarias, el cabecilla huyó al desierto situado en la frontera de la Sogdiana; sin embargo, los jefes de la columna macedonia creyeron oportuno seguir tras él hasta darle alcance y castigar a los escitas del desierto, que parecían brindar asilo a los sublevados fugitivos. Este atolondrado

ataque contra los escitas dio por resultado que Espitámenes los convenciese de la necesidad de prestarle ayuda abiertamente, con lo cual vinieron a engrosar sus efectivos seiscientos de aquellos intrépidos jinetes nativos de la estepa. Así fortalecido, salió al encuentro de los macedonios en el límite de la zona esteparia; allí, sin lanzar un ataque formal contra ellos ni esperar a que ellos lo iniciasen, empezó a cercar con sus jinetes las filas cerradas de la infantería macedonia y a asaetearla desde cierta distancia, escabulléndose de la caballería macedonia cuando ésta se lanzaba sobre él, procurando cansarla con sus rápidas fugas y renovando sus ataques por un punto distinto cada vez. Los caballos de los macedonios estaban agotados por las violentas marchas y la falta de forraje y muchos de los hombres de la columna expedicionaria habían caído muertos o heridos; Farnuces pidió que los tres jefes militares asumiesen el mando, puesto que él no era soldado y había sido enviado más bien para negociar que para combatir, pero ellos se negaron a aceptar la responsabilidad de una expedición que podía darse ya casi por fracasada. Los macedonios empezaron a retirarse del campo raso junto al río, para ofrecer resistencia al enemigo desde allí y a cubierto de un bosque. Pero la falta de unidad y de mando hizo fracasar la última posibilidad de salvación; al llegar al río, Carano, sin previo aviso, se pasó junto a Andrómaco con sus jinetes; la infantería, dándolo todo por perdido, se lanzó precipitadamente a ganar la otra orilla. Apenas los bárbaros se dieron cuenta de esto, acudieron por todas partes sobre el río y, cerrando el cerco en torno a él, acosando por detrás, presionando por los flancos y rechazando a los que pugnaban por ganar la orilla, sin encontrar la menor resistencia, fueron empujando a los macedonios a un islote del río, donde remataron a lanzadas al resto de las tropas expedicionarias. Pocos fueron los que cayeron prisioneros en manos del enemigo, y aun estos pagaron con la vida; la mayoría, entre ellos los jefes, habían caído luchando; sólo consiguieron salvarse cuarenta jinetes y trescientos hombres de infantería. Espitámenes volvió inmediatamente a Maracanda, con sus escitas, y crecido con la gran victoria que acababa de ganar y apoyado por la población, puso por segunda vez sitio a la ciudad.

Estas infaustas nuevas obligaron al rey a ordenar lo más aprisa posible sus relaciones con los pueblos escitas de la cuenca del Tanais. Contento de poseer, con la ciudad recién fundada junto al río, además de una atalaya fronteriza, una importante posición para futuras empresas, se puso rápidamente en marcha hacia el valle del Sogd, a la cabeza de la infantería ligera, de los hipaspistas y de la mitad de las hiparquías y seguido a cierta distancia por la mayor parte del ejército, conducido por Crátero. Doblando las marchas, logró llegar al cuarto día delante de Maracanda. Ante las noticias de que se acercaba Alejandro, Espitámenes dióse a la fuga. El rey salió en su persecución y hubo de pasar por aquel lugar de las márgenes del río que los cadáveres de los guerreros macedonios revelaban como escenario del desgraciado combate; detúvose a enterrar los muertos, con toda la solemnidad que la prisa que llevaba permitía, y reanudó la persecución del enemigo fugitivo, hasta que el desierto, que se extiende, interminable, hacia

el oeste y el norte, le obligó a detenerse. Espitámenes había sido expulsado del país, con las fuerzas que le seguían. Los sogdianos, conscientes de su culpa y llenos de temor ante la cólera del rey, habían ido a refugiarse detrás de las murallas de sus ciudades, y Alejandro había pasado de largo por delante de ellas para ir en persecución de Espitámenes. Pero no porque fuese su propósito, ni mucho menos, dejar sin castigo su felonía. El peligro que representaban aquellos actos reiterados de deserción, la importancia que tenía la posesión firme y segura de aquel país y lo poco de fiar que era la sumisión forzada de los sogdianos: todo ello hacía que fuese necesario castigar severamente a los sublevados. A su vuelta de los bordes del desierto, Alejandro empezó a devastar el rico país, a incendiar sus aldeas y a destruir sus ciudades; más de cien mil hombres se dice que perecieron, quemados o acuchillados, en aquel cruel castigo colectivo.

## DESCANSO INVERNAL EN ZARIASPA

Después de apaciguar de este modo la Sogdiana y de dejar allí a Peucolao al mando de tres mil hombres, Alejandro se trasladó a Zariaspa, capital de la Bactriana, donde había convocado a una reunión a los hiparcas del país. Ya fuese porque los bactrianos se sometiesen ahora, aterrorizados ante la terrible suerte corrida por la Sogdiana, o porque ya desde el primer momento mostraran poco entusiasmo por la sublevación, lo cierto es que Alejandro no creyó necesario emprender operaciones militares contra ellos, y sólo poseemos una noticia muy insegura acerca del castigo de la deserción que tal vez llegara a proyectarse en la Bactriana. Los grandes de esta región que se hallaban complicados en el levantamiento de los sogdianos huyeron a las montañas, donde se consideraban seguros en sus castillos roqueros.

El invierno del 329 al 328, que Alejandro pasó en Zariaspa, fué memorable desde muchos puntos de vista. La reunión de los príncipes bactrianos, la llegada de nuevas huestes guerreras de los pueblos del occidente, numerosas embajadas de pueblos europeos y asiáticos, las actividades incesantes de aquel ejército siempre victorioso y endurecido, la abigarrada mescolanza de la vida militar macedonia, de la pompa persa y de la cultura helénica: todo ello junto forma la imagen, tan extraña como característica, de aquel joven rey, absolutamente consciente de que debía agregar a la fama de sus victorias y de sus creaciones el esplendor solemne del oriente y toda la majestad de la suprema dicha humana, si no quería que los pueblos recién conquistados perdiesen la fe en la grandeza del hombre a quien estaban dispuestos a reconocer y venerar como a un ser supraterrenal.

Alejandro juzgó a Bessos, en Zariaspa, con arreglo a las formas tradicionales de la justicia persa. El regicida fué presentado ante los grandes reunidos cargado de cadenas; el propio Alejandro pronunció la acusación y los reunidos dictaron, a lo que parece, el fallo declarándolo culpable. El rey ordenó, siguiendo la costumbre persa, que se cortaran al reo la nariz y las orejas y se le trasladara a Ecbatana para clavarlo allí en la cruz, ante la dieta de los medos y los persas.

Y así se hizo: Bessos fué mutilado y azotado en presencia de los grandes reunidos y enviado a Ecbatana para su ejecución.

Por aquellos días llegaron a Zariaspa Fratafernes, el sátrapa de Partia, y Estasánor de la Aria, trayendo encadenados al felón Arsames, quien desde la satrapía de la Aria había favorecido la invasión de Satibárzanes, al persa Bárzanes, a quien Bessos confiara la satrapía parta, y a otros príncipes que habían prestado su apoyo a la usurpación de Bessos. Con ello quedaba aplastado el último resto de un movimiento de oposición que, de haber estado mejor dirigido, habría podido poner en grave aprieto el derecho de conquista y la situación de los conquistadores. Ahora quien tomase partido en contra de Alejandro ya sabía que abrazaba una causa perdida, a menos que se dejase llevar de la más desatentada ilusión.

Entre las embajadas que llegaron a la corte del rey este invierno, ninguna más notable que la de los escitas europeos. El verano anterior, Alejandro había enviado con los embajadores escitas, como hemos visto, algunos de sus hetairos; éstos regresaron ahora, acompañados de una segunda embajada, que traía al gran rey un nuevo homenaje de pleitesía de su pueblo y regalos considerados por ellos como los más valiosos: su rey había muerto en aquel intervalo y su hermano y sucesor apresurábase a testimoniar al rey Alejandro sus respetos y su lealtad de aliado, en prueba de lo cual le ofrecía a su hija por esposa; si Alejandro no se dignaba aceptarla como tal, le rogaba que diese su consentimiento para que las hijas de sus grandes y cabecillas pudieran desposarse con los grandes de la corte y el ejército macedonios; él mismo, el rey escita, estaba dispuesto a comparecer personalmente ante él para recibir sus órdenes, tan pronto como Alejandro lo dispusiera; él y sus escitas se someterían en todo a las órdenes del gran rey. La respuesta de Alejandro era la adecuada a su poder y a las condiciones en que se encontraba; sin entrar a tratar de las propuestas matrimoniales, despidió a los embajadores cargados de regalos y con las seguridades de su amistad hacia el pueblo de los escitas.

*Llegó también a Zariaspa* durante aquel invierno Farasmanes, el rey de los jorasmianos, con un séquito de mil quinientos hombres a caballo, para presentar personalmente sus respetos al gran rey, ya que la amistosa acogida que fuera dispensada a Espitámenes por los masagetas vecinos suyos podía hacerle también sospechoso a él. Este rey tenía bajo su gobierno los territorios del bajo Oxo y afirmaba que sus dominios colindaban con los de la tribu colcia y con los de un pueblo de mujeres: las amazonas. Si entraba en los planes de Alejandro emprender una campaña contra los colcios y las amazonas, y someter todas aquellas tierras hasta el Ponto Euxino, brindábase a enseñarle el camino y a proveer lo necesario para el sostenimiento de su ejército durante esta campaña. La respuesta de Alejandro a las ofertas del rey jorasmiano arroja cierta luz sobre la contextura de sus planes para el futuro, los cuales, por muy audaces que fueran, aportan el testimonio más seguro acerca de su notable conocimiento de la situación geográfica de los distintos países cuya existencia se empezó a conocer gracias a sus pro-

pias campañas. Alejandro estaba ya convencido, por lo que él mismo había visto y por los informes de sus embajadores, de que el océano, con el que todavía ahora seguía relacionando directamente al mar Caspio, no se hallaba, ni mucho menos, cerca de la frontera septentrional del imperio persa y de que las hordas escitas poseían extensiones inmensas de territorio hacia el norte, por lo cual era imposible extender las fronteras naturales del nuevo imperio, por este lado, hasta el gran mar. En cambio, dábase clara cuenta de que la posesión de las tierras bajas colindantes era condición esencial para llegar a obtener la sumisión completa de la altiplanicie del Irán, que constituía su objetivo inmediato, y el porvenir demostró cuán certeramente consideraba el Eufrates y el Tigris, el Oxo y el Jaxartes, el Indo y el Hidaspes como puntos de apoyo para su dominación sobre Persia y la Ariana. Así, pues, contestó al rey Farasmanes que, por ahora, no era su propósito llegar hasta las tierras del Ponto; su empresa inmediata sería la sumisión de la India; luego, una vez que fuese dueño y señor del Asia, proponíase regresar a la Hélade y penetrar con todo su poder en el Ponto Euxino por el Helesponto y el Bósforo; entonces sería llegada la ocasión de aceptar las ofertas que ahora le hacía el rey jorasmiano. Por el momento Alejandro selló con él un pacto de amistad y alianza, le recomendó encarecidamente a los sátrapas de Bactriana, Partia y Aria y le despidió con grandes muestras de benevolencia.

### SEGUNDA SUBLEVACIÓN DE LOS SOGDIANOS

Las condiciones no consentían aún, ni mucho menos, acometer la campaña índica. Aunque la Sogdiana había sido sometida y asolada, el brutal castigo impuesto por Alejandro a aquel desventurado país, lejos de haber aquietado los ánimos, parecía que, después de un breve intervalo de aturdimiento, iba a repercutir en un ataque de furia general; los habitantes no exterminados habían huído por millares a refugiarse en las plazas amuralladas, en las montañas, en los castillos roqueros en que se hacían fuertes los cabecillas de las tierras altas y de las montañas fronterizas oxianas; donde quiera que la naturaleza brindaba algún punto de apoyo para defenderse, había grandes contingentes de fugitivos, tanto más peligrosos cuanto más desesperada era su causa. Peucolao, con sus tres mil hombres, no acertaba a mantener el orden ni a pacificar las tierras llanas; de todas partes afluían masas de gentes ávidas de levantarse en armas, y sólo faltaba el jefe dispuesto a acaudillarlas, aprovechando la ausencia de Alejandro y de su ejército. Espitámenes, que, a juzgar por el ataque del Polimeto, no carecía de talento militar y que había huído al país de los masagetas, no parece que llegase a tener contactos con la segunda sublevación de los sogdianos; de otro modo sería inconcebible que no se hubiese apresurado a acudir antes con sus escitas a reforzar este movimiento. El hecho de que Alejandro dejara que la insurrección tomase tan grandes vuelos antes de decidirse a reprimirla, indica que, por el momento, sus fuerzas combatientes no le permitían ir a buscar a las montañas a este enemigo audaz y numeroso, para aplastarlo allí; después del guarniciona-

miento de las ciudades que llevaban su nombre en la Arajosia, en las faldas del Parapanisos y en las márgenes del Tanais, no dispondría, seguramente, de mucho más de diez mil hombres. Fué en el transcurso del invierno cuando recibió considerables refuerzos de los países occidentales: una columna de infantería y de caballería reclutada por Nearco, sátrapa de Licia, y Asandro de Caria; otra al mando de Asclepiodoro, sátrapa de la Siria, y el hiparca Menes, y otra acaudillada por Epócilo, Ménidas y Tolomeo, el estratega de los tracios, con un total aproximado de 17,000 hombres de a pie y 2,600 de a caballo. Ahora, Alejandro contaba ya con tropas bastantes para reprimir el levantamiento de los sogdianos hasta en sus últimos rincones.

En la primavera del año 328 partió del campamento-corte de Zariaspa, dejando allí a los enfermos de la caballería macedonia con una protección de unos ochenta jinetes mercenarios y algunos muchachos de la nobleza. El ejército se dirigió hacia el Oxo; una fuente de petróleo que había brotado junto a la tienda de campaña del rey fué interpretada por Aristandro como presagio de que los macedonios triunfarían, pero con grandes esfuerzos; y, en realidad, era necesario mostrar una gran cautela para abordar a estos enemigos, que amenazaban por doquier. El rey dividió su ejército en dos partes: una, formada por Meleagro, Polipercón, Atalo y Gorgias, con sus falanges, quedó en la Bactriana para defender aquel país; la otra, repartida en cinco columnas al mando del rey, del hiparca Efestión, del oficial de la guardia Tolomeo, del estratega Pérdicas y del sátrapa de la Bactriana, Artabazo, secundado por el estratega Coino, avanzó hacia la Sogdiana en distintas direcciones. No poseemos noticias detalladas acerca del desarrollo de las operaciones; sabemos únicamente, de un modo general, que las distintas plazas del país fueron tomadas por asalto unas y otras se rindieron sin lucha; en poco tiempo, la parte más importante del país transoxiano, el valle del Polimeto, volvió a estar en poder de Alejandro, y las columnas victoriosas fueron confluyendo sobre Maracanda desde distintas direcciones. Sin embargo, las montañas del este y del norte estaban todavía en manos del enemigo y había razones para suponer que Espitámenes, que había ido a refugiarse entre las hordas rapaces de los masagetas, las convencería de la necesidad de lanzarse a nuevas irrupciones. Y, al mismo tiempo, había que hacer todo lo posible para poner fin al espantoso desorden reinante en el país por medio de una nueva y profunda organización y, sobre todo, para ayudar y pacificar a la población, dispersa, privada de techo y de lo más elemental para subsistir. Efestión recibió el encargo de proceder sin demora a la fundación de nuevas ciudades, de concentrar en ellas a los habitantes dispersos en las aldeas y suministrarles víveres, mientras Coino y Artabazo se dirigían contra los escitas para intentar apoderarse de la persona de Espitámenes y Alejandro salía al frente del grueso de su ejército a completar la sumisión del país mediante la toma de las fortalezas montañeras. Fué empresa fácil para él. Poco después, cumplida esta misión, regresaba a Maracanda, para descansar allí con sus tropas. Estos días de descanso habían de presenciar hechos espantosos.

### DESCANSO EN MARACANDA. ASESINATO DE CLITO

El anciano Artabazo había pedido ser relevado del servicio, en vista de lo cual Alejandro nombró sátrapa de la Bactriana en lugar suyo al hiparca Clito, a quien se conocía por el nombre del negro Clito. Grandes cacerías y banquetes llenaban los días de Maracanda. Entre los banquetes, celebróse el de una fiesta dionisíaca, pero el rey, en vez de honrar a Dionisio, festejó a los Dióscuros; el dios sintióse colérico por ello, habiendo incurrido el rey, por tanto, en una grave falta, y no porque no estuviese advertido; le habían enviado unos pescados hermosísimos y había invitado a Clito a comerlos con él; Clito, al recibir la invitación, había abandonado el sacrificio que en aquel momento se disponía a efectuar, para ir corriendo a la mesa del rey; tres ovejas sangradas ya para el sacrificio habían saltado tras él; aquello era, según Aristandro, un presagio malísimo; el rey, doblemente preocupado por un extraño sueño que había tenido la última noche, y en el que viera a Clito vestido de negro y sentado entre los hijos ensangrentados de Parmenión, ordenó que se hiciese un sacrificio para aplacar a los dioses con respecto a Clito.

Por la noche, según sigue diciendo el relato, se sentó Clito a la mesa del rey. Los comensales alababan las hazañas de Alejandro: decían que había hecho cosas más grandes que los Dióscuros y que ni el mismo Heracles podía compararse con él; que sólo la envidia hacía que no se le tributasen, por estar vivo aún, los mismos honores que a aquellos héroes. Clito había bebido ya mucho y el vino se le había subido a la cabeza; hacía ya mucho tiempo que estaba harto del ambiente persa que rodeaba al rey, de la exagerada admiración que mostraba hacia él la gente joven, de las descaradas adulaciones de los sofistas y retóricos helénicos, que el rey toleraba en su presencia; aquella frivolidad con que se manejaban los nombres de los grandes héroes acabó sacándole de quicio: tomó la palabra y dijo que no era aquélla la mejor manera de honrar la fama del rey, que sus hazañas no eran tan grandes como se decía y que, al fin y al cabo, una buena parte de la gloria pertenecía a los macedonios. Alejandro escuchó con disgusto aquellas palabras despectivas en boca de un hombre a quien él había encumbrado por encima de los demás, pero se calló. La discusión fué haciéndose cada vez más viva; se habló también de los hechos del rey Filipo; y cuando los aduladores sostuvieron que no había hecho nada grande ni digno de admiración y que toda su gloria consistía en llamarse el padre de Alejandro, Clito no pudo contenerse y saltó a defender el nombre de su antiguo rey, pretendiendo empequeñecer la fama de Alejandro, ensalzándose a sí mismo y a los viejos estrategas, recordando al viejo Parmenión y a sus hijos y diciendo que envidiaba a todos los que habían caído peleando o habían sido ejecutados antes de ver a los macedonios azotados con la vara de los medos e implorando de los persas el favor de pasar a ver al rey.

Algunos de los viejos estrategas allí presentes se pusieron en pie, rechazaron las palabras de aquel hombre excitado por el vino y la indignación e intentaron

en vano aplacar la creciente inquietud. Alejandro volvióse hacia su vecino de mesa, que era un heleno, y le dijo: "¿No es cierto que vosotros, los helenos, os paseáis entre los macedonios como semidioses entre animales." Clito seguía dando voces; dirigiéndose al rey, dijo a gritos: "¡Esta mano te salvó en el Gránico; pero tú puedes decir lo que te parezca y seguir invitando a tu mesa, no a hombres libres, sino a bárbaros y a esclavos que besen las faldas de tu túnica y adoren tu cinturón persa!" Alejandro, no pudiendo contener por más tiempo su cólera, se puso en pie de un salto y fué a echar mano de sus armas, pero los amigos las habían quitado de allí; gritó en macedonio a sus hipaspistas que vengasen a su rey; ninguno acudió; ordenó al trompetero que diese el alerta y le abofeteó en vista de que no obedecía: "¿Cómo, exclamó, había caído ya tan bajo como Darío cuando iba arrastrado, prisionero, por Bessos y sus cómplices y sólo ostentaba ya el mísero nombre de rey? ¡Y el hombre que le había traicionado era precisamente Clito, aquel que le debía a él todo lo que era!" Clito, que había sido sacado de la sala por los amigos, volvió al otro extremo de ella en el momento en que hoyó pronunciar su nombre. "Aquí tienes a Clito, oh Alejandro!", exclamó, recitando luego los versos de Eurípides sobre la mala práctica de que los ejércitos arranquen las victorias "con su sangre y la gloria sólo corresponda al caudillo que, entronizado en su alto cargo, recoge las alabanzas y desprecia al pueblo, él, que en el fondo no es nada". Alejandro, ciego de furia, quitó la lanza de la mano a uno de los centinelas y la arrojó sobre Clito, quien cayó inmediatamente muerto.

Los amigos se apartaron, aterrados. La cólera del rey se desvaneció, dejando paso a la conciencia de su culpa, al dolor y a la desesperación; le vieron cómo arrancaba la lanza del pecho de Clito y la apoyaba contra el suelo para clavarse en ella y quitarse la vida sobre el cadáver; los amigos le sujetaron y lo llevaron al campamento. Se tendió a llorar y a lamentarse, gritando el nombre del amigo asesinado por él y el de su ama de cría, Lánice, hermana del muerto: así era, dijo, como su pupilo le pagaba la leche con que lo había amamantado; sus hijos habían muerto luchando por él y a su hermano, que le había salvado la vida, lo había asesinado él mismo, con su propia mano; se acordó del anciano Parmenión y de sus hijos y no se veía harto de acusarse como el asesino de sus amigos, maldiciéndose y deseando la muerte. Tres días enteros estuvo tendido sobre el cadáver de Clito, encerrado en su tienda de campaña, sin dormir, negándose a probar bocado, hasta que por fin enmudeció y cayó agotado; sólo algún que otro profundo suspiro se oían de vez en cuando en el interior de la tienda. Las tropas, preocupadas por la vida de su rey, se reunieron para juzgar al muerto y fallar que su muerte había sido justa. Llamaron a Alejandro, pero éste no contestó; por fin, los estrategas atreviéronse a abrir la tienda y exhortaron al rey a que pensase en su ejército y en su imperio; dijéronle que, según los presagios de los dioses, había sido Dionisos quien, por medio de su mano ejecutora, había consumado aquel triste hecho. Por fin, lograron apaciguar al rey; éste ordenó que se sacrificase a los dioses, para aplacar su cólera.

Tal es, en esencia, el relato de nuestras fuentes; los datos suministrados por ellas no bastan para saber a ciencia cierta cómo se desarrollaron realmente estos espantosos hechos, y menos aún para deslindar las culpas entre el asesino y el asesinado. No cabe duda de que la furia del momento empujó al rey a cometer un hecho horrendo, pero detrás de todo aquello había algo más que un pleito personal: en la persona de Clito erguíase ante Alejandro, por vez primera, toda la indignación y la irritación que los designios y los actos del rey provocaban en aquellos de cuya fuerza y lealtad tenía que fiarse, el profundo abismo que le separaba de la sensibilidad de los macedonios y de los helenos. Se arrepintió del asesinato y sacrificó a los dioses para lavar su culpa; lo que no nos dicen los moralistas que le condenan es qué otras cosas, además de ésas, debió hacer.

## LOS ESCITAS IRRUMPEN EN ZARIASPA

Mientras esto ocurría en Maracanda, Espitámenes hacía un nuevo intento para invadir la Bactriana. Había logrado reclutar entre los masagetas a cuyas tierras había ido a refugiarse un contingente de 600 a 800 jinetes y habíase presentado de pronto, a la cabeza de ellos, delante de una de las principales plazas fuertes, valiéndose de una estratagema para hacer salir al campo a su guarnición y asaltándola por medio de una emboscada; el comandante de la plaza cayó en manos de los escitas, la mayoría de sus hombres murió en el combate y él fué conducido prisionero. Crecido por este éxito, Espitámenes presentóse algunos días después delante de Zariaspa; la guarnición de esta plaza, reforzada por los antiguos enfermos, ya curados, la mayoría de ellos hetairos de la caballería macedonia, parecía demasiado fuerte para que los asaltantes se atrevieran a atacarla; en vista de ello, los masagetas se retiraron, después de haber saqueado e incendiado los campos y las aldeas de los contornos. Enterados de ello Peitón, que regentaba la ciudad, y Aristónico, el citareda, llamaron a las armas a los ochenta de caballería que guardaban la plaza, a los antiguos enfermos restablecidos y a los muchachos de la nobleza y salieron ante las puertas de la ciudad para castigar a los depredadores; éstos dejaron abandonado el botín y lograron escapar a duras penas; muchos de ellos fueron hechos prisioneros y degollados. Cuando el pequeño contingente volvía a la ciudad, muy contento por lo conseguido, Espitámenes, que le había preparado una emboscada, cayó sobre él con tal violencia que los macedonios fueron arrollados y estuvieron a punto de quedar cortados de la ciudad. Quedaron sobre el campo siete de los hetairos y sesenta mercenarios; uno de los muertos fué el citareda; Peitón cayó en manos del enemigo, herido de gravedad; faltó poco para que la ciudad misma pasara a poder de los asaltantes. Crátero fué informado sin pérdida de momento de lo que sucedía, pero los escitas no esperaron su llegada, sino que se retiraron hacia el oeste, engrosando a cada paso su contingente con nuevas fuerzas que se les incorporaban. Ya al borde del desierto, los alcanzó Crátero y se entabló un tenaz combate; por

fin, salieron vencedores los macedonios; después de perder ciento cincuenta hombres, Espitámenes se retiró al desierto, donde era imposible darle alcance.

Noticias de este género podían más que todas las súplicas de los amigos o los consuelos de los aduladores descarados para hacer volver al rey al cumplimiento de su deber. El ejército, con Alejandro al frente, partió de Maracanda; la satrapía de la Bactriana, destinada a Clito, fué ocupada por Amintas, mientras que Coino, con su taxis y la de Meleagro, cuatrocientos hombres de caballería, todos los acontistas de a caballo y el resto de las tropas que hasta entonces había mandado Amintas, quedaba en la Sogdiana para defender aquel territorio. Efestión salió con un cuerpo de ejército para la Bactriana, con la misión de organizar el abastecimiento de las tropas durante el invierno, y Alejandro se dirigió hacia Jenipa, a donde habían huído muchos de los insurgentes bactrianos. Al conocerse la noticia de que se acercaba Alejandro con sus tropas, los insurrectos fueron desalojados de allí por los habitantes, que no querían exponerse a perder lo que tenían por brindarles hospitalidad, y organizaron una emboscada contra los macedonios. Su fuerza ascendía a unos 2,000 jinetes, que se lanzaron sobre una parte del ejército de Alejandro; fueron obligados a retirarse después de un combate largo y enconado; los atacantes perdieron unos 800 hombres entre muertos y prisioneros. Viendo mermadas considerablemente sus fuerzas y encontrándose sin jefes y sin provisiones, decidieron someterse al vencedor. Después de esto, Alejandro dirigióse contra la ciudadela roquera de Sisimetres "en el país bactriano"; costó grandes esfuerzos acercarse a ella y mayores aún preparar el asalto; antes de que éste empezase, se rindió Sisimetres.

Mientras tanto, Espitámenes, antes de que los éxitos del enemigo y su poder le bloqueasen por completo, decidió lanzar una nueva intentona contra la Sogdiana; a la cabeza de los que habían huído con él y con trescientos jinetes escitas, tentados por el botín que se les había prometido, presentóse de pronto delante de Bagai, en la frontera entre la Sogdiana y el desierto de los masagetas. Coino, informado de esta irrupción, acudió inmediatamente contra él, con sus fuerzas armadas; tras un sangriento combate, los escitas fueron obligados a retirarse, habiendo perdido ochocientos hombres. Los sogdianos y bactrianos que habían tomado parte en la intentona y que veían cómo también ésta había fracasado, con Datafernes a la cabeza, no quisieron seguir a Espitámenes en su fuga y se entregaron a Coino; los masagetas, furiosos por no haber conseguido el botín que esperaban, asaltaron y saquearon las celdas y los carros de los desertores, huyendo después con Espitámenes hacia el desierto. En esto llegó a ellos la noticia de que Alejandro marchaba en aquella dirección, en persecución suya; curándose en salud, cortaron la cabeza a Espitámenes y se la enviaron al rey.

### DESCANSO INVERNAL EN NAUTACA

La muerte de este adversario, tan intrépido como criminal, disipó las últimas preocupaciones que pudieran existir. Por fin, reinaba en el "jardín del oriente"

la paz que tanto necesitaba para recobrar su antigua prosperidad y su vida floreciente, después de tantas luchas y tantos desórdenes. Había llegado el invierno, el último que Alejandro pensaba pasar en aquellas tierras; los diversos destacamentos del ejército reuniéronse en torno a Nautaca, para establecer allí sus cuarteles de invierno. Acudieron a Nautaca los sátrapas de las provincias más cercanas, Fratafernes de Partía y Estasánor de Aria, quienes en el invierno anterior, estando en Zariaspa, habían recibido distintas comisiones, relacionadas probablemente con asuntos militares. Fratafernes hubo de regresar, con el mandato de apresar a Autofrádates, el sátrapa de los mardios y tapurios, que empezaba a desdeñar de un modo peligroso las órdenes recibidas de Alejandro. Atropates fué enviado a la Media, con el encargo de destituir al sátrapa Oxidates, remiso en el cumplimiento de sus deberes, y hacerse cargo de su puesto. También fué nombrado un nuevo sátrapa para Babilonia, puesto que Maceo había muerto, correspondiendo el cargo a Estamenes. Sópolis, Menides y Epócilo fueron enviados a Macedonia para reclutar y traer nuevas tropas.

La tregua invernal de Nautaca fué aprovechada, a lo que parece, para preparar la campaña índica, que Alejandro pensaba iniciar al verano siguiente, tan pronto como las altas montañas fuesen más accesibles. Pero antes había que descartar el último obstáculo; aún quedaban en pie, del lado de acá de estas montañas, algunas ciudadelas en que se defendían las últimas fuerzas de los rebeldes.

## LAS CIUDADELAS DE LOS HIPARCAS

Alejandro se dirigió al comenzar la primavera contra las "rocas sogdianas", a las que había ido a refugiarse el bactriano Oxiartes y los suyos, por considerar aquella fortaleza inexpugnable. Estaba abastecida de provisiones para un largo asedio, y la abundante nieve caída durante el invierno la surtía del agua necesaria, a la par que hacía doblemente peligrosos los intentos de escalar aquellas rocas. Una vez que estuvo delante de la ciudadela, Alejandro la intimó a la rendición, prometiendo que dejaría salir libremente a todos sus defensores; éstos le contestaron que, si quería asaltar la fortaleza, tendría que conseguir soldados con alas. Decidido a tomarla a toda costa, mandó anunciar en su campamento por medio del heraldo que era necesario escalar, costara lo que costara, la roca que sobresalía de la ciudadela, para lo cual establecía doce premios, que serían concedidos a quienes primero llegasen a lo alto de ella: el primero de todos recibiría doce talentos y el último uno, y todos los que tomasen parte en la empresa participarían de la gloria de haber realizado una gran hazaña. Trescientos macedonios, adiestrados en la práctica de escalar montañas, dieron un paso al frente y recibieron las instrucciones necesarias; iban todos provistos de algunas estacas de hierro de las que solían emplearse para fijar las tiendas de campaña y de fuertes sogas. Hacia media noche aproximáronse a la parte más escarpada de la roca, que era, por tanto, la que se hallaba menos vigilada. Al principio iban subiendo lentamente; a cada paso se desprendían grandes pedazos de roca, enormes trozos

de hielo y avalanchas de nieve; el esfuerzo y el peligro eran cada vez mayores. Treinta de aquellos valientes cayeron al abismo, pero al amanecer se vió que los demás habían alcanzado la cumbre y tremolaban al viento desde lo alto unos trapos blancos. Tan pronto como Alejandro divisó la señal convenida, envió de nuevo al heraldo a que gritase a los puestos avanzados del enemigo que había conseguido los soldados con alas, que si querían verlos no tenía más que levantar las cabezas y que toda ulterior resistencia sería inútil. Los bárbaros, estupefactos al convencerse de que los macedonios habían encontrado un camino para escalar la roca, no tardaron en rendirse y Alejandro penetró en la fortaleza. Allí cayó en sus manos un rico botín, entre él muchas esposas e hijas de nobles sogdianos y bactrianos, incluyendo la hermosa Roxana, hija de Oxiartes. Era la primera mujer de quien Alejandro se enamoraba; no quiso ejercer el derecho del vencedor sobre la prisionera; decidió casarse con ella y que aquel desposorio sellase la paz con el país vencido. Noticioso de ello, el padre de Roxana corrió a presentarse a Alejandro, siendo perdonado por éste gracias a la belleza de su hija.

Quedaba todavía por reducir la ciudadela de Jorienes en el país de los paretácenes, la región montañosa situada en el alto Oxo, donde se habían refugiado varios de los desertores. Las gargantas cubiertas de bosques e intransitables que era necesario cruzar para llegar hasta allí estaban todavía enterradas bajo la nieve; las frecuentes y furiosas lluvias, el hielo unas tormentas espantosas hacían todavía más penosa la marcha. El ejército carecía de lo más necesario, muchos iban quedando por el camino, tiesos de frío; sólo el ejemplo del rey, que compartía con los suyos la penuria y las penalidades, sostenía en pie la moral de sus tropas. Cuéntase que una noche, cuando el rey estaba sentado junto al fuego del vivaque, calentándose, vió a un soldado viejo tieso de frío y que caía como desvanecido; corrió hacia él, le tomó el arma y lo sentó en su silla, junto al fuego; cuando el veterano se hubo recobrado un poco, reconoció a Alejandro y se puso en pie, desconcertado; el rey le dijo: "Ya ves, camarada, el sentarse en la silla del rey está penado con la muerte entre los persas, pero a ti te ha devuelto la vida."

Por fin, las tropas llegaron delante de la ciudadela, emplazada sobre una alta y escarpada roca, a cuya cima sólo podía llegarse por un sendero angosto y muy difícil; además, por este lado, el único accesible, corría un impetuoso río serrano al fondo de una profunda garganta. Alejandro, acostumbrado a no reputar como insuperable ninguna dificultad, por grande que ella fuese, ordenó inmediatamente que en los bosques de pinos que circundaban la montaña se abatieran unos cuantos árboles para construir escaleras y llegar con ayuda de ellas al fondo de la garganta. Las tropas trabajaron día y noche, hasta que por fin, con esfuerzos indecibles, consiguieron lo que se proponían; luego, cubrieron el río con ramaje, echaron tierra encima y rellenaron la garganta; poco después entraban en acción las máquinas y lanzaban andanadas de proyectiles contra la ciudadela. Jorienes, que hasta entonces había contemplado con despectiva indiferencia las faenas de los macedonios, dióse cuenta de su equivocación cuando ya era tarde; la naturaleza del terreno, mejor dicho de la roca, impedía a los defensores de la

fortaleza hacer una salida contra sus adversarios, y sus tejados protectores ponían a los atacantes a salvo de los proyectiles disparados desde arriba. Finalmente, los ejemplos anteriores llevaríanle al convencimiento de que era más seguro entenderse con Alejandro que dejar llegar las cosas hasta el último extremo; por medio de un heraldo, le pidió autorización para celebrar una entrevista con Oxiartes; esta autorización fué concedida y Oxiartes supo disipar en su antiguo camarada de luchas, las últimas dudas que aún pudieran quedarle. Por último, Jorienes, rodeado por algunas de sus gentes, presentóse ante Alejandro, quien le recibió con grandes muestras de atención y le felicitó por haber fiado su salvación más bien a un hombre honesto que a una roca. Lo retuvo a su lado en la tienda de campaña y le rogó que enviase a algunos de sus acompañantes con el mensaje de que la fortaleza se había rendido a los macedonios amistosamente y que a todos los que se encontraban en ella les sería perdonado lo sucedido. Al día siguiente, el rey, acompañado de 500 hipaspistas, subió a la ciudadela para inspeccionarla por sus propios ojos; admiró la fortaleza del lugar y rindió justo homenaje de admiración a las medidas de prudencia y a todas las disposiciones adoptadas en previsión de un largo sitio. Jorienes se comprometió a abastecer de víveres al ejército durante dos meses e hizo que de las abundantísimas provisiones de la ciudadela se distribuyese pan, vino y carne salada a las tropas macedonias, quebrantadas por el frío y las privaciones de los últimos días.

Alejandro devolvió a Jorienes la fortaleza y las tierras circundantes. El volvió con la mayor parte de su ejército a Bactra, enviando a Crátero, con 600 hombres de caballería, su taxis y tres más, a la Paretacena, contra Catanes y Haustanes, los dos únicos sublevados que aún resistían; los bárbaros fueron vencidos en un sangriento combate: Catanes quedó muerto, Haustanes fué llevado prisionero ante Alejandro y el país obligado a someterse al vencedor; poco después, Crátero y sus tropas se unían al rey en Bactra.

Permítasenos volver aquí sobre una observación consignada más arriba y que, siendo como es insegura, sólo tiene la pretensión de poner de relieve un punto importante para la visión de conjunto. Un escritor de una época posterior que trabajó sobre muy buenas fuentes recoge, con motivo del reparto de satrapías hecho en el verano del año 326, la noticia de que el reino de Sogdiana correspondió a Oriopo, no por herencia paterna, sino por habérselo adjudicado Alejandro, aunque después, habiendo perdido Oropio su reino por haber huído de él a consecuencia de una sublevación, la Sogdiana fué incorporada a la satrapía de la Bactriana. El hecho de que ningún otro escritor diga nada de esto no es razón bastante, dado el estado de nuestra tradición, para desechar la noticia como falsa o tomarla con prevención. Hoy ya no es posible saber a qué nombre correspondería en realidad la transcripción, indudablemente errónea, de Oriopo, tal vez a uno de aquellos grandes indígenas que, después de una brava resistencia, sellaron las paces con Alejandro y se mostraron leales a él, como aquel Jorienes o como Sisimitres, de quien Curcio dice que el rey le devolvió sus dominios y le abrió la perspectiva de agrandarlos.

Si esta observación es cierta, ello querrá decir que Alejandro intentó implantar en el país oxiano el mismo sistema de marcas del imperio que, como veremos, aplicó con gran extensión en la India; según esto, la Sogdiana convertiríase en la marca transoxiana bajo el mando de un rey vasallo; esta marca y las ciudades helénicas libres fundadas hasta llegar a las márgenes del Tanais, y tras ellas la gran satrapía de la Bactriana, que abarcaba también el territorio densamente poblado de la Margiana, cubrían la frontera del imperio vuelta hacia las hordas nómadas del desierto, los grandes caminos que llevaban al Hecatómpilo, a la Alejandría de Aria, el que iba a la India pasando por el Cáucaso índico y la ruta comercial hacia las tierras altas de Asia a través de la Ferghana. Esto explica por qué Alejandro no quiso incorporar a su imperio las tierras de la Ferghana, la Ecocanda de hoy; se contentó con ocupar y mantener en su posición el paso de Jodchent y con él la llave de aquella región; un territorio más de avanzada no habría hecho sino debilitar la marca septentrional de su imperio y la fuerza de sus posiciones defensivas.

### ALEJANDRO SE CASA CON ROXANA. EL IMPERIO Y LA CORTE DE ALEJANDRO

Dos años habían transcurrido desde que Alejandro penetrara en estos países y acometiera una empresa que, cuantas mayores dificultades había presentado y superado, de un modo más completo parecía triunfar. Esta empresa había costado no pocos esfuerzos y fatigas, medidas sangrientas, nuevas y nuevas luchas contra las masas sublevadas y contra la tenaz resistencia de los señores, encastillados en las fortalezas de sus montañas. Por fin, la población había quedado pacificada, los cabecillas del país habían sido castigados y sus ciudadelas destruídas, otorgándose el perdón a quienes, al final, habían considerado oportuno someterse. Un número considerable de ciudades nuevas eran otros tantos hogares de vida helénica, daban fuerza, apoyo y ejemplo a este género de vida, para la que se trataba de ganar a todo el país. La coronación de todo esto fué el matrimonio de Alejandro con la bellísima hija de uno de aquellos *pehlevanes* sogdianos, celebrado ahora, pues aunque el móvil inmediato de esta unión fuese el afecto personal, no cabe duda de que este matrimonio constituyó también una medida de alta política, un símbolo y un ejemplo, por decirlo así, de la fusión del Asia con Europa, en la que Alejandro veía la consecuencia lógica de sus triunfos y la condición de su perdurabilidad, la meta hacia la que tendía y que intentó alcanzar con una serie de medidas cada vez más amplias.

Claro está que este designio y su realización cada vez más extensa implicaban necesidades de gran importancia. Dada la naturaleza de los elementos que se trataba de combinar y de fundir, era natural que predominase, por el momento, el elemento asiático, el más arisco, el más retraído y, al mismo tiempo, el más fuerte, por el gran peso que le daba la masa; para atraérselo, era indispensable que las concepciones, los prejuicios y los hábitos de los pueblos orientales diesen la pauta bajo la cual, si el poder occidental no se contentaba simplemente con

haberlos sometido y tenerlos dominados, sino que quería atraérselos y conciliarse con ellos, irían adaptándose a los vencedores y aprendiendo poco a poco a tomar parte en la vida y en el carácter infinitamente más complejos y desarrollados de éstos. De aquí el ceremonial asiático con que Alejandro se rodeaba, el traje, muy parecido al de los medas, con que se presentaba en las ceremonias oficiales y en los momentos en que vacaban las armas; de aquí la pompa y el esplendor de su corte, que los orientales estaban acostumbrados a ver en su soberano como "el ropaje del estado"; de aquí, finalmente, la leyenda de los orígenes divinos del rey, sobre la que él mismo bromeaba con sus íntimos.

Los macedonios, por su parte, sugestionados por las riquezas del Asia, por aquella nueva y maravillosa vida que día tras día se derramaba sobre ellos y los iba inundando, embebidos por las continuas fatigas del servicio militar y embriagados por los primeros vapores de la victoria, de la gloria y del poder, habían perdido desde hacía ya mucho tiempo aquella sencillez y aquella sobriedad que, diez años antes, los convertían en blanco de las burlas de los oradores atenienses. El entusiasmo por su rey, que seguía luchando en sus filas lo mismo que antes, el esplendor maravilloso de su heroísmo, cuyos rayos iluminaban a todos, el encanto de mandar, que inculcaba a todos, a cada cual dentro de su esfera, un alto sentimiento de orgullo y los espoleaba a realizar nuevas hazañas, los había hecho olvidar que, si no hubiesen salido de su patria, no serían más que unos pacíficos labriegos o pastores. Por su parte, los pastores, los labriegos y los vecinos de las ciudades que se habían quedado en la patria, como aturdidos por la vertiginosa ascensión de su pequeño país a las alturas de la fama y de la grandeza histórica, escuchaban con arrobo aquellas historias maravillosas que relataban los repatriados, veían afluir a su tierra las grandes riquezas del Asia y pronto se acostumbraron a considerarse como el primer pueblo del mundo; la majestad de la monarquía que en otro tiempo había crecido y se había criado con ellos sobre un puñado de tierra, cercana e íntima, iba creciendo hasta lo infinito, como la distancia a Babilonia, a la Bactriana y a la India.

Finalmente, el pueblo de los helenos, disociado geográficamente en tantos círculos excéntricos y, allí donde se hallaba concentrado en una masa densa, políticamente disperso al igual que antes y polarizado por corrientes extraordinariamente particularistas, representaba, en cuanto a la cifra de los directamente interesados, un factor casi insignificante en proporción a las enormes masas de los pueblos asiáticos. Esto hacía que pesase mucho más lo que podemos considerar como la suma de los procesos históricos del mundo griego: su cultura. Los elementos fundamentales de esta cultura o, por mejor decir, de sus resultados tanto para el individuo como para la comunidad eran dos: la ilustración y la autonomía democrática. La ilustración con todas sus ventajas y todos sus defectos, que unas veces era incredulidad y otras superstición y con harta frecuencia las dos cosas a un tiempo, había matado en los espíritus la antigua y candorosa religiosidad, la fe en los eternos poderes y el temor ante ellos, dejando sobrenadar tan sólo, en las costumbres y en las normas convencionales en vigor, la hez de las

ceremonias y los ritos religiosos, de los sacrificios, los presagios y las fórmulas incantatorias. El ser culto cotizábase ahora más que el ser piadoso; la frivolidad, el amor por las aventuras y el medro, la ambición de destacarse de algún modo y el refinamiento en el cultivo de un talento o una capacidad especiales: tales eran y estaban llamados a ser cada vez más los impulsos de la moral práctica de aquellos helenos.

La democracia era la forma adecuada para la comunidad, en esta etapa de vida; ya Solón lo había dicho de sus atenienses: "Cada cual de por sí son como zorros, pero todos juntos tienen una mente embotada". Y cuanto más se había ido ensanchando en su desarrollo esta democracia, en que la libertad se basaba en la esclavitud y los esclavos eran la clase trabajadora, más cínico y agudo había ido haciéndose aquel individualismo, más ariscas las rivalidades dentro del mundo de los estados helénicos, más testarudos los débiles en su impotencia y más egoístas los fuertes en su poder, y aquel proceso de desintegración y de mutuo estancamiento había terminado por conducir a un estado de cosas ya imposible, hasta que las victorias de Alejandro habían venido a abrir caminos completamente nuevos y un campo inmenso de trabajo fecundo a todas las fuerzas, a todas las capacidades y a todos los talentos, a toda inquietud y a todo espíritu de aventura. No importa que en Esparta, en Atenas, en más de una ciudad de la Hélade hubiese luto, murmuraciones y mala voluntad en abundancia; no importa que los helenos de la Táurida peleasen e hiciesen las paces con sus escitas, según fuesen las cosas, como los de Sicilia y la Gran Grecia con los púnicos y los itálicos: miles y miles de helenos sentíanse tentados por el remoto oriente, enrolábanse bajo las banderas de los oficiales que salían a reclutar soldados para aquellas lejanas tierras o iban por su propia cuenta detrás de Alejandro para servir en su ejército, para buscar en sus campamentos toda suerte de negocios y ganancias o asentarse como colonos en sus nuevas ciudades; habituábanse a vivir al modo asiático y tal vez también al servilismo asiático ante el rey y los grandes, siempre y cuando que se les respetasen su franqueza helénica y también su modo peculiar de vivir y de manejárselas. "La gente culta", es decir, los helenos, cuando no optaban por ser enemigos del nuevo orden de cosas, convertíanse en admiradores mucho más entusiastas del nuevo gran rey; retóricos, poetas, gentes de espíritu, maestros y admiradores de los discursos ingeniosos, complacíanse en aplicar a Alejandro frases grandilocuentes cortadas a la medida de los héroes de Maratón y Salamina, de figuras heroicas de la mitología como las de Perseo y Heracles, de las victorias de Baco y de Aquiles; y hasta los honores de los antiguos héroes y de los dioses del Olimpo les servían como laureles para coronar a su poderoso señor. Hacía ya mucho tiempo que los sofistas habían enseñado que todos aquellos a quienes se veneraba como a dioses eran, en realidad, grandes héroes guerreros, magníficos legisladores, hombres divinizados; y así como algunos linajes se vanagloriaban de descender de Zeus o de Apolo, podía darse también el caso de que un hombre escalase las cumbres del Olimpo, como en otro tiempo Heracles, o alcanzase los honores de los héroes, como Harmodio y Aristogitón. ¿Acaso

no había ciudades helénicas que erigían altares, ofrendaban sacrificios y cantaban peanas a Lisandro, el destructor del poder ateniense? ¿Y acaso la ciudad de Tasos no había brindado a "Agesilao el Grande", como le llamaban, en solemne embajada, la apoteosis y la erección de un templo? ¡Y cuánto más grandes eran las hazañas realizadas por Alejandro! Calístenes, en su historia, hablaba sin el menor reparo del oráculo de Ammón, por el que Alejandro había sido declarado hijo de Zeus, y el de las Bránquidas de Mileto, que habían proclamado lo mismo. Y cuando más tarde fueron invitados los estados helénicos a otorgar al vencedor honores divinos, los que se opusieron a ello no lo hicieron en interés de la religión, sino por razones de partido.

Teniendo en cuenta todo esto, no es difícil formarse una idea aproximada del ambiente que rodeaba a Alejandro. Aquella abigarrada mescolanza de los más diversos intereses, aquel juego secreto de rivalidades e intrigas, aquella sucesión incesante de festines y combates, de fiestas y penalidades, de plétora y privaciones, de severa disciplina en las campañas y desenfrenados placeres en los acantonamientos, los avances continuos hacia nuevos y nuevos países, sin preocuparse del porvenir y atentos sólo al presente: todo ello se combinaba para dar a la corte y al séquito de Alejandro aquella tónica fantástica y aventurera que tan bien cuadraba al brillo maravilloso de sus marchas triunfales.

Al lado de su personalidad descollante, las de los demás apenas se destacan del fondo del cuadro, pues lo que les da relieve es la relación en que se hallan con el rey; tal acontece con el noble Crátero, del que se dice que amaba al rey, y con el dulce Efesión, que al parecer también amaba a Alejandro; tal con el lágida Tolomeo, siempre tranquilo y servicial, con Coino, leal hasta el tuétano, con el gigante Lisímaco. Más acusados aparecen los rasgos de los caracteres colectivos: los nobles macedonios, militaristas, obstinados, imperiosos, llenos de amor propio hasta la arrogancia y el engallamiento; los príncipes asiáticos, ceremoniosos, fastuosos, maestros en todas las artes del lujo, del servilismo y de la intriga; los helenos, adscritos unos al gabinete del rey, como el cardiano Eumenes, ocupados otros en funciones técnicas o incorporados a la corte como poetas, artistas o filósofos, pues Alejandro no se olvidaba de las musas ni entre el estrépito de las armas y no escatimaba los regalos, los honores ni las condescendencias para premiar a aquellos a quienes envidiaba por el brillo de sus letras o de su ciencia.

Entre estos helenos que formaban en el séquito de Alejandro había sobre todo dos hombres de letras a quienes las circunstancias y su extraño encadenamiento habían de llegar a conceder cierta importancia dentro de la corte. Uno de ellos era el olintio Calístenes, de quien ya hemos hablado; este historiador, discípulo y sobrino del gran Aristóteles, había acompañado al rey al oriente para poder relatar a la posteridad, como testigo ocular, las grandes hazañas del macedonio. Según se cuenta, dijo una vez que no se había unido a Alejandro para hacerse famoso a su sombra, sino para que él se beneficiara con su fama y que su halo divino no lo debería a las mentiras de Olimpia hablando de su nacimiento, sino a lo que él contara al mundo en su historia. Los fragmentos que de esta

obra se han conservado atestiguan lo mucho que le veneraba; hablando de aquella marcha a lo largo de la costa panfilia, dice que las olas del mar se prosternaron ante él como un acto de prosquinesis; y antes de la batalla de Gaugamela presenta al rey alzando la mano a los dioses y exclamando: si en verdad era hijo de Zeus, debían asistirle con su ayuda y dar el triunfo a la causa helénica. Su elevada cultura, su gran talento como expositor, su actitud equilibrada daban a su palabra peso e influencia incluso en los círculos militares de la corte. Muy distinta de la suya era la personalidad de Anaxarco de Abdera, "el eudemónico": éste era un hombre mundano, sumiso siempre al rey hasta el servilismo y, no pocas veces, hasta la impertinencia; dícese que un día, en medio de una tormenta, se dirigió a Alejandro con estas palabras: "¿Truenas, oh hijo de Zeus?", a lo que el rey contestó: "No me gusta que mis amigos me tengan por tan pavoroso como querrías tú, que sientes desprecio de mi mesa porque en ella no se sirven, en vez de pescados, cabezas de sátrapa", expresión empleada, al parecer, por Anaxarco una vez que vio al rey comer con grandes muestras de contento un plato de pececillos que Efestión le había enviado. Podemos imaginarnos en qué sentido estaría redactada su obra sobre la monarquía por los argumentos con que, según se cuenta, intentaba consolar y animar al rey después del asesinato de Clito: "¿No sabes, oh rey, que la justicia es uno de los atributos del rey Zeus porque todo lo que Zeus hace es bueno y justo? Del mismo modo, todo lo que hace un rey en este mundo debe ser considerado como justo, primero por él mismo y luego por el resto de la humanidad."

No es posible saber cuándo y por qué motivos empezaron a enfriarse las relaciones del rey con Calístenes. Refiérese que un día, estando el historiador invitado a la mesa del rey, éste le invitó, a la hora de servirse el vino, a pronunciar un brindis de elogio a los macedonios, cosa que Calístenes hizo con su arte proverbial y entre los aplausos de la concurrencia. A lo que el rey dijo: "Nada más fácil que elogiar lo elogiable", añadiendo que si quería probar su arte debiera hablar en contra de los mismos macedonios e incitarlos a corregir sus vicios por medio de sus justas censuras. El sofista se levantó e hizo lo que se le pedía, dando a sus palabras un tinte de áspera acritud. Dijo, entre otras cosas, que el poder de Filipo y de Alejandro se había cimentado sobre las tristes discordias de los griegos y que en medio del desconcierto general hasta los más míseros llegaban a veces a conquistar grandes honores. Al oír aquello, los macedonios levantáronse, indignados, y Alejandro dijo: "El olintio no ha probado su arte, sino el odio que siente contra nosotros". Y añade el relato que Calístenes se retiró a su casa y dijo tres veces para sí: "¡También Patroclo tuvo que morir y era más que tú!"

Nada más natural que la práctica de Alejandro de recibir a los grandes asiáticos con arreglo al ceremonial de la corte persa; pero también era natural que ellos se sintieran vivamente humillados al ver que los helenos y macedonios podían acercarse al rey sin someterse a las mismas formas de acatamiento y pleitesía ante la majestad. Dada la posición y las concepciones de Alejandro, tenía por fuerza que desear que esta desigualdad desapareciese y que la práctica oriental

de la prosquinesis se convirtiera en obligatoria para todos; pero conociendo los prejuicios a que todavía se aferraban muchos, no quería implantarla por medio de una orden que diese pábulo a falsas interpretaciones y al descontento. Efestión y otros personajes macedonios y helénicos de la corte encargáronse de poner en práctica el saludo persa por propia iniciativa; según se dice, este punto fué tema de conversación en el primer banquete que se celebró; Anaxarco estimuló al rey a implantar con carácter general la nueva costumbre, pero Calístenes pronuncióse en contra de ella, pretendiendo disuadir a Alejandro de seguir este camino, hablándole directamente a él con palabras tan duras que el rey prohibió terminantemente que siguiera hablándose del asunto. Otra versión dice que el rey, estando a la mesa, tomó el cuenco de oro y bebió primero a la salud de aquel con quien estaba convenido que le saludara con la prosquinesis, tras de lo cual el aludido, vaciando su copa, ejecutó la prosquinesis y fué besado después por el rey. Y que, al llegar el turno a Calístenes, habiendo bebido el rey a su salud y poniéndose luego a hablar con Efestión, que estaba a su lado, el historiador había vaciado la copa y se había levantado para ir hacia Alejandro y besarlo; que el rey no había querido darse cuenta de que no le había hecho la prosquinesis, pero que uno de los hetairos, por adularlo, había exclamado: "No le beses, ¡oh rey!, pues ha sido el único que no se prosternó ante tí". En vista de lo cual, Alejandro le había negado el beso de saludo y que Calístenes, al alejarse, había exclamado: "Entonces me retiro con un beso menos".

Aún cuentan las fuentes algunas cosas más con referencia a estos sucesos; es digno de hacerse notar el dato según el cual Efestión dijo que también Calístenes había accedido expresamente a la prosquinesis en la conversación previa que acerca de ello se tuvo, así como también el de que Lisímaco, el somatofílace, y otros dos nobles pusieron en conocimiento del rey la arrogante actitud del sofista y ciertas manifestaciones hechas por él sobre el tiranicidio, referencias tanto más dignas de ser tenidas en cuenta cuanto que muchos de los jóvenes de la nobleza sentían gran respeto por él, escuchaban sus palabras como oráculos y le tenían por el único hombre libre entre los miles del ejército y la corte.

### CONSPIRACIÓN DE LOS PAJES DE LA NOBLEZA Y CASTIGO DE CALÍSTENES

Conforme a una institución que procedía del rey Filipo, los hijos de la nobleza macedonia eran llamados a la corte tan pronto como alcanzaban la mocedad para prestar servicio como "pajes" al lado de la persona del rey y comenzar su carrera militar en la "guardia" real. En campaña eran los que más cerca se hallaban del rey, montaban guardia por la noche delante de su tienda, le presentaban y tenían de las riendas el caballo para que montase y le acompañaban en la mesa y en las cacerías; se hallaban bajo la vigilancia directa del rey y sólo él podía castigarlos; el monarca velaba por su formación científica y literaria y ésta era, probablemente la misión primordial de los filósofos, retóricos y poetas que acompañaban a Alejandro en sus campañas.

Figuraba entre estos jóvenes de la nobleza Hermolao, hijo de Sópolis, aquel a quien el rey enviara a Macedonia desde Nautaca para reclutar nuevas tropas. Hermolao, entusiasta admirador de Calístenes y de su filosofía, había asimilado, con gran pasión, a lo que parece, las ideas y tendencias de su maestro. Veía con gran descontento y protestaba con vehemencia juvenil contra aquella mescolanza de helenismo y persianismo y contra la postergación de las costumbres y tradiciones macedónicas. En una cacería, al salir a la pista un jabalí y escapar a la lanza del rey, a quien según las prácticas cortesanas correspondía la primera lanzada, Hermolao, que estaba cerca de Alejandro, se permitió lanzarle su jabalina y lo mató. No pasaba de ser una falta leve, a la que el rey en otras circunstancias tal vez no habría dado importancia alguna, pero que en este caso concreto, por venir de Hermolao, consideró como intencionada y sancionó en consecuencia, mandando castigarle y retirarle el caballo. Hermolao no sintió la falta cometida por él, sino la humillación de que había sido objeto. Tenía por amigo íntimo a Sostrato, hijo del tinfeo Amintas, el mismo que había inspirado sospechas de complicidad, con sus tres hermanos, en el proceso de Filotas y que, para eximirse de su culpa, había buscado la muerte en el combate; Hermolao abrió su corazón a este amigo y confidente, y le dijo que la vida le sería odiosa si no pudiese dar rienda suelta a sus sentimientos. No le fué difícil ganar el convencimiento de Sostrato; al fin y al cabo, Alejandro, el que ahora había humillado a su amigo, era el mismo que enviara a la muerte a su padre. Los dos jóvenes iniciaron a otros cuatro pajes de la nobleza en el secreto: Antipatro, hijo de Asclepiodoro, el que fuera gobernador de Siria; Epimenes, hijo de Arseas; Anticles, hijo de Teócrito, y el tracio Filotas, hijo de Carsis; conjuráronse los seis para dar muerte al rey cuando estuviera durmiendo, en la noche en que Antipatro se quedase de guardia.

Según se cuenta, Alejandro cenó aquella noche en unión de algunos amigos y estuvo reunido con ellos hasta más tarde que de costumbre; como a media noche, cuando se disponía a retirarse, se presentó de pronto ante él una siria, una adivina que le seguía desde hacía varios años, a la que al principio no había hecho el menor caso, pero que, poco a poco, en vista de que sus consejos y vaticinios habían resultado ciertos repetidas veces, acabó ganando su confianza y su oído, y le dijo que siguiera con sus amigos y pasara la noche hablando y bebiendo en su compañía. Añade el relato que el rey siguió su consejo y que, gracias a ello, fracasó por aquella noche el plan de los conjurados. Más verosímil parece lo que sigue. Los desventurados pajes no abandonaron su plan, sino que decidieron llevarlo a efecto en la primera guardia nocturna que tocase a cualquiera de ellos; Epímenes vio al día siguiente a su amigo íntimo Caricles, hijo de Menandro, y le contó lo que había sucedido y lo que tramaban. Caricles corrió, todo asustado, a hablar con Eurilojo, hermano de su amigo, y le instó a que salvase la vida del rey, avisándole de lo que pasaba; Eurilojo fué sin pérdida de momento a la tienda del rey y le reveló al lágida Tolomeo el infame plan. Alejandro, informado de cuanto sucedía, ordenó que inmediatamente fuésen detenidos los conjurados; se

les tomó declaración; sometidos a tormento, confesaron su plan, los nombres de sus compañeros de conspiración y la complicidad de Calístenes, quien fué también detenido. El ejército, reunido en consejo de guerra, pronunció y ejecutó a la usanza macedonia la sentencia de muerte contra los conjurados. Calístenes, que era heleno y no soldado, fué cargado de cadenas para ser sometido a juicio más tarde. Dícese que Alejandro escribió a Antipáter, hablando de estos sucesos: "Los pajes fueron lapidados por los macedonios, pero al sofista lo castigaré yo mismo como se merece, y también a quienes me lo han enviado y han dado asilo en sus ciudades a traidores contra mí". Según la referencia de Aristóbulo, Calístenes murió en prisión durante la campaña índica; según Tolomeo, fué ahorcado después de dársele tormento.

## CAPITULO III

*La India.—Preparativos para la campaña índica.—Luchas del lado acá del Indo. El paso del Indo.—Marcha hacia el río Hidaspes. El príncipe de Taxila.—Guerra contra el rey Poro.—Batalla del Hidaspes.—Combates contra las tribus libres.—El ejército de Alejandro en las márgenes del Hifasis.*

### LA INDIA

LA INDIA es un mundo aparte. Durante largos siglos, la parte occidental de la humanidad antigua sólo conoció este mundo, completamente encerrado dentro de sí por la peculiaridad de su naturaleza, de su religión y de su cultura, como un país maravilloso situado allá en los confines orientales de la tierra, sin saber de él otra cosa que el nombre. Por dos partes le bañaban los mares oceánicos, en los que, andando el tiempo, habrían de descubrir la laboriosidad y la ciencia las rutas más fáciles y seguras para comunicarse con lejanas tierras; por otras dos partes se alza ante él una doble y triple muralla de macizos montañosos, algunos de ellos los más altos del planeta, cuyos pasos nevados en el norte y cuyos ardientes portillos de roca en el oeste sólo parecen abrir trabajoso camino al piadoso peregrino, al comerciante viajero o al salteador del desierto, pero no al comercio de los pueblos y del mundo.

Desde que la población de la India ha dejado de pertenecerse a sí misma, el recuerdo de su prehistoria se ha desdibujado y empañado en una serie de fábulas fantásticas situadas al margen del tiempo y del espacio; pero ante ella hay un pasado de grandes y múltiples procesos históricos y prehistóricos, la génesis y la maduración de todas aquellas formaciones religiosas, jerárquicas y políticas que dieron como resultado esta fisonomía propia y peculiar del mundo índico. Al parecer, el conquistador macedonio, el primer europeo que supo encontrar el camino hacia la India, encontró a este misterioso país en el momento de su apogeo, antes de que se hubiese iniciado la curva de su decadencia.

Alejandro descubrió el sitio que es como la puerta abierta desde el occidente sobre la India. Un río rasga allí la muralla montañosa que separa a la India del mundo situado al oeste de ella; este río, el Cofen, nacido en las altas montañas en que brotan, muy cerca los unos de los otros, los manantiales de los que riegan la Bactriana y la Ariana, se precipita, engrosado por numerosos afluentes que vienen del norte, sobre la margen izquierda del caudaloso Indo. En vano se yerguen a derecha e izquierda de este río que corre de oeste a este imponentes masas de rocas: las montañas abren a sus aguas despeñadas un angosto valle, pasado el cual los rientes llanos de Pechaver llevan al viajero al frondoso y exuberante

clima tropical de la India. Pero el país que aquí se extiende ante la vista no es todavía la verdadera India; los cinco brazos del Penchab, las inundaciones de los meses estivales, el ancho cinturón del desierto que se extiende al este y al sur hacen de esta región occidental de la India un segundo baluarte defensivo del sagrado país del Ganges; parece como si la naturaleza hubiese querido proteger a un país favorito de peligros, después de abierto un camino a éstos. Todo lo que el hindú conoce de sagrado y de grande va asociado al país del Ganges; allí es donde tienen su asiento la antiquísima fe y la estricta separación de castas, nacidas todas ellas de Brahma; allí es donde se encuentran los lugares sagrados de las peregrinaciones y el río de las aguas santas. Las tribus que moran al oeste del desierto, aunque afines al verdadero hindú por su sangre y su fe, se han desviado de la estricta pureza de la ley divina, no han rehuído el contacto con el mundo de fuera, no han sabido conservar la dignidad de la majestad real, ni la pureza de las castas, ni el retraimiento contra los impuros y odiados extranjeros, que son condición, garantía y prueba de la vida sagrada: son una rama degenerada y entregada a los extranjeros.

Así ocurría ya en tiempo de Alejandro. Los pueblos brahmánicos de raza aria, por aquel entonces altamente desarrollados en el país del Ganges, habíanse olvidado ya de que también ellos habían vivido en otro tiempo en el país de los "siete ríos", de que también ellos habían inmigrado en un pasado remotísimo por aquella puerta del occidente, y los nombres de sus linajes más famosos que se han conservado en las cuencas del Oxo y del Jaxartes son indicio de su estancia allí en siglos muy remotos. Siguiendo sus huellas, otros pueblos de lengua y carácter arios emigraron tras ellos hacia la India; pero, no sintiéndose demasiado fuertes o bastante ambiciosos para grandes aventuras, prefirieron no seguir adelante y quedarse con sus rebaños en los pastos de las montañas cercanas al Cofen y a sus afluentes hasta el Indo.

Más tarde hízose fuerte la Asiria y conquistó, partiendo de las riberas del Tigris, las vastas tierras bajas de la Siria y la altiplanicie ariana; pero, según cuenta la leyenda, Semíramis vió en el puente tendido sobre el Indo cómo los camellos de las estepas occidentales huían ante los elefantes del oriente índico, y no quiso seguir adelante. Vinieron luego los medos y los persas; y desde el tiempo de Ciro la región de Gándara formaba parte del imperio y los gandarenos y otras gentes hindúes alistábanse en los ejércitos persas de Jerjes; y Darío envió desde su ciudad de Caspatiros —probablemente, Cabul— a un hombre helénico al Indo para que bajase por este río hasta el mar y retornase luego por el golfo Arábigo, empresa que nos permite adivinar cuán vastos eran los planes del gran rey; pero las luchas sostenidas por Persia en el occidente y la rápida decadencia del imperio que las siguió no permitieron que estos planes llegaran a cumplirse.

Jamás la dominación de los Aqueménidas se extendió al otro lado del Indo. Las llanuras situadas al pie del Parapanisos, donde moraban las ramas occidentales de la población hindú, fueron el último territorio que los grandes reyes llegaron a dominar; de allí procedían los elefantes del último rey persa, los primeros ani-

males de esta clase que vió el mundo occidental; con ellos tomaron parte en la batalla de Gaugamela los hindúes "colindantes con la Bactriana", al mando de Bessos, y los hindúes de las montañas, mandados por Barsaentes, el sátrapa de la Arajosia. Al otro lado del Indo seguía una cadena de estados independientes que se extendían por el este, pasando por sobre los cinco ríos, hasta el desierto y por el sur hasta la desembocadura del Indo, un verdadero mosaico de pequeños y grandes pueblos, principados y repúblicas, una mescolanza abigarrada de disgregación política y caos religioso, sin más relación entre sí que la de sus mutuos recelos y rivalidades y la constante alternativa de alianzas desleales y guerras provocadas por el egoísmo.

Con la sumisión de la Sogdiana, Alejandro había puesto fin a la ocupación del imperio persa; la satrapía de los parapanísades, ocupada por él en el año 329 y en la que había fundado la ciudad de Alejandría del Cáucaso, fué la provincia destinada a servir de punto de partida para la expedición hacia la India. Nuestras fuentes no dicen cuáles fueron los móviles político-militares de esta campaña guerrera; estos móviles se desprenderán, sin embargo, con harta claridad del curso ulterior de los acontecimientos.

## PREPARATIVOS PARA LA CAMPAÑA ÍNDICA

Alejandro había entablado ya algunas relaciones al otro lado del Indo; entre ellas destacábanse principalmente, por su importancia, las mantenidas con el príncipe Taxila (Tacchacila). El reino de este príncipe hallábase situado en la margen izquierda del Indo, frente a la desembocadura del Cofen; se extendía por el este hasta el río Hidaspes (Vitasta) y su área considerábase, sobre poco más o menos, igual a la de la provincia de Egipto. Este príncipe, en guerra con varios de sus vecinos, sobre todo con el Paurava, el príncipe Poro que reinaba junto al Hidaspes, y ambicioso además de extender sus dominios, había incitado a Alejandro, estando éste en la Sogdiana, a emprender una campaña de guerra por tierras índicas, ofreciéndose a luchar a su lado para someter a los hindúes que osasen hacerle resistencia. También había abrazado la causa de Alejandro un príncipe del lado acá del Indo, Sisicoto, el cual, cuando los macedonios avanzaban desde la Arajosia, se había puesto del lado de Bessos y había acompañado a éste a la Bactriana, pero que luego, al ver que fracasaba ruidosamente la empresa del usurpador, habíase pasado al campo de los vencedores, permaneciendo en lo sucesivo a su lado, con toda sumisión y lealtad. Gracias a estas relaciones, Alejandro pudo reunir la suficiente información acerca de las condiciones imperantes en la India, de la naturaleza del país y de su población para trazar la trayectoria que había de seguir su empresa y determinar con alguna seguridad los preparativos y las fuerzas necesarios.

Los preparativos realizados por él durante el último año dejan traslucir con bastante claridad su certera apreciación de las dificultades que habrían de presentársele. El ejército disponible, que desde la destrucción del imperio persa

no había necesitado ser muy considerable para ir sometiendo, una por una, a las distintas satrapías, no era lo suficientemente fuerte, con los efectivos que había tenido en la Bactriana durante los dos años anteriores, para luchar contra los estados índicos, densamente poblados y provistos de grandes fuerzas armadas. Es cierto que habían afluído continuamente hacia el Asia, atraídos por el botín y por la fama, nuevos y nuevos miles de soldados, macedonios que habían cumplido ya, al parecer, su servicio militar y mercenarios, tracios, agrianos y helénicos, con lo que la cifra inicial de 35,000 combatientes con que Alejandro había comenzado su campaña asiática en el año 334 había llegado, probablemente, a duplicarse, en los seis años transcurridos, a pesar de las muchas pérdidas de hombres sufridas en las batallas, por las interminables fatigas, las marchas a través de las montañas cubiertas de nieve y los desiertos, las influencias climatológicas y los trastornos de salud causados tanto por las privaciones como por los excesos. Pero, por otra parte, hay que tener en cuenta que Alejandro había licenciado y enviado a sus casas a los aliados helénicos y tesalienses y que en los países ocupados y en las principales plazas de armas había ido dejando guarniciones que absorbían una cantidad considerable de tropas; solamente la Bactriana retuvo un cuerpo de ejército de 10.000 hombres de infantería y 3.500 de caballería; y no cabe duda de que serían también importantes los contingentes armados destacados en Alejandría de Arajosia, en Ecbatana, en Babilonia, en el Egipto, etc., aunque es muy probable que las satrapías occidentales sobre todo fuesen completando sus efectivos militares a costa de las reclutas hechas en Europa y no tomando tropas del gran ejército. Con vistas a la campaña índica, Alejandro había reforzado su ejército con contingentes tomados de los aguerridos pueblos de la Ariana y la Oxiana. Y más tarde, la construcción de la flota del Indo habrá de demostrar que formaban también parte de este ejército, en considerable número, fenicios, chipriotas y egipcios. Los efectivos de este ejército, en los días en que seguía el curso del Indo, ascendían, según cálculos bastante fidedignos, a unos 120,000 hombres.*

Como vemos, este ejército no era ya, si nos fijamos en su material humano, un ejército heleno-macedonio, pero seguía siéndolo desde el punto de vista de la organización; y el hecho de que las siguientes campañas se realizasen y fuesen llevadas adelante con este ejército nos permite sacar conclusiones ciertas en lo tocante a la firme disciplina que reinaba en él, a la administración de este ejército y a su organización, a la autoridad de los mandos y, sobre todo, al espíritu militar y a la consumada pericia de su oficialidad; cosas éstas de las que, ciertamente, no nos dicen nada o poco menos que nada las fuentes históricas y que, sin embargo, son los rasgos que menos pueden faltar en el cuadro de la historia de las guerras de un Alejandro. Este ejército, que había sabido encuadrar y formar una multitud tan grande de elementos extranjeros dentro del marco firme del núcleo macedónico, convirtióse en el núcleo y, si vale la expresión, en la escuela de aquella formación helénica que se desprendía de la naturaleza misma del nuevo im-

* Véase nota 13, al final.

perio y que, al mismo tiempo, condicionaba la posibilidad de su creación. El hecho de que Alejandro, lo mismo que había hecho en el Egipto y en los países sirios, en el Irán y en la Bactriana, fuese dejando a su paso por la India miles de guerreros suyos como tropas de guarnición y vecinos de las nuevas ciudades fundadas por él, demuestra mejor que nada la intrépida consecuencia de su idea y la certeza absoluta que tenía en su justeza y en su fuerza; y se comprende que no se dejase desviar de este camino por los intentos de oposición del orgullo macedónico y del liberalismo helénico; con lo potencia de una personalidad imperatoria como la suya, estaba seguro, aun a pesar de las posibles resistencias de la pusilanimidad y el orgullo, de que todo se desarrollaría con arreglo a los dictados de su vigorosa voluntad.

Alejandro partió de la Bactriana hacia el final de la primavera del año 327. Los caminos montañosos que hacía dos años fueran causa de tantas penalidades estaban ahora libres de nieve; las provisiones abundaban: siguiendo un camino más corto, el ejército llegó en diez días de marcha a la ciudad de Alejandría del Cáucaso, emplazada en las faldas meridionales de la montaña.

El rey no encontró la ciudad en el estado que esperaba. Niloxeno, que no había regentado su puesto de jefe con el celo y la energía necesarios, fué destituído y el persa Proexes perdió también su cargo de sátrapa de los parapanísades. La población de la ciudad fué incrementada con gentes llevadas a ella de los contornos y con los elementos del ejército que no eran ya aptos para el servicio. Fué entregado el mando sobre la ciudad y su guarnición y el mandato de velar por su ulterior desarrollo al hetairo Nicanor; Tiriaspes fué nombrado sátrapa del país, cuya frontera sería en los sucesivo el río Cofen. Alejandro cruzó la hermosa comarca, rica en flores y en frutos, y se dirigió primeramente hacia Nicea; los sacrificios ofrendados a la diosa Atenea indicaban —pues ese era su modo de proceder— la iniciación de una nueva campaña.

El ejército acercóse a la frontera de los parapanísades, que debía de estar allí donde termina la llanura superior del Cofen.* En este punto el río, ya bastante caudaloso, entra en la garganta rocosa que es como la puerta de entrada al país del Indo; por la parte sur flanquean esta garganta las estribaciones de la alta cordillera del Sefid-Koh, que desde Daka hasta la fortaleza de Ali-masjed y Jamrud, poco antes de llegar a Pechaver, en la orilla derecha del río, forman los desfiladeros de Khiver, de siete millas de largo, mientras que en la orilla izquierda, viniendo del norte, se extienden como una barrera transversal varias importantes cadenas de montañas, que son ramales derivados de la cordillera del Himalaya occidental y que bajan hasta muy cerca del río. El Joaspes (Jarkhun o Kunar) y, más al este, el Gureo (Panjkora), los dos con numerosos afluentes y valles secundarios, forman los numerosos cantones montañeses de este país "del lado acá del Indo", cuyos habitantes se agrupaban bajo el nombre genérico de açvaka, aunque algunos de los distritos, gobernados casi todos ellos por prínci-

* Véase nota 14, al final.

pes propios, tienen su nombre especial. En el mismo valle del Cofen moraban los astacenes, llamados probablemente así por habitar al oeste (*asta*) del Indo.

Desde Nicea, Alejandro envió heraldos a los príncipes indios que reinaban en el curso inferior del Cofen y en las márgenes del Indo, invitándolos a que se presentasen ante él para rendirle pleitesía. Respondiendo a esta invitación, acudieron el príncipe de Taxila y varios rajás del lado acá del Indo, ataviados con toda la pompa de los príncipes hindúes, sobre elefantes ricamente adornados y seguidos de un brillante cortejo; presentaron al rey valiosos regalos y ofreciéronle sus elefantes, veinticinco en total, para que hiciera de ellos el uso que mejor le pareciese. Alejandro les hizo saber que se proponía pacificar en el transcurso del verano las tierras que se extendían hasta el Indo, que recompensaría a los príncipes que se habían presentado ante él y sabría obligar a la obediencia a quienes se resistieran a someterse; pensaba pasar el invierno en las márgenes del Indo, para castigar en la primavera siguiente a los enemigos de su aliado, el príncipe de Taxila. En seguida dividió sus fuerzas armadas en dos ejércitos, uno de los cuales, al mando de Pérdicas y Efestión, debía bajar por la orilla derecha del Cofen hasta el Indo, mientras que el otro, mandado por él mismo, cruzaría por el territorio situado al norte del mismo río, territorio muy difícil y poblado por tribus belicosas. Este doble movimiento tenía por objeto evitar que los pueblos del norte y del sur del Cofen, atacando a un tiempo, ofreciesen una resistencia común y se ayudasen mutuamente y, al mismo tiempo, avanzando por los valles transversales del norte, rebasar los pasos del sur y con el avance por estos desfiladeros coger de flanco a las tribus del norte, contra las que se ponía en movimiento la columna de Alejandro; el punto de reunión de los dos ejércitos sería la llanura situada entre Pechaver y Attok. Una vez que fuesen dueños de los caminos y desfiladeros dejados a su retaguardia, podrían pensar en cruzar el Indo.

## LUCHAS DEL LADO ACÁ DEL INDO

Efestión y Pérdicas, con las falanges de Gorgias, Clito y Meleagro, la mitad de la caballería macedonia y todos los jinetes mercenarios, siguieron el curso del río Cofen, por la orilla derecha, donde moraban los gándaros, acompañados de los príncipes indios que habían presentado sus respetos al rey y que regresaban con este ejército a sus tierras. Los jefes de esta columna llevaban orden de ocupar todas las plazas importantes y, si encontraban resistencia, tomarlas por la fuerza y, una vez que llegasen a las orillas del Indo, emprender inmediatamente la construcción de los puentes por los que Alejandro penetraría al interior de la India, con sus tropas.

Por su parte, Alejandro, con los hipaspistas, la otra mitad de la caballería, la mayor de las falanges, los arqueros, los agrianos y los acontistas de a caballo, cruzó el Cofen y se dirigió por el desfiladero de Djelabad hacia el este. Allí, el Joes o Joaspes, alimentado por los glaciares del Putchi-kur en las altas montañas, desciende al valle, formando al principio una garganta escarpada que corre

a lo largo de las potentes rocas del Khond y que cierra por el otro lado la no menos fuerte cadena montañosa que separa este valle del del Gureo; un terreno extraordinariamente difícil para operaciones militares. En estas tierras agrestes tenía su asiento, sus fortalezas roqueras y sus numerosos rebaños el belicoso pueblo de los aspasios; a unos cuantos días de marcha hacia el norte, Joaspes arriba, estaba enclavada la ciudad en que residía el príncipe, importante, entre otras cosas, por el camino de montaña que pasaba por allí (por el valle de Tchitral) y atravesaba luego la alta montaña, hacia las tierras en que nace el Oxos. Tan pronto como Alejandro hubo cruzado aquel río y llegó, siguiendo el valle, que va haciéndose cada vez más angosto, al límite meridional del país de los aspasios, una parte de los habitantes huyó a las montañas y otra parte corrió a refugiarse en las plazas fuertes, para ofrecer resistencia a los macedonios. En vista de ello, Alejandro redobló su marcha; acompañado de toda la caballería y de 800 hipaspistas a quienes se proveyó también de caballo, no tardó en llegar a la primera ciudad de los aspasios, provista de una doble muralla y defendida por un número considerable de fuerzas, situadas bajo los muros. Sin esperar a descansar de la marcha, Alejandro atacó a la ciudad; tras un enconado combate, en que el propio rey fué herido en un hombro, resultando también heridos, entre los más cercanos a él, los oficiales de la guardia Tolomeo y Leonato, los bárbaros hubieron de replegarse detrás de las murallas de la ciudad. La caída de la noche, el agotamiento de las tropas y la herida sufrida por el rey no permitían continuar la lucha; los macedonios, en vista de ello, acamparon pegados a los muros de la ciudad atacada. A la mañana siguiente bien temprano comenzó el asalto; la muralla exterior fué escalada y ocupada; sólo entonces se dieron cuenta los asaltantes de que había una segunda muralla, más fuerte que la primera y cuidadosamente defendida también. Pero entre tanto había ido llegando el grueso del ejército de Alejandro y se tomaron inmediatamente las medidas para el nuevo ataque; mientras los arqueros disparaban por todas partes contra las tropas apostadas en la muralla, se tendieron las escalas de asalto y pronto lograron escalarse, aquí y allá, las almenas de los muros; el enemigo no intentó seguir resistiendo y probó a huir hacia las montañas por las puertas de la ciudad; muchos fueron degollados; los macedonios, enfurecidos por la herida del rey, no dieron cuartel; la ciudad fué reducida a cenizas.

Este primer éxito, conseguido con tal rapidez, no dejó de producir la impresión apetecida. La segunda ciudad, Andaca, rindióse inmediatamente. Crátero se quedó en ella con la infantería pesada, con el encargo de someter por la fuerza, si era necesario, a las demás ciudades de los contornos y marchar luego por la montaña hacia Arigeón, en el valle del Gureos (Pandjkora). Por su parte, Alejandro se dirigió con el resto de las tropas por el nordeste, hacia el Euspla, con objeto de llegar cuanto antes a la ciudad en la que esperaba apoderarse del príncipe de aquel país. Llegó a la ciudad al segundo día de marcha, pero la noticia de su avance había llegado antes que el; encontró a la ciudad en llamas y los caminos de las montañas llenos de fugitivos; comenzó una matanza espantosa, pero el

príncipe, con su numerosa y bien pertrechada guardia, había logrado ganar ya las alturas, a las cuales era muy difícil llegar. Tolomeo, que en medio del tumulto había reconocido y perseguido con toda furia el cortejo del príncipe, al llegar a un terreno demasiado escarpado para sus caballos echó pie a tierra con sus tropas y, a la cabeza de los pocos hipaspistas que le acompañaban, marchó con la mayor rapidez posible detrás de los fugitivos; de pronto, el cortejo del príncipe dio la vuelta y se abalanzó sobre los macedonios, mientras el propio príncipe se lanzaba sobre Tolomeo y le dirigía la pica al pecho; Tolomeo, salvado por su arnés, clavó al príncipe la lanza en el vientre y lo echó a tierra, moribundo. La caída del príncipe decidió la victoria; mientras los macedonios perseguían a los fugitivos y los acuchillaban, el lágica empezó a despojar al cadáver del príncipe de su armadura. Los aspasios, que vieron aquello desde las montañas, se lanzaron hacia abajo, poseídos de una furia salvaje, para salvar, por lo menos, el cadáver de su soberano; entre tanto, había llegado ya Alejandro con algunos hombres; entablóse un violento combate, en el que los macedonios lograron salvar, no sin gran esfuerzo, el cadáver del príncipe y los bárbaros, duramente batidos, retiráronse al fondo de las montañas.

Alejandro, no deseando internarse más en la alta montaña, marchó en dirección este, hacia el Euaspla, para llegar a la ciudad de Erigeón por los desfiladeros que conducen al valle del Gureos. Encontró la ciudad arrasada y abandonada; la población había huído a las montañas. La importancia estratégica de esta localidad, que domina el camino hacia el Joaspes, movió al rey a dar a Crátero, que avanzaba desde el sur, el encargo de proceder a la reconstrucción de la ciudad incendiada, instalando en ella a los macedonios no aptos ya para el servicio de las armas y a todos los indígenas que lo desearan. Estaban ya, pues, en poder de Alejandro, gracias a la ocupación de Andaca y Erigeón, los dos pasos que conducían al Joaspes.

Sin embargo, consideróse necesario hacer sentir a los valientes montañeses del norte de la ciudad, que ocupaban en las montañas posiciones amenazadoras, la superioridad de las armas macedonias. Alejandro avanzó desde Erigeón contra el macizo montañoso; a la caída de la tarde campaba ya al pie de las montañas; Tolomeo, que había sido enviado en servicio de descubierta, trajo la noticia de que se veía una cantidad de hogueras y de que todo parecía indicar que el enemigo era muy poderoso. Se decidió atacar inmediatamente; mientras una parte de las tropas macedonias mantenía la posición del pie de la montaña, el rey escaló ésta al frente de las demás fuerzas; tan pronto como divisó las hogueras que acusaban la presencia del enemigo, ordenó que Leonato y Tolomeo se extendiesen a derecha e izquierda en torno a sus posiciones, para desarticular su superioridad de fuerzas mediante un ataque simultáneo por tres partes; al mismo tiempo, él se dirigió hacia las alturas, donde se concentraba la gran masa del enemigo. Este, tan pronto como vió avanzar a los macedonios, se abalanzó desde arriba sobre Alejandro, ciegamente confiado en su número muy superior de fuerzas, y se trabó un tenaz combate. Mientras tanto, Tolomeo avanzaba por otro lado; pero

como allí los bárbaros no descendían de sus alturas, vióse obligado a desencadenar la lucha en terreno desigual; por fin, tras indecibles esfuerzos, logró escalar las alturas y empujar al enemigo, que luchaba con la mayor bravura, hacia un lado de las cumbres, que Tolomeo tuvo buen cuidado de no cercar por completo, para no obligarle a una resistencia desesperada. También Leonato había obligado al enemigo de su sector a batirse en retirada; Alejandro marchaba ya en persecución del grueso de las fuerzas enemigas, que eran las del centro, y una espantosa carnicería puso fin a aquella victoria, conseguida con tanto esfuerzo; fueron hechos prisioneros 40,000 hombres y cayeron en manos del vencedor inmensos rebaños de bueyes, que formaban la riqueza de aquel país rico en pastos; Tolomeo dice que había allí más de 230,000 cabezas de ganado, entre las que Alejandro escogió las más hermosas para enviarlas a Macedonia con destino a la agricultura.

Entre tanto había llegado la noticia de que los asacenos, que poblaban el valle más próximo, el del Suastos, se preparaban afanosamente para hacer frente al invasor, de que habían reclutado a mercenarios del otro lado del Indo y contaban ya con una fuerza de 30,000 hombres de infantería, 20,000 caballos y 30 elefantes. Para poder llegar a sus tierras, Alejandro tenía que bajar ante todo por el valle del Gureos, río de profunda y rápida corriente, cuyo valle alto había sometido ya. Púsose en marcha rápidamente con una parte de sus tropas, mientras Crátero le seguía más lentamente desde Arigeón al frente del resto del ejército y de las máquinas pesadas. Los caminos de la montaña y las noches frías hacían muy penosa la marcha, pero pronto se vieron compensados de aquellas penalidades al descender al rico valle inferior; por todas partes se veían viñedos y plantaciones de almendros y laureles, pacíficas aldeas recostadas contra las faldas de las montañas e innumerables rebaños apacentándose en los pastizales. Según se cuenta, acudieron a la tienda del rey los hombres más nobles del país, con Acufis a la cabeza; al entrar en la tienda y ver a Alejandro con su armadura reluciente, apoyado en la lanza y cubierto con su alto casco, se arrodillaron ante él, llenos de asombro; el rey mandó que se levantaran y hablasen. Le dijeron el nombre de su fortaleza, que se llamaba Nisa, y le contaron que habían venido desde el oeste y que desde el día en que se establecieron en aquellas tierras habían vivido felices e independientes bajo el gobierno de una aristocracia de treinta nobles. Alejandro, después de oírlos, declaró que respetaría su libertad y su independencia, que Acufis seguiría presidiendo la nobleza del país y, finalmente, les pidió que incorporasen al ejército del rey algunos cientos de jinetes. Tal debió de ser, sobre poco más o menos, la parte verdadera de una historia que más tarde comenzó a narrarse adornada con los aditamentos más maravillosos, sin que el rey fuera, tal vez, ajeno a esta versión embellecida; más adelante se presentó a los niseos como descendientes directos de los acompañantes de Dionisos, a quien el mito griego hacía llegar, en sus correrías, hasta la misma India; los valientes macedonios, tan lejos de su patria, sentíanse allí como en un ambiente propio y lleno de recuerdos familiares.

Desde Nisa, Alejandro marchó por el este, a través del impetuoso Cureos, hasta el país de los asacenos. Estos, al saber que se acercaba, corrieron a guarecerse en sus ciudades amuralladas; la más importante de ellas era la de Masaca, en la que el príncipe del país confíaba poder hacerse fuerte. Alejandro avanzó hasta allí y acampó bajo los muros de la ciudad. El enemigo, confiando en su poder, hizo inmediatamente una salida; una retirada aparente lo atrajo como a media hora de distancia de las puertas de la ciudad; de pronto, los macedonios viraron en redondo y se lanzaron a paso de carga contra los indígenas, delante la infantería ligera y tras ella Alejandro a la cabeza de las falanges; el combate fué breve, pues los hindúes no tardaron en huír con considerables pérdidas; Alejandro los siguió pisándoles los talones, pero no pudo conseguir su propósito, que era entrar a la vez que ellos, y aprovechando su desconcierto, en la ciudad. En vista de ello, cabalgó alrededor de la muralla con objeto de determinar los puntos de ataque para el día siguiente; cuando estaba haciendo este recorrido, acertó a darle un dardo disparado desde las almenas y regresó al campamento con una ligera herida en un pie. A la mañana siguiente entraron en acción las máquinas de asalto, y pronto abrieron una brecha en la muralla; los macedonios intentaron irrumpir por ella en la ciudad, pero la valiente y celosa defensa del enemigo los obligó, por fin, a desistir de su empeño, ya a la caída de la noche. Al día siguiente reanudóse el ataque con redoblada furia bajo la protección de una torre de madera, que con sus disparos mantenía libre de defensores una parte de la muralla; pero tampoco así se avanzaba un solo paso. La noche siguiente se invirtió en nuevos preparativos, en disponer nuevos arietes, nuevos techos protectores y, por último, en construir y acercar a los muros una torre móvil cuyo puente levadizo caería directamente sobre las almenas.

A la mañana siguiente, formaron las falanges en orden de asalto, mientras el rey conducía a los hipaspistas delante de la torre y les recordaba que por aquel mismo procedimiento habían tomado la ciudad de Tiro; todos ardían en deseos de luchar y de conquistar la ciudad, cuya resistencia se alargaba ya demasiado. Se tendió el puente y los macedonios abalanzáronse a él, queriendo todos ser los primeros; la carga excesiva hizo que el puente se hundiera y que aquellos valientes se estrellasen al caer al fondo. Los defensores de la ciudad, que vieron aquello desde las almenas, prorrumpieron en gran algazara y apresuráronse a lanzar sobre los macedonios piedras, vigas y proyectiles; al mismo tiempo, se lanzaron por las puertas de la ciudad al campo, con el fin de aprovechar el desconcierto para atacar. Los macedonios tuvieron que retirarse por todas partes, y la falange de Alcetas, mandada por Alejandro, logró a duras penas salvar a los agonizantes de las iras del enemigo y arrastrarlos al campamento.

Todo esto no hizo más que exacerbar la furia y las ganas de pelear de los macedonios. A la mañana siguiente, después de reparado el daño, acercaron de nuevo la torre a la muralla y volvieron a bajar el puente levadizo; pero los defensores ofrecían una eficacísima resistencia, a pesar de que sus filas iban haciéndose menos densas y de que el peligro era cada vez mayor para ellos. De pronto, su

príncipe cayó muerto por un dardo lanzado desde una catapulta. Esto acabó de decidir a los sitiados a entablar negociaciones para rendirse. Alejandro, lleno de justa admiración ante la valentía del enemigo, aceptó de buen grado la posibilidad que se le ofrecía de poner fin a una lucha que habría costado muchísima sangre si se hubiese llevado hasta el final; puso como condiciones para la rendición la entrega de la ciudad, la incorporación de los mercenarios hindúes al ejército macedonio y la entrega de la familia del príncipe. Las condiciones fueron aceptadas y la madre y la hija del príncipe pasaron al campamento de Alejandro; los mercenarios hindúes salieron de la plaza con sus armas y acamparon a alguna distancia del ejército al que habrían de incorporarse. Pero en su repugnancia contra los extranjeros e incapaces de hacerse a la idea de tener que luchar en lo sucesivo a su lado contra sus propios connacionales, concibieron el desdichado plan de abandonar el campamento al amparo de la noche y retirarse al Indo. Alejandro tuvo noticia de ello; convencido de que todo intento de convencerlos sería inútil y de que cualquier vacilación resultaría peligrosa, hizo que sus tropas los cercasen por la noche y los pasasen a todos a cuchillo. De este modo, hízose dueño de aquella importante posición, que dominaba el país de los asacenos.

Desde Masaca parecía fácil completar la ocupación del país, carente ya de príncipe. Alejandro destacó algunas tropas al mando de Coino para que se dirigiesen a la fortaleza de Bazira, situada al sur, convencido de que sus defensores se rendirían tan pronto supiesen que había caído Masaca; mientras tanto, otro destacamento, mandado por Acetas, se dirigía por el norte hacia la fortaleza de Ora, con órdenes de bloquear la ciudad hasta que llegase el grueso del ejército. Pronto se recibieron de ambos sitios noticias desfavorables; Alcetas había rechazado, no sin pérdidas, una salida de los oritas, y a Coino, lejos de encontrar a los defensores de Bazira dispuestos a rendirse, le costaba no poco esfuerzo poder mantener sus posiciones delante de la ciudad. Alejandro disponíase a ir en su ayuda cuando recibió la noticia de que Ora se había puesto en comunicación con el príncipe Abisares (de Kachmir) y había recibido por mediación suya un considerable contingente de fuerzas procedentes de las montañas del norte; en vista de ello, transmitió a Coino la orden de que se atrincherase cerca de Bazira en una posición defendible y desde la que pudiera cortar las comunicaciones de la ciudad, marchando luego a reunirse con él al frente del resto de sus tropas. Después de esto, se dirigió presurosamente hacia Ora; esta ciudad, aunque bien fortificada y valientemente defendida, no pudo sostenerse durante mucho tiempo y fué tomada por asalto; cayó en poder de los macedonios un rico botín, del que formaban parte algunos elefantes. Entre tanto, Coino empezó a llevar a efecto delante de Bazira la retirada que se le había ordenado; tan pronto como los defensores de la ciudad se dieron cuenta de sus movimientos, hicieron una salida y se lanzaron sobre los macedonios; se entabló un violento combate, en el que, por fin, los bacirenses viéronse obligados a replegarse. Y cuando, además, corrió la noticia de que los de Ora habían caído en manos del enemigo, empezaron a desesperar de poder hacerse fuertes ellos en su plaza; hacia media noche,

abandonaron la ciudad y se retiraron a la ciudadela de Aornos, situada en las montañas cercanas al Indo, junto a la frontera meridional del país de los asacenos.

Con la ocupación de las tres plazas fuertes de Masaca, Ora y Bazira, Alejandro era dueño del país montañoso situado al norte del Cofen, al sur del cual se hallaban los dominios del príncipe Astes de Peucela. Al parecer, este príncipe había ensanchado sus territorios a costa de sus vecinos, extendiéndolos incluso hasta el sur del río Cofen; el príncipe Sangaio había perdido sus dominios, anexionados a los de Astes, y habíase refugiado en las tierras de Taxila. Cuando los heraldos de Alejandro habían invitado a los príncipes de la India a presentarse en Nicea, ni Astes ni Asaceno habían obedecido. Pero los éxitos logrados después por las armas macedonias, la proximidad de Alejandro y su ejército, la muerte de Asaceno, determinaron al príncipe de Peucela, para no tener que enfrentarse personalmente al gran rey y a su temible ejército, a abandonar su territorio nativo para ir a refugiarse a sus dominios del sur del Cofen, donde, encastillado en una ciudadela de la montaña, confiaba en poder hacerse fuerte. Sin embargo, Efestión avanzó hasta llegar delante de esta fortaleza, que logró conquistar después de un asedio de treinta días; en el asalto había perecido el mismo Astes, y Sangaio, refugiado cerca de Taxila, tomó posesión de la ciudad con el consentimiento de Alejandro. La ciudad de Peucela, sin señor y sin defensores, se rindió sin lucha tan pronto como Alejandro se presentó delante de ella; se le adjudicó una guarnición macedonia. El ejemplo de Peucela fué seguido por las otras ciudades menos importantes que se hallaban antes del Indo, hacia el que marchó Alejandro, descendiendo hasta Embolina, unas cuantas millas por encima de la desembocadura del Cofen.

De este modo, en el transcurso del verano y tras una serie de luchas bastante importantes y duras, los macedonios habían logrado someter a sus armas todo el territorio situado entre los parapanísades y el Indo. En la parte sur del Cofen, donde el valle aparece flanqueado por una serie de áridas montañas, había operado Efestión, tomando posesión de aquellas tierras, y la ciudadela roquera de Astes, así como Orabatis, conquistada también por él y guarnicionadas con tropas macedonias, convirtiéronse en los puntos militares de apoyo para la defensa de las márgenes meridionales. En el norte, los macedonios habían cruzado, uno tras otro, los valles del Joaspes, del Gureos y del Suastos y las tierras de los aspasios, de los gureos, de los asacenos y de los peuceloatas, puesto en dispersión y arrojado al fondo de las montañas a los habitantes del alto Joaspes y del Gureos y, finalmente, asegurado por medio de las plazas fuertes de Andaca y Arigeón el valle de los gureos, con las de Masaca, Ora y Bazira las tierras de los asacenos y con la de Peucela la margen occidental del Indo. En lo sucesivo todos estos territorios, aunque siguiesen regidos en su mayor parte por príncipes indígenas, pasaban a ser vasallos de los macedonios y fueron reunidos en una satrapía bajo el nombre de India del lado de acá.

Sólo una fortaleza de montaña situada cerca del Indo, en su margen oriental, seguía ocupada por los hindúes; los macedonios diéronle el nombre de Aornos,

como si ni siquiera el vuelo de los pájaros pudiese llegar a ella. Como a unas quince millas del lugar en que confluyen el Cofen y el Indo, se yergue una última estribación de la montaña nordoccidental, una gran pirámide rocosa, que según los datos de los antiguos tendrá como cuatro millas de ancho en su base y una altura de unos 5,000 pies; en la cima de este escarpado macizo montañoso alzábase aquella notable ciudadela roquera, rodeada de murallas, de huertos, de fuentes y de bosques y con recursos suficientes para que pudieran vivir en ella, un año con otro, miles de hombres. Allí habían ido a refugiarse muchos de los habitantes de la tierra llana, llenos de confianza en la seguridad de aquel nido de águilas acerca de cuya inexpugnabilidad circulaban múltiples leyendas. Todo ello hacía que Alejandro considerase absolutamente indispensable conquistar aquella roca; no podía perder de vista la gran impresión moral que produciría en sus tropas y en los naturales del país un asalto victorioso contra la fortaleza de Aornos; por otra parte, aquella importante posición, de quedar en manos del enemigo, podría servir de eje para los más peligrosos movimientos en su retaguardia. Ahora, después de sometidas todas las tierras de los contornos y teniendo ya junto al Indo una posición firme que permitiría abastecer al ejército sitiador por mucho tiempo que durase el sitio, Alejandro acometió esta empresa, tan temeraria como peligrosa. Su decisión inquebrantable de tomar aquella fortaleza, costara lo que costara, era lo único que garantizaba un resultado victorioso.

Dejó a Crátero con algunas tropas en Embolina, cerca del Indo. Llevó consigo solamente a los agrianos, a los arqueros, a la taxis de Coino, a una selección de tropas ligeras de las otras taxis, a 200 jinetes de los hetairos y a 100 arqueros a caballo, acampando con estas fuerzas al pie de la roca. Para escalarla no había más que un camino, muy hábilmente trazado, todos los puntos del cual admitían una defensa fácil y perfecta. En eso presentáronse ante Alejandro gentes que habitaban en aquellas cercanías y que, sometiéndosele, se ofrecieron para llevarle a un lugar desde el que los macedonios podrían atacar la fortaleza y tomarla con relativa facilidad. Tolomeo, hijo de Lago, el somatofílace, recibió el encargo de escalar la roca con los agrianos, el resto de la infantería ligera y un grupo de hipaspistas escogidos, llevando como guías a los hindúes que se habían ofrecido para ello; por ásperos y difíciles senderos lograron llegar sin ser vistos por los defensores de la ciudadela al lugar señalado por los guías, donde se atrincheraron detrás de una empalizada y encendieron el fuego convenido como señal. Alejandro, al ver la señal, ordenó que se preparase todo para lanzarse al asalto a la mañana siguiente, con la esperanza de que Tolomeo atacaría también desde la altura en que se encontraba. Sin embargo, resultó imposible avanzar un solo paso desde la base de la roca; los defensores de ella, sintiéndose seguros por este lado, atacaron con gran violencia la altura ocupada por Tolomeo y al lágida le costó enorme esfuerzo defender su posición atrincherada. Sus arqueros y agrianos salieron muy quebrantados del ataque del enemigo, el cual se retiró a la fortaleza al caer la noche.

Aquella tentativa fracasada llevó a Alejandro al convencimiento de que desde la base de la roca sería imposible conseguir el objetivo; en vista de ello, por la noche y valiéndose de una persona conocedora del terreno, envió a Tolomeo orden escrita de que, al día siguiente, cuando él intentase un asalto desde un lugar cercano a la posición en que se encontraba parapetado Tolomeo y los defensores de la fortaleza hiciesen una salida contra él, cayesen desde lo alto sobre la espalda del enemigo y procurasen a todo trance establecer contacto con él, con Alejandro. Así se hizo; al despuntar el alba, el rey se situó con sus tropas en el sitio por donde había escalado Tolomeo. Los defensores lanzáronse inmediatamente sobre aquel punto, para defender el angosto sendero; defensores y atacantes lucharon encarnizadamente hasta medio día, hora en que los de arriba empezaron a ceder ligeramente; Tolomeo hizo también cuanto estaba de su parte; a la caída de la tarde, después de escalar el sendero los de abajo, habíanse unido los dos destacamentos del ejército macedonio. La retirada cada vez más acelerada del enemigo y el ardor de sus valientes guerreros, excitado por el éxito logrado, movieron a Alejandro a perseguir a los hindúes que huían, confiando en que tal vez en medio del desconcierto de los defensores conseguirían penetrar en la fortaleza; pero esta esperanza resultó fallida y el terreno, arriba, era demasiado angosto para intentar un asalto contra la ciudadela.

En vista de ello, Alejandro se retiró con sus tropas a la altura atrincherada por Tolomeo, más baja que la fortaleza y separada de ésta por un ancho y profundo barranco. No había más remedio que superar las condiciones desfavorables del terreno y tender un dique sobre la barranca para poder acercarse a la fortaleza, por lo menos, lo bastante para que sus muros quedaran a tiro de la artillería de los sitiadores. A la mañana siguiente comenzaron los trabajos; el rey estaban en todas partes, elogiando y animando a sus hombres e incluso dando él mismo algunos toques; todo el mundo rivalizaba en entusiasmo y en actividad, derribando árboles y echándolos al fondo del barranco, amontonando piedras y rellenando la garganta de tierra; al terminar el primer día, se había logrado rellenar ya un trecho de trescientos pasos. Los defensores de la ciudadela, que al principio se reían de aquella loca y desesperada tentativa, fueron dándose cuenta del peligro y al día siguiente hicieron todo lo posible por hostilizar los trabajos; pronto se consiguió adelantar lo suficiente para que las catapultas y las máquinas, desde el extremo del dique, pudieran rechazar los ataques del enemigo. Al sexto día, el terraplén había llegado ya cerca de una cima situada a la misma altura de la fortaleza y ocupada por los hindúes; la defensa o la ocupación de esta altura sería decisiva para la suerte de la ciudadela. Alejandro envió contra ella a un destacamento de macedonios escogidos; se trabó un combate espantoso; el propio Alejandro hubo de lanzarse en socorro de los atacantes, al frente de su guardia; por fin, después de ímprobos esfuerzos, los macedonios lograron ganar la reñidísima altura. Esto y los avances constantes del terraplén, que ya ahora nada podía contener, hicieron desesperar a los defensores de poder sostenerse a la larga contra un enemigo que no se arredraba ante las alturas ni ante los abis-

mos y que estaba dando pruebas asombrosas de que la voluntad y la fuerza humanas eran capaces de vencer hasta las últimas barreras opuestas por la naturaleza con sus obstáculos gigantescos y de convertirlas en un medio para el logro de sus fines. Así, pues, enviaron a Alejandro un heraldo con el ofrecimiento de rendir la ciudadela si se les ofrecían condiciones favorables; lo único que con ello perseguían era ganar tiempo para que se echase encima la noche y, aprovechando ésta, salir de la fortaleza por caminos secretos y dispersarse por la llanura. Alejandro dióse cuenta de sus intenciones; retiró sus puestos y dejó que empezasen a preparar libremente la fuga; luego, eligió 700 hipaspistas, trepó con ellos por la roca al amparo de la noche y comenzó a escalar las murallas, ya abandonadas; él mismo fué el primero en hacerlo; tan pronto como todos estuvieron dentro, se lanzaron desde distintos puntos y entre grandes gritos de guerra sobre el enemigo, que ya sólo se ocupaba en preparar su fuga; muchos fueron muertos y otros se estrellaron al lanzarse ciegamente al abismo; a la mañana siguiente, el grueso del ejército entraba tranquilamente en la fortaleza. Abundantes y alegres sacrificios festejaron el victorioso final de una empresa que sólo la intrepidez de Alejandro y la bravura de sus tropas habían hecho posible. Reforzáronse las obras de defensa de la ciudadela y se instaló en ella una guarnición macedonia al mando del príncipe Sisicoto, que había sabido ganarse la confianza de Alejandro. La posesión de esta fortaleza era importantísima para afirmar la conquista de los territorios del lado acá del Indo; esta posición dominaba la llanura que se extiende entre el Suastos, el Cofen y el Indo, llanura que desde lo alto se atalayaba a muchas millas a la redonda, y la confluencia del Cofen y el Indo.

Entre tanto habíanse desatado peligrosos movimientos en el país de los asacenos; el hermano del príncipe caído en la plaza de Masaca había logrado reunir un ejército de 20,000 hombres y 15 elefantes, con el que se había lanzado a las montañas del país alto; había caído ya en sus manos la fortaleza de Dirta y, confiado en que el enemigo no podría penetrar en aquella salvaje región montañosa, hacíase la ilusión de que, al proseguir su marcha los macedonios, tendría ocasión de ir ampliando su poder y sus dominios. Alejandro comprendió que era necesario despejar cuanto antes aquel peligro. Tan pronto como hubo tomado la ciudadela de Aornos, salió a toda marcha, con unos cuantos miles de hombres de sus tropas ligeras, hacia la fortaleza de Dirta; la noticia de que los macedonios se acercaban, bastó para que el pretendiente se diese a la fuga, acompañado por la población de aquellos contornos. Alejandro envió a unos cuantos destacamentos sueltos a recorrer la comarca y descubrir el rastro del príncipe fugitivo y, sobre todo, de sus elefantes; averiguó que todos habían huído hacia las montañas del este y salió con sus tropas en aquella dirección. Aquellos parajes estaban densamente cubiertos de selva virgen, por entre la que el ejército iba abriéndose paso trabajosamente. Fueron tomados prisioneros algunos indígenas, quienes informaron que la población había cruzado el Indo para refugiarse en los dominios de Abisares y que a los elefantes, quince en total, les habían dado suelta en las praderas regadas por el río. Poco después presentóse un tropel de soldados hin-

dúes del ejército fugitivo que, descontentos por la impericia del príncipe, se habían sublevado y le habían dado muerte; para congraciarse con Alejandro, le traían la cabeza del muerto. En vista de ello, y no deseando continuar por caminos intransitables la persecución de un ejército sin jefe, Alejandro descendió con sus tropas a las praderas del Indo para apoderarse de los elefantes; acompañado por varios cazadores indígenas de elefantes, dió caza a las bestias sueltas; dos de ellas precipitáronse al abismo, las demás fueron cogidas. Los macedonios detuviéronse en los espesos bosques de las márgenes del Indo para derribar árboles y construir barcas. Pronto se botó una flota fluvial como jamás la había visto el Indo, y en ella navegaron río abajo, durante un trecho, el rey y su ejército, a lo largo de aquellas márgenes, cubiertas en ambos lados de aldeas y ciudades, hasta llegar al puente tendido ya sobre el río por Efestión y Pérdicas.

### EL PASO DEL INDO

Los relatos que han llegado a nosotros pintan con vivos colores las poderosas impresiones que el ejército occidental recibió en aquel mundo índico, en el que se encontraba desde la primavera del año 327. Las imponentes formas de la naturaleza, la exuberante vegetación, los animales domesticados y las bestias salvajes, los hombres, su religión y sus costumbres, su organización política y sus métodos de guerra: todo allí era exótico y sorprendente, todas las maravillas que Herodoto y Ctesias habían contado acerca de ello parecían palidecer ante la realidad. Pronto habían de darse cuenta los expedicionarios de que hasta ahora no habían hecho más que pisar los umbrales de este mundo nuevo.

En las márgenes del Indo, el ejército descansó de las fatigas de la campaña invernal en las montañas, en que había estado empeñada gran parte de las tropas. A comienzos de la primavera, reforzado con los contingentes facilitados por los príncipes de la nueva satrapía, se dispuso a cruzar el río. En esto, apareció en el campamento una embajada del príncipe de Taxila; venía a renovar ante Alejandro las seguridades del respeto y la lealtad de su señor y a entregarle valiosos regalos: 3,000 animales para los sacrificios, 10,000 ovejas, 30 elefantes de guerra, 200 talentos de plata y, finalmente, 700 jinetes hindúes, que representaban el contingente militar de su aliado; los embajadores invitaron al rey, en nombre de su príncipe, a ocupar la residencia de éste, una maravillosa ciudad enclavada entre el Indo y el Hidaspes.

Antes de cruzar el Indo, el rey ordenó que se consagrase el paso del río; entre torneos gimnásticos y de caballería, se sacrificó a los dioses junto a las aguas; los presagios fueron favorables. Las tropas empezaron a cruzar el caudaloso Indo; una parte del ejército pasó al otro lado por el puente recién construído y otra en barcas; el rey y sus acompañantes lo hicieron en dos barcos de treinta remeros cada uno, dispuestos para la pequeña travesía. Nuevos sacrificios festejaron la venturosa operación y el gran ejército siguió por el camino de Taxila, a través de tierras densamente pobladas y adornadas con las galas de la primavera,

al noroeste la poderosa cordillera nevada que marcaba la frontera de Kachmir y al sur las vastas y fértiles llanuras que se extienden entre el Indo y el Hidaspes. Como una hora antes de llegar a la ciudad de Taxila, los macedonios, asombrados, vieron por primera vez a los penitentes indios que, desnudos, solitarios e inmóviles bajo los ardorosos rayos del sol de mediodía como en medio de las tormentas de la época de lluvias, cumplían sus votos sagrados.

### MARCHA HACIA EL RÍO HIDASPES. EL PRÍNCIPE DE TAXILA

Cuando Alejandro se acercaba a la ciudad, salió a recibirle el príncipe en medio de gran pompa, con elefantes enjaezados, columnas de gentes armadas y música guerrera; y cuando el rey ordenó a su ejército hacer alto y formarse, el príncipe se destacó de la formación de sus tropas, corrió hacia Alejandro y le saludó con las mayores reverencias, ofreciéndole su persona y su reino. En seguida, Alejandro, a la cabeza de su ejército y teniendo a su lado al príncipe de Taxila, entró en la suntuosa ciudad que servía a éste de residencia. Celebráronse una serie de fiestas en honor del gran rey, realzándose su esplendor por la presencia de varios príncipes del país, que habían venido a presentar sus respetos y sus regalos al rey macedonio. Alejandro los confirmó a todos en sus dignidades y extendió los dominios de algunos con arreglo a sus deseos y merecimientos, sobre todo los de Taxila, a quien se recompensó generosamente tanto por los cuidados dispensados por él al ejército del sur como por las atenciones de que siempre había rodeado a Alejandro. Envió también embajadores y regalos el "príncipe de cantón" Doxaris. Y asimismo Abisares, el príncipe de Kachmir, envió una embajada a Taxila; venía presidida por su hermano y formaban parte de ellas las gentes más nobles de su reino; traían al rey, como obsequios, joyas, marfil, telas finas y otros objetos muy valiosos, aseguraron a Alejandro la lealtad y devoción de su príncipe y negaron insistentemente la ayuda secreta que se decía había prestado a los asacenos.

No es fácil averiguar qué organización dió Alejandro, por aquel entonces, al país del Duab, situado entre el Indo y el Hidaspes; en todo caso es evidente que todos los territorios pertenecientes a la satrapía del lado de acá del Indo que fueron concedidos a aquellos príncipes como ampliación de sus dominios, y los príncipes mismos en su conjunto, pasaron bajo la soberanía de Alejandro; es posible que a Taxiles se le adjudicara el principado entre los rajás de aquellas tierras; por lo menos, en adelante las fuentes sólo lo mencionan a él, cuando se trata de las relaciones de aquellos príncipes con Alejandro. Este dejó en su ciudad una guarnición macedonia y a los hombres incapacitados para el servicio de las armas; la "satrapía" índica fué confiada a Filipo, hijo de Majata, cuya alta nobleza, unida a su constante lealtad hacia Alejandro, lo capacitaba para el desempeño de aquel puesto; su jurisdicción abarcaba, además de todos los ricos territorios del Indo, la vigilancia sobre las tropas destacadas en el reino de Taxila y en los de los otros príncipes.

### GUERRA CONTRA EL REY PORO

Al aliarse tan amistosamente con Alejandro, el príncipe de Taxila llevaba, indudablemente, la mira de apoyarse en él para dar la batalla a su antiguo y poderoso enemigo, el príncipe Poro, del viejo linaje de los Paurava, que reinaba al otro lado del Hidaspes sobre un territorio de "más de cien ciudades", disponía de un potente ejército y tenía como aliados a varios príncipes vecinos, principalmente al de Kachmir. Sus enemigos eran, en el Indo el príncipe de Taxila, por el otro lado los pueblos libres que vivían en las estribaciones del Himalaya, en las tierras situadas más allá del Acesines y en las comarcas bajas del país de los cinco ríos. La hostilidad de estos pueblos "sin rey" (*arattas*) contra los príncipes, el más poderoso de los cuales era el Paurava enclavado entre el Hidaspes y el Asecines, paralizó la fuerza de resistencia del Pendchab contra la invasión del occidente.

Desde Taxila, Alejandro había enviado un mensaje a Poro, invitándole a recibirle y presentarle sus respetos en la frontera de su reino. Poro había contestado que recibiría a Alejandro en la frontera de su reino, pero con la fuerza armada; al mismo tiempo, había requerido la ayuda de sus aliados, había suplicado el rápido envío de refuerzos al príncipe Abasares, quien, a pesar de la promesa de sumisión hecha recientemente a los macedonios, le había prometido engrosar su ejército con sus propios contingentes, había avanzado con sus tropas hasta el río que formaba la frontera de su reino, el Hidaspes, y había acampado en la margen izquierda, decidido a cerrar el paso al enemigo, costase lo que costase. Ante estas noticias, Alejandro envió al estratega Coino al Indo con el encargo de desmontar las barcas de la flotilla fluvial para transportarlas por tierra y llevarlas lo antes posible, en carros, al río Hidaspes. Al mismo tiempo, el ejército partió de Taxila, después de los sacrificios y torneos usuales en estos casos. A las tropas de Alejandro habíanse incorporado 5,000 hindúes del ejército de Taxiles y de los príncipes vecinos: los elefantes que Alejandro había ido reuniendo como botín de guerra o como regalos de los príncipes amigos quedaron atrás, pues los caballos macedonios no estaban acostumbrados a su presencia y, además, sólo representaban un estorbo para los métodos de ataque propios del ejército de Alejandro.

Durante la marcha comenzaron los primeros chaparrones torrenciales de la lluvia tropical; las aguas corrían como torrentes, los caminos parecían ríos y las frecuentes tormentas combinadas con huracanes demoraban continuamente la marcha. El ejército iba acercándose a la frontera sur del reino de Taxila. Un desfiladero largo y bastante angosto daba paso aquí a las tierras de Espitales, pariente y aliado de Poro; el paso estaba bloqueado por las tropas de este príncipe, que tenían ocupadas las alturas de los dos lados. Pero una audaz maniobra de caballería mandada personalmente por Alejandro sorprendió al enemigo, lo desalojó de sus posiciones y lo encajonó de tal modo en los desfiladeros que sólo logró salir a campo libre después de sufrir gran número de bajas. Ante aquel revés,

Espitaces, con el resto de su ejército, corrió a unirse con Poro, sin pensar ya en seguir defendiendo sus propios dominios.

Como dos días después, llegó Alejandro a las orillas del Hidaspes, que entonces, por ser la época de las lluvias, tenía un ancho de casi mil doscientos pasos; al otro lado veíanse el extenso campamento del príncipe Poro y todo su ejército formado en orden de batalla y delante de él, como si fuesen torres de fortalezas, trescientos elefantes de guerra. Vióse cómo eran enviados considerables destacamentos de tropas en ambas direcciones para reforzar las líneas de vigilancia a lo largo del río y observar sobre todo los pocos vados que el alto nivel de las aguas dejaba todavía practicables. Alejandro dióse cuenta de que le sería imposible cruzar el río bajo la mirada del enemigo; acampó en la margen derecha, frente a los hindúes. Empezó a desorientar al enemigo, con una serie de movimientos de tropas, sobre el punto por donde se proponía pasar el río y a fatigar su atención; al mismo tiempo hizo que algunos destacamentos de su ejército explorasen las márgenes del río en todas direcciones, mientras otros asolaban los dominios de Espitaces, completamente desguarnecidos de defensores, y acudían por todas partes con grandes provisiones, como si se propusiera permanecer en aquel sitio durante largo tiempo; y se las arregló también para hacer correr por el campamento enemigo la voz de que en aquella estación del año era completamente imposible cruzar el río y de que no tendría más remedio que aguardar a que pasara la época de las lluvias para pasar al otro lado y atacar. Pero, al mismo tiempo, los movimientos de la caballería macedonia, las idas y venidas de barcas cargadas de hombres y las constantes maniobras de las falanges, que, a pesar de las lluvias torrenciales, se pasaban a veces horas y horas sobre las armas y como preparándose para entrar en acción, tenían al príncipe Poro en una constante inquietud y esperando que de un momento a otro se desencadenase un ataque súbito; dos o tres islas que había en medio del río dieron ocasión a pequeñas escaramuzas; tal parecía como si aquellas islas estuvieran llamadas a adquirir una importancia decisiva cuando comenzara la batalla de verdad.

Entre tanto, Alejandro averiguó que el príncipe Abisares de Kachmir, a pesar de las seguridades reiteradas de su lealtad, no sólo mantenía relaciones secretas con Poro, sino que avanzaba ya con todas sus fuerzas para unirlas a las de éste. Y si ya desde el primer momento había estado muy lejos de su ánimo la idea de permanecer inactivo en aquel lado del río durante toda la época de las lluvias, aquella noticia que acababa de recibir le estimuló a activar todavía más los preparativos para un ataque a fondo, ya que la lucha contra las fuerzas unidas de Abisares y Poro podía ser difícil y tal vez, incluso, peligrosa. No obstante, seguía considerando imposible cruzar el río por aquella parte, a la vista del enemigo; por otra parte, el lecho del río era harto inseguro, a consecuencia de las lluvias, y la orilla baja de la otra parte hallábase llena de hoyos lodosos. Habría sido una locura mandar al otro lado a las falanges bajo los proyectiles de un enemigo tan denso y tan bien parapetado. Finalmente, era de temer que los caballos macedonios se asustasen del olor y de los bramidos de los elefantes

que cubrían la otra orilla e intentaran escapar, produciendo una situación confusa y peligrosa. Todo el éxito de la operación estaba en ganar la orilla enemiga. Alejandro ordenó que a media noche sonase la alarma, que la caballería avanzase hacia distintos puntos de la orilla y se dispusiera a cruzar el río entre gritos de guerra y la fanfarria de las trompetas, que los botes se pusieran en marcha y las falanges, a la luz de las hogueras, se acercasen a los vados. Inmediatamente, el campamento enemigo púsose también en movimiento, los elefantes desplazáronse, las tropas avanzaron hasta la orilla y hasta el amanecer estuvieron esperando el ataque, que ya daban por seguro y que no se produjo. Otro tanto aconteció durante las noches siguientes y siempre con el mismo resultado: Poro salía todas las noches defraudado; ya estaba cansado de tener a sus tropas toda la noche aguantando inútilmente el viento y la lluvia; por fin desistió de hacer caso de los movimientos nocturnos del enemigo y se limitó a asegurar la vigilancia del río mediante las guardias normales.

La orilla derecha del río se halla flanqueda por una serie de agrestes alturas, que se extienden hasta tres millas río arriba y al llegar allí se convierten en importantes montañas cubiertas de espesos bosques, en la vertiente septentrional de las cuales vierte sus aguas en el Hidaspes un pequeño afluente. En la desembocadura de éste, el Hidaspes, que desde Kachmir hasta allí corre en dirección sur, cambia repentinamente y casi en ángulo recto su curso y luego sigue fluyendo hacia el sur, entre las ásperas colinas que lo flanquean por la derecha y una fértil depresión que se extiende a su izquierda. Frente a un saliente de la montaña, debajo de la desembocadura de aquel riachuelo, queda en medio del Hidaspes una isla alta y boscosa llamada Jamad, por encima de la cual cruza el río el camino normal de Kachmir. Tal era el lugar escogido por Alejandro para pasar al otro lado del Hidaspes. Una serie de puestos de guardia se extendía desde el campamento hasta allí, a lo largo de la orilla, situados lo bastante cerca los unos de los otros para poder verse y oírse. Sus gritos, las hogueras nocturnas de sus vivaques, los nuevos movimientos de tropas en las cercanías del campamento habrían bastado para poner en guardia al enemigo y revelarle el lugar por donde se avecinaba el paso del río, si no se hubiese acostumbrado ya a no dar importancia a nada de aquello. Por su parte, Alejandro, ante las noticias de que Abisares sólo estaba a tres días de marcha de allí, lo había preparado todo para aventurar el golpe decisivo. Crátero se quedó cerca del campamento con su hiparquía, los jinetes de los arajosios y los parapanísades, con las falanges de Alcetas y Polipercón y los 5,000 hombres de los príncipes hindúes; se le dieron órdenes de que permaneciese quieto hasta que viera al enemigo, al otro lado del río, abandonar su campamento o ser atacado en las proximidades de él; por el contrario, si advertía que las fuerzas enemigas eran divididas no debía intentar el paso del río, siempre y cuando que los elefantes no se movieran de la orilla de enfrente; pero en caso de que viese que eran conducidos río arriba contra las tropas macedonias para impedirles cruzar el río por encima de la isla, debía pasar al otro lado inmediatamente y con todo su cuerpo de ejército, ya que los elefantes eran el único

obstáculo que podía entorpecer el éxito de un ataque de caballería. Otro cuerpo de ejército, formado por las falanges de Meleagro, Gorgias y Atalo, y por los mercenarios de a pie y de a caballo, avanzó río arriba como milla y media, con instrucciones para pasar el río, formados por cuerpos, tan pronto como viesen que la batalla había comenzado en la otra margen. Por su parte, Alejandro, con las hiparquías de Efestión, Pérdicas y Demetrio, la agema de caballería al mando de Coino, los jinetes escitas, bactrianos y sogdianos, los arqueros dahos de a caballo, las ciliarquías de los hipaspistas, las falanges de Clito y Coino, los agrianos y los arqueros, partió del campamento al amanecer. Las lluvias persistentes y torrenciales embarazaban todos estos movimientos de las tropas, pero al mismo tiempo los ocultaban a la vista del enemigo. Para mayor seguridad, Alejandro fué por detrás de las alturas cubiertas de bosques que bordeaban la orilla hasta el sitio elegido para cruzar el río. Llegó allí a la caída de la tarde; las embarcaciones que Coino había traído desde el Indo desmontadas habíanse puesto ya en condiciones de ser utilizadas al amparo del boscaje, sin que el enemigo las descubriera, y había también gran abundancia de pieles y vigas para utilizarlas a guisa de balsas; los preparativos para el cruce del río, la botadura de las barcas, la operación de forrar las pieles con paja y estopa, de coserlas y de atarlas a las vigas para formar las balsas, entretuvieron a las tropas durante toda la noche; los chaparrones torrenciales, acompañados de un viento huracanado, impedían que se oyese de la otra orilla el ruido de las armas y los hachazos de los carpinteros; y el espeso bosque del saliente de la montaña y de la isla ocultaba las hogueras de los macedonios.

Hacia el amanecer se calmó la tormenta y cesó la lluvia; las aguas del río estrellábanse, espumeantes, contra las altas orillas de la isla. El ejército había de cruzarlo un poco más arriba. El rey, acompañado de los oficiales de la guardia Tolomeo, Pérdicas, Lisímaco y Seleuco, que mandaba los "hipaspistas reales", encontrábase ya a bordo del barco de treinta remeros que rompía la marcha; en otros barcos iguales seguían los demás hipaspistas; en barcas, botes, barcazas y balsas la caballería y la infantería; en total, 4,000 jinetes, 1,000 arqueros de a caballo, casi 6,000 hipaspistas y, finalmente, la infantería ligera, los agrianos, los acontistas y los arqueros de a pie, con un total de unos 4,000 hombres. Las dos falanges quedáronse en la orilla derecha para cubrir la operación y vigilar el camino de Kachmir. Ya los dos barcos grandes surcaban las aguas a la altura de las elevadas y boscosas orillas de la isla; en aquel momento viéronse los jinetes de los puestos de avanzada del enemigo que, al darse cuenta de lo que ocurría, retrocedieron al galope a campo traviesa. Los macedonios encontraron, pues, la orilla enemiga desguarnecida de defensores y sin nadie que pudiera impedir el desembarco; Alejandro fué el primero en saltar a tierra, seguido por sus acompañantes; tras ellos, atracaron a la orilla los otros barcos grandes y en seguida las embarcaciones que conducían a la caballería y al resto del ejército; sin pérdida de momento formáronse todos en columna de marcha, para seguir avanzando; en este instante diéronse cuenta de que estaban en una isla; la fuerza de la

corriente, cuyo cauce se dirigía en aquel sitio hacia el oeste, había penetrado por las tierras bajas de la orilla, formando un nuevo brazo, bastante caudaloso. Los jinetes estuvieron buscando durante bastante tiempo un sitio vadeable, con peligro de verse arrastrados por las aguas, pero comprobaron que por todas partes era la corriente demasiado ancha y profunda; no parecía haber otra solución que recoger las embarcaciones y las balsas y llevarlas hasta aquel lugar, dando la vuelta con ellas a la lengua de tierra. El gran peligro era que el enemigo, aprovechando la pérdida de tiempo causada por aquel accidente imprevisto, enviase allí un destacamento considerable de tropas, capaz de entorpecer y hasta de hacer imposible el desembarco; por fin se encontró un sitio vadeable; con grandes esfuerzos pudieron cruzar hombres y caballos, luchando contra la corriente, y los de infantería con el agua, a trechos, hasta el pecho. Poco a poco, los distintos destacamentos de tropa fueron ganando la otra orilla. En formación cerrada, a la derecha la caballería turania, en seguida los escuadrones macedonios, luego los hipaspistas y, por fin, en el ala izquierda la infantería ligera, fué avanzando el ejército macedonio, río abajo, hacia el campamento enemigo. Para que la infantería no se cansase, Alejandro ordenó a ésta avanzar lentamente, mientras él se adelantaba como media hora, con toda la caballería y los arqueros, al mando de Taurón. Creía que, aunque Poro saliese a su encuentro con todo su ejército, podría detenerlo con su excelente caballería, muy superior a los hindúes, hasta que llegase la infantería y que si los hindúes, asustados ante la súbita aparición del enemigo, retrocedían, tendría bastante con aquellos 5,000 jinetes para cargar sobre él y perseguirlo.

## BATALLA DEL HIDASPES

Cuando sus puestos avanzados le llevaron la noticia de que se acercaban importantes masas de tropas, Poro, en el primer momento, creyó que se trataría del ejército de Abisbares de Kachmir: pero no, no era posible que aquel buen amigo hubiese dejado de avisarle que estaba cerca o, por lo menos, de enviarle por delante el mensaje de su feliz llegada, después de haber cruzado el río. Era indudable que aquellas tropas no podían ser otras que las de los macedonios, que el enemigo había efectuado felizmente y sin que nadie le estorbase el paso del río, operación que hubiera debido costarle miles de bajas, y que ahora no era posible disputarle ya la posesión de aquella orilla. Y, sin embargo, las masas de tropas que seguían apostadas en la otra margen, río abajo y río arriba, parecían dar a entender que el cuerpo de ejército que había cruzado el río no podía ser muy numeroso. Poro, si hubiese sido un buen estratega, habría debido hacer un esfuerzo sobrehumano para aislar y destruir a aquel cuerpo de ejército que estaba ya en su orilla; habría debido tomar inmediatamente la ofensiva, que sus carros de combate y sus elefantes le permitían emprender en condiciones muy favorables y casi le obligaban a desencadenar; en vez de eso, sólo se preocupó de contener, por el momento, los avances del enemigo, rehuyendo todo encuentro decisivo con él hasta la llegada de los refuerzos de Abisares. Para ello envió a su hijo con dos mil jinetes y ciento

veinte carros de combate a cerrar el paso a los macedonios; con aquellas fuerzas, confiaba poder contener el avance de Alejandro.

Tan pronto como Alejandro vió venir hacia él aquel cuerpo de ejército por las praderas ribereñas, creyó que Poro se acercaba con todo su ejército y que aquellas tropas eran, simplemente, la vanguardia; ordenó a sus jinetes prepararse para el combate; pero luego observó que detrás de aquellas tropas de caballería y de aquellos carros de batalla no avanzaba ningún ejército y dió inmediatamente la orden de atacar. La caballería turania se lanzó por todas partes sobre el enemigo para desconcertarlo y cercarlo; los macedonios, por su parte, lanzáronse a la carga por escuadrones y los hindúes, atacados de este modo, intentaban en vano resistir o replegarse. En pocos momentos fueron completamente aniquilados, a pesar de su valerosa resistencia, dejando sobre el terreno cuatrocientos muertos, entre ellos el hijo de Poro. Los carros de combate, no pudiendo escapar rápidamente a consecuencia de la blandura del terreno, en que se enterraban sus ruedas, cayeron en manos de los macedonios, que ahora siguieron avanzando con redoblado ardor combativo.

Los restos del cuerpo de ejército aniquilado llevaron al rey Poro la noticia de su derrota, de la muerte del príncipe y del avance de Alejandro sobre el campamento. Poro dióse cuenta, demasiado tarde ya, del enemigo que tenía enfrente, el tiempo urgía, si quería dar la cara a las consecuencias de una medida a medias, que no había servido sino para acrecentar el peligro. No había más camino de salvación que lanzarse, con la enorme superioridad de fuerzas que aún tenía, sobre el enemigo que avanzaba audazmente y destruirlo, antes de que ganase tiempo para que se uniesen a él nuevas tropas a fin de contrarrestar así la única ventaja que aún tenía Poro. Pero, para ello, era necesario no dejar desguarnecida la orilla frente al campamento macedonio, pues de otro modo el ejército apostado al otro lado y dispuesto a atacar en todo momento forzaría el paso del río y amenazaría por la espalda las líneas hindúes. Así, pues, Poro dejó en el campamento algunos elefantes y varios miles de hombres para vigilar los movimientos de Crátero y cubrir la orilla, mientras él mismo avanzaba al encuentro de Alejandro con toda su caballería, compuesta por 4,000 jinetes, con 300 carros de combate, 30,000 hombres de infantería y 200 elefantes. Tan pronto como hubo cruzado las praderas pantanosas que se extendían junto al río y pisó el campo libre y arenoso en que podían moverse con toda comodidad sus tropas y los elefantes, puso a su ejército en orden de batalla a la usanza india; la temible línea de los doscientos elefantes, colocados a cincuenta pasos el uno del otro, ocupaba casi una milla de terreno; tras ellos, como segundo cordón, venía la línea de la infantería, distribuída en cuadros de unos 150 hombres cada uno entre cada dos elefantes; junto a los últimos cuadros de las alas derecha e izquierda, que sobresalían de la línea de los elefantes, aparecían formados dos mil jinetes de cada lado; los dos extremos de la larga línea de batalla estaban flanqueados por ciento cincuenta carros de combate en cada punta, cada uno de los cuales llevaba dos hombres con armamento pesado, dos arqueros con grandes arcos y dos aurigas armados. La fuerza de esta línea de batalla consis-

tía en los doscientos elefantes, cuyo efecto prometía ser tanto más temible cuanto que la caballería, a la que Alejandro fiaba el éxito de la batalla, no estaba en condiciones de poder sostener el campo frente a aquellas bestias.

En realidad, un ataque bien dirigido habría debido aplastar irremisiblemente a los macedonios; para ello, los elefantes habrían debido ser lanzados con furia contra la línea enemiga y, protegidos con fuerte lluvia de dardos por los distintos destacamentos de la infantería y los arqueros, desalojar del campo a la caballería y aplastar a la falange, tras de lo cual la caballería hindú y los carros de combate habrían podido salir en persecución del enemigo puesto en fuga y cortarle la retirada por el río. Hasta la extensión extraordinaria de la línea de batalla, que rebasaba considerablemente al enemigo por las dos alas, habría podido conseguir un gran éxito si los carros de combate y la caballería de los dos extremos, lanzándose simultáneamente al ataque al mismo tiempo que los elefantes se ponían en marcha con todo ímpetu, cogían de flanco al enemigo por las dos partes. En todo caso, Poro debió lanzarse al ataque tan pronto como avistó al enemigo, para no perder la ventaja de la ofensiva, y sobre todo, para no dejar que el enemigo pudiera elegir el punto por donde había de atacar. Pero no lo hizo así; Alejandro se aprovechó de su vacilación para adelantársele y supo explotar, por su parte, todas las coyunturas para enfrentarse al enemigo con la circunspección y la audacia que hubo de derrochar al objeto de contrarrestar la gran superioridad de fuerzas que tenía enfrente.

Desde el punto de vista del volumen, su pequeño ejército no representaría más de la cuarta parte de las fuerzas que se alineaban en el campo enemigo, con sus elefantes y los carros de combate que flanqueaban las dos alas de su frente. Lo mismo que en sus batallas anteriores, hubo de atacar en línea diagonal, lanzándose con toda su furia sobre un determinado punto. Dadas las condiciones de la batalla, no tenía más remedio —y la calidad de sus tropas le permitía hacerlo— que lanzarse sobre el enemigo en formación aparentemente dispersa frente a la torpe masa de aquél, esperando luego a que, por efecto de la penetración victoriosa de un destacamento suelto de sus tropas, los demás se concentrasen en el sitio y el momento oportunos. Y como la superioridad del enemigo consistía precisamente en los elefantes, era necesario que el golpe decisivo evitase la presencia de estas bestias; el ataque debía ser lanzado sobre el punto más débil de la línea enemiga y, para que triunfase por completo, debía ejecutarlo aquella parte de su ejército cuya superioridad estuviese a cubierto de toda duda. Alejandro disponía de 5,000 hombres de caballería, mientras que el enemigo sólo tenía 4,000, 2,000 en cada ala, los cuales, por encontrarse demasiado alejados entre sí para poder ayudarse mutuamente con la rapidez debida, contaban con la equívoca protección de los 150 carros de combate apostados en las puntas de las dos alas. Los usos de guerra macedonios, de una parte, y de otra el deseo de atacar lo más cerca posible del río para no alejarse demasiado de las tropas de Crátero, apostadas en la otra orilla, movieron a Alejandro a escoger el ala derecha de sus fuerzas para abrir el combate. Tan pronto como vió a lo lejos la línea de batalla de los hindúes ya formada, ordenó a su caballería hacer alto, para dar tiempo a que llegaran las fuerzas de infante-

ría. Estas, ardiendo en deseos de medirse con el enemigo, llegaron a la carrera; para que descansaran un poco y para tener a raya al enemigo hasta que estuviesen formadas, la caballería hubo de entretenerlo durante algún tiempo, adelantándose aquí y allá. Por fin, se formó en orden de batalla la infantería, a la derecha el contingente de nobles de Seleuco, en seguida la agema y a continuación las demás ciliarquías al mando de Antígono, en total unos 6,000 hipaspistas, a la izquierda de los cuales venía la infantería ligera al mando de Taurón; todas estas fuerzas recibieron órdenes de no entrar en acción hasta que no viesen que el ala izquierda del enemigo cedía ante el ataque de la caballería y que la infantería de la segunda línea presentaba señales de desconcierto.

Ya los jinetes con los que Alejandro había decidido atacar, las hiparquías de Efestión y Pérdicas y los tiradores dahos, con unos 3,000 hombres, avanzaban rápidamente al sesgo, al paso que Coino, al frente de la agema y de la hiparquía de Demetrio, se desplazaba más hacia la derecha, con instrucciones para lanzarse sobre la espalda de la caballería enemiga del ala de enfrente, cuando viera que corría en ayuda de sus compañeros, estremecidos por el primer golpe.

Apenas Alejandro estuvo al alcance de los dardos de la línea de la caballería enemiga, hizo que avanzasen al galope los 1,000 dahos para desconcertar a la caballería hindú con una granizada de flechas y la furia de sus impetuosos caballos. Mientras tanto, él se desplazaba con su gente más hacia la derecha, hacia el flanco de los jinetes enemigos, para lanzarse con toda la violencia posible sobre ellos, antes de que, desconcertados por el ataque de los dahos, tuvieran tiempo de ponerse en línea y de enfrentársele. El enemigo, viéndose ante aquel peligro inminente, corrió a concentrar su caballería y a hacerla avanzar para asestar al enemigo un contragolpe. Pero Coino, cumpliendo la orden recibida, salió inmediatamente al galope para caer sobre la espalda del enemigo montado que tenía en frente, en el preciso momento en que viraba hacia la derecha. Los hindúes, a quienes este segundo peligro pillaba completamente de sorpresa y que se veían embarazados en sus movimientos, intentaron formar un doble frente para dar la batalla a las dos masas de caballería enemiga que los amenazaban a un tiempo; y como Alejandro aprovechó rápidamente el momento de aquel cambio de frente para atacar, les fué imposible esperar el golpe que se venía sobre ellos y huyeron para refugiarse detrás de la sólida línea de los elefantes. Entonces, Poro ordenó que una parte de estas bestias fuese lanzada contra la caballería enemiga; los caballos macedonios, al oír sus furiosos bramidos, retrocedieron acobardados. Pero, al mismo tiempo, avanzaba a paso de carga la falange de los hipaspistas; los otros elefantes de la línea fueron lanzados contra ella y se trabó un combate encarnizadísimo; los elefantes rompían las líneas más compactas y las aplastaban, descargaban sus trompas como mazas y trituraban con sus dientes cuanto encontraban a su paso; las heridas recibidas sólo servían para enfurecerlos más todavía. Pero las macedonios no retrocedían, sino que, con las líneas ya deshechas, luchaban como en cuerpo a cuerpo con las temibles fieras, sin conseguir más éxito que el de no haber sido todavía aplastados o desalojados del terreno. Los jinetes hindúes, animados por los avances de los

elefantes, y habiéndose reagrupado y formado rápidamente, lanzáronse al ataque contra la caballería macedonia; pero ésta, muy superior a la del enemigo por su fuerza física y su adiestramiento para el combate, rechazó por segunda vez a los jinetes de Poro, los que se vieron obligados a replegarse de nuevo detrás de los elefantes. El desarrollo de la batalla había hecho que las fuerzas de Coino se uniesen a las hiparquías mandadas por Alejandro, por lo cual la caballería macedonia atacaba ahora en una masa compacta. Esta lanzóse con toda su violencia sobre la infantería enemiga, la cual, incapaz de resistir, huyó acelerada y desordenadamente, perseguida de cerca por el enemigo y con grandes bajas, a parapetarse detrás de los elefantes. Los miles de combatientes fueron concentrándose, pues, en el sangriento campo de batalla dominado por estas bestias; amigos y enemigos formaban ya una mescolanza espesa y sangrienta; los elefantes, dejados en su mayoría a su propio albedrío, sin nadie que los condujera, desconcertados y enloquecidos por el griterío del combate y llenos de heridas, golpeaban y pisoteaban a todo el que se ponía a su alcance, fuese amigo o enemigo. Los macedonios, que tenían todo el campo libre para poder moverse fuera del alcance de aquellas fieras, retrocedían para dejarlos pasar cuando se acercaban, asaeteábanlos, alanceábanlos y acosábanlos cuando daban la vuelta y, en cambio, los hindúes, obligados a moverse entre ellos y a su amparo, no podían esconderse ni huir de sus trompas, de sus patas ni de sus dientes. Por fin, Poro, que dirigía la lucha desde lo alto de su elefante, reunió a cuarenta de aquellas bestias, todavía indemnes, para avanzar con ellos y decidir de una vez la suerte de aquella espantosa batalla. Alejandro, por su parte, les enfrentó a sus arqueros, agrianos y acontistas, los cuales, con la destreza que los caracterizaba, sabían escurrir el bulto cuando aquellas fieras eran lanzadas contra ellos y, desde lejos, los asaeteaban certeramente, a la par que a sus conductores, con su dardos, o bien se acercaban cautelosamente a ellas por detrás, para cortarles los tendones de las patas con sus hachas. Ya muchos de los elefantes se revolcaban, moribundos, en el campo de batalla, lleno de cadáveres y de agonizantes, mientras que otros, empujados por su furia impotente, bramando y resoplando, volvían a lanzarse contra la falange, cuyas filas habían vuelto a cerrarse y que ya no les tenía miedo.

Entre tanto, Alejandro había reunido a su caballería fuera del campo de batalla, mientras en éste los hipaspistas se formaban en línea cerrada, escudo contra escudo. El rey macedonio dio orden de lanzarse al ataque general contra el enemigo, cercado por todas partes, para triturar a sus masas dispersas y desconcertadas, entre los dos garfios de la tenaza. Ya no había posibilidad de resistencia; los que pudieron escaparon a la espantosa matanza huyendo hacia el interior del país, a los pantanos de las orillas del río, retrocediendo al campamento. Ya habían cruzado el río, con arreglo a las órdenes recibidas, Crátero y los otros estrategas, pisando tierra del lado de acá sin encontrar la menor resistencia; llegaron a tiempo de relevar en la fase de la persecución del enemigo derrotado a las tropas agotadas por ocho horas de pelea.

Perecieron allí como veinte mil hindúes, entre ellos dos hijos de Poro y el

príncipe Espitaces, al igual que todos los jefes de la infantería y de la caballería y todos los conductores de elefantes y carros de combate; tres mil caballos y más de cien elefantes quedaron tendidos en el campo de batalla, cayendo en manos de los vencedores ochenta elefantes. El rey Poro, después de ver cómo era aplastado su poder, cómo eran dominados sus elefantes y cómo su ejército estaba cercado y en completa dispersión, comprendió que todo estaba perdido y buscó la muerte en el combate; durante mucho tiempo, habiéndose lanzado a los puntos más peligrosos, le protegieron su armadura de oro y las precauciones del inteligente y leal elefante que montaba, hasta que, por fin, le hirió una flecha en el hombro derecho; incapaz de seguir peleando y temeroso de caer vivo en manos del enemigo, guió a su bestia para que saliese de la refriega. Alejandro había visto la anciana figura del rey hindú, descollando por encima de sus tropas en lo alto de su elefante ricamente enjaezado, en todas partes, ordenando y animando a su gente, no pocas veces en medio de lo más álgido del combate; lleno de admiración hacia aquel valiente príncipe, corrió tras él para salvar su vida en la huída; de pronto, su viejo y leal caballo de batalla, "Bucéfalo", agotado por la durísima jornada, cayó entre sus piernas. Envió detrás del fugitivo al príncipe de Taxila; cuando Poro vió a su antiguo enemigo, hizo que la bestia que montaba volviese grupas y, haciendo un último esfuerzo, lanzó su jabalina contra el príncipe, y éste sólo pudo esquivar el golpe gracias a la presteza de su caballo. Alejandro envió en su busca a otros hindúes, entre ellos al príncipe Meroes, que en otro tiempo había sido amigo del rey Poro. Este, agotado por la mucha sangre que había perdido y atormentado por una sed abrasadora, escuchó serenamente al emisario; luego, el elefante que montaba se puso de rodillas y lo depositó suavemente en tierra con la trompa; bebió, descansó un poco y rogó al príncipe Meroes que le llevase a donde estaba Alejandro. Cuando éste lo vió venir, salió rápidamente a su encuentro, acompañado solamente de unos cuantos leales suyos, y admiró la belleza del anciano príncipe y el noble orgullo con que comparecía ante él, a pesar de ser un vencido. Cuentan las historias que Alejandro, después de haberlo saludado, le preguntó cómo le gustaría verse tratado. "Como un rey", dicen que contestó Poro; a lo cual replicó Alejandro: "Así lo haré, aunque sólo sea por mi propia dignidad; pide, pues, lo que desees y te será concedido"; y Poro: "No tengo nada qué decir, pues en mi respuesta de antes está dicho todo".

Alejandro se comportó con el vencido como un rey con otro rey; y su magnanimidad era la más sabia política. La finalidad de aquella campaña no era, ni mucho menos, el conquistar la dominación directa sobre la India. Alejandro no podía proponerse convertir repentinamente en miembros de su imperio macedonio-persa a pueblos como aquéllos, cuyo elevado y peculiar desarrollo se le hacía cada vez más patente, conforme iba penetrando en ellos. A lo que parece, el designio de la política de Alejandro en la India no era otro que el de ser dueño y soberano de todo el territorio hasta el Indo, y del Indo para allá conseguir la supremacía política decisiva y asegurar allí a la vida y a la cultura helénicas una influencia tal que a la vuelta del tiempo pudiera llegar a pensarse, incluso, en

una unión de la India con el resto del Asia; no quería hacer vasallos suyos a los pueblos, sino solamente a los príncipes. La posición que venía ocupando Poro en el país de los cinco ríos fué, tal vez, lo que sirvió de pauta para la política de Alejandro. Todo parece indicar que Poro había conseguido o intentaba conseguir el principado sobre la región de los cinco ríos y esta era, tal vez, la causa de las rivalidades existentes entre él y el príncipe de Taxila; su reino sólo abarcaba, primordialmente, las llanuras espléndidamente cultivadas que se extendían entre el Hidaspes y el Acesines, pero al oeste del Hidaspes reinaba su primo Espitaces y al este del Acesines, en la Gandaritis, su resobrino Poro, quienes probablemente habían recibido la soberanía de él mismo, por lo que los dominios de su supremacía política llegaban, en realidad, por el este, hasta las márgenes del Hiarotes, río que marcaba la frontera entre estos territorios y los de los pueblos libres. Más aún, su alianza con Abisares le había animado a alargar su brazo incluso a las tierras dominadas por éstos, y aunque sus tentativas de expansión se habían estrellado contra la bravura de estas tribus independientes, es indudable que ejercía una supremacía decisiva sobre los países del Indo. Alejandro había ensanchado ya considerablemente los dominios de Taxiles; no podía, naturalmente, edificarlo todo sobre la lealtad de un solo príncipe; el haber entregado el cetro sobre el país de los cinco ríos a este príncipe aliado suyo habría sido el camino más seguro para haberle hecho aborrecer su dependencia con respecto a Alejandro y habría puesto en sus manos, al mismo tiempo, los medios para sustraerse a ella, tanto más cuanto que su antigua enemistad con el príncipe Poro habría convertido fácilmente a los pueblos libres en aliados suyos. La base más segura sobre la que Alejandro podía cimentar su influencia sobre la India era, precisamente, la rivalidad existente entre estos dos príncipes. Y a esto se añadía la circunstancia de que, reconociendo los derechos de Poro como príncipe, adquiría los títulos de legitimidad necesarios para poder atacar a los pueblos del este como a enemigos de su nuevo aliado y convertir su sumisión en un nuevo elemento de influencia sobre aquellos territorios; el camino indicado para ello era extender los dominios del rey Poro de modo que su poder se equilibrase en lo sucesivo con el de Taxiles; podría incluso concederle mayor poder aún y hasta la soberanía sobre sus antiguos adversarios, puesto que Poro, en lo sucesivo, sólo podría apoyarse, de hecho y de derecho, lo mismo contra ellos que contra Taxiles, en el favor del rey macedonio.

Tales fueron, probablemente, las razones que movieron a Alejandro, después de la batalla del Hidaspes, a confirmar a Poro en sus derechos como rey e incluso a ampliar considerablemente sus dominios. Lo único que hizo, para contrarrestar esta medida, fué fundar dos ciudades helénicas en los dos puntos más importantes del paso del Hidaspes; una de ellas, fundada en el lugar en que el camino que viene de Kachmir cruza el río y por donde los mismos macedonios habían pasado a las tierras de Poro, recibió su nombre de "Bucéfalo"; la otra, establecida unas dos millas más abajo, donde se había librado la gran batalla, fué denominada Nicea. Alejandro dió a su ejército treinta días de descanso en aquella hermosa y

rica comarca, plazo que fué ocupado con creces por las exequias en honor de los caídos en la lucha, por los sacrificios, torneos y fiestas de todas clases celebrados en homenaje a la victoria y por las primeras obras de construcción de las dos nuevas ciudades.

### COMBATES CONTRA LAS TRIBUS LIBRES

Durante este tiempo Alejandro se ocupó en dictar las múltiples disposiciones que habían de asegurar los frutos de la victoria conseguida. Era importante, sobre todo, determinar las relaciones políticas con aquel príncipe Abisares que, a pesar de haber jurado amistad a los macedonios, habíase decidido a participar en la lucha contra Alejandro. Por aquellos días recibiéronse noticias de Sisicoto, el jefe militar de Aornos, según las cuales los asacenos habían dado muerte al príncipe instituído por Alejandro y se habían sublevado contra el poder establecido. Las antiguas relaciones de esta tribu con Abisares y la manifiesta felonía de éste infundían la sospecha, harto poderosa, de que no fuera ajeno a aquellos peligrosos manejos. Los sátrapas Tiriaspes del Parapanisos y Filipo, que regentaba la satrapía de la India, recibieron órdenes de ponerse en marcha con sus ejércitos para sofocar la sublevación. También por aquellos días llegó una embajada del príncipe Poro de la Gandaritis, de "Poro el Cobarde", como le llamaban los griegos, quien parecía querer cotizar como un mérito suyo el no haber ayudado a su tío y protector contra Alejandro y creía llegada la ocasión de desembarazarse, sometiéndose servilmente al vencedor, la molesta tutela de su anciano pariente. Fácilmente podemos imaginarnos el asombro de los embajadores cuando vieron al lado de Alejandro, disfrutando de los máximos honores y en la plena posesión de su reino, al príncipe a quien esperaban encontrar, por lo menos, cargado de cadenas a los pies de su vencedor; seguramente que no fué muy amable ni favorable la respuesta que llevaron a su príncipe de parte del magnánimo Alejandro. En cambio fueron recibidos amistosamente los homenajes que vinieron a presentar al rey macedonio los embajadores de las tribus libres, cargados de ricos regalos; aquellos pueblos sometíanse voluntariamente a un rey ante cuyo poder había tenido que inclinarse el más poderoso de los príncipes del país de los cinco ríos.

Todo esto hacía más necesario y más urgente someter por la fuerza de las armas a los que aún vacilaban en reconocer la autoridad del vencedor. Abisares, a pesar de su descarada deserción y confiando tal vez en la situación de su principado, protegido por altas montañas, no había enviado embajadores a Alejandro ni hecho nada para justificarse ante él. No había más remedio que organizar una expedición a aquel país para someter a las tribus de las montañas y, al mismo tiempo, recordar a aquel príncipe desleal cuál era su deber. Así, pues, Alejandro partió de las márgenes del Hidaspes, dejando allí a Crátero con la mayor parte del ejército hasta dar por terminada la construcción de las dos ciudades. Acompañado por los príncipes Taxiles y Poro, con la mitad de la caballería macedonia, con tropas escogidas de la infantería y con la mayor parte de las tropas ligeras, con las que el sátrapa Fratafernes de Partia y de Hircania acababa de

reforzar los efectivos tracios que servían en su ejército, púsose en marcha hacia el nordeste para someter a los glausos o claucánicos, como los llamaban los griegos, que poblaban las estribaciones ricas en bosques de las montañas situadas por encima de la llanura, movimiento que abría, a la vez, el camino por las montañas hacia Kachmir. Al darse cuenta de lo que se avecinaba, Abisares se apresuró, por fin, a hacer todo lo posible por congraciarse con Alejandro y obtener su perdón; por medio de una embajada presidida por su propio hermano, sometió su persona y su país a la merced del rey macedonio; y, como prueba de sumisión y amistad, le envió un regalo de cuarenta elefantes. Alejandro no se dejaba engañar fácilmente con buenas palabras; ordenó que Abisares en persona compareciese inmediatamente ante él bajo la amenaza de que, de no obedecer, iría él mismo a buscarlo a la cabeza de un ejército macedonio. Mientras tanto, siguió internándose en las montañas. Los glausos se sometieron sin lucha; su territorio, ricamente poblado —contaba 37 ciudades, ninguna de las cuales tenía menos de 5,000 habitantes, habiendo varias de más de 10,000, aparte de gran número de aldeas y poblados—, fué adjudicado al príncipe Poro. Los bosques de esta región ofrecían en abundancia lo que Alejandro deseaba; mandó cortar gran cantidad de madera y enviarla por el río a las nuevas ciudades de Bucéfalo y Nicea, donde bajo la dirección de Crátero debía construirse la gran flota fluvial en la que, después de sometida la India, pensaba descender navegando por el Indo hasta el mar.

El ejército descendió por el este hacia las márgenes del Acesines; había llegado a Alejandro la noticia de que el príncipe Poro de Gandaritis, preocupado por las relaciones de amistad que ahora unían a su tío con Alejandro y desesperando de que se le perdonasen las intenciones malévolas de su sumisión y servilismo, había reunido la mayor cantidad posible de gentes armadas y gran número de tesoros y había huído hacia el país del Ganges. Al llegar a las orillas del caudaloso Acesines, Alejandro envió al príncipe Poro de vuelta a su país, con el encargo de reclutar tropas y enviárselas con todos los elefantes que habían quedado en condiciones de seguir peleando después de la batalla del Hidaspes. Después, cruzó con su ejército aquel río, que venía crecidísimo y se despeñaba entre rocas con una anchura de cerca de tres cuartos de hora y cuya corriente, impetuosa y llena de remolinos, había sido fatal para más de uno que había pretendido atravesarlo en barca; los macedonios lo cruzaron sin contratiempo en sus balsas hechas de pieles rellenas de paja. Coino, con su falange, se quedó en la orilla izquierda para cuidar del paso del río por la parte del ejército que venía detrás y traer de las tierras de Poro y Taxiles todo lo necesario para el abastecimiento del gran ejército. Mientras tanto, Alejandro seguía avanzando a toda marcha por la parte norte de la Gandaritis en dirección al este, sin encontrar resistencia. Confiaba en dar alcance todavía al desleal Poro (al príncipe de la Gandaritis); en las plazas más importantes fué dejando guarniciones, con el encargo de que aguardasen a las tropas rezagadas de Crátero y Coino. En el Hiarotis, río que marcaba la frontera oriental de la Gandaritis, fué destacado hacia el sur Efestión

con dos falanges, su hiparquía y la de Demetrio y la mitad de los arqueros, para recorrer en toda su extensión los dominios del príncipe fugitivo, someter las tribus situadas, sobre poco más o menos, entre el Hiarotis y el Acesines, fundar en la margen izquierda de este río una ciudad y entregar todo el país a Poro, el viejo. Después, Alejandro cruzó con el grueso del ejército aquel río, menos difícil de atravesar, y penetró en el territorio de los llamados pueblos libres.

Es un hecho curioso, aunque basado en las peculiares condiciones naturales del Pendchab, que en todos los siglos, si bien bajo nombres distintos cada vez, se hayan formado y mantenido en estas tierras estados de tipo republicano, que representan una anomalía abominable para el despotismo reinante en el resto de Asia y para los hindúes ortodoxos del país del Ganges; éstos conocen a los habitantes del Pendchab por el nombres despectivo de *arattas*, los sin rey; y cuando por acaso gobierna sobre ellos algún príncipe, no son príncipes de casta ni consagrados como tales, sino simples usurpadores. Y no tendría nada de particular que el mismo principado de Poro tuviese este carácter. Pero el intento de someter a su dominación todas aquellas regiones de los "sin rey" se habían estrellado contra la oposición de las aguerridas y poderosas tribus situadas más allá del Hiarotis; para poder dominarlas fué necesario que viniesen en su ayuda las armas europeas. Fueron pocas, entre ellas, las que se sometieron sin lucha; la mayoría esperaron al enemigo con las armas en la mano; entre ellas, la de los cateos o catarios, famosa como la más aguerrida del país y que no sólo estaba magníficamente preparada para la guerra, sino que además había llamado a las armas y conseguido coaligar con ella a las otras tribus libres de los contornos.

Ante la noticia de aquellos preparativos guerreros, Alejandro marchó a sus tierras en dirección este, cruzando por el territorio de los adraistas, que se sometieron sin lucha. Al tercer día se acercaba a Sangala, capital de los cateos; era una ciudad de regular extensión y rodeada de fuertes murallas; por uno de los lados hallábase protegida por un lago y en el otro se levantaba, a poca distancia de las puertas de la ciudad, una colina que dominaba la llanura; los cateos, en unión de sus aliados, habían ocupado aquella colina con sus mejores fuerzas, habían colocado sus carros de combate alrededor del cerro, formando un triple cinturón defensivo y estaban acampados en el interior de aquel poderoso reducto; desde aquella posición inatacable, podían vigilar y paralizar rápidamente y con grandes fuerzas los movimientos del enemigo. Alejandro dióse en seguida cuenta de lo peligrosa que era para cualquier atacante aquella posición, que venía a confirmar plenamente los informes sobre la audacia y la pericia guerrera de aquel pueblo; de aquellos hombres podía esperarse cualquier sorpresa, cualquier acto de intrepidez: razón de más para intentar cuanto antes algo decisivo en contra de ellos.

Sin pérdida de momento, hizo que avanzasen los arqueros de a caballo para hostilizar por todas partes al enemigo y evitar que hiciese una salida contra las tropas, que no se hallaban aún formadas para el combate. Entre tanto, avanzaron por el ala derecha la agema de la caballería y la hiparquía de Clito, los hipas-

pistas y los agrianos y por el ala izquierda las falanges y la hiparquía de Pérdicas, que conducía esta ala; los arqueros fueron distribuídos entre las dos alas. Cuando las tropas estaban formadas y empezaban a marchar en orden de batalla, llegó la retaguardia del ejército; sus jinetes fueron distribuídos entre los dos flancos y la infantería se empleó en hacer todavía más densas las filas de la falange. Alejandro empezaba ya a atacar; había notado que hacia la parte izquierda del enemigo eran menos apretadas las hileras de carros de combate y el terreno más libre; confiaba en que por medio de un violento ataque de caballería contra aquel punto débil podría obligar al enemigo a hacer una salida y que con ello se abriría una brecha en el reducto. Se lanzó, pues, contra aquel punto a la cabeza de sus dos hiparquías; pero los carros enemigos permanecieron inmóviles, en hileras apretadas, y una granizada de dardos y jabalinas recibió a los jinetes macedonios, que no eran, naturalmente, el arma adecuada para tomar por asalto aquella posición, así defendida. Alejandro se bajó del caballo, se puso a la cabeza de la infantería, que ya avanzaba, y la condujo a paso de carga. Los hindúes fueron rechazados sin gran esfuerzo; se replegaron sobre el segundo parapeto de carros, donde, siendo más reducido el círculo que habían de defender, formaban filas más compactas y podían luchar con mejor éxito; para los macedonios, el ataque era ahora doblemente difícil, puesto que, ante todo, tenían que retirar los carros y restos de carros del cinturón defensivo ya desalojado, para luego deslizarse por entre ellos en grupos sueltos; trabóse un combate encarnizadísimo, en que la bravura de los macedonios fué puesta a prueba contra un enemigo extraordinariamente ducho en las artes de la guerra y que peleaba, además, con tremendo coraje. Pero, al ser roto también el segundo cinturón defensivo, los cateos desesperaron de poder hacerse fuertes en el tercero contra unos atacantes tan temibles como aquéllos y abandonaron su reducto para correr a defenderse detrás de las murallas de la ciudad.

Aquel mismo día, Alejandro rodeó la ciudad con su infantería por todas partes menos una, aquélla en que se hallaba el lago, el cual no era, por cierto, muy profundo; éste mandó cercarlo con las fuerzas de caballería. Creía que los cateos, desconcertados por el resultado del combate anterior, intentarían huir de la ciudad al amparo de la noche a través del lago. Sus sospechas eran fundadas. Como a la hora de la segunda guardia nocturna, los centinelas montados observaron que se descolgaban por las murallas de la ciudad grandes cantidades de hombres, que poco después vadeaban el lago e intentaban ganar la orilla para huir. Fueron rechazados por la caballería y exterminados: los demás replegáronse sobre la ciudad, dando gritos. El resto de la noche transcurrió tranquilo.

A la mañana siguiente, Alejandro ordenó que comenzasen los trabajos de sitio; se tendió un doble cordón de fuerzas alrededor de la muralla hasta el lago, rodeado por una doble línea de puestos de vigilancia; se montaron los techos protectores y los arietes empezaron a descargar sus golpes sobre la muralla para abrir brecha. En esto, unos desertores salidos de la ciudad trajeron la noticia de que los sitiados se proponían intentar una salida durante la noche siguiente; trata-

ban de irrumpir hacia el lago, donde el cerco era menos apretado. Con objeto de hacer fracasar el plan del enemigo, Alejandro hizo que tres ciliarquías de los hipaspistas, todos los agrianos y una taxis de arqueros, al mando del somatofílace Tolomeo ocuparan el lugar por donde pensaban atacar los sitiados, por creerlo el más desguarnecido; ordenó a Tolomeo que, cuando los hindúes intentasen la salida, se lanzasen sobre ellos con todas sus fuerzas y que, al mismo tiempo, tocasen alarma, para que las demás tropas se pusieran en movimiento inmediatamente y pudieran participar también en el combate. Tolomeo corrió a ocupar su posición y a fortificarla lo mejor posible; mandó llevar la mayor cantidad posible de carros de los que habían quedado indemnes el día antes y colocarlos de través y colocar la mayor cantidad posible de estacas entre la muralla y la laguna, para entorpecer el camino de los que intentasen huir entre las sombras. En estos trabajos se pasó una buena parte de la noche. Por fin, como a la hora de la cuarta guardia nocturna, se abrieron las puertas de la ciudad que daban al lago e irrumpió el enemigo en tropel; Tolomeo tocó alarma inmediatamente y se puso en el acto en movimiento con sus tropas, preparadas ya para aquella contingencia. Y mientras los hindúes buscaban el camino entre los carros y las estacas, Tolomeo se lanzó sobre ellos, y tras un combate bastante largo y desordenado, los obligó a refugiarse de nuevo en la ciudad.

Los sitados no tenían, pues, la menor posibilidad de huir. Al mismo tiempo, llegó Poro, trayendo con él los elefantes que habían quedado útiles y 5,000 hindúes. Las máquinas de asalto estaban listas y fueron arrimadas a las murallas; éstas fueron socavadas por varios sitios, con tan buen éxito, que en poco tiempo se abrieron brechas en diversos lugares. Se tendieron las escalas y la ciudad fué tomada por asalto. Pocos de los sitiados lograron salvarse; la inmensa mayoría de ellos fueron aniquilados en las calles por los enfurecidos macedonios. Dícese que perecieron allí 17,000 indígenas, cifra que no es inverosímil, pues Alejandro, para llevar a cabo la sumisión de aquella belicosa tribu, había dado órdenes de que se pasase a cuchillo a todo el que llevase armas; los 70,000 prisioneros de que hablan las fuentes debían de ser la población restante de la ciudad conquistada. Por su parte, los macedonios tuvieron 100 muertos y una cantidad excepcionalmente grande de heridos, entre ellos el somatofílace Lisímaco y muchos otros oficiales.

Inmediatamente después de la toma de la ciudad, Alejandro destacó al cardiano Eumenes con 300 hombres de caballería para que se dirigiera a las otras dos ciudades aliadas de los cateos, anunciándoles la caída de Sangala e intimándoles la rendición: si se sometían voluntariamente al rey no tendrían nada que temer, como les ocurría a tantos otros hindúes, que empezaban a experimentar ya los beneficios de su amistad con los macedonios. Pero los fugitivos de Sangala habían llevado a aquellas ciudades las noticias más pavorosas sobre la crueldad de Alejandro y el carácter sanguinario de sus soldados; nadie creía en las palabras de amistad del conquistador y los habitantes de las ciudades pusiéronse a salvo, llevando consigo todo lo que pudieron de su ajuar. Noticioso de ello, Alejandro salió rápidamente de Sangala en persecución de los fugitivos; pero éstos

llevaban ya mucha delantera y sólo cayeron en sus manos unos cuantos centenares que se habían quedado atrás, agotados por la fatiga y que fueron exterminados sin piedad por sus perseguidores. Alejandro retornó a Sangala; la ciudad fué reducida a cenizas y su territorio distribuído entre las tribus vecinas que se habían sometido sin lucha y en las cuales se apostaron guarniciones enviadas por el rey Poro.

Después del castigo de Sangala y del terror difundido por los exagerados rumores sobre la crueldad de los conquistadores extranjeros, Alejandro supo apaciguar los espíritus con medidas de generosidad e indulgencia, siempre que se le presentaba la ocasión para ello. Pronto no fué necesario recurrir a las armas, pues dondequiera que Alejandro se presentaba sometíase voluntariamente y de buena gana la población. Luego penetró en el territorio del príncipe Sopeites*, cuyos dominios se extendían por sobre las primeras cadenas montañosas del Imaos y hasta la región de las minas de sal, en las fuentes del Hifasis. El ejército llegó a la capital del reino en la que, según se sabía, estaba Sopeites; las puertas de la ciudad estaban cerradas y en las almenas no se veía ningún hombre armado; ya empezaba a pensarse si la ciudad estaría abandonada o si se trataría de alguna traición. De pronto, abriéronse las puertas de la ciudad y salió a recibir al rey y rendirle pleitesía el príncipe Sopeites con todos los arreos abigarrados y brillantes de un rajá indio, vestido con ropas de colores claros y adornado con collares de perlas, piedras preciosas y preseas de oro, a los sones de una pintoresca música, seguido de un brillante cortejo y con profusión de valiosos regalos, entre los que se destacaba una traílla de perros-tigres. Fué confirmado en sus derechos de príncipe y en sus dominios, y aun parece que éstos le fueron ampliados. Después de esto, Alejandro siguió al vecino reino del príncipe Fegeo, y también este reyezuelo se apresuró a presentarle sus homenajes y sus obsequios, a cambio de lo cual fué respetado en sus títulos y dignidades. Estas tierras, las de Fegeo, eran las más orientales que Alejandro había de pisar en su marcha triunfal por la India.

### EL EJÉRCITO DE ALEJANDRO EN LAS MARGENES DEL HIFASIS

Este punto de la historia de Alejandro aparece extrañamente oscurecido en la tradición histórica. Ni siquiera los datos externos se presentan de un modo satisfactorio y unánime. Parece que algunos de los macedonios enviaron a su patria informes inverosímiles; así, por ejemplo, parece que Crátero escribió a su madre que habían llegado hasta el Ganges, habiendo encontrado aquel inmenso río lleno de tiburones y con las aguas embravecidas como el mar. Otros, en cambio, ajustándose a la verdad, presentaban el Hifasis como el último límite de la expedición macedonia por tierras indias; si bien, para explicar de algún modo por qué se había puesto término a la conquista, derivaban de este último hecho, el del retorno, una conexión causal que necesariamente tiene que ser acogida con gran escepticismo, por grande que sea la veracidad de los informadores en otros as-

* Véase nota 15, al final.

pectos y a pesar de que desde hace dos milenios se viene prestando a esta versión un crédito absoluto.

Alejandro, dicen estas fuentes, había avanzado hasta el Hifasis con el propósito de someter también el país situado del lado de allá de este río, pues entendía que la guerra no habría terminado mientras quedase algún enemigo o algún foco de hostilidad en él. En esto, se enteró de que al otro lado del Hifasis se extendía un país rico habitado por un pueblo dedicado laboriosamente al cultivo de la tierra, que manejaba valerosamente las armas y que gozaba de una constitución ejemplar, pues los más nobles del país gobernaban al pueblo sin opresión ni rivalidad alguna, y que los elefantes de guerra eran allí más poderosos, más salvajes y más abundantes que en ninguna otra parte de la India. Todas estas noticias eran, para Alejandro, otros tantos incentivos que le animaban a seguir adelante. Pero no pensaban así los macedonios, que veían con preocupación cómo su rey desafiaba los esfuerzos y los peligros, sin arredrarse ante nada; reuníanse en corrillos en el campamento, murmuraban y maldecían de su triste suerte y, por fin, confabuláronse para no seguir adelante, aunque Alejandro lo ordenase. Cuando el rey se enteró de aquellos manejos, apresuróse a reunir a los "jefes de las taxis", antes de que la rebeldía y el desaliento de las tropas cobrasen mayores vuelos. "En vista —les dijo— de que no querían seguir con él, animado por sus mismos sentimientos, había decidido convocarlos para convencerlos de la conveniencia de seguir marchando hacia adelante o para que ellos le convencieran a él de la necesidad de retornar; si consideraban que lo conseguido hasta entonces peleando no valía la pena y que su propia dirección era digna de censura, nada tenía que decirles; en cuanto a él, no creía que el hombre de esforzado corazón luchase por otra cosa que por la lucha misma; y si alguien quería saber cuál era la meta de sus expediciones, le diría que el Ganges y el mar del Oriente no estaban ya muy lejos; una vez allí, mostraría a sus macedonios el camino del mar hacia la Hircania, hacia el mar persa, hacia el desierto de Libia y hacia las Columnas de Hércules; las fronteras que el dios había trazado a este mundo serían las fronteras del imperio macedonio; entre las tierras situadas al otro lado del Hifasis y el mar del Oriente quedaban todavía bastantes pueblos por someter, y desde allí hasta el mar de la Hircania campaban todavía por sus respetos, libres e independientes, las hordas de los escitas. ¿Acaso los macedonios se asustaban ante los peligros? ¿Acaso se habían olvidado de su fama y de sus esperanzas? Un día, cuando hubiesen dominado el mundo, los conduciría de nuevo a su patria, a Macedonia, cargados de riquezas, de gloria, de recuerdos."

Este discurso de Alejandro fué seguido –rezan los mismos relatos– de un largo silencio; nadie se atrevía a contradecir al rey, nadie se decidía tampoco a asentir a sus palabras; en vano instaba Alejandro a los reunidos a que dieran su opinión, asegurándoles que escucharía sin enojo a quienes se hallaran en desacuerdo con él. Nadie rompía el silencio. Por fin, levantóse Coino, hijo de Polemócrates, el estratega de la falange climiota, quien tantas veces se había cubierto de gloria en las batallas, la última vez en la del Hidaspes, y dijo que ya que el rey

quería que el ejército acatase más bien sus propias convicciones que las órdenes recibidas del soberano, hablaría no por los jefes, dispuestos todos a cuanto fuera necesario, sino por la masa del ejército, y no tanto por halagarla como para decir lo que ahora y de ahora en adelante sería lo más seguro para el propio rey; creía que sus años, sus heridas y la confianza que en él tenía el rey le autorizaban a hablar con toda franqueza; cuanto mayor había sido la obra realizada por Alejandro y su ejército, más necesario se hacía ponerle término de una vez; los guerreros de la primera época que aún se hallaban sobre las armas, algunos, pocos ya, dentro de las filas del ejército, y otros diseminados por diversas ciudades, sentían la nostalgia de la patria, de la familia, de la mujer y de los hijos; querían terminar allí los últimos días de su existencia, rodeados de los suyos, recordando su afanosa vida, disfrutando la gloria y la fortuna que Alejandro había querido compartir con ellos; un ejército así no era el más adecuado para lanzarlo a nuevas luchas; Alejandro debía retornar con él a la patria, volver a ver a su madre y adornar los templos de Macedonia con sus trofeos; y si estaba sediento de nuevas glorias, que pusiera en pie de guerra un nuevo ejército y lo condujese contra la India o contra la Libia, hacia el mar del Oriente o al otro lado de las columnas de Hércules, seguro de que los dioses generosos lo coronarían con nuevas victorias; pero el don más alto concedido por éstos era la moderación en la fortuna y no era al enemigo a quien había que temer, sino a los dioses y su castigo.

Coino terminó su discurso en medio de una emoción general. Muchos de los circunstantes no podían contener sus lágrimas; era evidente que la idea del retorno se había apoderado de los corazones de todos. Alejandro abandonó la reunión, disgustado con las palabras pronunciadas por el estratega y con la acogida que habían encontrado. Al día siguiente volvió a reunir a sus jefes y les comunicó que dentro de poco reanudaría su marcha, pero no obligaría a ningún macedonio a que le siguiera, pues aún quedaban muchos hombres valientes ávidos de nuevas hazañas; con ellos continuaría su empresa, mientras los demás retornaban a la patria si querían, pues él, el rey, no se lo impediría; que regresaran a su país y refirieran a quien les escuchara cómo habían abandonado a su rey en medio del territorio enemigo. Pronunciadas estas palabras, abandonó la reunión y retiróse a su tienda; durante tres días enteros no le vieron los macedonios; estaba seguro de que aquel estado de espíritu reinante en el seno de su ejército cambiaría, de que sus tropas reflexionarían y se decidirían a seguir tras él hasta el final de la campaña. Sin embargo, aun sintiéndose profundamente apesadumbrados por el enojo del rey, los macedonios no cambiaron de manera de pensar. Alejandro, a despecho de ello, ordenó que, al cuarto día, se hiciesen en las márgenes del río los acostumbrados sacrificios para el paso. Los auspicios de los dioses resultaron ser desfavorables; en vista de ello, convocó a los hetairos más viejos y más afectos a él y les comunicó que había decidido dar la vuelta. Los macedonios lloraban y gritaban sin poder contener su alegría, agolpándose ante la tienda del rey y le aclamaron ruidosamente, diciendo que el héroe jamás vencido se había dejado vencer por sus macedonios.

Así es, por lo menos, como relata los hechos Arriano. Curcio y Diodoro modifican y amplían la narración con algunos detalles secundarios que tienen, por decirlo así, un carácter retórico: dicen que Alejandro, para disponer favorablemente el ánimo de las tropas e inclinarlas a proseguir la campaña, las envió a saquear las riquísimas tierras de la cuenca del Hifasis, o sea los territorios amigos de Fegeo, y durante su ausencia remitió a las mujeres y a los hijos de los soldados, en concepto de regalo, vestidos y provisiones de todas clases y, sobre todo, la soldada de un mes y que luego, al retornar las tropas cargadas de botín, las había reunido en asamblea, no en consejo de guerra, sino ante el ejército todo, para preguntarles si estaban o no dispuestas a llevar adelante la expedición con él.

Estrabón dice que Alejandro se decidió a dar la vuelta movido por ciertos augurios, por el estado de espíritu del ejército, reacio a proseguir la expedición por las indecibles privaciones que había experimentado ya y, sobre todo, porque las tropas sufrían mucho con las interminables lluvias. Es éste un punto que debemos tener presente en toda su importancia, si queremos comprender el por qué del retorno de Alejandro, al llegar al Hifasis. Clitarco, cuya presencia se advierte a través de las palabras de Diodoro, pinta los sufrimientos de las tropas con los colores más sombríos: "Pocos de los macedonios —dice— habían sobrevivido, y estos pocos supervivientes se hallaban al borde de la desesperación; la duración de las campañas había desgastado ya las herraduras de los caballos y la cantidad de las batallas había embotado y roto las armas de los combatientes; ya nadie vestía ropas helénicas y los cuerpos llenos de cicatrices de los conquistadores de un mundo cubríanse con harapos mal cosidos del botín arrancado a los bárbaros y a los hindúes; setenta días sin parar llevaba el cielo volcando sobre la tierra los aguaceros más espantosos, entre tormentas y vendavales". El *peschekalm*, las lluvias tropicales, habían alcanzado su apogeo precisamente por aquellos días, los ríos bajaban desbordados y las tierras estaban inundadas. No es difícil imaginarse lo que aquel ejército occidental, que llevaba tres meses acampado o en marchas, padecería con aquel tiempo espantoso, con las nieblas húmedas de aquel clima a que no estaba acostumbrado, con la escasez inevitable de sus ropas y alimentos habituales, cuántos hombres y caballos perecerían víctimas del clima y de las enfermedades provocadas por él y cómo todo ello, las epidemias, los tormentos incesantes de aquellos temporales de aguas, las privaciones, los malos caminos y las interminables marchas, la progresión atroz de la penuria, la mortalidad y la desesperación, tenía que quebrantar necesariamente el vigor físico y la moral de las tropas. No tiene, pues, nada de extraño que en aquel ejército tan guerrero y tan entusiasta empezaran a levantar cabeza el descontento, la nostalgia del regreso, la apatía y la indolencia, que se apoderara de él con fuerza cada vez mayor el ansia general y obsesiva de abandonar rápidamente aquel país, antes de que volvieran los espantosos meses de las lluvias tropicales. El hecho de que Alejandro no tratase de contrarrestar con medidas rigurosas de disciplina aquel estado de ánimo reinante en el ejército y la negativa a seguir avanzando, sino que, lejos de ello, acabara cediendo a los deseos de sus tropas y de sus man-

dos, indica que no se trataba precisamente de un estado de sedición ni de una reacción de odio o aversión hacia el rey, sino del resultado harto explicable de los sufrimientos interminables de los últimos tres meses.

Por otra parte, todo parece indicar que Alejandro tenía la intención de llevar sus armas victoriosas hasta las llanuras del Ganges y hasta más allá, hasta las playas del mar del Oriente. Lo que ya no cabe establecer con el mismo grado de verosimilitud son las razones que pudieron guiarle a ello. Tal vez fuesen las informaciones recibidas por él acerca del poder gigantesco de los príncipes que reinaban en las márgenes del Ganges, de las innumerables riquezas de aquellas ciudades, las versiones encomiásticas de las maravillas del lejano oriente que habría escuchado en Europa y en el Asia y acaso en un grado no menor, el deseo de llegar al mar oriental, para convertirlo en frontera de sus victorias y en ruta de nuevos descubrimientos y comunicaciones mundiales. Quizá fuese también una tentativa para levantar con un recurso desesperado el ánimo de las tropas, cuyo vigor moral parecía derrumbarse bajo el poder gigantesco de la naturaleza tropical. Confiaría, tal vez, en que la audacia de su nuevo plan, la gran perspectiva que abría a los ojos fatigados de sus macedonios, su grito y el entusiasmo nuevamente encendido de marchar hacia nuevas y nuevas tierras, harían olvidar a sus tropas todos sus sufrimientos y las inflamarían con nuevo fuego. Pero se equivocó. El eco de su llamada a nuevas hazañas fueron la impotencia y la lamentación. Alejandro, entonces, recurrió a un nuevo medio: hacer que sus tropas se avergonzaran y patentizar ante ellas su propio descontento; se sustrajo a las miradas de sus leales, les hizo sentir su enojo, esperando que el pudor y el arrepentimiento les ayudarían tal vez a salir de su desconcierto y su desmoralización; pero, aunque los veteranos veían preocupados que Alejandro estaba furioso, esto no los ayudaba a recobrarse. Durante tres días reinó en el campamento un silencio angustioso. Por fin, Alejandro tuvo que reconocer la esterilidad de sus esfuerzos y, al mismo tiempo, no podía ocultársele lo peligroso que sería recurrir a procedimientos disciplinarios. Ordenó que se procediera a sacrificar a los dioses, para consultar su voluntad, y los dioses negáronse a brindarle los auspicios favorables para seguir adelante; también la voluntad divina era clara: había que dar la vuelta. El grito del retorno que ahora resonaba por todos los ámbitos del campamento fué como un hechizo para los espíritus abatidos; todos los sufrimientos se olvidaron, todo era ya esperanza y júbilo, el vigor y el aliento renacieron pujantes; el único hombre triste en medio de aquella algazara jubilosa sería, seguramente, el propio Alejandro.

Y, sin embargo, este retorno de Alejandro desde las márgenes del Hifasis, hecho que representaba para él el comienzo de la derrota si enfocamos la suma de su vida y de sus luchas bajo el signo del monarca occidental de los tiempos modernos que por vez primera pudo jactarse de que en sus dominios no se ponía el sol, si la consideramos bajo la divisa del *plus ultra*; este retorno, desde el punto de vista de su misión en la historia, era en rigor una necesidad, preparada y presagiada dentro de la concatenación de lo realizado y cimentado hasta entonces por

él, *sin* que el *sentido* o la *importancia* de esta verdad pudieran impugnarse aun suponiendo que tuviéramos razones para dudar de que su propia visión o la fuerza de las circunstancias hubiesen obligado a Alejandro a adoptar esta decisión. Razonemos brevemente la afirmación que acabamos de hacer. A medida que se desarrollaba la expedición hacia el oriente, el occidente quedaba poco menos que abandonado; ya llegaban de las provincias persas y sirias informes de los que se desprendía con gran claridad a qué resultados podía conducir el hecho de que el rey siguiera alejándose del centro de su imperio, y con él su ejército; desórdenes de todas clases, actos de opresión y despotismo contra los súbditos, los excesos y arrogancias de los sátrapas, las peligrosas ambiciones y las tentativas criminales de los grandes persas y macedonios, que iban sintiéndose sustraídos a toda vigilancia y a toda responsabilidad a medida que Alejandro avanzaba hacia el Indo, se habrían desatado sin peligro alguno para ellos si Alejandro hubiese emprendido su nueva expedición al Ganges y habrían conducido, tal vez, a una completa desintegración de aquel imperio, que distaba todavía mucho de hallarse afianzado. Y, aun suponiendo que el extraordinario espíritu de Alejandro hubiera sido capaz de empuñar firmemente las riendas del poder desde el remoto oriente, nada habría puesto más en peligro la existencia del imperio que los éxitos logrados junto al Ganges, más cuanto mayores fueran éstos; la extraordinaria extensión de aquellas tierras habría exigido una inversión desproporcionada de fuerzas occidentales para guarnicionarlas y, al fin y al cabo, habríase visto que era imposible lograr la verdadera sumisión y fusión de aquellos territorios con los del imperio.

A lo que acabamos de exponer añadíase otra circunstancia. Las tierras orientales de la India se hallan separadas del país de los cinco ríos por un desierto de extensión no menor que la de la península del Asia Menor; este triste desierto en que no crecen un árbol ni una hierba, en que no hay más agua que el agua salobre de los pozos, escasos y escondidos no pocas veces a una profundidad de trescientos pies, intransitable por las arenas volanderas y el polvo ardiente que flota en el aire sofocante y más mortífero aún por el cambio brusco entre el calor del día y el frío de la noche, es el baluarte casi inexpugnable que protege a las tierras del Ganges de las invasiones del occidente. Sólo había entonces un camino que, viniendo del norte y bordeando la cordillera del Imao, iba desde el Hifasis y el Hesudros hasta las fuentes del Ganges, camino del que los orientales decían con razón que era un lazo demasiado tenue para unir el grande y riquísimo país del Ganges con la corona de Persia.

Finalmente, bien podemos afirmar que la política de Alejandro, si la seguimos desde el momento en que pone el pie en territorio de la India, lleva con seguridad a la conclusión de que no estaba en sus designios convertir el país de los cinco ríos, y mucho menos las tierras del Ganges, en parte directa de su imperio. La frontera natural del imperio de Alejandro era la satrapía índica creada al oeste del Indo; dueño de los desfiladeros del Cáucaso índico domina, al norte, las tierras del Oxo y del Sogd, y al sur las de Cofen y el Indo; los dominios situados al este del Indo habrían de permanecer en régimen de independencia bajo

el cetro de príncipes indígenas, aunque bajo influencia macedonia, como el propio Alejandro había patentizado con bastante claridad al establecer las peculiares relaciones entre los príncipes Taxiles y Poro y las de estos dos reyes con el imperio macedonio; ni siquiera a Poro, a pesar del régimen tan grande de favor que le fué concedido, se le otorgaron todos los territorios delimitados por el río situado más al este del Pendchab; su poder quedaba contrarrestado de una parte por Taxiles y de otra parte por los principados independientes de Pegeo y Sopeites, dos príncipes demasiado débiles para poder atreverse a emprender nada por su propia cuenta y cuya fuerza sólo podía consistir en su sumisión y lealtad a Alejandro. Estos príncipes, en una situación semejante a la que vemos en la federación renana de nuestros días, sólo permanecerían sujetos a la dependencia de Alejandro por obra del miedo y las rivalidades existentes entre ellos si aquél retornaba hacia el occidente. La conquista del país del Ganges, de haber formado realmente parte de sus planes, habría obligado a Alejandro a someter totalmente a sus dominios el país de los cinco ríos como antes hiciera con la Bactriana y la Sogdiana, recurriendo a los mismos procedimientos severos empleados allí e invirtiendo en ello el mismo tiempo, y ya hemos visto cómo, aun después de haber reducido completamente la Sogdiana, había renunciado a avanzar desde allí hacia el mar, que creía cercano a las tierras de los escitas, por el norte. Y Poro y Taxiles no dejarían de informarle de las vastas extensiones que era necesario atravesar para llegar al Ganges y al mar en que desembocan las aguas del gran río de la India. Había empuñado con mano firme el país bañado por el Cofen, vestíbulo de la India, convirtiendo los principados vasallos de la región de los cinco ríos en un sistema de marcas de su imperio, más desarrollado todavía que el de la marca del norte establecida en la Sogdiana. Alejandro parece haberse convencido desde el primer momento de que la población de la cuenca del Indo presentaba características de desarrollo demasiado peculiares en todos los aspectos de la vida, del estado y de la religión y de que su evolución se hallaba ya demasiado madura para poder incorporarla sin más al imperio helénico. Y no podía pensar en incorporar directamente a su imperio, bajo la forma de dependencia directa, una nueva serie de conquistas al otro lado de aquellos principados que no eran, en rigor, más que otros tantos reinos aliados suyos. Además, el hecho de que después de la batalla librada junto al Hidaspes ordenase acometer la construcción de una flota capaz de transportar a su ejército, Indo abajo, hacia el golfo Pérsico, indica inequívocamente que se proponía retornar por la ruta del Indo y no por la del Ganges y, por tanto, que su proyectada expedición hacia el interior de la India estaba concebida simplemente como una operación de descubierta, como una "cabalgada". Y todo hace suponer que, de haberse tratado de una empresa de mayor aliento, aquel empeño, emprendido desde una base de operaciones tan precaria como los principados de la margen izquierda del Indo, unidos a los conquistadores por los débiles vínculos de la gratitud, del miedo y del egoísmo, habría conducido a un final tan dasastroso como la gran campaña de Napoleón contra el oriente.

## CAPITULO IV

*El retorno.—La flota en las aguas del Acesines.—Partida de la flota.—Lucha contra los malios.—La vida de Alejandro en peligro.—Combates en el bajo Indo.—Ultimos combates cerca del delta del Indo.—Partida de Crátero.—Marcha de Alejandro hacia el océano.—Nearco, puesto al frente de la flota.*

CORRÍAN, sobre poco más o menos, los últimos días del mes de agosto del 326 cuando el ejército macedonio se dispuso para emprender su regreso desde las márgenes del Hifasis. Antes de partir, el ejército, por orden del rey, erigió en las orillas del río doce grandes altares en forma de torres, como testimonio de gratitud hacia los dioses que lo habían llevado victorioso hasta aquellas tierras y para dejar allí un recuerdo perdurable de Alejandro y de su ejército. El rey hizo sus ofrendas en aquellos altares, mientras sus tropas festejaban la partida, a la usanza helénica, con fiestas y torneos de todas clases.

### EL RETORNO

Hecho esto, el ejército partió hacia el oeste. El camino atravesaba tierras amigas; sin otro contratiempo que las lluvias persistentes, las tropas llegaron al Hiarotis y, después de cruzar este río, a través de la Gandaritis, a las orillas del Acesines; allí, en el lugar por el que se cruzaba el río, alzábase ya la ciudad que Efestión había quedado encargado de erigir. Alejandro concedió a sus tropas un pequeño descanso, tanto para emprender los preparativos necesarios para la navegación por el Indo y la salida al "gran mar" como para colonizar la nueva ciudad, para lo cual se hizo un llamamiento a los hindúes de los contornos y, al mismo tiempo, se instaló allí a los soldados que no se hallaban ya en condiciones de seguir peleando.

Durante aquellos días presentáronse el hermano del príncipe Abisares de Kachmir y otros pequeños príncipes de las tierras altas, todos ellos con muchos y valiosos regalos, para ofrecer sus respetos al gran rey; Abisares enviaba treinta elefantes y, en respuesta a la orden recibida de Alejandro para que compareciese personalmente ante él, le aseguraba su sumisión más completa y se excusaba de no acatar la orden por razón de una enfermedad que le impedía abandonar el lecho. Y, como los macedonios enviados por Alejandro a Kachmir confirmaron aquella alegación y el actual comportamiento del príncipe parecía garantizar su lealtad futura, se le respetó su principado como satrapía y se le indicó el tributo que en lo sucesivo habría de pagar, a la par que se incorporaba a

la órbita de su poder el principado de Arsaces (Urasa), situado cerca de Kachmir. Tras los sacrificios y fiestas de consagración de la nueva ciudad, Alejandro y su ejército cruzaron el Acesines y, hacia fines de septiembre, los distintos destacamentos expedicionarios llegaron, también después de cruzarlo, a las ciudades recién fundadas de Nicea y Bucéfala, en los bordes del Hidaspes.

Alejandro había concebido la idea, grandiosa y preñada de porvenir, de no retornar a su imperio desde la cuenca del Indo siguiendo el mismo camino que a la ida, sino por los territorios situados río abajo, para someterlos a la fuerza de sus armas y, al mismo tiempo, llevar a ellos la simiente del helenismo. Su relación con este mundo índico recién descubierto, que no era la de un dominador directo, sino que tenía por mira el comercio con aquellos pueblos, abierto ahora por vez primera, el desarrollo gradual de estos nuevos contactos y comienzos, no habría podido ser plenamente eficaz ni siquiera existir a la larga si sólo hubiese tenido como nexo de unión la satrapía índica y las aguas del Cofen. Aunque aquella satrapía constituía la ruta principal del comercio mutuo, era necesario, indudablemente, que el río Indo en toda su extensión estuviese en manos de los macedonios, que los pueblos que moraban en la parte baja de este gran curso de agua se acostumbrasen a reconocer la misma influencia que los del país de los cinco ríos; era necesario proceder contra ellos con tanta mayor energía cuanto que algunos de estos pueblos, principalmente los malios y los oxidracios, se aferraban a su independencia y a su fama guerrera y repugnaban o despreciaban toda influencia que viniese de fuera; no había más remedio que vigorizar esta influencia y darle puntos de apoyo firmes mediante el establecimiento de colonias helénicas en las mismas márgenes del Indo. Este era el designio que animaba ya a Alejandro en el momento de partir del Hidaspes hacia el este, cuando dió las órdenes necesarias para que se construyera la gran flota del Indo, con la que pensaba navegar por este río, aguas abajo, y salir hasta el gran mar; y ahora, habiéndose demostrado imposible continuar la campaña hasta el Ganges y hasta el mar del Oriente, era lógico que Alejandro se aplicase con celo redoblado a esta expedición que, si no prometía tanta gloria ni un botín tan grande como la marcha hacia el Ganges, habría de ir seguida, indudablemente, de grandes éxitos.

### PARTIDA DE LA FLOTA

Durante los cuatro meses transcurridos desde que Alejandro partiera de las márgenes del Hidaspes había cambiado completamente la fisonomía de esta región, en la que ahora se levantaban las dos nuevas ciudades fundadas por él. Había pasado la época de lluvias, las aguas empezaban a volver a su cauce y las tierras ribereñas de la izquierda del río, fecundadas por la inundación, aparecían cubiertas por el verde frondoso de los arrozales. La otra orilla, por debajo de las alturas sombreadas de bosques, era en una extensión de varias millas un inmenso astillero, en el que se veían cientos de grandes y pequeñas embarcaciones,

ya terminadas unas y otras en construcción; armadías de troncos que habían bajado por el río desde las montañas, lanchones con provisiones de todas clases, barcas transportando material de construcción y material de guerra animaban el río, en cuyas orillas bullía la actividad afanosa y pintoresca de un ejército acampado, formado por contingentes de todas las naciones. El objetivo inmediato de Alejandro fué reconstruir de un modo más completo y duradero las dos fortalezas que, levantadas rápidamente y sobre profundos cimientos, habían experimentado algunos daños en sus muros y en sus construcciones por la acción de las aguas. En seguida se procedió a poner las embarcaciones en disposición de combate. Siguiendo la costumbre helénica, Alejandro escogió de entre las personas más ricas y distinguidas que le acompañaban treinta y tres trierarcas, para quienes esta liturgia y la tarea de honor de dar a cada barco una dotación escogida y capaz se convirtió en una emulación muy fecunda para la causa. La relación de estos trierarcas da una idea bastante clara y elocuente de las personas que rodeaban al rey. Figuran entre ellos veinticuatro macedonios: los siete oficiales de la guardia de Alejandro y Peucestas, nombrado ahora para incorporarse a ella; el estratega e hiparca Crátero, entre los estrategas de la falange Atalo, entre los ciliarcas de los hiparpistas Nearco, un tal Laomedón, que no era soldado, y aquel Andróstenes que después del regreso del ejército a Babilonia condujo la flota dando la vuelta a la Arabia; de los once macedonios restantes no se hace mención nominal en las fuentes; es posible que algunos de ellos prestasen servicio, como Laomedón, en puestos civiles o, por lo menos, de intendencia, cuyo número e importancia debían de ser grandes en un ejército así, aunque no tengamos detalles acerca de ello. Otras seis trierarquías estaban desempeñadas por helenos, entre los cuales figuraban el escribano del rey, Eumenes de Cardia, y el larisense Medio, uno de los más íntimos de Alejandro. Finalmente, el persa Bagoas y dos chipriotas, hijos de reyes. No es posible saber si estos trierarcas se encargaron de aparejar toda la flota o solamente de las embarcaciones grandes, que eran los ochenta barcos de treinta remeros.

Para conseguir la dotación de esta flota fluvial se escogieron en el ejército todos los fenicios, egipcios, chipriotas y griegos de las islas y de las costas asiáticas, distribuyéndolos entre los barcos como marineros y remeros; en menos de un mes, todo estaba preparado para que la flota zarpase. Mil embarcaciones de todas clases estaban preparadas en las aguas del río, entre ellas ochenta armadas como barcos de guerra y doscientas barcazas descubiertas para el transporte de los caballos; todos los demás medios de transporte por agua que lograron reunirse a lo largo del río y que se incorporaron a la flota en las condiciones en que se encontraron fueron destinadas al traslado de tropas y al desplazamiento de víveres y materiales de guerra, de los que, según una noticia bastante insegura, acababan de recibirse grandes remesas, a la par con nuevos envíos de tropas, formados por seis mil jinetes y varios miles de hombres de infantería.

La navegación río abajo debía comenzar en los primeros días de noviembre. Alejandro convocó a los hetairos y a los embajadores de los príncipes índicos

destacados cerca del ejército para darles las instrucciones necesarias. Pudo dar expresión a la esperanza de que la paz devuelta por él al país de los cinco ríos se afianzase y conservase largos años y quedase firmemente cimentada sobre la organización dada por él a aquellas tierras. Al príncipe Poro le fueron confirmadas las ampliaciones de sus dominios, que abarcaban siete pueblos y dos mil ciudades y se extendían hasta cerca del Hifasis, se fijaron sus relaciones con los príncipes Abisares, Sopeites y Fegeo, colindantes con su territorio; al príncipe Taxiles se le reconoció la posesión plena e independiente de sus antiguas y nuevas tierras, se encomendaron al sátrapa designado los principados vasallos enclavados dentro de la satrapía índica, con sus tributos y sus otras obligaciones, y los demás contingentes de tropas hindúes fueron licenciados para que regresaran a sus casas.

Las instrucciones cursadas para la expedición que ahora se iniciaba eran las siguientes: el rey, con todos los hipaspistas, los agrianos y los arqueros y la escolta de la caballería, en total unos ocho mil hombres, irían embarcados, entregándose al ciliarca Nearco el mando de toda la flota y a Onesícrito y Astipalea el de la nave real; las demás tropas bajarían, divididas en dos columnas, por ambas márgenes del río, una al mando de Crátero, por la margen derecha, o sea la del oeste, y la otra, más numerosa, de la que formaban parte los doscientos elefantes, por la orilla izquierda, encabezada por Efestión; las dos recibieron órdenes de marchar lo más a prisa posible y hacer alto a los tres días de marcha río abajo, para esperar la llegada de la flota; allí, en el lugar en que hiciesen alto, se uniría a ellos el sátrapa Filipo, de la satrapía índica.

El ejército hubo de celebrar aún unas exequias fúnebres antes de su partida. El hiparca y estratega Coino había muerto, víctima de una enfermedad; la tradición parece dar a entender que Alejandro no le había perdonado su discurso de las márgenes del Hifasis: fué enterrado, dicen las fuentes, "con el esplendor que las circunstancias permitían".

Llegó, por fin, el día señalado para la marcha; las tropas empezaron a embarcarse en las primeras horas de la mañana; Efestión y Crátero habían formado en orden de batalla y mandado avanzar en brillante formación, por las dos orillas del río, a sus falanges, su caballería y sus elefantes. Mientras iban formándose unos escuadrones de barcos tras otros, Alejandro celebraba en la orilla del río, solemnemente, sus ritos helénicos; siguiendo las instrucciones de los sacerdotes macedonios, sacrificó a los dioses de su patria, a Poseidón, a la acogedora Anfitrita, al Océano, a las Nereidas y al río Hidaspes. Después, saltó a bordo de su barco, se colocó en la proa, vertió los dones de su cuenco de oro, dió al trompetero la señal de partida y los remos de todas las naves empezaron a hender las aguas entre la fanfarria de las trompetas y los gritos de júbilo de las tropas. Aquella escuadra de abigarradas velas, precedida por los ochenta buques de guerra, navegaba tranquilamente río abajo, en magnífico orden y brindando a los ojos un espectáculo maravilloso e indescriptible. "¿A qué podría compararse el ruido de los golpes de los remos levantándose y hundiéndose en las aguas rítmicamente y a un tiempo en todos los barcos, las voces de mando de los jefes de la

tripulación ordenando descansar los remos o volver a remar, el ¡alalá! de los remeros al dejar caer de nuevo sus remos en el agua? Aquellas voces de mando retumbaban entre las colinas de las orillas y eran devueltas por el eco de las barrancas a derecha o izquierda del río; a trechos, el río fluía por entre bosques y las voces perdíanse en la soledad de éstos; los indígenas corrían por millares a las orillas para contemplar asombrados el paso de aquel ejército y los caballos de batalla transportados en los barcos de abigarradas velas y el orden maravilloso e imperturbable con que navegaba aquella numerosa escuadra; contestaban con sus gritos a los de los remeros y, durante un trecho, acompañaban a los barcos río abajo con sus canciones. Pues no hay ningún pueblo que ame más las canciones y las danzas que los hindúes."

Al cabo de tres días de navegación llegó Alejandro con su flota al punto en que Crátero y Efestión tenían orden de esperar; los encontraron ya acampados con sus tropas a los dos lados del río. Dos días pasaron allí el ejército y la flota descansando en espera de la llegada del sátrapa Filipo con la vanguardia del gran ejército. Tan pronto como se hubo reunido todo el ejército macedonio —cuyos efectivos sumaban ahora 120,000 hombres—, el rey tomó las medidas y dió las instrucciones necesarias para la próxima entrada en territorio extraño y para la sumisión de todas las tierras con que se encontraran hasta la desembocadura del Acesines. Filipo fué destacado con sus tropas por la margen izquierda hasta el Acesines, con la misión de apoderarse de la margen occidental de este río; Efestión y Crátero avanzaron tierra adentro a derecha e izquierda del Hidaspes; se convino en que todo el ejército volvería a reunirse al otro lado de la desembocadura del Acesines para abrir desde allí la campaña contra los malios y los oxidracios. Ya se tenían noticias de que estos grandes y belicosos pueblos se estaban preparando para la guerra contra los invasores de su territorio; decíase que habían llevado a las mujeres y a los niños a las plazas fuertes y que miles de hombres armados se congregaban en las orillas del Hiarotis. Alejandro había decidido avanzar a toda marcha, para comenzar las operaciones antes de que el enemigo completase sus preparativos de guerra. Tras dos días de descanso, la flota reanudó la marcha; dondequiera que atracaba, la población sometíase de grado o era obligada a hacerlo sin gran lucha.

Alejandro esperaba llegar a la confluencia del Acesines con el Hidaspes al quinto día; sabía ya que aquellos parajes eran difíciles para la navegación, que, al fundirse las aguas de los dos ríos, se formaba una rápida corriente y una gran cantidad de torbellinos, tras de lo cual el río corría encajonado e impetuoso. Estas noticias habían sido comunicadas a toda la flota, exhortando al mismo tiempo a los mandos de los barcos, muy seriamente, a que navegaran con la mayor prudencia. Al final del quinto día de navegación, se oyó desde el sur un ruido tremendo, parecido al de la rompiente del mar embravecido; los remeros de los primeros barcos dejaron de remar, asombrados e indecisos, sin saber si tenían delante el mar, una tormenta o qué era aquello; en seguida, informados de lo que ocurría y habiéndoseles dado instrucciones para que trabajasen con

ahínco al acercarse a la confluencia de los dos ríos, siguieron remando. El ruido iba haciéndose cada vez más ensordecedor, la corriente del río se estrechaba y hacía más rápida y ya se veía la confluencia: una rompiente furiosa y espumeante, en que las aguas del Hidaspes se precipitan en ángulo recto sobre el curso del Acesines y luchan contra él con gran ímpetu para luego, mezcladas las de ambos ríos, lanzarse con la velocidad de flechas por entre las apretadas orillas. Los capataces de los remeros volvieron a exhortar a éstos a que desplegaran los mayores esfuerzos para contrarrestar con la fuerza de los remos la corriente abierta por los barcos en los remolinos, que de otro modo los arrastraría sin salvación posible, y salir cuanto antes de aquellos parajes. La corriente arrastraba a los barcos y a los remeros y timoneles costábales un esfuerzo sobrehumano no perder el rumbo; varias embarcaciones fueron devoradas por el torbellino de las aguas, empezaron a dar vueltas vertiginosamente, los remos quedaron destrozados, las naves sufrieron serios daños y costó un trabajo enorme evitar que naufragasen; los barcos largos sobre todo corrieron gran peligro, y dos de ellos, al chocar, se estrellaron y se hundieron; las embarcaciones más ligeras se arrimaron a la orilla; los barcos pesados de transporte fueron los que pasaron más fácilmente, pues como eran demasiado anchos para que el torbellino los hiciera girar, encontraban en seguida el rumbo; dícese que Alejandro cayó con su barco en uno de los remolinos y que se vió en un serio trance, hasta el punto de que llegó a despojarse de las ropas que lo embarazaban para echarse al agua y salvarse a nado.

### LA FLOTA EN LAS AGUAS DEL ACESINES. LUCHA CONTRA LOS MALIOS

Por fin, la flota consiguió salir de aquel peligroso paraje, no sin haber experimentado serias pérdidas; una hora después, la escuadra navegaba ya por aguas más tranquilas y abiertas. Aquí, el río da la vuelta a una colina que se alza en sus orillas y se desvía hacia la derecha; al abrigo de ella podía atracarse cómodamente, en un remanso y, al mismo tiempo, las anchas orillas eran muy apropiadas para pescar los despojos de los barcos destruídos y los cadáveres. Alejandro ordenó que la flota hiciese alto allí y encargó a Nearco de reparar con la mayor premura las embarcaciones averiadas. Mientras tanto, él, en unión de una parte de las tropas, hizo una incursión por las tierras de los contornos, para que los belicosos pueblos de aquella región, los sibios y los agalesios, no acudiesen en ayuda de los malios y los oxidracios, de los que estaban separados por el Acesines, ante la inminencia del ataque de los macedonios. Tras una marcha de seis millas, empleada para sembrar el terror entre los indígenas por medio de la devastación, Alejandro llegó delante de la capital de los sibios, que era una ciudad bastante considerable, y la tomó por asalto sin gran esfuerzo; según otros informes, esta plaza se rindió sin lucha.

Al volver al fondeadero del Acesines, Alejandro encontró la flota dispuesta a zarpar de nuevo; Crátero estaba ya acampado y Efestión y Filipo habían llegado al otro lado de la confluencia de los dos ríos. Sin pérdida de momento,

adoptáronse las medidas necesarias para la expedición contra los malios, cuyos dominios comenzaban a unas siete millas río abajo, junto a la desembocadura del Hiarotis, y se extendían hasta muy lejos en dirección norte, bordeando este río. Alejandro sabía que estaban preparados para hacer frente al ataque, y era de suponer que esperarían que el ejército atacante bajase hasta la desembocadura del Hiarotis e irrumpiese desde allí en su territorio, ya que éste se hallaba separado del Acesines por un desierto sin agua de varias millas de latitud, lo que lo hacía, por tanto, casi inatacable desde el fondeadero en que la flota se encontraba. Alejandro ordenó atacarlos precisamente por donde menos lo esperaban y abalanzarse por sorpresa sobre su país por la parte alta, no lejos de las fronteras de la Gandaritis y de las tierras de los cateos, para empujarlos desde allí hacia las orillas del Hiarotis; al llegar allí, buscando refugio o ayuda en la otra margen del río, caerían de nuevo en manos de los macedonios. La flota, al mando de Nearco, se dirigió ante todo hacia aquel sitio para ocupar la orilla derecha del Acesines frente a la desembocadura del Hiarotis, cortando así toda posibilidad de comunicación del país de los malios con los territorios ribereños del otro lado del río; Crátero, con sus tropas, los elefantes y la falange de Polipercón, mandada hasta entonces por Efestión, y las tropas de Filipo, recibió el encargo de ocupar las márgenes del Hidaspes por encima de su desembocadura para presentarse tres días después en el fondeadero en que quedaba la flota de Nearco y formar con este importante ejército, en la ribera derecha del río, la base para las importantes operaciones que habían de emprenderse al otro lado. Cuando Nearco y Crátero se hubieron puesto en marcha, Alejandro dividió el resto del ejército en tres cuerpos; mientras él, al frente de uno de ellos, se encargaba de penetrar en las tierras de los malios y empujar a éstos río abajo, Efestión, que había partido a la cabeza del segundo cuerpo de ejército cinco días antes, ocuparía la línea del Hiarotis para cerrar el paso a los fugitivos, y el lágida Tolomeo, al mando del tercer cuerpo, se pondría en marcha tres días después con la misión de copar a los que huyesen tal vez hacia la retaguardia para salir al Acesines.

Por su parte, según se dice, los malios y los oxidracios, ante la noticia de que estaba cerca Alejandro, dieron tregua a las guerras que venían manteniendo entre sí, se comprometieron por medio de rehenes a prestarse ayuda mutua y reunieron un considerable ejército, formado por sesenta mil hombres de infantería, diez mil de caballería y setecientos carros de combate, pero al llegar la hora de elegir un jefe común para que lo mandase —pues estos pueblos figuraban entre los arattas, o sea entre los hindúes sin príncipe— la discordia fué tan grande que el ejército se disolvió y los contingentes de los diversos distritos se dispersaron para concentrarse en sus plazas fuertes; y aunque este dato no aparece garantizado por ninguna autoridad histórica, tiene su confirmación en la peculiaridad del plan de operaciones trazado por Alejandro para esta campaña. Según otras noticias, los malios y los oxidracios tenían intenciones de sellar una alianza, en cuyo caso habrían llegado a oponer a los macedonios un poderoso

ejército, razón por la cual Alejandro se dió prisa en atacar, para frustrar la inminente unión de los dos pueblos.

Alejandro púsose en marcha al llegar el día señalado para la partida, hacia mediados de noviembre; llevaba consigo los hipaspistas, los arqueros y los agrianos, la falange de Peitón, la mitad de las hiparquías macedonias y los arqueros de a caballo. El desierto comenzaba a poca distancia de la margen del Acesines; después de cinco horas de marcha, la columna llegó a una fuente, donde hizo alto para comer y descansar un poco, los soldados recogieron agua en los recipientes que todos ellos llevaban y la marcha se reanudó; las tropas siguieron marchando a paso rápido durante el resto del día y toda la noche; a la mañana siguiente, después de haber recorrido casi ocho millas, divisaron la ciudad malia de Agalasa, con su fortaleza situada hacia el este, a la que habían ido a refugiarse muchos malios. Los defensores de la ciudad hallábanse acampados, sin guardias ni armas, delante de los muros de la ciudad, incapaces de contener a la muchedumbre de gente que se aglomeraba detrás de ellos. Estaban tan absolutamente convencidos de que no los atacarían por la parte del desierto, que, aunque vieron avanzar un ejército, creyeron que sería cualquier cosa menos un ejército macedonio. Cuando se dieron cuenta ya tenían encima a los jinetes de Alejandro y no había siquiera tiempo de pensar en ofrecer resistencia; miles de malios encontraron allí la muerte; los que pudieron huir corrieron a refugiarse dentro de la ciudad, que Alejandro mandó cercar por la caballería hasta que llegase la infantería, que venía en retaguardia, para lanzarse al asalto. Cuando vió que el resto de las tropas se acercaba, Alejandro envió rápidamente a Pérdicas con dos hiparquías y los agrianos a una ciudad vecina en que se habían refugiado muchos hindúes, con órdenes de observarla de cerca y muy atentamente, pero sin hacer nada contra ella antes de que avanzase en aquella dirección el ejército que se disponía a atacar Agalasa, para evitar que los fugitivos llevasen al interior del país la noticia de que se acercaban los macedonios. Entre tanto, Alejandro inició las operaciones de asalto contra Agalasa; los hindúes, ya seriamente quebrantados después del primer encuentro, desastroso para ellos, desesperaban de poder defender las murallas y se retiraron; huyeron de las puertas y las torres hacia el interior de la ciudad y fueron acuchillados por los macedonios que los acosaban, menos unos cuantos miles que lograron encerrarse en la ciudadela y peleaban desde allí con la furia de la desesperación; fué rechazado más de un ataque de los macedonios, hasta que por fin el encono creciente de éstos, los gritos y el ejemplo de Alejandro y el agotamiento del enemigo dieron a los atacantes la victoria, de cuya dureza se vengaron haciendo una carnicería feroz entre los indígenas; ni uno solo de los dos mil defensores de la ciudadela salió con vida.

Mientras tanto, Pérdicas se encontró con que la ciudad que debía vigilar había sido ya abandonada por sus moradores; en vista de ello, apresuróse a salir en persecución del enemigo; logró, en efecto, darle alcance y los que no lograron ponerse a salvo al otro lado del río o entre los pantanos de la orilla fueron exterminados. Por su parte, Alejandro, después de tomar por asalto la ciudadela de Agalasa, sólo

concedió unas cuantas horas de descanso a sus tropas; al caer la noche y después de dejar una pequeña guarnición en la ciudadela, ordenó que la columna se pusiera en marcha hacia el Hiarotis, con objeto de cortar a los malios de aquellos contornos la huída hacia la otra margen del río. Al amanecer llegó al vado del río, pero la mayor parte del enemigo estaba ya del otro lado; los que no habían logrado hacerlo fueron acuchillados. Alejandro cruzó el río con sus tropas y no tardó en dar alcance a las huestes fugitivas, reanudándose la matanza; quienes pudieron salvarse huyeron a una fortaleza próxima; los demás se entregaron al vencedor. Al llegar la infantería, Alejandro envió a Peitón con su falange y dos escuadrones contra aquella fortaleza; la posición cayó al primer asalto y los malios que se habían encerrado en ella pasaron a ser prisioneros de guerra, tras de lo cual Peitón volvió a reunirse con Alejandro.

Mientras tanto, el rey había avanzado contra una ciudad de brahmanes, a la que habían ido a refugiarse también muchos malios y, sin pérdida de momento, cercó sus murallas y empezó a minarlas; los hindúes, fuertemente quebrantados por los proyectiles de los sitiadores, corrieron a refugiarse en seguida en la ciudadela; un puñado de macedonios, demasiado intrépido, se había adelantado y había logrado deslizarse en la ciudadela con los fugitivos; pero no logró dominar al enemigo, muy superior en número; casi cortado del resto de las tropas, logró abrirse paso hasta ellas con grandes bajas. Esto no hizo más que exacerbar la furia de los atacantes; inmediatamente, Alejandro ordenó tender las escalas de asalto y socavar las murallas de la ciudadela; tan pronto como los atacantes vieron que se derrumbaba una torre y una parte de la muralla, abriéndose una brecha, se lanzaron por ella, Alejandro el primero, y en poco tiempo y a pesar de la valerosa defensa que hicieron desde el interior, aquella muralla quedó limpia de enemigos; muchos de ellos cayeron peleando y otros lanzáronse al edificio, le prendieron fuego y, mientras el incendio tomaba incremento sin que nadie lo extinguiera, disparaban sus dardos y tablas ardiendo sobre los macedonios, hasta que fueron sucumbiendo todos entre las llamas y el humo. Pocos cayeron vivos en manos de los atacantes, calculándose que encontraron la muerte en el asalto y en el incendio unos cinco mil.

Alejandro dió un día de descanso a sus tropas, agotadas por los esfuerzos enormes de los últimos cinco días de lucha; después de reponer sus fuerzas, salieron a reducir a las demás ciudades malias situadas al sur del río Hiarotis; pero en todas ellas se encontraron con que la población había huído, noticiosa de su llegada; no se consideró necesario ir en persecución de los fugitivos, pues se pensó que bastaba con destruir sus ciudades. Transcurrieron en esto varios días, después de los cuales fué concedido uno más de descanso a las tropas, para que pudieran lanzarse con nuevas fuerzas al asalto de la mayor ciudad de aquel lado del río, a la que habían ido a concentrarse, confiados en la fuerza de aquella plaza, muchos contingentes malios.

Para que las orillas boscosas que había río arriba, a la retaguardia de las operaciones ulteriores, no sirvieran de lugar de refugio a los malios dispersos

y de centro de reunión para una diversión peligrosa, se ordenó que la falange de Peitón, la hiparquía de Demetrio y las tropas necesarias de infantería regresasen al río con la misión de buscar a los indígenas refugiados en aquellos bosques y pantanos, dando muerte a cuantos no se rindieran. Alejandro, a la cabeza de las demás tropas, dirigióse hacia la ciudad indicada más arriba, donde esperaba encontrar una seria resistencia; pero era tan grande el terror difundido por las armas macedonias que los hindúes de aquella gran ciudad, desesperando de la posibilidad de defenderse, rindieron la plaza, se replegaron detrás del cercano río y ocuparon las alturas de su orilla septentrional, en la esperanza de poder impedir desde aquella posición, que verdaderamente era muy favorable, el paso de los macedonios. Tan pronto como Alejandro tuvo noticia de ello, salió en su persecución con toda la caballería y ordenó a la infantería que lo siguiese sin demora. Al llegar al río, mandó que éste fuese cruzado inmediatamente, sin preocuparse en lo más mínimo de los enemigos apostados en las alturas del otro lado; los hindúes, aterrorizados ante la intrepidez de aquella maniobra, se retiraron ordenadamente, sin atreverse a aceptar la desigual lucha; pero tan pronto como se dieron cuenta de que no tenían en frente más que cuatrocientos o quinientos hombres de caballería, toda su línea, formada probablemente por cincuenta mil indígenas, se dirigió contra Alejandro y su columna de caballería e intentó desalojarlos de la orilla que ya tenían ocupada. Los macedonios, con gran esfuerzo y por medio de una serie de movimientos muy hábiles, con los que rehuyeron todo combate, lograron defender aquel difícil terreno, hasta que poco a poco fueron llegando algunas tropas de infantería ligera y, sobre todo, los arqueros y hasta que se vió cómo se acercaba ya a la otra orilla la infantería pesada. En este momento, Alejandro empezó a avanzar, pero los hindúes no se atrevieron a esperar el ataque y huyeron a encerrarse en una ciudad vecina y reciamente fortificada; los macedonios los acosaron muy de cerca, mataron a muchos en su huída y no se detuvieron hasta llegar bajo los muros de la ciudad.

Alejandro ordenó inmediatamente que la caballería cercase la ciudad enemiga; pero cuando la infantería estuvo cerca era ya de noche; todos, la caballería por el paso del río y la violenta persecución, y la infantería por la larga y penosa marcha, estaban tan agotados que ya no era posible pensar en hacer nada hasta el día siguiente; en vista de ello, los atacantes acamparon alrededor de la ciudad. Pero, tan pronto amaneció, empezó el asalto contra las murallas, llevado a cabo por Alejandro al frente de la mitad del ejército y por Pérdicas al mando de las tropas restantes; los hindúes, en la posibilidad de hacerse fuertes, retiráronse por todas partes sobre la ciudadela, reciamente fortificada. Alejandro, por su parte, mandó echar abajo una de las puertas de la ciudad y entró en ésta y avanzó por las calles hacia la ciudadela, al frente de su hombres, sin encontrar resistencia alguna; la ciudadela estaba provista de fuertes murallas y de torres bien defendidas y los trabajos de sitio, bajo los proyectiles del enemigo, eran peligrosos. Sin embargo, los macedonios comenzaron sin demora a

minar las murallas; otros trajeron unas cuantas escaleras de asalto e intentaron tenderlas, pero la lluvia ininterrumpida de dardos que caía desde las torres de la ciudadela hacía vacilar hasta a los más valientes.

### LA VIDA DE ALEJANDRO EN PELIGRO

En vista de ello, Alejandro agarró una de las escalas; la tendió y, empuñando en una mano la espada y en la otra el escudo, trepó por ella, seguido de Peucetas y Leonato, mientras un capitán veterano llamado Abreas se encaramaba por otra escala. Ya Alejandro ha logrado llegar a la almena; luchando y defendiéndose a la vez, hace a los unos retroceder y derriba a los otros con su espada; el sitio que se abre ante él queda por un momento libre y se lanza a la almena, seguido por Pérdicas, Leonato y Abreas; los hipaspistas se apresuran a trepar entre gran griterío por la segunda escala, pero ésta, cargada en demasía, se rompe y el rey con sus tres hombres quedan aislados en lo alto de las almenas. Los hindúes le reconocen por su brillante armadura y su casco de plumas; nadie se atreve a acercarse a él, pero los dardos, las jabalinas, las piedras llueven sobre él desde lo alto de las torres y desde el interior de la ciudadela; sus leales le gritan que salte de allí y que no arriesgue su vida; mide rápidamente con su mirada la altura del muro, pero no hacia afuera, sino hacia adentro, y antes de que nadie se cerciore, da el temerario salto. Allí está, solo, dentro de la fortaleza enemiga, con la espalda apoyada contra el muro, esperando a que los indígenas se abalancen sobre él. El enemigo va perdiendo el miedo y se acerca, su jefe está ya al alcance de su mano; Alejandro lo traspasa con su espada, derriba a otro con una piedra y otros dos o tres caen bajo el filo de su arma. Los indígenas, asustados, retroceden y por todas partes vuelven a llover sobre Alejandro dardos, piedras y jabalinas, todos asestan contra él lo que tienen a mano; todavía le protege su escudo, pero su brazo comienza a flaquear. Ya han saltado a su lado Peucetas, Leonato y Abreas; éste cae, derribado por una flecha que le ha dado en la cara; los hindúes que lo ven caer, lanzan gritos de júbilo y siguen disparando andanadas de proyectiles, con redoblada furia; una flecha, lanzada con gran ímpetu, da en el pecho de Alejandro, traspasa la coraza y atraviesa sus carnes; brota un chorro de sangre y con ella el aire del pulmón. Alejandro, en la tensión de la lucha, no se da cuenta, por el momento, de que está herido y sigue peleando; la sangre perdida le va debilitando, y se le doblan las rodillas y siente que se desvanece; cae recostado sobre su escudo. Los hindúes, enfurecidos de júbilo, avanzan, pero Peucetas se coloca delante del herido y le cubre con el escudo de Ilión, que empuña en su mano, mientras Leonato cierra el paso al enemigo por el otro lado; una flecha tras otra se clavan en ellos; apenas pueden ya sostenerse, y Alejandro se desangra.

Mientras tanto, delante de las murallas reina una febril agitación; los macedonios han visto a Alejandro saltar dentro de la ciudadela; es imposible que se salve y no pueden correr en su ayuda; habría que tender escalas, arrimar las

máquinas, los troncos, pero todo aquello cuesta tiempo y no hay un solo instante que perder, pues la menor demora puede significar la muerte de Alejandro; tienen que acudir a toda costa en su ayuda: unos clavan estacas en las murallas y trepan por ellas, otros se encaraman sobre los hombros de sus camaradas y llegan así hasta las almenas. Desde lo alto, ven al rey en tierra, acosado por el enemigo, en el momento en que Peucetas cae; gritando de rabia y de angustia, saltan dentro; se agrupan rápidamente en torno al caído; bien protegidos con sus escudos, avanzan y hacen retroceder a los indígenas. Mientras tanto, otros corren a la puerta de la ciudadela, la abren de par en par y las columnas macedonias irrumpen, furiosas, entre un salvaje griterío. Nada puede resistir a aquella avalancha; matan cuanto encuentran a su paso, hombres, mujeres y niños, dejando que la sangre enfríe su sed de venganza. Otros retiran de allí al rey sobre su pavés; tiene todavía la flecha clavada en el pecho; intentan arrancársela, pero está agarrada por un garfio y no lo consiguen; el dolor hace volver en sí al herido; suspirando, pide que le saquen la flecha y que ensanchen la herida con su espada. Así se hace y la sangre fluye a borbotones; Alejandro vuelve a desvanecerse; se ve cómo luchan en él la vida y la muerte. Los amigos rodean, llorando, su lecho, delante de su tienda se agolpan los macedonios; así pasan la tarde y la noche de aquel día.

Los rumores de este combate, de la herida recibida por el rey y de su muerte habían llegado ya al campamento emplazado en la desembocadura del Hiarotis, provocando una emoción indescriptible. Primero, fué una sensación de terror, acompañada de lamentos y de llanto; luego, serenados un poco los ánimos, las gentes empezaron a preguntarse qué iba a ser ahora de ellas. La preocupación, el abatimiento, la tortura de la perplejidad iban apoderándose de los espíritus: ¿Quién podía conducir aquel ejército? ¿Quién sería capaz de llevarlos de nuevo a la patria? ¿Cómo conseguirían encontrar el camino y abrirse paso por entre aquellas tierras interminables, por entre aquellos espantosos ríos, por entre aquellas montañas desoladas, por entre aquellos desiertos? ¿Cómo serían capaces de defenderse, sobre todo, contra aquellos belicosos pueblos, que no vacilarían ni un instante en defender su libertad y en luchar de nuevo por su independencia, en saciar su sed de venganza sobre los macedonios, tan pronto como supiesen que ya no tenían por qué temer a Alejandro? Y cuando llegó la noticia de que aquel a quien se creía muerto vivía aún, las tropas apenas daban crédito a sus oídos y desesperaban de que llegara a escapar de la muerte. Recibióse un mensaje del rey anunciando que vivía y que pronto estaría de vuelta en el campamento, pero todo el mundo creía que la carta había sido urdida por los oficiales de la guardia y los estrategas para aquietar los ánimos, que Alejandro estaba muerto y que sus tropas habían quedado desamparadas y sin salvación.

Sin embargo, Alejandro había sido salvado realmente de la muerte y siete días después su herida, aunque todavía abierta, no ofrecía ya ningún peligro. Las noticias que se recibían del campamento y el temor de que sus tropas pudieran verse arrastradas a los desórdenes en la creencia de su muerte, le deter-

minaron a no esperar a estar curado del todo para reincorporarse al ejército. Hizo que lo transportasen por el Hiaritis en un barco sobre el cual se había levantado una tienda de campaña para albergar al herido; el barco, arrastrado por la corriente del río, sin remar para evitar toda sacudida, se acercó al campamento al cuarto día. La noticia de que venía Alejandro había llegado antes, volando, pero pocos la creían. Ya se veía el barco con la tienda de campaña descender lentamente río abajo; las tropas alineábanse a la orilla en una tensión de ánimo angustiosa. El rey ordenó que abrieran la tienda para que todos pudieran verle. Todavía creían que era el rey muerto el que venía en el barco. Antes de atracar a la orilla, Alejandro levantó el brazo para saludar a sus tropas. Al verlo, aquellos miles de hombres, convencidos ya, prorrumpieron en el grito de alegría más jubiloso, levantaron las manos al cielo o las alargaron hacia el que creían muerto y las lágrimas de alegría mezclábanse con nuevos y nuevos gritos de júbilo. El barco atracó y algunas hipaspistas acercaron un lecho para trasladar al herido a su tienda; pero Alejandro ordenó que le llevasen un caballo; cuando el ejército le vió de nuevo cabalgar, un grito de alegría salió de miles de gargantas, mientras resonaba una ovación ensordecedora y se levantaba un bosque de pavesas y las montañas de las orillas devolvían el eco de aquel griterío de júbilo decuplicado. Cerca ya de la tienda que estaba dispuesta para él, se bajó del caballo, para que sus tropas le vieran también andar; en aquel momento, todos se agolparon hacia él para tocar su mano, su rodilla, su vestido o verlo, por lo menos, de cerca, gritarle una palabra de cariño y arrojar sobre él cintas y flores.

Probablemente sería entonces cuando ocurrió lo que Nearco relata. Oue algunos amigos reprocharon al rey que se hubiese expuesto de tal modo al peligro y dijéronle que aquello era cosa del soldado, pero no del general; y que un viejo beocio que lo oyó y notó el disgusto que al rey le producían aquellas palabras, se acercó a él y le dijo en su dialecto: "Las hazañas las hacen los hombres, ¡oh Alejandro!, y quien pelea debe sufrir." Y que Alejandro asintió y ya no olvidó aquella frase.

La rápida conquista de la capital de los malios causó una poderosísima sensación en todos los pueblos de aquellos contornos. Los malios, aunque quedaban todavía grandes extensiones de su territorio en que los macedonios no habían puesto la planta del pie, desesperaron de poder seguir ofreciendo eficaz resistencia y enviaron una embajada para someterse humildemente a Alejandro, con sus tierras. Los oxidracios o sudracios, que compartían con ellos la fama de ser el pueblo más valiente de toda la India, prefirieron rendirse sin luchar; presentóse en el campamento de los macedonios una numerosa embajada, formada por los comandantes de las ciudades, los señores de sus tierras y ciento cincuenta personas nobles del país, trayendo ricos regalos y con poderes para comprometerse a cuanto el rey ordenara; dijeron que pedían perdón por no haber acudido antes, ya que amaban más que ningún otro pueblo de la India su libertad, que venían disfrutando desde tiempo inmemorial, desde el paso

por sus tierras del dios a quien los griegos daban el nombre de Dionisos; pero a Alejandro sometíanse de buen grado —pues debía descender de los dioses, y sus hazañas lo atestiguaban— y estaban dispuestos a aceptar un sátrapa, si tenía a bien nombrárselo, a pagar un tributo y a entregar rehenes, tantos como el rey les pidiera. Alejandro exigió que le fuesen entregados mil hombres de los más nobles de aquel pueblo, para que le siguieran como rehenes o, si él lo ordenaba, hicieran la guerra con él hasta la total sumisión de las demás tierras de la India. Los oxidracios entregaron los mil hombres exigidos y enviaron además, voluntariamente, quinientos carros de combate, servidos cada uno por dos combatientes y un auriga; Alejandro mandó a los mil primeros que se volvieran a sus casas con todos los honores, pero aceptó los carros de combate y los incorporó a su ejército; los dominios de los oxidracios, al igual que los de los malios, fueron anexionados a la satrapía índica, regentada por Filipo.

## COMBATES EN EL BAJO INDO

Después de reponerse de su herida y de dar gracias a los dioses con solemnes sacrificios y torneos por su curación, Alejandro partió con sus tropas del campamento situado en la desembocadura del Hiarotis. Durante la estancia del ejército en aquel lugar fueron construidos muchos barcos nuevos, lo que permitió que ahora acompañasen al rey, por la vía fluvial, muchas más tropas que antes; se embarcaron con él 10,000 hombres de infantería, entre las tropas de armamento ligero los arqueros y los agrianos, y además 1,700 hombres de la caballería macedonia. Alejandro partió, pues, de las riberas del Hiarotis y navegó río Acesines abajo, cruzando por el país, ahora amigo, de los oxidracios, por delante de la desembocadura del Hifasis, hasta el sitio en que confluyen el caudaloso Panchnad y el Indo. El único pueblo que Pérdicas se vió obligado a someter por la fuerza, a su paso, fué el de los abastanos (Abasta); los demás, tanto los de cerca como los de lejos, enviaron a las fuerzas expedicionarias embajadas con muchos y valiosos regalos, telas finas, piedras preciosas y perlas, abigarradas pieles de serpiente, caparazones de tortuga y leones y tigres domesticados; bajaron también el río una serie de nuevos barcos de treinta remos y buques de carga, que Alejandro había mandado construir en el país de Jatras. Aquí, donde el Indo recoge las aguas del Panchnad, en el que confluyen los cinco brazos orientales, y donde se halla el centro natural para el comercio entre el interior del país y la desembocadura del Indo, decidió Alejandro fundar una ciudad helénica, llamada a ser un centro de población tan estratégico para la defensa del país como importante y floreciente para el comercio por el Indo; esta ciudad había de ser, al mismo tiempo, el punto más meridional de la satrapía índica de Filipo, quien se quedó allí con un poderoso ejército, formado por todas las tropas tracias y una parte considerable de las tropas de armamento pesado de las falanges, habiéndosele conferido la misión de velar por la seguridad del comercio en aquella comarca, de construir sobre el Indo un puerto es-

pacioso, con astilleros y almacenes, y de fomentar por todos los medios el florecimiento de esta nueva Alejandría.

Correría tal vez el mes de febrero del año 325 cuando el ejército macedonio que seguía a Alejandro partió de la recién fundada Alejandría hacia las tierras del bajo Indo. La mayor parte de este ejército, y con ella los elefantes, había pasado bajo el mando de Crátero a la orilla oriental del río, donde los caminos eran mejores y donde, además, había pueblos que no se inclinaban en su totalidad a someterse. El ejército y la flota llegaron así sin contratiempo a los dominios de los sudra, que los helenos llamaban sogdios o sodrios, e hicieron alto junto a su capital; esta ciudad fué convertida en colonia helénica bajo el nombre de Alejandría sogdia, fué considerablemente fortificada, se la dotó de puerto y astilleros y se la convirtió en capital de la satrapía del bajo Indo, cuyos dominios habían de extenderse desde la desembocadura del Panchnad hasta el mar, nombrándose sátrapa a Peitón, al mando de un ejército de 10,000 hombres.

El lugar en que se hallaba emplazada la Alejandría sogdia era uno de los más estratégicos para el curso inferior del Indo; aquí comenzaba a cambiar ya, radicalmente, la fisonomía del río, del paisaje y de la población. La cordillera del Solimán, que hasta aquí venía flanqueando al Indo en dirección norte a sur, se desvía ahora casi en ángulo recto hacia el oeste, rumbo a los pasos de Bolán. El desierto que llegaba hasta el río por el lado este, retrocede; el Indo forma con los brazos secundarios que desvían de él a derecha e izquierda numerosas islas e islotes; fértiles marismas, densamente pobladas, bordean el río; empieza a percibirse ya la proximidad de las influencias oceánicas. Y a esto se añade otro factor, no menos claramente perceptible: mientras que hacia el este se extiende una serie de llanuras uniformes e infinitas, por el oeste se divisa, a medida que se va descendiendo al sur, al fondo de las tierras llanas, una poderosa cadena de montañas que cierra el horizonte y baja hasta el cabo Monz; en la actualidad, el curso del río se ha desviado de su trayectoria antigua para formar un amplio recodo hacia la derecha, que llega hasta las faldas de estas montañas y enderezar luego su línea en Haiderabad, donde comienza el delta; en la antigüedad, el Indo corría por la cuerda de este arco, casi en línea recta desde Bujor hasta Habdarabad, bañando cerca de Bujor una cadena baja de montañas calizas, que al cabo de los años consiguió horadar para desviarse hacia el oeste; todavía hoy se alzan sobre ellas las ruinas de Alor, la antigua capital del Sindh. Estas tierras parecen jardines, los viñedos adornan las colinas y por todas partes verdean y florecen el incienso del clima tropical arábigo, los campos floridos de esta zona húmeda y cálida del trópico, el maíz de las riberas pantanosas; incontables ciudades y aldeas pueblan esta comarca, el río y sus canales están constantemente llenos de tráfago y animación, y la población, ya meridional, de piel oscura y gobernada por príncipes, distínguese marcadamente de la que mora en la cuenca del alto Indo; la casta de los brahmanes goza aquí de elevado rango y decisiva influencia en la vida pública, y la política de los príncipes está determinada tanto por los prejuicios religiosos como por los recelos y las interminables rivalidades intestinas; característica ésta

que se ha mantenido a través de los siglos, a pesar de todos los cambios operados en el gobierno, la religión y hasta la naturaleza de esta zona.

Estas peculiaridades del país y de su población hiciéronse muy pronto patentes en su modo de comportarse ante Alejandro. La sumisión de los malios había puesto fin en seguida, como vimos, a toda resistencia por parte de los pueblos vecinos, y desde entonces el ejército expedicionario había proseguido su marcha triunfal ininterrumpida hasta llegar al territorio de los sogdios. Pero Alejandro se equivocaba si creía que los demás pueblos, de allí en adelante, se le someterían también sin lucha; no se presentaron a rendir homenaje al señor del Indo ni los propios príncipes ni sus embajadores, bien fuese porque les indujeran a despreciar al poderoso extranjero las insinuaciones de los soberbios brahmanes o, simplemente, la confianza en su propia fuerza. El único que se sometió voluntariamente fué el príncipe Sambo; este reyezuelo, que dependía del príncipe Musicano, más poderoso que él, prefería servir a un señor extranjero que a un soberano vecino, y Alejandro le confirmó como sátrapa en sus tierras montañosas o, para decirlo en términos tal vez más exactos, en la misma relación en que se hallaban con respecto a su soberanía los príncipes tributarios de la satrapía de la alta India.

La posición independiente a que parecían querer aferrarse Musicano y los demás príncipes obligó a Alejandro a recurrir una vez más a la fuerza de las armas. Partiendo de la Alejandría sogdiana, descendió lo más rápidamente que pudo por el río y se internó con su flota por aquel brazo fluvial que se desviaba por entre las montañas y conducía a la capital del reino de Musicano; pudo llegar a las fronteras de este reino antes de que el príncipe sospechara siquiera la posibilidad de un ataque. Aterrado ante la inminencia del peligro, el príncipe quiso hacer olvidar a Alejandro su arrogancia anterior por medio de un bajo y repentino servilismo; se presentó ante él en persona y le llevó numerosos y valiosísimos regalos, entre ellos todos sus elefantes; encomendó a la gracia del rey su persona y su país y confesó —sabiendo, tal vez, que era el medio más seguro para congraciarse con él— que había incurrido en una grave falta. Alejandro le perdonó, en efecto, y le comunicó que su país seguiría gobernado por él bajo la soberanía macedonia. La exuberante naturaleza de aquellas tierras le llenó de asombro; la ciudad que servía de residencia al príncipe, estratégicamente situada para la defensa de todo el país, habría de ser asegurada por medio de una ciudadela, que Crátero quedó encargado de construir, y de una guarnición de tropas macedonias.

Hecho esto, el rey partió con los arqueros, los agrianos y la mitad de las hiparquías hacia el país de los prestios y contra el príncipe Oxicano, al que otros llaman Porticano, el cual, resistiéndose a someterse, se había encerrado en su capital con grandes contingentes de hombres armados. El rey se acercó a sus tierras y tomó sin ningún esfuerzo una de las primeras ciudades del principado; pero el príncipe, a quien no había fascinado el ejemplo de Musicano, esperó al enemigo detrás de las murallas de su capital. Alejandro llegó delante de ella, comenzó las operaciones de sitio, y al tercer día estaba ya tan adelantado que el

príncipe indígena se retiró a la ciudadela y quiso entablar negociaciones; era ya tarde, pues los sitiadores habían abierto brecha en uno de los muros de la ciudadela, por la que penetraron, arrollando a los hindúes, a pesar de su desesperada bravura, y dando muerte al príncipe. Después de la caída de la capital y de su príncipe, fué ya tarea fácil someter a las otras numerosas ciudades de aquel rico país; Alejandro las entregó al saqueo, pues esperaba que el ejemplo de los prestios sirviera de escarmiento a los otros pueblos y los moviera a ofrecerle voluntariamente la sumisión, para no obligarle a imponérsela por la fuerza de las armas.

Pero, entre tanto, habían estallado ya nuevos movimientos de rebeldía en el sitio en que menos podían esperarse. El príncipe Sambo había visto con horror que su odiado enemigo Musicano no sólo había quedado impune, sino que había sabido ganar el favor de Alejandro; tenía razones lógicas para pensar que ahora se le haría pagar a él su deserción; las brahmanes de su corte, a quienes no movía otro interés que el de su odio contra el vencedor extranjero, supieron atizar el miedo del príncipe y convencerle, por fin, de que diera el paso más loco que podía dar; Sambo huyó por el Indo al desierto y dejó a su país presa del desconcierto y la sublevación. Alejandro corrió hacia aquellas tierras; la capital, Sindomana, abrió sus puertas a los macedonios y sometióse sin lucha al rey, pues sus habitantes no habían tomado la menor parte en la deserción; los elefantes y los tesoros del príncipe fueron entregados a Alejandro y las demás ciudades del país siguieron el ejemplo de la capital; sólo una se atrevió a resistir: aquella a que habían ido a refugiarse los brahmanes, instigadores de la deserción; la ciudad fué conquistada y los brahmanes castigados con la muerte.

### ÚLTIMOS COMBATES CERCA DEL DELTA DEL INDO. PARTIDA DE CRÁTERO

El ciego fanatismo de la casta sacerdotal, tanto más furioso cuanto más desesperado, sin dejarse intimidar por la suerte que corrieran los brahmanes de Sambo, había aprovechado la ausencia de Alejandro para imbuír al príncipe Musicano y a la población de su país el odio más salvaje contra los extranjeros y supo incitarlos a la sublevación abierta y al asesinato de la guarnición macedonia. Las llamas de la sublevación contra el invasor ardían a ambos lados del Indo y todas las poblaciones echaban mano de las armas; y si la fuerza de voluntad y la capacidad de dirección hubieran estado al nivel de la furia desencadenada, Alejandro habría tenido que afrontar una dura prueba para salir airoso del trance. Pero, apenas se acercó con sus tropas, Musicano huyó al otro lado del Indo; Alejandro envió a Peitón en persecución suya, mientras él se dirigió contra las ciudades levantadas en armas, las cuales, luchando cada una por su parte, sin una dirección inteligente y sin esperanza de salvación, no tardaron en caer en sus manos, una tras otra. El castigo impuesto fué severísimo; innumerables indígenas fueron muertos durante los asaltos a sus ciudades o ejecutados después de la victoria, los supervivientes vendidos como esclavos, sus ciudades arrasadas y las pocas que siguieron en pie dotadas de ciudadelas y guarniciones macedo-

nias, llamadas a vigilar aquel país de las ruinas y la devastación. Musicano había sido hecho prisionero, fué condenado a muerte y ejecutado en unión de muchos brahmanes y sus cadáveres colgados en las calzadas del país arrastrado por ellos a la catástrofe.

Alejandro retornó al sitio en que estaban atracada su flota y acampado su ejército. La energía con que había sofocado y la severidad con que había castigado las sublevaciones pareció haber surtido, por fin, el efecto apetecido en los ánimos de las poblaciones indígenas y de sus príncipes. El primero que se apresuró a presentarse ante Alejandro para someterse fué el príncipe Meris de Patala, cuyos dominios se extendían por todo el delta del Indo; compareció en Alejandría a rendir ante los macedonios su persona y su país y, a cambio de ello, fué confirmado en el gobierno de su territorio bajo las mismas condiciones que fueran concedidas al príncipe Musicano y a los demás enclavados dentro de los ámbitos de las satrapías macedonias de la India. Y, después de haberse informado cerca de él sobre la estructura del delta del Indo, que comienza precisamente en Patala, acerca de las diversas desembocaduras del río y del océano en que vierten sus aguas los varios brazos del Indo, le mandó volver a sus tierras, con órdenes de preparar todo lo necesario para recibir al ejército y a la flota.

Esta sumisión de Meris, el último príncipe independiente que quedaba en la cuenca del Indo, había terminado las operaciones guerreras de la expedición; por lo menos, no había razones para esperar que se produjese ningún combate importante y general; si acaso, podría encontrarse en las tierras que aún quedaban por recorrer algún que otro foco aislado de resistencia, fácilmente dominable. Ya no era necesario seguir manteniendo unido aquel ejército: había llegado la hora del retorno. El deseo del rey de descubrir la ruta marítima desde la India a Persia y su plan de cruzar los territorios del litoral del sur enclavados entre ambos países, que hasta ahora no habían sido sometidos con su presencia directa y algunos de los cuales estaban poblados por tribus independientes, no hacían necesario tampoco el empleo de todo el ejército, que había sido fácil sostener en las riquísimas tierras de la India, pero que de allí en adelante, por el camino de la costa y a través de tierras no pocas veces desérticas, habría planteado bastantes dificultades de aprovisionamiento.

Además, habíanse recibido de las provincias nordorientales del imperio noticias que obligaban a destacar a aquellos territorios una parte considerable del ejército macedonio. El príncipe bactriano Oxiartes, que acababa de incorporarse al ejército, había traido la nueva de una sublevación en las colonias militares helénicas de Bactra: según la fuente, no muy verosímil, que informa de estos hechos, ciertas rencillas entre los antiguos guerreros habían conducido a sangrientos choques; los amotinados, empujados por el miedo al castigo, habíanse apoderado de la fortaleza de Bactra, incitado a los bárbaros a sublevarse contra los macedonios y concedido el título de rey a Atenodoro, su cabecilla, quien prometió conducirlos hasta su patria; un tal Bicón, celoso del rango de rey de Atenodoro, había intrigado contra él, lo había asesinado en un banquete cele-

brado en casa de Boxo, un bárbaro distinguido, y al día siguiente se había justificado del asesinato ante el ejército reunido; los capitanes habían logrado a duras penas arrancarlo a las iras de las tropas; pero se confabularon contra él; lo sometieron a tormento y se disponían a darle muerte; en aquel momento, irrumpieron los soldados, le arrancaron al tormento y poco después se pusieron en marcha bajo su dirección para buscar el camino hacia la patria. Era de esperar que aquel tropel de amotinados habría sido reducido ya a la razón por las tropas de la satrapía; sin embargo, era necesario adoptar las medidas necesarias para cualquier contingencia. Tampoco marchaban las cosas bien en la satrapía de los parapanísades; Tiriaspes había concitado contra sí a la población a fuerza de oprimirla y someterla a injusticias de todas clases, y Alejandro no cesaba de recibir quejas contra él; en vista de ello, fué separado del cargo, enviándose a la capital de la provincia, Alejandría, al príncipe Oxiartes con el mandato de ocupar su puesto. Más inquietantes aún eran las noticias que llegaban del interior de la Ariana; el persa Ordanes habíase declarado independiente y usurpado la autoridad de los arispes en el bajo Etimandros. Era allí sobre todo a donde había que enviar un fuerte ejército macedonio para sofocar en germen el peligro.

La tercera parte aproximadamente de la infantería estaba preparada para marchar hacia la Arajosia al mando de Crátero; su cuerpo de ejército hallábase formado por las falanges de Atalo, Antígono y Meleagro, una parte de los arqueros, todos los elefantes y los hetairos de a pie y de a caballo no aptos ya para el servicio y que debían ser repatriados. La misión que a Crátero se le encomendaba era marchar por la Arajosia y la Drangiana hacia la Carmania, reprimír los desórdenes que pudieran haberse producido en aquellas provincias y estimular a los sátrapas de ellas a enviar expediciones de víveres a la costa gedrosia que Alejandro se proponía recorrer en breve.

### MARCHA DE ALEJANDRO HACIA EL OCÉANO. NEARCO, PUESTO AL FRENTE DE LA FLOTA

Poco después de partir Crátero con sus tropas, púsose también en marcha Alejandro. El rey salió al frente de la flota, mientras Peitón, con los arqueros de a caballo y los agrianos, pasaba a la orilla izquierda para poblar las ciudades fundadas en aquella margen del río con habitantes de los alrededores, sofocar los restos de desorden que aún pudieran quedar en aquel castigadísimo país y reunirse en Patala con el grueso del ejército; el resto de las tropas fueron conducidas por Efestión hacia la misma ciudad, siguiendo la orilla derecha del Indo.

Al tercer día de viaje, Alejandro tuvo noticias de que el príncipe de Patala, en vez de preparar todo lo necesario para recibir a su ejército, con arreglo al compromiso asumido, había huído al desierto con la mayoría de su población, tal vez por miedo al poderoso rey que se acercaba, tal vez —que era lo más probable— porque los brahmanes le hubiesen inducido a dar aquel paso. Alejandro, en vista de ello, aceleró la marcha, encontrándose por todas partes las ciudades y aldeas

abandonadas; hacia fines de julio llegó a Patala. Las calles y las casas estaban vacías, no se veía una sola cabeza de ganado, los fugitivos se habían llevado todo su ajuar y cuanto era susceptible de ser transportado, y la gran ciudad parecía muerta. Las tropas ligeras pusiéronse inmediatamente en movimiento para descubrir el rastro de los fugitivos; algunos fueron llevados a presencia de Alejandro, quien los trató con inesperada indulgencia y los envió como emisarios a sus connacionales huídos para exhortarlos a que volviesen confiados a sus casas y a sus negocios, sin la menor inquietud respecto a su suerte futura, ya que se les garantizaría la posibilidad de seguir viviendo con arreglo a sus costumbres y a sus leyes y se les permitiría dedicarse en paz a su industria, su comercio y su agricultura. Ante aquellas seguridades, retornó a su ciudad la gran mayoría de la población, y Alejandro pudo consagrarse a la ejecución del gran plan que hacía tan importante para él la posesión de las bocas del Indo.

Sospechaba o habría averiguado tal vez que aquel mismo mar en que desembocaba el Indo formaba el golfo Pérsico y que, por tanto, podría encontrarse una ruta marítima desde las bocas de aquel río hasta la desembocadura del Eufrates y el Tigris. Su imperio, que por vez primera ponía en relación directa a los pueblos más alejados y que aspiraba a fundarse no exclusivamente en la fuerza de las armas, sino también, y aún más, en los intereses de los pueblos mismos, debía ir encaminado principalmente al fomento de las relaciones comerciales y preocuparse de crear una gran asociación de todas las partes del imperio, por alejadas que se hallasen, y de lograr un comercio mundial e internacional tan intenso como nunca, hasta entonces, se había conocido. Jamás, a lo largo de toda su campaña, había perdido de vista esta meta; las ciudades creadas por él para la ocupación militar del Irán y del Turán eran otros tantos puntos de apoyo para las caravanas; las plazas fuertes que había dejado a su paso por la India aseguraban las comunicaciones desde Ariana y a través del país de los cinco ríos y la navegación por el Indo y sus afluentes; la Alejandría de Egipto habíase convertido ya, en sólo cuatro o cinco años, que eran los que llevaba de existencia, en un centro importante para el comercio por el mar Mediterráneo. Pues bien, este sistema de un comercio mundial en gran escala debía encontrar ahora su remate con la ocupación del delta del Indo, con la ocupación de una plaza comercial oceánica estratégicamente situada y, finalmente, con la apertura de rutas comerciales cuyos jalones se habían ido colocando ya mediante la fundación de una serie de ciudades helénicas en el interior y que habrían de recibir gran impulso con la proyectada comunicación marítima entre las desembocaduras del Indo y el Eufrates.

Patala, con su situación en el lugar en que el río se bifurca para formar el delta del Indo, era el lugar indicado para servir de mediador al comercio entre el interior del país y el océano; tenía, además, gran valor estratégico, pues dominaba militarmente las tierras del bajo Indo. De aquí que se encargase a Efestión de fortificar concienzudamente la ciudadela de Patala y de construir en corto plazo, cerca de la ciudad, algunos astilleros y un puerto espacioso. Al mismo

tiempo, Alejandro envió a las comarcas desérticas que comenzaban no lejos de la ciudad, hacia el este, varios destacamentos de tropas con el encargo de abrir pozos y hacer habitables aquellas tierras, con objeto de facilitar también por este lado las comunicaciones con la ciudad y de hacerla accesible a las caravanas de las tierras del Ganges y del Decán. Una agresión de las hordas que habitaban en el desierto entorpeció estos trabajos, pero solamente por breves días.

Tras una permanencia relativamente larga en Patala, durante la cual se dejaron casi terminadas las obras de la ciudad y bastante avanzadas las de los astilleros, Alejandro decidió inspeccionar en persona las desembocaduras del Indo, su navegabilidad y sus condiciones para el comercio y, al mismo tiempo, salir al océano, cuyas aguas ningún griego había surcado hasta entonces. Decidió bajar por el brazo principal del río, que derivaba hacia la derecha; y mientras Leonato, con 1,000 hombres de caballería y 9,000 hoplitas y hombres de infantería ligera, bajaba por la orilla interior, Alejandro navegó río abajo con los barcos más rápidos de su flota, las semitrieras, los barcos de treinta remos y algunos cercuros, pero sin ningún guía conocedor del río, pues los habitantes de Patala, y en general los hindúes, no se dedicaban a la navegación y, además, los habitantes de las orillas huían cuando veían acercarse a los macedonios. Alejandro confiaba en la pericia y el valor de sus navegantes; no podía siquiera sospechar ante qué pruebas tan tremendas habría de colocarlos la violencia inaudita de las corrientes oceánicas.

Era, precisamente, la época de mediados de verano y el río había alcanzado su máximo nivel; las tierras ribereñas bajas hallábanse inundadas en gran parte y todo esto hacía que la navegación se hiciese más difícil. El primer día todo se desarrolló bien; pero al segundo día, hallándose ya la flota como a unas diez millas de Patala, se levantó un viento fortísimo del sur, que levantaba las aguas del río en agitado oleaje y las hacía romper con gran furia, con lo cual más de un barco se fué a pique y otros resultaron considerablemente averiados. La flota apresuróse a ganar la orilla, para reparar los daños causados lo antes y lo mejor posible; al mismo tiempo, Alejandro envió algunos piquetes de infantería ligera para que apresaran a algunos de los ribereños fugitivos que conocieran aquella parte del río. La expedición se reanudó al día siguiente, después de reparadas aprisa y corriendo las averías y ya con algunos naturales del país conseguidos a la fuerza; el caudaloso río iba ensanchándose cada vez más entre aquellas tierras bajas y desoladas y los expedicionarios empezaron a sentir el aire frío del mar. La furia de las olas iba creciendo, cada vez era más difícil manejar el timón y el viento marino arreciaba más y más; las aguas del río, empujadas hacia atrás por él, empezaban a tornarse verdaderamente peligrosas, y los barcos de la flota de Alejandro, en vista de ello, desviáronse hacia un canal que indicaron los pescadores indígenas apresados el día antes. Las olas hacíanse cada vez más rápidas y poderosas, costando gran esfuerzo llevar los barcos a la orilla con la rapidez necesaria. Apenas habían atracado, empezaron a descender las aguas con la misma rapidez con que había subido la marea; casi todas las naves quedaron en seco o presas entre el limo de la orilla; los expedicionarios no salían de su asombro y hallábanse perplejos.

Pasaron algunas horas, hasta que, por fin, la gente se dispuso a arrastrar los barcos hacia el agua para ponerlos de nuevo a flote, en la medida de lo posible; en aquel momento, empezó a subir de nuevo la marea, anegando y batiendo las tierras pantanosas en que habían quedado depositados los barcos y poniéndolos otra vez a flote; poco después, las olas volvían a estrellarse contra la orilla firme y hacían bailar a las naves que habían atracado allí, no pocas de las cuales se estrellaban unas contra otras o contra la orilla y se hundían; los otros barcos danzaban sin orden ni salvación, impelidos por la furia del oleaje, chocaban entre sí y se hacían también astillas o iban a pique. Así fué cómo, a costa de tantos peligros y pérdidas, adquirió el rey su primera experiencia de las mareas oceánicas, que allí, como a diez millas de distancia del mar, eran más violentas que en el mar mismo, pues tenían que luchar contra la inmensa masa de agua que se precipitaba del Indo, cuya desembocadura de dos millas de ancho dejaba amplio margen para que las corrientes marinas penetrasen hasta muy adentro del río.

Una vez que Alejandro hubo escapado de estos peligros y aprendido los medios que su periodicidad regular ofrecía para contrarrestarlos, envió dos barcos seguros, mientras se reparaban las averías de los demás, aguas abajo, hasta la isla de Esciluta, donde los pescadores le dijeron que estaba ya cerca el océano y había una playa cómoda y abrigada para atracar. Las dotaciones de los barcos exploradores volvieron con la noticia de que la isla tenía, en efecto, orillas muy asequibles y seguras, de que era bastante grande y estaba provista de agua potable en abundancia, en vista de lo cual Alejandro se dirigió allá con toda la flota e hizo que la mayor parte de ella atracara en dicha isla; desde allí veíanse ya las rompientes espumosas de la desembocadura del Indo y el horizonte del océano, sin que apenas alcanzara a descubrir la vista, a los dos lados del río, cuyo ancho es de dos millas, las costas bajas, sin árboles ni colinas. Alejandro siguió navegando con los mejores barcos de su flota, para pasar la verdadera desembocadura y averiguar si era navegable o no. Pronto la costa occidental desapareció completamente de su vista, mientras el agitado océano se extendía por el poniente hasta el infinito; después de navegar como cuatro millas llegaron por el este a una segunda isla, en cuya costa arenosa, baja y desolada, morían ya las olas del océano; hacíase de noche y los barcos de descubierta volvieron con la marea alta a la isla en que estaba atracado el resto de la flota. Un solemne sacrificio hecho a Ammón, como un oráculo del dios lo había ordenado, celebró la llegada al océano y a las últimas tierras al sur del mundo habitable. A la mañana siguiente, Alejandro volvió a salir al océano, desembarcó en la isla descubierta por ellos el día anterior y sacrificó también en sus playas a los dioses que, según dijo, le había señalado Ammón. Hecho esto, salió al mar abierto para atalayar si se descubría todavía alguna tierra firme; y cuando vió que las costas desaparecían en torno y no se divisaba más que cielo y mar, sacrificó varios toros a Poseidón y los arrojó al océano, ofreció sus dones a los dioses con la escudilla de oro y arrojó también ésta al mar, y ofrendó en seguida nuevos dones a las Nereidas, a los Dióscuros salvadores y a la Tetis de pies de plata, madre de su antepasado Aquiles; pidió a todos

aquellos dioses que acogieran graciosamente a su flota en las aguas del océano y se dignasen guiarla con bien hacia poniente, hasta la desembocadura del Eufrates, tras de lo cual arrojó al océano su cáliz de oro.

Después regresó a donde estaba su flota, remontó el río con ella y retornó a Patala. Durante su ausencia habíase terminado la construcción de la ciudadela y se habían empezado las obras del puerto; había regresado también Peitón con su cuerpo de ejército, después de cumplir los encargos recibidos de Alejandro, dejando apaciguado el país y pobladas las nuevas ciudades.

Alejandro había explorado el brazo derecho de la desembocadura del Indo y los múltiples obstáculos que ofrecía a la navegación, pues el monzón y el alto nivel de las aguas del río en esta época del año se combinaban para hacerla difícil. Decidió explorar también el segundo brazo principal del río, el que quedaba al este, bajando por él al mar para averiguar si era más asequible a la navegación. Después de recorrer un buen trecho en dirección sudeste, las aguas del río se ensanchan para formar un gran lago, alimentado por algunos ríos pequeños y grandes que bajan desde levante y parecido a una ensenada marítima; en él encontráronse incluso peces marinos. La flota atracó a las orillas del lago, en los sitios más indicados para ello, señalados por algunos naturales del país. Alejandro dejó allí a la mayor parte de sus tropas con todos los cercuros al mando de Leonato y continuó con las semitrieras y los barcos de treinta remos, lago adelante, hasta la desembocadura del Indo. Salió al mar sin haberse encontrado con el furioso oleaje ni con las altas mareas que hacían tan peligrosa la navegación por el brazo occidental, el más ancho de todos; ordenó que los barcos atracaran junto a la desembocadura del río y se fué con algunos de sus hetairos a recorrer durante tres días las playas, para explorar la estructura de aquella parte de la costa y abrir pozos para abastecer de agua a los navegantes. Luego retornó a sus barcos y con ellos, a través del lago, y río arriba, hasta Patala, mientras una parte del ejército subía por la orilla, también con la misión de abrir pozos en aquellas áridas tierras. Desde Patala volvió a bajar al lago, donde dio las órdenes necesarias para construir un puerto y varios astilleros, dejando allí una pequeña guarnición para proteger aquellos lugares.

Hasta allí, todo se había desarrollado, pues, con arreglo al grandioso plan de Alejandro; faltaba, sin embargo, para llevarlo a cabo, lo más difícil y peligroso de todo: el descubrir la ruta marítima que en lo sucesivo habría de unir al Indo con el Eufrates. Para comprender la grandiosidad de semejante plan es necesario tener en cuenta el estado en que en aquel entonces se encontraban la navegación y la geografía. La construcción de barcos era bastante imperfecta y muy poco adecuada a las exigencias de las aguas oceánicas; los únicos factores de orientación de los viajes por mar eran las estrellas y las costas, cuya proximidad, como es natural, resultaba, no pocas veces, harto peligrosa. La fantasía de los helenos había poblado el mar de portentos y monstruos de todas clases, y los macedonios, intrépidos y valientes cuando tenían enfrente a un enemigo, carecían de armas y no dejaban de sentir miedo frente al falso elemento. Por último, había el proble-

ma de a quién poner al frente de aquella expedición por mar. Alejandro era lo bastante audaz para lanzarse a la más audaz de las aventuras y estaba dispuesto a disputar al propio océano su victoria, pero no podía ponerse personalmente al frente de la flota para intentar aquella travesía, pues durante su ausencia en la India habían ocurrido ya en el seno del imperio una serie de desórdenes y complicaciones que reclamaban apremiantemente su regreso. El camino por tierra hacia Persia era difícil, y las tropas macedonias necesitaban de la dirección personal de Alejandro, el único en quien tenían plena confianza, para atravesar aquellas tierras desoladas y temibles. ¿A quién encomendar, pues, el mando de la flota? ¿Quién reunía las condiciones necesarias de valor, pericia y abnegación para salir airoso de semejante cometido? ¿Quién sería capaz de apaciguar los prejuicios y el miedo de las tropas destacadas para servir en la flota, de matar en ellas la angustiosa quimera de que se les iba a abandonar alegremente al pavoroso elemento y de infundirles confianza en sí mismas, en su jefe y en el venturoso final de su empresa?

El rey comunicó todas estas dificultades al leal Nearco y le pidió su consejo sobre quién sería el hombre más adecuado para tomar el mando de la flota. Nearco fué dándole un nombre tras otro, pero el rey los rechazó todos; unos porque no le parecían lo bastante resueltos, otros porque no los consideraba suficientemente leales para exponerse por él a tan grandes peligros, otros porque no se hallaban bastante familiarizados con las cosas del mar o con el espíritu de las tropas, o porque sentían con demasiada fuerza la nostalgia de la patria y de las comodidades de una vida sosegada y apacible. Por último Nearco propuso su propio nombre, según él mismo cuenta en sus memorias: "Yo, ¡oh rey!, aceptaría con gusto el mando de la flota y, con la ayuda de los dioses, procuraría llevar a barcos y hombres sanos y salvos hasta las costas de Persia, siempre y cuando que el mar sea navegable y la empresa hacedera para fuerzas humanas". Pero el rey se opuso, diciendo que no podía exponer a nuevos peligros a un hombre como él, tan leal y tan cargado de méritos. Nearco insistió, suplicó que se le concediera aquel honor, y Alejandro hubo de reconocer que no había nadie que reuniera mejores condiciones que él para llevar a cabo semejante empresa; las tropas, que veneraban al probado jefe de la flota y conocían la gran afección del rey por él, verían en aquella elección una garantía para ellas mismas, puesto que Alejandro no pondría a un gran amigo y a uno de sus mejores jefes al frente de una empresa de cuyo éxito desesperase él mismo. Y así, fué designado para encabezar aquella expedición marítima Nearco, hijo de Andrótimo, nacido en Creta y ciudadano de Anfipolis; era la elección más feliz que Alejandro podía hacer. Y si al principio las tropas destacadas para servir en la flota pudieron sentirse abatidas y preocupadas por su suerte, la designación del hombre que había de encabezarlas, la solidez y hasta el esplendor de los preparativos que se hacían para el viaje y del aparejo de los buques, la seguridad con que Alejandro prometía a todos y se prometía a sí mismo un desenlace feliz, la gloria de participar en la empresa más intrépida y peligrosa de cuantas habían acometido y, final-

mente, el ejemplo del propio Alejandro, que no había vacilado en arrostrar las rompientes de la desembocadura del Indo y en aventurarse casi solo a las aguas del océano, disipó todos los temores que pudiera haber en ellas y ya esperaban con alegría y con impaciencia el día en que habrían de partir.

Alejandro había tenido medios para informarse acerca de las particularidades del monzón. Generalmente, estos vientos soplan durante el verano del sudoeste y durante el invierno del nordeste, pero al llegar a las costas de Gedrosia, que se extienden hacia el oeste en línea regular, el monzón se convierte en un constante viento este; éste comienza, con ligeras variantes, en el mes de octubre, se estabiliza hacia el final del mes y sopla ya ininterrumpidamente hasta febrero. Esta particularidad de los vientos del Océano Indico, extraordinariamente favorable para el viaje costero que pensaba realizar la flota, debía, naturalmente, ser aprovechada, para lo cual había que procurar que los barcos partieran a fines de octubre. La partida del ejército de tierra no podía demorarse hasta entonces, por dos razones: porque la situación del imperio reclamaba el rápido regreso de Alejandro y porque era necesario ir acumulando a lo largo de la costa las provisiones necesarias y abriendo pozos para que la flota, que no podía llevar consigo provisiones para una travesía tan larga, se aprovisionara en distintos puntos del litoral. En vista de ello, Alejandro dió la orden de que los barcos permanecieran hasta comienzos de noviembre en los fondeaderos de Patala, hizo que se reunieran provisiones para cuatro meses con destino a ella y se preparó para partir de la India al frente de su ejército de tierra.

# LIBRO CUARTO

Τάδ' οὐχ ὑπ' ἄλλων, ἀλλὰ τυῖς αὑιοῦ πιεροῖς

## CAPITULO I

*Alejandro parte de la India.—Combates en el país de los oritas.—Marcha del ejército a través de los desiertos de la Gedrosia hasta Carmania.—La travesía de Nearco.—Regreso a Persia. Desórdenes en el imperio.—Castigo de los culpables.—Segunda huída de Harpalo.—Las bodas de Susa.—Reorganización del ejército.*

El país del Indo se halla cerrado al oeste por poderosas montañas que se extienden desde el río Cofen hasta el océano. Muy cerca de las playas, sus últimas estribaciones alcanzan alturas hasta de 1,800 pies. Estas cadenas montañosas, enclavadas entre el delta del Indo y las costas desérticas de la Gedrosia, entre el valle del Sind y la altiplanicie ariana, se hallan cruzadas por muy pocos desfiladeros y constituyen verdaderas murallas de roca. Del lado de allá, hacia levante, reina un calor tropical húmedo, abunda el agua, la vegetación es exuberante, hay abundantes especies animales, una gran densidad de población y un comercio social ramificadísimo, que gira en torno a los mil productos y necesidades de una civilización inmemorial; hacia poniente, del lado de acá de las montañas, que se yerguen como montones de rocas escuetas, un laberinto de paredes rocosas y escarpadas y estepas montañosas, en el centro del cual se abre la meseta de Kelat, desnuda, triste, bañada por un frío seco o por un ardor estival corto y aplanante y que ha sido llamada con razón "el desierto de la pobreza". Por el norte y el oeste la flanquean escarpadas montañas a cuyas faldas se extiende el mar de arena del desierto de la Ariana, un océano infinito con la atmósfera teñida de color rojizo tornasolado por la arena ardiente y volandera, con las dunas cambiantes y falsas como las olas del mar, en las que se pierde el peregrino y se hunde el camello. Tal es el desolador camino que conduce al interior de aquellas tierras. Y no son menos desolados y temibles los páramos de la costa y el camino que lleva a través de ellos hacia el oeste.

Cuando se sube de la India por los desfiladeros de la gran cordillera divisoria, se abre un paisaje bajo, a la izquierda el mar, al oeste y al norte montañas y al fondo un río que corre hacia el océano, la última agua corriente que el viajero encontrará en su camino; campos de trigo en las faldas de las montañas, aldeas y poblados diseminados en la llanura, los últimos que se ofrecerán a la vista del viajero en una marcha de meses. Al norte, penosos desfiladeros laberínticos conducen de esta llanura a los desiertos montañosos de Kelat; al oeste, las montañas de los oritas, que bajan hasta el mar. Después de cruzarlas, comienzan los verdaderos horrores del desierto; la costa es allí llana, arenosa, cálida, sin una hierba, sin un

matorral, surcada de vez en cuando por los lechos arenosos de ríos y riachuelos secos, poco menos que inhabitable; los míseras chozas de pescadores dispersas en la playa a una distancia de varias millas una de otra, hechas de espinazos de pescado y algas marinas y plantadas a la sombra de un grupo solitario de palmeras, son la única vivienda con que se tropieza en días y días de marcha, y los pocos hombres que se encuentran al paso producen una impresión de miseria mayor todavía que el país. Como a un día de marcha hacia el interior, se alzan unas colinas rocosas y peladas por entre las que corren unos arroyuelos que en la época de lluvias crecen de pronto y cuyas aguas embravecidas se precipitan impetuosamente hacia la costa, cavando en ella aquellos cauces arenosos que el resto del año permanecen secos, cubiertos de maleza, mimosas y tamariscos y llenos de lobos, chacales y nubes de moscas. Detrás de aquellas rocas peladas se extienden el desierto de la Gedrosia, que tiene varios días de marcha de ancho, habitado por una serie de tribus nómadas y más temible para el extranjero que se vea obligado a atravesarlo; la soledad, la aridez, la falta de agua son las penalidades más soportables de aquellos parajes; por el día, un sol ardiente y un polvo abrasador que inflama los ojos y corta casi la respiración, por la noche un frío que hiela los huesos y los bramidos de las fieras hambrientas, sin que se vea por ninguna parte un techo o un poco de pasto, ni una migaja de comida ni una gota de agua, a su partida, para varios meses; para abastecerse de agua y de comida

Por estas tierras se cuenta que regresó de la India la reina Semíramis y que de los cientos de miles de hombres que formaban su ejército gigantesco sólo llegaron con ella a Babilonia veinte, cuando más. También de Ciro se dice que emprendió este camino en su retirada, y que su ejército corrió igual suerte. Ni el mismo fanatismo del Islam se atrevió a penetrar conquistadoramente en este desierto; el califa prohibió a su general Abdallah marchar hacia este país, sobre el que había caído, evidentemente, la maldición del profeta.

### ALEJANDRO PARTE DE LA INDIA

Alejandro escogió este camino, no para realizar una hazaña más grande que la de Ciro y Semíramis, como pensaban los autores antiguos, ni para hacer olvidar las bajas experimentadas en su expedición a la India con pérdidas aún más desastrosas, como ha creido descubrir la sagacidad de algunos historiadores modernos. Lo escogió, sencillamente, porque no tenía más remedio; porque no quería que quedaran entre las satrapías del Indo y las del golfo Pérsico territorios sin dueño y tribus aún no sometidas, que pudieran entorpecer la obra de conjunto de la ocupación; porque no quería que aquellas montañas escarpadas que bordeaban el desierto fuesen constante asilo de hordas rapaces y de sátrapas rebeldes. Pero, más importante aún que estas razones era la necesidad de prestar ayuda a la flota, que había de navegar a lo largo de aquellas desoladas costas para abrir la ruta marítima entre la India y Persia; no era posible aprovisionarla y proveerla de agua, a su partida, para varios meses; para abastecerse de agua y de comida

tendría que tocar de vez en cuando la costa, de la que, además, no podría alejarse demasiado, según las reglas náuticas de aquel entonces. Para que aquella expedición marítima no fracasara y consiguiera su finalidad, o sea abrir una ruta por el mar del Eufrates al Indo, era necesario, ante todo, hacer que la costa fuese accesible a los navegantes, abrir en ella pozos de agua potable, reunir y preparar provisiones, impedir toda posible resistencia por parte de los habitantes del litoral e incorporar al imperio a la población de aquella zona, sobre todo a la de los distritos más ricos. Tales fueron las razones que movieron a Alejandro a emprender el regreso por Gedrosia, a pesar de que no podía desconocer las características del terreno que tendría que atravesar; no le era lícito renunciar al grandioso plan que se había trazado por consideración a los peligros que llevaba aparejados aquella expedición; no podía rehuir los peligros que habría de costar necesariamente aquella empresa de la que él esperaba, y con razón, resultados extraordinarios. El sátrapa de la Carmania, Sibirtio, habría recibido, indudablemente, instrucciones para avanzar desde el oeste hasta donde pudiera, con los elementos más indispensables para el ejército expedicionario; y Alejandro habría averiguado, sin ningún género de duda, que las tierras colindantes con la India tenían en su interior bastantes valles fértiles y poblados que, una vez ocupada la región, podrían procurar provisiones suficientes para la expedición a lo largo de la costa.

Las tradiciones no nos permiten saber, ni siquiera aproximadamente, qué número de tropas conduciría Alejandro a través de la Gedrosia. Tal vez podamos suponer que la flota estaba formada por unos 100 barcos y que su tripulación ascendía, en total, sobre poco más o menos, a 12,000 hombres y unos 2,000 epibatas. El ejército a cuyo frente marchaba Crátero por la Arajosia debía de ser considerablemente mayor. Según una noticia segura, los efectivos totales de Alejandro al entrar en la Alejandría sogdiana eran 120,000 hombres; si descontamos los 30,000 hombres que permanecieron, aproximadamente, en las satrapías índicas y en las ciudades recién fundadas, los efectivos mandados por Crátero y la dotación de la flota, llegamos a la conclusión de que Alejandro emprendería su marcha acompañado por unos 30,000 a 40,000 soldados. Consignamos esto aquí simplemente para recordar lo que es necesario saber para poder formarse una idea pragmáticamente clara de lo que fué esta expedición de regreso.

Sería hacia fines de agosto del año 325 cuando Alejandro partió de Patala y de la India. El ejército expedicionario cruzó pronto la cordillera fronteriza y llegó a los desfiladeros de la parte norte; al noveno día, aproximadamente, llegó al valle del Ariostromes, habitado del lado de acá por los arbitas y del lado de allá, hasta las montañas, por los oritas.

## COMBATES EN EL PAÍS DE LOS ORITAS

Ninguna de estas dos tribus se había sometido aún al nuevo imperio, razón por la cual Alejandro dividió en dos su ejército para atravesar su país y, en caso necesario, devastarlo. Algunas fuerzas mandadas por él mismo, y otras unidades

conducidas por Leonato y Tolomeo, dedicáronse a recorrer el país, mientras Efestión iba detrás con el resto de las tropas. Alejandro se dirigió a la izquierda, hacia el mar, para ir abriendo pozos de agua potable con destino a su flota y lanzarse luego sobre los oritas, tribu que estaba considerada como muy numerosa y aguerrida. Ante la noticia de la llegada de los macedonios, los oritas habían abandonado sus aldeas y huído al desierto. Alejandro llegó con sus tropas al río Arbios, estrecho y fácilmente vadeable, que cruzaron sin ninguna dificultad; una marcha nocturna a través de la comarca arenosa que se extiende hacia el oeste desde la ribera derecha de este río los colocó al despuntar el día delante de los campos bien cultivados y las aldeas de los oritas. La caballería recibió inmediatamente la orden de avanzar en escuadrones y desplegada a distancia prudencial, para cubrir el mayor campo posible, mientras que la infantería seguía en formación compacta. Donde los indígenas intentaron resistir y se atrevieron a luchar contra la lanza macedonia con sus flechas emponzoñadas, fueron dominados fácilmente, sus aldeas incendiadas y ellos mismos, cuando quedaban vivos, hechos prisioneros y vendidos como esclavos. Las tierras bajas de los oritas fueron reducidas sin grandes bajas; la herida de flecha que puso en peligro la vida del lágida Tolomeo se curó fácil y rápidamente. Alejandro acampó con sus tropas junto a un riachuelo, esperando la llegada de Efestión. Después de reunírsele éste, siguió hasta el poblado de Rambacia, el más importante de los dominios de los oritas; la situación parecía favorable para el comercio y la defensa del país; en vista de ello, Alejandro decidió convertirlo en capital de la satrapía de los oritas y colonizarlo; Efestión se quedó allí, con el encargo de fundar la Alejandría oritia. Por su parte, Alejandro, acompañado por la mitad de los hipaspistas y los agrianos y su escolta de caballería, se dirigió hacia las montañas que separaban las tierras de los oritas y los gedrosios, pues le habían informado de que en los desfiladeros por los que pasa el camino hacia la Gedrosia se habían emboscado gran número de gedrosios y oritas para cerrar, juntos, el paso a los macedonios. Pero, tan pronto como éstos se acercaron a la entrada de los desfiladeros, los bárbaros salieron huyendo ante un enemigo cuya fuerza irresistible conocían tan bien como su cólera arrolladora después de la victoria; los cabecillas de los oritas bajaron humildemente hasta donde estaba Alejandro para someterse a él con sus personas, sus pueblos y su hacienda. Alejandro los recibió más amablemente de lo que ellos habían esperado; les encargó de que reuniesen de nuevo las poblaciones de sus aldeas dispersas y les prometieran en su nombre paz y seguridad; les exhortó a que prestaran obediencia a su sátrapa Apolófanes, nombrado por él para gobernar su país, el de los arbitas y los gedrosios, y a que dieran cumplimiento, sobre todo, a las normas que se dictaran para aprovisionar a la flota macedonia. Al mismo tiempo, y para garantizar la efectividad de sus órdenes, dejó en la nueva satrapía a Leonato, el oficial de la guardia, con un ejército importante, formado por todos los agrianos, una parte de los arqueros, unos cuantos cientos de hombres de la caballería macedonia y de los mercenarios helénicos y una cifra proporcional de tropas pesadas y de infantería asiática, con el encargo de aguardar la llega-

da de la flota a aquellas playas y de tener preparado todo lo necesario para recibirla, de llevar a cabo la colonización de la nueva ciudad, de hacer frente a los posibles desórdenes y actos de resistencia por parte de aquel pueblo y de hacer cuanto estuviera de su parte por atraer a las nuevas condiciones de vida a los oritas, hasta entonces independientes; por su parte, Apolófanes, el sátrapa, recibió el mandato de hacer todo lo posible por reunir en el interior de Gedrosia ganado de carne y provisiones suficientes para que el ejército no pasara hambre.

### MARCHA DEL EJÉRCITO A TRAVÉS DE LOS DESIERTOS DE LA GEDROSIA HASTA CARMANIA

Tras esto, Alejandro abandonó el país de los oritas, camino de la Gedrosia. La faja de la costa, llana y cálida, fué ensanchándose y haciéndose más desolada, el calor era más sofocante y el camino más penoso; los expedicionarios recorrían durante días enteros solitarias zonas arenosas, en las que de vez en cuando algún grupo de palmeras brindaba una mísera sombra bajo un sol abrasador que caía casi perpendicularmente sobre las cabezas; más frecuentes eran los arbustos de la mirra, que aromatizaban intensamente la atmósfera bajo los rayos ardientes del sol y cuya resina fluía sin que nadie la aprovechara; los comerciantes fenicios, que seguían al ejército con numerosos camellos, reunieron allí grandes cantidades de aquella preciosa sustancia, muy apreciada en el occidente bajo el nombre de mirra arábiga. Cerca del mar o de los ríos florecía el tamarisco, con su intenso perfume y al ras de la tierra retorcíanse las raíces del nardo índico y crecía una maleza espinosa, en la que quedaban presas, como los pájaros en las redes, las liebres que venían huyendo, asustadas, ante el estrépito del ejército. Las tropas pasaban las noches cerca de estos lugares y se tendían a descansar sobre lechos de hojas de mirra y de nardo. Pero, a medida que avanzaban, la costa iba haciéndose más desolada y más intransitable. Los ríos sumíanse entre la arena ardorosa e iba desapareciendo toda vegetación; durante millas y millas no se veía rastro de hombres ni de bestias. Las tropas empezaron a marchar por las noches y a descansar durante el día; se internaron más, para recorrer aquel desierto por el camino más corto y, al mismo tiempo, para buscar provisiones con destino a la flota; algunos destacamentos fueron enviados por la costa para que fuesen depositando allí las provisiones, abriendo pozos y explorando la accesibilidad de aquellas playas para los barcos. Algunos de los soldados de caballería encargados de este servicio al mando de Toas trajeron la noticia de que en la costa no había más que unas cuantas chozas de pescadores hechas de costillas de ballena y algas; sus habitantes, gentes míseras y pobres de espíritu, vivían de pescado seco y de harina de pescado y bebían el agua salobre de los pozos abiertos en la arena; las tropas macedonias habían llegado al país de los ictiófagos. Decíase que tierra adentro se encontraban algunos poblados; decidieron ir en busca de ellos, pues la falta de víveres iba haciéndose ya muy sensible. Tras largas y agotadoras marchas nocturnas, en las que ya no era posible mantener la disciplina y el orden proverbiales

del ejército macedonio, alcanzaron la comarca que se les había indicado, de las pocas provisiones que en ella se pudieron obtener se distribuyeron raciones bastante cortas entre los soldados, para enviar el resto a la costa, cargado en camellos y con el sello del rey; pero, tan pronto como Alejandro se hubo puesto en marcha con las primeras columnas, los soldados que habían quedado de guardia para vigilar las provisiones rasgaron los sellos reales de los fardos y, rodeados por sus camellos, que bramaban de hambre, se repartieron tranquilamente lo que tenían la misión de guardar, sin preocuparse más que de no morir de inanición. Alejandro, enterado de lo sucedido, no quiso castigar aquel acto de indisciplina y se limitó a reunir nuevas provisiones y a enviarlas a su destino bajo más segura salvaguarda; ordenó a los habitantes del interior del país que hicieran el mayor acopio posible de trigo, dátiles y ganado para matanza y lo enviaran a la costa y dejó atrás a hombres seguros para hacerse cargo de aquellos transportes.

Mientras tanto, el ejército seguía avanzando. Ya iba acercándose a la parte más espantosa del desierto; el hambre, la miseria, la indisciplina de la tropa crecían en proporciones aterradoras. En diez, en quince millas a la redonda ni una gota de agua, anchas dunas de arena profunda, ardiente, ondulada y movediza como un mar tormentoso, en las que, hundiéndose más y más a cada paso, iba arrastrándose la columna a duras fuerzas, para empezar de nuevo el mismo trabajo sobrehumano poco después; añádase a esto la oscuridad de las noches, el desorden alarmantemente progresivo de la tropa, cuyas últimas fuerzas iban agotándose por el hambre y la sed y a la que las privaciones infundían una codicia egoísta y salvaje. Mataban los caballos, los camellos y los mulos para comer su carne; desenganchaban las bestias de tiro de los carros en que se transportaba a los enfermos y se abandonaba a éstos a su suerte, para seguir marchando, cuando se podía, con una prisa triste y febril; quien se quedaba atrás, rendido por la fatiga o el agotamiento, ya no encontraba por la mañana el rastro del ejército y, si acaso lo descubría, esforzábase en vano por darle alcance; caía entre espantosos estertores bajo el ardiente sol del mediodía o se perdía en los laberintos de las dunas, agonizando lentamente de hambre y de sed. Y los otros eran felices si antes de que despuntase el día encontraban un pozo para poder apagar su sed y descansar; no pocas veces era necesario seguir marchando cuando ya el sol quemaba a través del aire ardiente y enrojecido y la arena era un ascua viva bajo los pies llenos de llagas; los caballos caían entre estertores y los hombres se derrumbaban con los ojos y la boca teñidos en sangre o se tendían a morir, rendidos por el hambre y la fatiga, mientras las filas, ya deshechas, de los demás pasaban con un silencio espectral por delante del camarada agonizante; y cuando, por fin, llegaban a un pozo, todos se precipitaban febrilmente a él y bebían con un ansia insaciable para pagar luego con una muerte espantosa aquella última satisfacción de sus deseos. En uno de los lugares de descanso —un riachuelo casi seco corría por delante— acampó el ejército durante un día y estaba reposando bajo las tiendas; de pronto, el lecho del río se llenó y se desbordó, arrollándolo todo a su paso; armas, bestias, tiendas, hombres, todo fué barrido por las aguas

torrenciales y, antes de que se pudiera pensar siquiera en poner remedio a aquello, la catástrofe había llegado ya a su punto culminante; la tienda de Alejandro y una parte de sus armas fueron arrastradas por las aguas y a él le costó no poco esfuerzo salvarse de su furia.

Los horrores iban acumulándose uno tras otro. Y cuando, por último, al reanudarse la marcha, se levantó un huracán que revolvió las dunas del desierto y borró sin dejar huella todos los caminos, y los guías indígenas se perdieron y no sabían ya hacia dónde ir, hasta los más valerosos sintieron que el ánimo se les abatía y todos se creían condenados a perecer en aquel infierno. Alejandro reunió en torno suyo a sus jinetes más vigorosos, un puñado de ellos solamente, para buscar entre todos el mar; les exhortó a que apelaran a sus últimas fuerzas y le siguiesen. Cabalgaron en dirección al mediodía a través de las profundas dunas, atormentados por la sed y habiendo llegado ya al último límite del agotamiento; los caballos iban quedando muertos por el camino y los jinetes no podían seguirse arrastrando; sólo el rey y otros cinco siguieron avanzando incansablemente; por fin, vieron el mar azul, desmontaron, cavaron con sus espadas en la arena buscando agua potable y brotó un chorro, en el que calmaron su sed; en seguida, Alejandro se fué en busca de su ejército y lo condujo hacia la costa, refrescada por las brisas del mar, y hacia las fuentes de agua dulce que corrían en ella. Después de esto, los mandos volvieron a recobrarse y dirigieron al ejército otros siete días a través del desierto, donde ya no escaseaba el agua y se encontraban de cuando en cuando provisiones y algunas aldeas; al séptimo día, las tropas se dirigieron más hacia el interior del país y, cruzando por tierras exuberantes y alegres, llegaron a Pura, capital de la satrapía de Gedrosia.

Por fin, el ejército había llegado a la meta de su marcha, ¡pero, en qué estado! La marcha desde el límite de los oritas a través del desierto había durado sesenta días, pero las penalidades y las pérdidas ocasionadas por ella eran mayores que las de todas las campañas anteriores juntas. Aquel ejército que había partido de la India tan orgulloso y rico había quedado reducido a su cuarta parte, y este triste puñado de supervivientes del ejército que había conquistado un mundo llegaba a Pura famélico y desencajado, en harapos, casi sin armas, con unos cuantos caballos que apenas podían tenerse en pie, formando todos, hombres y bestias, una caravana de miseria, de dolor y de derrota. Así llegó Alejandro a la capital de una de sus satrapías. Ordenó un largo descanso para que sus tropas agotadas se repusieran del penoso éxodo y para que fueran concentrándose allí los que habían quedado extraviados por los caminos. El sátrapa de Oritis y Gedrosia, que había recibido la orden de aprovisionar los caminos del desierto y cuya negligencia había causado en buena parte aquella catástrofe, fué separado del cargo, designándose sucesor suyo en él a Toas.

Luego, Alejandro salió para la Carmania, donde esperaba encontrar a Crátero con su ejército y a varios jefes militares de las provincias altas, a quienes se había ordenado reunirse allí. Debían de ser los primeros días de diciembre y no se había recibido aún la menor noticia de la flota y de sus vicisitudes. Y si la

expedición encomendada al valeroso Nearco era ya de por sí peligrosa y la incertidumbre acerca de su desarrollo altamente intranquilizadora, Alejandro, después de las terribles experiencias de los últimos dos meses y de sus indescriptibles penalidades, sentíase inclinado más bien a temer lo peor que a confiar en el éxito de su grandioso plan; aquellas costas, que habían ofrecido tan mísero sustento a la mayor parte de su ejército, eran el último y único refugio con que contaba la flota; eran, además, costas áridas, arenosas y sin puertos, que mejor parecían destinadas a hacer más temibles las incalculables contingencias del viento y la tempestad que a ofrecer un abrigo contra ellas; un huracán, y la flota y el ejército que transportaba habrían perecido irremediablemente; una navegación imprudente, y el océano era lo suficientemente grande para que en él se perdiese la más potente flota.

### LA TRAVESÍA DE NEARCO

En esto se presentó al rey el hiparca de la región con la noticia de que a cinco días de marcha hacia el sur, en la desembocadura del río Anamis, se hallaba Nearco con la flota en buen estado y que, al saber que el rey se encontraba en las tierras altas de la Carmania, había hecho acampar a su ejército detrás de murallas y fosos y vendría a presentarse muy pronto a Alejandro.

En los primeros momentos, éste sintió una alegría extraordinaria, pero pronto fueron ganando terreno en su espíritu la impaciencia, la duda y la preocupación. Nearco no acababa de presentarse; pasaron días y días; enviáronse varios mensajeros; unos volvieron informando que no habían encontrado por ninguna parte a los macedonios de la flota y que nadie daba cuenta de ellos; otros no regresaban. Por último, Alejandro mandó apresar y cargar de cadenas al hiparca que andaba inventando cuentos desleales y se permitía jugar alegremente con el duelo del ejército y del rey. Estaba más triste todavía que antes y los sufrimientos del cuerpo y del alma se reflejaban en la palidez mortal de su rostro.

El hiparca había dicho la verdad: Nearco había arribado con su flota a las costas de la Carmania; había llevado a cabo felizmente una empresa que superaba ya en peligros y en maravillas a cualquier otra y que había tropezado, además, con dificultades extraordinarias por una serie de coincidencias fortuitas.

Las dificultades habían empezado ya en el río Indo; apenas Alejandro hubo traspuesto las fronteras de la India con su ejército de tierra, los hindúes, creyéndose libres y seguros, empezaron a producir trastornos y desórdenes alarmantes, por lo cual la flota ya no podía considerarse a salvo en el Indo. En vista de que la misión que se le había asignado no era la de defender el país, sino la de conducir la flota hasta el golfo Pérsico, Nearco, que lo tenía todo dispuesto para partir, se hizo a la vela rápidamente el 21 de septiembre*, sin aguardar al período en que se estabilizaban los vientos del este, y en pocos días dejó atrás los canales del delta del Indo; luego los fuertes vientos del sur le obligaron a buscar el

* Véase nota 16, al final.

abrigo del promontorio que separa a la India de las tierras de los arbitas, en un puerto al que dió el nombre de Alejandro, a desembarcar y a esperar en tierra veinticuatro días a que los vientos se estabilizasen. Partió de nuevo el 23 de octubre, pasó de largo por delante de la desembocadura del Arbios después de vencer una serie de peligros, conduciendo unas veces a sus barcos por entre escarpadas rocas y luchando otras veces contra las furiosas rompientes del océano, y habiendo capeado el 30 de octubre un horroroso temporal que echó a pique tres de sus barcos, tocó tierra cerca de Cocala para descansar diez días y reparar las naves averiadas; era, precisamente, el lugar en que pocos días antes Leonato había vencido a los bárbaros de aquella región en un combate sangriento; el sátrapa Apolófanes de Gedrosia había perecido en aquel encuentro. Después de aprovisionarse abundantemente y de celebrar varias entrevistas con Leonato, Nearco hízose de nuevo a la vela rumbo al oeste y el 10 de noviembre la escuadra ponía proa a la desembocadura del río Tomeros, en cuyas orillas esperaban nutridas huestes de oritas armados, para impedir la entrada de los barcos; un ataque audaz bastó para dominarlos y ganar un lugar de desembarco tranquilo para varios días.

El 21 de noviembre la flota llegaba a las costas de los ictiófagos, aquel mísero y espantoso desierto en que había comenzado la catástrofe del ejército de tierra; también el ejército de mar sufrió mucho a su paso por aquellas costas, pues la carencia de agua dulce y de provisiones hacíase cada día más agobiadora. Finalmente, en una aldea de pescadores situada detrás del cabo Bagea encontraron un indígena llamado Hidraces, que se brindó a acompañar a la flota como práctico; este hombre fué de gran utilidad a los expedicionarios; gracias a sus consejos pudieron hacerse en lo sucesivo escalas mayores y aprovechar para la navegación las noches frescas. Bajo una penuria cada vez más angustiosa, la flota iba costeando y dejando atrás las playas arenosas de la Gedrosia y, cuando ya el descontento de la marinería había alcanzado un grado peligroso, se descubrieron, por fin, las costas de la Carmania, cubiertas de árboles frutales, de palmares y de viñedos; las penalidades y las privaciones habían pasado y los buques se acercaban a la tan ansiada entrada en las aguas del golfo Pérsico; ya iban costeando tierras amigas. A la izquierda divisaron la punta de la Arabia, que avanza hasta muy adentro del mar, que los antiguos llamaban la Maceta y desde donde, según se decía, llevaban a Babilonia la canela y otros frutos índicos.

La flota atracó junto a Harmozia, en la desembocadura del Anamis y la marinería acampó a las orillas del río, para descansar después de tantas fatigas y recordar alegremente los peligros pasados, que tantos desesperaban ya de llegar a vencer. No sabían nada del ejército de tierra, pues desde las costas de los ictiófagos se había perdido todo rastro de él. Por casualidad, algunas gentes de Nearco, que se habían internado un poco en tierra en busca de víveres, vieron a lo lejos un hombre vestido a la usanza helénica; corrieron hacia él y averiguaron uno y otros, entre lágrimas de alegría, que eran todos de la Hélade. Preguntáronle de dónde venía y quién era. Les contestó que venía del campamento de Alejandro y que el rey no estaba lejos de allí; locos de contento, lleváronle a presencia de

Nearco, a quien el extraño dijo que Alejandro se encontraba como a cinco días tierra adentro, a la vez que se ofrecía para conducirle ante el hiparca de la región. Así se hizo y Nearco discurrió con el hiparca el mejor medio de llegar hasta el rey. Mientras volvía a donde había dejado la flota, con el fin de dejar todas las cosas en orden y mandar que se atrincherara el campamento, el hiparca, deseoso de ganarse el favor del rey llevándole la primera noticia del feliz arribo de la flota, había salido corriendo hacia el interior del país por el camino más corto para entregar a Alejandro aquel mensaje que había de causarle tantos disgustos, por falta de confirmación.

Por fin, y a partir de ahora es el propio Nearco quien relata lo sucedido, las providencias adoptadas con respecto a la flota y al campamento estaban ya tan avanzadas en su ejecución, que, acompañado por Arquias de Pela, segundo comandante de la flota, y por cinco o seis hombres, partió del campamento hacia el interior del país. Por el camino se encontraron con algunos de los mensajeros enviados por Alejandro para averiguar su paradero; pero no reconocieron a Nearco ni a Arquias, cuyo semblante y figura habían cambiado tanto que parecían otros; tenían el pelo y la barba muy crecidos, el rostro pálido, el cuerpo enflaquecido, el vestido hecho andrajos y lleno de brea. Cuando los que subían hubieron preguntado a los que bajaban en qué dirección quedaba el campamento del rey, los orientaron acerca del camino y ellos siguieron el suyo. Arquias, sin embargo, sospechando lo que ocurría, dijo: "Me parece que esos hombres van buscándonos; no tiene nada de particular que no nos hayan reconocido, pues nuestras fisonomías deben de haber cambiado mucho desde que salimos de la India; digámosles quiénes somos y preguntémosles a ellos qué comisión llevan". Les dieron alcance y Nearco les interrogó; contestaron que iban en busca de Nearco y del ejército de la flota. Nearco dijo: "Yo soy el que buscáis, llevadnos ante el rey". Entonces, muy contentos, los subieron a su carro y los llevaron al campamento; pero, por mucho que corrieron, se les adelantaron algunos con la noticia y la comunicaron en la tienda del rey: "Pronto llegará Nearco con Arquias y otros cinco hombres". Pero como el rey no sabía aún nada del resto del ejército y de la flota, creyó que, aunque aquéllos se hubiesen salvado insospechadamente, la flota y el ejército se habrían perdido, y sintió mayor tristeza todavía que antes. En esto, Nearco y Arquias entraron en la tienda de Alejandro. Alejandro apenas los reconoció, alargó la mano a Nearco, lo llevó a un lado y estuvo llorando largo tiempo con él; por fin habló y dijo: "El volver a verte a tí y a Arquias hace que la gran pérdida sufrida me sea menos dolorosa; y ahora cuéntame cómo perecieron mi flota y mi ejército". A lo que Nearco contestó: "¡Oh rey!, las dos cosas, el ejército y la flota, se han salvado para ti, y nosotros venimos aquí a anunciarte, como mensajeros, su feliz arribo!" Al oír aquello, Alejandro rompió a llorar con mayor fuerza, pero ahora eran lágrimas de alegría, y todos los que le rodeaban prorrumpieron en gritos de júbilo; por su parte, Alejandro juró por Zeus y por Ammón que aquel día era más caro para él que la posesión de toda el Asia.

A Carmania había llegado también Crátero, con su ejército y sus elefantes, después de una marcha feliz a través de la Arajosia y la Drangiana; ante las noticias de las enormes bajas sufridas por Alejandro, habíase apresurado a aportar al rey su fresco y vigoroso ejército. Al mismo tiempo que él, llegaron los jefes militares destacados en la Media desde hacía cinco años: Cleandro, al frente de los mercenarios veteranos; Heracón, al mando de los jinetes mercenarios que antes mandara Ménidas; Sitalces, con la infantería tracia, y Agatón, encabezando la caballería odrisia, en total 5,000 hombres de a pie y 1,000 de a caballo. También habían acudido a la Carmania, con camellos, caballos y grandes rebaños de ganado de tiro, el sátrapa Estasánor de la Aria y la Drangiana y Farasmanes, hijo del sátrapa de la Partia, Fratafernes, con el propósito al principio de ayudar al ejército del rey, que aún creían lejos de allí, en su paso a través del desierto; pero aún ahora fueron bien recibidos ellos y lo que traían, y los camellos, caballos y bueyes fueron distribuidos entre el ejército, según las normas usuales. Todo esto, unido a la belleza, a la suavidad del clima y a la fertilidad de las tierras carmánicas, a los cuidados y al descanso que allí se prodigaron a los soldados y, por último, a la presencia de Alejandro, cuya actividad no había sido jamás tan concienzuda ni tan abnegada, hizo que en poco tiempo se borraran las huellas de las tremendas penalidades sufridas y que el ejército macedonio volviera a sentir la firmeza y la confianza en sí mismo de los mejores tiempos. Después, celebráronse fiestas de todas clases para agradecer a los dioses el término feliz de la campaña índica, el regreso del ejército y la milagrosa conservación de la flota; se ofrendó a Zeus el salvador, a Apolo el que desviaba las maldiciones, a Poseidón el que hacía estremecerse la tierra y a los dioses del mar; hubo desfiles solemnes, cantáronse canciones corales y realizáronse brillantes torneos. Nearco desfiló coronado al lado de Alejandro, coronado también, y el ejército, jubiloso, arrojó sobre ellos flores y cintas de colores alegres y abigarrados. Nearco hubo de repetir el relato de su travesía ante todo el ejército reunido en asamblea; él y algunos otros conductores de la flota fueron premiados por el rey con regalos, ascensos y honores de todas clases; Peucestas, que hasta entonces había sido escudero de Alejandro y el que había salvado su vida en el asalto a la ciudad de los malios, fué incorporado con el número ocho a los siete somatofílaces tradicionales.

Al mismo tiempo, Alejandro dió instrucciones para la etapa siguiente: la flota debía seguir navegando a lo largo de las costas del golfo Pérsico hasta la desembocadura del Pasitigris y seguir luego, río arriba, hasta Susa; Efestión, con la mayor parte del ejército de tierra, los elefantes y la impedimenta, para no exponerse a los malos caminos, a la nieve y al frío del invierno en las regiones montañosas, marcharía por las tierras llanas de la costa, donde había provisiones abundantes y en que el clima, en esta época del año, era suave y los caminos cómodos, y en la llanura de Susa se reuniría con la flota y el resto del ejército. Mientras tanto, Alejandro, con la caballería macedonia y la infantería ligera y, sobre todo, con los hipaspistas y una parte de los arqueros, se dirigiría a Susa por el camino más corto, cruzando las montañas por Pasargada y Persépolis.

## REGRESO A PERSIA. DESÓRDENES EN EL IMPERIO

Alejandro regresaba, pues, a las tierras que había sometido hacía varios años por la fuerza de las armas; era ya hora de que regresara. Habían surgido en más de un punto graves desórdenes e innovaciones peligrosas; el espíritu de la arrogancia y el desenfreno característico de los sátrapas del antiguo imperio persa había empezado a manifestarse también, harto pronto, entre los gobernadores de las provincias del nuevo imperio. Muchos sátrapas, tanto macedonios como persas, a quienes la larga ausencia del rey había dejado dueños y señores de sus territorios, sin fiscalización alguna y en posesión de poderes ilimitados, habían oprimido a sus pueblos del modo más espantoso, habían dado rienda suelta a su codicia y a su lujuria, sin respetar siquiera los templos de los dioses ni las tumbas de los muertos; más aún, en previsión de la posibilidad de que Alejandro no volviera de la India, habíanse rodeado de huestes propias de mercenarios y habían tomado todas las medidas necesarias para sostenerse por la fuerza armada en el señorío de sus provincias. Los planes más insensatos, los apetitos más relajados, las más descabelladas pretensiones, estaban a la orden del día. La excitación desorbitada de aquellos años, en los que parecía haberse descartado todo lo tradicional y cierto y sólo parecía posible lo más inverosímil, no se daba por satisfecha más que con las aventuras más desenfrenadas y con el aturdimiento de los placeres o las pérdidas desmedidas. Aquel azaroso juego de dados de la guerra en que se había ganado el Asia podía fácilmente dar la vuelta y en una jugada desgraciada podía muy bien ocurrir que Alejandro perdiera todo lo que había ganado en su desatentada suerte. También el espíritu de los persas derrocados empezaba a cobrar nuevos bríos, a concebir nuevas esperanzas, y ya más de uno de aquellos príncipes orientales había intentado romper los vínculos apenas anudados para fundar principados independientes o para incitar a los pueblos a desertar de los macedonios en nombre de la antigua monarquía persa, que indudablemente, tarde o temprano, acabaría por restaurarse. Y no cabe duda de que cuando, tras varios años de ausencia del rey, tras los progresos cada vez más acentuados del desorden y la usurpación, se corrió la noticia de que el ejército conducido por Alejandro había perecido desastrosamente en el desierto de la Gedrosia, el movimiento de rebeldía alcanzaría en todas las provincias y en todos los espíritus un grado que amenazaría con el derrocamiento de todo lo existente.

Tales eran las condiciones con que había de enfrentarse Alejandro al regresar a las provincias occidentales al frente de los restos de su ejército. Todo estaba de nuevo sobre el tapete; un solo signo de miedo o de debilidad, y el imperio se derrumbaría, hecho añicos, sobre su fundador. Lo único que podía salvar a Alejandro y a su imperio eran la decisión más audaz, la más tensa fuerza de voluntad y de acción. En aquellas condiciones, el perdón y la magnanimidad habrían sido interpretados como una confesión de impotencia y habrían hecho perder sus últimas esperanzas a los pueblos, que aún seguían siendo leales al rey. No había

más remedio que aplicar la justicia más severa y despiadada, si se quería salvaguardar los derechos de los pueblos tan criminalmente maltratados y afianzar su confianza en el poder de Alejandro; no había más remedio que recurrir a medidas rápidas y enérgicas, si se quería devolver a la majestad de la nueva monarquía todo el brillo de su prestigio y consolidarla con el escarmiento de su cólera. Es muy posible que Alejandro se encontrase ahora dominado por ese sombrío estado de ánimo que hace temible al autócrata encolerizado. ¡Cuán lejos se hallaba ya de él el entusiasmo de los primeros días de la victoria, aquella alegre seguridad y aquellas ilimitadas esperanzas de la juventud! Defraudado tantas y tantas veces en su confianza, había ido acostumbrándose a recelar, a ser duro e injusto. Seguramente lo consideraría necesario, y no dejaba de tener sus razones para ello. Había transformado el mundo, y era natural que también hubiese cambiado él mismo. Ahora, Alejandro comprendía que era necesario empuñar firmemente las riendas del poder ilimitado; que era necesario hacer justicia rápidamente, castigar los desafueros, imponer una nueva obediencia y un régimen de gobierno severísimo.

## CASTIGO DE LOS CULPABLES

Ya en la Carmania había encontrado Alejandro culpas y crímenes que castigar. Había separado de su cargo al sátrapa Aspastes, que en el año 330 se había sometido a los vencedores, conservando de ese modo su puesto. Fué en vano que Aspastes saliese con diligente servilismo al encuentro del soberano, cuando éste se acercaba a su provincia; cuando la investigación confirmó las sospechas que sobre él pesaban, fué entregado al verdugo. Se designó a Sibirtio para sustituirle; pero como Toas, que debía ser enviado al país de los oritas en sustitución de Apolófanes, cayó enfermo y murió, salió a ocupar aquel puesto Sibirtio y, en lugar suyo, se encomendó la satrapía de la Carmania a Tlepolemo, hijo de Pitófanes, quien hasta entonces había gobernado la provincia parta. Los desórdenes provocados en el interior de la Ariana por el persa Ordanes, a quien la muerte del sátrapa Menón de Arajosia había dejado, al parecer, que campase por sus respetos y cometiera toda clase de desmanes, habían sido castigados ya por Crátero, sin ningún esfuerzo, a su paso por aquellos territorios; Crátero condujo al culpable, cargado de cadenas, ante Alejandro, quien hizo que cayera sobre él la pena justa, después de lo cual la satrapía vacante de Arajosia fué refundida con las de Ora y Gedrosia bajo el mando de Sibirtio.

También de la India se recibieron malas noticias. Taxiles informaba que Abisares había muerto y que el sátrapa Filipo, de la India del lado de acá, había sido asesinado por los mercenarios mandados por él, si bien los oficiales de la guardia macedonia del sátrapa habían sofocado inmediatamente la insurrección y ejecutado a los sediciosos. Alejandro encargó del gobierno provisional de aquella satrapía al príncipe de Taxila y a Eudemo, el comandante de los tracios estacionados en la India, a quienes encargó que reconocieran como sucesor de Abisares en el reino de Cachmir al hijo del príncipe muerto.

Desde la Media trasladáronse a Carmania, por orden de Alejandro, con la mayor parte de sus tropas, Heracón, Cleandro y Sitalces, a quienes los habitantes de su provincia y sus propias tropas acusaban de cosas graves: se les imputaba el haber saqueado los templos y profanado las tumbas y el haberse permitido toda clase de tropelías y crímenes contra sus súbditos. El único que pudo justificar su conducta y alcanzó la libertad fué Heracón; Cleandro y Sitalces quedaron convictos y confesos y fueron ejecutados sin demora en unión de gran número de soldados cómplices de sus crímenes, seiscientos según se dice. Esta justicia rápida y severa produjo en todas partes profundísima impresión; a las gentes no se les escapaban las muchas razones que tenía el rey para haber salvado la vida de aquellos hombres, que habían sido los ejecutores secretos de la pena de muerte contra Parmenión, y de aquel número considerable de soldados veteranos, que tanta falta le hacían. Los pueblos, aleccionados por estas enseñanzas, dábanse cuenta de que Alejandro era, en realidad, su protector, de que no estaba dispuesto a tratarlos ni a tolerar que nadie los tratase como a esclavos; por su parte, los sátrapas y jefes militares tenían que abrir necesariamente los ojos ante aquel escarmiento y darse cuenta de lo que les esperaba si no sabían presentarse ante Alejandro con la conciencia limpia. Cuéntase que muchos de ellos, convencidos de su culpabilidad, esforzábanse en acumular riquezas para engrosar las huestes de mercenarios que tenían a su servicio, para prepararse a lo peor y estar en condiciones de poder hacer frente al rey, si el momento llegaba; para evitar aquello, Alejandro dirigió a sus sátrapas un mensaje en el que les ordenaba licenciar inmediatamente a todos los mercenarios que no hubiesen sido enrolados en nombre del rey y a su servicio.

Entre tanto, Alejandro habíase trasladado de Carmania a Persia. El sátrapa Frasaortes, puesto al frente de esta provincia, había muerto durante la campaña de la India; habíase hecho cargo de la satrapía Orxines, uno de los nobles del país, confiado en los títulos que le daban su nacimiento y su influencia. Pronto se demostró que no estaba, ni mucho menos, a la altura del puesto asumido por él sin que nadie le designara. Alejandro montó ya en cólera al ver abandonado el sepulcro del gran Ciro en el bosque de Pasargada, a su paso por allí; al visitar aquella ciudad la primera vez había mandado abrir la tapa del monumento funerario en que reposaban las cenizas del gran rey y ordenado que se adornase de nuevo el sepulcro y que los magos que estaban al cuidado de él siguiesen prestando aquel servicio piadoso; quería que la memoria de aquel rey ejemplar se honrase por todos los medios posibles; al volver ahora por allí, se encontró con que el sepulcro había sido violado y con que habían robado todas las cosas de valor que contenía, con excepción del ataúd, arrancando la tapa de éste y sacando de él el cadáver. Ordenó a Aristóbulo que los restos mortales del rey volvieran a descansar en su féretro, que volviera a colocarse todo tal y como estaba antes de la profanación del sepulcro y que se cerrara de nuevo la tumba y se sellara la tapa de piedra con el sello del rey. Él mismo se preocupó de investigar quiénes eran los autores de aquella tropelía; fueron detenidos los magos que vigilaban el sepul-

cro y sometidos a tormento para que declararan el nombre de los culpables; pero no estaban enterados de nada y hubieron de ser puestos en libertad; las investigaciones posteriores no arrojaron tampoco ninguna luz; no pudo averiguarse quién o quiénes habían sido los autores materiales del crimen, para que lo purgaran; pero sobre el sátrapa pesaba una gran responsabilidad por su negligencia, puesto que el desmán se había cometido dentro de la provincia de su jurisdicción. Pronto salieron a la luz otras culpas todavía más graves de Orxines. Alejandro había llegado ya a Persépolis, residencia del sátrapa; los habitantes formularon allí las más graves quejas contra él: se había permitido las violencias y arbitrariedades más infames para dar satisfacción a su avaricia: había saqueado los santuarios, violado los sepulcros de los reyes enterrados en su ciudad y profanado los cadáveres para despojarlos de sus joyas. La investigación comprobó las acusaciones, y el sátrapa fué ahorcado. Pasó a ocupar la satrapía vacante el oficial de la guardia Peucestas, hijo de Alejandro; parecía el más indicado de todos para gobernar aquel país, el más importante de los persas, pues habíase compenetrado por completo de las costumbres asiáticas, vestía como los medas, hablaba el persa y desenvolvíase cómodamente y de buen grado dentro del ceremonial del país, cosas todas que hacían mucho más simpática a los ojos de los persas la persona de su nuevo gobernador.

Fué también por aquel entonces cuando se presentó a Alejandro el sátrapa de la Media, Atrópates; llevaba con él, preso, al medo Bariaxes, que había osado ceñir la tiara y titularse rey de los medas y los persas; había especulado, al parecer, con la esperanza de que la población de la satrapía, indignada ante las tropelías de la guarnición macedonia, se inclinaría a la deserción; tanto él como los que con él habían tomado parte en la sublevación fueron ejecutados.

Alejandro marchó hacia Susa por los desfiladeros persas. En Susa volvieron a repetirse las escenas de la Carmania y de Persépolis; los pueblos ya no tenían miedo de acusar a sus opresores, por altos que estuvieran; sabían que Alejandro escucharía sus quejas y las atendería, si las encontraba justas. En Susa fueron ejecutados el sátrapa Abulites y su hijo Oxiatres, que lo era de la Paretacena y a quienes se habían probado las más graves culpas. Aquel Heracón que acababa de ser absuelto en el proceso de los jefes militares de la Media y que antes había ocupado un puesto en Susa, quedó convicto de haber violado un templo en esta ciudad, y fué condenado también a la última pena.

### SEGUNDA HUÍDA DE HARPALO

Así fueron descargándose, golpe tras golpe, las más severas penas, y no tenía nada de particular que quienes no se sintieran libres de culpa tuvieran miedo al porvenir. Entre éstos contábase Harpalo, hijo de Majata, del linaje de príncipes de Elimiotis. Estimado de Alejandro por vínculos antiguos y por los importantes servicios prestados, había recibido desde el primer momento las mayores pruebas del favor real y, al comienzo de la guerra persa, había sido nombrado tesorero

mayor, en vista de que su estado físico no le hacía apto para el servicio militar; ya una vez se había hecho reo de graves irregularidades, pues poco antes de la batalla de Isos, en connivencia con un tal Tauriscón, que había delatado el plan, se había escapado con los fondos del rey para ir a unirse a Alejandro, el rey de los molosios, que luchaba por aquel entonces en Italia; más tarde, Harpalo había cambiado de idea y habíase establecido en Megara, entregado a sus placeres. Sin embargo, Alejandro, recordando los tiempos en que Harpalo, en unión de Nearco, de Tolomeo y de unos pocos más, había defendido su causa contra el rey Filipo, arrostrando por ello la infamia y la proscripción, había perdonado al tesorero desleal, le había llamado de nuevo a su lado y había vuelto a confiarle la tesorería; los inmensos tesoros de Pasargada y Persépolis encontrados en Ecbatana fueron puestos bajo su custodia y hallábanse también bajo su vigilancia, a lo que parece, las tesorerías de las satrapías bajas; su influencia extendíase a todo el oeste del Asia. Pero como Alejandro avanzaba más y más hacia el oriente, Harpalo, sin preocuparse en lo más mínimo de la gran responsabilidad de su cargo, acostumbrado a vivir en la opulencia y atento sólo a sus placeres, empezó a dilapidar descaradamente los tesoros reales y a derrochar toda la influencia de su elevado puesto en la mesa y en el lecho. Su género de vida tenía escandalizado a todo el mundo y las burlas de los cómicos griegos rivalizaban con la indignación de las gentes serias en la obra de entregar su nombre al desprecio general. El historiador Teopompo dirigió por aquel entonces una carta abierta a Alejandro, en la que exhortaba a poner fin a aquel escándalo: decíale en ella que Harpalo, no contento con el libertinaje de las mujeres asiáticas, había traído al Asia a la Pitiónica, la más célebre cortesana de Atenas, que había servido primero con la cantante Baquis y luego había pasado con ella al prostíbulo de la alcahueta Sinope, para plegarse a sus caprichos de la manera más desvergonzada; que al morir la cortesana, había erigido a su memoria, con el más cínico de los derroches, dos monumentos funerarios y que las gentes se asombraban con razón de que, mientras ni él ni ningún otro gobernador había considerado oportuno consagrar un monumento a los valientes caídos en Isos por la gloria de Alejandro y las libertades de Grecia, en Atenas y Babilonia estuviesen ya preparados fastuosos sepulcros para honrar a una cortesana; y que aquel Harpalo que se decía amigo y funcionario de Alejandro había tenido la osadía de erigir templos y altares en honor de aquella Pitiónica que durante tanto tiempo había ofrecido su cuerpo en Atenas al mejor postor, y de consagrar un santuario a la Afrodita Pitiónica, sin temor al castigo de los dioses y haciendo escarnio de la majestad del rey. Y no sólo esto, sino que, apenas muerta aquélla, Harpalo había traído de Atenas a otra cortesana, la no menos célebre Glícera, a la que había instalado en el palacio de Tarso, lujosamente amueblado y enjoyado y a la que había erigido una estatua en Rosos, donde se había atrevido a poner la suya propia al lado de la del rey, dando la orden de que nadie podría ofrendarle una corona de oro sin hacer lo mismo con su amante, a la que obligaba a adorar y a darle el título de

reina; en una palabra, que el tesorero mayor ponía a los pies de una prostituta ateniense todos los honores debidos solamente a la reina madre o a la esposa de Alejandro.

Estos informes y otros semejantes habían llegado a conocimiento del rey; al principio los había tenido por inverosímiles o exagerados, convencido de que Harpalo no sería tan necio que se jugara así, de un modo tan insensato, el favor del rey, después de haberlo perdido y recobrado; pero pronto se encargó el propio Harpalo de confirmar todas aquellas acusaciones con su huída. Se había hecho la ilusión de que Alejandro no regresaría jamás; ahora veía la severa justicia que se estaba haciendo contra quienes se habían dejado seducir por el mismo error y consideraba muy dudoso que esta vez el rey le llegara a perdonar; arrambló con todo el dinero que pudo reunir —era la fabulosa suma de cinco mil talentos—, reclutó seis mil mercenarios, marchó, acompañado por ellos, por su Glícera y por la hijita que había tenido de la Pitiónica, a las costas de Jonia, atravesando el Asia Menor, y reunió treinta barcos para trasladarse al Atica con su cortejo; nombrado ciudadano honorífico de Atenas, amigo de los hombres más prestigiosos de la ciudad y querido del pueblo por los abundantes repartos de trigo con que había sabido ganarse su voluntad, no dudaba que sería bien recibido allí con sus tesoros robados y que estaría a salvo del peligro de ser entregado a Alejandro y a su justicia expeditiva.

### LAS BODAS DE SUSA

Mientras el último de los grandes culpables del imperio procuraba eludir así su criminal responsabilidad, Alejandro llegaba a Susa, con su ejército, por el mes de febrero del 324. Poco después de él llegó Efestión con el resto de las tropas, los elefantes y la impedimenta y Nearco subía por el río con la flota, que había dado la vuelta, sin nuevo contratiempo, a las costas del golfo Pérsico. Los sátrapas y jefes militares acudieron a Susa, cumpliendo las órdenes del rey, acompañados de su séquito, al igual que los príncipes y grandes del oriente, invitados por Alejandro, en unión de sus esposas y sus hijos. De todas partes del Asia y de Europa afluían extranjeros para asistir a las grandes fiestas que se preparaban en aquella ciudad.

Tratábase de celebrar una singular ceremonia, única a través de los siglos. En las bodas de Susa iba a efectuarse simbólicamente la fusión del occidente con el oriente, la plasmación de la idea helénica en que Alejandro creía haber encontrado la clave para asegurar la fuerza y la estabilidad de su imperio.

Los testigos oculares describen, sobre poco más o menos, en los siguientes términos esta fiesta que superó a todo lo conocido por su esplendor y solemnidad. Para la celebración de esta ceremonia levantóse una gran tienda real; su cúpula, cubierta de abigarradas telas, ricamente bordadas, descansaba sobre cincuenta altas columnas tapizadas de oro y plata y recamadas de piedras preciosas; todo alrededor, cerrando este espacio central, pendían de barras de oro y plata ricos tapices recamados de oro y bordados con múltiples dibujos y figuras; la extensión

que abarcaba la tienda era de cuatro estadios. En medio de la sala aparecía la mesa cubierta y servida, a un lado de la cual se habían colocado los divanes de los novios, que descansaban sobre patas de plata y estaban cubiertos por tapices de bodas, menos el del rey, situado en el centro, que era de oro; frente a ellos los sitios para los invitados del rey; alrededor, las mesas para los embajadores, para las personas extrañas al campamento, para el ejército y la marinería de la flota. Los trompeteros del ejército dieron desde la tienda real la señal de que empezaba la fiesta. Los invitados del rey, en número de nueve mil, sentáronse a sus mesas. Los toques de trompeta volvieron a anunciar que en aquel momento el rey hacía su ofrenda a los dioses; sus invitados le acompañaban, ofrendando también, cada cual con su escudilla de oro, regalo de fiesta del rey. Nuevos toques de trompeta, y entró en la tienda real el cortejo de las novias, veladas a la usanza persa, y las hijas de los príncipes fueron a reunirse cada una con su correspondiente novio: Estateira, la hija del gran rey, con Alejandro; su hermana menor Dripetis con Efestión, favorito del rey; Amastris, hija de Oxatres y sobrina del gran rey, con Crátero; la hija del príncipe meda Atrópates con Pérdicas; Artacama, hija del anciano Artabazo, con el lágida Tolomeo, oficial de la guardia, y su hermana Artonis con Eumenes, escribano secreto del rey; la hija del rodio Mentor con Nearco; la hija de Espitámenes de Sogdiana con Seleuco, el jefe de los jóvenes nobles, y así sucesivamente, cada princesa con el novio que le había sido asignado.

La ceremonia nupcial fué seguida de cinco días de fiestas. Las embajadas, las ciudades y provincias del imperio, los aliados del Asia y de Europa entregaron al rey incontables regalos de bodas; solamente las coronas de oro ascendían a la suma de 15,000 talentos. Alejandro, a su vez, concedía dádivas a manos llenas. Muchas de las novias eran huérfanas, pero él veló por ellas como un segundo padre; dió a todas una dote regia, hizo a todos los que se casaron en aquel día fabulosos regalos y dotó a todos los macedonios que tomaron por mujer a una asiática, habiéndose inscrito, según se cuenta, más de 10,000. Nuevos banquetes y expansiones, desfiles solemnes, fiestas y diversiones de todas clases llenaron los días siguientes. El campamento estaba lleno de alegría y de gozosa animación; aquí, rapsodas y arpistas de la Gran Grecia y de la Jonia, allí volatineros y equilibristas de la India, más allá magos y artistas ecuestres de los países persas, danzarinas helénicas, flautistas, compañías de cómicos. Se celebraron también representaciones dramáticas —era la época de las grandes fiestas dionisias—, entre ellas una obra satírica, *Agen*, compuesta al parecer por el bizantino Pitón, llena de alegres burlas sobre la fuga de Harpalo, el tullido tesorero mayor del reino. El heraldo pasó anunciando que el rey hacía suyas y pagaría de sus fondos las deudas del ejército, por lo cual todos debían inscribir inmediatamente las sumas que adeudaban para proceder a pagarlas. Al principio, fueron muy pocos los que se inscribieron; los más, sobre todo los capitanes y oficiales, temían seguramente que aquello fuera un ardid de Alejandro para descubrir a quiénes no les alcanzaba la soldada y gastaban con exceso. Cuando aquello llegó a oídos del rey, censuró a quienes desconfiaban de su palabra y mandó poner mesas en distintos

puntos del campamento, llenas de monedas de oro, con orden de que fuese pagada toda cuenta que se presentase al cobro, cualquiera que fuese su importe y sin indagar el nombre del deudor. Ahora todos acudieron corriendo, llenos de alegría, no tanto por verse libres de deudas como por que éstas permaneciesen ignoradas, pues hay que advertir que aquellos valientes gastaban con gran largueza; a pesar de todo el botín conquistado por ellos y de los regalos y repartos hechos por el rey entre la oficialidad y la tropa, invirtiéronse más de 20,000 talentos en cubrir estas atenciones. Los oficiales, sobre todo, habían gastado sin tasa, y no pocas veces Alejandro les había hecho reproches por su manera insensata de derrochar; imaginémonos, pues, con qué alegría repondrían ahora sus quebrantadas finanzas, sin que el rey se enterara del verdarero volumen de sus deudas. Cuéntase que también se acercó a una de las mesas de los pagadores Antégenes, el que había mandado los hipaspistas en la batalla del Hidaspes y que en el año 340 perdiera un ojo delante de Perinto, hombre tan afamado por su bravura como por su avaricia, haciendo que se le pagase una respetable cantidad; luego se descubrió que no debía nada y que las cuentas presentadas por él eran falsas. Alejandro, furioso por aquella estafa, expulsó a Antígenes de la corte y le retiró el mando. El valiente estratega estaba desesperado, y todo el mundo temía que fuera a quitarse la vida, para no soportar aquella infamia. Alejandro se apiadó de él y lo perdonó, lo llamó de nuevo a la corte y le devolvió el mando, dejándole además en posesión de la suma que le había sido entregada.

Con motivo de estas fiestas, Alejandro distribuyó también regalos verdaderamente regios entre los que se habían distinguido por su valentía, por los peligros afrontados o por la lealtad de los servicios prestados a su persona. Otorgó coronas de oro al oficial de la guardia Peucestas, sátrapa de Persis, que en la ciudad de los malios lo había cubierto con su escudo; al oficial de la guardia Leonato, comandante en el país de los oritas, que había combatido a su lado en aquel peligroso asalto, que había derrotado a los bárbaros junto al río Tomeros y había logrado pacificar a los habitantes de aquella región; al nauarca Nearco, que con tanta gloria había llevado a cabo la travesía del Indo al Eufrates; a Onesícrito, timonel de la nave real en las aguas del Indo y desde el Indo a Susa; al leal Efestión y a los demás oficiales de la guardia, a Lisímaco de Pella, a Arístono, hijo de Piseo, al hiparca Pérdicas, al lágida Tolomeo y a Peitón de Eordea.

Otra ceremonia presenció la ciudad de Susa en la época a que nos estamos refiriendo, pero ésta de carácter serio y conmovedora, a su modo. Desde la India había venido siguiendo al ejército macedonio, arrostrando el enojo de su soberano y las burlas de sus convecinos, invitado por Alejandro, cuyo poder y cuyo amor por la sabiduría admiraba, uno de aquellos penitentes que tanto habían asombrado a los macedonios en los campos de la India; su dulce seriedad, su sabiduría y su devoción le habían ganado la alta estimación del rey, y muchos nobles macedonios, entre ellos el lágida Tolomeo y Lisímaco, el oficial de la guardia, gustaban de conversar con él; era de Taxila y llamábanle Cálanos, por el vocablo con que solía saludarlos; parece que su nombre indígena era el de Esfinges. Estaba

cargado de años y cayó enfermo por primera vez en su vida encontrándose ya en Persia. Un día le dijo al rey que no quería morir de enfermedad, pues sería más hermoso terminar sus días antes de que los sufrimientos físicos le obligaran a abandonar sus reglas anteriores de vida. De nada sirvieron las objeciones de Alejandro; el penitente le dijo que en su país nada se consideraba tan indigno del hombre como el dejar que las enfermedades turbasen la serenidad del espíritu y que los preceptos de su religión le obligaban a subir a la hoguera y morir en ella. Alejandro, viendo que no se conseguiría nada con tratar de disuadirle, mandó al oficial de la guardia Tolomeo que preparara la hoguera para el holocausto y dispusiera con la mayor solemnidad posible todo lo demás. Al llegar el día señalado, desfiló el ejército desde bien temprano, en formación solemne, la caballería y la infantería con todo su armamento y los elefantes de guerra con sus arreos completos; venían luego grandes filas de gentes con incienso y otras portando escudillas de oro y plata y ropajes regios, para arrojarlos a las llamas con el incienso; en seguida, el propio Cálanos; como ya no podía andar, le habían llevado un caballo niséico, pero no pudo tampoco montarlo y lo transportaban en unas angarillas. Cuando el cortejo hubo llegado al pie de un gran montón de leña preparado para prenderle fuego, Cálanos bajó de las angarillas, despidióse con un apretón de manos de todos y cada uno de los macedonios que le rodeaban, les dijo que en memoria suya pasaran el día en alegre fiesta con su rey y que pronto volvería a ver a éste en Babilonia; regaló a Lisímaco el caballo que le había sido destinado y las escudillas de plata y oro y los vestidos regios a los circunstantes. Hecho esto, el penitente hindú empezó a prepararse para morir; se roció como si fuese una bestia destinada al sacrificio, cortó un mechón de su pelo y lo consagró a la divinidad, se coronó a la usanza de su tierra, cantando himnos hindúes, y subió al montón de leña; desde allí, tendió por última vez su mirada sobre el ejército congregado, volvió la vista hacia el sol y cayó de rodillas, orando. Era la señal convenida; se prendió fuego al montón de leña, las trompetas del ejército empezaron a tocar, las tropas lanzaron sus gritos de guerra y los elefantes exhalaron roncos bramidos, como si quisieran honrar ellos también el holocausto de aquel penitente de su país. El moribundo seguía postrado de rodillas, orando sobre la hoguera, inmóvil, y así continuó hasta que las llamas lo envolvieron y lo ocultaron de la vista.

Arriano dice que Alejandro no quiso presenciar la muerte de aquel hombre a quien había tomado afecto. Y cuenta a este propósito lo que el más viejo de aquellos penitentes, el maestro de los demás, contestó cuando le comunicaron que el rey deseaba verle: "Si él es hijo de Zeus, también lo soy yo, y no apetezco nada de lo mucho que Alejandro tiene por suyo ni temo nada de cuanto pueda hacer contra mí; mientras viva, me basta con lo que produce la tierra hindú, que da todos los años los frutos correspondientes a las estaciones, y cuando muera me veré libre de la incómoda compañía de mi cuerpo y disfrutaré de una vida más pura". Y también se refiere que, comentando con asombro la muerte de Cálanos, Alejandro dijo: "Ese ha sabido vencer a enemigos más poderosos de lo que yo soy."

Parece un símbolo el que en la persona de Alejandro confluyera el mundo de ideas del occidente, que culmina en su maestro Aristóteles, y el nacido en las riberas del Ganges, los dos polos de los dos procesos históricos que Alejandro soñaba con enlazar y fundir, con toda la extensión y variedad de las formas y contenidos prácticos que había tras ellos y que encerraban idealmente en su interior.

Y, al proceder así, no obraba de un modo arbitrario, partiendo de falsas premisas ni por medio de una cadena de sofismas. Arrancando del primer impulso que, ante sus ojos, se desprendía como por sí mismo de la historia de la vida helénica, desprendíanse como consecuencias absolutamente lógicas todos los demás actos realizados por él; y el hecho de que cada uno de los nuevos corolarios se abriese paso al igual que los anteriores parecía confirmar brillantemente el acierto de sus deducciones. No tuvo la dicha de encontrarse con un adversario digno de él, que señalara una meta y una medida a sus actos; lo único que pudo convencerle de que también sus recursos de poder tenían un límite fué el ver cómo las energías morales de sus tropas habían fallado cuando trató de llevarlas más allá de las riberas del Hifasis; y en el desierto de la Gedrosia hubo de comprender, en trágica lección, que la naturaleza era más poderosa todavía que su voluntad y le aventajaba a él en poder. Pero las formas sobre las que pensaba afianzar a la larga la obra realizada por él, el sistema de gobierno y organización cuyos jalones iba colocando no había sido refutado junto al Hifasis ni en el desierto, y los brotes esporádicos de oposición surgidos en el campo macedonio y en el helénico habían sido aplastados, hasta ahora, con tal rapidez y con tanta facilidad que no podían desviarle de su rumbo.

La obra ya comenzada empujábale y le obligaba a seguir marchando; aunque hubiese querido, no habría sido ya capaz de detener la corriente impetuosa desencadenada ni de hacerla volver atrás.

## REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Las bodas de Susa fueron seguidas por otro acontecimiento de importancia y alcance muy profundos. Este acto, que venía siendo preparado desde hacía largo tiempo, tenía que llevarse necesariamente a cabo ahora, pues se daban ya todas las condiciones necesarias para su realización.

Desde el final del reinado de Darío, servían tropas asiáticas en las filas del ejército de Alejandro; pero, hasta ahora, estas tropas habían luchado siempre con las armas y los métodos tácticos de su propio ejército, formando unidades aparte; estaban consideradas, simplemente, como tropas auxiliares y el orgullo de los guerreros macedonios las miraba con desdén, a pesar de la excelente cooperación prestada por ellas en las campañas de la India. Sin embargo, a medida que iba progresando el proceso de acercamiento y mutua asimilación de las múltiples nacionalidades en todos los demás terrenos, hacíase más y más necesario suprimir también dentro del ejército las diferencias entre vencedores y vencidos.

El camino más indicado para ello era incorporar a los asiáticos a las filas de las tropas macedonias, con iguales armas y con los mismos honores militares; hacía ya cinco años que Alejandro había adoptado las providencias necesarias para ello, al reclutar jóvenes capaces de empuñar las armas en todas las satrapías del imperio y hacer que fuesen armados y adiestrados con arreglo a los métodos macedonios. El medio más rápido y más seguro para la helenización de los pueblos del oriente era también el de habituar a la juventud al armamento, al servicio militar y a la táctica de los helenos, el de incorporarla al ejército del imperio e inculcarle directamente aquel espíritu militar que, por el momento, hacía las veces de una nacionalidad unida y nueva dentro de la órbita del inmenso imperio cimentado sobre las armas.

Eran muchas las razones que aconsejaban el llamar precisamente ahora a la juventud asiática a las filas del ejército. La cifra total de los macedonios que servían en activo había quedado reducida por las campañas indias y la desastrosa marcha a través de Gedrosia a unos 25,000 hombres, de los cuales casi la mitad llevaban bajo las armas desde el año 334. Era evidente que estos veteranos, después de tantas fatigas y penalidades, sobre todo después de todo lo que habían sufrido y peleado en la India y de lo que habían vivido en el desierto de la muerte, se sentirían embotados para lanzarse a nuevas empresas y debían ser enviados a descansar y a disfrutar, por fin, de lo que habían ganado. Alejandro no podía desconocer que la realización de los grandes planes que ocupaban su espíritu infatigable requerían el entusiasmo, el celo de emulación, las energías físicas y morales de tropas jóvenes y que el orgullo, el amor propio y la obstinación de aquellos veteranos macedonios podían fácilmente convertirse para él en una traba, tanto más cuanto que se hallaban en una relación de intimidad y camaradería con su rey y habituados a una libertad de juicios y de actos que no parecía encajar ya muy bien dentro de las nuevas circunstancias. Alejandro tenía sus razones para temer que aquellos soldados intentaran repetir con cualquier motivo las escenas del Hifasis, pues pensaban, seguramente, que no había sido el infortunio general, sino su voluntad decidida lo que había obligado a Alejandro a ceder. Parece que desde aquel día se hizo perceptible un cierto enfriamento entre el rey y los macedonios que servían en el ejército, y ciertos hechos ocurridos posteriormente habían contribuido a acentuarlo; la misma reacción que el ejército había tenido ante su ofrecimiento generoso de cancelar las deudas habíale hecho sentir, indudablemente, lo hondo que había calado en su seno la desconfianza hacia él. Confiaba, probablemente, en que la liberalidad ilimitada con que había repartido dádivas y honores entre los macedonios y las fiestas de las bodas, con las que se beneficiaran también miles de veteranos, habrían contribuído a reconquistarle la simpatía sin reservas del viejo ejército; pero, si ese era su propósito, no lo había logrado. Iba acercándose una peligrosa crisis, cuyo proceso no hacía más que acelerarse ante cada uno de los nuevos pasos que se daban hacia la helenización del imperio. Todo ello hacía que debiera darse prisa en rodearse de un nuevo ejér-

cito poderoso y afecto a su persona y a su régimen, a la cabeza del cual pudiera, en caso necesario, hacer frente a sus antiguas falanges.

Los sátrapas de los países conquistados y de las nuevas ciudades presentáronse en el campamento de Susa con los jóvenes reclutados por ellos en cumplimiento de la orden del año 331; eran, en total, 30,000 hombres, dotados de armamento macedonio y adiestrados en todos los ejercicios y en la táctica del ejército de Alejandro. Al mismo tiempo se reorganizó el cuerpo de caballería; formóse una quinta hiparquía integrada por jinetes macedonios y por los jinetes de la Bactriana y la Sogdia, de la Ariana y la Partia, así como por los euacos persas que descollaban por su rango, su belleza o por otros méritos cualesquiera y, además, se distribuyó entre los lojes de la caballería ya formados cierto número de jinetes de estas nacionalidades indígenas; también fueron incorporados a la agema de caballería algunos asiáticos, entre ellos Artabelo e Hidarnes, hijos del sátrapa muerto Maceo, Cofenes, hijo de Artabazo, Sisines y Fradasmenes, hijos del sátrapa Fratarfernes de la Partia, Histanes, hermano de Roxana, los hermanos Autobares y Mitrobeo y, por último, el príncipe bactrio Hitaspes, a quien fué entregado el mando de la agema.

Todo esto enfureció hasta lo indecible a las tropas macedonias. Alejandro, decíase, estaba convirtiéndose en un completo bárbaro, despreciaba a Macedonia, su patria, y la posponía al oriente. Ya cuando empezó a vestirse a la usanza meda había habido hombres venerables que habían presagiado todas las desgracias a que conducirían aquellos funestos comienzos; ahora iba cumpliéndose lo que ellos pronosticaran, ahora el rey tenía por favoritos suyos a quienes se olvidaban de la lengua y las costumbres de su patria; por eso abrumaba con honores y dádivas a Peucestas, porque hacía befa de los recuerdos sagrados de Macedonia; ¿de qué servía que Alejandro se hubiese casado en unión de sus oficiales macedonios, si lo había hecho para entregarles mujeres asiáticas y, además, a la usanza y con arreglo a los ritos persas? ¡Y, por si todo aquello fuese poco, ahora tenían que pasar por la vergüenza de ver a los advenedizos empuñar las armas macedonias, de contemplar cómo aquellos barbaros disfrutaban de los mismos honores que los veteranos del rey Filipo! No cabía duda: Alejandro estaba cansado ya de sus macedonios y tomaba todas las medidas para ir prescindiendo de ellos, para eliminarlos completamente de su ejército en la primera ocasión que se presentase.

Así pensaban y hablaban los veteranos. Al primer pretexto, este estado de irritación estallaría; y el pretexto no habría de tardar en surgir.

* Véase nota 17, al final.

## CAPITULO II

*Motín militar en Opis.—Repatriación de los veteranos.—Disgregación de los partidos en Atenas.—Orden de readmisión de los desterrados.—Manejos de Harpalo en Atenas y procesos consiguientes.—Las tareas de paz de Alejandro.—La política interior de Alejandro y sus resultados.*

ALEJANDRO HABÍA decidido marchar con su ejército, Tigris arriba, hasta la ciudad de Opis, donde se bifurca la gran calzada hacia la Media y el occidente; el emplazamiento de la ciudad indicaba bastante claramente cuál era la finalidad de esta marcha. Al mismo tiempo, tenía gran interés Alejandro en conocer cuál era la estructura de las desembocaduras del Eufrates y el Tigris, informarse por experiencia propia de la navegabilidad de estos ríos y examinar en qué estado se hallaban las obras hidráulicas, principalmente las del Tigris, de las que dependía la prosperidad o la miseria de las tierras ribereñas situadas en la región baja. Entregó el mando del ejército a Efestión, ordenándole que siguiera Tigris arriba, por el camino ordinario. El, por su parte, con sus hipaspistas, la agema y algunas tropas de caballería, pocas, embarcó en las naves de Nearco, que habían remontado ya el Euleo y se hallaban no lejos de Susa. En ellas, como a mediados de abril, bajó desde Susa hasta el Tigris. Al acercarse la flota a la confluencia de los dos ríos, fueron dejados atrás la mayoría de los barcos, que se hallaban en malas condiciones a consecuencia de la travesía desde la India; el rey eligió los veleros más rápidos para entrar con ellos en el golfo Pérsico, mientras los demás buques se dirigían al gran río por el canal que une al Euleo con el Tigris no lejos de su confluencia.

Alejandro navegó por el Euleo abajo hasta el golfo Pérsico, bordeó la costa y las desembocaduras de los diversos canales hasta la del Tigris y, después de informarse minuciosamente acerca de todo y de dar las instrucciones necesarias para que fuese fundada allí una nueva Alejandría, emplazada entre el Tigris y el Euleo, muy cerca de la playa, enfiló el Tigris y remontó las aguas de este río; pronto encontró a los demás barcos y, algunos días después, al ejército de tierra de Efestión, acampado en las orillas del río. De allí para arriba, la flota encontró varios poderosos diques levantados por los persas, probablemente para impedir una invasión desde el mar; Alejandro ordenó que todos ellos fuesen derruídos, no sólo porque él no temía ningún ataque desde el mar, sino sobre todo para abrir las aguas de aquel río al comercio y a la navegación; al mismo tiempo, dió las órdenes oportunas para que fuesen limpiados y dotados de las esclusas y los diques nece-

sarios todos los canales, algunos de los cuales estaban cegados y otros destruídos por las aguas.

### MOTÍN MILITAR EN OPIS

Sería ya el mes de julio cuando el ejército y la flota llegaron a la ciudad de Opis; las tropas acamparon en las cercanías de la rica ciudad. El estado de irritación de los macedonios no se había calmado, ni mucho menos, desde que salieran de Susa; los rumores más exagerados y absurdos sobre lo que Alejandro se proponía hacer con ellos encontraban oídas y exacerbaban y ponían en tensión sus preocupaciones.

En estas condiciones de ánimo fué convocado el ejército para reunirse en asamblea. Las tropas congregáronse en una llanura que había delante de la ciudad. El rey tomó la palabra para comunicarles algo que creía habría de llenarlos de satisfacción: díjoles que muchos de ellos estaban ya agotados por largos años de servicios, de heridas y de penalidades; que no quería destinarlos a colonizar las nuevas ciudades como a otros que habían sido licenciados antes que ellos; que sabía que tenían grandes deseos de volver a su patria; que aquellos veteranos que desearan seguir a su lado serían recompensados por su abnegación de modo que pudieran ser envidiados por los que regresasen a sus casas y despertaran en los jóvenes de su patria el afán de correr los mismos peligros y alcanzar la misma gloria; y que, puesto que ahora el Asia estaba ya sometida y pacificada, podrían ser licenciados del ejército muchos veteranos. Al llegar aquí, Alejandro vióse interrumpido por un salvaje y confuso griterío, entre el cual pudieron percibirse voces como éstas: que estaba harto de los veteranos y quería deshacerse de ellos, para rodearse solamente de bárbaros; que, después de haberlos explotado, agradecía cuanto habían hecho por él con el desprecio, arrojándolos, ya viejos y sin fuerzas, a su patria y a sus padres, quienes se los habían entregado en condiciones muy distintas. El tumulto iba creciendo por momentos: que los despidiera a todos y saliera en lo sucesivo a pelear con aquel a quien llamaba padre. Aquello no era ya una asamblea, sino un tropel de soldados amotinados. Alejandro, ciego de ira, bajó de la tribuna como estaba, desarmado, y se mezcló entre la muchedumbre tumultuosa, seguido de los oficiales de su séquito; agarró con poderoso puño a los escandalosos que tenía más cerca y se los entregó a sus hipaspistas, señalando a uno y otro lado para que sus leales detuvieran a otros. Fueron apresados trece, todos ellos condenados a morir. El terror puso fin al tumulto. Cuando las tropas se hubieron calmado, Alejandro pronunció un segundo discurso, destinado a apaciguar los espíritus.

No sabemos si las palabras que Arriano pone en sus labios procederán de una buena fuente o si serían inventadas por el historiador, en consonancia con la situación; de todos modos, merecen ser reproducidas en su tenor esencial:

"No vuelvo a dirigiros la palabra para revocar vuestro licenciamiento, pues por mí podéis iros a donde queráis; no os retendré. Quiero únicamente haceros saber lo que habéis llegado a ser gracias a mí. Mucho es lo que debéis a mi padre,

al rey Filipo. Cuando él subió al trono, vivíais en la pobreza y sin domicilio fijo, errantes por las montañas con vuestros míseros rebaños, expuestos siempre a las agresiones de los tracios, de los ilirios, de los tribalios, y fué él quien os dió tierras, quien os vistió con el traje de guerreros y en vez de la piel de pastores con que antes os cubríais, quien os hizo dueños y señores de los bárbaros que circundaban vuestro país, quien abrió a vuestra laboriosidad las minas del Pangeo y a vuestro comercio los mares, quien sometió a vuestro poder la Tesalia, Tebas, Atenas y el Peloponeso, quien os dió una hegemonía ilimitada sobre toda la Hélade para la guerra contra los persas; esto es lo que hizo Filipo, obra que siendo grande de por sí resulta pequeña si se la compara con todo lo que ha sido realizado después. Al heredar el reino de mi padre, encontré en las arcas poco oro y plata, no más de sesenta talentos y, a cambio de ello, quinientos talentos de deudas; a ellos hube de sumar yo nuevas deudas por valor de ochocientos talentos, para poder comenzar la campaña. A pesar de que los persas dominaban el mar, os abrí el Helesponto y vencí a los sátrapas del gran rey en el Gránico; sometí a vuestra dominación las ricas satrapías del Asia Menor y os hice gozar de los frutos de la victoria. ¿A quién sino a vosotros beneficiaron las riquezas del Egipto y la Cirenaica, de quién sino de vosotros fueron y siguen siendo Siria y Babilonia, la Bactriana, los tesoros de la Persia, las joyas de la India y el mar mundial? De entre vosotros han salido los sátrapas, los jefes militares, los estrategas. ¿Qué he sacado yo de todos los combates, fuera de la púrpura y la diadema? Nada he adquirido para mí y no habrá nadie que pueda señalar a mis tesoros, si no apunta a lo que vosotros mismos poseéis y a lo que se custodia para vosotros. ¿Y para qué quiero tesoros, si como lo mismo que vosotros coméis y duermo igual que vosotros? Pero no es verdad, pues hay entre vosotros muchos que viven mejor que yo, que tengo que velar no pocas noches para que vosotros podáis dormir en paz. ¿O acaso habéis visto que yo me estuviese tranquilo y cómodo mientras vosotros arrostrábais fatigas y peligros? ¿Quién puede hablar aquí y decir que ha sufrido más por mí que yo por él? Es cierto que muchos de vosotros estáis cubiertos de cicatrices; pues bien, mostradlas y yo mostraré las mías; no hay en mi cuerpo un solo miembro que no haya sido herido, no existe ninguna clase de arma o proyectil que no haya dejado su cicatriz en mis carnes; he sido herido por la espada y el puñal, por la flecha lanzada por el arco y disparada por la catapulta, por la piedra y por la maza, y todo peleando por vosotros, por vuestra gloria y vuestras riquezas, por conduciros victoriosos a través de tierras y de mares, de montañas, ríos y desiertos. He contraído nupcias en unión de muchos de vosotros, y los hijos de quienes se han casado a la vez que yo serán parientes de mis hijos; he cancelado las deudas de cuantos las teníais, sin entrar a indagar cómo era posible eso, percibiendo tan buena soldada y habiendo conquistado tan rico botín; la mayoría de vosotros habéis recibido coronas de oro, testimonio perdurable de vuestra valentía y de mi estimación. Quien cayó peleando encontró una muerte gloriosa y tuvo unas honras fúnebres dignas de él; a muchos se les han erigido estatuas de bronce en su patria, y sus padres disfrutan de grandes honores y se

hallan exentos de impuestos y cargas públicas. Finalmente, ninguno de vosotros cayó, bajo mi mando, mientras huía. Ahora, me propongo licenciar a aquellos de vosotros que estén cansados ya de la guerra, para que sean la admiración y el orgullo de su patria. ¿Queréis marchar todos? ¡Pues marchaos en buen hora! Y cuando lleguéis a vuestra patria, decid que habéis abandonado a vuestro rey, al vencedor de los persas, de los medas, de los bactrianos y de los sacios, al dominador de los uxios, los arajosios y los drangianos, al hombre que conquistó la Partia, la Jorasmia y la Hircania a lo largo del mar Caspio, al que cruzó el Cáucaso más allá de los desfiladeros caspios, que atravesó el Oxo, el Tanais y el Indo, como antes de él sólo lo hiciera Dionisos, y el Hidaspes, el Acesines y el Hiarotis, como habría atravesado también el Hifasis si vosotros no se lo hubiéseis impedido; que bajó por el Indo hasta el Océano, que recorrió los desiertos de la Gedrosia que nadie cruzara antes de él a la cabeza de un ejército, cuya flota vino navegando desde el Indo hasta la Persia; que habéis abandonado a este rey, a Alejandro, y habéis confiado su persona a los bárbaros vencidos para que la protejan; no dudéis que cuando ello se conozca quedaréis cubiertos de gloria ante los hombres y ante los dioses. ¡Así, pues, idos cuando queráis!" Dicho esto, bajó de la tribuna con paso airado y marchó presuroso hacia la ciudad.

Los macedonios, sobrecogidos, callaban; sólo siguieron a Alejandro los oficiales de la guardia y los más allegados a él entre los hetairos. Poco a poco, empezó a ceder la tensión angustiosa del silencio. Así lo habían querido, así lo tenían. ¿Y ahora, qué? ¿Qué va a suceder ahora?, preguntábase la tropa. Todos estaban despedidos, ya no eran soldados; los vínculos del servicio militar que a todos los unían habían quedado rotos; ya no tenían dirección, habían quedado privados de consejo y de voluntad; unos gritaban que querían quedarse, otros que querían partir; el tumulto y el griterío iban en aumento, nadie mandaba allí, nadie obedecía, cada cual tiraba por su lado; el ejército que había conquistado un mundo no era ya más que un tropel de hombres en tumulto.

Alejandro habíase encerrado en el palacio real de Opis; estaba excitadísimo y no se cuidaba siquiera de su cuerpo; no quería ver a nadie, no quería hablar. Pasaron así el primer día y el segundo. Mientras tanto, en el campamento de los macedonios el desconcierto había llegado a un grado peligroso; los resultados del motín y la desgracia de haber conseguido en demasía lo que tan insensatamente habían reclamado manifestáronse muy pronto y de un modo temible; aquellos hombres, confiados a su suerte y a su anarquía, impotentes y desconcertados viendo que nadie les ofrecía resistencia, sin decisión para querer ni fuerza para actuar, sin sentir ya el derecho, el deber ni el honor propios de la clase a la que pertenecían, ¿qué podían hacer, si el hambre o la desesperación no los empujaban a la violencia abierta?

Alejandro debía guardarse de adoptar ninguna resolución extrema; pero, al mismo tiempo, quería hacer la última tentativa, indudablemente arriesgada, para obligar a los macedonios a arrepentirse de su paso. Decidió confiarse por entero a las tropas asiáticas, formarlas con arreglo a los métodos del ejército macedonio y

distinguirlas con todos los honores reservados antes a sus veteranos; tenía razones para esperar que cuando éstos vieran que se disolvía así el último vínculo que los unía a su rey, harían una de dos cosas: implorarían perdón, arrepentidos, o se dejarían llevar de la cólera y recurrirían a las armas, en cuyo caso estaba seguro de que, a la cabeza de sus tropas asiáticas, dominaría fácilmente a aquel tropel de hombres sin dirección. Al tercer día, mandó llamar a su palacio a los persas y a los medas, les expuso su plan, escogió de entre ellos los capitanes y los mandos para el nuevo ejército, confirió a muchos de ellos el nombre honorífico de parientes del rey y les otorgó el privilegio del beso, con arreglo a las costumbres orientales; después, las tropas asiáticas fueron divididas, al modo macedonio, en hiparquías y falanges y se formaron una agema persa, un cuerpo de hetairos persas de a pie, un destacamento de hipaspistas persas, la caballería persa de los hetairos y una agema persa de a caballo; los puestos de guardia del palacio fueron cubiertos con persas y se encomendó a éstos el servicio palaciego. Los macedonios recibieron órdenes de evacuar el campamento y de irse a donde quisieran, a menos que prefirieran elegir un jefe de entre ellos y empuñar las armas contra Alejandro, para que, una vez vencidos por él, se diesen cuenta de que sin él no eran nada.

Tan pronto como esta orden fué conocida en el campamento, los veteranos no pudieron contenerse; corrieron al palacio real y depositaron sus armas ante las puertas, en señal de sumisión y arrepentimiento; agolpados ante las puertas cerradas del palacio, gritaban y suplicaban que les dejasen entrar para entregar a los instigadores del motín, diciendo que no se retirarían de allí ni de día ni de noche hasta que Alejandro los perdonase.

No pasó mucho tiempo antes de que Alejandro saliera; viendo a sus veteranos arrepentidos, escuchando sus gritos de alegría al verle y sus sinceras lamentaciones por lo ocurrido, no pudo contener las lágrimas; luego, se acercó para dirigirles la palabra; todos se agolparon en torno a él y no cesaban en sus súplicas, como si temieran las primeras palabras de su rey, tal vez irritado todavía. Un oficial viejo y respetado, llamado Calines, uno de los hiparcas de la caballería, se adelantó para hablar en nombre de todos: dijo que lo que más dolía a los macedonios era ver que el rey había nombrado a persas para que fuesen sus hetairos, el que los persas tuvieran ahora el honor de llamarse parientes suyos y de poder besarle, honor que ningún macedonio había alcanzado nunca. A lo cual, Alejandro exclamó: "Pues si es así, os hago a todos parientes míos desde ahora, y ya os podéis dar por nombrados." Y, dirigiéndose hacia Calines, le abrazó y le besó, y todos los macedonios que quisieron se acercaron a él para besarle; después de lo cual, recogieron sus armas y se retiraron al campamento entre gritos de alegría y gran algazara. Por su parte, Alejandro ordenó que se festejase la reconciliación con un gran sacrificio, y él sacrificó a los dioses como solía hacerlo. En seguida celebróse un gran banquete, al que asistió casi todo el ejército, en el centro el rey, cerca de él los macedonios, a continuación los persas y más allá los soldados de las demás nacionalidades del Asia; Alejandro bebió de los mismos jarros que sus tropas y compartió también sus ofrendas; sacerdotes helenos y magos persas con-

sumaron los ritos de rigor. El rey brindó porque los dioses les concedieran todos los dones, pero sobre todo el de la concordia y la comunidad del imperio entre los macedonios y los persas. Dícese que participaron en esta gran comida nueve mil comensales; todos ellos hicieron sus ofrendas a un tiempo y cantaron a coro las canciones rituales.

Tal fué el desenlace de esta grave crisis; había sido la última manifestación de rebeldía del viejo espíritu macedonio en lo que tenía de más peculiar y de más poderoso; pero este espíritu había quedado moralmente vencido. Las medidas ante las que hubo de capitular dieron una doble importancia a esta victoria de Alejandro. Los privilegios que hasta entonces se había visto obligado a reconocer a los macedonios habían sido liquidados y las tropas asiáticas asumían desde ahora los nombres y los honores del antiguo ejército macedonio; en lo sucesivo no habría entre vencedores y vencidos más diferencias que las de su mérito personal y las de su lealtad hacia el rey.

Por muy poderosa y descollante que aparezca en este episodio la personalidad de Alejandro, no lo explica todo. No obstante, podemos afirmar que si el sistema de Alejandro pudo resistir una prueba tan dura, ello era una clara y segura demostración de que aquel sistema de imperio construído con tanta rapidez y tanta audacia era ya lo suficientemente recio y sólido para que pudiera retirarse el andamiaje sin peligro. ¿Pero, acaso no habrían podido salir vencedores en Opis los veteranos, poniendo fin con ello al rapto ixiónico de Alejandro y demostrándole que lo que había abrazado en un transporte de ardor no habría sido la diosa, sino una nube? Indudablemente, si ellos mismos hubieran seguido siendo, en el fondo de su alma, macedonios; pero ya no lo eran, en realidad, pues hasta ellos se habían asimilado aquel espíritu nuevo contra el que luchaban; habíanse ido adaptando a la vida asiática, aunque sin querer conceder a este nuevo elemento los derechos a que era acreedor; y esta arrogancia de querer pasar exclusivamente por vencedores de aquello que en lo más íntimo de su ser los había vencido y había hecho mella en ellos era, en el fondo, lo que los había llevado a la derrota. Aquel acto mediante el cual la poderosa mano del maestro rompía el instrumento con que había creado la obra de los nuevos tiempos, instrumento que era el ejército macedonio, daba a entender que la obra estaba ya realizada y que su carácter y su esencia no eran ya discutibles. Por mucho que las discordias y los extravíos del mañana corroyesen las formas externas de este imperio nuevo, su espíritu, la vida helénica, la gran unificación del mundo helénico y el mundo asiático, con todo lo que tenía de bueno y de malo, había quedado asegurado para varios siglos.

De este modo, lo nuevo había ido imponiéndose, no sin lucha, a través de todos los peligros internos y externos. Reconocido como la idea de una nueva época, proclamado como el principio del nuevo estado, como el régimen de aquel imperio en marcha, organizado como el nuevo ejército, como el principio de desintegración y reagrupación de la vida de las naciones en plena actividad, ya sólo tenía que abrirse camino para calar lo más hondo que fuera posible y manifes-

tarse con arreglo a los intereses esenciales de los pueblos. Tal era la labor reservada a los pocos años que el destino deparaba aún de vida a Alejandro, la meta o, mejor dicho, el resultado de sus luchas.

### REPATRIACIÓN DE LOS VETERANOS

Hasta la misma repatriación de los veteranos habría de surtir su efecto en este sentido. Era la primera vez que retornaba del Asia a la patria un número tan grande de tropas, y la diferencia no era sólo cuantitativa, sino también cualitativa, pues estos 10,000 veteranos se habían asimilado el espíritu asiático con mayor fuerza que los anteriores repatriados; su ejemplo, su fama, su riqueza, todo lo que llevaban con ellos al repatriarse, sus ideas y necesidades transformadas, sus nuevas exigencias y sus nuevas experiencias, todo había de ejercer entre los suyos, al volver a sus lares, una influencia no menos grande que la que a través de ellos ejerciera lo occidental sobre la vida de los pueblos orientales; lo que ya no puede asegurarse, si se piensa en las gentes humildes que encontrarían en su tierra al volver, en los campesinos y en los pastores macedonios, es que aquella influencia fuese precisamente beneficiosa.

A los veteranos que regresaban a sus casas se les hizo en el campamento de Opis una solemne despedida; Alejandro les anunció que a todos se les pagaría la soldada hasta llegar a la patria y que cada uno de ellos recibiría un talento como regalo; les pidió que dejasen a su cuidado y bajo su protección los hijos que hubiesen tenido de sus mujeres orientales, para que no sirvieran de motivo de descontento a sus mujeres y a sus hijos macedonios; él velaría porque los hijos de sus soldados fuesen educados como macedonios y como soldados; y cuando se hicieran hombres, confiaba en poder llevarlos él mismo a Macedonia para devolvérselos a sus padres; y del mismo modo prometió que velaría por los hijos de los caídos en combate, abonándoles la soldada de sus padres hasta que ellos mismos pudieran ganar la misma soldada y la misma fama al servicio del rey. Y en prueba de cariño, les daba como guardián y jefe al más leal de sus generales, a quien quería como a las niñas de sus ojos, al hiparca Crátero. Así partieron de Opis los veteranos, llevando consigo a los estrategas Polipercón, Clito y Gorgias, tal vez también a Antígenes, de los hipaspistas, y entre los de caballería a Polidamas y Amantas; el precario estado de salud de Crátero movió a Alejandro a nombrar a Polipercón como segundo comandante en jefe de las tropas repatriadas.

Las instrucciones dadas a Crátero no se referían solamente a la repatriación de los veteranos; la finalidad fundamental de que Crátero fuese enviado a la patria era la de que asumiese el mando político y militar del país en sustitución de Antipáter, a quien, a cambio de ello, se ordenó que reclutara las tropas necesarias para cubrir las bajas de los repatriados y se pusiera al frente de ellas para conducirlas al Asia. Probablemente concurrían muchas circunstancias que hacían necesario aquel cambio del regente de Macedonia. Los desacuerdos entre la reina

madre y Antipáter habían llegado a su punto culminante; es posible que la principal y quizá la única culpable de ello fuese la reina, con su carácter dominador y apasionado; no olvidemos que, al caer en Italia su hermano Alejandro, había empuñado las riendas del gobierno del Epiro, como si fuese la dueña y señora del país; la joven viuda del rey epirota, Cleopatra, hija de Olimpia, se volvió a Macedonia con su hijo de cinco años, legítimo heredero del trono, tal vez para no exponerse a peligros personales muy serios. Alejandro había sentido siempre el mayor respeto por su madre y jamás había dejado de cumplir con sus deberes de hijo, pero con la misma energía habíase opuesto siempre también a sus ingerencias en los negocios públicos; a pesar de lo cual, ella no se cansaba de intrigar, de enviar a su hijo, por carta, reproches y quejas de todas clases, de asediar también a Efestión con amargos mensajes, sin perjuicio de estar celosa del ascendiente que tenía sobre su hijo, y sobre todo de enviar al Asia, continuamente, las más violentas acusaciones contra Antipáter. Por su parte, éste quejábase no menos amargamente de las intrigas de la reina y de su intromisión en los asuntos del estado. Algún autor cita las siguientes elocuentes palabras de Alejandro: "Antipáter no sabe que una lágrima de mi madre vale por mil cartas suyas". Su confianza en el regente del reino que había quedado en Macedonia no estaba a prueba de recelos: era muy posible, pensaba, que se hubiese dejado ganar por las tentaciones del gran poder que le había sido conferido; ya vimos cómo Antipáter, después de la ejecución de su yerno Filotas, había establecido contactos secretos con los etolios; había, pues, razones para obrar con prudencia, aunque las constantes quejas y advertencias formuladas por Olimpia carecieran siempre de fundamento, en lo que hoy es posible colegir. Arriano dice, desde luego, que no se sabe de ninguna manifestación ni de ningún acto de Alejandro que revelase un cambio de actitud con respecto a Antipáter; él conjetura que el rey le ordenó trasladarse al Asia no como castigo, sino para evitar que la desavenencia entre la reina y el regente del imperio condujese a resultados fatales para ambos e incluso funestos para él mismo. Por otra parte, la orden no era que Antipáter abandonase su puesto de regente sin dilación, para trasladarse en seguida al Asia, sino que siguiese gobernando la Macedonia hasta la llegada de Crátero, el cual, dada la lentitud con que marchaban sus veteranos, tardaría más de un año en llegar a su destino. El extraño giro que precisamente en aquellos momentos tomaban los asuntos de la Hélade hacía doblemente necesaria la presencia en Macedonia de un regente tan experimentado como Antipáter.

### DISGREGACIÓN DE LOS PARTIDOS EN ATENAS

Si en el mundo helénico quedaba algo de sana sensibilidad nacional, las victorias de Alejandro en el Gránico, en Isos, en Gaugamela, la liberación de los helenos del Asia, la destrucción del poder comercial de Tiro y la liquidación de los persas habrían debido —por lo menos eso parece lo lógico— reconciliar a los irreconciliables, remozar el espíritu de la Hélade, impulsar a toda la Gran

Grecia a participar con ardiente emulación en la gran empresa, ya que el tratado concertado por todos no imponía a los estados helénicos solamente el deber, sino que les confería también el derecho a intervenir. Pero los estados que llevan la pauta en la Hélade entendían el patriotismo y la causa nacional de otro modo. Ya hemos visto cómo, en el año de la batalla de Isos, Atenas estuvo a punto de empeñar su poder marítimo al servicio de los persas, cómo el rey Agis caía combatiendo contra los macedonios por los mismos días en que Darío era asesinado en su huída y cómo los pequeños estados esperaban a recibir la noticia de su primera victoria para sumarse a él.

La derrota de los espartanos en el verano del año 330 devolvió la tranquilidad a la Hélade, pero el descontento y la insensibilidad continuaban. Aquellos helenos no comprendían la grandeza de la época que estaban viviendo. "¿Qué hay de inesperado y de inaudito —dice Esquines en un discurso pronunciado en el otoño del año 330— que no haya acaecido en nuestros días? Pues nuestra vida no ha sido la vida acostumbrada de los hombres, sino años que serán considerados como una época portentosa por quienes vivan después de nosotros." Y desde que estas palabras se pronunciaran habían ocurrido portentos todavía mayores; estos cinco años habían sido tan ricos en pasmosas hazañas en la lejana Asia como mezquinos y adormilados en el interior de la Hélade, pues mientras allí se conquistaban los países de la Bactriana y la India y se abría a la navegación el océano índico, aquí seguía imperando la sutil trivialidad del particularismo interestatal y todo se reducía a acumular frases sobre frases; no cabía duda: el valor moral o, si se prefiere, el peso específico de la política helénica y de sus estados-ciudades iba reduciéndose cada vez más.

La pujanza arrolladora del poder macedonio, a la que ya no era posible oponer una resistencia que había sido el único fermento animador de la vida pública en los estados de la Hélade, sobre todo en Atenas y Esparta, habíase paralizado hasta el último resto de la energía política de las masas, y las fronteras entre los partidos, que venían girando exclusivamente en torno a la divisa de por o contra Macedonia, empezaron a desdibujarse y confundirse.

Por lo menos, en Atenas podemos observar este proceso de desintegración de los partidos y de creciente inestabilidad por parte del demos. Licurgo, que por espacio de doce años había regentado de un modo magnífico las finanzas del estado, hubo de entregarlas, después de las elecciones del año 336, en manos de Menesaicmo, adversario suyo en lo político y en lo personal. El apasionado Hipereides, que siempre había estado al lado de Demóstenes, se apartó de él desde los sucesos del 330, en que los adversarios de Macedonia dejaron pasar la ocasión de lanzar al estado en armas contra ella, y no tardó en convertirse en acusador suyo. Es cierto que Esquines no se encontraba ya en Atenas, pues había salido de su patria para establecerse en la isla de Rodas en vista de que los jurados atenienses, en el proceso contra Ctesifón —celebrado a raíz de la derrota del rey Agis—, habían fallado a favor del acusado y, por tanto, indirectamente, a favor de que se tributase un homenaje a Demóstenes. Pero seguía en Atenas

Foción, el severo patriota que había rechazado los magníficos regalos de Alejandro, que comprendía y deploraba al mismo tiempo la decadencia de su patria y procuraba contener al excitable pueblo de Atenas de toda nueva tentativa de lucha contra Macedonia, pues sabía que no estaba ya a la altura de semejante empeño. Y en Atenas seguía también Demades, cuya influencia no se basaba menos en sus relaciones con Macedonia que en su política de paz, política que respondía a los deseos de las gentes acomodadas y permitía tener contenta a la multitud, ávida de placeres, con fiestas, banquetes y repartos de dinero; "no será el guerrero —dijo una vez Demades desde la tribuna— el que llore mi muerte, pues él se nutre de la guerra y no de la paz, pero sí, tal vez, el agricultor, el artesano, el comerciante, todo el que ame la vida tranquila y sosegada, pues para ellos es para los que yo he fortificado al Atica contra los poderosos, no con fosos y murallas, sino con paz y con amistad".

Y aunque Demóstenes, incluso por los días en que el rey Agis se levantaba en armas, acuciaba a los espartanos y a las gentes de otros estados, según parece, a que combatieran mientras que en Atenas se limitaba a pronunciar "maravillosos discursos" y por debajo de cuerda, según se decía también, mantenía contactos con Olimpia y con el propio Alejandro, esta política no era, por cierto, la más indicada para acrecentar la confianza del demos en su dirección; no importa que en el año difícil de la carestía se le encomendara, por haber acreditado dotes de excelente organizador, el cargo de dirección de los suministros de trigo: en lo tocante a la dirección política de la ciudad, la *ecclesia* le escuchaba a él y escuchaba a sus adversarios a derecha e izquierda, y bien podemos asegurar que las decisiones adoptadas en definitiva por el soberano demos eran, por regla general, incalculables.

La época de los pequeños estados había pasado a la historia; en todos los terrenos de la vida se demostraba que aquellos estados atomizados y su política particularista eran ya insostenibles frente a las nuevas formaciones de poder, que la situación política y social había cambiado fundamentalmente y reclamaba también cambios fundamentales en cuanto a la estructura y organización de los estados. La idea de Alejandro era respetar la democracia de los estados helénicos solamente en cuanto se refería a su gobierno municipal, articulándola en lo demás con el poder y la autoridad de su gran monarquía, y el hecho de que esta obra hubiese quedado incompleta por su prematura muerte o, si se quiere, por la propia necesidad interna del helenismo es, indudablemente, lo que explica la decadencia irremediable con que el siguiente siglo de la historia de la Hélade empaña la fama de sus mejores tiempos.

En consonancia con aquel plan suyo, Alejandro dictó dos medidas que teníian, indudablemente, profunda significación.

Exigió, en primer lugar, que también los helenos le tributasen honores divinos. Cualesquiera que sean las conclusiones a que pueda llegarse, basándose en este precepto, en cuanto a las ideas personales del rey y a la transformación sufrida por su modo de pensar y de obrar, no cabe duda de que la tal dispo-

sición no era tan absurda ni tan condenable como pudiera parecernos hoy, a la luz de nuestra sensibilidad, basada en principios monoteístas, ni dejaba de tener tampoco un carácter político muy esencial. El paganismo helénico estaba acostumbrado desde hacía ya mucho tiempo a considerar los dioses desde un punto de vista antropomorfo, como lo demuestran las palabras del antiguo pensador: "Los dioses son hombres inmortales, los hombres dioses mortales." Ni la historia sagrada ni la dogmática descansaban sobre la base firme de doctrinas reveladas, reconocidas de una vez por todas como de origen divino; no había para las cosas religiosas ninguna otra norma ni forma que los sentimientos y las opiniones de los hombres tal como eran y como se iban desarrollando en la convivencia social, y al lado de ellas los preceptos de los oráculos y las múltiples interpretaciones de augurios y presagios, las cuales limitábanse también a indicar, como el corcho que flota sobre la corriente, el movimiento que las impulsaba. Y si el oráculo del Zeus Ammón, a pesar de las burlas que rodeaban este asunto, había proclamado a Alejandro como hijo de Zeus, si Alejandro, considerado como del linaje de Heracles y Aquiles, había conquistado y transformado un mundo, si en realidad sus hazañas empequeñecían las legendarias de Heracles y Dionisos y si la cultura había ido desacostumbrando a los espíritus desde hacía largo tiempo de las profundas necesidades religiosas y sólo había conservado de los honores y las fiestas tributados a los dioses las diversiones, la ceremonias externas y su significación desde el punto de vista del calendario, es indudable que la idea de rendir honores divinos a un hombre y deificarlo no podía repugnar al espíritu de los griegos de esta época. Lejos de ello, esta idea era perfectamente natural, vista a través de las concepciones de aquellos tiempos, como lo demuestran hasta la saciedad las décadas siguientes; lo que ocurre es que Alejandro fué el primero que reclamó para sí lo que después de él podían obtener a bien poca costa de los helenos y, sobre todo, de los atenienses los príncipes más insignificantes y los hombres más viles. Y aunque unos piensen que Alejandro creía en su propio carácter divino y otros consideren que sólo veía en ello una medida de tipo policíaco, lo cierto es que pronunció, o por lo menos se le atribuyen, estas palabras: "Cierto que Zeus es padre de todos los hombres, pero sólo a los mejores los convierte en sus hijos."

Los pueblos orientales están acostumbrados a adorar a su rey como a un ente de origen superior, y no cabe duda de que esta creencia, cualesquiera que sean las transformaciones experimentadas por la necesidad de ella con arreglo a las costumbres y a los prejuicios de los siglos, constituye la base de toda monarquía y hasta de toda forma de señorío y dominación. Hasta las aristocracias dóricas de la antigüedad concedían este privilegio, frente al pueblo formado por los súbditos, a los descendientes de los héroes epónimos, y la democrática Atenas fundaba en un prejuicio absolutamente análogo contra los esclavos la posibilidad de una libertad al lado de la cual la monarquía de Alejandro tiene, por lo menos, el mérito de no considerar a los bárbaros como esclavos por el mero hecho de serlo. Alejandro recibía de los bárbaros la "adoración" que estaban acostumbrados a rendir a su rey, al "hombre igual a dios". Y si el mundo helénico había de encon-

trar su puesto y su paz dentro de esta monarquía, el primer paso y el más esencial de todos era el de iniciar y acostumbrar a los griegos a profesar la misma creencia en su majestad que el Asia profesaba y en la que él veía la garantía más esencial de su imperio.

Por los días en que se daban en el Asia los últimos pasos hacia la fusión de lo occidental y lo oriental, expidiéronse a Grecia los requerimientos para que, por acuerdo público, fuesen concedidos al rey honores divinos. La mayoría de las ciudades hicieron lo que se les pedía. Ya sabemos cuál fué el acuerdo de los espartanos: si Alejandro quiere ser dios, pues bien, que lo sea. En Atenas, encargóse Demades de formular la propuesta ante el pueblo; Pitea se levantó a hablar en contra de ella: dijo que era contrario a las leyes de Solón honrar a ningún dios más que a los de la patria; y cuando le replicaron cómo un hombre de su edad, tan joven todavía, podía atreverse a hablar de cosas tan importantes, contestó que más joven aún era Alejandro. También Licurgo se manifestó contrario a la proposición que se discutía: ¿qué dios sería aquel —dijo— del que habría que purificarse al abandonar su santuario? Pero antes de que los atenienses llegaran a una conclusión sobre este asunto, surgió un segundo problema que afectaba ya directamente a la comunidad cívica.

### ORDEN DE READMISIÓN DE LOS DESTERRADOS

Alejandro cursó una orden relacionada con los desterrados por los estados de la Hélade.* La mayor parte de los destierros eran el resultado de los cambios políticos y en la última etapa, dadas las victorias conseguidas por los macedonios en los últimos quince años, habían ido enderezados, naturalmente, contra los adversarios de Macedonia. Muchos de estos fugitivos políticos habían encontrado antes asilo y medios para seguir luchando contra los macedonios en los ejércitos del gran rey persa; después de la caída de Persia andaban errantes, desamparados y sin patria, por el mundo entero; algunos entrarían a servir en las filas del ejército macedonio, otros serían reclutados por los sátrapas a espaldas de Alejandro y mientras éste se hallaba ausente en la India, otros vagabundeaban por Grecia, a donde habían vuelto para rondar cerca de sus ciudades en espera de que las cosas cambiaran, o habían ido a Tenaro, centro de reclutamiento, para desde allí entrar a sueldo de cualquier potencia. No cabe duda de que cuando Alejandro ordenó a todos los sátrapas que licenciaran inmediatamente a sus mercenarios, aumentaría en proporciones extraordinarias la cifra, ya de suyo considerable, de las gentes carentes de servicio; gentes que eran necesariamente peligrosas para la tranquilidad de la Hélade en la misma medida en que eran numerosas y se sentían desgraciadas y arrastradas a la desesperación. Sólo había un camino para salir al paso de este peligro: permitir a los desterrados el regreso a sus patrias; con ello se lograría, además, que el odio de quienes habían sido desterrados por la influencia

* Véase nota 18, al final.

de los macedonios se tornara en gratitud y que el partido macedonio se fortaleciese en todos los estados; los mismos estados serían en adelante responsables de la paz interior de la Hélade y si volvían a levantar cabeza las disensiones intestinas, el poder macedonio tendría un asidero para intervenir. Es cierto que esta medida era contraria a los artículos de la liga corintia y constituía una marcada intromisión en la soberanía de cada estado, expresamente reconocida en ellos; además, podía darse por descontado que la ejecución de esta orden del rey ocasionaría trastornos interminables en las familias e incluso en las relaciones de propiedad establecidas. Pero esta medida beneficiaba primordialmente a los enemigos de Macedonia; habíase dictado por aquellos días en que los antagonismos y hostilidades nacionales entre helenos y asiáticos y los de las facciones políticas dentro de las ciudades helénicas se borraban ante la unidad del imperio común a todos; el ejercicio del derecho regio de indulto en este sentido y con tal extensión representaba el primer acto de la alta autoridad del imperio, a la que Alejandro confiaba en ir acostumbrando a los griegos.

Para proclamar esta medida envió a Grecia a Nicanor el estagirita; el mensaje del rey debía publicarse con motivo de la fiesta de los juegos olímpicos del año 324. Pero la noticia había corrido por toda la Hélade antes de que se hiciese oficialmente pública; de todas partes acudían a Olimpia los desterrados para escuchar allí la palabra de la redención. En algunos estados se produjeron, sin embargo, corrientes encontradas de opinión, pues mientras unos se alegraban de volver a reunirse con sus amigos y parientes y de ver retornar con aquella amnistía general los buenos tiempos de la paz y la prosperidad, otros sólo alcanzaban a ver en aquella orden una ingerencia en los derechos de su estado y el comienzo de grandes trastornos intestinos. En Atenas, Demóstenes ofrecióse para ir a Olimpia como embajador y negociar allí con el plenipotenciario de Alejandro, haciéndole ver las consecuencias de semejante medida y la santidad de los tratados de Corinto; pero sus esfuerzos de nada sirvieron. Durante las fiestas de la centésima cuatordécima olimpíada, a fines de julio del año 324, en presencia de los helenos de todos los países, entre los que figuraban cerca de 20,000 desterrados, el rey hizo que su decreto fuese leído por el heraldo coronado en el torneo de los heraldos: "¡El rey Alejandro a los desterrados de las ciudades griegas, salud! No somos nosotros los culpables de vuestro destierro; pero queremos que sea concedido a todos el retorno a sus patrias, con la sola excepción de aquellos que sean culpables de delitos de sangre. En vista de lo cual hemos ordenado a Antipáter que obligue a cumplir esta disposición a las ciudades que se nieguen a obedecerla voluntariamente". La proclamación del heraldo fué acogida con interminables y clamorosos gritos de júbilo, y los desterrados, acompañados de sus compatriotas, se dirigieron por todas partes hacia el tan largamente ansiado suelo patrio.

Sólo Atenas y los etolios se negaron a cumplir las órdenes del rey. Los etolios habían expulsado de su suelo a los eníades y temían su venganza, tanto más cuanto que Alejandro se había pronunciado en favor de ellos y de su derecho. Los atenienses, por su parte, veían en peligro la posesión de la isla más impor-

tante que aún conservaban de la época de su anterior dominación; en tiempo de Timoteo habían expulsado de sus tierras a los habitantes de Samos y repartido la isla entre colonos áticos; ahora éstos, según las órdenes del rey, deberían abandonar la isla para que la ocuparan sus antiguos moradores y renunciar a las tierras que venían cultivando y mejorando desde hacía más de treinta años. Lo más sensible de todo o, por lo menos, lo más apropiado para provocar la irritación, era la circunstancia de que Alejandro hubiese formulado esta orden en términos que parecían reconocer pura y simplemente el derecho indiscutible de los desterrados, como si para ello no fuese necesario contar con el asentimiento de los estados a quienes afectaba la medida, a pesar de que los tratados del año 324 determinaban expresamente que ninguno de los estados aliados ayudaría a los fugitivos de otros de los estados de la confederación en sus intentos para retornar por la violencia a su patria. Podía alegarse que la orden de Alejandro ponía en tela de juicio la autonomía y la soberanía del estado ateniense y que el demos, si se sometía a ella, se prestaría a ser súbdito de la monarquía macedonia. ¿Acaso el demos ateniense era ya tan indigno de sus antepasados, acaso Atenas era ya tan impotente que iban a someterse sin más a una orden despótica? En esto presentóse un suceso inesperado que, si sabía manejarse hábilmente, prometía robustecer considerablemente el poder de los atenienses y dar una gran fuerza a su negativa.

## MANEJOS DE HARPALO EN ATENAS Y PROCESOS CONSIGUIENTES

Como hemos dicho, Harpalo, el tesorero mayor de Alejandro, había huído hacia las costas del Asia Menor con treinta barcos, seis mil mercenarios y los inmensos tesoros confiados a su custodia, se había embarcado allí rumbo al Atica y había llegado felizmente, en febrero de este año, a la rada de Muniquia. Fué a refugiarse allí, confiando en las simpatías que le habían ganado entre el pueblo ateniense sus repartos de trigo durante el año del hambre y en el derecho de ciudadanía que con aquel motivo le fuera concedido por decreto del demos; Caricles, el yerno de Foción, había recibido de él treinta talentos para levantar el sepulcro de Pitiónica, la cortesana, y seguramente se habría congraciado también, por medio de regalos, con otros personajes influyentes. Sin embargo, por consejo de Demóstenes, el demos se negó a darle asilo; el estratega Filocles, que mandaba la guardia del puerto, recibió órdenes para ofrecer resistencia, si el fugitivo intentaba desembarcar por la fuerza. En vista de ello, Harpalo, con sus mercenarios y sus tesoros, hízose a la vela hacia la punta de Tenaro, pues aunque la orden proclamada por Nicanor beneficiaba a muchos de los desertores de Tenaro, abriéndoles las puertas de la patria, aquel mismo decreto surtió entre los etolios y en Atenas efectos que redundaban en provecho de Harpalo y de sus planes. Por segunda vez se dirigió al Atica, ahora sin mercenarios y con una parte solamente del dinero robado. Esta vez Filocles no le negó la entrada; Harpalo era ciudadano ateniense y se presentaba en el territorio de Atenas sin soldados e implorando

asilo. Así, con la mayor humildad, compareció ante el demos ateniense y puso a disposición de él los tesoros y sus soldados, sin dejar de sugerir, naturalmente, que ahora, con decisión y audacia, podían acometerse grandes empresas.

Filoxeno, el tesorero del rey, había cursado ya desde el Asia Menor a los atenienses el requerimiento de que fuese entregado el ladrón de los tesoros reales. Se abrió una viva discusión en torno al problema planteado. El apasionado Hipereides opinaba que no debía desperdiciarse aquella magnífica ocasión que se les ofrecía para liberar a la Hélade; los amigos de Macedonia abogaron con no menos energía por la entrega del culpable; pero incluso Foción se mostró contrario a esta propuesta; Demóstenes habló en favor de ella y propuso al pueblo que Harpalo fuese detenido y sus tesoros confiscados hasta que se presentase alguien a reclamarlos en nombre de Alejandro. El pueblo votó lo que Demóstenes había propuesto y le nombró a él mismo para hacerse cargo de la custodia del dinero, el cual debería confiscarse al día siguiente. Demóstenes preguntó entonces mismo a Harpalo a cuánto ascendía la suma que traía consigo. Harpalo declaró la cantidad de 700 talentos. Al día siguiente, al trasladarse el dinero a la acrópolis sólo se encontró la mitad de aquella suma, 350 talentos; al parecer, Harpalo había aprovechado la noche durante la cual, por una extraña anomalía, se le había dejado en posesión del dinero robado, para ganar amigos y simpatías. Demóstenes, por su parte, no se cuidó de anunciar al pueblo la cantidad que faltaba; se contentó con gestionar que la investigación del asunto fuese confiada al areópago, con la concesión de que no se castigaría a quienes devolviesen voluntariamente el dinero que hubiesen recibido.

Al parecer, Alejandro esperaba que los atenienses acogerían voluntariamente y de buena gana al ladrón, con los tesoros y los mercenarios que le habían acompañado en su fuga; por lo menos, cursó a las provincias marítimas órdenes para que estuviese preparada la flota que, en caso necesario, sería enviada contra el Atica, y en el campamento de Alejandro se habló mucho, por aquel entonces, de una guerra contra Atenas, de la que los macedonios se alegraban por adelantado, pues su vieja hostilidad contra los atenienses se la hacía desear. Y, en realidad, si los atenienses, al oponerse a la readmisión de los desterrados y al negar al rey los honores divinos, pensaban seriamente en hacer valer su plena independencia, no cabe duda de que los recursos y los ofrecimientos de aquel fugitivo que iba a refugiarse en su ciudad les brindaban todos los medios necesarios para una enérgica defensa; tenían, además, razones para esperar que los etolios y los espartanos, los aqueos y los arcadios, a quienes Alejandro había prohibido que sus ciudades se reunieran en congreso, harían causa común con ellos. Pero no podían ignorar que Harpalo había faltado a sus deberes para con el rey por segunda vez y que había cometido un delito vil en gran escala que no podía quedar impune, razón por la cual no habrían faltado en nada a su honor accediendo a la entrega del culpable y de los tesoros por él robados y dejando a quien la reclamaba como funcionario del rey la responsabilidad por todo lo demás. Pero, en vez de proceder así, prefirieron adoptar medidas intermedias que, lejos de ofrecer una salida

segura y honrosa, echaban sobre los hombros del estado ateniense una responsabilidad que había de colocarlo muy pronto en una situación extraordinariamente equívoca.

No cabe duda de que Filoxeno reiteraría enérgicamente la reclamación para que el delincuente fuera entregado, y seguramente es cierto que la misma petición fué formulada por Antipáter y por Olimpia. Una mañana, Harpalo desapareció, a pesar de las guardias que se le habían puesto. No habría podido evadirse, evidentemente, si la comisión encargada de su vigilancia, con Demóstenes a la cabeza, hubiese cumplido con su deber, inmediatamente empezó a decirse y a creerse —cosa muy comprensible— que Demóstenes se había dejado sobornar a sí mismo y a los demás.

Lo menos que Demóstenes podía hacer, en aquellas circunstancias, era solicitar la inmediata investigación de lo ocurrido, de la cual fué encargado también el areópago. El estratega Filocles solicitó y obtuvo un acuerdo del pueblo en idéntico sentido.

Las averiguaciones del areópago avanzaban con bastante lentitud. No se había llegado aún a una decisión sobre la concesión de honores divinos a Alejandro, y era necesario tomar cuanto antes un acuerdo para despachar a los embajadores y que éstos llegaran a Babilonia antes del regreso del rey a esta ciudad. Nuevamente fueron llevados ante el demos los dos problemas: el de si debían concederse los honores divinos solicitados y el de si se aceptaba la readmisión de los desterrados atenienses; Demóstenes intervino repetidas veces en estos debates. "Cuando creíste —dice más tarde Hipereides en el proceso contra Demóstenes— que había llegado el momento en que el areópago publicaría los nombres de las personas sobornadas, te sentiste de pronto belicoso y pusiste a toda la ciudad en estado de agitación para poder sustraerte a las revelaciones de los jueces; pero como el areópago iba demorando la publicación de los hechos, por no haber llegado aún a conclusiones definitivas, aconsejaste que le fuesen concedidos a Alejandro los honores de Zeus, de Poseidón y de cuantos dioses quisiera ser". Así, pues, Demóstenes aconsejó que se cediese en lo tocante a los honores divinos y que en lo referente a los desterrados se mantuviera una posición intransigente. Este fué el acuerdo que recayó y en este sentido se dieron instrucciones a los embajadores, los que salieron para su destino como a comienzos de noviembre.

Harpalo, después de huir de Atenas, había ido a refugiarse a Tenaro, de donde —en vista de que ya no había esperanzas de que Atenas se levantara contra los macedonios— se trasladó en unión de sus mercenarios y con sus tesoros a la isla de Creta, donde fué asesinado por su amigo el espartano Tibrón, quien luego huyó con los mercenarios y los tesoros a la Cirenaica. El esclavo y confidente de Harpalo que le llevaba las cuentas escapó a Rodas. Entregado a Filoxeno, declaró todo lo que sabía del dinero robado.

Gracias a ello, Filoxeno pudo enviar a Atenas la relación de las cantidades gastadas por Harpalo y de las personas que las habían recibido. En esta lista no figuraba el nombre de Demóstenes. Al cabo de seis meses el areópago había

dado por terminadas sus indagaciones y pasó el asunto al tribunal. Inicióse así aquella curiosa serie de procesos en torno al asunto de Harpalo en que intervinieron como acusados o acusadores los hombres más prestigiosos de Atenas; figuraban entre los acusadores Piteas, Hipereides, Mnesaicmo, Himereo y Estrátocles; entre los acusados, el propio Demades, de quien se decía que había recibido 6,000 estáteras, Filocles el estratega, Caricles, el yerno de Foción, y el mismo Doméstenes. Este no negó haber recibido 20 talentos del dinero de Harpalo, pero alegaba que los había destinado a resarcirse de una suma equivalente adelantada por él a la caja teórica y de la que no había querido hablar, y acusaba al areópago de querer tomarlo a él como víctima propiciatoria para congraciarse con Alejandro; hizo comparecer a sus hijos ante el tribunal para mover a compasión a los jurados. Todo en vano; fué condenado a pagar el quíntuplo de lo que había recibido y, en vista de que no podía reunir tan considerable suma, recluído en la cárcel, donde encontró o le fueron proporcionados los medios para fugarse al sexto día.

Este desenlace de los procesos harpálicos tuvo funestas consecuencias para Atenas. Los jurados, expresión directa de la opinión pública, tuvieron en cuenta, evidentemente, aquella frase de los acusadores de que ellos juzgarían a los acusados, pero que un tribunal más alto los juzgaría a ellos, y de que tenían el deber de condenar a los culpables, por altos que éstos estuvieran; pero, obligados a partir de premisas tan falsas como las sentadas por la sinuosa política ateniense en el caso de Harpalo, dejáronse llevar de consideraciones de orden político y condenaron con precipitada severidad a unos, absolviendo a otros con indulgencia no menos inmerecida. Fué absuelto, por ejemplo, Aristogitón, quien según las investigaciones del areópago había recibido veinte talentos, y que era el más insolente y despreciable de todos los dirigentes del demos. Y tal vez lo fuesen también otros. En cambio, hubo de huir de su patria para escapar a las consecuencias de la condena el gran adversario de la monarquía macedonia; con él se hundía el gran puntal del antiguo partido democrático y de sus tradiciones. Con Filocles perdió el estado a un general que, por lo menos, había sido elegido repetidas veces por el pueblo para ese cargo. Demades permaneció en Atenas a pesar de haber sido condenado, y su influencia imperaba con tanta mayor fuerza cuanto más insignificantes, mezquinos y carentes de conciencia eran los hombres que asumieron la dirección del pueblo ateniense después de aquellos procesos. La política de Atenas hízose más inestable todavía que antes y pronto se tornó en servil. Negóse a los desterrados la vuelta a la patria, y todo el mundo temía que de un momento a otro cruzaran la frontera de la Megárida, acogiéndose a la amnistía de Alejandro; y, sin embargo, nada se hacía para proteger a la ciudad, fuera del acuerdo de enviar al rey una embajada solicitando autorización para no readmitir a los desterrados, medida que representaba una perfecta torpeza, por lo menos desde el punto de vista de la libertad del estado ateniense, pues, habiéndose mostrado ya resuelto a atenerse a los acuerdos de Corinto, no tenía por qué dar este paso, en el que, además, se traslucía bastante claramente el temor de que la respuesta del rey fuese negativa.

Pero más grave aún que las consecuencias externas de estos sucesos era la derrota moral de aquellos principios de que Atenas se consideraba y era considerada como representante y prototipo. Aquel Cleón que el demos de su tiempo tenía por el más ferviente demócrata había dicho un día al mismo demos: "La democracia es incapaz de ejercer una dominación sobre otros". Si ahora Atenas tenía que someterse a la autoridad monárquica encarnada por la monarquía helenística de Alejandro, habría desaparecido el último asidero que aún tenían la política de los pequeños estados y la infatuación del particularismo; y la nueva estructuración del poder efectivo, ya iniciada, iba extendiéndose también sobre el mundo helénico, de un modo tranquilo y poderoso, y aunque es cierto que exigía de él un sacrificio, era el mismo sacrificio que Alejandro se imponía a sí mismo e imponía a sus macedonios y con el que justificaba y expiaba la obra realizada por él.

## LAS TAREAS DE PAZ DE ALEJANDRO

Un famoso investigador ha llamado a Alejandro el estadista más genial de su época. Era como estadista lo que Aristóteles como pensador. El pensador, acogido al silencio y al retraimiento de su espíritu, podía dar a su sistema filosófico toda la armonía y toda la perfección que sólo caben en el mundo de los pensamientos. Si al principio la obra de Alejandro como estadista aparece simplemente como un esbozo no exento de fallas y de errores y su manera de crear se nos revela como el fruto de la pasión personal, de la arbitrariedad o incluso del azar, no debe olvidarse que se trata de los primeros pensamientos nacidos de la fricción de condiciones gigantescas, que se truecan inmediatamente y como al vuelo en normas, organizaciones y condiciones para seguir actuando, ni menos aún debe perderse de vista cómo cada uno de estos pensamientos fulminantes descubre e ilumina horizontes visuales nuevos y cada vez más amplios, crea fricciones cada vez más ardientes, plantea problemas más y más apremiantes.

La pobreza de las tradiciones que han llegado a nosotros no nos permite echar siquiera un vistazo al taller en que se desarrolló esta grandiosa actividad, a la tensa labor intelectual y moral que supo plantear y resolver problemas tan inmensos. Los datos que tenemos a nuestra disposición apenas si nos permiten reconstruir fragmentariamente el relieve más externo de lo realizado por aquella labor, lo conseguido y ejecutado por ella. Pero el marco espacial de esta obra nos da ya la medida de la energía capaz de crear semejantes realizaciones, de la voluntad que supo animarlas y dirigirlas, de la idea que las inspiró; nos da, en una palabra, la medida de la grandeza de Alejandro.

Aunque el primer impulso de su carrera fuese, simplemente, el de llevar adelante la gran lucha preparada por su padre para afianzar la seguridad y la perdurabilidad del reino conquistado por él, supo captar o descubrir, con el venturoso radicalismo de la juventud, medios encaminados a lograr dicho fin que sobrepujaban en intrepidez a sus campañas guerreras y en pujanza y brío de victoria a sus batallas.

Lo más intrépido de todo fué lo que los moralistas le reprochan todavía hoy como la mayor de sus faltas: el romper el instrumento con que había comenzado su obra o, si se prefiere, el haber arrojado la bandera bajo la que había salido a pelear, la del odio insaciable de los helenos contra los bárbaros, en el abismo que sus victorias habían de llenar.

En un notable pasaje de su obra, dice Aristóteles que la misión de su *Política* consiste en descubrir aquella forma de gobierno que sin ser de por sí la más perfecta sea, por lo menos, la más útil: "¿Cuál es, pues, la mejor constitución y la mejor vida para la mayoría de los estados y la mayoría de los hombres si no se exige a éstos más virtud que la del hombre medio ni más cultura que la que puede adquirirse sin gozar del favor especial de la naturaleza o de las circunstancias, ni se pide al estado una constitución que sólo puede darse en el mundo de lo ideal, sino simplemente una vida en que la mayoría de los hombres pueden convivir, y una constitución dentro de la que pueden moverse?" Y dice: por eso todo depende de encontrar una organización del estado que, desarrollándose a base de las condiciones dadas, pueda encontrar fácilmente acogida y simpatía, "pues el mejorar la constitución del estado existente no es obra menos grandiosa que el crearla de nuevo, lo mismo que el cambiar los conocimientos es tan difícil como el adquirirlos". Como se ve, el filósofo llega muy lejos en su realismo; pero cuando habla de la mayoría de los hombres y de la mayoría de los estados piensa exclusivamente en el mundo helénico, pues para él los bárbaros pertenecen al mundo animal y vegetal.

También el pensamiento de Alejandro es sumamente realista; pero él no se detiene ante las "condiciones dadas" o, por mejor decir, sus victorias crean condiciones nuevas: la órbita en la que tiene que moverse el sistema político creado por él abarca los pueblos del Asia hasta el Indo y el Jaxartes. Y nadie como él ha podido ver que aquellos bárbaros no son precisamente bestias o plantas, sino que son también hombres, con sus necesidades, sus talentos y sus virtudes y que su modo de ser y de vivir encierra también elementos muy sanos, algunos de los cuales han sido perdidos ya por quienes los desprecian como a bárbaros. Los macedonios eran magníficos soldados porque Filipo los había enseñado a serlo, y Alejandro, que había elevado ya a su nivel de soldados a los tracios, los agrianos y los odrisios, estaba seguro de que sería capaz de infundir la misma capacidad y la misma disciplina a los asiáticos; y la campaña de la India demostraba que no estaba errado en sus cálculos. Y en cuanto a la cultura helénica, los labriegos, los pastores y los carboneros macedonios no participaban de ella en mayor medida que sus vecinos bárbaros del lado de allá del Rodope y del Hemus; y los dolopios, los etolios, los enianos, los malios, los campesinos de Anfisia, no gozaban, en este respecto, de mejor fama que ellos en los países de la Hélade. Pero esta cultura helénica, siendo como era riquísima en tesoros de arte y de ciencia, incomparable en lo tocante al desarrollo de los talentos intelectuales y al virtuosismo de las capacidades personales, había hecho al hombre más inteligente y más sabio, pero no mejor; a medida que había ido desarrollándose, lejos de acrecentar las energías morales

en que debe descansar la vida de la familia, la de la comunidad cívica y la del estado, las había debilitado y desintegrado, convertido en orujo como la uva después de pisada en el lagar para sacarle el zumo. Si Alejandro se hubiese limitado a conquistar el Asia para los helenos y los macedonios y a entregarles los asiáticos como esclavos, aquéllos habríanse convertido rápidamente en asiáticos en el peor sentido de la palabra. ¿Acaso era la dominación y el avasallamiento lo que, durante los siglos que llevaba de vida el mundo helénico, había ido dilatando más y más este mundo en nuevas y nuevas colonias, haciendo surgir por todas partes nuevos brotes lozanos y llenos de vida? ¿Acaso la vida helénica no había llegado hasta los libios de la Sirte, hasta los escitas de la Meótida, hasta las tribus celtas enclavadas en los Alpes y en los Pirineos del mismo modo, por los mismos procedimientos con que ahora se esforzada Alejandro en difundirla a través de los vastos territorios del Asia? ¿Acaso las innumerables huestes de los mercenarios helénicos que desde hacía tanto tiempo andaban desperdigadas por el mundo, derrochando no pocas veces sus energías contra su misma patria, no eran una prueba bien elocuente de que la Hélade no brindaba ya campo bastante para la plétora de fuerzas que había engendrado? ¿Acaso el poder de aquellos bárbaros a quienes los helenos consideraban como esclavos natos no se había mantenido en pie desde hacía un siglo gracias a las fuerzas armadas que la propia Hélade les vendía?

Aristóteles tenía razón, indudablemente, al pedir que siguiera construyéndose a base de las condiciones dadas; pero la sonda de su pensamiento no calaba bastante cuando aceptaba los hechos tal y como eran, en sus aspectos más débiles y en sus formas más insostenibles. El que tanto el mundo helénico como el asiático se hubiesen derrumbado bajo los embates de la conquista macedónica, el que esta conquista hubiese realizado la crítica histórica demoledora de situaciones completamente falsas y corrompidas, no era más que un aspecto de la gran revolución desencadenada por Alejandro. Los recuerdos y la cultura del Egipto contábanse por milenios. El mundo sirio-babilónico revelaba una plétora maravillosa de maestría politécnica, de observaciones astronómicas y de antiguas literaturas. Y las doctrinas de los iranios y los bactrianos, la religión y la filosofía de aquel país maravilloso que era la India abrían un mundo de insospechados procesos históricos ante el que podía asombrarse el orgullo cultural helénico, todavía tan satisfecho de sí mismo. No, aquellos asiáticos no eran bárbaros al modo como lo eran los ilirios, los tribalios o los getas, gentes salvajes o semisalvajes, como el nativismo helénico gustaba de representarse todo lo que no fuese griego. Los conquistadores no sólo podían aportarles mucho, sino que podían también recibir mucho de ellos. Tratábase de aprender muchas cosas y de adaptar a la nueva situación muchas de las cosas ya aprendidas.

Y con ello —tal es la conclusión a que podemos llegar— comenzaba la segunda parte de la misión que se había propuesto Alejandro, el trabajo de paz, más difícil que las victorias conseguidas por las armas y que era, además, el llamado a asegurar los resultados de éstas, a justificarlas y a darles un porvenir.

Ante la situación en que encontró el imperio a su vuelta de la India, tenía que darse cuenta necesariamente de los defectos inherentes a la obra tan aceleradamente realizada. La severidad de las penas impuestas podía servir para atajar el peligro inmediato, para atemorizar a quienes maquinasen nuevos crímenes, para demostrar a oprimidos y opresores que había por encima de ellos un ojo vigilante y una mano poderosa. Pero lo más difícil de todo era, después de diez años como aquellos de cambios fabulosos y gigantescas conmociones, después de aquella exaltación de las pasiones, de las exigencias y de los placeres por parte de los vencedores y del miedo y la rabia por parte de los vencidos, hacer que todos volvieran a respirar tranquilos, a recobrar el equilibrio, a acostumbrarse a la cotidiana normalidad.

El carácter y el modo de ser de Alejandro, y tal vez también el estado de cosas con que tenía que contar, no eran los más adecuados para afrontar los nuevos problemas que se planteaban. Alejandro había rebasado ya el cenit de su vida; su estrella empezaba a declinar y las sombras iban creciendo.

## LA POLÍTICA INTERIOR DE ALEJANDRO Y SUS RESULTADOS

Permítasenos destacar aquí los aspectos más importantes de las dificultades y los problemas que, a partir de ahora, empezaron a acumularse. En la medida en que la obra realizada y los principios a que respondía tendían a plasmarse en nuevas realidades surgían consecuencias, contradicciones, imposibilidades tras las que asomaba "la otra faz", la del hecho consumado; y la fuerza de resistencia de aquel cúmulo de dificultades y problemas iba haciéndose cada vez mayor.

Ya hemos dicho cómo fué acogida la decisión de Alejandro sobre los desterrados, proclamada por Nicanor en los juegos olímpicos. Pero, al volver a sus patrias respectivas, los emigrados encontráronse con que sus casas, sus tierras, sus bienes, habían sido confiscados, vendidos y vueltos a vender durante su ausencia. El regreso de los desterrados trajo consigo, en todas las ciudades helénicas, una estela de disgustos y procesos de la más variada especie. En Mitilene concertóse, para hacer frente a estos problemas, un pacto entre los desterrados y los que habían permanecido en la ciudad, por virtud del cual se instituía una comisión mixta encargada de resolver los conflictos referentes a la propiedad; en Eresos se dejó, "en cumplimiento de la orden del rey", que los desterrados se erigieran en jueces contra los tiranos que los habían expulsado del suelo patrio y contra sus descendientes y partidarios; en Calimna se constituyó un tribunal arbitral formado por cinco vecinos de Jasos. Son, simplemente, unas cuantas noticias sueltas que han llegado a nosotros por azar; pero es lógico suponer que todas las ciudades helénicas, cuál más cuál menos, pasarían por las mismas dificultades y experimentarían la misma conmoción ante el problema del regreso de los desterrados.

Una noticia fortuita análoga a éstas da a entender que Alejandro había concedido en otro tiempo un lote de tierras a los soldados asentados como colonos junto al monte Sipilos, en la antigua Magnesia; no es posible saber cuándo, en

qué circunstancias ni con qué derechos, ni si aquellos colonos macedonios eran mercenarios o qué eran. Pero no cabe duda de que no se trataba de ningún caso excepcional; sabemos, por las monedas, que en el Docimeo y en Blaudos había colonos macedonios y en Apolonia colonos tracios. Los lotes de tierras asignados a estos colonos ¿pertenecían a las tierras de las propias ciudades o a los dominios de la corona? La misma pregunta cabe hacer con referencia a las ciudades, "más de setenta", fundadas por Alejandro, y también cabe preguntar: ¿Con arreglo a qué constitución y con qué derechos se asentaba a estos colonos al lado de la antigua población o de los indígenas a quienes se convencía o se obligaba a instalarse en las ciudades respectivas? ¿Cuál era el concepto que se tenía de los dominios de la corona? ¿En qué sentido disponía Alejandro de las ciudades de Quíos, Gergetos, Elea y Milasa, cuando invitó a Foción a elegir cualquiera de ellas?

No sabemos hasta qué punto modificó o dejó en pie Alejandro el viejo sistema administrativo de sus territorios, el catastro fiscal de los persas, su sistema tradicional de impuestos. Dice Arriano que el rey, a su regreso de la India a Persia, impuso tan duros castigos para intimidar a aquellos a quienes había dejado "como sátrapas, hiparcas y nomarcas". ¿Sería éste el orden jerárquico de su organización administrativa? ¿Se repetirían esos grados en todas las satrapías o habría, como parece indicar el ejemplo del Egipto, distintos sistemas administrativos para los distintos territorios de un imperio tan amplio como aquél: uno, supongamos, para la Siria, otro para el Irán, otro para la Bactriana, etc.? ¿La tesorería y el cobro de las contribuciones, sólo se hallarían encomendados a funcionarios especiales en las satrapías del Asia Menor y en los países de habla siria? Tampoco sabemos cómo se hallaban reguladas sus relaciones con los comandantes militares de la satrapía, cómo se hallaba deslindada la competencia de los diferentes cargos, de qué modo se hallaban retribuidos éstos, etc. Sabemos, sin embargo, por casualidad, que Cleomenes de Naucratis, que regentaba la Arabia egipcia, podía recargar por sí y ante sí los aranceles de exportación sobre el trigo y acaparar todo el trigo de su provincia para lucrarse con la carestía, que en Atenas sobre todo llegó a adquirir proporciones enormes, gravar con impuestos los cocodrilos sagrados, etc. De Antímenes, el rodio, del que no se sabe a ciencia cierta qué funciones se le habían conferido en Babilonia, dícese que restableció el impuesto, ya abolido, del diez por ciento sobre todos los productos que entraran en la provincia babilónica y que instituyó una especie de organización aseguradora de esclavos, que mediante el pago de diez dracmas por cabeza garantizaba a los dueños de esclavos, cuando se les escapase alguno, la indemnización de su valor. Son detalles sueltos con que nos encontramos en las fuentes, aquí y allá. Ni sabemos tampoco el lugar que en la administración pública ocupaban las tribus (ἔθνη) al lado de las ciudades, el que ocupaban los dinastas, los estados-templos (Efeso, Comana y otros), los príncipes tributarios, etc.

Uno de los fermentos más fuertes de los nuevos estados de cosas en gestación debió de ser la fabulosa masa de metales preciosos que la conquista del Asia puso en manos de Alejandro. Antes de la guerra del Peloponeso, Atenas, por el hecho

de tener atesorados en la acrópolis, además de los objetos de oro y plata, 9,000 talentos en plata amonedada, era la mayor potencia capitalista del mundo helénico y a ello más que a nada se debió su superioridad política sobre los estados de la liga peloponésica, aferrados todavía, de lleno, al régimen de la economía natural. Pero ahora tratábase de sumas incomparablemente mayores. Aparte del botín conquistado por Alejandro en los campamentos persas de Isos, Damasco, Arebela, etc., encontró en Susa, como ya dijimos, 50,000 talentos, otro tanto en Persépolis, en Pasargada 6,000 y cantidades todavía mayores en Ecbatana; dícese que llegó a reunir en sus arcas de esta ciudad 180,000 talentos. No sabemos cuál sería la cantidad de objetos de oro y plata, de púrpura, piedras preciosas, joyas, etc. que Alejandro llegó a acumular en sus conquistas, en las distintas satrapías del imperio de Darío y en la India.

No es posible establecer a base de estas cifras un cálculo estadístico ni siquiera aproximado de la masa de oro y plata puesta de nuevo en circulación con las conquistas de Alejandro y en el transcurso de diez años.

Pero si el nuevo poder militar instaurado ahora sobre el Asia puso en circulación las riquezas acumulades e inertes hasta entonces y estas riquezas irradiaban de él como la sangre del corazón, es indudable que el trabajo y el comercio, al hacerlas circular en un torrente cada vez más rápido a través del organismo del imperio, durante tanto tiempo marchito y raquítico, tenía que activar y fortalecer toda la vida económica de la nación, cuyas fuerzas había chupado vampirescamente el imperio persa. Claro está que ello trajo consigo, como consecuencias inevitables, un alza considerable de los precios, el desplazamiento del centro de gravedad del comercio mundial y el descenso de la balanza comercial en aquellos sitios que resultaron perjudicados por este desplazamiento, factores que nos ayudarán, tal vez, a explicar ciertos fenómenos que los tiempos posteriores acusan en los antiguos países helénicos.

Según los datos de Herodoto, el importe anual de los tributos cobrados en el imperio persa por concepto de impuestos inmobiliarios ascendía a 14,560 talentos de Eubea. Un dato que no procede, ciertamente, de una fuente muy fidedigna calcula en 30,000 talentos el importe de los tributos percibidos en el último año de la vida de Alejandro y añade que en aquel entonces sólo quedaban 50,000 talentos en tesorería. En la época persa era agobiadora, sobre todo, la masa infinita de prestaciones naturales, de las cuales solamente las destinadas al servicio de la corte ascendían a 13,000 talentos anuales; además, cada sátrapa, cada hiparca y cada dinasta seguía, dentro de sus dominios, como si fuese cosa obligada, el ejemplo del gran rey. De algunas alusiones de las fuentes se infiere que Alejandro abolió el sistema de las prestaciones en especie. Y así como antes la presencia del gran rey arruinaba a la ciudad o al territorio en que residía, ahora la ciudad o la región en que se emplazaba el campamento de Alejandro salía enormemente beneficiada con ello. La pompa de que solía rodearse el rey, sobre todo en los últimos años de su vida, lejos de oprimir, fomentaba el comercio y la prosperidad; cuéntase que, para poder vestir de púrpura a toda su servidumbre palaciega, encargó

a sus agentes en la Jonia que comprasen todas las telas de púrpura que pudieran conseguir, caso del que fácilmente puede inferirse la existencia de otros parecidos. En estas condiciones es de suponer que los sátrapas, los estrategas provinciales y otros altos dignatarios no seguirían percibiendo tampoco las prestaciones en especie del tiempo de los persas y que sus ingresos normales serían lo suficientemente altos para permitirles vivir con el esplendor adecuado a su rango; y, dígase lo que se quiera acerca de su vida de derroche, no cabe duda de que a la sombra de ellos vivirían y medrarían muchas gentes. Y Alejandro cuidábase también, por medio de generosos regalos, como por ejemplo el del talento que distribuyó a cada uno de los veteranos repatriados desde Opis, de que sus tropas, sobre todo las licenciadas del ejército, pudieran vivir sin apreturas. Y ya hemos visto cómo su inagotable generosidad proveía también al pago de las deudas, cuando los soldados, como muchas veces ocurría, gastaban más de lo que ganaban. Y es sabido también que su bolsa estaba siempre abierta para los poetas, los artistas, los filósofos, los virtuosos, para toda clase de actividades culturales e investigaciones científicas. Dícese que Aristóteles tenía a su disposición la fabulosa cifra de 800 talentos para costear sus investigaciones de historia natural, dato que fácilmente podría ponerse en duda como exagerado si no estuviese justificado por la importancia de sus estudios y por la talla de aquel pensador.

Mencionaremos aquí, aunque sólo sea de pasada, las grandes empresas arquitectónicas y de ingeniería de Alejandro, de las que a veces hablan las fuentes, como la reparación del sistema de canales de Babilonia, el dragado de los canales de desagüe del lago de Copais, la reconstrucción de los templos derruidos de la Hélade, en la que invirtió, según se dice, 10,000 talentos, la construcción del dique de Clazomene, la perforación del istmo de Teos y tantas más.

Basta con lo dicho para dar a entender lo que las victorias de Alejandro tenían que representar para la vida económica. Tal vez no haya vuelto a darse jamás el caso de un hombre cuya influencia personal haya sometido a una transformación tan rápida y tan profunda un territorio tan extenso. Transformación que no fué, ni mucho menos, el resultado de una serie de coincidencias fortuitas, sino, en la medida en que poseemos datos para opinar acerca de ello, obra de la voluntad y producto de un plan consciente y consecuentemente desarrollado. La conmoción experimentada por los pueblos del Asia, el hecho de que el occidente hubiese descubierto y empezado a necesitar las superfluidades del oriente y éste las artes del occidente, de que los occidentales instalados en la India o en la Bactriana y los asiáticos que afluían de todas las satrapías a la corte de Alejandro sintiesen mucho más la nostalgia de las cosas propias cuando se hallaban lejos de su tierra, de que en las satrapías, en las casas de los nobles y los ricos, en todas las esferas de la vida, se convirtiese en una moda más o menos dominante aquella mescolanza de los más heterogéneos tipos de vida y de las más variadas necesidades que, convertida en el lujo más pomposo, se observaba en la corte del rey: todo esto contribuía a crear, directamente, la necesidad de un tráfico comercial intensísimo, el cual, a su vez, exigía, ante todo, la apertura de vías de comunica-

ción cómodas y seguras y la cohesión y permanencia que sólo podían darle una serie de centros comerciales importantes. Esta mira, además de la militar, fué la que guió a Alejandro, desde el primer momento, en su política de fundación de ciudades y colonias, y todavía hoy siguen siendo las ciudades fundadas por él los emporios más importantes del Asia; con la diferencia de que hoy las caravanas se hallan expuestas a las rapaces agresiones y las depredaciones de los poderosos, mientras que en el imperio de Alejandro los caminos eran seguros, las tribus rapaces de las montañas o los desiertos se mantenían tranquilas o eran obligadas a establecerse en colonias y los funcionarios reales veíanse obligados o estaban dispuestos en todo momento a velar por el fomento y la seguridad del comercio. Tomó también un auge extraordinario la vida comercial en la cuenca del Mediterráneo y la Alejandría de Egipto empezó ya ahora a convertirse en el centro del comercio por aquel mar; que según los planes de Alejandro habría de verse pronto libre de las fechorías de los piratas etruscos e ilirios que lo infestaban.

Pero lo más importante de todo fué el afán incansable con que Alejandro se preocupó de abrir por todas partes nuevas comunicaciones marítimas. Ya había logrado, como hemos visto, descubrir la ruta marítima entre el Indo y el Eufrates y el Tigris; la fundación de ciudades portuarias helénicas en las desembocaduras de estos ríos ofreció los necesarios puntos de apoyo a la navegación y al comercio en aquellas costas. Más adelante veremos lo que hizo por dar vida a estas nuevas ciudades y por comunicar comercialmente el interior de las tierras bajas de la Siria con las desembocaduras de sus ríos en el mar, lo mismo que las tierras del alto Indo con su propia salida al océano, cómo proyectó el descubrimiento de una extensa ruta marítima que uniese el golfo Pérsico con el mar Rojo y las proximidades de Alejandría, dando la vuelta a la península arábiga, cómo se proponía tender calzadas militares y comerciales que, partiendo de la Alejandría egipcia hacia el occidente, recorriesen la costa del Mediterráneo, y cómo, finalmente, ordenó construir una flota en los bosques de la Hircania, con la esperanza de descubir —dentro de las confusas nociones geográficas de la época— una comunicación entre el mar Carpio y el mar del Norte y entre este mar y el Océano Indico.

Otro punto que merece la pena ser tenido en cuenta aquí es el de la mezcla de los pueblos, ya iniciada por Alejandro y en la que éste veía, a la par, la meta y el camino de sus fundaciones. En un plazo de diez años había sido descubierto y conquistado un mundo, habían sido derribadas las barreras que separaban al oriente del occidente, habían sido abiertos los caminos que en lo sucesivo habrían de unir a los pueblos de levante y de poniente. Un antiguo escritor dice: "Como en una copa de amor, habían sido mezclados los elementos de la vida de todos los pueblos, y los pueblos bebían juntos de esta copa y olvidaban las viejas enemistades y la vieja impotencia".

No es éste el lugar indicado para exponer a qué resultados condujo esta mezcla de los pueblos, que tienen por marco la historia de los siglos siguientes. Sin embargo, ya en ésta su fase inicial se traslucen las corrientes que más tarde

habrán de desarrollarse con amplitud cada vez mayor en todos los campos del arte, la ciencia, la religión, en todos los dominios del conocimiento y la voluntad humanos, traduciéndose no pocas veces en manifestaciones confusas y en degeneraciones en las que sólo la mirada histórica acostumbrada a captar las profundas trabazones que se extienden a través de los siglos es capaz de descubrir el poderoso aliento del progreso que late en lo hondo. El arte helénico no salió ganando nada, ciertamente, con que la serena grandeza de sus proporciones armónicas se convirtiese en la pompa asiática de las masas grandiosas y exuberantes, con que el idealismo de sus creaciones desapareciera bajo el lujo de costosos materiales y el halago realista de los sentidos. El sombrío esplendor de los templos egipcios, las fantásticas salas y ciudadelas de Persépolis, las ruinas gigantescas de Babilonia, las arquitecturas indias, con sus ídolos en forma de serpientes y sus elefantes tendidos bajo las columnas: todo esto, mezclado con las tradiciones de su arte patrio, fué para el artista helénico, sin embargo, un rico tesoro de nuevas ideas y nuevos proyectos; pero las concepciones fueron degenerando ya hasta lo monstruoso; baste recordar aquel proyecto gigantesco de un Deinócrates para tallar sobre el monte Athos una estatua monumental de Alejandro, una de cuyas manos sostendría una ciudad de diez mil habitantes, mientras que de la otra se precipitaría hacia el mar, en imponentes cascadas, un río que bajaba de la montaña. Sin embargo, el arte había de encumbrarse poco después, en las cabezas de las monedas y en la estatuaria de los poetas y los pensadores, hasta las alturas de la suprema verdad y la suprema vida individuales, y en las grandes composiciones plásticas —como en las de Pérgamo— hasta llegar a la expresión más audaz de las pasiones más movidas y los pensamientos más tensos. Y tras esto vino una época de rápida decadencia, encubierta bajo un lujo desolado y un virtuosismo repelente.

También el arte poético intentó participar de esta nueva vida; la llamada comedia nueva y la elegía denotan una finura de observación psicológica y un dominio de recursos para pintar los caracteres y situaciones de la vida diaria, lo que podríamos llamar la pequeña vida social, tanto la real como la idílicamente ficticia, que a través de estas formas poéticas nos damos cuenta mejor que de ningún otro modo cuán lejos estaba aquella época del antiguo signo de los grandes intereses comunes, de las grandes ideas y pasiones que hacen la vida digna de ser vivida. La poesía helenística, entregada a lo individual y a lo realista, no supo encontrar nueva inspiración ni en las luchas heroicas que estaban desarrollándose ante sus ojos ni en las pasmosas creaciones nuevas a que esas luchas abrían cauce, a menos que queramos considerar como un producto de esa nueva inspiración la turbulenta poesía galiámbica de la automutilación; no supo asimilarse ya la riqueza de colorido de los cuentos persas ni la solemnidad supraterrenal de los salmos y profecías monoteístas; cuando quería remontarse por sobre los fenómenos cotidianos, que eran su tema predilecto, retornaba a la imitación de su época clásica y dejaba que los orientales transmitiesen de generación en generación, en mil cantos y leyendas, el recuerdo de su héroe común, Iscánder o Alejandro. Entre

las artes verbales de los helenos, sólo la más joven de todas, la que aún florecía con toda lozanía entre los contemporáneos, podía esforzarse en conquistar nuevas formas, y la llamada elocuencia asiática, llena de adornos y florituras, constituye uno de los fenómenos característicos de esta época.

En cambio, fué fecundísima la transformación por la que pasaron en este período histórico las ciencias. Aristóteles había dado vida a aquel grandioso empirismo de que la ciencia necesitaba para llegar a dominar el acervo inmenso de nuevos materiales que las campañas de Alejandro brindaban a todas las ramas del saber humano. Alejandro, discípulo de Aristóteles e iniciado en todo lo que habían aportado hasta entonces los estudios de los médicos, filósofos y retóricos helénicos, conservó siempre un interés muy vivo por todos estos estudios; en sus campañas le acompañaban siempre hombres de todas las ramas de la ciencia, encargados de observar, de investigar, de reunir materiales, de medir los nuevos países y las calzadas principales de éstos. Comenzó también una nueva época para los estudios históricos; ahora el historiador podía ya investigar sobre el terreno, podía comparar las leyendas de los pueblos con sus monumentos, sus destinos con sus costumbres, y pese a los innumerables errores y fábulas difundidos por los llamados cronistas de Alejandro, no cabe duda de que es ahora cuando empiezan a reunirse los materiales y cuando, por tanto, empieza también a perfilarse el método para la gran investigación histórica y geográfica. Desde ciertos puntos de vista, la ciencia helénica tenía algo que aprender directamente de los países orientales, y las grandes tradiciones de la observación astronómica en Babilonia, los importantes conocimientos de medicina que, al parecer, existían en la India, los característicos conocimientos de anatomía y de mecánica que poseían los sacerdotes del Egipto, adquirieron una significación nueva en manos de los investigadores y pensadores helénicos. El desarrollo característico del espíritu helénico presentaba la filosofía como suma y compendio de todo el saber humano; ahora fueron emancipándose las distintas corrientes del conocimiento; empezaron a desarrollarse las ciencias exactas, basadas en un empirismo independiente, mientras que la filosofía, en desacuerdo acerca de la relación entre el pensamiento y la realidad, tan pronto consideraba que los fenómenos eran insuficientes para los pensamientos como que el conocimiento lo era para los fenómenos.

Es lógico, por la naturaleza misma de la cosa, que la transformación de la vida de los pueblos en lo moral, lo social y lo religioso se desarrollase de un modo más lento y, salvo algunas erupciones aisladas, a través de un proceso imperceptible. Y si, a la muerte de Alejandro, lo nuevo, que en vida suya y bajo su gobierno había brotado, como es natural, de un modo demasiado súbito, inesperado y no pocas veces violento, suscitó una reacción que en los treinta años de las luchas de los diádocos tomó por bandera tan pronto un partido como otro, el resultado de ello fué, pura y simplemente, el que lo nuevo acabara convirtiéndose en hábito y el que, modificado con arreglo a las diferencias nacionales, revistiera formas bajo las cuales la vida de los pueblos pudiera seguir desarrollándose con sujeción a un principio igual y común. La gradual desaparición de los prejuicios nacionales, la

mutua asimilación de las necesidades, costumbres e ideas, el comportamiento positivo y la convivencia de nacionalidades antes divorciadas: todo ello contribuyó a que fuera desarrollándose una vida social completamente nueva; y del mismo modo que en nuestro tiempo ciertas ideas, premisas y conveniencias, descendiendo hasta las mismas modas, atestiguan la unidad del mundo civilizado, en aquella época helenística y bien podemos suponer que bajo formas análogas fué abriéndose paso un mundo nuevo y homogéneo que imponía lo mismo en las riberas del Nilo que en las del Jaxartes las mismas formas convencionales, consideradas como las de la buena sociedad y las del mundo culto. La lengua y las costumbres áticas eran la pauta de las cortes de Alejandría y de Babilonia, de Bactra y de Pérgamo. Y cuando el helenismo perdió su independencia política frente al estado romano, empezó a conquistar en Roma la hegemonía de la moda y de la cultura. Por todo ello, podemos afirmar con razón que el helenismo constituye la primera unidad universal con que nos encontramos en la historia. Mientras que el imperio de los Aqueménidas no era más que un conglomerado puramente externo de masas de países cuyas poblaciones sólo se mantenían aglutinadas por una igualdad de sojuzgamiento, en los países del helenismo se conservó, incluso cuando se desintegraron para formar reinos o imperios independientes, la unidad superior de la cultura, del gusto, de la moda o como queramos llamar a este nivel constantemente cambiante de ideas convencionales y de costumbres.

Los cambios políticos influyen siempre en los estados morales en proporción a la participación de pocos, de muchos o de todos en las funciones del estado. El mismo estancamiento histórico que había tenido a los pueblos del Asia, hasta entonces, atados a las formas políticas más obtusas, las de un régimen despótico y jerárquico, hizo que, al principio y en una parte considerable, permaneciesen mudos y pasivos ante el inmenso cambio desencadenado sobre ellos; y el hecho de que Alejandro se plegase en muchos aspectos a su tradición y a sus convicciones revela cuál era el único camino por el que se podía conseguir que aquellos pueblos fueran remontándose sobre sí mismos. Claro está que el resultado de estos esfuerzos fué muy distinto según el carácter de los diversos pueblos, pues mientras los uxios y los mardios tuvieron que aprender ante todo a labrar la tierra, "los hircanos a vivir conyugalmente y los sogdianos a mantener a sus padres en la vejez, en vez de matarlos", el egipcio ya se había acostumbrado a vencer su repugnancia contra los extranjeros que no vivían en régimen de castas y el fenicio a acabar con los horrores de sus sacrificios a Moloch. Sin embargo, sólo la época subsiguiente pudo ir creando poco a poco un modo nuevo y uniforme de ser, de pensar y de vivir, tanto más cuanto que para la mayoría de los antiguos pueblos del Asia la base de la moral y de las relaciones personales y jurídicas, que para los helenos de esta época parecía cifrarse ya, exclusivamente, en la ley positiva o en el conocimiento progresivo de los principios éticos, seguía siendo la religión, con sus normas fijas e imperativas. Ilustrar a los pueblos del Asia, arrancarles los grilletes de la superstición y de la fe y la devoción serviles, despertar en ellos la voluntad y la capacidad de seres inteligentes y conscientes de sí mismos y exaltar esas cuali-

dades con todas sus consecuencias, buenas y malas, saludables y perniciosas, en una palabra, emanciparlos y hacerlos aptos para la vida histórica: tal fué la obra que el helenismo intentó realizar en el Asia y que en parte realizó, aunque no en la época misma de Alejandro, sino más tarde.

Más rápida y decisiva fué la transformación moral operada por esta época histórica en el pueblo macedonio y en los pueblos helénicos. En uno y otros se advierte ya en tiempo de Alejandro la exaltación de las potencias de la capacidad y la voluntad, la tensión de las exigencias y las pasiones, la tendencia a vivir en el momento y para él, el realismo despiadado; y, sin embargo, la diferencia que entre los dos se percibe, desde todos estos puntos de vista, es muy grande. El macedonio, que hace no más de treinta años era un hombre de un candor rústico, que vivía pegado al terruño, contento con la sobriedad de una patria pobre e indiferente a todo lo demás, no piensa ahora más que en la fama, en el poder y en la lucha; se siente dueño y señor de un mundo nuevo y más orgulloso de despreciarlo que de haberlo conquistado; de sus interminables campañas guerreras ha vuelto a su tierra con aquel amor propio obstinado, con aquella fría brusquedad militar, con aquel desprecio por el peligro y por la propia vida que los tiempos de los diádocos habrán de revelar con harta frecuencia en forma de caricatura; y si las grandes conmociones históricas vividas imprimen su sello a la mentalidad y a la fisonomía de los pueblos, no cabe duda de que las cicatrices adquiridas en los diez años de guerra en el oriente, las profundas arrugas que dejaron en su rostro toda aquella serie interminable de penalidades, privaciones y desarreglos de todas clases, acabaron creando un nuevo tipo de macedonio. ¡Cuán distinto el carácter helénico de esta época, dentro de su propia patria! Su tiempo ha pasado; estos helenos, en otro tiempo tan vigorosos, no se sienten impulsados por el estímulo de nuevas hazañas ni por la conciencia de su poder político: se contentan, sencillamente, con el brillo de sus recuerdos; la jactancia suple en ellos a la fama y, saciados ya de goces, buscan la forma más superficial y senil de ellos, el cambio; viven de un modo frívolo, voluble, parresiástico, cada cual para si, rehuyendo toda responsabilidad y toda sumisión a cualquier autoridad, sin cohesión ni disciplina alguna, y así, el helenismo, dentro de la Gran Grecia, marcha hacia esa multiplicidad ingeniosa, nerviosa y superficial de ocupaciones, hacia esa cultura simplemente aprendida que marca siempre la fase final de la vida de un pueblo; todo lo positivo, todo lo que sostiene y cohesiona, incluso la conciencia de haberse convertido en escoria, se pierde; la obra de la cultura se ha consumado.

Cabe afirmar, cierto es, que gracias a esta obra de cultura, por muy niveladora y repelente que aparezca en detalle, se quebrantó la fuerza del paganismo y se hizo posible un desarrollo más espiritual de la religión. Nada más eficaz, en este sentido, que aquel singular fenómeno de la mezcla de dioses, de la teocracia, en el que, siglos después, habrían de tomar parte todos los pueblos del helenismo.

Las deidades, los cultos, los mitos del paganismo pueden ser considerados, evidentemente, como la expresión más peculiar y más viva de la diversidad histórica y etnográfica de los pueblos, y en ello precisamente residía la más grande

dificultad con que tropezaba la obra que Alejandro pretendía crear. Su política daba en el nervio del problema cuando mantenía junto a sí, es decir, junto al hombre en cuya persona y en cuyo régimen debía cifrarse primordialmente aquella unidad, tanto al penitente indio Calanos y al mago persa Ostanes como al sacerdote licio Aristandro, intérprete de presagios, cuando se inclinaba lo mismo que sus fieles ante los dioses de los egipcios, de los persas, de los babilonios, ante el Baal de Tarso y ante el Jehová de los judíos, cumplía con todas las ceremonias y exigencias de su culto y dejaba a un lado como problemático todo lo referente a su significación y contenido, saliendo tal vez, de vez en cuando, al paso de aquellas concepciones y doctrinas misteriosas de la sabiduría sacerdotal que, en su versión panteísta, deísta o nihilista de la fe del pueblo, chocaban con lo que un heleno culto había recibido de su filosofía. No cabe duda de que el ejemplo de Alejandro se abriría paso en círculos cada vez más amplios; los helenos empezaron a dar entrada dentro de sus países, con mayor audacia de lo que siempre lo habían hecho, a los dioses extranjeros y a ver a través de éstos sus dioses patrios, a comparar y armonizar los ciclos de leyendas y las teogonías de los distintos pueblos; empezaron a convencerse de que todos los pueblos, en imágenes más o menos felices, adoraban en sus dioses a la misma divinidad, habían calado más o menos profundamente en la misma intuición de lo supraterrenal, de lo absoluto, intentaban expresar con mayor o menor acierto la última meta o la última causa, y de que las diferencias en cuanto a los nombres, atributos o funciones de los dioses de las distintas naciones eran puramente externas y fortuitas, sujetas a rectificación para ahondar a través de ellas en su pensamiento profundo.

Revelábase así que la época de las religiones locales y nacionales, es decir, de las religiones paganas, había pasado; que la humanidad, por fin unida, necesitaba una única religión general y era capaz de llegar a tenerla; la teocracia no era, en el fondo, más que un intento encaminado a lograr esta unidad por medio de la fusión de los distintos sistemas religiosos, aunque por este camino jamás podía alcanzarse aquella meta. Fué la obra de los siglos del helenismo el ir desarrollando los elementos para una unificación más alta y verdadera en lo religioso: el sentimiento de la finitud y la impotencia, la necesidad de la penitencia y la consolación, la fuerza de la más profunda humildad y de la exaltación hasta la libertad en Dios; los siglos del helenismo fueron siglos de desdivinización del mundo y de los corazones, de extravío y de desconsuelo, en que empezó a sonar, primero imperceptible y luego cada vez más sonoro, el grito reclamando al Redentor.

En Alejandro consumóse el antropomorfismo del paganismo helénico: un hombre fué erigido en dios. Suyo, del dios, es el reino de este mundo, en que el hombre se ve elevado hasta la más alta cumbre de lo finito y en que la humanidad se humilla ante él para adorar a quien no es más que un mortal entre mortales.

## CAPITULO III

*Expedición de Alejandro a la Media. Muerte de Efestión.—Luchas contra los coseos. Regreso a Babilonia.—Embajadas.—Nuevos planes.—Expediciones al mar del Sur.—Nuevos trabajos. Reorganización del ejército. Ultimos planes.—Enfermedad y muerte de Alejandro.*

TANTAS CAMPAÑAS han hecho de mí un anciano, escribe después de siete años de guerras un gran caudillo de los tiempos modernos, que estaba en le plenitud de su edad viril, en los cuarenta años, cuando las comenzó. Alejandro había estado peleando durante doce años seguidos, sin descansar un solo momento; varias veces había sido herido de gravedad, más de una con peligro de su vida; había sufrido inacabables penalidades, había vivido en la tensión y la excitación de increíbles aventuras, había pasado por horas terribles en las riberas del Hifasis, por la espantosa expedición a través del desierto de Gedrosia, por el motín de sus veteranos en Opis; había traspasado a Clitos con su lanza y mandado ejecutar a Filotas y Parmenión. Las fuentes no nos dicen si su espíritu y su cuerpo conservaban la energía y la frescura de los días del Danubio y de la batalla del Gránico, si empezaba a sentirse ya "nervioso", si se sentía envejecer prematuramente. Y aún le aguardaban nuevos y dolorosos contratiempos.

### EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO A LA MEDIA. MUERTE DE EFESTIÓN

Poco después de la partida de los veteranos, Alejandro salió de Opis con el resto de sus tropas para trasladarse a Ecbatana.

Ninguna provincia había sufrido tanto como la Media del desenfreno y la arrogancia de los funcionarios y comandantes macedonios durante la ausencia de Alejandro en la India, y su población habíase mantenido leal a él a pesar de las muchas excitaciones a la rebelión que se le habían hecho. Bariaxes, el hombre que había agitado en vano la bandera de la sedición, había sido entregado por el sátrapa Atrópates al tribunal del rey. No obstante, era probable que aún quedase allí mucho que investigar, que poner en orden y que sancionar; y, sobre todo, había que cerciorarse más de cerca del desfalco del tesoro y de la huida de Harpalo. Además, la gran calzada que cruzaba las montañas de la Media no gozaba todavía, ni mucho menos, de la seguridad apetecible para un comercio tan intenso como el que existía entre las satrapías sirias y las tierras altas del imperio; entre los muchos pueblos de las montañas que se extienden desde la Armenia hasta las costas de la Carmania encontrábanse los coseos, los rapaces habitantes de los

montes Zagros, que aún no habían sido pacificados y a cuyos ataques se hallaba expuesto todo transporte que se aventuraba por los desfiladeros de la Media sin protección militar suficiente. Tales fueron, sobre poco más o menos, las razones que movieron a Alejandro a aplazar hasta la próxima primavera su regreso a Babilonia y la iniciación de las nuevas empresas hacia el sur y hacia el oeste, cuyos preparativos se hallaban en marcha.

Salió de Opis hacia fines de agosto del año 324 por el camino usual que atraviesa las tierras de la Media hacia Ecbatana; las tropas seguían, en varios destacamentos, por los distritos septentrionales de la región de Sitacena. Alejandro pasó por el poblado de Carre y desde allí llegó en cuatro días a Sambata, donde se detuvo siete días más, esperando a que se concentrasen las diversas columnas a medida que iban llegando. En tres jornadas llegaron a la ciudad de Celone (Holwan), a pocas millas de los montes Zagros; los habitantes de Celone eran helenos transplantados allí en la época de las guerras persas y que conservaban su lengua y sus costumbres helénicas, aunque no en su estado puro. Desde allí, Alejandro se dirigió con sus tropas a los desfiladeros de Bagistene y visitó las famosas plantaciones que cubrían la llanura situada delante de la montaña y que se conocían con el nombre de jardín de Semíramis. Salió luego a los campos de Nisea, en que pastaban las inmensas yeguadas de los reyes de Persia, y encontró todavía allí de cincuenta a sesenta mil caballos. El ejército acampó en esta región durante un mes. El sátrapa de la Media, Atrópates, salió a recibir allí al rey, en las fronteras de su satrapía; cuéntase que se presentó en el campamento con cien mujeres a caballo, armadas de hachas de combate y pequeños escudos, diciendo que eran amazonas; relato que, naturalmente, es revestido por los autores antiguos con los más peregrinos adornos.

Un episodio desagradable vino a perturbar estos días de descanso. Del séquito de Alejandro formaban parte Eumenes y Efestión. Eumenes de Cardia, que ocupaba el puesto más importante en el gabinete del rey, a quien éste tenía en gran estima por su gran capacidad y por su lealtad y a quien hacía poco había honrado en las bodas de Susa dándole por esposa a la hija de Artabazo, parece que gozaba de mala fama en cuestiones de dinero; todo el mundo sabía o creía saber que Alejandro hacía grandes regalos a su indispensable archigramateo para conciliar su interés de granjería con su celo o su abnegación en el cumplimiento de su deber. Y contábase que, una vez —en la India, cuando el rey había confiado la construcción de su flota fluvial, como cuestión de honor, a los grandes que le rodeaban, pues sus fondos estaban agotados—, Alejandro se enfadó mucho por la conducta sórdida de su escribano mayor, hasta el punto que no pudo menos de dárselo a entender. Eumenes, que habría debido desembolsar trescientos talentos para cumplir el encargo de honor recibido de Alejandro, sólo había aportado cien, y aun éstos aseguraba que le había costado gran esfuerzo reunirlos. Alejandro, que conocía bien su riqueza, no le hizo reproche alguno, pero se negó a recibir el dinero; ordenó que, aprovechando la quietud de la noche, se pegara fuego a la tienda de Eumenes y que cuando, asustado del incendio y sin saber

que se habían tomado previamente todas las medidas para extinguirlo, se retirase con sus tesoros a rastras, se le hiciese objeto de la rechifla general. Pero el fuego propagóse con tanta rapidez que arrasó toda la tienda de campaña con cuanto había dentro, incluyendo los numerosos documentos de la cancillería; solamente el oro y la plata fundidos que se encontraron entre las cenizas representaban mil talentos. Alejandro le dejó en posesión de su dinero y envió órdenes a los sátrapas y estrategas para que le remitiesen copias de los escritos e instrucciones recibidos de su cancillería. Para los macedonios del campamento, Eumenes era el hombre "que peleaba con las tablillas de cera y el estilo en vez de la lanza y la espada", a pesar de lo cual gozaba de gran influencia y prestigio cerca del rey; por todo ello, tenía pocas simpatías dentro del ejército. Y se comprende, sobre todo conociendo el carácter de este noble macedonio, que Efestión, a quien las íntimas relaciones en que se hallaba con Alejandro le obligaban a mantener frecuente contacto con el escribano, no le viera con muy buenos ojos. Todo lo que sabemos de Efestión revela su carácter noble, caballeroso y abnegado y su ilimitada devoción por el rey, la cual llegaba a extremos verdaderamente conmovedores. Alejandro le quería, pues veía en él al compañero de sus años de infancia; todo el esplendor del trono y de la fama y aquel cambio en su manera exterior e interior de vivir, que había hecho apartarse de él a muchos en quienes tanto confiaba, no habían sido capaces de alterar las relaciones cordiales entre aquellos dos hombres; su amistad habíase forjado al calor entusiasta de los años de infancia y de juventud y no se había enfriado a través de las más tremendas vicisitudes; cuéntase, y esta anécdota revela bastante bien cuál era el grado de intimidad que había entre ellos, que un día estaba Alejandro leyendo una carta de su madre, llena de quejas y reproches como todas las suyas, de los que no quería que se enterase ni siquiera el amigo y que Efestión vino junto a él, se apoyó en el hombro del rey y se puso a leer también los secretos que éste quería guardar, en vista de lo cual Alejandro se quitó el anillo de sello y se lo puso sobre los labios.

Efestión y Eumenes habían reñido ya más de una vez y su mutua aversión no necesitaba de grandes motivos para estallar en nuevas querellas. Un regalo que Efestión acababa de recibir de Alejandro bastó para provocar un ataque de furiosa envidia por parte del escribano y un cambio de palabras en que ambos olvidaron muy pronto los miramientos que se debían a sí mismos. Alejandro, para poner fin a aquella lamentable disputa, hizo a Eumenes un regalo igual al recibido por el otro y censuró a Efestión, diciéndole que debía tener en más alta estima su propia dignidad; y exigió que ambos le prometieran que en lo sucesivo evitarían toda discordia y se reconciliarían sinceramente; Efestión negóse a acceder a lo que se le pedía; estaba profundamente ofendido y a Alejandro le costó trabajo apaciguarlo; por fin, para darle gusto, Efestión alargó su mano a Eumenes.

Tras este episodio y un descanso de treinta días en el valle de Nisea, el ejército reanudó su marcha y en siete días, hacia fines de octubre, llegó a la grande y rica ciudad de Ecbatana. Es una pena que las antiguas fuentes no nos digan

nada acerca de las provincias, fundaciones y medidas de organización a que, según parece, se dedicó Alejandro durante el tiempo que pasó en esta capital. En cambio, describen con gran lujo de detalles las fiestas celebradas en la ciudad de los sátrapas de la Media, sobre todo las fiestas dionisíacas.

Alejandro había establecido su residencia en el palacio real; este palacio, monumento de la época de la grandeza meda, estaba emplazado debajo de la ciudadela y ocupaba una extensión de siete estadios; el esplendor de este edificio rayaba en lo legendario; toda la madera era de cedro y de ciprés, las vigas, el artesonado, las columnas de los pórticos y de las salas interiores aparecían cubiertas con planchas de oro y plata. Decoración parecida era la del templo de Anitis, situado cerca del palacio; sus columnas estaban rematadas por capiteles de oro y el tejado cubierto por tejas de oro y plata. Y aunque muchos de estos valiosos adornos habían sido arrebatados por la avaricia de aquellos rapaces gobernantes macedonios que tantos desmanes habían cometido en la Media, en su conjunto ofrecían todavía una imagen de pasmosa suntuosidad. Y los alrededores hallábanse en consonancia con el esplendor de la residencia real; a espaldas del palacio se levantaba la columna coronada por la ciudadela, magníficamente fortificada, con sus almenas, sus torres y las bóvedas bajo las cuales se custodiaban los tesoros del rey; delante de ella desplegábase la ciudad, que ocupaba una extensión de casi tres millas y al norte descollaban las cumbres del airoso Orontes, por cuyas gargantas bajaban las grandes conducciones de agua de la reina Semíramis.

En esta ciudad verdaderamente regia festejó Alejandro las dionisias del otoño del año 324; comenzaron con los grandes sacrificios con que Alejandro acostumbraba dar las gracias a los dioses por la dicha que se dignaban concederle. Siguieron luego toda clase de fiestas, torneos, desfiles solemnes, exhibiciones gimnásticas y juegos poéticos; los banquetes y los jolgorios sucedíanse sin cesar. Entre los banquetes descolló por su grandiosidad y su esplendidez el del sátrapa Atrópates de la Media; asistieron a él como invitados todo el ejército y los extranjeros todos que habían acudido a Ecbatana de cerca y de lejos para presenciar las fiestas; las mesas de éstos rodeaban las largas filas de aquellas en que los macedonios comían y bebían jubilosamente, brindando entre toques de trompeta y previo anuncio del heraldo por la salud del rey y anunciando los regalos que le destinaban; una ovación y un griterío atronadores siguieron a este brindis de Gorgo, maestro de armas del rey: "Gorgo consagra al rey Alejandro, hijo de Zeus Ammón, una corona de tres mil piezas de oro y, si decide sitiar Atenas, diez mil armaduras y otras tantas catapultas y todos los proyectiles que pueda necesitar para esa guerra".

Tales fueron las ruidosas y riquísimas fiestas celebradas aquellos días en Ecbatana, en las cuales sólo Alejandro no se sentía de humor para divertirse; Efestión estaba seriamente enfermo. Su médico Glaucias ponía lo mejor de su arte para curarlo, pero la fiebre devoradora del enfermo no cedía. Alejandro no podía sustraerse a las fiestas y, con gran pesar, separábase de la cabecera del amigo enfermo para hacerse ver del ejército y del pueblo. Era el séptimo día de las fiestas

dionisiacas, y los pajes de la corte estaban celebrando su torneo en presencia del rey, ante una multitud jubilosa que llenaba el estadio de la ciudad; en aquellos instantes le fué comunicada a Alejandro la noticia de que Efestión estaba gravísimo; dejó la fiesta y corrió al palacio; cuando entró en el cuarto del enfermo, Efestión acababa de morir. Alejandro quedó abatido, como si los dioses hubiesen descargado el más duro de los golpes sobre él; durante tres días no se separó de junto al cadáver de su amigo, a ratos llorando amargamente y a ratos sumido en un silencio angustioso, sin querer probar bocado, lacerado por el dolor y por el recuerdo del grande y leal amigo al que iba asociado lo mejor de su vida, de su infancia y de su juventud. Terminaron las fiestas, el ejército y el pueblo guardaron luto por el más noble de los macedonios y los magos apagaron el fuego sagrado de los templos, como si hubiese muerto un rey.

Pasados los días del primer duelo y cuando los leales hubieron conseguido con sus súplicas que Alejandro se separase del cadáver de su amigo, el rey ordenó el cortejo fúnebre que había de conducir a Babilonia los restos mortales de Efestión. Los estrategas, hiparcas y hetairos aportaron, por iniciativa de Eumenes, armas, joyas y ofrendas de todas clases para adornar el carro que había de transportar el cadáver, y Pérdicas recibió el encargo de conducir el cortejo hasta Babilonia, donde habría de erigirse la pira funeraria y celebrarse, en la primavera, los juegos y torneos de las exequias fúnebres; Dinócrates acompañó a Pérdicas para organizar el acto de la cremación y dar a ésta el máximo esplendor.

### LUCHAS CONTRA LOS COSEOS. REGRESO A BABILONIA

Corrían los últimos días del año 324 y las montañas estaban ya cubiertas de nieve cuando Alejandro partió de Ecbatana con su ejército para marchar hacia Babilonia por los montes de los coseos; eligió esta época del año porque así las tribus rapaces de las montañas no podrían huir de sus valles para ir a refugiarse en las alturas. Acompañado de sus tropas ligeras, y habiendo mandado al resto de su ejército por la gran calzada, se dirigió hacia el sur, hacia los montes en que moraban y merodeaban estas tribus de pastores, fronterizas a los oxios, afines a ellas. En dos columnas, mandada la una por Alejandro y la otra por el lágida Tolomeo, fueron recorridos todos los valles de aquellas montañas y dominadas, una por una, las aguerridas hordas de los coseos, que en todas partes lucharon bravamente a la defensiva; sus castillos fueron arrasados y miles de coseos muertos o hechos prisioneros, y los demás obligados a someterse, a cambiar su vida nómada por la vida sedentaria en aldeas fijas y a cultivar la tierra. En un plazo de cuarenta días fué reducido a la obediencia aquel belicoso pueblo que tanto había inquietado los caminos y los desfiladeros de aquella región, como antes se hiciera con los uxios, los cadusios, los mardios y los paretácenos, poniéndose en aquellas montañas, por lo menos, los primeros jalones de la civilización.

Hecho esto, Alejandro descendió hacia Babilonia a pequeñas marchas, para dar tiempo a que fueran uniéndosele los diversos destacamentos de tropas que

habían operado en los valles de Zagros. Llevaba el propósito de reunir en Babilonia todas sus fuerzas para lanzarse a nuevas empresas; Babilonia habría de ser el centro del imperio y la residencia del rey. Esta ciudad prestábase especialmente para ello, por su gran envergadura, su antigua fama y su estratégica situación; era el emporio del comercio meridional, de las especias de la India, de las sustancias aromáticas de la Arabia; hallábase situada a mitad de camino entre los pueblos de levante y los de poniente, pero más cerca del occidente, hacia donde Alejandro tenía que volver necesariamente la afanosa mirada, después de la conquista de los países orientales. Allí, en el occidente, se hallaban aquella Italia donde el rey del Epiro, casado con su hermana, había perdido la vida y el honor, la Iberia rica en minas de plata, el país de las colonias fenicias cuyas antiguas metrópolis pertenecían ahora al nuevo imperio, aquella Cartago que, desde las primeras guerras persas y la liga con Persia fundada en aquel entonces, había estado constantemente en guerra con los helenos en Libia y en Sicilia. Las grandes conquistas llevadas a cabo por él en el oriente habían extendido la fama de Alejandro hasta los más remotos pueblos, que mirarían el nuevo y gigantesco poder con sentimientos mezclados de esperanza y de temor; quisiéranlo o no, tenían que avenirse a la necesidad de entrar en relaciones con este poder nuevo en cuyas manos estaban los destinos del mundo y de congraciarse con él, si querían allanar el camino de su propio porvenir.

## EMBAJADAS

He aquí por qué se presentaban también en el campamento de Alejandro embajadores de lejanos pueblos, unas veces simplemente para rendirle homenaje de pleitesía y llevarle regalos y otras veces para que el rey dirimiese como árbitro sus litigios con otros pueblos vecinos; y fué a partir de ahora, dice Arriano, cuando Alejandro tuvo la sensación, compartida por los que le rodeaban, de señor de tierras y de mares. Hacía que le sometieran la lista de los países representados por los embajadores, para señalar el orden de prelación de sus audiencias. Y daba siempre preferencia a los que llevaban ante él asuntos de carácter sagrado, como sucedía con los embajadores de Elida, de Ammonion, del templo de Delfos, de Corinto, de Epidauro, etc., por orden de importancia según la del lugar de donde venían; seguían luego los que traían regalos, los que venían a tratar de litigios con otros pueblos vecinos, los encargados de ventilar negocios de carácter privado o asuntos interiores y, por último, las diputaciones helénicas encargadas de hacer ante él representaciones contra la readmisión de los desterrados.

Las fuentes en que tenemos que apoyarnos para escribir la historia de Alejandro no consideraron necesario enumerar todas estas embajadas; sólo hacen mención de aquellas que consideraron memorables por unas u otras razones y se limitan a señalarlas sin referirse al objeto que las llevaba ante Alejandro, el cual tenemos que inferior nosotros partiendo de la situación histórica de los pueblos a que pertenecían los embajadores. Arriano consigna, sin apuntar la menor duda acerca de la veracidad del dato, la presencia en Babilonia de embajadores de los

brucios, los lucanos y los etruscos; en cambio, encuentra dudoso el hecho, consignado por algunos escritores antiguos, de que acudiesen también a la corte de Alejandro embajadores de los romanos*. Echemos una rápida ojeada a la situación existente en Italia, para ver si esta noticia es o no verosímil.

Los brucios y los lucanos tenían, desde la guerra con Alejandro el moloso, razones sobradas para sentirse inquietos con respecto al poder de su cuñado, el conquistador del Asia y natural protector del mundo helénico. El epirota había sido llamado contra ellos por la rica ciudad comercial de Tarento; los había batido así como a los samnitas, sus aliados, en una gran batalla librada cerca de Pesto y había puesto en fuga a los mesapios y a los daunios en las costas orientales de la península; había afirmado su poder de mar a mar y los romanos habían sellado con él una alianza ofensiva contra los samnitas, al amparo de cuyas luchas en el sur extendieron sus territorios hasta la Campania y afianzaron con colonias romanas las nuevas posesiones. Pero el creciente poder del rey del Epiro y tal vez también el temor de que entrara en sus designios llegar a hacerse dueño de la Gran Grecia movió a los tarentinos a cambiar de frente, aliándose a aquellos contra quienes habían invocado la ayuda del epirota; un fugitivo lucano asesinó al rey, con lo cual los samnitas tuvieron el camino expedito para volverse contra los romanos, que se habían apoderado ya de Cume, la más antigua ciudad helénica de aquellas costas, y de Capua. Su intento de anexionarse también Neápolis y Paleópolis desencadenó (en el año 328) la gran guerra samnita, que, tras variadas vicisitudes, había de terminar, por el momento, en los pasos caudinos y con un tratado de sumisión de los romanos. Era perfectamente lógico que las ciudades griegas de Italia, con su desunión y su apatía, en vez de aprovechar aquellos años favorables, cifrasen sus esperanzas en el conquistador del Asia, como lo era el temor de los itálicos de que se presentase allí en el momento menos pensado y les arrebatara las ricas ciudades del litoral, que por fin habían conquistado; no en vano había enviado a los de Crotona algunas piezas del botín conquistado en Gaugamela, simplemente por el hecho de que uno de los suyos luchara contra Jerjes en la batalla de Salamina. Entre las embajadas enviadas a Babilonia no se hace mención de ninguna de los samnitas, bien porque realmente no hubieran llegado a enviarla o porque los autores antiguos se olvidasen de consignar este dato, pero no tendría nada de particular que el gobierno patricio de Roma, tan cauto y cuya política miraba tan lejos, empeñado por aquel entonces en una lucha muy seria contra los samnitas y que había sabido atraerse a los lucanos, los apulios y otros pueblos unidos a aquéllos y aliarse con el rey del Epiro, hubiera hecho todo lo posible por congraciarse con el hombre cuya ingerencia habría trastornado sus planes, en el momento en que pensaba anexionarse las ciudades helénicas. Sabemos, además, por otro conducto que Alejandro hizo llegar sus amonestaciones a los romanos en relación con los anciatas, sometidos a ellos, en vista de que seguían dedicándose a la piratería en unión de los etruscos.

* Véase nota 19, al final.

La embajada de los etruscos se explica por los múltiples conflictos con los estados helénicos provocados por sus piraterías; precisamente acababan de organizar los atenienses una expedición para fundar a la salida del mar Adriático una colonia que les asegurase una plaza comercial segura en aquella zona y protegiese su navegación mercantil por aquellas aguas.

Asimismo son explicables las embajadas enviadas por los cartagineses, los libios y los iberos. Era natural que la conquista de la Fenicia por Cartago moviese tanto a Cartago como a las demás colonias púnicas del norte de Africa y de Iberia que seguían manteniendo estrecho contacto con la metrópoli a preocuparse muy especialmente del regente del nuevo y poderoso imperio del que tenían por qué temer, indudablemente, más que una rivalidad puramente comercial. A los cartagineses, sobre todo, no se les escaparía lo que podía esperarles, después de todos sus conflictos con el mundo helénico y conociendo como conocían el carácter del poderoso y expeditivo Alejandro. Y los conflictos fronterizos con los helenos de Sicilia, que no habían cesado ni un momento desde las victorias de Timoleón, brindaban motivos más que suficientes para una ingerencia de la que la república cartaginesa sólo podía esperar consecuencias deplorables. Razón de más, naturalmente, para que buscasen la amistad del temible rey macedonio. Los embajadores libios de quienes se dice que acudieron con coronas y parabienes por la conquista del Asia iban representando, indudablemente, a las tribus del sur de la Cirenaica.

Otras embajadas a las que se hace mención son las de los escitas europeos, las de los celtas y las de los etíopes; esta última debió de interesar especialmente a Alejandro, en relación con sus planes de circunnavegación de la península arábiga y de prolongación hasta el mar Rojo y las costas orientales egipcias de la ruta marítima que unía ya al Indo con el Eufrates.

## NUEVOS PLANES

Dichos planes ocupaban un lugar preferente en las preocupaciones de Alejandro. Ya se habían cursado a Fenicia las órdenes necesarias para reclutar marineros, construir barcos y que éstos fuesen enviados por tierra al Eufrates, desarmados. Nearco tenía el encargo de subir con la flota por el Eufrates, hasta Babilonia; poco después de la llegada del rey a esta ciudad, comenzaría la campaña contra los árabes. Al mismo tiempo habíase enviado a Heraclides, hijo de Argeo, con una brigada de carpinteros, a las playas del mar Caspio con el encargo de cortar madera en los bosques de las montañas de la Hircania y construir una serie de barcos, parte con cubierta y parte sin ella, al modo helénico. Esta expedición llevaba, a la par con eso, la misión de explorar el mar Caspio para descubrir si tenía salida por el norte y si se comunicaba con el mar de la Meótida o con el océano del Norte y, a través de éste, con el mar que bañaba la India. Esta expedición habría de ser, indudablemente, el comienzo de la campaña contra los escitas de la que Alejandro había hablado, cinco años atrás, con el rey de los jorasmitas.

También se habían reclutado nuevos e importantes refuerzos para el ejército de tierra, que en el transcurso de la primavera habría de llegar a Babilonia. No cabía duda de que Alejandro tenía grandes planes; parecía disponerse a emprender simultáneamente campañas enderezadas hacia el norte, el sur y el oeste; tal vez proyectase encomendar estas campañas a sus generales, reservándose él, por el momento, la dirección de todas ellas desde Babilonia, capital de su imperio.

Es de suponer que las tropas y sus mandos marcharían hacia Babilonia preocupadas y llenas de impaciencia, esperando o temiendo, según el estado de ánimo de cada cual, las nuevas campañas guerreras que se avecinaban. No sabían cuán abatido se encontraba Alejandro después de la muerte de su amigo y cómo se esforzaba, sin conseguirlo, en distraer y aturdir su congoja con planes a cual de ellos más audaz; no sabían que para él la vida no tenía ya ningún aliciente, que su alma estaba henchida de turbios presentimientos. Con Efestión era como si hubiesen enterrado su juventud y, cuando apenas pisaba los umbrales de la edad madura, empezaba a sentirse ya viejo; la idea de la muerte iba apoderándose de su espíritu.

El ejército había atravesado el Tigris. Ya se divisaban a lo lejos las almenas de la gigantesca ciudad, cuando salieron al encuentro del rey y de sus tropas los más prestigiosos de los caldeos, los sacerdotes que sabían leer el porvenir en las estrellas; acercáronse a Alejandro, le llevaron a un lado y le instaron para que no siguiera adelante en el camino hacia Babilonia: la voz del dios Bel les había revelado que su entrada en aquella ciudad sería de funestas consecuencias para él. Alejandro les contestó con el verso del poeta: el mejor vidente es aquel que presagia cosas buenas. Los caldeos insistieron: "No entres en Babilonia, ¡oh rey!, mirando hacia el occidente ni por este lado del río; da la vuelta a la ciudad hasta que des vista al oriente".

Alejandro ordenó que el ejército acampase en la ribera oriental del Eufrates y, al día siguiente, bajó por aquella misma margen del río para cruzarlo más adelante y entrar en Babilonia por el oeste; las orillas del Eufrates eran pantanosas hasta una gran distancia y sólo dentro de la ciudad había puentes; para llegar a los barrios orientales de Babilonia habría necesitado dar un gran rodeo. Cuéntase que el sofista Anaxarco se presentó ante Alejandro y rebatió con gran lujo de argumentos filosóficos aquella superstición de que estaba dando pruebas; lo más verosímil es que Alejandro, después de reponerse de la primera impresión, considerase sin necesidad de consejos filosóficos que la cosa no merecía la pena de perder mucho tiempo y que diese más importancia a la sensación que habría causado en el ejército y en el pueblo el ver que se preocupaba demasiado de su persona que al posible peligro o a las razones que los caldeos tuvieran para no desear que llegase demasiado pronto a Babilonia. Ya en el año 330 había ordenado que se restaurase el gigantesco templo de Bel, en estado ruinoso desde los tiempos de Jerjes; las obras habíanse interrumpido durante su ausencia y los caldeos habían hecho cuanto estaba de su parte para no perder las rentas de los bienes del templo afectadas a la conservación del edificio. Nada tenía, pues, de extraño

que las estrellas, interpretadas por ellos, vedasen al rey la entrada en Babilonia o le pusieran todos los impedimentos posibles para su acceso a la ciudad. Alejandro, haciendo caso omiso de los malos augurios de los caldeos, entró en la ciudad, seguido de sus tropas, por los barrios del oeste y viniendo desde el norte; los babilonios lo recibieron con grandes muestras de alegría y festejaron su regreso con diferentes solemnidades y banquetes.

Por aquel entonces encontrábase en Babilonia, según informa Aristóbulo, el anfifolita Pitágoras, de linaje de sacerdotes y muy ducho en las artes de los arúspices. Su hermano Apolodoro, estratega del país desde el año 331, tenía el deber de haber avanzado al encuentro de Alejandro a su regreso de la India y, temeroso de su propia suerte al ver los severos castigos infligidos a los sátrapas culpables, había pedido a su hermano, residente en Babilonia, que consultase las entrañas de los animales sacrificados con respecto a lo que la suerte le tuviese reservado a él. Pitágoras le preguntó a quién temía más, para indagar acerca de él; Apolodoro le contestó que al rey y a Efestión; el arúspice, después de ejercer su rito, le escribió a Ecbatana diciéndole que Efestión no se interpondría en su camino por mucho tiempo; esta carta llegó a manos de Apolodoro la víspera del día en que murió el amigo íntimo de Alejandro. Después, Pitágoras indagó por medio de la aruspicina con respecto al rey; obtuvo igual respuesta y se la comunicó en seguida a su hermano. Apolodoro, según se refiere, acudió personalmente ante el rey para demostrarle que su devoción por él era más fuerte que su apego a la vida propia; le contó lo que las entrañas de los animales habían presagiado con respecto a Efestión y cómo el presagio se había cumplido; le dijo que los presagios leídos por Pitágoras respecto a él, a Alejandro, no eran tampoco buenos y le instó a que guardase bien su vida y evitase los peligros contra los que le prevenían los dioses. Ya en Babilonia, Alejandro mandó llamar a Pitágoras y le preguntó por qué razones había llegado a la conclusión que su hermano le comunicara. La respuesta fué: "El hígado del animal sacrificado no tenía cabeza". Alejandro dió las gracias al arúspice por haberle contestado con toda franqueza y sin engaño y le despidió con grandes muestras de benevolencia. Sin embargo, no dejó de impresionarle aquella coincidencia entre el aviso del sacerdote heleno y las advertencias de los astrólogos. Sentíase desazonado dentro de los muros de aquella ciudad, que tal vez habría hecho mejor en evitar; le inquietaba aquella larga permanencia en los palacios contra los cuales le habían prevenido en vano los dioses. Pero sus planes y sus ocupaciones no le permitían abandonarlos aún.

Habían llegado a Babilonia nuevas embajadas de los países helénicos, varios macedonios y algunas misiones de los tracios, los ilirios y otros pueblos tributarios, al parecer para quejarse del regente del reino Antipáter. Refiérese que el propio Antipáter envió a su hijo Casandro para justificarse por medio de él de sus actos; es posible que deseara también ofrecer al rey, que ya tenía con él como copero a su hijo Yola, al enviarle a su hijo mayor, una nueva prenda de su lealtad y recobrar por medio de este sacrificio la afección de Alejandro antes de presentarse él mismo en la corte, en cumplimiento de la orden recibida. Las fuentes

hablan, cierto es que basándose en referencias poco fidedignas, de encuentros poco cordiales entre el rey y Casandro.

No poseemos datos concretos acerca de las negociaciones sostenidas por la embajada de los helenos. Pero, teniendo en cuenta que ya las anteriores embajadas habían logrado resolver, casi siempre conforme a los deseos de los interesados, los asuntos de orden local y particular y que las objeciones contra la readmisión de los desterrados habían sido desechadas definitivamente, es de suponer que la mayor parte de las misiones se limitarían, ahora, a dar al rey sus parabienes por las victorias obtenidas en la India y por su regreso y a ofrecerle coronas de oro y otras muestras de gratitud por el levantamiento de la pena de destierro y otros beneficios recibidos de Alejandro. Este correspondió a sus homenajes con honores y regalos y devolvió a los diversos estados helénicos las estatuas y objetos votivos que Jerjes les había arrebatado como botín de guerra y que, en su mayoría, fueron encontradas en Pasargada, Susa y Babilonia.

Es posible que también contribuyeran a prolongar la estancia de Alejandro en Babilonia los asuntos locales de esta ciudad. Por lo menos informan las fuentes de que, después de inspeccionar personalmente el estado de las construcciones que habían sido dispuestas por él y convencerse de que la restauración del templo había quedado casi paralizada, ordenó que las obras fuesen impulsadas inmediatamente con la mayor energía, y, en vista de que las tropas no tenían por el momento ninguna ocupación, destinó una parte de ellas a estos trabajos. 20,000 hombres estuvieron trabajando por espacio de dos meses solamente en retirar las ruinas y limpiar el solar del templo; los acontecimientos posteriores impidieron llevar a cabo la reconstrucción proyectada.

## EXPEDICIONES AL MAR DEL SUR

Por último, Alejandro pudo abandonar Babilonia. La flota fluvial, conducida por Nearco, había pasado del Tigris al Eufrates por el golfo Pérsico y había atracado junto a las murallas de Babilonia. Habían llegado también los barcos encargados a la Fenicia; dos penterios, tres tetrarios, doce trieras y treinta trigintarremes habían sido construídos en los astilleros de aquellas costas y trasladados por tierra, desarmados, hasta Tapsaco y desde allí, una vez montados, Eufrates abajo hasta Babilonia. También en esta ciudad fueron improvisados astilleros y, como en aquella región no existían más árboles que las palmeras, el rey ordenó que se talaran, para obtener la madera necesaria, los cipreses que en gran cantidad ornaban los jardines reales. Por todos estos medios, la flota fué aumentando considerablemente y se emprendieron las obras destinadas a abrir en el río un gran estanque capaz para albergar mil embarcaciones de distintas clases. Y de la Fenicia y de otros puntos del litoral afluyeron multitud de marineros, carpinteros y comerciantes atraídos por el llamamiento de Alejandro para utilizar la nueva ruta comercial marítima que iba a abrirse o enrolarse para la inminente campaña en la flota. Mientras duraban los preparativos para esta campaña, fué enviado a

la Fenicia y la Siria Mícalo de Clazomene, con 500 talentos, para reclutar allí la mayor cantidad posible de gentes de la costa y marineros y enviarlos al bajo Eufrates; el plan de Alejandro era fundar varias colonias en las costas del golfo Pérsico y en sus islas para fomentar por medio de ellas el comercio por las aguas del sur y, al mismo tiempo, asegurar las costas arábigas. Conocía perfectamente los muchos y excelentes productos de la Arabia y sabía que para poder lanzarlos fácilmente al comercio necesitaba estar en condiciones de utilizar la gran extensión de costas y la gran abundancia de puertos de la península. El inmenso desierto que se extendía desde los confines del Egipto hasta cerca de Tapsaco y Babilonia era escenario de las correrías de las tribus beduínas, que llevaban con harta frecuencia sus agresiones hasta las mismas fronteras de las satrapías colindantes y sembraban el terror en las rutas de las caravanas. La sumisión de aquellas tribus no sólo representaba la seguridad de las fronteras y de las comunicaciones, sino también el establecimiento de una ruta mucho más corta entre Babilonia y el Egipto. Para ello era necesario dominar y colonizar sobre todo la Arabia pétrea y los entrantes septentrionales del mar Rojo, para que fuesen a unirse en aquellos parajes las rutas terrestres tendidas a través de la Arabia y las rutas marítimas en torno a la península arábiga que se trataba de descubrir.

Ya habían salido a explorar el mar, río abajo, tres naves. El primero que regresó fué Arquias, con su trigintarreme; había encontrado al sur de la desembocadura del Eufrates una isla; según sus informes, tratábase de una isla pequeña, llena de bosques y habitada por una tribu pacífica que rendía culto a Artemisa y respetaba como animales sagrados puestos al servicio de la diosa los ciervos y las cabras monteses que pastaban en la isla; quedaba cerca del golfo de Gerra, ciudad de la que partía la ruta principal que cruzaba la Arabia en dirección al mar Rojo y al Mediterráneo y cuyos habitantes tenían fama de ser comerciantes ricos y emprendedores. Alejandro, sin que se sepa por qué, dió a esta isla el nombre de aquel Icaro que había osado volar hasta cerca del sol y había pagado su audacia con una muerte prematura en medio de las olas. Desde la isla de Icaro, seguía informando Arquias, rumbo al sudeste, había llegado a otra isla a que sus habitantes daban el nombre de Tilos; ésta era grande, ni rocosa ni cubierta de bosques, prestábase muy bien para la agricultura y parecía una tierra feliz; a esto habría podido añadir que esta isla se hallaba en medio de los inagotables criaderos de perlas acerca de los cuales circulaban ya ciertas leyendas entre los macedonios. Poco después regresó el segundo barco, tripulado por Andróstenes; éste había navegado muy cerca de la costa y había podido explorar una buena parte de las playas arábigas. El que más lejos llegó fué el buque confiado al piloto Hierón de Soloi, quien había recibido instrucciones de dar la vuelta a toda la península de la Arabia y buscar la salida al golfo de Hierópolis, ya en el Egipto; pero, aunque había descendido hasta bastante abajo de las costas arábigas, no se había atrevido a seguir más allá; volvió con la noticia de que aquella península tenía una extensión enorme, probablemente tan grande como la de la India; dijo que, siguiendo el rumbo sudeste, había llegado hasta un promontorio que evanzaba considerable-

mente dentro del mar en dirección este y que las playas de aquellas costas, desnudas y desoladas, entorpecerían bastante la navegación de allí en adelante.

### NUEVOS TRABAJOS. REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO. ÚLTIMOS PLANES

Mientras las obras que se estaban ejecutando dentro de Babilonia y en sus inmediaciones* y los trabajos de los astilleros, la construcción del fondeadero fluvial, el desmontaje de las ruinas del templo de Bel y la grandiosa pira funeraria para la cremación del cuerpo de Efestión seguían rápidamente su curso, Alejandro descendió con algunos barcos por el Eufrates para inspeccionar las grandiosas obras que estaban llevándose a cabo en el canal de Palacopas. Este canal parte del Eufrates, a unas veinte millas por debajo de Babilonia, hacia el oeste y va a morir a un lago que, alimentado por las aguas de aquel río, se prolonga a lo largo de la frontera de la Arabia en una serie de pantanos que llegan hasta el golfo Pérsico. La importancia de este canal para aquella región es incalculable; en la primavera, cuando las aguas del río empiezan a crecer, y durante el verano, cuando el deshielo de las montañas de la Armenia hace aumentar su caudal en enormes proporciones, toda la comarca se hallaría expuesta a verse inundada a no ser por canales de desagüe y, principalmente, por el Palacopas, el cual, además de proteger las tierras bajas del Eufrates, riega abundantemente una serie de zonas alejadas del río. En cambio, en el otoño, cuando baja el nivel del Eufrates, es necesario cerrar rápidamente las compuertas del canal, pues de otro modo el río seguiría este camino, por ser el más corto, y abandonaría su cauce. Contribuía a dificultar los trabajos de canalización el hecho de que las orillas del río, en el trecho de donde arranca el canal son muy sueltas, por lo que la aglomeración de tierra y arena embarazaba extraordinariamente las obras y, en cambio, no ofrecía suficiente resistencia contra la impetuosa corriente del Eufrates; además, los diques del canal, en la época de las grandes avenidas, hallábanse expuestos siempre al peligro de derrumbarse y costaba grandes esfuerzos restaurarlos a su debido tiempo para que no quedase destruído el canal. En los momentos a que nos estamos refiriendo, el sátrapa de Babilonia tenía destacados allí diez mil hombres, ocupados desde hacía tres meses en aquellos trabajos. Alejandro se dirigió hacia allí para inspeccionar las obras, pues quería ver el modo de encontrar una solución a aquel difícil e importante problema. Siguió navegando río abajo, para examinar la naturaleza de sus orillas; como a una hora más abajo del punto de arranque del canal, descubrió un trecho muy firme, que respondía por entero a las condiciones apetecidas; ordenó que se abriese allí un canal y se le llevase en dirección noroeste hasta el antiguo lecho del de Palacopas, procediendo a rodear de diques y trincheras sólidas, de una vez para siempre, la desembocadura de éste; de este modo confiaba que sería igualmente fácil bloquear el desagüe del Eufrates en el otoño y abrirlo en la primavera. Y, para convencerse por sus propios ojos de cuál era

* Véase nota 20, al final.

la estructura de aquellas tierras más hacia el oeste, navegó de nuevo hacia el Palacopas y por éste hacia el lago y a lo largo de la frontera arábiga. La belleza de aquellas orillas, y más aún la importancia de la comarca, moviéronle a fundar allí una ciudad llamada a abrir una ruta hacia la Arabia y, al mismo tiempo, a proteger a Babilonia de las agresiones de los beduínos, ya que más al sur, hasta las costas del golfo, la cuenca baja del río se hallaba amparada por el lago y por los pantanos. La construcción de la ciudad y de sus fortificaciones se abordó sin demora, siendo poblada en parte con veteranos y en parte con voluntarios.

Entre tanto habíase dado cima en Babilonia a los trabajos para construir la gigantesca pira crematoria para el cadáver de Efestión e iban a comenzar las grandes exequias fúnebres del amigo querido de Alejandro; esto y la llegada de las nuevas tropas reclamaban la presencia del rey en Babilonia. Según se cuenta, Alejandro no sentía el menor recelo por aquel viaje de regreso a la capital, ya que las predicciones de los caldeos habían quedado desmentidas por su última estancia en la ciudad, aunque ésta, ciertamente, no había sido muy prolongada. El propio Alejandro empuñaba el timón de su barco y lo conducía a través de aquellas aguas, a trechos poco profundas y llenas de cañaverales; un fuerte golpe de viento le arrebató de la cabeza la *causia* real con que se cubría según la usanza macedonia; la diadema se desprendió de ella y, arrastrada por el viento, se hundió en las aguas de un cañaveral cercano a una antigua tumba de reyes; un marinero fenicio que iba en el barco se echó a nado en busca de ella, la recogió y, para poder nadar más cómodamente, se la puso en la cabeza. ¡La diadema real, ciñendo las sienes de un extraño! El presagio era gravísimo. Los adivinos, que Alejandro llevaba ahora siempre cerca de sí, le apremiaron a que destruyera la diadema y mandara decapitar al desventurado que la había ceñido por unos instantes; dícese que Alejandro hizo castigar al marinero por la falta de respeto en que había incurrido al colocar sobre su cabeza el símbolo del poder real; pero, al mismo tiempo, le regaló un talento en premio a la presteza y a la valentía con que se había lanzado a recobrar aquel objeto tan precioso.

De regreso en Babilonia, Alejandro se encontró con las tropas cuya llegada esperaba. Peucestas, el sátrapa de Persia, habíase presentado a la cabeza de 20,000 persas y de un contingente considerable de coseos y tapurios, que figuraban entre las tribus más belicosas de aquella nación; Filoxeno había llegado de la Caria con otro ejército y Menandro acudía con otro reclutado en la Lidia, y Ménidas al frente de los jinetes macedonios que se le había ordenado reclutar. Alejandro recibió con gran alegría a las tropas, especialmente a las persas, y dedicó palabras de elogio al sátrapa de Persia por la disciplina de sus soldados y a éstos por la prontitud con que habían respondido al llamamiento del rey y al de su sátrapa.

Con la incorporación al ejército de estas tropas asiáticas, Alejandro reorganizó de un modo extraordinariamente curioso la formación de su infantería o, por lo menos, de una parte de ella. Hasta ahora no había existido en el ejército macedonio ningún cuerpo de armas combinadas, ningún ejército en pequeño; aunque en casi todas las acciones se empleaba conjuntamente la caballería y la

infantería, así la ligera como la pesada, sólo se combinaban cuando entraban en acción, manteniéndose por lo demás como armas separadas. En la nueva formación se abandonó el carácter que hasta entonces había tenido la falange; se creó con ella una combinación de tropas de armamento pesado, de peltastas y de infantería ligera, de la que se desprendía, al mismo tiempo, una táctica completamente nueva. Mientras que hasta entonces la taxis de cada falange estaba formada por dieciséis grupos de hoplitas, ahora la sección quedaba reorganizada de tal modo que el decadarca que mandaba el primer grupo era un macedonio, el que capitaneaba el segundo grupo un macedonio de doble soldada, el jefe del tercero un macedonio veterano (decastátero), y al frente del grupo décimosexto se hallaba otro macedonio veterano como uragos; los grupos intermedios, del cuarto al décimoquinto, estaban formados en su integridad por persas, en parte acontistas, armados con una correa para el lanzamiento del arma, y en parte arqueros. Suponiendo que aquellos 20,000 persas incorporados ahora al ejército se encuadraran de este modo, formarían en unión de los macedonios que les servían de marco un cuerpo de más de 260,000 hombres o sean, si tenemos en cuenta los inevitables vacíos, unas 12 taxis, a razón de 125 hombres de frente. Esta nueva formación no suprimía la marcha en masas cerradas, pero en los combates la falange se desplegaba ahora en tres frentes y, a derecha e izquierda, en los intervalos y para el primer ataque a distancia, los arqueros, seguidos de los lanzadores de jabalina; las tres primeras secciones y la última seguían desempeñando la función de triarias o, mejor dicho, de sutias, y cuando los arqueros y los acontistas se replegaban después del tiroteo por los intervalos y a sus formaciones, las tropas todas lanzábanse en formación cerrada sobre el enemigo, ya quebrantado. La táctica de esta nueva formación combinaba todas las ventajas de la legión itálica en su orden manipular y las ventajas esenciales de la antigua falange: la acción de masas y la movilidad; para las tropas ligeras esto representaba la posibilidad de lanzarse más rápidamente contra el enemigo, cuando éste atacaba, y la de cubrirse más eficazmente durante los combates cuerpo a cuerpo; las falanges, con la nueva formación, seguían siendo castillos que se desplazaban, pero de tal modo que podían lanzarse por sí mismos ataques de sus tropas ligeras y dominar así el amplio radio cubierto por éstas con sus proyectiles.

Este nuevo tipo de formación militar, que parecía implantado con vistas a los pueblos itálicos, era ya harto sorprendente; corrían, además, rumores de que se habían cursado órdenes a las provincias mediterráneas del imperio para que preparasen innumerables barcos, rumores de que estaban preparándose expediciones guerreras a Italia, Sicilia, la península ibérica y el Africa. Parecía, en efecto, como si los planes de Alejandro fueran combinar el lanzamiento de la flota contra las costas de Arabia con el envío de su ejército de tierra, por la península arábiga o por donde fuese, contra el oeste, para someter a los pueblos de aquellos países, a los enemigos de los helenos en el Africa y en Italia.

El encuadramiento de las nuevas unidades, sobre todo las persas, fué dirigido personalmente por Alejandro. La ceremonia tuvo por escenario los jardines reales

y el rey la presidía, sentado en su trono de oro y ostentando la diadema y la púrpura real; a los dos lados sus leales, sobre sillones más bajos con patas de plata; tras ellos, a prudencial distancia, los eunucos, con ropaje meda y los brazos cruzados, a la usanza oriental; las nuevas tropas fueron desfilando, unidad por unidad, ante el rey y sus altos dignatarios e incorporándose a sus correspondientes falanges. Varios días duró esta ceremonia; en uno de ellos, el rey, agotado por la fatiga, se levantó del trono y, dejando en él la púrpura y la diadema, se dirigió a uno de los estanques del jardín para tomar un baño; le siguieron sus leales, según la costumbre palatina, mientras los eunucos seguían en sus puestos, sin moverse. Al poco rato llegó un hombre desconocido, atravesó por entre las filas de los eunucos, que, según la costumbre persa, no podían impedirle el paso, subió las gradas del trono, se puso la púrpura y la diadema y se sentó en el sitial del rey, con la mirada hosca fija delante de sí; los eunucos, al ver aquello, se desgarraron los vestidos, golpeáronse el pecho y la frente y prorrumpieron en lamentaciones sobre aquella espantosa premonición. En este momento volvió el rey y tuvo una sensación de terror al ver sentado en su trono a un intruso. Ordenó que se interrogase a aquel desventurado para saber quién era y qué se proponía. El desconocido seguía sentado en el trono, con la misma mirada torva perdida en la lejanía; por fin, habló: "Me llamo Dionisio y soy de Mesena; he sido acusado y me han traído desde la costa aquí cargado de cadenas; una vez aquí, el dios Sarapis me ha liberado, ordenándome que me pusiera la púrpura y la diadema y me sentase tranquilamente en este trono". Fué sometido a tormento para arrancarle la confesión de si abrigaba intenciones criminales o tenía cómplices; siguió aferrándose a que el dios se lo había ordenado y no pudo sacársele otra palabra del cuerpo. Se veía que estaba perturbado. Los adivinos exigieron su muerte.

Sería el mes de mayo del 323. La ciudad de Babilonia estaba llena de tráfago guerrero; los miles de nuevas tropas, afanosas de salir a la campaña en que por vez primera habían de batirse, hacían la instrucción y se adiestraban en la táctica de combate dentro de la nueva formación de sus filas. La flota, preparada ya para hacerse a la mar, salía casi diariamente de su fondeadero, entre gran afluencia de espectadores de la capital, con objeto de ejercitarse en el manejo de los remos y del timón; el propio Alejandro asistía por lo común a estas pruebas, repartiendo elogios y coronas de oro entre los que más se distinguían. Todo el mundo sabía que estaba próxima a iniciarse la nueva campaña; era creencia general que los sacrificios religiosos y banquetes con que el rey solía proclamar el comienzo de nuevas operaciones de guerra seguirían inmediatamente a las exequias fúnebres de Efestión.

De todas partes afluían los extranjeros para tomar parte en estas ceremonias luctuosas. Entre ellos, diversas embajadas de la Hélade, cuyos miembros, en virtud de los acuerdos de rendir honores divinos a Alejandro, revestían el carácter de *teores* sagrados y, como tales, comparecieron ante el rey para ofrendarle, adorándolo a la manera helénica, las coronas de oro con que los estados de la patria

rivalizaban en rendir homenaje al rey deificado. Regresaron también los *teores* enviados por Alejandro al templo de Ammón para consultar a este dios qué honores debían rendirse a Efestión; la respuesta de Zeus fué que debía honrársele como a uno de los héroes. Una vez recibido este mensaje, Alejandro ordenó que comenzasen las exequias y los primeros sacrificios religiosos en homenaje al héroe muerto.

Se había retirado una parte de las murallas de Babilonia para levantar aquel suntuoso edificio de cinco pisos y doscientos pies de altura destinado a pira funeraria, para el que el rey había consignado la cantidad de diez mil talentos, y al que contribuyeron con dos mil más los amigos, los grandes, los embajadores y los babilonios en general; era un despliegue fastuoso de oro y púrpura, cuadros de pintores y obras escultóricas; en lo alto del edificio había unas figuras representando sirenas a través de las cuales resonaban los coros funerarios. Aquella inmensa y costosísima pira fué entregada a las llamas entre sacrificios a los dioses, desfiles solemnes y cánticos luctuosos. Alejandro estaba presente; ante su vista fué consumida por las llamas aquella pirámide maravillosa, sin dejar detrás más que cenizas, desolación y el dolor por el muerto. Siguieron luego los sacrificios religiosos en honor del héroe Efestión. El propio Alejandro tributó las primeras ofrendas al amigo exaltado al rango de héroe; diez mil toros fueron sacrificados en memoria suya y su carne distribuída entre todo el ejército, invitado por el rey al solemne banquete.

Los siguientes días fueron testigos de toda otra serie de ceremonias. Ya estaba señalado el día en que la flota habría de partir y en que habría de iniciarse la campaña arábiga, y el rey sacrificó a los dioses a quienes solía hacerlo y a la manera usual en él; sacrificó a la buena fortuna y también, siguiendo las instrucciones de sus adivinos, a los dioses que protegían a los mortales contra el mal. Y mientras el pueblo todo manifestaba su alegría en el banquete sacro y junto al vino ofrendados por el rey, Alejandro sentaba junto a sí a sus amigos para despedir con un banquete a su almirante Nearco. Sucedía esto el 15 de Daisios, por la noche; ya se habían retirado la mayoría de los comensales cuando el tesaliense Medio, uno de los hetairos, suplicó al rey que asistiese a una pequeña reunión en su casa, donde lo pasaría bien al lado de amigos leales y alegres. Alejandro, que sentía simpatía por aquel noble tesaliano, aceptó la invitación; la alegría de aquellos buenos amigos contagióse también a él; bebió a la salud de todos, uno tras otro; ya casi de mañana, se separaron con la promesa de volver a reunirse a la noche siguiente.

## ENFERMEDAD Y MUERTE DE ALEJANDRO

Alejandro se retiró a sus habitaciones, tomó un baño y durmió hasta muy entrado el día; por la tarde volvió a cenar con Medio y sus amigos y estuvo reunido con ellos, bebiendo alegremente, hasta bien entrada la noche. Cuando volvió a su palacio sentíase mal, comió un poco y se tendió en el lecho, ya con fiebre; las emociones de la época más reciente, los banquetes y los excesos de los últimos días habían debilitado su organismo, haciéndolo especialmente sensible a la en-

fermedad, y la fiebre le iba dominando; al día siguiente por la mañana tuvieron que transportarle en el lecho ante el altar en que diariamente hacía el sacrificio matinal; después recibió a sus comandantes en sus habitaciones, siempre tendido en su lecho de enfermo, y les dió las órdenes necesarias para iniciar las operaciones; el ejército de tierra debía ponerse en marcha el día 21 y la flota, con la que él mismo pensaba partir, al día siguiente. Hacia el atardecer mandó que lo llevasen en su lecho al Eufrates, que lo subiesen a un barco y lo trasladaran a los jardines del otro lado del río; una vez allí, tomó un baño y pasó la noche entre escalofríos, con fiebre muy alta.

A la mañana siguiente, después del baño y del sacrificio matinal, entró en su gabinete, donde pasó el día tendido en el lecho; Medio, su amigo, estaba a su lado, intentando animarle con su conversación. Alejandro despidió a los comandantes de su ejército y de su flota con orden de que se presentasen a la mañana siguiente; después de comer un poco por la noche, intentó descansar; la fiebre seguía subiendo y el estado del enfermo empeoraba; pasó la noche sin poder conciliar el sueño.

En la mañana del 19, después del baño y el sacrificio, fueron llevados a presencia del rey Nearco y los demás jefes de la flota; Alejandro les comunicó que su enfermedad obligaba a aplazar la salida un día, pues confiaba estar lo suficientemente restablecido para poder embarcar el 22. No salió de la sala de baños. Nearco, sentado en su lecho, le contaba de su viaje por el océano; Alejandro oíale con atención y se alegraba ante la idea de que pronto podría arrostrar peligros como aquellos que Nearco le refería. Sin embargo su estado iba empeorando y la intensidad de la fiebre crecía; pero Alejandro no se daba por vencido: en la mañana del 20, después del baño y el sacrificio, reunió a los oficiales de la flota y les ordenó que lo tuvieran todo dispuesto para recibirle en sus barcos el 22 y para partir aquel mismo día. Tras el baño vesperal, volvió a sentir fuertes escalofríos febriles; sus fuerzas iban desapareciendo por momentos; siguió una noche penosísima, sin poder conciliar el sueño. Por la mañana, con una fiebre abrasadora, mandó que le llevasen delante del gran estanque, donde realizó a duras penas su sacrificio; luego mandó llamar a los jefes de la flota, cursó algunas órdenes más sobre la salida de los barcos, habló con los estrategas acerca de la provisión de algunos cargos de oficiales y les encargó de seleccionar ellos mismos a los que debieran ser ascendidos, exhortándolos a ser muy severos en la selección.

Llegó el día 22. Alejandro estaba consumido por la fiebre, sin poderse mover del lecho; sin embargo, hizo que lo llevaran en él ante el altar, donde ofrendó su sacrificio, como todas las mañanas. Ordenó que se aplazara la salida de la flota. A la mañana siguiente, después de haber pasado una noche dolorosísima, apenas pudo celebrar ya su ceremonia religiosa. Dió orden de que los estrategas se reuniesen en las antesalas de palacio y de que los ciliarcas y pentacosiarcas no se alejasen de él; mandó que le llevasen de los jardines a sus habitaciones. Su estado de postración iba acentuándose; cuando entraron los estrategas todavía los reconoció,

pero ya no podía hablar. Durante aquella noche, el día siguiente y la otra noche, la fiebre no cedió y el enfermo no recobró el uso de la palabra.

Los datos que nos transmiten las fuentes acerca de la impresión causada entre el ejército y en la ciudad por la enfermedad de Alejandro son harto verosímiles. Los macedonios agolpábanse delante de palacio y pedían ver al rey; temían que ya hubiese muerto y que se lo ocultasen; sus lamentaciones, sus quejas y sus amenazas no cesaron hasta que, por fin, les abrieron las puertas; fueron desfilando todos ellos, uno tras otro, por delante del lecho de Alejandro, el cual, incorporándose levemente, dió la mano a todos sus veteranos uno por uno, a la vez que les hacía una seña casi imperceptible con los ojos: era su último saludo. El mismo día, el 27 de Daisios*, Peitón, Peucestas, Seleuco y otros acudieron al templo de Serapis y preguntaron al dios si el rey mejoraría haciendo que lo trasladasen a su santuario para orar ante él; la respuesta recibida fué: "No lo traigáis; que siga donde está y pronto se sentirá mejor". Al día siguiente, el 28 de Daisios, al atardecer, moría Alejandro.

Todas las demás versiones que circulan acerca de los sucesos de los últimos días de Alejandro son poco fidedignas; algunas de ellas manifiestamente inventadas, de buena o de mala fe. Ningún dato seguro confirma, en particular, la versión de que Alejandro dispusiera, de palabra o por señas, en su lecho de muerte las medidas más urgentes que habían de adoptarse para asegurar la sucesión de su imperio y acerca de la forma en que debía instituirse una regencia. Y si realmente no lo hizo, cuando empezó a darse cuenta de que se moría carecería ya, evidentemente, de la claridad de espíritu necesaria para comprender lo que su muerte significaba. Aquella escena muda y patética en que se despidió de sus macedonios fué, probablemente, la última manifestación de su conciencia, ya en los umbrales de las sombras; las horas de agonía que vinieron después ocultarían a sus ojos vidriados la imagen dolorosa del porvenir que aguardaba a su obra y a sus planes.

Con su último aliento comenzaron las disputas entre sus grandes, las sublevaciones en su ejército, el derrumbamiento de su dinastía, la ruina de su imperio.

*** Véase nota 21, al final.**

# NOTAS

## *Nota 1, a p. 54*

Poco es lo que se sabe acerca de la constitución del *estado macedonio*. Aparte de los datos consignados en el texto, merecen ser tenidos en cuenta los siguientes puntos.

Aunque la dinastía macedonia se preciase de descender de los dorios, es lo cierto que ni entre el pueblo ni entre la nobleza del país se encuentran huellas de linajes dorios. En cambio, se percibe claramente la división por comarcas. Según se desprende de las palabras de Aristóteles citadas en la p. 53, la casa real macedonia no reina con limitaciones, como las de Esparta y el Epiro, sino βασιλικῶς, οὐ τυραννικῶς, Isócr., *Fil.*, 175, lo cual coincide con lo que Calístenes (en Arr., IV, 11, 6) dice de los reyes: οὐ βία, ἀλλὰ νόμῳ Μακεδόνων ἄργοντες διετέλεσαν. Todavía Polibio pone un ejemplo para demostrar la actitud de libertad de los macedonios con respecto a sus reyes, y añade (V, 27, 6): εἶχον γὰρ ἀεὶ τὴν τοιαύτην ἰσηγορίαν Μακέδονες πρὸς τοὺς Βασιλεῖς. Los reyes acogen también entre los hetairos extranjeros (Arr. I, 15, 16) y Teopompo dice, refiriéndose a Filipo II: οἱ ἑταῖροι αὐτοῦ ἐκ πολλῶν τόπων συνερρυηκότες —οἱ μὲν γὰρ ἐξ αὐτῆς τῆς χώρας οἱ δὲ ἐκ Θετταλίας, οἱ δε ἐκ τῆς ἄλλης Ἑλλάδος, οὐκ ἀριστίνδεν ἐξειλεγμένοι. Según el mismo autor, los 800 hetairos de Filipo poseían entre ellos solos tanta tierra como 10,000 helenos; lo cual quiere decir que en Macedonia existía aún gran abundancia de latifundios, cosa que no ocurría en el mundo helénico, por lo menos al otro lado de las Termópilas.

## *Nota 2, a p. 63*

*Olimpia* era hija de aquel Neotolomeo cuyo nombre figura ya, al lado del de su padre Alceta, en el documento de la liga marítima ateniense del año 377. A la muerte de Alceta, Neotolomeo, después de un breve reinado conjunto, se repartió el reino de los molosos con su hermano Aribas y, al morir Neotolomeo, Aribas asumió la tutela de sus hijos Olimpia y Alejandro. Olimpia casó en el año 357 con Filipo y poco después aparecía también Alejandro en la corte de Pella. Ya en el 352, Filipo encontró un motivo para declararle la guerra a Aribas; cuando Alejandro, su cuñado, tenía veinte años, le indujo a levantarse en armas contra él, mientras Aribas corría a refugiarse en Atenas y pedía a los estrategas atenienses que les colocaran de nuevo en el trono a él y a sus hijos. Por aquel entonces, Filipo conquistó también las ciudades de la Casopia, en el golfo de Ambracia, entregándoselas a su cuñado Alejandro. Parece que Aribas murió poco

después de ocurrir estos hechos; durante los quince años siguientes no se hace mención de sus hijos Alcetas y Eácides.

Según los datos que se contienen en la *Historia de la Hél.*, II², p. 354, Alejandro, el hijo de Olimpia, nació en el año 356, después del 24 de septiembre y antes de mediados de diciembre. La referencia de que Filipo recibió, a la par que la noticia del nacimiento de este hijo, las de las tres victorias obtenidas por él, una en las olimpíadas, otra sobre los dárdanos y otra en Potidea, es, con toda seguridad, una invención *a posteriori*, por lo menos en lo que a la primera se refiere, puesto que las olimpíadas se celebraban siempre en el primer plenilunio después del solsticio de verano, lo cual quiere decir que no pudieron efectuarse en modo alguno antes del mes de julio.

En cuanto a la situación conyugal de Filipo, la única noticia detallada es la de Sátiro en Aten., II, 557; de las palabras de este autor, por lo menos, se desprende que Olimpia pasaba por ser su verdadera y legítima esposa; según Sátiro, Filipo estuvo casado antes con la iliria Audata, con Fila (natural de Elimiotis) y con dos tesalienses llamadas Nicasípolis y Filina y después con la "tracia" Meda y con Cleopatra, la sobrina de Atalo, ambas con la denominación de ἐπεισήγαγε τῇ Ὀλυμπιάδι. Filina, madre de Arquideo, no estaba considerada como legítima esposa, ni tampoco, probablemente, Nicasípolis. Es posible que las otras dos muriesen antes del año 356.

## *Nota 3, a p. 79*

La existencia en esta época del *principado de los peonios* no es completamente segura. En los primeros años de Filipo II atestigua su existencia Diod., XVI, 22 y C I, A, II, 66, con referencia a documentos sobre la alianza de los atenienses con Cetríporis, el tracio, y sus hermanos Grabo, el ilirio, y Liceo, el peonio (Licpeo le llaman sus monedas, aunque en alguna de ellas aparece el nombre de ΛΥΚΚΕΙΟΥ); de estos tres príncipes dice Diodoro que Filipo los venció καὶ ἠνάγκασε προσθέσθαι τοῖς Μακέδοσι. A base de los materiales conocidos hasta hoy no es posible saber si con ello se extinguió o siguió existiendo el principado del país de los peonios. En el año 310 vuelve a hacerse mención de un rey de los peonios (Diod., XX, 19) llamado Audoleón, hijo de Patrao; se han conservado tetradracmas suyos con la inscripción de Αὐδολέοντος βασιλέως, con el mismo cuño exactamente que los de Alejandro y la misma ley; en cambio, otras monedas suyas (sin la palabra βασιλέως) y de su padre no se ajustan al patrón monetario macedonio, prueba evidente de que su principado no había sido anexionado íntegramente por el imperio. El hecho de que el hijo de Audoleón, al que Lisímaco arrebató el principado hacia el año 282, se llamase Aristón como el jefe de la caballería peonia encuadrada en el ejército de Alejandro, hace suponer que también éste pertenecía a la casa reinante, lo que, de ser cierto, indicaría que el principado seguía existiendo en tiempo de Alejandro (Arr., I, 5, 1). Sin embargo, ya H. Droysen ha hecho notar que el enemigo que se representa en los hermosos didracmas de Patrao como derribado por el jinete peonio presenta, por su sombrero y su escudo, las características de un macedonio.

## *Nota 4, a p. 107*

El *ejército de Alejandro* sólo puede determinarse de un modo aproximado, lo mismo en cuanto a su composición que en cuanto al número de efectivos de sus distintas armas, con arreglo a lo expuesto por nosotros en la revista *Hermes*, XII, 266 *ss*. Las denominaciones de las distintas unidades de tropas, según nos son transmitidas por las fuentes, se atienen a tres elementos distintos:

Con arreglo a la nacionalidad, forman parte de este ejército: *1)* los macedonios, incorporados a la caballería y a la infantería pesadas en unidades formadas por comarcas; *2)* los helenos, cuyas unidades aparecen mencionadas también, a veces, por comarcas; *3)* los bárbaros: tracios, peonios, agrianos y odrisios.

Con arreglo a los vínculos de sujeción militar, integran el ejército: *1)* los súbditos del rey, los nobles y los que no lo son, una parte de los cuales sirven, a lo que parece, por una especie de vínculo de tipo feudal, como tropas permanentes, y otra parte en levas, con arreglo al servicio militar general y obligatorio; *2)* los contingentes aliados, suministrados con arreglo a los tratados de alianza por las ciudades y los príncipes confederados; *3)* los mercenarios, helénicos y no helénicos, obligados por un contrato de enganche. Los materiales de las fuentes no nos permiten saber hasta qué punto los tracios, odrisios, peonios y agrianos tenían el carácter de mercenarios o de contingentes aliados.

Con arreglo a la clase de armas, obtenemos el siguiente cuadro, cuyos datos numéricos aparecen razonados en el citado artículo de la revista *Hermes*:

### 1) *Caballería*

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| **Pesada:** | | | | |
| Caballería macedonia de los hetairos (150 a 300 hombres cada ila) | | 8 ilas | 1,800 | hombres |
| Caballería tesaliense | | 8 ilas | 1,200 | „ |
| Aliados helénicos | | 8 ilas | 400 | „ |
| | | | | 3,400 |
| **Ligera:** | | | | |
| Sarissóforos macedonios | Prodromos | 8 ilas | | |
| Peonios | Prodromos | 8 ilas | 1,200 | hombres |
| Jinetes odrisios | | 8 ilas | 600 | „ |
| | | | | 1,800 |
| | | | Total ... | 5,200 hombres |

2) *Infantería*

Hoplitas:

| | | |
|---|---|---|
| Pecetairos macedonios (a razón de unos 3 lojes a 500 hombres cada uno) ................ | 6 taxis | 9,000 hombres |
| Aliados helénicos ................. | 6 lojes | 4,000 „ |
| Mercenarios helénicos .............. | 6 lojes | 6,000 „ |
| | | 19,000 |

Peltastas:

| | | |
|---|---|---|
| Hipaspistas macedonios (hetairos) | (5) taxis | 3,000 hombres |
| Aliados helénicos ............... | (5) lojes | 1,000 „ |
| Mercenarios helénicos ............ | (5) lojes | 1,000 „ |
| Acontistas tracios ............... | (5) taxis | 4,000 „ |
| | | 9,000 |

Infantería ligera:

| | |
|---|---|
| Arqueros macedonios ........................ | 500 hombres |
| Arqueros cretenses .......................... | 500 „ |
| Acontistas agrianos ........................ | 1,000 „ |
| | 2,000 |
| Total ... | 30,000 hombres |

Total general de tropas: 35,200 hombres.

Además de las unidades señaladas en la lista anterior, figuraba en el ejército un pequeño cuerpo οἱ βασιλικοὶ παῖδες o βασιλικοὶ σωματοφύλακες, formado por los jóvenes nobles, al mando de Seleuco, incorporados como sección esencial al cuerpo de los hipaspistas.

Con este mismo nombre de σωματοφύλακες se designa a los siete oficiales que son, al mismo tiempo, ayudantes generales del rey y toman, de vez en cuando, el mando de falanges, de diversas tropas combinadas, etc.

De los datos de Arr., III, 19, 5 se desprende que los jinetes tesalianos servían como aliados, bajo el mando de un hiparca macedonio (primeramente, Calas, hijo

de Harpalo), al igual que los contingentes de caballería de los estados helénicos (mandados por Filipo, hijo de Menelao).

Parece que los contingentes de infantería de los aliados se hallaban al mando de un estratega macedonio (que primeramente fué Antígono), al igual que los mercenarios helénicos de a pie (mandados por Menandro) y que ni los aliados ni los mercenarios entraban en batalla formados como cuerpos especiales de hoplitas y peltastas: así se infiere, al menos, del modo como se formaba la falange, a saber: encuadrando tantas o cuantas lojes (tanto de aliados como de mercenarios) de tropas de infantería pesada en cada una de las seis taxis macedonias y al mando de los estrategas de éstas; y lo mismo se haría, probablemente, con los peltastas de los contingentes aliados y de los mercenarios.

### *Nota 5, a p. 120*

El *campo de batalla del Gránico* ha sido delimitado por H. Kiepert mediante un plano levantado sobre el terreno en 1842. La batalla tuvo lugar por debajo del sitio en que el camino del Helesponto a Brusa cruza el Bigha-Tchai (el Gránico), cuyo antiguo cauce corre por el lado oeste de una ondulación del terreno que se extiende como seis kilómetros hacia el nordeste y que queda a unos 10 a 13 metros de altura sobre el antiguo curso del río, convertido actualmente en un lago (el Edie-Go).

La *fecha de la batalla* no ha podido determinarse con toda exactitud; Plutarco (*Cam.*, 19) indica como mes el de Targelion; refiere que alguien aconsejó al rey demorar la batalla, por ser contrario a las costumbres macedonias guerrear en el mes de Daisios ἐξάγει τὴν στρατιάν, en vista de lo cual Alejandro ordenó que se diese al mes el nombre del segundo Artemisios. No existe ninguna otra confirmación, en las fuentes, de que el Artemisios fuese el mes macedonio de la batalla, y la equiparación del Targelion ático con el Daisios macedonio sólo puede admitirse como exacta de un modo muy condicionado.

### *Nota 6, a p. 147*

La conjetura expuesta en *Alex.*, I², p. 235 de que se había fundado también un *coinon de las ciudades jónicas,* ha sido confirmada ya por dos inscripciones. En una de ellas, el extensísimo documento en que el rey Antígono (es decir, entre los años 306 y 301) ordena el sinoicismo de Lebedos y Teos, se determina, entre otras cosas, el modo como deben enviar sus delegados comunes a las fiestas panjónicas (*Le Bas Waddington,* II, núm. 86). La otra (*Arch. Zeit.*, 1872, p. 188) procede de Esmirna y sus primeras palabras son éstas: ἔδοξεν Ἰώνων τῷ κοινῷ τῶν τρεῖς καὶ δέκα πόλεων, ἐπειδὴ Ἱππρόστρατρς Ἱπποδάμου Μιλήσιος φίλος ὢν τοῦ βασιλέως Λυσιμάχου καὶ στρατηγὸς ἐπὶ τῶν πόλεων τῶν Ἰαδῶν κατασταθεὶς, etc. Esto ha hecho recobrar su pleno sentido a la noticia de Estrabón, XIV, p. 644, según la cual se consagró un bosque a Alejandro en el istmo, entre Eritrea y Tiros, καὶ ἀγὼν ἀπὸ τοῦ κοινοῦ Ἰώνων Ἀλεξάνδρεια καταγγέλλεται συντελούμενος ἐνταῦθα.

*Nota 7, a p. 159*

El *campo de batalla de Isos* ha sido visitado no hace mucho y dibujado con más precisión que antes por Favre y Mandrot. La fecha fué, según Arr., II, 11, 10, el maimacterion del arconte Nicóstrato, aproximadamente el mes de noviembre del año 333.

*Nota 8, a p. 184*

Los escritos dignos de crédito no dicen ni una sola palabra acerca de la conducta de Alejandro para con *Jerusalén y Samaría*, razón por la cual es imposible averiguar nada respecto a ello. Lo que decimos en el texto se basa en las indicaciones de Josefo, *Ant.*, XI, 8, 2-7. La tradición talmúdica (Derenbourg, *Essai sur l'histoire et la géographie de la Palestine*, París, 1867, p. 71) señala como gran sacerdote de este período al famoso Simeón, llamado el justo, nieto de Jadua, mientras que la tradición samaritana refiere estos hechos al gran sacerdote samaritano Hisciah. Según Josefo, Sambalat era un cuteo, al igual que la población de Samaria, y había casado su hija con Manasés, hermano de Jadua, quien expulsado por los judíos precisamente a consecuencia de este matrimonio, le convenció de que erigiese un templo en la montaña de Garizim y le nombrase gran sacerdote de él; Sambalat abrazó la causa de los macedonios después de la batalla de Isos y murió antes de que Alejandro llegase a Gaza. Según las fuentes talmúdicas, los cuteos de Samaria pidieron a Alejandro permiso para destruir el templo de Jerusalén, en vista de lo cual los judíos presentáronse ante él en procesión solemne y lograron, a su vez, la autorización para destruir el templo de Garizim. En realidad, este templo fué destruído mucho más tarde, en tiempo de Juan Hircano. Según Hecateo (*Joseph. contra Apionem*, II, 4), Alejandro dejó τὴν Σαμαρεῖτιν χώραν a los judíos libre de tributos; tal vez esta noticia se refiera solamente a las tres toparquías de que habla *1 Makk.*, 11, 28 y 34, pero creemos que es demasiado atrevido corregir el fragmento de Hecateo basándose en ello, como hace Graetz (*Geschichte der Israeliten*, 1876, p. 224).

De Arriano, II, 13, 7, se desprende que, después de haber tomado Parmenión Damasco, Menón, hijo de Córdimas, fué nombrado sátrapa de *Celosiria*; trátase, evidentemente, del mismo personaje que (Arr., III, 6, 8) es depuesto más tarde por no haberse cuidado debidamente del aprovisionamiento del ejército durante la marcha del Egipto al Eufrates. Según Curcio (IV, 5, 9), al partir de Damasco para Diros, Parmenión entregó a Andrómaco el mando de la Siria; según IV, 8, 9, Alejandro se entera, al partir del Egipto, de que los samaritanos han dado muerte a Andrómaco; los castiga y nombra sucesor suyo a Menón; pero esta referencia no puede enfrentarse con la de Arriano. Según Eusebio, *Chr.*, II, 114, ed. Schöne (en el año 1680 e. a., es decir, 01, 111, 1, y según Jer. en el año 1685, es decir, 01. 112, 1), Alejandro, con este motivo, hace que los macedonios colonicen la Samaria (τὴν Σαμάρειαν πόλιν ἑλὼν Μακεδόνας ἐν αὐτῇ κατῴκισε); según p. 118 esto sucedió siendo Pérdicas regente del imperio: *Samaritanorum urbem a Perdicca constructam* o, según Petermann, *incolis*

*frequentatam*. En suma, todos los datos referentes a Samaria y Jerusalén son tan contradictorios que no hay más remedio que renunciar a construir a base de ellos la ilación pragmática de los hechos.

### *Nota 9, a p. 209*

El *campo de batalla de Gaugamela* ha sido dibujado primeramente en el *Map of the country of Niniveh*, publicado en 1852 por Félix Jones y en 1876 por Cernik, en Petermann, *Ergänzungsheft*, II, 75; el plano del segundo difiere en una serie de puntos del de Jones en cuanto a las corrientes de agua cercanas a Kermelis.

La ruta usual de las caravanas parte de Erbil en línea casi recta hacia el oeste, cruzando las montañas de Dehir Dagh, no muy altas, pero en las que abundan los desfiladeros, hasta el ancho y caudaloso Zâb (Zarb el Kebir), que se vadea cerca de Eski Kelek, y desde allí, por el espinazo de roca de Arka Dagh, hasta el lecho de piedra del Ghasîr. Al otro lado de este río, que se cruza cerca de Zara-Chatun, se llega después de una corta subida a una llanura ancha y que se pierde en el horizonte (Rich., *Narrat*, II, 23), la *equitabilis et vasta planities*, de que habla Curcio, IV, 9, 10. Diez kilómetros después de Zara-Chatun se llega a Kermelis (según Petermann, II, 323, "Cermeles, una aldea cristiana"), por delante de cuyo poblado pasa un arroyo que viene de Meklub-Dagh y va a desembocar al Tigris. Trece kilómetros más allá está la aldea de Abu Zuaga, situada en una depresión llana por la que corre un arroyo en dirección sur para confluir con el de Kermelis. Como a mitad de camino entre las dos aldeas, desviado un poco hacia el norte, queda el poblado de Bertela (según la ortografía de Petermann, Bertili; el nombre usual es el de Bártoli), en una ondulación del terreno que forman las últimas estribaciones de las montañas del norte (Meklub-Dagh). El camino trazado por Petermann va desde Ghasîr un poco hacia el norte, entre Kermelês a la izquierda y Derdschile (Terdjila) a la derecha, pasando por Dschakile (Schaakuli) y cerca de Châsne Tepe (Hazna), hacia Mosul.

De Erbil parte otro camino, más cómodo, pero algo más largo, que cruza el río de Erbil en las estribuciones meridionales del Dehir Dagh hasta la desembocadura del Ghasîr en el Zâb (Licos), cerca de Wardack, subiendo luego a la altiplanicie cercana a Kermelis, situada 20 a 30 metros más alta que el Zâb junto a Wardak.

Tales son los puntos geográficos principales que circunscriben el campo de batalla de Gaugamela. Como, según Arr., III, 8, 7 y VI, 11, 5, Darío acampó en Gaugamela en las orillas del Bumodos, que según el dato máximo quedaba a 600 y según el dato mínimo a 500 estadios de Arbela (Arr., III, 15, 5), no es posible identificar el Bumodos con el Ghasîr, ya que, según Niebuhr y Kinneir (*Persia*, p. 152), el camino de Ebril a Zara-Chatun pasando por Eski-Kelek sólo mide 6 millas, o sea 240 estadios. Damos por supuesto que Kermelis era la antigua Gaugamela y el arroyo que hoy corre junto a aquella aldea el Bumodos; tenemos, suponiendo también que Darío marchase hacia Kermelis por Wardak, añadiendo las 9 millas largas de este camino, más una sexta parte para las

desviaciones, de 420 a 440 estadios. Curcio (IV, 9, 8) dice que los persas recorrieron 80 estadios en su marcha del Licos al Bumodos, dato que no puede compaginarse con ninguno de los lugares entre Zâb y Ghasîr, pero sí a la distancia que media entre Wardak y el arroyo de Kermelis. No es posible suponer que Darío tomase posiciones en el profundo y pedregoso valle del Ghasîr, y según Arr., III, 87, Gaugamela quedaba ἐν χώρῳ ὁμαλῷ πάτνῃ.

### *Nota 10, a p. 214*

Los datos que poseemos sobre la *composición del ejército* en este lugar y durante toda la campaña no son de tal naturaleza que nos permitan llegar a conclusiones seguras. Por lo que se refiere a las tropas que marcharon sobre Susa, Arriano (III, 1610) se contenta con esta expresión sumaria: 'Αμύντας ὁ Ανδρομάκος σὺν δυνάμει ἀφίκετο. SegúnDiod., XVII, 65 y Curcio, V, 1, 40, el ejército hallábase formado por 6,000 hombres de infantería y 500 jinetes macedonios, 600 hombres de caballería tracia, 3,500 de infantería de la misma nacionalidad (Τραλλεῖς, según Diod.), 4,000 soldados de infantería y casi 1,000 de caballería del Peloponeso (según Curcio, 380) y, además, 50 jóvenes de la nobleza macedonia πρὸς τὴν σωματοφυλακίαν.

A base de lo que dice Arriano (III, 1611): τοὺς πεζοὺς δὲ προσέθηκε ταῖς τάξεσι... κατὰ ἔθνη ἑκάστους συντάξας, podemos inferir que las tropas llegadas de Macedonia no eran unidades ya formadas (τάξεις, etc.), sino tropas de refresco, las cuales fueron incorporadas a aquellas tropas móviles en cuyos cantones habían sido reclutadas, lo cual quiere decir que las τάξεις de los correspondientes cantones quedarían en Macedonia y que allí se complementarían también las κατὰ ἔθνη al igual que las seis taxis (de Elimiotis, Tinfea, etc.) y las ocho ilas (de Anfípolis, Bociea, etc). Lo que no podemos saber es si más tarde (para la campaña de la India) se movilizarían y desplazarían al Asia algunas de las taxis que habían quedado en Macedonia.

### *Nota 11, a p. 239*

La inscripción del año 330 a que se refiere el texto figura ahora en *C.I.A.*, II, 175b; el epígrafe dice así: Ρηβούλας, Σεύθου υἱός, Κότυος ἀδελφὸς ἀνγελ... que quizá deba corregirse por 'Ανγελη[λθεν; por lo menos, el complemento ἄνγελος no parece guardar la menor relación con el relieve que aparece encima. Sólo es, naturalmente, una conjetura, aunque bastante verosímil, que el Rébulas de que se habla aquí pertenecía a la casa real de los príncipes tracios y que el Seutes que se menciona como su padre es el mismo del que dice Curcio: *Seuthes Odrysas populares suos ad defectionem compulerat.* El nombre de Seutes se repite en el linaje de los príncipes odrisios. Cotis, príncipe en los años 380-357, era hijo del rey Seutes, conocido por los últimos años de Alcibíades. Al morir Cotis, el reino fué repartido entre sus tres hijos. Quersobleptes recibió, probablemente, el verdadero reino situado junto al Hebro, y Cardia se hallaba bajo su influencia en el año 353; lindaban allí con sus dominios los de su hermano

Amadoco, que llegaban por el oeste hasta Maronea (*Dem. Arist.*, 183). El tercer hermano, Barisades, recibió, a lo que parece, el territorio situado al este de Maronea, pasando por los montes de Pangeo, ricos en oro, hasta la antigua frontera macedónica; no tardó en morir (murió en el 357) y Quersobleptes guerreó contra sus hijos y contra Amadoco. Es probable que aquellos "Cetríporis y sus hermanos" de que hablan las fuentes fuesen precisamente estos hijos de Barisades (Dittenberger, *Hermes*, XIV, p. 299). El rey Seutes que se levantó en el 322 contra Lisímaco (Diod., XVIII, 14) es, sin ningún género de duda, el mismo de que se hace mención en la inscripción del 330; y si uno de sus hijos ostentaba el nombre de Cotis, puede establecerse muy bien la conjetura de que pertenecían a la antigua familia real odrisia y de que, por tanto, Quersobleptes había dado al hijo el nombre de su abuelo y al nieto el de su padre; y no menos verosímil es la conjetura de que el Sitalces que mandaba los 5,000 acontistas tracios del ejército de Alejandro descendía del mismo linaje de príncipes y era, tal vez, el hijo mayor de Quersobleptes.

## *Nota 12, a p. 272*

El hecho de que Alejandro convocase a los *hiparcas de la Bactriana* a un sílogos arroja cierta luz sobre la organización del imperio persa. La palabra σύλλογος aparece explicada en Jenofonte (*Oec.*, IV, 6, y *Cyr.*, VI, 2, 11); significa la revista anual de los μισθοφόρων καὶ τῶν ἄλλων οἷς ὡπλίσθαι προστέτακται con excepción de las guarniciones destacadas en las acrópolis. El σύλλογος del Asia Menor celebróse en Castolo (Jen., *An.*, I, 1, 2) y poco después Bessos es llamado a Ecbatana ὡς ἐκεῖ ἐν τῷ Μήδων τε καὶ Περσῶν συλλόγῳ ἀποΘανούηενος (Arr., IV, 7, 3); Ecbatana (Ha-gma-tâna) significa, según Spiegel (*Die Keilinschriften*, pp. 195 y 221), literalmente, lugar de reunión. Uno de estos sílogos fué el que reunieron los persas para deliberar antes de la batalla del Gránico (Arr., I, 12, 10). Es digno de notarse que en la inscripción de Behistán, II, 13, Darío I aparezca diciendo que venció en la comarca de Ragâ a Fravartes, el meda que se sublevó en la Media: "Fravartes fué apresado y llevado ante mí, le corté la nariz, las orejas y la lengua y le llevé... a mi corte (literalmente, Puerta) donde fué encadenado para que todo el mundo lo viese, después de lo cual hice que fuese crucificado en Hangmatana." Otro sedicioso persa (III, 5) es crucificado con sus secuaces en una ciudad de Persia; a otro de Asagarta (Sagarta) lo derrota el enviado contra él: "y lo condujo a mi presencia, y, después de cortarle la nariz y las orejas, le conduje... y fué encadenado en mi corte y todo el mundo lo vió, después de lo cual lo crucifiqué en Abira". Esto quiere decir que en Arbela se celebró el σύλλογος de Sagartia o tal vez de toda la Asiria.

Qué entiende Arriano por la palabra "hiparca", que menciona repetidas veces con motivo de estos sucesos ocurridos en la Bactriana, se desprende de IV, 21, 1, donde dice que Corienes era el señor de una fortaleza roquera καὶ ἄλλοι τῶν ὑπάρχων οὐκ ὀλίγοι y de IV, 21, 9, donde Alejandro devuelve a Corienes su fortaleza καὶ ὕπαρχος εἶναι ὅσωνπερ καὶ πρότερος.

*Nota 13, a p. 303*

Ariano indica los *efectivos del ejército* al comenzar la navegación aguas abajo del Indo. Menciona a los jinetes de la Arajosia y a los parapanísades (V, 12, 7), a la caballería sogdiana, bactriana y escita y a los dahos como arqueros de a caballo. En la campaña de la India se hace mención de las siguientes taxis, con sus nombres: las antiguas, las de Coino (IV, 25, 6), Polipercón (IV, 25, 6) y Meleagro (IV, 22, 7); la de Crátero aparece citada por última vez en la última expedición a la Bactriana (IV, 22, 1), pues debió de ocurrir una de dos cosas: o que se quedase en la Bactriana o que su mando fuese encomendado a otro estratega, por haber recibido Crátero otro puesto importante; en seguida vienen las que habían tomado parte ya en la campaña de la Bactriana: la de Filotas (IV, 24, 1), la de Alcetas (IV, 22, 7), la de Atalo (IV, 24, 1), la de Gorgias (IV, 22, 7), la de Clito (IV, 22, 7; este Clito era, probablemente, el blanco) y la de Balacro; por último, las de Filipo (IV, 24, 10), Peitón (IV, 6, 1) y Antígenes (V, 16, 3; VI, 17, 3). Y como Antígenes aparece citado reiteradas veces en la época de los diácocos como jefe de los hipaspistas, de las palabras τῶν πεζῶν τὴν φάλαγγα Σελύκῳ καὶ 'Αντιγένει καὶ Ταύρῶνι se desprende que la taxis no incluía infantería pesada, es decir, que no era lo que se llamaba una falange. Filipo, hijo de Majates, fué nombrado sátrapa de la India ya antes de la batalla del Hidaspes, y si este mismo Filipo era el estratega de aquella taxis, lo más probable es que se entregase su mando a otro estratega, tal vez a Peitón, hijo de Crateas (Arr., VI, 6, 1: τῶν πεζεταίρων πολουμένων τὴν Πείθωνος τάξιν.)

La formación de las unidades de caballería macedonia de los hetairos fué ampliándose más y más a partir del año 330; según Arriano (VI, 22, 7), el ejército contaba, aparte de la agema de caballería, con ocho hiparquías, cinco de cuyos jefes aparecen mencionados incidentalmente por sus nombres: Efestión, Pérdicas, Demetrio (V, 12, 2), Clito (VI, 6, 4) y Crátero (V, 2, 3). La agema estaba mandada por Coino (V, 16, 3). Basándonos en los datos de la batalla del Hidaspes, podemos suponer que estas cuatro hiparquías, con los jinetes sogdianos, bactrianos y escitas y los 1,000 arqueros dahos de a caballo (Arr., V, 16, 4), sumarían unos 5,000 hombres (V, 14, 1). El hecho de que en esta batalla los hetairos tuviesen 20 bajas y los bárbaros 200 (Arr., V, 18, 4) no indica, naturalmente, que las fuerzas respectivas guardasen la misma proporción numérica.

*Nota 14, a p. 304*

La campaña de Alejandro en el *país montañoso situado a la izquierda del río Kabul* no ha podido esclarecerse todavía en todos sus detalles, por el escaso conocimiento que poseemos de aquellos lugares; carecemos, sobre todo, de puntos de apoyo seguros para poder localizar sobre los mapas modernos las ciudades y las fortalezas cuyos nombres se citan a lo largo del relato de la citada batalla. Sólo un punto ha sido localizado con certeza por el general Cunningham: el de la ciudadela de Aornos, situada en la cima de lo que hoy es la montaña de Rani-

gat y, a juzgar por la descripción que el Dr. Bellew hace de las ruinas encontradas en lo alto de aquella roca, parece que se trataba de una reconstrucción de tipo helénico.

Las fuentes no dicen, pero parece abonado por la lógica misma de las cosas, que el avance de las tropas de Alejandro en dos columnas por el norte y el sur del Cofen perseguía la finalidad indicada en el texto. Alejandro no tomó en consideración los pasos del Kurum, al sur del Sefid-koh, pues la ocupación de aquel punto habría dado una dirección excéntrica a su movimiento. Sin embargo, Estrabón (XV, p. 697) razona de otro modo las operaciones de Alejandro: "Habíase informado de que las tierras situadas al norte y enclavadas entre las montañas eran fértiles y se hallaban bien pobladas, mientras que las del sur carecían de agua o, donde corrían ríos, sufrían de un calor abrasador y eran más aptas para ser habitadas por animales que por hombres; por eso y, además, porque creía que podría cruzar más fácilmente los ríos cerca de sus fuentes, siguió los caminos situados más al norte."

### *Nota 15, a p. 333*

Este *Sopeites,* príncipe de los cateos, se identifica por algunos con aquel Açvapati, rey de los cecaya, de que se hace mención ya en el *Çatap. Br.* y más tarde en el Ramâyana con referencia a sus magníficos perros, que Diod., XVII, 92, llama perros-tigres y Curcio, IX, 1, 24, describe como *nobiles ad venandum canes.* Ultimamente se ha descubierto un dracma de plata con el cuño de este príncipe: en el anverso aparece la cabeza del rey Seleuco I, cubierta con casco, y en el reverso la figura de un gallo y al lado un caduceo, con esta inscripción: ΣΩΦΥΤΟΥ (S. v. Sallet, *Die Nachfolger Alexanders in Baktrien und Indien,* p. 87)

### *Nota 16, a p. 374*

La *cronología del viaje de Nearco* aparece oscurecida e insegura por el hecho de que Arriano *(Ind.,* 21) hace mención de un falso arconte y, al mismo tiempo, no menciona al lado del día del mes ático (el 20 de Boedromion) la fecha macedónica correspondiente, sino solamente el año (el año 11 del reinado de Alejandro). Sin embargo, el dato de que Nearco partió del Indo el 20 de Boedromion ofrece un punto de referencia relativamente seguro; aceptando, al modo convencional, los cálculos de Ideler para encontrar la correspondencia con el calendario juliano a base del ciclo metónico, tenemos que esa fecha corresponde al 21 de septiembre; la duración del viaje desde el Indo hasta Harmozia se ha calculado de un modo bastante convincente en 80 días, y en ello se basan las fechas indicadas en el texto.

### *Nota 17, a p. 389*

La *reorganización de la caballería de los hetairos* incluye el dato de que fué formada una quinta hiparquía, puesto que, según se deduce del relato de Arriano

(IV, 22, 7; 23, 1; 24, 1), durante la campaña de la India existían ocho, sin contar la agema. No hay razones concluyentes para poder afirmar de un modo terminante que la expedición a través del desierto fuese tan desastrosa que los restos de los hetairos quedasen reducidos a cuatro débiles hiparquías. En todo caso, no cabe duda de que la nueva formación del ejército perseguía tanto la finalidad de encuadrar las antiguas ὁμότιμοι persas en el cuerpo de los hetairos como la de incorporar a los μηλοφόροι a las taxis. Carácter distinto de éste tenían los 30,000 persas (probablemente, asiáticos en general) armados y adiestrados al modo macedonio que los sátrapas condujeron a Babilonia y a los que Arriano da el nombre de "epígonos". Estas nuevas tropas fueron las que Alejandro, a consecuencia del motín de Opis, encuadró en su ejército según las normas macedónicas, como hetairos, hipaspistas, pecetairos, etc., para sustituir a los macedonios (Arr., VII, 11, 1).

## *Nota 18, a p. 401*

Las inscripciones de varias ciudades contienen referencias a los efectos del decreto ordenando la *vuelta de los desterrados.* Dos de ellas han sido reproducidas en *Hell.*, II², pp. 361, 363. Tiene especial interés la descubierta por Conze en Mitilene y reproducida en su *Reise nach Lesbos,* lám. VIII, 2, la cual, según Blass (*Hermes,* XIII, p. 384), forma parte de C. I Gr. II, 2166, y la complementa. El Gorgos de Jao, mencionado en las inscripciones de Samos y que, según se desprende de ellas, habíase esforzado principalmente cerca de Alejandro por conseguir que fuesen restituídas a sus habitantes las islas de que los colonos áticos los habían expulsado desde hacía *treinta o más años* es el maestro de armas y metaleuta de Alejandro, de quien Estrabón conocía una obra sobre las salinas y minas del país de Sopeites. Permítasenos que rectifiquemos aquí, de pasada, un error que se deslizó al corregir las pruebas de la última edición; la isla de Samos no formaba parte, como se dice en la p. 22, de la segunda liga marítima ateniense en la época en que los atenienses expulsaron de su isla a los de Samos para repartirla entre colonos áticos.

## *Nota 19, a p. 426*

Es muy posible que la *embajada de los romanos a Alejandro* aparezca adornada en las historias de Alejandro escritas posteriormente por Aristo y Asclepíades (Arr., VII, 15, 5), pero el hecho de que Clitarco (fragm. 23) la mencione apoyándose en el testimonio de Plinio (*H. N.*, III, § 57) ofrece un elemento de juicio bastante seguro, pues Clitarco escribió en una época en que el nombre romano no iba asociado todavía a ninguna idea de grandeza. Aristóteles, aparte de una breve noticia sobre ciertas plantas de verano (*de plant.*, 1, 7, p. 821 b), sólo habla de Roma en un fragmento que figura en *Plut. Cam.*, 22, y Plutarco le rectifica: Ἀριστοτέλης δὲ τὸ μὲν ἁλῶναι τὴν πόλιν ὑπὸ Κελτῶν ἀκριβῶς δῆλός ἐστιν ακηκοώς, τὸν δὲ σώσαντα Λεύκιον εἶναί φησιν — ἦν δε Μάρκος, οὐ Λεύκιος, ὁ Κάμιλλος, lo que, si estas palabras han de tener sentido, sólo puede

significar una cosa: que Aristóteles había dado un prenombre falso al salvador de Roma, Plinio (*H. N.*, III, § 57) dice: *Theophrastus — primus externorum aliqua de Romanis diligentius scripsit, nam Theopompus, ante quem nemo mentionem habuit, urbem dumtaxat a Gallis captam dicit, Clitarchus ab eo proximus legationem tantum ad Alexandrum missam.* Estos testigos, los más antiguos de todos, no dicen nada del supuesto incendio de Roma. Las palabras de Liv., IX, 18: *Alexandrum ne fama quidem illis notum fuisse arbitror* no prueban nada, como tampoco el hecho de que los analistas romanos no digan nada acerca de la embajada de que estamos hablando (οὔτε τις 'Ρωμαίων ὑπέρ τῆς πρεσβείας ταύτης μνήμην ἐποιήσατό τινα, Arr., VII, 15, 6). Por lo menos, el *interdictum mari Antiati populo est* aparece entre las condiciones de paz del año 338 a. c. Liv., VIII, 14 (donde se advierte una diferencia esencial con respecto a las condiciones de esta paz con que nos encontramos en Liv. VIII, 11), no demuestra, evidentemente, que de allí en adelante haya desaparecido de los mares el nombre de los piratas anciáticos. Las palabras de Tito Livio: *Antium nova colonia missa... navis inde longae abactae, interdictum mari Antiati populo est et civitas data* están plagadas de confusiones, como han demostrado Zöller y otros: el hecho de que los anciatas se quejaran cerca de Roma, veinte años después, de que vivían *sine legibus* y *sine magistratibus* (Liv., IV, 20) demuestra claramente que ni la *civitas* ni el derecho a inscribirse como colonos fueron concedidos a los anciatas en conjunto y que entre la colonia romana, deducida en este sentido, y el *populus* no existían un derecho común ni una autoridad común.

## *Nota 20, a p. 432*

Recientemente se ha puesto de relieve, con razones convincentes, que la *descripción de Babilonia* por Diodoro (II, 7 *ss.*) está tomado de Clitarco. No creemos que haya razones para dudar que, en lo esencial, la ciudad, con sus construcciones, el sistema de canales y las obras hidráulicas del Eufrates, hasta Sipara y aún más arriba, se conservaba todavía en la época de Alejandro. Existían desde los tiempos de Nabucodonosor los cuatro grandes canales que conducían al Tigris, entre Sipara y Babilonia, el gran embalse situado en la orilla izquierda del Eufrates, cerca de Sipara, para regular los desbordamientos del río, y los dos grandes canales de la orilla derecha del Eufrates, el Nearsanes, que arrancaba por encima de Babilonia, y el Palacopas, cuyo punto de arranque se hallaba a unos 800 estadios por debajo de la ciudad. El hecho de que Tapsaco pudiera bajar por el Eufrates hasta Babilonia tripulando penteras y tetreras, el viaje de Nearco con su flota, Eufrates arriba, hasta Babilonia, y, finalmente, el paso de las trieras del Eufrates al Tigris (por el canal del rey), demuestran que aún se conservaba en pie, en buena parte, el gran sistema de canalización sobre el que descansaban el comercio, la fertilidad y, hasta cierto punto, la habitabilidad de las tierras babilónicas. En relación a esto adquieren su pleno significado las obras añadidas por Alejandro. Ordenó que se construyese cerca de Babilonia un gran estanque con abrigos para mil embarcaciones grandes (Arr., VII, 19, 4); ordenó que se cambiara de sitio el punto de derivación del canal de Palacopas, pues el anterior, con sus orillas bajas y lodosas, no ofrecía seguridad

bastante y exponía las tierras bajas, en las épocas de las grandes crecidas, a peligrosas inundaciones; una milla más abajo, en la orilla derecha del río, encontró un sitio adecuado ὑπὸ στερροτηος της γῆς para embalsar las aguas. Esta ribera, "alta y barrosa", pudo verla todavía Petermann, en su viaje de Babilonia a Suqech-Schiuch, cerca de Samwat; era un lugar notable por más de un concepto y que justificaba, indudablemente, la fundación en él de una nueva Alejandría (Arr., VII, 21, 7).

### *Nota 21, a p. 438*

El *día de la muerte de Alejandro* fué, según la noticia, plenamente fidedigna, de las efemérides, el 28, y, según Aristóbulo, el 30 de daisios. No es posible saber con certeza a qué día del calendario juliano del año 323 corresponde esta fecha. Justino (XII, 16, 1) dice: *decessit Alexander mense Junio annos tres et XXX natus*, y este cómputo, el más antiguo de cuantos conocemos, puesto en relación con las demás combinaciones señaladas en *Alex.*, II, 2, p. 243, era, probablemente, acertado; por lo menos, Jeep ha editado el texto tal como queda transcrito; pero si, realmente, el texto original decía, como últimamente se asegura, *mense uno*, no resulta fácil saber qué sentido tenía.

## TERMINOS TECNICOS DEL EJERCITO MACEDONIO EMPLEADOS FRECUENTEMENTE EN EL TEXTO

*Agema* .......... Guardia imperial.
*Agrianos* ......... Tropas auxiliares, con armamento ligero.
*Acontistas* ........ Lanzadores de jabalina.
*Ciliarca* ......... Jefe con mando sobre mil hombres.
*Epíbates* ......... Soldados de la flota.
*Falange* .......... Infantería macedónica pesada, con lanza larga.
*Hetairos* ......... "Camaradas" del rey, sobre todo los de la caballería macedonia.
*Hiparca* .......... Jefe de caballería.
*Hoplitas* ......... Tropas con armamento pesado.
*Hipaspistas* ...... Un grado intermedio entre la infantería pesada y la ligera.
*Ila* .............. Escuadrón.
*Ilarca* ........... Jefe de un escuadrón de caballería.
*Lojes* ............ Compañía.
*Nauarca* ......... Almirante.
*Peltastas* ......... Parecidos a los *hipaspistas.*
*Pecetairos* ........ "Camaradas de a pie", infantería macedónica pesada.
*Sarissóforos* ....... Tropas armadas con pica larga.
*Somatofílaces* ..... Oficiales de la guardia (ayudantes generales) de Alejandro.
*Somatofilacia* ..... Cuerpo de los pajes del rey.
*Taxis* ............ Regimiento.
*Taxiarca* ......... Jefe con mando de un regimiento.
*Toxarca* .......... Jefe de los arqueros.
*Trierarca* ........ Capitán de barco.

# MONEDAS Y DISTANCIAS

Droysen suele emplear como *unidad monetaria*, en esta obra, el *tálero* alemán, que al cambio de la época venía a representar 0.738 del dólar plata. Por lo demás, las principales unidades monetarias de la Grecia antigua eran:

| | |
|---|---|
| Obolo | unidad monetaria mínima |
| Dracma | 6 óbolos. |
| Mina | 100 dracmas. |
| Talento | 60 minas. |

Otras unidades de moneda mencionadas por los historiadores griegos:

| | |
|---|---|
| Dárico | moneda de oro persa, 125.55 granos. |
| Estátero | moneda de oro griega, 25 por 100 más pesada que el dárico. |
| Estátero dárico | 20 dacmas áticos. |
| Estátero focense | 23 dracmas áticos. |
| Estátero de Cícico | 28 dracmas áticos. |
| Talento babilónico | 60 minas babilónicas (70 áticas). |

La unidad de *medida itineraria* que Droysen emplea usualmente es la *milla alemana*, equivalente a 7.4204 km.

Entre las medidas itinerarias de la antigüedad griega, a que a veces se hace referencia en la obra, cabe mencionar las siguientes:

| | |
|---|---|
| Pie | 11,65 pulgadas. |
| Pletro | 101 pies. |
| Estadio | 125 pasos geométricos. |
| Parasanga | 30 estadios. |
| Esquena | 60 estadios. |

# INDICE DE NOMBRES Y LUGARES

# INDICE GENERAL



LIBRO PRIMERO

I



II



III

LIBRO SEGUNDO

I



II



III

## IV



## LIBRO TERCERO

## I



## II

III



IV



LIBRO CUARTO

I



II

III

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2001 en los talleres de
Marco Gráfico Imprenta, S. L.
Esteban Terradas 12, Pol. Ind. de Leganés
Leganés (Madrid).
Se tiraron 1.500 ejemplares.

**Johann Gustav Droysen**
***Alejandro Magno***



*La* **Historia de Alejandro Magno,** ***de Johann Gustav Droysen, está considerada con razón una de las obras clásicas de la historiografía moderna. Su autor escribió este libro llamado a permanecer cuando sólo tenía veinticinco años y aún no había abandonado las aulas universitarias. Este hecho pasmoso no acredita solamente el talento de Droysen, detrás de él está la formación de una época saturada de historicismo, en la que alumbran y florecen, lo mismo en Alemania que en Inglaterra, los grandes adalides de la ciencia histórica y sus escuelas. Droysen fue, como historiador de la antigüedad, el gran descubridor de la época del*** **helenismo** ***y el acuñador de su nombre. Enriqueció así la historia de la antigüedad clásica con un nuevo período. Para el clasicismo tradicional, la verdadera historia de Grecia terminaba con la batalla de Queronea y con Demóstenes: después todo era liquidación y acaso. La historia, presentada de este modo, pasaba sin transición del particularismo griego a las grandes realizaciones universales del Imperio romano. Alejandro y las fuerzas conjuradas por el paladín macedonio habían presidido y precipitado, simplemente, la liquidación de un pasado de grandeza. Habían sido los grandes enterradores. «Después de Alejandro –dice Grote– Grecia ya no interesa en lo más mínimo ni influye para nada sobre los destinos del mundo.»***

***La historia ha sido justa con este historiador al llevarlo a la fama de la mano de su primer libro. Libro de juventud, de idealismo y de pasión, que sigue siendo hoy, como cuando se escribiera, por encima de todas las rectificaciones de detalle, la gran obra sobre Alejandro Magno y su época.***

En la portada: Fragmento de *El Mosaico de Alejandro*, Casa del Fauno, Pompeya.


ISBN 84-375-0509-7

**Fondo de Cultura Económica**